Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Ismael Saz Campos

© MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
☎ 91 304 33 03

ISBN: 84-95379-57-0
Depósito legal: M. 19.064-2003

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Fotocomposición: INFORTEX, S. L.

Impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.
Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)
MADRID, 2003

A Marcos y Pilar,
mis padres.

12219

ISMAEL SAZ CAMPOS

S
321.6
SAZ
ejp

ESPAÑA CONTRA ESPAÑA

Los nacionalismos franquistas

Marcial Pons Historia
2003

BIBLI CE CA UE

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO 11

VALENCIA, 21 DE ABRIL DE 1940 13

Nada a la improvisación 16
La fiesta totalitaria 19
El éxito explotado. Revolución en marcha. Valencia, problema resuelto 23
«Et nunc erudimini...» 26
¿Problema resuelto? 30

CAPÍTULO 1. FASCISMO, NACIONALISMOS Y FRANQUISMO 35

CAPÍTULO 2. EN LOS ORÍGENES CULTURALES DEL NACIONALISMO FASCISTA ESPAÑOL (1898–1931) 59

El magma nacionalista en España. Las bases del nacionalismo reaccionario 64
El magma nacionalista en España. Entre el populismo y la tradición liberal 70
La larga marcha del nuevo nacionalismo español 77
Ortega o el último legado 86

CAPÍTULO 3. EL PRIMER NACIONALISMO FASCISTA 101

Nacionalismo y profecía: Ernesto Giménez Caballero 105
Ramiro Ledesma o el ultranacionalismo revolucionario 118
Paréntesis imperial con Cataluña al fondo 122
Pasado y futuro. La revolución nacional pendiente 128

Pág.

José Antonio Primo de Rivera o el ultranacionalismo antinacionalista 138
La primera muerte del nacionalismo fascista. El primer adiós 150

CAPÍTULO 4. CUAL AVE FÉNIX 157

Algo más que una unificación política 161
Páginas de incertidumbre y recomposición 171
Revolución y Palingenesia 186

CAPÍTULO 5. LA REINVENCIÓN DEL ULTRANACIONALISMO FASCISTA 203

Tradición y revolución. La Historia en el puesto de mando 204
Patria y religión: ¿Católicos o epicatólicos? 217
La unidad de destino en lo universal 230
Contra el casticismo y todo «nacionalismo» 243
La unidad de las tierras y los hombres de España. ¿Oferta para separatistas y rojos? 250

CAPÍTULO 6. ¡IMPERIO! 267

El Imperio Hispano 276
«El más europeo de los pueblos» 282
Apoteosis del totalitarismo. La nación sublimada 290
Ofensiva y fracaso. El fin de una ilusión 298

CAPÍTULO 7. ACORDES Y DESACUERDOS. EL FINAL DEL PROYECTO DE NACIONALIZACIÓN FASCISTA 309

La nacionalización católica del falangismo 311
Divina sorpresa: la Cruzada y Cataluña 320
Los restos del naufragio 338
Ridruejo pone el epitafio 363

EPÍLOGO Y CONCLUSIONES 367

Sobrevivir 369
El último vuelo del Ave Fénix 379
Las Españas, otra vez 388
Tiempo de despedidas. El adiós a Ortega 396
Conclusiones 403

BIBLIOGRAFÍA 415

ÍNDICE ONOMÁSTICO 435

PRÓLOGO

El presente libro, centrado en el estudio del problema del nacionalismo en el seno de la dictadura franquista, aborda toda una serie de cuestiones —y la nacional no es, desde luego, la menor de ellas— que son todavía de gran actualidad y que están de algún modo en el centro de los debates de los españoles. A lo largo de sus páginas se estudian y analizan posiciones, actitudes e incluso acontecimientos que se extienden desde la llamada generación de 1898 hasta el entierro de Ortega y Gasset, pasando por la configuración del nacionalismo falangista, sus disputas con católicos y monárquicos, sus afanes totalitarios, sus fracasos y resurgimientos, el modo, en fin en que concibieron la unidad española. Muchas certidumbres y aun mitos de la historia y la cultura españolas del siglo XX son analizados, discutidos o abiertamente cuestionados en estas páginas. Es, en cierto modo y por todo ello, un libro del presente. Pero no quiere ser de ningún modo un libro presentista. No aspira a debilitar o fortalecer ninguna de las eventuales posiciones en liza en los debates actuales. Todo lo contrario, parte del supuesto de que la madurez de nuestra sociedad actual exige una mirada abierta y sin complejos, sin tabúes, hacia nuestro propio pasado. Y en este sentido aspira a restituir a los procesos históricos, políticos y culturales que estudia su intrínseca complejidad. Con la esperanza, también, de que lejos de buscar en él arma arrojadiza alguna en las controversias actuales, se le considere como un intento de ayudar, en todo caso, a introducir mayores elementos de racionalidad, liberando a la historia del peso de esa utilización selectiva e interesada del que, con frecuencia, es víctima.

VALENCIA, 21 DE ABRIL DE 1940

«El año ... el día que hacía el año en que se había terminado la guerra ... Es que la tengo ... no sé, es como si la estuviera viendo ... no sé por qué se me quedó a mí esa manifestación grabada. Era, es que hacía un efecto, aquello era impresionante, era precioso, precioso, yo lo veía desde el balcón, encima del cine Tyris, apagaron las luces, claro, para que se vieran las antorchas ... oye, todo estaba a tope ... luego ya se fueron por la calle de Ruzafa ... era algo, algo ... yo no he visto otra cosa ni aun en la televisión y en el cine. Y eso es lo que yo vi ... yo ya no he visto más años. No sé si la volvieron a hacer otra vez, porque luego hubo sus más y sus menos, unos querían y otros no querían, eso yo ... a mi corto comprender de entonces que yo no ... no sabía nada de nada de las cosas ... Yo lo que oía a los de la casa ... eran muy franquistas o de Franco, de derechas o falangistas ... pero buena gente, con nosotras se portaban bien. Lo que sí que tenía muy claro era siempre lo que a mí me gustaba, las ideas que yo tenía y que desde muy pequeña se me metieron, fue ... la bandera republicana, yo me acuerdo de cuando se proclamó la República ...»[1].

Lo que recuerda Joaquina, por entonces una muchacha de servicio de quince años, es el desfile con antorchas ante la Cruz de los Caídos organizado por Falange la noche del 29 de marzo de 1940 con motivo del aniversario de la liberación de Valencia. Los recuerdos son exactos: fue de la Avenida de José Antonio, donde estaba ubicado el cine Tyris, de donde partió la comitiva. Las impresiones acerca de la magnitud y estética del acto coinciden plenamente con cuanto decía

[1] Entrevista a Joaquina Campos, Valencia, 22 de febrero de 2002.

la prensa del partido al día siguiente: «Desde muy temprano Valencia entera se agolpaba en las calles por donde había de cruzar el cortejo simbólico de las antorchas. Principalmente en la plaza del Caudillo una muchedumbre inmensa aguardaba la comitiva en un impresionante silencio. A las doce en punto cruzaban los nacionalsindicalistas valencianos, portadores de antorchas, por la citada plaza del Caudillo. El aspecto que presentaban las calles por donde discurría la manifestación de rito de la Falange era impresionante. Un verdadero mar de fuego, moviéndose al ritmo del tambor, desfiló ante la Jefatura Provincial del Movimiento [...]»[2].

Se trataba, desde luego, de una formidable manifestación del ritual y la estética fascistas. Por supuesto, no fue el único acto conmemorativo de la *liberación* de Valencia. Horas antes había tenido lugar un solemne Tedeum en la Catedral. Al día siguiente, el 30 de marzo, hubo inauguraciones, bailes populares, función de gala en el Teatro Principal y «fuegos aéreos»; al otro, el 31, hubo misa de campaña en la Alameda, desfile del Ejército y las milicias en la plaza del Caudillo, una comida oficial ofrecida a las autoridades por el Capitán General, Antonio Aranda, en los salones del Ayuntamiento, una novillada, más bailes populares y nuevo disparo de «fuegos aéreos a cargo del pirotécnico Luis Brunchú».

Pero tiene razón Joaquina, hubo «sus más y sus menos». De hecho, los había habido ya. El desfile de las antorchas no era lo que había previsto realizar el jefe provincial de Falange Tradicionalista y de las JONS, Adolfo Rincón de Arellano. O no era, al menos, sino una pequeña parte de lo que había previsto. Un año antes un sector de la población valenciana se había sublevado en vísperas de la entrada de las tropas de Franco, circunstancia que, al decir de Rincón, había molestado extraordinariamente al general Aranda: «estaba como una pantera, le molestó muchísimo que Valencia se sublevara y no quería dejarnos entrar al día siguiente, ni a mí que era el jefe provincial»[3]. Ahora, cuando se acercaba el primer aniversario de aquellos acontecimientos, la Falange quiso celebrarlo organizando una gran concentración en Valencia. Se trataba de subrayar precisamente eso, que Valencia no había sido conquistada, que se había sublevado y que si se había sublevado era porque tenía gente par-

---

[2] *Levante*, 30 de marzo de 1940.

[3] Entrevista con Adolfo Rincón de Arellano, 6 de febrero de 2002.

tidaria de los vencedores. A tal fin, se había organizado toda una serie de actos en la provincia, se habían acondicionado cines, salones, teatros y jardines para acoger a los manifestantes, se habían organizado los transportes. Todo estaba preparado, pues, para celebrar ese gran acto conmemorativo de Falange el día 30 de marzo de 1940.

Todo estaba preparado, cierto, pero un temprano escrito del jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército del Turia, por el que se citaba a Rincón para tratar de «los festejos que se celebrarán en esta ciudad con motivo de su liberación por nuestro Ejército», daba a entender claramente que Ejército y Falange no veían la celebración de la misma manera[4]. De lo que se trató entonces, en esa y otras reuniones, Rincón de Arellano tiene un claro recuerdo. Lo sintetiza en una frase: «Aranda me echa el ejército encima como si yo lo que organizaba era una cosa antimilitar». La pugna estaba clara. En un plano todavía local, provincial, se trataba de determinar si en la celebración de la liberación de Valencia iba a predominar la nota militar, el Ejército, o la política, Falange. Consecuentemente, el jefe provincial de esta última buscó el apoyo del Partido.

Rincón viajó a Madrid donde mantuvo una entrevista con Serrano Suñer. Aunque aquél no lo expone expresamente así, parece claro que había decidido salvar su concentración elevando la apuesta al plano nacional. «Mire usted —le dijo a Serrano— yo he organizado una concentración, no quiero sacar ningún partido de ella; ahora, puede resultar muy bien; yo vengo a brindársela a usted». Serrano dio finalmente su apoyo, aunque la concentración se celebraría unas semanas más tarde, el 21 de abril, con motivo ya de otro aniversario: el de la unificación del partido. Una iniciativa local se había convertido en nacional, y la misma pugna que se había establecido en Valencia se trasladaría al plano de la política del Estado. Para Serrano, reticente o no al principio, aquello hubo de resultar poco menos que una divina sorpresa. No había existido hasta el momento ninguna idea, orden o consigna previa procedente de Madrid. Pero producido el acuerdo todos se volcaron en lo que iba a ser considerado como el acto político más importante en España desde el fin de la guerra civil. El propio Rincón quedó un poco sorprendido de todo ello:

---

[4] Coronel jefe de EM del Cuerpo de Ejército del Turia a Adolfo Rincón de Arellano, jefe provincial de FET de las JONS, Valencia del Cid, 14 de febrero de 1940, Fundación Cañada Blanch. Archivo Rincón de Arellano, Caja 3 (en adelante ARDA).

«Por fin vino (Serrano) [...] y vino toda esa gente, que todos hicieron [...], claro yo luego he comprendido que, claro, primero yo estaba al margen de toda la política nacional, ya tenía bastante lío en Valencia para preocuparme por la política nacional, claro, a Serrano le vino muy bien porque fue un refuerzo popular contra la ofensiva de los militares».

NADA A LA IMPROVISACIÓN

Toda la organización del partido único se volcó en la preparación de la gran jornada falangista. Desde que se anunció su celebración no faltaron prácticamente ningún día llamamientos, editoriales, consignas, informaciones e instrucciones en la prensa local, en el diario del partido, *Levante*, especialmente. Se hablaba en estas últimas de la distribución de los carteles de propaganda, se ordenaba que los delegados de los servicios sindicales se pusieran a disposición de los jefes locales del partido, se establecía cómo y con quién debían desfilar o no las distintas organizaciones: los militantes del partido con sus respectivos distritos, el SEU con sus propias formaciones, los «productores» encuadrados en sus sindicatos. No desfilaría, en cambio, la Sección Femenina de FE de las JONS, a la que se fijaba un lugar en la concentración, donde habrían de ubicarse también las «obreras» asistentes, que tampoco habían de desfilar. Sucesivas instrucciones fueron recordando la absoluta obligatoriedad de la asistencia al acto de todo los miembros del partido. Se fijó la uniformidad para militantes —pantalón negro, camisa azul con las mangas arremangadas, boina roja y corbata negra—. Los obreros, en cambio, debían asistir con el mono azul y los agricultores, a ser posible, y si ésa era la tradición local, con la blusa negra. Todas las organizaciones locales debían hacer el máximo acopio de banderas nacionales y del Movimiento[5]. Se crearon oficinas de movilización que debían coordinar entre otras cosas las ofertas de alojamiento y medios de transporte de la población local. Funcionarios, sanitarios, perio-

[5] En las instrucciones remitidas directamente a los jefes locales se añadía la orden de traer a Valencia, también, todas las motocicletas de la localidad. Telegrama, 11 de abril de 1940, del jefe provincial FET de las JONS a jefe local FET de las JONS, ARDA, Caja 3.

distas, miembros de la administración de justicia..., todos recibieron las pertinentes instrucciones.

Sucesivamente se establecieron los distintos lugares de concentración: Sindicatos —hasta 21 puntos—, distritos del partido, de la capital y de la provincia, SEU, secciones de ciclistas o motociclistas, bandas de música, uniformadas o no, excombatientes, excautivos [...] Se fijaron todos los detalles relativos a la llegada de los manifestantes, por carretera o ferrocarril, los servicios de intendencia, sanitarios y perifónico; quedaron igualmente señalados el orden y hora de salida de las distintas formaciones, la composición de los «bloques» —que para los militantes serían de 18 por 18 hombres—, por dónde y cómo debían desfilar y cuándo habrían de disolverse, etc.[6]. Al mismo tiempo, el acontecimiento iba tomando aquella dimensión nacional que comentábamos más arriba. Pronto se anunció que intervendrían en el acto Serrano Suñer y los consejeros nacionales Dionisio Ridruejo y Miguel Primo de Rivera; así como la asistencia de otras altas personalidades como José María Alfaro, subsecretario de Prensa y Propaganda, y Manuel Valdés, subsecretario de Trabajo; además del subsecretario del Ministerio de Educación Nacional, el administrador general de la Prensa del Movimiento, el director general del Departamento Nacional de Radiodifusión, el inspector general de Sindicatos y los jefes provinciales del Movimiento de Alicante, Castellón, Albacete, Cuenca, Huesca y Teruel. Un amplio elenco al que progresivamente se incorporarían personalidades tan destacadas como el vicepresidente y ministro sin cartera Rafael Sánchez Mazas, el vicesecretario general del partido y también ministro sin cartera, Pedro Gamero del Castillo, la delegada nacional de la Sección Femenina, Pilar Primo de Rivera, o el director general de Seguridad, José Finat. No faltarían, en fin, a la cita una delegación alemana, encabezada

---

[6] Véase, por ejemplo, «La Concentración Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS», *Levante*, 12 de abril de 1940; «La magna Concentración Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS se celebrará el domingo, 21», *Levante,* 13 de abril de 1940; «Valencia, en pie, el día 21. Las consignas definitivas de la Jefatura Provincial a las JONS de la provincia y sectores generales del movimiento», *Levante*, 19 de abril de 1940; «Consigna: Por el Imperio», *Levante*, 20 de abril de 1940; «Valencia en pie, ante la Demostración de hoy. Consignas finales de la Jefatura Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS», *Levante*, 21 de abril de 1940. «Orden General» del Jefe Provincial del Movimiento, 15 de abril de 1940, ARDA, Caja 3.

por el jefe del Partido Nacional-Socialista en España, y otra italiana, con el jefe de los Fascios italianos en España al frente [7].

Esta creciente proyección nacional de la concentración falangista venía a indicar también que el acto estaba adquiriendo una dimensión política que posiblemente no se había previsto en un principio. Un alcance político en el que de nuevo iban a coincidir las dinámicas que venían de abajo, de la propia provincia valenciana, con las que venían de arriba, de la alta política nacional. Por un lado y por otro, de un modo consciente para algunos de los protagonistas, más o menos inconsciente para otros, la gran *concentración* provincial de la Falange se estaba convirtiendo en una magna *demostración* nacional de la misma. Según Rincón de Arellano, en efecto, fue Maximiano García Venero, director de *Levante* y hombre de Serrano Suñer, el que empezó a utilizar el término *demostración*: «"Esto no es una concentración, es una demostración". Claro, tenía su intención, que yo en primer momento no capté, a qué se refería» [8]. En efecto, García Venero, y presumiblemente con él el círculo en torno a Serrano, no tardó en captar que el acto podría convertirse en una demostración de fuerza de Falange [9]. Pero se trataría en cualquier caso de una extrapolación al plano nacional de los mismos conflictos que se experimentaban en el ámbito local. Porque, según el propio Rincón, en los actos previos realizados en la provincia de Valencia y como un medio para garantizar el éxito de la concentración, Falange y él mismo se presentaron «en plan de oposición» a las autoridades conservadoras: «yo políticamente aquí representaba una política de oposición al gobernador, de oposición, menos, más tibia, a Aranda, porque era más dura, de cierta oposición al Ayuntamiento, de cierta oposición a la Diputación [...], o sea, que Falange no formaba parte de los organismos dirigentes» [10].

Pugna local y pugna nacional, la concentración tornada en demostración era ya un éxito antes incluso de celebrarse. Al menos para la prensa del partido. De modo que si el diario *Levante* hablaba de

---

[7] «La Concentración Provincial del domingo de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, será un acontecimiento nacional», *Levante,* 18 de abril de 40; «Valencia vibrará de entusiasmo en la Concentración de mañana», *Levante,* 20 de abril de 1940.

[8] Entrevista citada.

[9] El editorial de *Levante* de 13 de abril de 1940 se titulaba precisamente así: «Nuestra Demostración».

[10] Entrevista citada.

la jerarquía que la presencia del presidente de la Junta Política y «perfecto capitán de la inteligencia» confería a la «Demostración Nacionalsindicalista», *Arriba,* en el día mismo de celebración del acto, daba ya por hecho que doscientos mil falangistas iban a desfilar por las calles de Valencia. Éxito asegurado, por tanto, pero también una prueba y una apuesta. Prueba, porque el acto era en Valencia, la Valencia a la que se le había atribuido «raíz y cuna, paternidad, indeclinable estirpe republicana y democrática», la Valencia que había sido «el bastión más auténtico del liberalismo», el lugar donde llegó a «vivaquear abyectamente todo lo falso y cruel del marxismo» [11]; pero prueba también porque en la Valencia republicana había habido grandes concentraciones de masas, en particular una que todavía se recordaba y que ahora se evocaba abiertamente, la organizada por la Derecha Regional Valenciana en el campo de Mestalla, con la que también se querían marcar las distancias [12]. Y apuesta, en fin, porque, como decía un editorial de *Arriba*, «con el desfile de hoy, lleno de jubilosa disciplina, en las calles de Valencia, la Patria de Franco sabrá hasta qué meta posible puede soñar la mente ilusionada de los hombres que vivirán hasta la eternidad por la entera gloria del yugo y de las flechas» [13].

La fiesta totalitaria

La fiesta empezó, por así decirlo, la víspera del gran día con Serrano Suñer: «El Presidente de la Junta Política al llegar a los límites de la provincia, vio anoche cómo se deshacían, por la fuerza ideal y patriótica de la Falange, los viejos tópicos que concernían al tipismo político de Valencia. El automóvil de Serrano Suñer fue flanqueado, a lo largo de más de cien kilómetros, por camiones llenos de nacionalsindicalistas del campo, de estos labrantines enjutos y duros de

---

[11] Comentario, «La concentración falangista de Valencia», *Levante,* 19 de abril de 40; «El desfile de Valencia», *Arriba*, 21 de abril de 1940. Hasta *ABC* se apuntaba a esta ceremonia del recuerdo de la Valencia roja: «Es, sencillamente, una concentración de las fuerzas del partido allí donde se creyó que no arraigarían otras ideas que las revolucionarias de la República o del marxismo», *ABC*, 19 de abril de 1940.

[12] «Gracia y falangismo de Valencia», *Levante*, 21 de abril de 1940.

[13] «El desfile de Valencia».

Valencia, que acudían, con el alma iluminada, a la Demostración de hoy»[14]. Esa misma noche llegaron ya numerosos participantes en la concentración. Pero el verdadero aluvión se produciría en la mañana del domingo día 21. Trenes especiales, procedentes de Sagunto, Algar, Villamarchante, Villanueva de Castellón, Onteniente, Fuente la Higuera, Játiva, Oliva, Gandía, Carcagente, Utiel, Cullera y Buñol, junto con 1.240 camiones y otros vehículos privados, trajeron a la capital del Turia decenas de miles de falangistas y *productores* de hasta 362 pueblos. Unos y otros, los llegados de fuera y los de la propia capital, colapsaron la ciudad mientras se dirigían a sus puntos de concentración previos. Alguno de estos lugares, como el de la metalurgia, reunió a 11.000 productores. En total serían más de 300.000 los participantes —136.000 militantes y adheridos del partido y 200.000 miembros de los sindicatos— siempre, claro es, según fuentes del propio partido[15].

Las distintas formaciones de Falange, los bloques de 18 por 18 hombres, fueron llenando progresivamente el paseo de la Alameda. Allí formaron también, en lugar privilegiado, los Flechas Navales y, aunque sin desfilar, hasta 20.000 afiliadas de la Sección Femenina y Auxilio Social. Secciones ciclistas y motociclistas del partido, la caballería del SEU, hasta 2.500 banderas, 101 bandas de música y 200 tambores y trompetas hicieron que el espacio previsto, el kilómetro del paseo de la Alameda, quedase pequeño, por lo que muchos de los concentrados hubieron de ser acomodados en las explanadas y avenidas inmediatas a dicho paseo. Tres tribunas se habían instalado en el mismo. La primera, monumental, estaba constituida por un gigantesco podio con un fondo de 18 metros de altura en el que figuraba una gran águila imperial de madera, imitando granito, con la inscripción «Víctor» y una gran corona de laurel. «Conjunto severo y artístico» —decía *Las Provincias*— en el que se habrían empleado nada menos que «35 metros cúbicos de madera, 500 de arpillera y 400 de chapa»[16]. En el centro de la tribuna había un dosel con un micrófono instalado desde el que se pronunciarían los discursos. A uno y otro lado de tan monumental tribuna estaban las otras dos, destinadas a autoridades militares y civiles e invitados.

---

[14] «Gracia y falangismo de Valencia».

[15] *Levante*, 23 de abril de 1940; según *Las Provincias*, 23 de abril de 1940, habrían sido 250.000; *Arriba*, 23 de abril de 1940, hablaba de 280.000 camaradas participantes.

[16] *Las Provincias*, 23 de abril de 1940.

Unos y otros fueron llegando a primeras horas de la tarde. Varios generales y coroneles, el comandante de Marina, el gobernador militar, el gobernador civil, Planas de Tovar, el presidente de la Diputación Provincial, Zumalacárregui, el capitán general de la 3.ª Región Militar, Antonio Aranda, el alcalde de Valencia, Barón de Cárcer, consejeros nacionales del partido, la Delegada de Sección Femenina de FE de las JONS, Pilar Primo de Rivera. Como invitados extranjeros figuraban las ya aludidas representaciones de los Fascios italianos, encabezada por el inspector general de los Fascios en España y la inspectora general de las juventudes fascistas, y el partido nazi, igualmente encabezada por el jefe del partido nacionalsocialista en España. Pasadas las cuatro y media de la tarde se produciría el momento culminante, con la esperada y apoteósica llegada del presidente de la Junta Política:

«[...] un toque de atención anuncia la entrada del camarada Ramón Serrano Suñer. El Ayuntamiento, bajo mazas, con el gobernador civil, se adelanta a recibirle en el puente de Aragón. Poco después entra en el paseo, de pie en un coche descubierto, saludando brazo en alto, con el jefe provincial de Valencia, camarada Rincón de Arellano. El momento es de intensa emoción. El ministro, con el jefe provincial pasa revista a los camaradas, formados hasta los Viveros Municipales, mientras 150 bandas de música interpretan el Himno Nacional, las banderas se rizan en el viento y el público prorrumpe en un solo ardiente grito de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! Serrano Suñer recorre con su mirada, clara y penetrante, las filas apretadas de la Falange levantina [...]. La revista dura exactamente diez minutos. En medio del entusiasmo de la multitud congregada en la Alameda, suben a la tribuna central el camarada Serrano Suñer, el general Aranda, los camaradas Pilar y Miguel Primo de Rivera, Alfaro, Valdés, Ridruejo, Finat, Escribá de Romaní, Santa Marina, Echarri, Del Rey, Caballero, Rincón de Arellano, el almirante Estrada y el gobernador civil y alcalde de Valencia. En medio de un silencio impresionante se dejan oír los sones del "Oriamendi", que la muchedumbre escucha brazo en alto» [17].

A la apoteósica llegada de Serrano siguieron los discursos. En primer lugar, el muy breve de Rincón de Arellano para expresar la incondicional adhesión de la Falange valenciana al Caudillo victorioso de España. Después, el también breve de Miguel Primo de Rivera,

---

[17] *Levante*, 23 de abril de 1940.

quien, recordando la figura de su hermano, apeló a una Falange mejor y a la realización de la Revolución prometida por el Caudillo. De mucha mayor enjundia fue el discurso pronunciado a renglón seguido por el consejero nacional y director general del Propaganda, Dionisio Ridruejo. Un discurso desafiante, rotundo, revolucionario, abiertamente totalitario en cualquiera de sus posibles derivaciones e imperial. Desafiante, frente a unos ignotos «miserables» e «impotentes del gallinero nacional», respecto a los que se esgrimía lo que la reunión de «doscientos mil camaradas» tenía de «espléndida, rotunda y definitiva demostración de poder». Rotundo, al reconocer la existencia de un cierto desaliento entre muchos falangistas y anunciar el férreo compromiso de luchar contra conservadores, «especuladores cobardes» y «emboscados de la paz». Revolucionario, al anunciar el cumplimiento inexorable, aunque sin prisas ni concesiones a los impacientes, de la revolución nacionalsindicalista. Totalitario, porque lo mismo que se hacía referencia al número de los concentrados, se hacía gala de la afirmación de que estas masas habían sido llamadas no para ser halagadas, sino para recibir órdenes. Totalitario también, porque se decía despreciar el número y se afirmaba la capacidad y la voluntad de la minoría disciplinada de los mejores para imponer su programa y su unidad incluso, si hiciera falta, contra el noventa por ciento de los españoles. Imperial, en fin, porque ese objetivo se dibujaba por encima de la propia revolución: «Ni queremos [...] una unidad a secas; queremos una unidad armada y potente. Y ahora, camaradas, sí que nos toca injuriar a los que nos han precedido. Porque si no fuera por el milagro de Franco, superior aún a la traición de los que le precedieron, ¿qué sería de España en el momento en que le aceche el menor peligro? Porque el antiguo régimen y la república, por igual y de la misma manera, han traicionado a España, dejándola sin armas. Y la Falange, antes que el pan, antes que la comodidad, antes que la justicia, quiere armas, barcos, cañones para España»[18].

El discurso de Serrano, con el que se cerraba el acto de la Alameda y más comedido formalmente que el de Ridruejo, iba en una línea similar de apelación a una unidad sin fisuras en torno a Franco y los mandos de la Falange denunciando a todos los que, desde una

---

[18] Reproducido en *ibid.*

u otra perspectiva, podían estar actuando, de buena o mala fe, contra ella [19]. El discurso de Serrano cerraba el acto de la Alameda, pero no, en modo alguno, la gran fiesta totalitaria. Todas las autoridades se desplazaron desde dicho paseo hasta la Plaza del Caudillo, donde ante la sede de FET y las JONS se había instalado una tribuna desde la que las máximas jerarquías y autoridades contemplarían el desfile de los anteriormente concentrados en la Alameda. Iniciado tal desfile hacia las 18:30 horas, las últimas formaciones del mismo concluirán su recorrido hacia las 22:30. Espectáculo de nuevo extraordinario si se tiene en cuenta ahora la cantidad de público que se agolpaba en el puente de Aragón y en las calles Cirilo Amorós, Calvo Sotelo, Colón, San Vicente o Paz. Calles abarrotadas y calles engalanadas para observar el paso de un desfile que, al decir de *Las Provincias*, respondió ampliamente a la expectación que había despertado:

«Los bloques compactos de 18 hombres en fondo, hombro con hombro, rígidos los brazos y firme el ademán, daban un aspecto original a la marcha. Parecía como que los citados bloques de hombres se movieran al unísono tan sólida, firmemente trabados que daba idea de algo férreo, ciclópeo más bien, incontenible en su marcha, indestructible en su armazón. Tal sensación daban de firmeza y decisión a su paso. Y esto repetido como una teoría interminable, sólo interrumpida por el paso de las bandas de música, que alcanzaron aproximadamente el número de 125, y las bandas de tambores y trompetas, que se elevaban a cerca de 200, y la maravillosa nota de las banderas que, formando un solo bloque, desfilaron más de 2.000 y que causaron un efecto indescriptible al verlas pasar acompasadas, rígidamente enhiestas, proclamando al mundo el resurgir de un pueblo pletórico de vitalidad e identificado con sus hombres de Gobierno y sus jerarquías» [20].

El éxito explotado. Revolución en marcha. Valencia, problema resuelto

De creer a la prensa, local y nacional, la gran jornada de Valencia desbordó con amplitud todas las expectativas. «Nuestra revolucionaria Demostración», era el título del editorial de *Levante* del día

---

[19] «Discurso de Valencia ante doscientos mil falangistas», en Ramón Serrano Suñer, 1941, pp. 113-121.

[20] *Las Provincias*, 23 de abril de 1940.

23 de abril. El de *Arriba,* de la misma fecha, era un significativo «La Falange en pie y a punto». De «imponente acto de afirmación» hablaba *ABC*. De «exaltación de la unidad», lo hacía *Madrid*. Para *Ya* se trataba de la concentración más importante de las organizadas por el partido. Había en principio, pues, una voluntad común de subrayar la magnitud del acto, tanto como su carácter unitario. Incluso el director de *Informaciones*, Víctor de la Serna, se esforzaba por presentar la más idílica de las relaciones entre la máxima autoridad de Falange después de Franco, Serrano Suñer, y el capitán general de Valencia Antonio Aranda: «El general Aranda se dirige al presidente de la Junta Política: "¡Qué cuarto de millón de hombres y qué millares de alféreces se sacan de aquí, de esta tierra, con una sola voz! ¡Todo un ejército!»[21].

Se trataba de subrayar también que tan espectacular éxito no era sólo el de la unidad en abstracto, sino de la unidad falangista y que debía servir al cumplimiento de los objetivos de Falange. En esta dirección abundaron la mayoría de los comentarios de las jerarquías falangistas invitadas al acto, tal y como manifestaron ante una apresurada encuesta organizada por el diario *Levante* en torno a la pregunta: «¿Cuál es tu opinión sobre la concentración de hoy?»[22]. Así, por ejemplo, José María Alfaro, subsecretario de Prensa y Propaganda, afirmaba: «Pensando en el camino —lleno de amarguras y rencores— que ha tenido que recorrer la Falange para llegar a la Demostración de hoy, puede imaginar el más tímido, como el más decidido, que ya es imposible pararnos». En la misma dirección Manuel Valdés, subsecretario de Trabajo, veía en el acto la «voluntad inaplazable de la Falange en su revolución nacionalsindicalista». Para el director de *Informaciones*, Víctor de la Serna, se trataba del «más bello e importante» espectáculo de masas del Partido hasta el momento y un acto trascendental para «la irreparable voluntad del Partido». Para el director de *Vértice*, el valenciano Samuel Ros, era una demostración de la «tremenda realidad de esta provincia falangista», en la que además se habría puesto de manifiesto «la otra tremenda realidad de la España unida y poderosa». Más lejos en su afán reflexivo iba el director de *Arriba*, Xavier de Echarri, cuando

---

21 Víctor DE LA SERNA, «En Valencia "La Clara"», *Levante*, 23 de abril de 1940.

22 «La Demostración, definida y comentada por las Jerarquías», *Levante*, 23 de abril de 1940. El original manuscrito de las respuestas se encuentra en ARDA, Caja 3.

veía en la concentración valenciana la demostración «inapelable de que el pueblo se incorpora al Estado a través del Movimiento»; y sentenciaba: «Cada día ganamos una posición. Hoy hemos ganado para la Revolución española [...] una línea decisiva en la batalla de la paz». Era la misma idea que expondría con su habitual claridad un Ridruejo exultante. La revolución estaba en marcha:

«El acto político más importante desde que la guerra acabó: Cuando el pueblo acude como espectador, aunque sea apasionado, puede pensarse en una adhesión fugaz. Hoy el pueblo ha acudido como protagonista, ha desfilado, se ha convertido en milicia: ha dejado de ser masa para convertirse en ejército; en un ejército que es la Falange. Esto es ya la mitad de la revolución y la garantía de que España está —a pesar de todas las traiciones pasadas— en forma. Muchos no se darán por enterados; es lo mismo: Si esto se frustra o se detiene sólo nosotros tendremos la culpa».

En el fondo, Ridruejo definía bien en este párrafo lo que entendía por revolución, esa conversión de la masa en pueblo a través del partido-milicia, al tiempo que localizaba el núcleo del éxito de la jornada: la revolución estaba en marcha. Una de las preguntas que se formulaba el partido antes de la concentración, el «hasta qué meta posible» se podía soñar, había encontrado la mejor de las respuestas. También parecían haberse resuelto satisfactoriamente todas las posibles dudas acerca de las reminiscencias de una Valencia liberal y republicana que habría quedado definitivamente sepultada por la nueva Valencia falangista. Hasta, «sin quererlo», el acto falangista había superado en número a cualquier anterior manifestación de masas, de cualquier signo, llevada a cabo en cualquier momento en tierras valencianas[23]. Valencia, pues, era definitivamente falangista; y definitivamente española. Porque, también ahora, al calor de la gran demostración que había tenido lugar, hasta Serrano Suñer podía certificar, exultante, la inquebrantable españolidad de los valencianos:

«El primer Sindicato Vertical, y el más importante de todos, es el gran Sindicato de España. Todas las cosas, todas las riquezas, todas las personas y las energías de todos son, antes que de nadie, de España. Esto lo entienden bien los valencianos y por eso no he querido decirlo públicamente ayer, ante un auditorio de impresionantes dimensiones, para rehuir toda actitud

[23] «Nuestra revolucionaria Demostración», *Levante*, 23 de abril de 1940.

que a nadie le pudiera recordar la antigua vileza de adular a las masas con falsos halagos. Porque Valencia, teniendo elementos bien definidos para constituir una unidad regional bien caracterizada —geografía, lengua y, singularmente, un factor económico preponderante, que en definitiva ha sido el motor de los regionalismos desorbitados, para convertirse bien pronto en instrumento de traición y destrucción de España—, ha sido, sin embargo, y pese a todos los autonomistas que en su tierra fueron, fiel en todo momento al destino unitario de España»[24].

«*Et nunc erudimini...*»

Demostración de poder de Falange; Revolución en marcha; Valencia rescatada de su propio pasado liberal y rojo, pero también católico-populista —el de la Derecha Regional Valenciana—; Valencia, falangista y española. Éxito, en fin, aplastante y sin matices. Pero, ¿había sido tan irrevocable el éxito? Y, si era así, ¿cómo explotarlo? Si la revolución estaba en marcha, ¿cuáles eran sus nuevos objetivos?, ¿qué media revolución quedaba por hacer? Estaba claro que en el acto de Valencia se había querido reforzar la presencia pública de Falange al tiempo que lanzar una más o menos explícita denuncia contra sus enemigos conservadores, que podían localizarse en algunos militares, sectores próximos a la Iglesia y monárquicos antifalangistas. Algunos de estos últimos, indignados con el discurso de Ridruejo y algún artículo posterior del mismo, elaborarían un escrito que harían circular por Madrid en el que, entre otras lindezas, se acusaba a Ridruejo de ser el principal emboscado, entre otras cosas, por haber eludido sus obligaciones militares durante la guerra civil[25]. Lo significativo del caso, sin embargo, es que no hubo que esperar a este

---

[24] «Discurso pronunciado en la albufera de Valencia, el día 22 de abril de 1940», en R. Serrano Suñer, 1941, pp. 123–131.

[25] «En resumen, y hablando con toda seriedad: porque le faltó valor, rechazó Vd. el honor de ser combatiente y cruzado, para convertirse en el primer "emboscado" de la guerra... Éstos son sus brillantes antecedentes que tanto convendría que España entera conociera. Y pensar que no obstante ellos, ha tenido Vd. la osadía de atreverse a definir en un acto público ante 200.000 hombres la política a seguir para lograr la unificación de todos los españoles, a la terminación de una guerra en la que no ha tomado parte!». El escrito fechado el 7 de mayo de 1940 y del que se hizo llegar una copia a Franco estaba firmado por Antonio Oriol, Claudio Gamazo, Valentín Salazar, Xavier de Silva, Joaquín de Satrústegui, Joaquín Vega Seoane y J. Navarro Reverter. Puede verse en Eugenio Vegas Latapie (1995), pp. 196-199.

tipo de reacciones para que los falangistas las *inventaran*. Casi reconociendo que la apuesta por el poder falangista sólo sabía tomar cuerpo de realidad en el campo de la denuncia incesante de unos terribles e ignotos enemigos conservadores, el diario *Arriba* fabricó tan pronto como el 25 de abril de 1940 una «circular reservada» por la que los enemigos de Falange redefinían su estrategia en respuesta al extraordinario éxito del partido en Valencia[26]. Vale la pena reproducirla:

«Nuestro querido amigo: Será inútil cerrar los ojos ya. Hace seis meses no habríamos imaginado esto de Valencia. Pero hace semanas veníamos ya observando en Falange, un vasto movimiento de reorganización y una peligrosa elevación del espíritu y de la voluntad de vencer en todos los órdenes. "Buscando —ha dicho Serrano Suñer— la unidad por la vía resuelta de mando y unidad —a que Ridruejo antes también se refería—, en lugar de aquel otro del pacto y de la blanda componenda, nosotros afirmamos que, al servicio de España y la Falange, si no todos —que el número poco importa—, sí estamos unidos los mejores, en un equipo que impetuosamente paseará por España esta bandera de la Revolución Nacionalsindicalista".

Es verdad. El acto de Valencia se podrá multiplicar por cincuenta a lo largo y a lo ancho de España. La Falange se muestra compacta, aguerrida y, lo que nos perjudica más aún, ya muy bien informada. No habrá usted echado en saco roto la alusión al "libro blanco de los confusos conductores". Nuestra maniobra articulada, durante largos meses de paciente tenacidad consistía en empujar a una parte de la Falange al "extremismo estéril", que Serrano ha denunciado, produciendo por este medio la escisión y el desprestigio, que hubiese proporcionado un avance decisivo para nuestro programa. Como usted sabe, la maniobra era basta, y se acompañaba de una serie de maniobras auxiliares en sectores regionales, religiosos, financieros, etc. Ya ha aludido también Serrano Suñer a nuestra campaña, que denuncia como solapada y canalla, en el sector religioso, poniéndola en contraste con nuestra tolerancia pasada hacia el régimen republicano, calificada por alguno de ellos de "complicidad inolvidable". Pero el éxito de nuestro plan exigía el desprestigio y escisión de la Falange a toda costa. Es lo que ha sido truncado en seco, de un solo tajo, y de un tajo que no es una improvisación, porque bastaba leer ARRIBA desde hace ya varias semanas para ver cómo se venía ya amagando y afinando la puntería. No se le oculta a usted hasta qué punto resulta particularmente doloroso y desmoralizador que el golpe lo hayamos recibido en Valencia. Pero, antes de darlo, toda

[26] «Circular reservada. "Et nunc erudimini..."», *Arriba*, 24 de abril de 1940.

tentativa de escisión había sido escrupulosamente barrida de los centros rectores. Con una Falange, fuerte y unida, cuya lealtad al Caudillo sea indiscutible, todo nuestro primer plan resulta fallido. A fuer de buenos estrategas, hemos de confesar perdida esta primera campaña, aunque el enemigo, con su insaciable espíritu de victoria, no quiera todavía echar las campanas al vuelo. Tenemos que hacer un nuevo plan. Tenemos que volver a empezar "por las buenas". Tenemos que agacharnos, aunque nos llamen los "cuellitorcidos". Nos dicen que ustedes andan por ahí, en "Z", desanimadillos. Les repetiremos lo que el maestro decía en una carta particular a uno de los nuestros: "Tu quoque?". En el mismo instante en que el triunfo de Valencia empieza a hacer patente y nacional el éxito falangista, procurarán ustedes que en todos aquellos órganos de publicidad y difusión en que estemos situados e infiltrados los comentarios e informaciones del acto de Valencia se acomoden en lo posible a las siguientes normas:

MODUS OPERANDI

1.° Es necesario absolutamente "encajar" el acto con toda solemnidad patriótica: titulares, fotografías, elogios, a todo: a las personas, a la grandiosidad del espectáculo, al fervor de los asistentes, a la ciudad del Turia, etc., etc.

2.° La "composición de lugar" estriba en que ustedes lo consideren como un antiguo acto de la Unión Patriótica, como un verdadero acto "upetista" de bien pensantes, de hombres de buena voluntad, de españoles que al reunirse en inmenso número borran cuanto de específica e intransigentemente falangista hubo a la verdad de todo el acto.

3.° Hablarán de "unidad" y de "unificación", de Cruzada y de Movimiento, pero no de Partido, de FET y de las JONS, y mucho menos de Falange a secas o —¡por los clavos de Cristo!— de Nacionalsindicalismo. Quede esto omitido en absoluto en sus editoriales. La consigna es "disolver la calidad en la extensión para quitar al acto toda forma; para deformarlo". ¡Cuidado!

4.° Podrán hacer elogios personales de los oradores, y será muy oportuno llamar en esta ocasión a Serrano Suñer "Ilustre señor ministro de la Gobernación" —nada de "camarada", "señor"—; a Ridruejo, "eximio poeta", y a Miguel Primo de Rivera, "consejero nacional", ya que el valor simbólico de hermano de José Antonio y del apellido que lleva exceden, en la ocasión presente, de la "consejería". También pueden llamarle "miembro de la Junta Política". Ninguna alusión —¡por los clavos de Cristo!— al auténtico falangismo de los tres, ni mucho menos a la auténtica solidaridad falangista y perfecta unidad de entusiasmo, de severidad crítica y de pensamiento rector que los tres han mostrado. ¡Ojo!

5.° En las fotografías conviene suprimir aquellas que revelen la cordialísima compañía en que Serrano Suñer y los que con él iban, se han mostrado con todas las jerarquías del Ejército y de la Iglesia allí repre-

sentadas. No nos hagan en esto ningún ciempiés. Anden en esto con cuatro ojos.

6.º El discurso de Serrano Suñer debe comentarse como un simple discurso de pacificación unificadora. Y en este sentido acogerlo como maná del cielo, entre lluvias de elogios. Pero la consigna para este discurso comprende los siguientes extremos: *a)* Es preciso no hacerlo aparecer como un discurso ardientemente falangista. De ninguna manera destacar frases como: "La Falange, que tiene por Jefe al Caudillo victorioso, permanecerá siempre fiel a la doctrina y al puro aliento de su Fundador". O la otra: "Por encima de todas las resistencias, juremos mantenernos fieles a la unidad de doctrina, de mando y de propósito". Ni una alusión, pues, a la doctrina de José Antonio, ni al mando supremo del Caudillo, ni a la unidad así entendida, a lo Ridruejo, que dijo: "La unidad española consiste en el cumplimiento irrevocable de los 26 puntos de Falange". *b)* En cuanto al aspecto polémico y en cuanto a lo que hay de acerba crítica en el discurso de Serrano Suñer, todo eso debe ser con escrupulosísima habilidad silenciado en los comentarios, o si pareciese más conveniente, soslayado, difuminado y desviado. No tocar esto sino con suma cautela y seguridad de enturbiar las aguas. Es la parte del discurso que más rápidamente hay que procurar sea olvidada. Por supuesto, hay que proceder como si tales cosas no hubieran sido jamás dichas. *c)* Tampoco conviene que trasciendan el ardor y elevación morales, la alta tensión reveladora de un plano espiritual superior, la angustia por el destino de España, ni la aptitud y seguridad de mando que el discurso revela. El eje fuerte de Serrano Suñer está aquí. Hay que convertir el discurso en una oración unificadora, como hemos dicho, aleccionadora si se quiere, nítidamente expositiva, complacida ante una juventud enardecida y vibrante; a veces, sí, de tonos severos, por la urgencia de la hora española y europea, por la responsabilidad ante el futuro, por lo hermosa, que será, la concordia de todos los españoles, etc., etc. No olvide que la unidad de la Falange es una unidad antes moral, que jerárquica y disciplinaria, y no sólo la podemos malograr por escisión, sino por aglomeración, por deformación, por erosión de sus contornos esenciales, por inflación vaga y patriotera.

7.º Nada tengo que decirle en cuanto a no destacar en manera alguna las patentes declaraciones de catolicismo sincero que hay en el discurso, y también le recomiendo que carguen la mano en "el color", en el pintoresquismo, en la loa a Valencia, a sus flores, al sol, a sus mujeres, etc., etc. Todo eso quita "estilo falangista" a los actos. Ya Serrano Suñer empieza por tirar por la borda esta bisutería en el exordio. Y no se desanimen. Sigan la consigna de siempre en todo y por todo: "Tenacidad en la confusión y confusión en la tenacidad". El maestro dice: "que tenemos que hacernos confusos nosotros mismos para producir la confusión al servicio de lo venidero"».

¿PROBLEMA RESUELTO?

La circular reservada constituía un modo, algo retorcido ciertamente, de los falangistas de explotar el éxito de la demostración valenciana. Se trataba de alguna forma de poner en boca de sus enemigos la magnitud del evento y de lo que en él había habido de reforzamiento del poder de Falange. Desde otra perspectiva, se trataba de prolongar ese ambiente revolucionario fascista que, con frecuencia, sólo acertaba a expresarse manteniendo una eterna polémica con supuestos enemigos poderosísimos, pero ocultos, de esa misma revolución fascista, nacionalsindicalista en este caso. La circular constituye, en fin, una excelente guía de lectura que ayuda a detectar el significado de muchos de los temores y aspiraciones que se escondían, más que se manifestaban, en la con frecuencia opaca retórica falangista.

Existen pocas dudas en cualquier caso de que los actos de Valencia de abril de 1940 constituyeron la manifestación más aproximada a lo que era y podía haber sido la imposición del totalitarismo fascista en España: masas informes convertidas en pueblo y elevadas al Estado a través de un partido-milicia capaz no sólo de encuadrarlas, sino de representar en la calle y en la plaza, de hacer *realidad* en ellas, el mito de la comunidad nacional, organizada, jerarquizada y entusiasta. Estaba aquí, en esas masas encuadradas y en esa minoría rectora dispuesta a imponer su voluntad a tirios y troyanos, todo el populismo fascista. Y también todo el ultranacionalismo palingenésico. Era el pueblo organizado el que resurgía y, con él, la nación que se reencontraba a sí misma y se señalaba los más ambiciosos objetivos. Todo ello, además, en Valencia. La Valencia liberal, republicana y roja; pero también la Valencia que había aportado uno de los más vigorosos ejemplos de catolicismo social y político. La Valencia de Blasco Ibáñez y de Luis Lucia. Falange las habría sepultado a ambas. Por si fuera poco, esa Valencia que además de rica y laboriosa tenía una lengua propia distinta del español o castellano, había sido capaz de demostrar, con Falange y a través de Falange, su más completa y total españolidad. La soñada nacionalización total de los españoles parecía estar haciéndose también realidad a través de la Falange.

Pero, ¿era realmente así? Es posible que así hubiese sido de haberse impuesto al fin la línea de la Falange revolucionaria y fascista. No es tarea del historiador determinar lo que habría pasado si... O

no es éste, al menos, nuestro objetivo ahora. Lo que sí interesa señalar es que en apenas meses gran parte del optimismo, ilusiones y esperanzas falangistas iban a saltar por los aires. No tardó en apreciarse. Incluso, por supuesto, podían concebirse dudas acerca del propio éxito del acto. Todo lo que recuerda uno de los *productores* asistentes al mismo, un trabajador portuario, Francisco Montaña, es un lacónico «nos obligaban. Nos llevaron a la Alameda»[27]. Aun insistiendo en el gran éxito del evento y negando que en modo alguno se pagase a nadie para asistir al mismo, su máximo responsable, Rincón de Arellano, también parece alejarse bastante de aquella euforia: «sabe, la gente, si se la mueve va»[28]. La cordialidad, supuesta o real, entre Aranda y Serrano pareció agotarse en el acto. De hecho, el capitán general de Valencia iba a ser uno de los más feroces adversarios del presidente de la Junta Política antes aún de convertirse en uno de los más tenaces conspiradores contra el propio Franco. Pocos días después del gran acontecimiento el que era por entonces secretario del gobernador civil Planas de Tovar, Joaquín Maldonado, presentó su dimisión e inició su alejamiento del régimen. Maldonado había sido militante de la Derecha Regional Valenciana. Con ella había participado en la preparación del 18 de julio. Pero en la manifestación de abril de 1940, en los discursos de Ridruejo y Serrano, creyó advertir que todo lo que allí se decía era lo contrario del ideario de su Derecha Regional[29]. Varios años más tarde, Maldonado sería presidente del Ateneo de Valencia, aquel residuo de la Valencia liberal cuyo edificio fue ocupado por la Jefatura Provincial de Falange hasta que en 1952 le fue devuelto. Ese mismo Maldonado se alinearía posteriormente con una oposición democristiana al franquismo; una oposición democrática abierta a las reivindicaciones y aspiraciones de un nuevo valencianismo.

No hace falta, sin embargo, alejarse tanto en el tiempo. En 1941, pasado poco más de un año desde el gran evento y la gran demostración totalitaria, todo parecía haberse desvanecido. En abril de ese año realizó una visita a la capital valenciana el embajador británico, Sir Samuel Hoare, quien constató la profunda hostilidad de los valen-

---

[27] Entrevista con Francisco Montaña, 27 de abril 2001.

[28] Entrevista citada.

[29] Entrevista con Joaquín Maldonado llevada a cabo por Ferrán Archilés, 18 de febrero de 2001.

cianos al régimen, «mayor que en cualquier otra capital española», así como su convencimiento de la voluntad franquista de «castigar en todos los terrenos a la Valencia republicana y revolucionaria»[30]. No muy distinta era la percepción que acerca de las actitudes de los valencianos tenía por entonces la Jefatura Provincial de FET de las JONS de Valencia. Según un informe de ésta de octubre de 1941:

«Los rumores han dejado ya de serlo, pues son voces que se difunden ya con una libertad asombrosa y en plena calle, donde se expresa con entera libertad y sin que exista ningún freno todo cuanto viene en gana [...] Continúa todo igual, más agudizado si cabe, que meses atrás. El ambiente general de la población es abiertamente hostil; se odia sin disimulo alguno a todo lo que signifique o provenga del nuevo Estado [...] En la actualidad estamos viviendo el mayor fraude de que se ha hecho víctima a un pueblo, al cual constante y sistemáticamente se le hace creer en un nacionalsindicalismo que no existe, en una justicia social que no se cumple, una programática falangista que no se aplica, en un totalitarismo al servicio de las eternas camarillas y en una España nueva en la que florecen todos los antiguos vicios de la decadencia política capitalista y liberal [...] Sólo afirmamos una cosa: nunca pueden servir de pretexto las actuales circunstancias, para someter a la población de una Provincia de la categoría de Valencia y la tercera de España, a esta serie de privaciones que, sin embargo, no existen en otras partes como Barcelona, Zaragoza, Murcia, Almería, etc. [...] No creemos que sean menos españoles que los demás, para que tengan que ser tratados (según frase atribuida a nuestra primera autoridad) «como penados en un campo de concentración»[31].

Si la imagen, en fin, de la revolución falangista había dejado paso a la más cruda de las realidades, no parece que la nacionalización fascista de los valencianos hubiese corrido mejor suerte. Éstos al fin y al cabo, pasadas todas las oleadas del revolucionarismo falangista, venían a estar, más o menos, donde habían estado siempre. Como se apunta en otro informe de 1941:

«El pueblo valenciano ha sentido siempre animadversión por los poderes centrales, pues a pesar de su enorme capacidad de trabajo y ser la Provincia que nivelaba nuestra balanza comercial, se ha visto siempre relegada a último término. De ahí que Valencia siempre se haya manifestado en un campo

---

[30] Hoare, 23 de abril de 1941, *Public Record Office*, FO 371/34752, C 4501/21/41.
[31] Informe, 3 de octubre de 1941, ARDA, Caja 3.

político de ideas extremas, coincidiendo todas en un apartamiento total del Estado español, sin ser separatista. Pues aun el mismo Partido de la Derecha Regional Valenciana (Partido de intereses y conservador), que se formó durante la República, llevaba el sello proverbial en los valencianos de reserva absoluta y resistencia pasiva a todo lo que provenía de Madrid»[32].

Lo que media entre la primavera de 1940 y el otoño de 1941 es, ni más ni menos, que el fracaso de todo un proyecto fascista. El gran mito de la revolución nacional y social se desvaneció entre tanto en el aire. Otras grandes concentraciones de masas tendrían lugar en lo sucesivo. De especial importancia serían las que se dieron con motivo de la visita de Franco a Barcelona en enero de 1942. Para entonces habría ya más Caudillo y menos partido. Habría también otra forma de encarar esa extraña cosa que era España. Tan unitaria y, sin embargo, con varias lenguas y varias culturas... Al estudio del modo en que estos problemas se abordaron entonces se dedican las páginas que siguen.

---

[32] Informe de A. Rincón, «Situación política de la provincia de Valencia y motivos de la misma» de noviembre de 1941, AGA, DNP, c. 67.

CAPÍTULO 1

FASCISMO, NACIONALISMOS Y FRANQUISMO

El objeto central de este estudio es el ultranacionalismo falangista en el marco del régimen franquista. No parece necesario dedicar esfuerzo alguno a subrayar la importancia que el problema del nacionalismo tiene hoy en todos los planos, desde el político y mediático hasta el de las ciencias sociales y, en lo que aquí nos interesa, el historiográfico. Conviene recordar, sin embargo, que no siempre fue así. En cierto modo, fue justamente lo contrario hasta hace apenas tres décadas. Entre 1945 y bien avanzados los años setenta el problema del nacionalismo parecía haber desaparecido como por ensalmo. El final de la guerra mundial con la derrota de aquel *exceso* del nacionalismo que fue el fascismo tuvo mucho que ver con ello; además de, por supuesto, la Guerra Fría, por lo que esta última tuvo de congelación de fronteras y, con ello, de apagamiento forzado de todos los conflictos nacionales. En el Este de Europa, toda manifestación nacional o nacionalista fue brutalmente reprimida por lo que tenía de amenaza a la cohesión del bloque soviético. En la Europa Occidental se daba además la circunstancia de que buena parte de los movimientos nacionalistas de los países occidentales habían tenido algún punto de connivencia con la Alemania nazi, lo que de inmediato los deslegitimaba. Sobre todo, el nacionalismo era un mal y en todas partes se consideró que ese mal no había alcanzado, al menos con efectos decisivos, a unos países democráticos en los que el nacionalismo de Estado habría brillado siempre por su ausencia. En el paradigma de las Estados normativos, Francia y Reino Unido, válido para revoluciones burguesas e industriales, modernizaciones económicas y democráticas, no entraba el nacionalismo. Éste quedaba relegado a las *peculiares* experiencias de la *vía alemana* incubadora del

nazismo, al nacionalismo de masas que podía constituir uno de los factores más poderosos del imperialismo finisecular europeo o a los sucesivos brotes del nacionalismo reaccionario francés[1]. La impresión dominante era que el nacionalismo constituía un fenómeno del pasado.

Mucho tenían que ver en todo ello las teorías que emergieron como dominantes en el terreno de la historia y las ciencias sociales, muy relacionadas a su vez con el clima de la Guerra Fría. Las teorías del totalitarismo *oscurecían* la cuestión nacionalista, porque un modelo construido sobre la base de la identificación de fascismo y bolchevismo debía situar en segundo plano los contenidos ideológicos nacionalistas o clasistas de unos u otros. Desde el campo del marxismo ortodoxo, el nacionalismo cedía su puesto al imperialismo, única forma también de establecer la pertinente continuidad del imperialismo capitalista antes, en y después del fascismo. Incluso en los enfoques historiográficos que querían escapar a este maniqueísmo subyacía el mismo problema. Casi todos ellos ponían el acento en las estructuras, las dinámicas de clase y los grandes procesos de cambio en los que siempre había un norte reconocible para la evolución de la sociedad: la democracia y el progreso económico; sin nacionalismo, por supuesto.

La situación empezó a cambiar a finales de los años sesenta. La descolonización y las guerras de liberación nacional reintrodujeron la perspectiva nacionalista *por otro lado* y, con ella, poderosos elementos críticos y autocríticos en las reflexiones realizadas en las metrópolis. Si el descubrimiento de otros pueblos y culturas en las décadas finales del siglo XIX había supuesto un duro golpe para el eurocentrismo positivista y autoconfiado, algo similar iba a suceder una centuria más tarde, cuando aquellos mismos pueblos se emancipaban y desafiaban abiertamente a sus antiguos dominadores[2]. Las viejas certidumbres restauradas con la victoria en la Segunda Guerra Mundial volvían a resquebrajarse. Los movimientos nacionalistas del llamado tercer mundo tuvieron un efecto reactivador sobre los nacio-

---

[1] Para lo referente al imperialismo véase Wolfgang J. MOMMSEN (1977). Para el actual reconocimiento de la pluralidad de los nacionalismos franceses, así como para una lúcida reflexión acerca de las pretendidas diferencias radicales entre las ideas francesa y alemana de nación, véase Pierre MILZA (1999).

[2] El punto de referencia al respecto sigue siendo Franz FANON (1963), y ya desde una perspectiva distinta y absolutamente renovadora Edward SAID (1990).

nalismos sin Estado de la Europa occidental. La relajación que trajo consigo la coexistencia pacífica favoreció el desarrolló de las tendencias *autonomistas* de las naciones con Estado del bloque soviético y de las nacionalidades del interior de la propia URSS. La crisis de los grandes paradigmas, con la eclosión del multiforme posmodernismo y la reemergencia del sujeto, de *todos* los sujetos, así como de la historia política y de la historia sociocultural, tuvo como uno de sus paralelos en el plano político la *vuelta* de los nacionalismos y las múltiples *cuestiones nacionales*. La descomposición del mundo del *socialismo real* con todas las secuelas bélicas que nos son conocidas terminó por situar el problema del nacionalismo en ese primer plano de la actualidad historiográfica al que me refería. Los movimientos nacionalistas alternativos europeos generaron una literatura casi inabarcable[3]. Las distintas historiografías *descubrieron* que también los Estados nacionales eran un producto de los respectivos nacionalismos[4].

Todo esto es conocido y no merece, a nuestro objeto, mayor atención. En la medida, sin embargo, en que lo que aquí se plantea es, precisamente, el problema del nacionalismo en el franquismo, hay que partir, por una parte, del análisis acerca del modo en que estos cambios en las actitudes y en los enfoques históricos han afectado al estudio de los problemas de la nacionalización española en el largo período; y, por otra, del modo en que esa misma circunstancia ha incidido en el estudio de las dictaduras nacionalistas del siglo XX en general y de la española en particular, empezando, cómo no, por el propio fascismo. Porque del análisis y los estudios sobre éste han derivado, de una forma u otra, directa o indirectamente, las claves explicativas fundamentales para el conjunto de dichas dictaduras. Como veremos enseguida, además, el oscurecimiento del nacionalismo en la segunda posguerra mundial se reprodujo, por inverosímil que hoy nos parezca, en los estudios sobre el propio fascismo.

En efecto, los enfoques y análisis del fascismo se resintieron del dominio de las *estructuras* o de las grandes construcciones teleológicas de cariz liberal o marxista. El fascismo no tenía ideología, era una simple enfermedad moral producto de la Gran Guerra, un paréntesis

---

[3] Para un panorama de conjunto véase Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS (1998).

[4] Véase, por ejemplo, Suzanne CITRON (1991), Gerald NEWMAN (1987), S. BERGER, M. DONOVAN y K. PASSMORE (1999).

en la larga marcha del liberalismo, había dicho Benedetto Croce[5]. La ideología del fascismo no era sino la culminación de la involución irracionalista del capitalismo hasta su apoteosis en la etapa imperialista del mismo, había sentenciado Luckács[6]. Ideologías totalitarias y utópicas, cualesquiera fueran sus contenidos, habían afirmado los teóricos del totalitarismo a propósito del estalinismo y el fascismo[7]. La ideología fascista como una ideología sincrética que podía variar en función de las modas ideológicas con tal que cumpliera una función determinada en el proceso general de la modernización, se había considerado desde la perspectiva de la teoría así denominada[8]. La ideología de la reacción tradicional más o menos actualizada, podría inferirse desde las tesis de la continuidad histórica, bien en su plano más general o en la perspectiva de la *vía alemana*[9]. En suma, el fascismo era un *fenómeno* histórico, explicable desde y por los grandes *procesos* de la historia, que cumplía funciones históricas por encima incluso de los propios fascistas, de *quiénes* fuesen éstos o *qué* pensasen. Ni contaba demasiado el movimiento fascista en sí ni su ideología ni mucho menos sus orígenes culturales[10].

Incluso algunos de los primeros estudios renovadores en torno al reconocimiento de un sujeto fascista, no avanzaban demasiado en la precisión de los contenidos ideológicos del fenómeno. Por ejemplo, Ernst Nolte fijaba los contenidos *negativos* de la ideología fascista en sus tres *anti* —antimarxismo, antiliberalismo y anticonservadurismo—, sin introducir en su caracterización el componente nacionalista; al tiempo que dilataba el concepto mismo de fascismo hasta incluir en él a Acción Francesa[11]. En el campo de la renovación de los estudios marxistas, Reinhard Kühnl reconocía, ya que no una ideología, una serie de motivos ideológicos en el fascismo, entre los que, sin embargo, el referente nacionalista era sustituido por el imperialista[12]. Ni siquiera Renzo de Felice, que tan convincentemente insistía en la necesidad de diferenciar entre movimiento y régimen fascista,

---

[5] Véase Benedetto CROCE (1998).
[6] Georg LUKÁCS (1978).
[7] C. J. FRIEDRICH y Z. BRZEZINSKI (1956).
[8] A. F-K. ORGANSKY (1965).
[9] Por ejemplo, Barrington MOORE, jr. (1973).
[10] Véase Ismael SAZ (1996c).
[11] Ernst NOLTE (1967 y 1971).
[12] Reinhard KÜHNL (1978).

se mostraba demasiado preciso a la hora de señalar los componentes ideológicos del primero [13]. Tenía razón, pues, Zeev Sternhell cuando a la altura de 1976 afirmaba que durante muchos años se había considerado el fascismo bien como algo carente de ideología, bien como algo que doctrinalmente no se podía tomar en serio [14].

Esta constatación apuntaba en cierto sentido hacia un punto de partida para todo un proceso de renovación de los estudios sobre la ideología del fascismo en el que se irían identificando una serie de componentes hasta entonces frecuentemente minusvalorados. Dos años antes, George L. Mosse había publicado un estudio decisivo sobre la cultura nacionalista alemana en el que se destacaba la importancia en los movimientos de esta significación de la estética, la religión civil y el pensamiento mítico, al tiempo que ponía sobre la mesa el problema crucial de la nacionalización de las masas [15]. El mismo Mosse subrayaría poco después lo que había de mística nacional en una ideología fascista que apostaba por una tercera vía revolucionaria entre el marxismo y el capitalismo y la forja de un hombre nuevo [16]. «Hipernacionalismo» era la primera característica que apuntaba Juan José Linz en su definición del fascismo [17]. También el ya mencionado Sternhell ha subrayado a través de diversos trabajos el carácter revolucionario, en sus propios términos, del fascismo, al que presenta como fruto de una peculiar síntesis entre una revisión del marxismo y un nuevo nacionalismo tribal que se cimentó en la gran crisis o revolución cultural del cambio de siglo [18]. En su refinado y complejo modelo, Rogger Griffin caracteriza a la ideología fascista como una forma palingenésica de ultranacionalismo populista [19]; y Roger Eatwell, de modo similar a Sternhell, descubre en el fascismo una radical síntesis —nacional-holista— de elementos provenientes de la izquierda y la derecha [20]. También Emilio Gentile, siguiendo en parte la línea trazada por Mosse, ha incidido en lo que había en el fascismo

---

[13] Renzo DE FELICE (1975).
[14] Zeev STERNHELL (1988), p. 316.
[15] George MOSSE (1974).
[16] George MOSSE (1979).
[17] Juan José LINZ (1988).
[18] Zeev STERNHELL (1972, 1978 y 1983). Más reciente y trascendiendo ya la problemática específicamente francesa, Z. STERNHELL, M. SZNAJDER y M. ASHERI (1994).
[19] Roger GRIFFIN (1993).
[20] Roger EATWELL (1995).

de religión laica, pensamiento mítico y mística de la nación[21]. La mayoría de los puntos reseñados están incluidos igualmente en la «descripción tipológica del fascismo» de Stanley G. Payne[22]. Todo ello contribuye a recrear un elemento fuerte de consenso entre quienes encuentran en la ideología fascista un núcleo común, nacionalista y palingenésico, revolucionario y antiliberal[23].

¿Qué pasaba entre tanto en España? No puede decirse que la trayectoria de los estudios sobre los problemas de los nacionalismos españoles o, por otra parte, los relativos al franquismo o al fascismo español haya sido radicalmente distinta a la de la historiografía internacional. Es más, podría decirse que casi siempre se han discutido los mismos problemas y con enfoques similares; aunque a veces no lo sepamos. Lo que sucede es que este relativo desconocimiento de las similitudes viene a determinar con frecuencia la existencia de una serie de vacíos que de alguna forma condiciona el desarrollo de los debates y dificulta la construcción de visiones generales de conjunto bien articuladas. Veámoslo, no obstante, por partes.

Respecto del problema del nacionalismo español en la época contemporánea podría detectarse, incluso, una cierta anticipación de la historiografía española respecto de algunas europeas. Por supuesto, había razones de orden político-histórico más o menos contingentes para ello. El problema de la configuración autonómica en la España de la transición o los relativos a la perspectiva de la integración española en la OTAN y las comunidades europeas eran un buen aliciente al respecto. Trabajos como los de José María Jover[24], Manuel Moreno Alonso[25], Paloma Cirujano, Teresa Elorriaga y Juan Sisinio Pérez Garzón[26], Andrés de Blas Guerrero[27] o Juan José Linz[28] tenían, desde luego, una cierta relación con lo apuntado. Aunque sería sin duda excesivo reducirlo todo a una preocupación puramente dictada por el presente. En cierto modo, la literatura española no ha cesado prácticamente en ningún momento, desde 1898 al menos, de interrogarse

---

[21] Emilio GENTILE (1993 y 1997a).
[22] Stanley G. PAYNE (1995).
[23] Rogger GRIFFIN (ed.) (1998), p. 14.
[24] José María JOVER (1984 y 1986).
[25] Manuel MORENO ALONSO (1985).
[26] Paloma CIRUJANO, Teresa ELORRIAGA y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (1985).
[27] Andrés DE BLAS GUERRERO (1989 y 1991a).
[28] Juan J. LINZ (1973).

acerca del problema nacional español. Lo hizo del 98 al 36; lo volvió a hacer del 36 al 56, en el exilio y en el interior[29]; y no ha dejado de hacerlo de un modo u otro en el último cuarto de siglo. Por otra parte, el problema del nacionalismo español, especialmente por lo que respecta al siglo XIX, tocaba con otro no menos central en nuestra historiografía, el relativo a aquel siglo XIX sometido durante mucho tiempo al fuego cruzado de un régimen que lo denostaba —ya veremos cómo y con qué variaciones— por liberal y una historiografía radical que quería ver en él el fracaso de todas las revoluciones, la *burguesa,* la *industrial* y la *nacional*[30]. Iba de suyo que la revisión de la historiografía española, especialmente para quienes como José María Jover más hicieron por enlazar con la vieja tradición liberal, comportara también una más ecuánime y compleja valoración del nacionalismo liberal español[31].

Otros autores, como Jaume Vicens Vives y Miguel Artola, trabajaron en una dirección similar en cuanto a la *rehabilitación*, al menos parcial, del siglo XIX. Y una larga serie de investigaciones ha puesto de manifiesto el alcance de las transformaciones revolucionarias a lo largo del siglo XIX en los planos político, social y económico[32]. Sin embargo, por un complejo entramado de razones, que va de nuevo del problema de la *normalidad* o no de la España contemporánea a los derivados de la propia estructura nacionalitaria del Estado español, se ha producido una cierta reducción, cuando no desplazamiento, del tema de las revoluciones fracasadas del siglo XIX al plano nacional, en lo que ha dado en denominarse «la débil nacionalización española en el siglo XIX». Desde este punto de vista, como ha planteado Borja de Riquer, la existencia de nacionalismos alternativos al español sería una consecuencia de los límites de la *normalidad* española y en especial de una mencionada débil nacionalización, fruto a su vez de las debilidades y carencias del Estado liberal decimonónico[33]. La tesis que ha encontrado un extraordinario eco en la historiografía espa-

---

[29] Por ejemplo, el célebre debate Américo Castro-Sánchez Albornoz, del que no me ocuparé aquí, o el que enfrentó a Laín Entralgo y Calvo Serer, que se verá más adelante.

[30] Cfr. Santos JULIÁ (1996).

[31] José María JOVER (1981), p. CLIII.

[32] Véase, por todos, Isabel BURDIEL (1999).

[33] Una recopilación reciente de algunos de sus más importantes trabajos al respecto en, Borja DE RIQUER I PERMANYER (2000 y 2001).

ñola[34] no es, sin embargo, nueva. En esa dirección había apuntado ya Juan José Linz hace un cuarto de siglo[35] y, remontándonos hacia atrás, la encontraremos en el radicalismo democrático, en Ortega y en la literatura del *desastre* de hace una centuria, pero también, como se verá, en los fascistas españoles.

Resulta desde luego difícil cuando no imposible, al menos en el estado actual de nuestras investigaciones, emitir un juicio definitivo acerca de cuán fuerte o débil fue la nacionalización española[36], aunque parece claro que factores decisivos como los efectos nacionalizadores de las revoluciones y luchas políticas del XIX y lo que se ha dado en llamar nacionalismo *banal* deberían ser tomados en consideración más de lo que se hace habitualmente. Por mi parte, considero que el abandono de la perspectiva de la *peculiaridad* española permitiría constatar que nos situamos ante tres problemas distintos y a la vez profundamente interrelacionados que constituyen también un motivo central en las preocupaciones de otras historiografías. En primer lugar, un problema *actual* relativo al avance de los nacionalismos alternativos al estatal en numerosos países europeos, acompañado de la percepción de una cierta crisis de los sentimientos de identificación nacional con los Estados nacionales constituidos y un correlativo cuestionamiento de los procesos de construcción de dichas identidades a través de los tiempos[37]. En segundo lugar, el problema de la nacionalización de las masas tal y como se experimentó en las distintas sociedades europeas en el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX[38]. Y, en tercer lugar, el problema, plan-

---

[34] Para una visión de conjunto, Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS (1995a). Para una visión alternativa, Ferran ARCHILÉS y Manuel MARTÍ (2002).

[35] Juan José LINZ (1973). Aunque el propio Linz ha matizado su tesis al incidir en que hasta el último cuarto del siglo XIX no fue cuestionada la identidad nacional española, así como la debilidad de los nacionalismos alternativos en algunas zonas en las que, como en Galicia, Navarra o el País Valenciano, existen lenguas distintas a la castellana. Véase Juan José LINZ (1993).

[36] La complejidad del problema se aprecia bien en José ÁLVAREZ JUNCO (2001), Sebastian BALFOUR (2001) y Carlos SERRANO (1999).

[37] Véanse para el caso italiano Massimo ROSATI (2000), Gian E. RUSCONI (1993), Ernesto GALLI DELLA LOGGIA (1998), Giulio BOLLATI (1996). Para el caso británico, Tom NAIRN (2000), John KENDLE (1997) y Vernon BOGDANOR (1999).

[38] Los puntos de referencia clásicos son George L. MOSSE (1975) y Eugen WEBER (1979). Aunque debería recordarse que no son equiparables ni por el objeto de la investigación ni por el método: el primero se refiere especialmente a los movimientos de masas y, menos, a la acción del Estado, apuntándose siempre el carácter crítico de los

teado con notable fuerza y como base de debates no carentes de crispación, de la impopularidad de patriotismos y nacionalismos de Estado en aquellos países que, como Italia y Alemania, experimentaron con sus respectivas experiencias fascistas una auténtica hipóstasis de sus respectivos nacionalismos[39].

Tres problemas, pues, profundamente interrelacionados que en nuestra historiografía han sido tratados a menudo de forma segmentada e ignorando muchas veces lo que tenían en común con otras experiencias europeas. Dos serían al respecto los principales problemas de la historiografía española. Primero, el relativo al tratamiento de los procesos de nacionalización en el cambio de siglo anterior y, segundo, el que se refiere al lugar del franquismo en el largo período de construcción de la nación española contemporánea. En el primero de los sentidos cabe constatar la existencia de dos enfoques que, en mi opinión, tienden a distorsionar la percepción de los procesos mencionados. Primero, el consistente en plantear el problema de la nacionalización en una perspectiva decimonónica cuando dicho problema es en todas partes un problema del último tercio del siglo XIX. Circunstancia que conduce a mezclar de forma indiferenciada dos procesos distintos: el de la emergencia de los estados nacionales con las revoluciones liberales y el de la nacionalización de las masas en el último tercio del siglo XIX en un contexto de crisis del liberalismo decimonónico y surgimiento de nuevos nacionalismos de signo distinto cuando no abiertamente enfrentados al liberal[40]. Esta confusión tiene la ventaja de reforzar el argumento, al vincular las viejas nociones acerca del fracaso de la revolución liberal española con los supuestos fracasos nacionalizadores de la fase posterior. Pero tiene el inconveniente de forzar la interpretación de los procesos históricos. Dicho de otro modo, parece difícil considerar que la *nacionalización* de la primera mitad del siglo XIX tuviera mucho que envidiar

---

primeros respecto de la segunda; el trabajo de Weber está más centrado en la acción del Estado. Para el caso francés véase también Michel WINOCK (1999).

[39] Véanse, al respecto, especialmente Emilio GENTILE (1994) y Ernesto GALLI DELLA LOGIA (1994). Algunos trabajos de índole revisionista y gran repercusión en Italia o Alemania pueden interpretarse, precisamente, como un intento de rescate de un nacionalismo *bueno* por encima, o por debajo, de las distorsiones o aberraciones fascistas o nazis. Por ejemplo, Renzo DE FELICE (1995) y Ernst NOLTE (1995).

[40] Como se señala oportunamente en Anna Maria GARCIA ROVIRA (1999), pp. 1007-1031.

a la experimentada en otros países europeos, máxime si se considera que en esa primera mitad del siglo la experiencia española fue considerada incluso un modelo a seguir por tantos otros[41]. Además, ese mismo tratamiento supone desconocer la existencia de un efectivo nacionalismo liberal en la línea que apuntábamos más arriba.

En el terreno que nos ocupa, este tipo de planteamientos propicia la aparición de una serie de distorsiones que conducen a una primera puesta del revés de la historia contemporánea española. Es, desde luego, un gran avance que tras largas décadas, por no hablar de todo un siglo, se haya venido a reconocer que el regeneracionismo y muy singularmente la denominada generación del noventayocho constituían manifestaciones nacionalistas. Sin embargo, en la medida en que se ignoraba la existencia de un nacionalismo liberal anterior, la tendencia era considerar que ese nuevo nacionalismo español finisecular debía ser, casi por definición, nacionalismo liberal tardío[42]. En mi opinión, por el contrario, ni era tardío ni era liberal. No era tardío porque ya había habido un nacionalismo liberal en su tiempo, y no lo era tampoco porque ese nuevo nacionalismo era tan nuevo como el que estaba emergiendo en Europa en aquellas fechas. Los problemas a los que intentaba dar respuesta eran los mismos: los desafíos que la llegada de la sociedad de masas suponían para un viejo nacionalismo liberal que debía enfrentarse ahora al surgimiento o reafirmación de identidades de masas alternativas, como la de los partidos obreros o las religiosas, por no hablar de lo que podía hacer referencia a la aparición de movimientos étnicos alternativos o, sobre todo, las exigencias de las rivalidades entre los distintos estados en la determinación del sistema de poder europeo o, después, la carrera imperialista. La puesta en cuestión de los valores fundamentales de la Ilustración y la Revolución francesa por minorías intelectuales cada vez más amplias constituía la otra cara de ese mismo proceso. De este modo, lo que se planteó en la práctica totalidad de los Estados nacionales era que la primera nacionalización liberal —que fue nacionalización, pero no de *masas*— era insuficiente para los nuevos retos, desafíos y amenazas que debían afrontar. Y lo hicieron recurriendo

---

[41] Cfr. José M.ª JOVER (1958) y Hagen SCHULZE (1997). Véase también acerca de los efectos de la nacionalización española de la guerra antinapoleónica, entre otros, Pierre VILAR (1982) y Pere ANGUERA (1998), p. 76.

[42] Por ejemplo, Inman FOX (1997) y Víctor OUIMETTE (1998).

a todos los instrumentos que estaban a su disposición: desde los *positivos* a través de la escuela, el servicio militar, los símbolos, mitos y conmemoraciones, hasta los *negativos* como la exasperación de los motivos chauvinistas hacia el exterior o la identificación y hostigamiento de las minorías no patrióticas del interior, como el catolicismo y los socialistas [43].

Sin embargo, los Estados no actuaban solos. En todas partes hubo segmentos, inicialmente intelectuales y con un alto componente de literatos, que consideraron que cualquiera fuera la acción del Estado ésta resultaba siempre insuficiente. El problema era para éstos mucho más profundo. El mal estaba más arraigado. Primero, porque tendía a considerarse que los Estados liberales habían construido naciones *sin alma* y, por ende, un nacionalismo retórico o superficial que no conseguía conectar y movilizar las profundas energías nacionales que existían más o menos latentes en el pueblo [44]. Segundo, porque los vaivenes de la política internacional y las crisis exteriores —se llamasen Sedán, Fashoda, Adúa, crisis del ultimátum o Santiago de Cuba— demostrarían que las naciones estaban amenazadas cuando no heridas de muerte o al borde incluso de la desaparición. Eran las bases de un nuevo nacionalismo que iba a descansar en todas partes en la idea palingenésica de la muerte y la resurrección, la degeneración y la regeneración, así como en la apreciación de que las bases del viejo nacionalismo liberal o su evolución democrática eran por completo insuficientes. Había que buscar raíces más profundas del nacionalismo, más allá de la razón y de la confianza en la identidad entre libertad individual y colectiva. Había que radicarlo en lo profundo, lo inconsciente, lo irracional, en la tierra y en el suelo, en la sangre y en los muertos, en supuestas psicologías o almas nacionales, en la lengua. Había que conectar con vetas más profundas que cada vez se consideraban más incompatibles con el liberalismo y la democracia.

---

[43] Ejemplos de uno y otro serían el francés, en la línea desarrollada por Eugene WEBER (1979), y el alemán, respecto del cual la referencia clásica es Hans-Ulrich WEHLER (1985). Sin embargo, como han puesto de manifiesto recientes estudios las diferencias entre ambos casos deben ser claramente relativizadas. Véase Pierre MILZA (1999), Charlotte TACKE (1998), Taras KUZIO (2002), Alain DIECKHOFF (1996) y Jean-Yves GUIOMAR (1995).

[44] Para el caso alemán véase el ya citado G. L. MOSSE (1975); para el italiano y la crítica del radicalismo nacional a las elites liberales de haber creado un Estado sin alma incapaz de crear una conciencia nacional, Emilio GENTILE (1982), pp. 3-29.

El nuevo nacionalismo español, el de los regeneracionistas, el de Costa, Ganivet, el noventayocho y, después, Ortega, no era un nacionalismo *liberal*. Era un nacionalismo a tono con los nuevos nacionalismos de su tiempo. Liberales críticos, de un liberalismo en crisis, podían ser sus protagonistas, pero no lo eran las bases del nuevo nacionalismo a cuya construcción estaban contribuyendo poderosamente. No hay duda de que Unamuno y Ortega son dos grandes hitos del pensamiento español contemporáneo, motivo si se quiere de *orgullo nacional*. Pero considerarlos como liberales sin más, o peor, como símbolos de un neonacionalismo liberal, constituye toda una puesta del revés de nuestra historia. No por casualidad para muchos estudiosos no españoles o no hispanistas, ambos forman parte de esa larga nómina de pensadores europeos que contribuyó decisivamente a quebrar los valores de la Europa decimonónica, los de la Ilustración y la Revolución francesa[45].

El problema no es intrascendente, sobre todo en tres cuestiones decisivas. Primero, contribuye a ignorar que el mito del fracaso nacionalizador parte precisamente de ahí, de unos nacionalistas que, como tales, partían y debían partir de la negación prácticamente absoluta de cuanto se había hecho previamente en el terreno de la nacionalización de los españoles. Segundo, porque contribuirá a proporcionar un hálito liberal a toda construcción nacional antiliberal; de modo que cuando más adelante, en los años treinta, cuarenta y cincuenta se detecte la presencia de Unamuno u Ortega en algunos sectores del falangismo esto se echará frecuentemente en las cuentas de la presencia de elementos o protoelementos liberales entre estos falangistas. Tercero y fundamental, porque esta fijación noventayochista terminará por distorsionar la percepción de los *otros* nacionalismos españoles. Tanto en su dirección democrática, como el nacionalismo democrático y republicano de un Azaña, del que se terminará por ignorar que también él tenía un proyecto de construcción nacional, como en el reaccionario y nacionalcatólico de Menéndez y Pelayo, Maeztu y la futura Acción Española, que, por reaccionario, tendería a ser identificado como el *único* nacionalismo franquista.

---

[45] Véanse, por ejemplo, Fritz STERN (1990); Zeev STERNHELL (dir.) (1994), pp. 9-37; Z. STERNHELL, M. SZNAJDER y M. ASHERI, M. (1994); Georg G. IGGERS (1998), p. 21.

En este último sentido, que es el que aquí nos interesa, debería tenerse en cuenta que tampoco España iba demasiado por detrás de otras naciones europeas. Había algo de nacionalismo tardío, en efecto, en Menéndez y Pelayo, en el sentido sobre todo de la recepción de la idea del *volksgeist*. Pero su construcción y sistematización de la idea de la unidad sustancial de lo católico y español suponía, al menos, dos cosas. Primera, que el catolicismo español se había nacionalizado profundamente como respuesta al reto liberal[46]; y segunda, que no hubo que esperar a Charles Maurras para que en un país latino apareciera una formulación sistemática del nacional-catolicismo[47]. Por supuesto, había muchas y profundas diferencias entre el cántabro y el occitano. Pero algunas de las bases fundamentales estaban sentadas y la progresiva influencia del segundo, junto con las contribuciones de Ramiro de Maeztu entre otros, iría desarrollando un nacionalismo español, el nacionalcatolicismo, que encontraría su plasmación en Acción Española y el propio franquismo[48].

Conviene precisar, para evitar interpretaciones teleológicas, que estos dos nacionalismos en proceso de construcción no constituían en modo alguno la totalidad del nacionalismo español durante la Restauración. Elementos del nacionalcatolicismo menendezpelayano y aun maurrasiano podían encontrarse ente sectores del maurismo y la clase política conservadora, pero no eran en modo alguno hegemónicos entre la clase dirigente liberal. Elementos fundamentales de las aportaciones de Unamuno y Ortega, por lo que tenían precisamente de crítico y no conformista, admitían —como podía pasar por ejemplo en Italia con el grupo de *La Voce*— interpretaciones liberales, como de hecho posiblemente lo fueron casi siempre las de ellos mismos, democráticas y hasta socialistas. Pero ninguna de estas consideraciones debería hacer olvidar que unos y otros, nacionalcatólicos y nacionalistas no conformistas estaban poniendo las bases de los dos nacionalismos, el de Acción Española y el falangista, que iban a confluir, tan complementaria como conflictivamente, en el franquismo.

---

[46] Cfr. José ÁLVAREZ JUNCO (2001), pp. 433-464.

[47] Conviene recordar que el término de nacionalcatolicismo también se ha utilizado en alguna ocasión para designar al nacionalismo francés de este tipo. Véase, por ejemplo, Pierre BIRNBAUM (1993), pp. 181-201.

[48] La mejor síntesis de todo el proceso es la de Alfonso BOTTI (1992).

Llegamos así a lo que muy bien puede considerarse el núcleo del problema. Si bien se mira y sumadas ambas vías, el franquismo aparece como una dictadura nacionalista, directamente relacionada en el plano ideológico con el noventayocho. Podría decirse, incluso, que el franquismo constituye la última y más duradera consecuencia del mismo. Como tal, y lo veremos, el franquismo constituyó la mayor experiencia nacionalista y el más ambicioso proyecto de nacionalización integral de la España del siglo XX. Lo que nos sitúa de nuevo ante una de las paradojas de la fijación decimonónica en la tesis de la débil nacionalización. Ya que, por sorprendente que pueda parecer, la subsistencia de un problema nacional español y de los correlativos nacionalismos periféricos tiende a remitirse a un siglo atrás, obviando precisamente esa experiencia central y sus eventuales consecuencias. La paradoja es mayor, sobre todo, si se tiene en cuenta que fue en la primera mitad del siglo XX cuando los procesos de nacionalización europeos alcanzaron su clímax. Como ha puesto de manifiesto recientemente Núñez Seixas, las dos guerras mundiales fueron decisivas al respecto. Como lo fue el hecho de que un nacionalismo español, el franquista, acarreara por su carácter antidemocrático una carga de deslegitimación que sería de legitimación democrática para los nacionalismos vasco y catalán[49].

La deslegitimación democrática de un régimen que había llevado el nacionalismo español a la hipóstasis fue decisiva para arrastrar al desprestigio al nacionalismo español *tout court* con lo que se reproducía para España una situación muy similar a la italiana que aludíamos más arriba. Circunstancia que explica, entre otras cosas, que algunos autores hayan subrayado oportunamente la existencia de un nacionalismo español liberal y republicano, distanciándose a su vez de las tesis de la débil nacionalización[50]. Todo esto no hace, sin embargo, sino contribuir a delimitar el problema, pero no a resolverlo. Si admitimos que España vive durante cuarenta años una experiencia dictatorial nacionalista en la que confluyen además los dos grandes nacionalismos antidemocráticos y antiliberales europeos y españoles del siglo XX y admitimos al mismo tiempo que esos nacionalismos se forjan antes de la dictadura y los efectos de desnacionalización que, al menos en determinadas zonas del Estado, siguen al fin de

---

[49] Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS (1995b).

[50] Especialmente, Andrés DE BLAS GUERRERO (1989 y 1991a).

aquélla, parece evidente que el franquismo no puede ser tratado, tampoco desde la perspectiva del nacionalismo y la nacionalización, como un simple paréntesis que no merezca por ello un estudio en profundidad. El franquismo no fue una superposición temporal a los grandes problemas de la contemporaneidad española. Éstos estaban en los orígenes de la dictadura y en el interior de ella se reprodujeron y debatieron. En el plano nacional, los mismos que se habían debatido antes y seguirían debatiéndose después, hasta el presente. El conocimiento del desarrollo de estos discursos nacionalistas y nacionalizadores dentro y a lo largo de la dictadura aparece, por tanto, tan necesario como el estudio de las eventuales líneas de continuidad y ruptura entre lo que se planteaba entonces y se plantea ahora.

Conviene precisar que al incardinamiento de la dictadura en el marco de los nacionalismos contemporáneos no han contribuido mucho los estudios sobre el franquismo. Ya anticipaba que en el análisis de las dictaduras del siglo XX y de las fascistas en particular, el desconocimiento de los sujetos había conducido a una minusvaloración del problema de la ideología y a un oscurecimiento del decisivo componente nacionalista. La evolución de los estudios en España no fue tampoco en este punto demasiado peculiar. Aquí también se insistió en el carácter fascista de la dictadura desde la perspectiva de acentuar sus características estructurales y de clase; era fascista, se decía, porque era la dictadura del capital. Si, por el contrario, se quería negar tal carácter, se recurría con frecuencia a sus características reaccionarias, católicas y tradicionales; apreciación que, por otra parte, era perfectamente asumible por quienes sostenían lo contrario. Se considerase fascista o no, lo que menos parecía contar era el sujeto fascista y su ideología[51]. Incluso cuando algunos de nuestros mejores estudiosos prestaban atención a dicho sujeto y a sus perfiles ideológicos, algunos problemas subyacían. La ideología era remitida a la clásica formulación marxiana de la «falsa conciencia» y los problemas de la afirmación o no del fascismo español terminaban por subordinarse a la cuestión de los conflictos de hegemonía de las clases dominantes. Se podían enumerar los componentes ideológicos del fascismo español sin que ninguno de ellos considerase explícitamente al nacionalismo o, a lo sumo, se podía citarlo como uno más, y no

[51] Véanse, al respecto, Manuel PÉREZ LEDESMA (1994) e Ismael SAZ (2001a).

el más importante, de una larga serie temática[52]. La afirmación de Juan José Linz de que el franquismo como régimen autoritario carecía de *ideología,* aunque no de *mentalidad*, fue lo que incentivó los estudios para localizar la existencia de una eventual ideología en el régimen[53]. Este camino condujo progresivamente a la identificación de esa ideología en el *nacionalcatolicismo,* aunque esta idea se expusiese en una especie de *totum revolutum* no jerarquizado en el que apenas se podía detectar algo más que la existencia indiferenciada de catolicismo y fascismo[54]. Cuando se avanzó algo en esta dirección, como lo hizo Raúl Morodo en su pionero estudio sobre Acción Española, se calibró bien la influencia de Acción Francesa y el fascismo italiano, si bien para concluir que el franquismo era un régimen fascista cuya ideología, sin embargo, no lo era[55]. El brillante estudio de Alfonso Botti clarificó mucho la historia del nacionalcatolicismo en España y su carácter hegemónico en el franquismo, pero volvía a incidir a pesar de ello en la naturaleza fascista de la dictadura y, sobre todo, llegaba a situar el proyecto de los fascistas y totalitarios españoles en el interior de la ideología nacionalcatólica[56].

La confusión fundamental entre nacionalcatolicismo y fascismo en tanto que ideologías y la frecuente atribución de ambas características al régimen, llevaban a una situación en la que era difícil profundizar en el conocimiento particularizado de estos proyectos ideológicos y en el de su articulación conflictiva a lo largo del franquismo. En ocasiones, el lector de los estudios sobre el franquismo podía tener la sensación de que de lo que se trataba era de subrayar lo de *nacionalcatólico* como sustitutivo de lo de *nacionalsindicalista*, aunque más para presentar a aquél como la forma peculiar del fascismo español que para subrayar su carácter *nacionalista*. Sobre todo, la confusión arrastraba tres consecuencias fundamentales. Por una parte, todas las producciones intelectuales del franquismo, incluidas las historiográficas, podían analizarse como si se tratase de un todo fascista en cuyo interior era difícil captar la raíz última de las posiciones divergentes. Por otra parte, desaparecía como objeto de aten-

---

[52] Respectivamente, Rafael DEL ÁGUILA TEJERINA (1982) y Javier JIMÉNEZ CAMPO (1979).

[53] Juan José LINZ (1974).

[54] Véase especialmente Fernando URBINA (1977).

[55] Raúl MORODO (1985).

[56] Alfonso BOTTI (1992), pp. 141 y ss.

ción y análisis específico el nacionalismo puramente fascista, sobre todo en los primeros años del régimen. Finalmente, a falta de este estudio, y una vez certificada la hegemonía nacionalcatólica como algo parecido a la versión española del fascismo, muchas de las notas discordantes con el nacionalcatolicismo hegemónico por parte de los fascistas españoles podían tomarse como una reminiscencia o talante liberal que andando el tiempo podrían servir hasta de puente para recuperar la tradición liberal española[57]. Se cerraría así, con el mito del falangismo liberal, esta construcción mítica de la historia contemporánea de España según la cual el liberalismo español decimonónico no habría estado al alcance de sus tareas nacionalizadoras, el primer liberalismo en crisis constituyó la versión tardía del antes inexistente nacionalismo liberal español y los enemigos declarados del liberalismo, los fascistas, constituyeron los vínculos con una tradición liberal que, no lo olvidemos, habría empezado por casi no existir en su siglo.

Este libro se ocupa del estudio de los diversos discursos nacionalistas que se dieron en el seno del régimen franquista. Indaga en el problema del lugar histórico del franquismo en el gran proceso de construcción de la nación española contemporánea; y, en relación con ello, se pregunta acerca de los proyectos nacionalizadores que se dieron en el seno del régimen y sus efectos de conjunto sobre dicho proceso. Consecuentemente, se ocupa, en primer lugar, del problema de los orígenes culturales del nuevo nacionalismo español en el marco de la crisis finisecular y su desarrollo posterior. En segundo lugar, del estudio de la configuración ideológica de los grandes proyectos nacionalistas que van a confluir en el franquismo, el nacionalcatólico desarrollado en lo fundamental desde Acción Española y el fascista de Falange Española de las JONS. En tercer lugar, del

---

[57] Como se sabe, el mito del falangismo liberal es en gran parte una construcción, por supuesto posterior, de los mismos protagonistas, la cual, sin embargo, fue asumida con sorprendente facilidad por un buen número de estudiosos. Véase para lo primero, entre otros, Pedro LAÍN ENTRALGO (1989); Dionisio RIDRUEJO (1976), pp. 436-439; Gonzalo TORRENTE BALLESTER (1997), pp. 382-386; José María GARCÍA ESCUDERO (1995), pp. 164-170. Para lo segundo, puede verse: José-Carlos MAINER (1971), pp. 52-60; Elías DÍAZ (1992), pp. 32-45; Jordi GRACIA (1996); Juan MARICHAL (1974), pp. 24 y ss.; José Luis ABELLÁN (1971), pp. 14-17; José Luis VILLACAÑAS (2000), p. 422. Mucho más crítico al respecto se mostraba, por ejemplo, Manuel CONTRERAS (1978), pp. 57-80. Y una tan convincente como radical destrucción del mito puede verse en Sultana WAHNÓN (1998), pp. 105-120; así como en Santos JULIÁ (2002), pp. 4-13.

conocimiento de la evolución de dichos nacionalismos en el marco de la guerra civil y primeros años del régimen, así como del modo en que se articulan, complementan y enfrentan en dichos años. Y en cuarto lugar, analiza los procesos que condujeron al agotamiento de ambos proyectos.

Por supuesto, en el propio enunciado del problema van implícitas algunas de las hipótesis iniciales. La primera de ellas parte de la idea de que los grandes problemas de la nacionalización española y las distintas respuestas a los mismos no se interrumpen con el franquismo, ni en su plano más general, con la existencia de proyectos nacionalizadores alternativos, ni en sus planos más específicos. Dicho de otro modo, se parte del supuesto de que lo que se discute desde 1898 acerca de la crisis de la nación, de las alternativas para superarla, de la propia definición de la nación y sus componentes fundamentales, de las nociones esencialistas y proyectivas, del lugar de Castilla, Cataluña y las demás nacionalidades o regiones en el proceso, del papel del catolicismo o la tradición, etc., es de lo que se discute también, y no sólo como un problema cultural e ideológico, sino también con efectos políticos decisivos, en el seno del franquismo. Razón por la cual se hace tan necesario preguntarse por la relación de éste respecto de sus antecedentes como de su legado respecto del futuro.

La segunda hipótesis se refiere a la percepción de que el franquismo constituyó el mayor esfuerzo nacionalizador de la España del siglo XX desde unas perspectivas antidemocráticas y antiliberales que en sus primeros momentos cosechó unos resultados, al menos en apariencia y en el plano de las elites intelectuales que podían expresarse en España, extraordinarios. Hasta el punto de que podría considerarse que a la altura de 1952-1953, el proceso de nacionalización en su sentido antiliberal de dichas elites alcanzó su cenit. Ahora bien, ese cenit no fue sino el principio de una caída en la que a la crisis de los dos grandes proyectos nacionalizadores que se daban en el interior del régimen iba a suceder un proceso de alejamiento del nacionalismo español de segmentos cada vez más amplios del mundo de la cultura y la política. El modo en que esto pudo operar sobre el conjunto de los españoles trasciende desde luego los objetivos y las posibilidades de este estudio, pero sí se puede constatar que el nacionalismo español surgió al menos formalmente debilitado de la larga experiencia franquista y que los nacionalismos alternativos, *periféricos*, resurgirían con más fuerza y también con un mayor radicalismo nacionalista del que habían tenido en ningún otro momento en la historia contemporánea.

La tercera hipótesis ha sido aludida ya reiteradamente. Se refiere a la constatación de la existencia de dos grandes proyectos nacionalistas en el franquismo. El nacionalcatólico, cuyos orígenes se remontan a Menéndez y Pelayo, y el fascista que tiene en el noventayocho su suelo cultural. Esto supone partir, desde luego, de una clara diferenciación entre nacionalismo reaccionario y nacionalismo fascista. Lo que quiere decir que no son iguales ni intercambiables: ninguno de los dos puede diluirse en el otro si no es renunciando a algunas de sus características definitorias. Entiendo que el primero de ellos, el nacionalcatólico, consciente y explícitamente reaccionario y contrarrevolucionario, parte del supuesto de la consustancialidad de lo español y lo católico, hace de la eliminación de lo no católico —la *antiEspaña*— el núcleo de su proyecto nacionalizador, acepta la modernidad capitalista y postula la vuelta a los sistemas de valores e instituciones anteriores a la revolución liberal: Iglesia, Monarquía, corporaciones y *regiones*.

Más importante es definir los contornos del otro nacionalismo, el fascista, sobre todo porque, como decía, éste ha venido diluyéndose de hecho en ese incesante esfuerzo por subsumirlo en el otro, en el nacionalcatólico, hasta el punto de que ha terminado por darse implícita, cuando no explícitamente, por inexistente. En la caracterización de este nacionalismo fascista parto de un acuerdo en términos generales con el más arriba aludido *nuevo consenso*. Considero así la ideología fascista como una ideología ultranacionalista, basada en los mitos palingenésico —de la muerte y resurrección de la patria— y revolucionario, caracterizada por un populismo extremo y un rechazo selectivo y moderno de los valores de la Ilustración. Antidemocrático y antiliberal, como el anterior, el discurso fascista parte de una crítica radical de la modernidad ilustrada y liberal pero para apostar por un nuevo orden proyectado hacia el futuro. Apela a la voluntad y energías populares y se articula sobre el mito de la muerte y resurrección de la patria, entendido como un proceso agónico en el que sólo es posible resurgir continuamente so pena de recaer. Y se resuelve en el mito de la revolución permanente, nacional y social, como concreción de esa tercera vía entre marxismo y capitalismo.

Por supuesto, ésta es una reconstrucción historiográfica, idealtípica si se quiere. No obstante, se trata de una caracterización que permite explicar el núcleo común de los múltiples y variados movimientos fascistas así como diferenciarlos de otras construcciones ideológicas. Es, en cualquier caso, el mismo tipo de construcción que

ha conducido a que la mayoría de los investigadores del fascismo no consideren a Acción Francesa y al nacionalismo reaccionario de que era prototípica como exponentes de la ideología fascista; en la misma forma en que no consideraré aquí como una manifestación fascista a Acción Española. Esto no quiere decir que, en la forma en que se verá, esta última no pudiese tomar en determinados momentos toda una serie de elementos procedentes del fascismo, siempre y cuando tales elementos no alterasen el núcleo de su discurso reaccionario y nacionalcatólico. Del mismo modo, el fascismo español pudo asumir algunos rasgos ideológicos provenientes del nacionalcatolicismo, pero entiendo que o bien acertó a incorporarlos a su propio discurso fascista o bien terminó por desintegrar el nacionalismo fascista para reconducirlo a un lenguaje nacionalcatólico más o menos fascistizado. En cualquier caso, como se verá, sólo desde la nítida diferenciación entre ambos nacionalismos pueden entenderse los grandes procesos políticos e ideológicos que caracterizan al franquismo.

El acento puesto hasta aquí en la ideología y su esencial componente nacionalista no presupone una concepción del fascismo o del franquismo limitada a la sola dimensión ideológica. La ideología es un aspecto sustancial, aunque no único, y es, además, ella misma, un proceso en construcción profundamente relacionado con las dinámicas sociales, políticas e incluso institucionales. Más arriba hemos apuntado que el fascismo no podía definirse sólo en función de sus relaciones con las clases dominantes o su lugar en el proceso de modernización, por ejemplo. Pero el estudio comparado de las dictaduras nacionalistas del período de entreguerras ha permitido constatar que éstas tenían en común la presencia en posiciones de poder de una serie de sectores sociales o institucionales que se han localizado generalmente en los medios de negocios, el ejército, la burocracia, la Iglesia y un partido fascista o nacionalista, más o menos fascistizado. Es lo que se ha dado en llamar compromiso autoritario, alianza reaccionaria o coalición contrarrevolucionaria.

Hay pocas dudas de que esos integrantes eran sustancialmente los mismos en las dictaduras fascistas que en las nacionalistas fascistizadas. La diferencia entre unas y otras estribaba en el hecho de que en las primeras el componente fascista era el hegemónico y marcaba la dirección general del proceso, mientras que en las segundas aparecía como subordinado por mucho que su presencia no fuera en modo alguno irrelevante. Desde este punto de vista, el franquismo

aparecería, como espero poner de manifiesto también a lo largo del presente estudio, como el régimen fascistizado por excelencia. Es decir, como un régimen en el que, a pesar de que el componente fascista estuvo siempre subordinado, fue posiblemente, entre los de esta naturaleza, el que incorporó más elementos del discurso fascista y el que contó con una presencia nunca irrelevante del sujeto fascista en posiciones de poder.

Sin embargo, este libro no pretende ser ni una historia del franquismo, ni siquiera una historia del movimiento fascista español, por más que las referencias al respecto hayan de ser necesariamente múltiples y continuadas. No aspira a ser un trabajo sobre todo el proceso de nacionalización española, sobre todos los nacionalismos españoles, ni menos aún una historia del pensamiento español contemporáneo. Se trata de un estudio sobre el discurso de los nacionalismos franquistas en el que obviamente no faltarán tampoco referencias a esto último. Sin embargo, ni el nacionalismo democrático ni los nacionalismos periféricos constituyen el objeto de este libro y su aparición en él, cuando se produzca, será puramente referencial al hilo del análisis del discurso de los nacionalismos de que trata. Lo mismo puede decirse respecto del pensamiento de diversos intelectuales, como Ortega o Unamuno, por ejemplo, respecto de los cuales se ha priorizado el estudio de aquellas facetas de su pensamiento que pudieron ser reformuladas en sentido fascista, sin entrar, por tanto, en valoraciones globales acerca de sus figuras.

Este libro tiene mucho, en suma, de historia intelectual, pero no es sólo historia intelectual; tiene algo de historia política, pero no sólo de historia política. Si se prefiere, podría decirse que no es ni una cosa ni otra o que es ambas cosas a la vez. Por supuesto, toda historia intelectual tiene una dimensión social, cultural y política y ello es perfectamente aplicable a cuanto aquí se hace respecto de Unamuno u Ortega, por una parte, o Ridruejo, Laín, Maravall, Tovar, Conde o Calvo Serer, por otra[58]. Pero nos desenvolvemos también en un plano más específico en el que se aúna su condición de intelectuales de sólida formación —también en el caso de los segundos, que tenían un conocimiento en absoluto despreciable de las grandes corrientes del pensamiento español y europeo— con su carácter

[58] Cfr. Christophe CHARLE (1999), pp. XVI-XVII y (1990). Véanse también Michel WINOCK (1997) y Pascal ORY (dir.) (1990).

nacionalista, lo que nos situaría en el terreno de la historia de las culturas políticas, en este caso, las del nacionalismo español[59]. Cuando nos enfrentamos, sin embargo, a los intelectuales del franquismo, estamos entrando ya en el terreno de culturas políticas específicas de unos nacionalismos antiliberales y antidemocráticos en los que son a su vez perfectamente reconocibles trazos doctrinales e ideológicos específicos que merecen un tratamiento igualmente diferenciado. Más aún, buena parte de los intelectuales que aquí se estudian son intelectuales de partido, y de partido único, en posiciones de poder. Dionisio Ridruejo, Pedro Laín y Alfonso García Valdecasas eran consejeros nacionales del Movimiento, Antonio Tovar ocupó junto con el primero de ellos los más altos cargos de prensa y propaganda del régimen. Los tres primeros detentaron la dirección, respectivamente, de *Escorial*, la Editora Nacional y la *Revista de Estudios Políticos*, a la que accedería después Francisco Javier Conde. No constituían, por tanto, un *ghetto* político, ni siquiera «al revés», como pretendería después uno de ellos[60].

Dentro de este marco general de análisis, se presta aquí una atención central a una serie de elementos fundamentales del discurso de *los nacionalismos franquistas*, tanto por su importancia en el interior de cada una de estas construcciones, como porque constituían el eje diferenciador entre ellos y respecto de cualquiera otra construcción nacionalista: catolicismo y fascismo; tradición y revolución; concepción esencialista y concepción proyectiva de la nación; unidad y pluralidad de España o las Españas; las construcciones de la Historia de España —la historia de España mil veces contada. Son los temas que aparecerán elaborados y reelaborados una y otra vez en unos contextos y desde unas perspectivas extraordinariamente ricas, complejas y cambiantes. También desde este punto de vista emerge un mundo hasta cierto punto desconocido. Sobre todo, porque en el diálogo y con frecuencia confrontación abierta entre las diversas posiciones respecto de los temas aludidos, serán continuamente interpelados, para reformularlos o rechazarlos, algunos de los enfoques que procedían de las otras Españas, las Españas derrotadas, la liberal y las de las nacionalidades periféricas. Estas interpelaciones tendrán su propia cadencia en función de circunstancias internas o externas.

---

[59] Véase, al respecto, Serge BERNSTEIN (1999).
[60] Pedro LAIN ENTRALGO (1989), p. 235.

Material protegido por derechos de autor

Pero debe retenerse que no se está hablando de conexiones o continuidades con la España liberal, por ejemplo, sino de algo quizás más importante. A saber, que en el franquismo y dentro del franquismo, se seguía discutiendo de los mismos problemas que se había discutido antes y se discutiría después. Lo sorprendente es, una vez más, que, como se verá, se hiciera de una forma tan abierta y con frecuencia crispada.

Material protegido por derechos de autor

CAPÍTULO 2

EN LOS ORÍGENES CULTURALES DEL NACIONALISMO FASCISTA ESPAÑOL (1898-1931)

En 1898 España vivió el *desastre* por antonomasia, el de la derrota militar ante los Estados Unidos y la pérdida de los últimos restos de un Imperio colonial —Cuba, Puerto Rico, Filipinas— que había sido el mayor y más duradero de la época moderna. Aquello parecía el final de una larga caída, de un largo proceso de decadencia que podía situar a la patria incluso al borde de la desaparición. Nada de particular, pues, en que aquel desastre se considerase por muchos como *único* entre todas las naciones y como una culminación también de un proceso de decadencia igualmente *único* entre todos los países. Pero, nada de particular, también y paradójicamente, si se tiene en cuenta que otros países experimentaron por aquellas fechas contratiempos y humillaciones a manos de otras potencias, y que en casi todos estos países hubo quien interpretó el problema en clave de desastre y decadencia *únicos* o, cuanto menos, muy *especiales*.

Portugal frente al Reino Unido, Italia en Etiopía, Francia en Fashoda también frente al Reino Unido y éste frente a Estados Unidos en el conflicto de la Guayana, habían sufrido algún tipo de humillación en el plano colonial acompañado con frecuencia de crisis internas[1]. Una relación que podría incluso ampliarse si se recuerda que no faltaba mucho tiempo para que una potencia «blanca» fuera derrotada por una «amarilla», como lo fue Rusia frente al Japón; que hasta Alemania, el nuevo poder emergente, podía alimentar un complejo de cerco o incluso experimentar, a propósito de la guerra de los Boers,

---

[1] Jesús PABÓN (1963) y José María JOVER (1979).

una especie de mini-98 que significó una crucial divisoria de aguas en la evolución del radicalismo nacionalista en Alemania con una primera deslegitimación del emperador ante dicho nacionalismo[2]. En el mismo Reino Unido existían fuertes temores frente al «peligro» alemán. Y hasta parecería que Gran Bretaña y Alemania se obsesionaban, con el ejemplo español como argumento, por el tema de la decadencia de los Imperios[3].

Todo esto era en gran parte la consecuencia de la vorágine del imperialismo. Una lucha por el reparto del mundo en la que la suerte de las naciones parecía vincularse a la de sus avatares coloniales. Nadie podía sentirse seguro y hasta un pequeño contratiempo podía interpretarse como anuncio o presagio de muchos más temibles e ilimitados males para la nación. Por supuesto, no todas las situaciones eran iguales, como tampoco lo eran las respuestas y mucho menos las dinámicas de los respectivos países[4]. El Imperio británico podía sentir, por ejemplo, las indefinidas amenazas de un incierto futuro, pero como decía el primer ministro Lord Salisbury en 1898 había «naciones vivas» y «naciones moribundas», siendo el destino de las primeras apoderarse progresivamente de los territorios de las segundas. Fueron muchos los que no dejaron de ver en estas manifestaciones una alusión a España, y no precisamente como «nación viva».

En cualquier caso, algo había de común en todo ello: el contratiempo internacional como revelación de los males, supuestos o reales, del propio país. Como manifestación, casi siempre, de un más o menos larvado proceso de decadencia. Tampoco esto, sin embargo, era casual ni debido únicamente a los avatares de la política internacional. No había hecho falta, en efecto, esperar a los fracasos o humillaciones en el plano colonial para que el término *decadencia* se instalase en la cultura occidental. Había *otra* decadencia, ésta general, de la sociedad en su conjunto, por más que, como se verá, la específicamente nacional pudiese funcionar como crisol de todas las decadencias y, también y por ello mismo, como la gran clave para la superación conjunta de todas ellas.

Nada podría haber de más paradójico en el hecho de que en el seno de la civilización occidental, liberal, burguesa y capitalista,

---

[2] Cfr. Geoff ELEY (1980), pp. 242 y ss.
[3] Paul KENNEDY (1980), pp. 308-313.
[4] Cfr. Fernando GARCÍA SANZ (1994), pp. 94 y ss.

empezasen a surgir síntomas de cansancio y agotamiento justo en el momento en que ésta cosechaba sus mayores éxitos. El momento en que se afirmaban los valores de la Ilustración, del liberalismo y de la Revolución francesa, en el que la civilización material y el propio capitalismo cosechaban logros inesperados, en el que crecía el bienestar social, la sanidad y la educación, en el que esa civilización dominaba ideológica y políticamente el mundo, fue también el momento en que sectores minoritarios pero influyentes de la misma empezaron a cuestionar algunos de sus fundamentos esenciales.

Porque ése fue, en efecto, el momento del cuestionamiento de los valores de la Ilustración y de la Revolución francesa, de la noción de progreso indefinido, de la pérdida de terreno de la razón frente a las fuerzas del instinto y el inconsciente, de la denuncia de los principios «burgueses» y pacíficos en beneficio de los heroicos y guerreros, de la rebelión contra el individualismo y el cosmopolitismo, contra el capitalismo y la civilización material. Era, en suma, la gran crisis o revolución cultural del fin de siglo, perfectamente descrita por Zeev Sternhell, que se traducía en una rebelión contra el liberalismo y el positivismo, en una reacción contra la modernidad desde la modernidad. En un primer posmodernismo que iba a enarbolar como gran referente un término que lo englobaba todo: *decadencia*. Porque lo que se esgrimía en última instancia era eso, que decaían la sociedad, las clases —la burguesa especialmente—, los intelectuales, las masas y hasta los individuos. Las obras de Nietzsche y Le Bon, Lombroso o Nordeau, entre otras muchas, estaba ahí para testificarlo[5].

Muchas eran las formas y orientaciones en que las nuevas y múltiples ideas podían articularse. Pero había una de ellas que nos interesa especialmente: el nuevo nacionalismo. La crisis de la nación podía explicarse como consecuencia de todas las demás decadencias y la nación podía constituirse en el gran referente para solucionarlas todas. La vieja idea marxiana de que la clase obrera emancipándose a sí misma emancipaba al conjunto de la sociedad podía aplicarse ahora sustituyendo clase obrera por nación. Y esto podía valer tanto para los que desde posiciones reaccionarias o neotradicionalistas habían visto en la Ilustración y la Revolución francesa la causa de

---

[5] Cfr. Zeev STERNHELL (1978 y 1994), J. W. (John Wyon) BURROW (2001), Daniel PICK (1989), Arthur HERMAN (1998) y Robert A. NYE (1984).

todos los males, pero que descubrían ahora el valor taumatúrgico de la nación, como para los revolucionarios o inconformistas que parecían descubrir en la misma la gran palanca para hacer frente a todas las decadencias y degeneraciones; para viejos nacionalistas liberal-democráticos que buscaban anclajes más profundos a su propio nacionalismo, como para jóvenes universalistas o cosmopolitas en crisis que encontrarían en la nación el remedio frente a la crisis individual a que les había conducido la iconoclasta destrucción de todos los valores «burgueses». Muchos eran los caminos de llegada a este redescubrimiento del valor de la nación, pero pocos los de salida. O, al menos, muchos fueron los que hicieron el camino de ida pero pocos los que emprendieron el de vuelta.

Muchos fueron también los caminos *nacionales* en este proceso generalizado. Porque no eran iguales las tradiciones culturales y nacionales, ni los problemas generales de, por ejemplo, Francia, Italia o Alemania. Países emergentes y recientemente unificados, estos últimos, lo que se podía apreciar en ellos por amplios sectores del radicalismo nacional era la insuficiencia de los logros. Así, en Italia, se mezclaban las críticas de origen mazziniano al «Estado sin alma», con las que podían venir del nuevo nacionalismo imperialista o desde una izquierda obrera y socialista poco nacionalizada. Hasta Benedetto Croce podía constatar en 1911 «la decadencia que se nota en el sentimiento de la unidad social». El mito de las dos Italias —el país legal de un nacionalismo superficial y autosatisfecho y el país real, crítico o ajeno a él— fue el corolario de todo esto[6]. En Alemania, era Max Weber quien lamentaba la débil cohesión o armonía nacional[7], mientras el radicalismo nacionalista denunciaba tanto los límites internos como externos de la unificación bismarckiana y apreciaba en el Segundo Reich una similar carencia de alma nacional[8]. En ambos casos, las críticas de aquellos Estados sin alma apuntaban a la premisa básica de todo nacionalismo: la débil nacionalización de sus compatriotas.

---

[6] Cfr. Emilio GENTILE (1997), especialmente pp. 9-70. Véase también sobre el mito de las dos Italias, Giovanni BELARDELLI y otros (1999), pp. 53-62. En la misma dirección, Vicente CACHO VIU (2000), pp. 103 y ss., recordaba que la imagen de los dos países no era en absoluto privativa de España. Lo había sido aún antes de Inglaterra, Francia, Alemania o Italia.

[7] Jesús MILLÁN (2002), p. 18.

[8] Cfr. G. L. MOSSE (1975).

Por supuesto, todo esto palidecía comparado con lo que acaecía en Francia, país en el que se dieron probablemente los procesos más influyentes y representativos, al menos en el corto plazo; y que es, además, el que más nos interesa porque el ejemplo francés sería, como era habitual, el más influyente en España[9]. Ni es de extrañar, por otra parte, que el camino lo marcara Francia o que fuera en Francia donde surgiese con más fuerza que en cualquier otro sitio el espectro de la decadencia. Un país lo suficientemente moderno para que pudieran atisbarse todas las contradicciones de la modernidad pero que al mismo tiempo parecía perder terreno respecto del Reino Unido y Alemania. Pero, sobre todo, un país que había sufrido pocas décadas atrás la más humillante de las derrotas frente al tradicional enemigo prusiano. Especialmente porque con ella había sufrido la amputación de una parte de su territorio metropolitano —Alsacia y Lorena—, lo que le convertía en la única gran potencia europea que había experimentado tan dramática experiencia en el último tercio del siglo XIX. El gran esfuerzo nacionalizador francés de finales del siglo XIX no era sino una respuesta a este drama y a lo que, evidentemente, se percibía como una débil nacionalización previa. No otra cosa testimonia el celebrado libro de Eugen Weber, que es, conviene recordarlo, una historia de finales del siglo XIX cuyos logros se escalonan hasta entrado el siglo XX[10].

Al más terrible y abrumador discurso sobre la decadencia de la patria correspondió también el surgimiento de dos nuevos discursos nacionalistas que serían fundamentales para el devenir de la cultura política de la derecha nacionalista, fascista o no, de la primera mitad del siglo XX. El primero, psicologista y vitalista, esencialista y populista, el del Maurice Barrès que había pasado del agónico «culto al yo» al descubrimiento de la «energía nacional». El segundo, positivista, elitista y abiertamente reaccionario, el maurrasiano de la jerarquía y el orden. Dos nacionalismos igualmente enfrentados a la democracia liberal, xenófobos y antisemitas, enemigos del socialismo materialista e internacionalista. Dos nacionalismos que se autodefinían, precisamente, como reacción *antidecadentista*[11]. Dos nacionalismos,

---

[9] Cfr. Vicente CACHO VIU (1998).

[10] Eugen WEBER (1979 y 1989). Véase también Michel WINOCK (1999), especialmente el capítulo 6, «Patrie et nation».

[11] Cfr. Pierre-André TAGUIEFF (1993), Michel WINOCK (1990), Pierre MILZA (1999) y Zeev STERNHELL (1972).

en fin, que podrían coincidir y hasta confundirse pero cuyas diferencias no eran en modo alguno irrelevantes. Uno, el de Barrès, buscaba las esencias de la patria en sustratos más profundos y suprahistóricos de la nación, en la *tierra* y los *muertos*, y podía por ello abrazar en el terreno de los hechos históricos todo aquello que hubiese supuesto una manifestación de la energía del pueblo francés, fuese Juana de Arco o Napoleón, la vieja Francia católica o los jacobinos. El otro, el de Maurras, cuyo positivismo unilateralmente reaccionario no le permitía reconocer a otra Francia que la de la unidad católica y la Monarquía, aquella que había destruido la Revolución francesa.

Admitiendo lo que pudiera haber de simplificación en ello, podría decirse que de estos dos nacionalismos el maurrasiano constituyó una de las más claras y mejor elaboradas concreciones de una nueva derecha nacionalista y reaccionaria, pero moderna, cuyo radicalismo antidemocrático y antiliberal se plasmó en una oferta a todas las elites y sectores tradicionales de poder, del ejército a la Iglesia, de la aristocracia a los grandes capitalistas. El nacionalismo de tipo barresiano, en cambio, por su carácter populista, interclasista y socializante, romántico y esencialista, proporcionaría un temario que encontraría mejor acomodo en la dinámica de los partidos y movimientos fascistas. En este sentido, los dos nuevos nacionalismos que se configuraron en torno al fin de siglo constituyen dos de las caras más significativas que se opondrán, colaborarán o se desdibujarán en las dictaduras europeas del período de entreguerras: las específicamente fascistas y las nacionalistas más o menos fascistizadas. No es que condujesen directa o necesariamente a ellas, que constituyesen la única vía de llegada, o que *todo* estuviese contenido en estos discursos nacionalistas del cambio de siglo. Pero ése era el suelo cultural e ideológico, el magma nacionalista, del que emergerían, más pronto o más tarde, las nuevas experiencias.

El magma nacionalista en España. Las bases del nacionalismo reaccionario

No se trata de entrar aquí en el debate acerca de la débil nacionalización, o no, de la España decimonónica al que nos referíamos en el capítulo anterior. Lo que interesa retener, en cambio, de cuanto se ha visto son tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, que cualesquiera fueran los logros o deficiencias de ese proceso en los

diferentes países, el gran problema de la nacionalización de las masas se plantea de forma decisiva en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, precisamente cuando esas «masas» hacen su aparición en la escena política y social y porque en todas partes se constata que esas «masas» están insuficientemente nacionalizadas. En segundo lugar, que es en ese mismo momento cuando surgen las respuestas más radicales a esos mismos problemas o insuficiencias, cuando surge, en suma, el nuevo nacionalismo antiliberal que marcará la primera mitad del siglo XX. Finalmente que, al menos en sus orígenes, el discurso de la débil nacionalización es, en sí mismo, un discurso nacionalista.

Pues bien, si ése es el marco general, se podría afirmar a modo de anticipación de lo que se va a exponer que ese mismo *nuevo* nacionalismo iba a surgir en España, justamente en ese momento, en *su* momento. Por supuesto, había abundantes mimbres para que esa respuesta nacionalista se diera en España: la larga y abundante literatura de la decadencia que se arrastraba desde siglos era uno de ellos, la propia magnitud del desastre era otro [12]. Sin embargo, el nuevo discurso decadentista era cualitativamente distinto del de los siglos XVII y XVIII y, como ha puesto de manifiesto la práctica totalidad de nuestra actual historiografía, no hubo que esperar al *desastre* para que arreciasen los discursos sobre la decadencia o la degeneración de la patria [13]. Habrá que convenir, por tanto, en que en la nueva literatura operaban causas intrínsecamente relacionadas con la más reciente contemporaneidad, española y europea.

Por supuesto, una de esas razones debe tomar en consideración la interrupción en el siglo XVIII del discurso de la decadencia con las ilusiones de la Ilustración, a lo que había que sumar las expectativas despertadas en este terreno por la revolución liberal [14]. Lo que quiere decir también que la frustración de muchas de estas expectativas o la del propio sexenio revolucionario pudo abrir vías al pesimismo de determinados sectores del liberalismo nacionalista más o menos radicalizado. Pero no deja de ser significativo que las más relevantes manifestaciones del nuevo pesimismo y del nuevo deca-

---

[12] Sobre la historia de la decadencia española véase José M.ª JOVER (1997). También Pedro SAINZ RODRÍGUEZ (1962).

[13] Véase especialmente Carlos SERRANO (1998).

[14] Cfr. José María JOVER (1997).

dentismo vinieran por la vía conservadora, liberal o no. No es casualidad, en efecto, que fuera Cánovas del Castillo, alguien que se había ocupado ya como estudioso del problema de la decadencia española, el que viniese a ser uno de los más destacados portavoces de ese nuevo pesimismo nacionalista; y que lo fuera, además, desde una perspectiva que trascendía el caso español: la de la decadencia de las razas latinas. Se trataba de un pesimismo conservador donde los hubiera, porque la raíz o manifestación más clara de dicho mal habría estado —cómo no— en Francia, con la derrota de este país frente a Prusia, y la correlativa culminación del *Risorgimento* con la proclamación de Roma como capital de la Italia unificada a expensas del papado. Tomando la parte por el todo, Cánovas podía proclamar así la decadencia de las razas latinas y católicas del sur frente al norte protestante [15]. Pesimismo, por tanto, conservador y parcial. Porque desde el punto de vista liberal o republicano, la interpretación podía ser justamente la contraria. A fin y al cabo el derrotado había sido Napoleón III y la gran empresa de la Italia liberal había llegado a puerto. Lo que podría significar también, por ejemplo para Castelar, no un signo de decadencia, sino de resurgimiento de las razas latinas [16].

Lo que estaba claro, en cualquier caso, es que para un sector de la opinión conservadora, la desaparición del poder temporal de la Santa Sede y, por extensión, la pérdida de terreno de la Iglesia podía considerarse un signo de decadencia para ciertas razas y ciertos países. Circunstancia que venía a añadir un impulso más a los que desde unas décadas atrás venían impulsando en la dirección de la nacionalización del catolicismo, del español en este caso [17]. Un impulso decisivo en esta última dirección iba a venir en relación con una de las recurrentes polémicas en torno a la relación entre el catolicismo y la ciencia. Aquella que se conocería como la polémica sobre la ciencia española por excelencia, la que enfrentó en los albores de la Restauración a Núñez de Arce, Manuel de Revilla o Gumersindo de Azcárate, por un lado, con Gumersindo Laverde, Alejandro Pidal y Mon o Marcelino Menéndez y Pelayo, por otro [18]. Lo que se discutía

---

[15] Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO (1910 y 1981).

[16] Emilio CASTELAR (1980 y 1964).

[17] Cfr. José ÁLVAREZ JUNCO (2001), pp. 433 y ss.

[18] Ernesto y Enrique GARCÍA CAMARERO (1970). Véase también J. ÁLVAREZ JUNCO (2001), pp. 441 y ss.

allí era el lugar ocupado por la Iglesia y la Inquisición en la historia de España y su papel retardatario o no en el desarrollo de la España moderna. Nada nuevo desde este punto de vista, salvo por dos cuestiones adicionales. Por una parte, en todo ello había algo de balance de la propia contemporaneidad española; y, por otra, era la relación entre la nación, ya reivindicada por todos, y la religión la que se planteaba abiertamente.

Lo que más interesa de todo esto es la emergencia de una figura, la de Marcelino Menéndez y Pelayo, que iba a ser decisiva en la configuración del nuevo nacionalismo católico español, el que se conocería finalmente como nacionalcatolicismo [19]. Aunque alineado globalmente con los planteamientos de los católicos frente a los laicos, la posición de Menéndez y Pelayo resultaba novedosa en varios aspectos. Los más sobresalientes de los cuales eran, en primer término, su alineamiento frente al pensamiento reaccionario tradicional negador de la modernidad nacional y nacionalista, con las posiciones, mucho más modernas y por completo abiertas al hecho nacional, de un Balmes; y, en segundo lugar, pero relacionado con el anterior, la influencia de Milá i Fontanals, su siempre venerado maestro. En su conjunto, Menéndez y Pelayo había venido a recibir la influencia de un pensamiento católico que se había planteado a fondo el problema de la nacionalidad y al que no eran ajenas las nociones románticas de la existencia de un *volksgeist*, un espíritu del pueblo; en este caso identificado, por supuesto, con su catolicismo [20].

Todo ello iba a conducir a una primera formulación del nacionalismo de la derecha española, compacto por el lado de la definición católica de la nacionalidad española pero complejo en lo tocante a su pluralidad. Porque en el fondo, lo que venía a plantear Menéndez y Pelayo era el mismo problema al que se enfrentaría toda la derecha española, de uno u otro signo, del siglo XX. De una parte, la defensa sin matices de la nación española y el rechazo categórico de todo nacionalismo alternativo —separatismo—; y de otra, el reconocimiento de una pluralidad —la España «una y trina» en la que Cataluña

---

[19] Cfr. José Manuel CUENCA TORIBIO (1965), Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ (1984), Antonio SANTOVEÑA SETIÉN (1994a y b) y Alfonso BOTTI (1992). También Javier VARELA (1999), pp. 27-76.

[20] Cfr. Josep M.ª FRADERA (1996) y José ÁLVAREZ JUNCO (2001), pp. 406-407. Sobre las relaciones de Menéndez y Pelayo con Cataluña, Horst HINA (1986). También el prólogo de Antonio Tovar a M. MENÉNDEZ Y PELAYO (1948).

y Portugal deberían figurar en el mismo plano que Castilla— sobre la que debía construirse un fundamento unificador. En el caso de Menéndez y Pelayo, ese fundamento, a la vez cimiento y tejado de la unidad española, sólo podía serlo el catolicismo, hasta el punto de que sería esa unidad profunda e indisoluble de lo católico y español lo que constituiría la esencia de la nacionalidad española. Lo expuso con una claridad meridiana en el famoso brindis del Retiro de 1881 con motivo del centenario de Calderón, que bien puede considerarse el manifiesto fundacional del nacionalcatolicismo:

«Brindo... por la fe católica, apostólica y romana... Por la fe católica que es el *substratum,* la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte. Brindo... por la antigua y tradicional Monarquía española cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante todo el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios a los nuestros se convirtió en porta-estandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede... Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fue escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu disgregador y de herejía. Que separó de nosotros a las razas septentrionales» [21].

Pero sería en el Epílogo a la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde Menéndez y Pelayo encadenaría de modo sumamente lucido su concepción de España y de su historia, la de su ser católico profundo —el espíritu de su pueblo— y la de las razones de la decadencia:

«Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, pareceríamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, sin sentido de nación sucumbimos ante Roma... Fuera de algunos rasgos nativos de la selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana... España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime;

---

[21] Cit. en Alfonso Botti (1992), pp. 37-38.

sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos de un mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visible sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casas, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico, que él establece con sus hermanos; y consagra, con el óleo de la justicia, la potestad que él delega para el bien de la comunidad; y rodea con el cíngulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño; ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Esta unidad se la dio a España el Cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez de muchedumbres de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: *no tenemos otra* (cursiva mía, ISC) El día que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas.

A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir *artificialmente* (s. o.) la revolución, aquí donde nunca pudo ser orgánica, han conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle... No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional, ni, a duras penas, arte y literatura propia. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otras partes vemos aclamado...»[22].

Está aquí contenido, como decía, todo el temario de la derecha reaccionaria española del siglo XX, aunque, claro es, no solamente de ella[23]. Y hasta podría decirse que no había que esperar a Maurras para que el nuevo nacionalismo reaccionario español hubiese hecho resonar sus motivos fundamentales. Sin embargo, aunque aquí había ya mucho camino recorrido, no estaba todo. Faltaba en el santanderino ese radicalismo político propio de los ultramontanos del

---

[22] *Historia de los heterodoxos españoles.* Tomado de Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ (1962), pp. 567-569.

[23] Cfr. A. SANTOVEÑA (1994b), pp. 99 y ss.

siglo XIX o de la nueva derecha radical del siglo XX. En cierto modo, el propio Menéndez y Pelayo avanzaría en la dirección contraria, como lo revelaría su distanciamiento de los tradicionalistas o su aproximación al liberalismo conservador de la Restauración. Para que ese cambio radical se produjera sería necesario no tanto el impacto del desastre, como la agudización de las contradicciones de la sociedad española. Un camino que no iba a ser en absoluto lineal y que iba a contemplar entre tanto el nacimiento de la otra gran fuente del nacionalismo español contemporáneo. Éste de origen liberal y no conformista, el del regeneracionismo y el noventayochismo, una de cuyas posibles líneas de evolución, pero sólo una —la protagonizada por Maeztu—, podría venir a confluir, para radicalizarlo y darle un nuevo sentido, con el pensamiento del gran montañés.

EL MAGMA NACIONALISTA EN ESPAÑA. ENTRE EL POPULISMO Y LA TRADICIÓN LIBERAL

No hizo falta esperar al *desastre*, como decíamos más arriba, para que el espectro de la decadencia española empezase a inquietar a hombres procedentes de la tradición liberal y no conformista. De 1890 es el libro de Lucas Mallada, *Los males de la Patria y la futura revolución española;* anteriores aún son los de Pompeu Gener, *Heregías* (1886) y Valentí Almirall, *L'Espagne telle qu'elle est* (1886); todavía el *Idearium* de Ganivet es de 1897. Lo que no quiere decir que la derrota ante Estados Unidos dejase de funcionar como el gran catalizador y amplificador, dando pie a una ingente producción literaria que sería conocida no ya como literatura de la decadencia, sino como literatura del desastre[24]. Sin ánimo de recrear aquí la complejidad de dicha literatura y consciente de lo que puede haber de simplificación en ello, puede considerarse la existencia de dos grandes corrientes o líneas en el discurso regeneracionista, la que se puede identificar en un sentido muy amplio por su contenido cientifista y aquella otra básicamente literaria[25]. Antagónicas ambas en origen de la nacionalcatólica ya vista, contribuyeron decisivamente al surgimiento del *otro* nuevo nacionalismo español que contenía impor-

[24] Una visión de conjunto en Santos JULIÁ (1998).
[25] Para esta distinción, Vicente CACHO VIU (1997a).

tantes cargas de profundidad contra la tradición liberal aunque no condujera a una ruptura abierta con ella.

Así, en lo que respecta a la primera de las líneas reseñadas, conviene recordar que hombres como Lucas Mallada, Macías Picavea o Joaquín Costa habían vivido la experiencia del fracaso del Sexenio y vivido críticamente los bloqueos del sistema de la Restauración. Cualesquiera que fueran sus críticas al sistema o la naturaleza de las alternativas que defendieron (desde la dictadura tutelar a la europeización, desde las recetas positivas, como la de despensa y escuela, a las apelaciones a la unidad nacional) era difícil para estos hombres trascender las bases netamente liberales de partida. De ahí que sea tan difícil proyectar sobre los regeneracionistas, y especialmente sobre Costa, la noción de prefascistas, como considerarlos exponentes de un nacionalismo liberal *tout-court*[26]. Representaban, en realidad, un liberalismo de la crisis que era asimismo un nacionalismo frente a la crisis. No podían romper las amarras con la tradición liberal, pero su pesimismo les empujaba a cierta revisión de esa misma tradición. Su alejamiento del liberalismo se traducía en una pérdida de confianza en el carácter formativo de la democracia y del parlamentarismo. De ahí la apelación al cirujano de hierro que pusiese las bases para que una auténtica democracia pudiera desarrollarse al fin en España. Más que anti-liberales, llegaban a una suerte de relativismo político por el que la salvación de la Patria se anteponía al problema de las formas de gobierno.

Pero, por eso mismo, ese liberal-nacionalismo de la crisis portaba elementos profundamente corrosivos de la tradición liberal. El mencionado relativismo político podía constituir, y de hecho constituyó, un adecuado terreno de cultivo para plantas más radicales. No es en absoluto despreciable lo que su obra pudo tener de deslegitimación del parlamento y de la democracia liberal. En el mismo sentido apuntaba el populismo de Costa, tanto en lo que tenía de apelación al campesinado como auténtico depositario del espíritu nacional, como en lo que tenía de desconfianza en los mecanismos de representación parlamentaria de ese pueblo al que se invocaba. El pueblo podía ser el gran referente, pero antes que él estaban las minorías llamadas a conocerlo, entenderlo y educarlo, las mismas minorías llamadas a

---

[26] Cfr. José Álvarez Junco (1998), pp. 405-477.

protagonizar la «revolución desde arriba»[27]. Algunos de entre los más jóvenes como Altamira, se adentraron incluso en la búsqueda de una supuesta psicología nacional, en llamamientos a la movilización del espíritu nacional y reivindicaron al efecto a Fichte, un autor de dudosa relación con el nacionalismo liberal[28]. Tampoco esto implicaba alejamiento alguno respecto del liberalismo —en el caso de Altamira más bien lo contrario—, pero no hay duda de que algo había de distanciamiento del nacionalismo liberal en esa búsqueda de más profundas palancas, de tipo lingüístico, psicologista o metahistórico para la regeneración de la patria.

En suma, el nacionalismo de estos regeneracionistas, insuficientemente radical en sus formulaciones, estaba lejos de cualquier tipo de pre-fascismo, aunque contribuyó a la creación de un sustrato político-cultural, hecho de un nacionalismo regeneracionista y populista, confusamente revolucionario y relativista en sus concreciones políticas, en el que podrían apoyarse soluciones de este tipo. Esta falta de radicalismo político en cualquiera de las direcciones posibles, junto con la carga dramática que se hacía acompañar a los elementos de denuncia, contribuiría a explicar la ambigüedad de su legado. Éste podría ser parcialmente apto para el desarrollo de un nacionalismo plenamente acorde con la tradición liberal, y radicalizado en un sentido democrático; pero también podía ser parcialmente apto para un primer y confuso asalto a la democracia liberal, como fue la dictadura de Primo de Rivera. Y podía, en fin, como decíamos, proporcionar algunos de los motivos de una futura ideología fascista.

Mucho más importante en cuanto a su contribución a la configuración del futuro ultranacionalismo fascista sería el regeneracionismo o nacionalismo literario de los Unamuno, Baroja, Azorín o Maeztu, la llamada generación del 98. Más jóvenes, más modernos y más radicales que los anteriores, estos jóvenes del noventayocho están mucho más vinculados a la crisis del pensamiento finisecular europeo que aquéllos. Nietzscheanos todos ellos en mayor o menor grado, su inconformismo original se refiere no tanto a la situación de la nación española cuanto a la de la sociedad moderna en su conjunto[29]. No es de extrañar, por tanto, que hicieran sus primeras

---

[27] Cfr. Javier VARELA (1999), pp. 118-143. Para una visión distinta, Pedro RUIZ TORRES (1998). Véanse también Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE (1989) y Alfonso ORTÍ (1997).

[28] Cfr. Carolyn BOYD (2000), pp. 126-134.

[29] Cfr. Gonzalo SOBEJANO (1967), pp. 119-485.

armas en la política desde posiciones de izquierda radical, socialista o anarquista [30], para abrazar posteriormente posiciones nacionalistas. En este sentido, habrían experimentado uno de los fenómenos más recurrentes en la Europa del siglo XX: el pasaje desde posiciones de extrema izquierda a posiciones situadas mucho más a la derecha a través del nacionalismo. O, si se prefiere, fueron exponentes peculiares de ese proceso definido como nacionalización del socialismo o nacionalización de la izquierda.

Ciertamente, no había nada de obligado en este pasaje, como no lo había tampoco en el que experimentaron desde el modernismo al nacionalismo. Otros muchos casos están ahí para demostrarlo. Pero la crítica a la sociedad moderna, la exaltación del instinto frente a la razón y el distanciamiento de la idea de progreso, el individualismo narcisista y anarquizante, las propensiones místicas y espiritualizantes, en su caso, podrían encontrar en el nacionalismo un objeto en el que proyectarse y una tabla de salvación. Bastaba, al efecto, que el narcisismo egocéntrico desembocara en una crisis personal. En estas condiciones, palingenesia social y regeneración nacional podían fundirse en una respuesta que podía serlo también de salvación individual [31].

Es en buena parte este proceso, definido a grandes rasgos, el que lleva a Unamuno del racionalismo al irracionalismo; del socialismo regionalista e internacionalista al casticismo antieuropeísta y antiseparatista; del socialismo como religión al socialismo con religión y con nación —y a esta última sin el primero; de la intrahistoria universalista y de las clases populares a la fijación castellanista y populista. A recorrer, en suma, en sentido inverso, el camino que le había separado de otro modernista, Ganivet, con el que había polemizado años atrás y cuya búsqueda castiza del «espíritu del territorio» pareció compartir después parcialmente bajo el término de «espíritu nacional» [32].

---

[30] Cfr. Carlos BLANCO AGUINAGA (1970).

[31] Una brillante aproximación al capítulo de las crisis personales y espirituales de estos intelectuales, José Luis CALVO CARILLA (1998), pp. 229-283.

[32] Aunque ya en el Unamuno de esta polémica es evidente la presencia de profundas convicciones esencialistas de la nacionalidad española. La polémica en Ángel GANIVET (1996), pp. 155-204. Véanse también Jean-Claude RABATÉ (2001) y José Ramón RESINA (2001).

Quizás no se ha reparado suficientemente, en efecto, en este Unamuno capaz de defender la guerra de Marruecos por su capacidad generadora de «espíritu nacional», o la guerra en general como «principal elemento de cultura»; de defender igualmente la guerra italiana en Libia, aprovechando para arremeter de paso contra el «cientifismo progresista francés», definido en oposición a las «tradicionales aspiraciones del alma española»; de denunciar al nacionalismo vasco como «verdadera avanzada del anarquismo», para oponerle la «solidaridad nacional» o el sentimiento patrio —«de España, por supuesto» como única garantía de paz social; de defender la «restauración idealista», superadora del «desierto de la ramplonería positivista», o de denunciar el «pedantesco y antipático» socialismo cientifista y sin religión de Marx; de exponer sus incertidumbres sobre una república portuguesa demasiado dada a hacer tabla rasa del pasado, y de pontificar de paso que el problema de Portugal no era ni la Monarquía ni el clericalismo sino la incomprensión de que una nación digna de tal nombre era «una nación con destino histórico»: «no es posible contravenir las leyes de la vida y la vida de una nación, de una nación digna de este nombre, de una nación con destino histórico, es una vida internacional»[33].

Conviene hacer notar, en cualquier caso, que ya en el primer Unamuno, el de *En torno al casticismo*, había una contribución decisiva al nacionalismo contemporáneo español, susceptible, eso sí, de ser recogida tanto por la tradición democrática y republicana —lo atestiguarían, por ejemplo, las múltiples referencias de Azaña a la unamuniana «roca viva» del pueblo español— como por el futuro populismo fascista. Circunstancia que no debe de extrañar en exceso si se considera que Unamuno es probablemente el equivalente en el terreno del nacionalismo laico y secular del Menéndez y Pelayo del nacionalcatolicismo. Inspirado por la noción de *volksgeist,* Unamuno no habría hecho hasta cierto punto sino encontrar vetas más profundas de ese espíritu del pueblo en aquella «tradición eterna» o «intrahistoria»; en lo inconsciente de la historia, que contraponía a las vicisitudes políticas y aun a las revoluciones. Tal y como exponía en la célebre metáfora de las madréporas:

---

[33] Todas las citas corresponden a artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires y recogidos ahora en Miguel DE UNAMUNO (1997), pp. 176, 258, 252, 240, 231, 218.

«Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera el sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas las horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Es vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, monumentos y piedras»[34].

Desde luego, cabían aquí, como decíamos más arriba, todas las lecturas, todas las interpretaciones, desde la que observa su sorprendente parecido con futuras nociones braudelianas al tiempo que subraya su perspectiva universal y cosmopolita[35], hasta aquellas dispuestas a apresar en esta intrahistoria las esencias inmutables del pueblo español. El Unamuno de 1895 conseguía mantener el difícil equilibrio[36]. Y si, de una parte, todavía veía en los regionalismos y el cosmopolitismo los «sostenes del verdadero patriotismo», o valoraba a los primeros como «síntomas del proceso de españolización de España» y «pródromos de la honda labor de unificación»; de otra, hacía residir en la lengua y literatura castellanas el auténtico espíritu colectivo del pueblo español y en Castilla lo auténticamente castizo de España[37]. Que se apuntase que habiendo hecho Castilla la nación española aquélla había ido españolizándose cada vez más,

---

[34] Miguel DE UNAMUNO (1996), pp. 62-63.

[35] Pedro RUIZ TORRES (1998).

[36] «En realidad —ha escrito Carolyn BOYD (2000, p. 124)—, el compromiso con la "intrahistoria" desembocaba con frecuencia en el conservadurismo, como demostraron claramente los casos de Azorín, Ángel Ganivet y, cuando el progresismo de su juventud se desvaneció, Unamuno y Maeztu».

[37] Miguel DE UNAMUNO (1996), pp. 74-78.

era una forma de mantener el mencionado equilibrio; aunque fuera difícil ocultar hacia dónde se encaminaba la principal línea de fuerza. Sobre todo si se tiene en cuenta que en ese juego de castellanización-españolización lo que parecía quedarles a los otros pueblos españoles era la posibilidad de hacerse castizamente castellanos, como habría sucedido, por ejemplo, con Ignacio de Loyola, un vasco con cuya obra alentaría «todavía por el mundo el espíritu de la vieja Castilla»[38].

El equilibrio se rompería, como veíamos en los párrafos anteriores, poco después. Como acaecería en distintos momentos con el que se conocería como Grupo de los Tres, Azorín, Baroja y Maeztu. Más jóvenes que Unamuno, éstos pudieron ser, como él, nietzscheanos aunque de una forma más radical, con menos frenos. Si Unamuno había sido capaz de combinar el más arrebatado culto al pueblo con el más absoluto desprecio de ese mismo pueblo-masa presentado como «animal-doméstico», el Grupo de los Tres iría mucho más lejos en esta dirección[39]. En su anarco-aristocratismo pudieron fundamentar Azorín y Baroja su creciente desprecio por las masas, el liberalismo y sus instituciones, la democracia y el socialismo. Descubrieron, dentro de la más pura lógica modernista algunos de los grandes hitos del nuevo nacionalismo literario español, como el Greco o Toledo. Pudieron inspirarse directamente en Barrès, incluso a la hora de escenificar el famoso homenaje a Larra. Pasado el sarampión anarquista, abrazaron, al calor del 98, el regeneracionismo positivista y hasta amagaron una aproximación a Polavieja[40]. Su principal contribución al nacionalismo español vino a reforzar aspectos sustanciales de los enfoques unamunianos. En el caso de Azorín, especialmente, con el descubrimiento del paisaje y la literatura castellanos como las esencias nacionales, su particular versión de la «tierra y los muertos». Baroja, por su parte, seguiría oponiendo el pueblo inmóvil a la modernidad ciudadana, aunque sus preocupaciones regeneracionistas se diluyeran más rápidamente. No así su enemiga de la democracia y el socialismo. Si bien se ocupó poco del «problema de España», cuando lo hizo fue para reivindicar una especie de mística nacional que volviera del

---

[38] Íd., p. 81.

[39] Santos JULIÁ (2001).

[40] José Luis CALVO CARILLA (1998), pp. 327-339.

revés, en beneficio de la propia España, lo que ésta había dado, con Loyola o los Borgia, a un poder no nacional, la Iglesia[41].

Con la llamada generación del 98 se habían puesto sobre el tapete algunos de los que serían motivos esenciales del futuro ultranacionalismo fascista. Se había desarrollado una concepción esencialista, castellanista, inmóvil y mística de la nación que invertía más que desarrollaba la tradición liberal[42]. Su populismo y distanciamiento de fondo respecto a la práctica e instituciones de la democracia liberal constituían como una carga emisaria de profundidad para cuando España hubiera de afrontar una situación democrática. Por otra parte, tampoco había nada en ellos de reaccionario o retrógrado en un sentido tradicional. Más aún, su concepción esencialista y a la vez populista de la patria y las fuentes de la energía nacional permitían oponer una verdadera tradición, una «tradición eterna», al tradicionalismo político reaccionario. Del mismo modo que la reivindicación de lo castizo castellano permitiría *nacionalizar* a Loyola. En la misma línea, la nueva mística, la búsqueda de la trascendencia y aun de una nueva religiosidad, les alejaba más que acercaba del catolicismo oficial y el clericalismo.

La larga marcha del nuevo nacionalismo español

Lo que se había ido perfilando era un amplio temario susceptible de ser desarrollado en sentido fascista. Pero no era fascismo ni prefascismo. En primer lugar, porque se trataba *sólo* de aspectos o ele-

---

[41] Enrique Selva (1995), pp. 47-48.

[42] Algunos autores, como Inman Fox o Víctor Ouimette, entre otros, han subrayado el liberalismo de este nuevo nacionalismo español. Puede que así fuera. Esto es, puede que algunos de estos intelectuales fueran, personalmente, liberales —de un liberalismo en crisis, en cualquier caso—. Pero las fuentes de su nacionalismo no eran liberales ni tardías. Buscando estratos más profundos de la nacionalidad y relativizando los contenidos políticos, se estaban alejando de hecho de los fundamentos liberales del primer nacionalismo decimonónico. Conviene precisar, sin embargo, que media un abismo entre lo que aquí sostengo —un intento en última instancia de restituir la complejidad de aquellos procesos culturales— y el ensayo de José María Marco, cuyo presentismo tiene de maniqueo lo que pretende de provocativo y que termina por condenar a la hoguera a unos intelectuales a los que responsabiliza, sin más y dentro del más lineal de los teleologismos, de todos los desastres de la España del siglo xx. Cfr. Inman Fox (1997) y Víctor Ouimette (1998). José María Marco (1997).

mentos susceptibles de ser reelaborados en el marco de una doctrina articulada y coherente, circunstancia que estaba lejos de producirse por entonces. En segundo lugar, porque esa hipotética futura articulación fascista sería sólo una entre las muchas posibles; la del radicalismo democrático igualmente nacionalista era, por ejemplo, otra. Finalmente, porque faltaba en todos los casos la dosis de radicalismo antiliberal, convicción y voluntad de ruptura sin la cual es imposible hablar de fascismo. De modo que este nuevo nacionalismo pudo moverse durante mucho tiempo en las entretelas del sistema de la Restauración o de la oposición al mismo. Por eso Azorín, no obstante sus más o menos evanescentes reivindicaciones de Maurras, pudo encuadrarse en las filas del liberalismo conservador[43], Unamuno constituirse en un punto de referencia para el liberalismo crítico del sistema, Baroja flirtear con los republicanos de Lerroux y Maeztu defender una especie de liberal-socialismo.

Así pues, podría decirse al respecto algo similar a lo que apuntábamos a propósito de Menéndez y Pelayo: eran las propias condiciones de la vida política española las que en cierto sentido no ofrecían los estímulos suficientes para una radicalización de los discursos. Especialmente en un aspecto decisivo: la ausencia de un gran impulso en sentido democrático o la existencia de un fuerte partido socialista. Por supuesto, estas circunstancias operaban de modo distinto para los dos grandes enfoques nacionalistas. En el conservador y nacionalcatólico, la presencia de los mencionados desafíos no era todavía lo suficientemente fuerte como para impulsar una radicalización negativa. Y no está de más recordar en este punto que el padre del nacionalismo reaccionario francés —y en cierto modo del europeo—, Charles Maurras, tenía la mejor de las opiniones del artífice de la Restauración, Cánovas del Castillo, y del líder de la más importante corriente renovadora del liberalismo conservador, Antonio Maura, por más que encontrase en ambos un exceso de afección al parlamentarismo[44]. En el otro campo, en el del nacionalismo no conformista, el del regeneracionismo y el noventayochismo, podría decirse que de alguna forma los limitados avances en dirección democrática permitían mantener relativamente intactas todas las esperanzas que, no obstante todos los peros señalados, podían abrigarse res-

---

[43] Cfr. Pedro Carlos González Cuevas (1994).

[44] Cfr. Pedro Carlos González Cuevas (1998), pp. 83-84.

pecto de los eventuales efectos nacionalizadores de una alternativa democrática.

No era, pues, un problema de atraso económico, social, político o ideológico el que podría explicar el hecho de que no apareciese ninguna formación política de signo antidemocrático hasta la tercera década del siglo. Allá donde había aparecido, en Francia, Italia o Portugal, lo había hecho como respuesta a un fuerte impulso democrático o democratizador, mientras que en países más avanzados económicamente, como Alemania, sólo lo haría en la inmediata posguerra europea, o, como en el Reino Unido, mucho más tarde [45].

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que faltasen por completo estímulos en la crisis fin de siglo o que no se diesen en España algunas de las más tempranas concreciones políticas del nuevo nacionalismo europeo. Las hubo en un terreno además que mostró una extraordinaria complejidad desde el primer momento: el de los nacionalismos alternativos al español o «periféricos», el catalán especialmente. Una complejidad que venía por así decirlo de ambas partes. En efecto, y en primer lugar del propio nacionalismo español emergente, el cual tuvo desde el primer momento una fuerte deuda con la periferia protorregionalista o regionalista. Menéndez y Pelayo, como se vio, con Balmes y, especialmente, con Milá i Fontanals; Unamuno por su inicial regionalismo vasquista; hasta Azorín pudo considerar a Valentí Almirall y Pompeu Gener como precedentes inmediatos del regeneracionismo de su «generación del 98» [46]. Todos ellos asignaron además un papel fundamental a Cataluña en la regeneración de España. Ya Picavea había llamado a Cataluña a asumir, con Euskaria, la guía y dirección de España [47]. Menéndez y Pelayo hablaba en 1908 de una Barcelona destinada a ser «el corazón y la cabeza de la España regenerada» [48]. Unamuno creía ver un desierto en España respecto del que Cataluña constituiría la excepción y no dudaba

---

[45] En el caso de Francia, con el *affaire* Dreyfuss y *Acción Francesa* (1899); en el de Italia con la democracia giolittiana y la *Asociación Nacionalista Italiana* (1910); en el de Portugal con la proclamación de la República y el *Integralismo Lusitano* (1914); en el de Alemania con la República de Weimar y el *Partido Nacional del Pueblo Alemán* (1918); además, por supuesto, de todos los movimientos fascistas que aparecen por dicha época a lo largo de toda Europa.

[46] Véase José Luis BERNAL (1998), pp. 68-59.

[47] Macías PICAVEA (1992), pp. 306 y 334-335.

[48] Citado en Alfonso BOTTI (1992), p. 40.

en invitar a los catalanes a catalanizar España. En su diálogo con Maragall se puso de manifiesto tanto lo que ambos tenían de «almas gemelas» como su común pasión iberista[49]. Sin embargo, en todos y cada uno de estos casos aleteaba una contradicción en cierto modo insuperable. Se reconocía un papel de vanguardia a Cataluña pero al mismo tiempo se pretendían dictar las condiciones de la colaboración. Para Menéndez y Pelayo, por ejemplo, no había lugar al catalanismo político especialmente por sus resonancias federales e iberistas; para Picavea la superioridad de la raza española radicaba en la lengua castellana; para Unamuno, los catalanes tenían que renunciar a su lengua para poder asumir ese papel de vanguardia; y no hay más que recordar que para el pensador vasco la lengua era ni más ni menos que «el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar». Reteniendo la atención en los dos grandes padres del nacionalismo español contemporáneo, podría decirse que ambos vinieron a poner de manifiesto, a la vez, la conciencia de los problemas de la nacionalidad española y los de su pluralidad. Ambos intentaron a su vez superar la aparente o real dicotomía mediante la apelación a fundamentos más profundos de la unidad que se revelarían como extraordinariamente parciales: el catolicismo, uno; el esencialismo castellanista, el otro. El dilema que marcaría a sangre y fuego a los nacionalismos españoles del siglo XX se había establecido, pues, desde el primer momento.

Tal era así, porque además y significativamente, uno y otro habían valorado inicialmente de una forma extraordinariamente positiva la pluralidad en tanto que factor decisivo de nacionalización e integración española, para pasar después a una condena sin ambages del regionalismo realmente existente. Pero no se trataba de un problema superficial o gratuito. Se trataba principalmente de que el origen y la fuerza de ambos planteamientos nacionalistas, del español y del alternativo, estaba en el mismo sitio: en la periferia. Es decir, en Cataluña y el País Vasco, en aquellas zonas del país donde el desarrollo de la modernidad industrial había puesto de manifiesto todas las contradicciones de la modernidad: los procesos de urba-

---

[49] Carlos SERRANO (1998), p. 383; Horst HINA (1986), pp. 215-217 y 297; Mercedes VILANOVA (1968). Para las simpatías de Unamuno hacia la cultura catalana y su posterior evolución véase además Adolfo SOTELO VÁZQUEZ (ed.) (1993), pp. 9-110 y Albert MANENT (1969), pp. 9-19.

nización acelerada, la aparición de nuevas *masas* desarraigadas y hasta *ajenas* en las ciudades, la crisis de los valores y vínculos tradicionales, el surgimiento de un fuerte movimiento obrero. Por si fuera poco, Barcelona o Bilbao estaban plenamente abiertas a las grandes corrientes culturales europeas de la época[50]. No es de extrañar que fuera aquí donde se manifestase con más claridad y de forma más temprana ese *hambre de nación* que caracteriza a la Europa finisecular. Un hambre de nación que podía ser, y fue, a la vez, de nación *periférica* y de nación española, y de todas las combinaciones posibles entre ambas.

Conviene recordar que no había nada de excepcional en los orígenes de todo ello. La región era considerada en prácticamente todas partes en aquella época como un factor de nacionalización[51]. Y los mismos padres del nacionalismo francés, Maurras y Barrés, eran también regionalistas. Como regionalistas a la vez que regeneracionistas españoles eran los catalanes de la *Lliga regionalista*, una organización muy vinculada en sus orígenes, tanto desde el punto de vista de los planteamientos antiliberales como del de las relaciones, con este nacionalismo francés[52]. Por supuesto, la evolución de los nacionalismos alternativos al estatal en España resultaría muy distinta a la que se dio en Francia. Primero, porque el nacionalismo catalán, especialmente, iba a evolucionar con sorprendente rapidez hacia una línea de aceptación de la democracia liberal; y, segundo, porque aun sin llegar nunca a posiciones independentistas o renunciar por completo a sus afanes de regeneración española, fue reforzando crecientemente su vertiente nacionalista catalana.

Muchas son por supuesto las razones que pueden explicar esta deriva, y de las que no me ocuparé aquí[53]. Pero parece claro que una de ellas tenía que ver con la propia movilización de la sociedad

---

[50] Como puso de manifiesto Vicente CACHO VIU (1997, pp. 23 y ss.) en lo relativo a Barcelona y el triángulo París-Barcelona-Madrid, para el cambio se siglo, pero que considero plenamente aplicable a Bilbao, incluyendo probablemente a Londres —en un ya «pentágono»—, al menos en la posguerra europea.

[51] Heinz-Gerhard HAUPT, Michael G. MÜLLER y Stuart WOOLF (eds.) (1998); Celia APPLEGATE (1999) y Xosé-Manoel NÚÑEZ SEIXAS (1996).

[52] Jordi CASASSAS (1993 y 1992), Albert MANENT (1997), pp. 205-226, Joaquim COLL I AMARGÓS (1994) y Norbert BILBENY (1999).

[53] Vicente CACHO VIU (1997a, pp. 70n y ss.), por ejemplo, apunta a los propios éxitos electorales de los regionalistas como factor decisivo en la disolución del latente antiparlamentarismo original.

catalana que favorecía posiciones de integración de todas las sensibilidades nacionalistas ante los retos que planteaba esa misma sociedad. Otra apuntaría a la misma dinámica de confrontación con un emergente nacionalismo español cada vez más dispuesto a combatir una pluralidad de la que en el fondo estaba convencido y que, más aún, estaba en sus mismos orígenes[54]. En sus orígenes y, todavía más, en su desarrollo. Porque de esa complejidad nacional y nacionalista vasca y catalana iban a venir de nuevo estímulos poderosos en lo que se puede considerar como segundo impulso del emergente nacionalismo español.

Una de estas aportaciones es la de Eugenio d'Ors, la figura intelectual más próxima a la idea de una especie de protofascismo español o catalán[55]. Temprano conocedor de Maurras, tomó de él la idea del clasicismo y la exaltación de la antigüedad grecorromana y la mediterraneidad como clave del arco de un nacionalismo autoritario y de orden, racional y vitalista, corporativo y monárquico, antirromántico y de un pesimismo antropológico tan antirrousoniano como antivolteriano. Más próximo en esto a Prat de la Riba, su nacionalismo era mucho más imperialista que el siempre defensivo francés; y admitía una proyección regeneracionista española. Seguidor también de Sorel, hizo del sindicalismo y aun del mito de la revolución el completo ideal de su nacionalismo autoritario. En su conjunto, fuese en vestes de nacionalista catalán primero o español, después, el pensamiento de d'Ors configuró un legado susceptible de ser desarrollado en su vertiente más conservadora y estrictamente maurrasiana en la línea de lo que sería el nuevo nacionalismo español nacional-católico y reaccionario; o, en su vertiente más sindicalista y soreliana,

---

[54] Véase, al respecto, Ismael SAZ (1999b).

[55] Véase especialmente Vicente CACHO VIU (1997b). También Norbert BILBENY (1999), Guillermo DÍAZ-PLAJA (1981), Mercè RIUS (1967), Luis BLANCO VILA (1995), Joan TUSQUETS (1989) y Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (2000). Por supuesto, la bibliografía sobre Eugenio d'Ors es abundante y más lo son aún las referencias a sus influencias sobre todo el universo cultural de la derecha nacionalista española. Falta, sin embargo, un estudio de conjunto de su obra y repercusiones en este campo. Tal vez porque, como escribía Laín en 1937, la obra de d'Ors no había dado lugar a «movimientos de opinión, al menos visibles y sonantes». Pedro LAÍN ENTRALGO, «Nacimiento y destino de tres generaciones. La generación de la anteguerra», *Arriba España*, 23 de junio de 1937. Que esto lo escribiera alguien que se declaraba discípulo suyo justo en el momento en que la influencia de d'Ors era mayor en los medios falangistas es probablemente indicativo de la dificultad del empeño.

por el futuro fascismo español. Los rasgos de un fascismo revolucionario y de orden, vitalista pero antirromántico, clasicista e imperial, que veremos en algunos falangistas y muy acusadamente en José Antonio Primo de Rivera, tienen una inequívoca impronta dorsiana. Como la tiene, sin lugar a dudas, la noción de d'Ors de la política como misión, su polémica contra todo nacionalismo desde perspectivas universalistas e imperiales o la idea misma de las naciones como entidades enfrentadas a un destino ineludible en el plano de lo universal.

Algo de este legado empezó a materializarse, como un elemento más, ciertamente, en una experiencia a la que quizás no se haya prestado la debida atención desde la perspectiva que aquí se está considerando. Me refiero al modo en que nacionalismo vasco y nacionalismo español convivieron, coexistieron y se interrelacionaron en el Bilbao de 1917-1922. Lo hicieron en el marco de *Hermes*, una publicación significativamente subtitulada *Revista del País Vasco.* Una revista regionalista al decir de José Carlos Mainer[56], dirigida por un nacionalista vasco más o menos heterodoxo, Jesús de Sarría, con la participación muy destacada de otro nacionalista, Alejandro de Sota, pero en cuyo comité de redacción figuraban prohombres del nacionalismo reaccionario español como el maurista y maurrasiano José Félix de Lequerica. Una publicación que podía dedicar números monográficos a Sabino Arana, pero que contaba entre sus colaboradores a los *viejos* Unamuno, Baroja o Maeztu, a los más jóvenes José María Salaverría o Ramón de Basterra, a los futuros falangistas Rafael Sánchez Mazas o Pedro Mourlane Michelena, así como al ya mencionado y muy influyente Eugenio d'Ors[57].

Se trataba de la expresión de una especie de vasquismo integrador de todas las sensibilidades vascas, con vocación a la vez nacionalista y cosmopolita pero que no excluía la función regeneradora que la sociedad y la cultura vascas podría proyectar sobre el conjunto de España. Constituía un testimonio y manifestación del Bilbao eufórico de la edad de oro económica que supuso la Primera Guerra Mundial, y un testimonio a su vez de la creciente radicalización de sus conflictos sociales; sin que faltase de nuevo el componente literario, en esta

---

[56] José Carlos MAINER (1974).

[57] M.ª Begoña RODRÍGUEZ URRIZ (1993) y Pedro ESCALANTE (1989).

ocasión su vinculación con el novecentismo[58]. Tan importante como esto, sin embargo, es constatar la fluidez de los vínculos de los hombres de esta revista con el dinámico mundo de las tertulias bilbaínas; con la del café Lyon d'Or, por ejemplo, por la que desfilarían personajes tan significativos como Ramón de Basterra, Sánchez Mazas, Pedro Mourlane Michelena, Pedro de Eguillor, Eugenio d'Ors o el Cardenal Gomá, algunos de los cuales habían integrado la muy maurrasianamente denominada *Escuela Romana del Pirineo*[59].

Cuatro cuestiones conviene retener de todo esto. En primer lugar, encontramos aquí una última plasmación del doble impulso nacionalizador —español y alternativo— de las zonas periféricas más desarrolladas y movilizadas, que son también las más cosmopolitas y abiertas a los nuevos aires europeos. En segundo lugar, si tenemos en cuenta las contribuciones de estos núcleos al nacionalismo español, al reaccionario de la futura Acción Española y al falangista, no se podrá menos que convenir en que todo esto estaba muy alejado de la tradicional imagen del atraso o arcaísmo ideológico del emergente nacionalismo español. Lo que no quiere decir, en tercer lugar, que no pudiera desembocar a su vez en planteamientos abiertamente reaccionarios y nacionalcatólicos muy similares, por otra parte, a los de los nacionalistas franceses —de Maurras especialmente en el que buena parte de los mencionados encontraron fuente de inspiración. Finalmente, debe subrayarse la impronta clasicista y antirromántica de estambre claramente dorsiano que a través de Sánchez Mazas o Mourlane Michelena llegará hasta Falange y el propio José Antonio Primo de Rivera.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que no hubiera otras fuentes o focos del nacionalismo antiliberal español. En el maurismo, por ejemplo, se aprecian los gérmenes de un nacionalismo autoritario que será ampliamente desarrollado, en una dirección a la vez menendezpelayana y maurrasiana, por el jefe de las juventudes mauristas y futuro líder de *Renovación Española*, Antonio Goicoechea. Y otro tanto podría decirse de Calvo Sotelo, temprano conocedor de la obra de Charles Maurras y George Sorel[60]. Bien informado de las diná-

---

[58] Guillermo DÍAZ-PLAJA (1975), pp. 51 y ss.

[59] *Ibid.*, M.ª Begoña RODRÍGUEZ URRIZ (1993), p. 27; José Carlos MAINER (1971), y Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (2000), pp. 246-247.

[60] Cfr. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (1998), pp. 57-64.

micas de los distintos movimientos nacionalistas europeos se reveló muy pronto también Vicente Gay, catedrático en Valladolid, futuro suscriptor de *Acción Española* y delegado nacional de Prensa y Propaganda en el invierno de 1937, quien manifestó sus preferencias sobre el nacionalismo italiano respecto del francés al que consideraba dogmático y sectario[61]. Seguidores del nacionalismo integral de Maurras lo serían también posteriormente otros destacados participantes en la aventura de *Acción Española* como Álvaro Alcalá Galiano o Eugenio Vegas Latapie, quien sería el secretario y promotor de hecho de la misma[62].

En la evolución de muchos de ellos, al igual que en la aparición de *Hermes*, mucho había tenido que ver el nuevo impulso industrializador experimentado por la sociedad española durante la Primera Guerra Mundial, así como la crisis social y política que le siguió. Pero no era solamente esto. Una vez más, los caminos españoles y los europeos marchaban en la misma dirección y la propia guerra europea, junto con la posguerra y la Revolución rusa, pudo ser seguida por algunos intelectuales españoles como una crisis de la civilización occidental, como una crisis de la modernidad misma. Los más claros exponentes de esto iban a ser dos intelectuales, Ramiro de Maeztu y José Ortega y Gasset, posiblemente los mejores conocedores de los avatares de la cultura europea de la época y que habían recorrido un largo trecho juntos. Ambos iban a constituir de algún modo los últimos grandes legados al nacionalismo antiliberal español, completando desde este punto de vista las aportaciones, respectivamente, de Menéndez y Pelayo y Unamuno.

Ramiro de Maeztu constituye la conexión más directa entre el noventayocho y el nuevo nacionalismo español de *Acción Española*, revista de la que sería gran inspirador, además de director. Nietzscheano, como veíamos, fue de todos sus compañeros de la crisis finisecular el que de un modo más claro percibió que la regeneración de España debía pasar necesariamente por su industrialización y el mayor protagonismo de la burguesía y el proletariado industrial. Coincidiendo en esto con Ortega, apostó durante un tiempo por una alter-

---

[61] Vicente GAY FORNER (1915). Valenciano de origen, su nacionalismo español no le impidió formar parte de la candidatura de la *Unión Valencianista*, un grupo regionalista de clara inspiración camboiana, en las elecciones a Cortes de 1919.

[62] Cfr. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (1998), pp. 87 y 113-114.

nativa liberal a la vez que depositaba su confianza en un socialismo en el que quería ver también una función modernizadora y nacionalizadora. Más adelante, sin embargo, y al calor sobre todo de sus reflexiones sobre la guerra europea, fue reorientando su pensamiento en una dirección reaccionaria. Se distanció del socialismo reformista, pasando por el gremial, para terminar rompiendo con todo socialismo a favor de una democracia organicista medievalista. Sin renunciar nunca a su visión modernizadora del dinero y casi invirtiendo la construcción weberiana y protestante de Max Weber, postulará una reconciliación entre capitalismo y catolicismo, que acuñará en el concepto del «valor sacramental del dinero». En su *Crisis del Humanismo* desarrollará la más radical de las críticas de la modernidad en lo que consideraba sus fundamentos subjetivos, individualistas, románticos, voluntaristas y estatistas; a todo lo cual oponía la necesidad de reconstruir las certidumbres del objetivismo, el clasicismo y el catolicismo. Había conseguido trazar así un camino objetivo y racional de vuelta a la premodernidad española que le permitiría confluir con algunas de las grandes líneas del pensamiento de Menéndez y Pelayo, por una parte, y, más selectivamente, de Maurras —cuya influencia vía Hulme, no había sido del todo ajena a su evolución—, por otra. El nacionalcatolicismo, la defensa de la dictadura y de la Hispanidad como manifestación del legado religioso y cultura español quedaban así a la vuelta de la esquina. Nacionalista modernizador y nietzscheano siempre, había conseguido articular finalmente los valores del dinero y el poder con los del trono y el altar en lo que sería su gran y decisiva aportación al nacionalismo reaccionario español del siglo XX[63].

ORTEGA O EL ÚLTIMO LEGADO

Mucho más importante desde el punto de vista que aquí nos interesa es el legado de Ortega y Gasset. Un intelectual que había coincidido con Ramiro de Maeztu durante un buen tramo de la trayectoria de ambos. Nietzscheano como éste y nacionalista, también, hasta hacer del problema de la decadencia y regeneración españolas el norte y guía de sus actividades públicas. El vasco y el madrileño

[63] Véanse especialmente Alfonso BOTTI (1992) y José Luis VILLACAÑAS (2000).

coincidirían igualmente en su visión europeísta y modernizadora del problema de España, muy diferentes en esto al antieuropeísmo sobrevenido del segundo Unamuno. La apuesta por los efectos nacionalizadores de un liberalismo crítico y un socialismo reformista, por supuesto alejado de todo materialismo, clasismo estricto o internacionalismo, serán otros de los rasgos compartidos durante cierto tiempo.

Naturalmente, no todo serían coincidencias, ni en el principio ni, sobre todo, en el final de ambas trayectorias. Siempre más complejo y contradictorio, Ortega tendrá desde el principio una impronta esencialista y castellanista marcada por la imborrable influencia de Barrès, que de forma más o menos explícita o sumergida no le abandonará nunca[64], aproximándolo en esto, probablemente más de lo que él mismo estaría dispuesto a reconocer, a Unamuno y los noventayochistas. Las visiones-mito de Toledo o El Escorial, omnipresentes en Ortega, están ahí para acreditarlo[65].

Europeísmo y modernización, y un esencialismo castellanista más o menos confeso constituyen las grandes coordenadas invariables de Ortega. De modo que el «España es el problema y Europa la solución» y el «Castilla hizo España y Castilla la deshizo», pueden considerarse como referentes básicos para toda su trayectoria. Y junto a ellos, la obsesión por la decadencia española y la voluntad de la nacionalización como remedio absolutamente necesario e imprescindible. El hecho de que como buen nacionalista negara su condición de tal, no obvia que el filósofo madrileño persiguiera siempre a lo largo de su vida la nacionalización de los españoles, del pueblo y de las instituciones, de la Monarquía o de la República, de los partidos, del liberalismo o del socialismo, de las clases y, por supuesto, de las regiones[66]. Todo ello desde posiciones elitistas y aristocratizantes que parecían conferir un carácter hasta cierto punto ins-

---

[64] Cfr. Vicente CACHO VIU (2000), pp. 48-49 y 80-81, y Javier VARELA (1999), pp. 177 y ss.

[65] Javier VARELA (1999), p. 178. De una forma bastante generalizada en el nacionalismo radical del siglo XX, Ortega no dudaba en proyectar atributos de género a la *varonil* Castilla, que contraponía, por ejemplo, a la voluptuosidad femenina de Andalucía, *Ibid.* Curiosamente, Unamuno establecía una contraposición similar entre la voluptuosidad que despertaba el paisaje de su País Vasco natal y la austeridad y sobriedad del castellano. Cfr. Luciano GONZÁLEZ EGIDO (1997), pp. 7 y ss.

[66] Javier VARELA (1999), pp. 217-218.

trumental a todas sus aproximaciones políticas o incluso culturales. Lo que no quiere decir, por supuesto, que el liberalismo de Ortega fuera meramente instrumental o que lo fuera el conjunto de su pensamiento.

Liberal en un sentido amplio lo fue Ortega probablemente siempre. Sin embargo, ese mismo liberalismo iba a acusar extraordinariamente el impacto de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, en el plano internacional, y de la crisis del sistema de la Restauración y la agudización de la lucha de clases en el español. Resultado de ello fue esa involución pesimista, acompañada de «un regreso a Nietzsche» de la que derivaría su raciovitalismo, la agudización de su distanciamiento de los valores ilustrados de la razón y el progreso o la relativización del propio liberalismo[67]. En todo esto había, como en Maeztu, mucho de revisión crítica de la modernidad, sólo que, a diferencia de éste, Ortega no opondría a esa modernidad en crisis una negación absoluta de la misma o una vuelta atrás, sino una apuesta por ir «más allá», poco explicitada y con frecuencia inquietante. Las dos grandes obras de Ortega, *España invertebrada* y *La rebelión de las masas,* reflejan perfectamente esta evolución. De la segunda, publicada varios años después de la primera, interesa retener tanto la agudización de sus prejuicios elitistas y aristocratizantes, que bien pueden encuadrarse dentro de lo que Korhnauser llamó la crítica aristocrática de la sociedad de masas, como su distanciamiento crítico, a la vez, de los fundamentos de la democracia liberal, por una parte, y del fascismo y el comunismo, considerados estos últimos como ejemplos de esa «rebelión de las masas», por otra[68].

Mucho más importante para el tema que nos ocupa es *España invertebrada*, en la que no sólo hay una anticipación del algunos de los enfoques fundamentales de la obra posterior, sino que comprende toda una exposición articulada del conjunto de su pensamiento aplicado al problema de España, a su historia y hasta a su concepción misma de la nación y de la nacionalidad españolas. Se trata de un auténtico *libro-mito* de un nacionalista en el que buscarán inspiración sucesivas generaciones de españoles de las más variadas tendencias,

---

[67] Cfr. Antonio ELORZA (1984), pp. 137 y ss.

[68] José ORTEGA Y GASSET (1980).

desde los falangistas en los años treinta hasta muchos de los protagonistas de la democracia postfranquista [69].

Libro nacionalista, en efecto, porque parte de los supuestos básicos de todo nacionalismo: el mito de la decadencia y el de la nacionalización insuficiente. En el primer sentido, Ortega llevaba el problema al extremo, a un absoluto. Porque, según él, no se podría emplear el término decadencia en sentido riguroso, tenida cuenta de que el encumbramiento español del siglo XVI no habría sido sino un espejismo, un ascenso más aparente que real que, en consecuencia, habría venido seguido de un descenso también más aparente que real [70]. Fuera de este enunciado, sobre el que volveré, el mito de la decadencia viene recreado por Ortega en todas sus formas. Como un «estado de disolución» de la sociedad española, como un proceso de «decadencia y desintegración» iniciado en 1580, como un «estado de descomposición» que prolongaría la tendencia a la «dispersión» iniciada tres siglos atrás, como una España aquejada por una «grave enfermedad», como un mal que estaría en la sociedad misma, «en el corazón y la cabeza de todos los españoles», como una invertebración, en suma, de la sociedad española [71].

Para Ortega, además, el problema de la decadencia no sería exclusivamente español, sino síntoma también de un proceso más general, europeo. Una perspectiva que le aproximaba a aquellos planteamientos relativos a la decadencia de la sociedad moderna en su conjunto que veíamos delinearse en torno a la crisis fin de siglo y que tomarían un nuevo impulso con la primera posguerra mundial; y que, por otra parte, anticipaba muchas de las ideas que desarrollaría posteriormente en *La rebelión de las masas*. Para Ortega había también en la decadencia general de la sociedad europea mucho de agotamiento de la Modernidad, de pérdida de ilusión europea en su futuro, como si —se preguntaba— «los principios mismos de que ha vivido el alma continental est(uvieran) ya exhaustos, como canteras desventradas» [72].

En realidad, se preguntaba y se respondía, porque para Ortega la modernidad se había construido sobre una serie de presunciones

---

[69] Véase, por ejemplo, el prólogo de José Trillo a José ORTEGA Y GASSET (1999).
[70] Íd., p. 9.
[71] Íd., pp. 9, 47, 48, 6 y 87.
[72] Íd., p. 12.

y valores erróneos como la utópica búsqueda kantiana del «deber ser», a la que se podía definir de paso como «torpe ademán mágico» y base, a su vez, del progresismo del siglo XVIII, o de esa «aberración de los siglos XVIII y XIX» consistente en construir un ideal de sociedad sólo desde los puntos de vista ético o jurídico[73]. Pero no sólo. La decadencia de Europa y de sus naciones tendría mucho que ver también con la «perniciosa propaganda de desprestigio de la fuerza», a la que definía como «la gran cirugía de la historia» o con la apuesta por la ética industrial, que Ortega consideraba «moral y vitalmente inferior a la ética del guerrero»[74].

Sobre todo, y aquí estaba el ineludible complemento y colofón de todo lo anterior, el problema central sería el de la articulación de la sociedad sobre la única base real que hacía posible todas las demás, la de la aristocracia: «La cuestión está resuelta desde el primer día de la historia humana: una sociedad sin aristocracia, sin minoría egregia, no es una sociedad»[75]. Tal era, sin más, el nudo del problema y la base de toda una concepción, entre paretiana y nietzscheana, de la historia de la humanidad y de las naciones. «Una nación —decía— es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos»; y ésta sería una ley natural, biológica, subyacente a todas la sociedades, cualesquiera fueran las formas jurídicas —de la democrática a la comunista, por ejemplo—, de que se dotasen[76]. Consecuentemente, esta ley es la que determinaría la existencia de épocas ascendentes de formación de aristocracias y de la sociedad misma y descendentes, de decadencia de esas aristocracias y, con ellas, de disolución de la sociedad[77]. Como el correlato de las aristocracias rectoras y ejemplares eran las masas dirigidas y dóciles, estaría claro que los fenómenos de decadencia y la patología de las naciones, se explicaban por la crisis de las aristocracias y el «imperio de las masas»[78].

El imperio de las masas sería, precisamente, lo que definiría a la sociedad española, una de las razones fundamentales de su inver-

---

[73] Íd., pp. 95-99.
[74] Íd., pp. 32-33.
[75] Íd., p. 99.
[76] Íd., p. 87.
[77] Épocas *Kitra* y *Kalli* las denominaba respectivamente siguiendo a los *purana* indios. Íd., pp. 92-95.
[78] Íd., p. 106.

tebración: «cuando en una nación la masa se niega a ser masa —esto es, a seguir a la minoría directora—, la nación se deshace, la sociedad se desmembra y sobrevive el caos social, la invertebración histórica»[79]. Pero si todo esto era un mal general o una amenaza potencial para todas las sociedades europeas, bien que alcanzaba en España su máxima expresión, habría otros problemas específicos de España que explicarían su decadencia y desvertebración: los separatismos y los particularismos de clase o de las instituciones, consecuencias todos ellos de una deficiente nacionalización. Con lo que llegamos al segundo aspecto central de los planteamientos de Ortega.

¿Qué era para Ortega una nación, además de una masa organizada por individuos selectos? y ¿qué era una nacionalización?[80]. Ambas cuestiones aparecían profundamente interrelacionadas, hasta el punto de que parecía ser la segunda la que generaba la primera: «el poder creador de naciones es un *quid divinum*, un genio o talento tan peculiar como la poesía, la música y la invención religiosa». Un talento nacionalizador, en suma, que consistía en un «saber querer y un saber mandar». La fuerza era, por supuesto, como se ha visto, un supuesto fundamental del proceso integrador, pero, junto a ella, lo verdaderamente sustantivo sería la existencia de un «dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común». De donde vendría la idea de nación como comunidad y empresa: «Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven *por estar* juntos, sino *para hacer* juntos algo». Concepción, pues, voluntarista y proyectiva que Ortega emparentaba explícitamente con la noción de Renan del «plebiscito cotidiano»[81].

---

[79] Íd., p. 87. No está de más recordar en este punto que las nociones de masa y aristocracia en Ortega carecían, al menos en apariencia, de toda connotación clasista. Así, precisando el imperio de las masas a que estaría sometida España, afirmaba: «Yo me refiero a una forma de dominio mucho más radical que la algarada en la plazuela, más profunda, difusa, omnipresente, y no de una sola masa social, sino de todas, y en especie de las masas con mayor poderío: las de clase media y superior». Íd., p. 89.

[80] Conviene precisar que no es mi intención aquí llevar a cabo un estudio o reflexión acerca de la concepción orteguiana de la nación, de cómo fue evolucionando en el tiempo y del modo en que ésta ha sido valorada por la historiografía. Mi intención es más modesta y se refiere al texto que estoy considerando, precisamente por lo que éste tiene de libro-mito en la conformación de una determinada variante del nacionalismo español del siglo XX. Para una aproximación reciente a la idea de nación en Ortega, que en lo fundamental comparto, Xacobe BASTIDA FREIXEDO (1997), pp. 43-76.

[81] Íd., pp. 29-31 y 53.

UEX

La aproximación al francés, sin embargo, era puramente tangencial y nunca, desde luego, en un sentido democrático. Porque es en este punto en el que el español introduce toda su artillería dialéctica contra las propagandas antibelicistas y la ética industrial, para entonar el canto de los valores guerreros, de la «fuerza espiritual» como lo definitorio de la «fuerzas de las armas» y de aquel genio propio de los pueblos «creadores e imperiales» que sería capaz de generar «huestes ejemplares» [82]. Y aunque admite que en los pueblos sanos podría darse un nivel suficiente de nacionalización en situaciones normales, su idea de lo que puede constituir la principal palanca para la nacionalización no deja de adoptar perfiles inquietantes:

«La nacionalización se produce en torno a fuertes empresas incitadoras que exigen de todos un máximum de rendimiento y, en consecuencia, de disciplina y mutuo aprovechamiento. La reacción primera que en el hombre origina una coyuntura difícil o peligrosa es la concentración de todo su organismo, un apretar las filas de las energías vitales, que quedan alerta y en pronta disponibilidad para ser lanzadas contra la hostil situación. Algo semejante acontece en un pueblo cuando necesita o quiere en serio hacer algo. En tiempo de guerra, por ejemplo, cada ciudadano parece quebrar el recinto hermético de sus preocupaciones exclusivistas, y agudizada su sensibilidad por el todo social, emplea no poco esfuerzo mental en pasar revista, una vez y otra, a lo que puede esperarse de las demás clases y profesiones. Advierte entonces con dramática evidencia la angostura de su gremio, la escasez de sus posibilidades y la radical dependencia de los restantes en que, sin notarlo, se hallaba. Recibe ansiosamente las noticias que le llegan del estado material y moral de otros oficios, de los hombres que en ellos son eminentes y en cuya capacidad puede confiarse» [83].

El vitalismo y las grandes empresas incitadoras constituirían, pues, el sustrato imprescindible de todo proceso de nacionalización. Una de tales empresas incitadoras podría ser la guerra, pero, con o sin ella, no habría duda de que se trataba siempre de una empresa internacional. El primado de la política exterior venía a constituirse así, en la mejor tradición del historicismo alemán, en el núcleo de la concepción orteguiana de la nación: «Las grandes naciones no se han hecho desde dentro, sino desde fuera; sólo una acertada política

---

[82] Íd., pp. 32-35.
[83] Íd., p. 57.

internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es siempre, a la postre, política de poco calado»[84]. Y esto comportaba una concepción organicista de esa misma nación. Organicista, además de expansiva. Porque si la historia de las grandes naciones era una historia de incorporación de nuevas unidades externas, es decir, de otros pueblos, al núcleo inicial, lo que había en el interior de ese núcleo inicial o de cualquiera de los pueblos incorporados no eran sino partes del mismo: «Los núcleos étnicos incorporados, antes de su incorporación, existían ya como todos independientes. Las clases y los grupos profesionales, en cambio, nacen, desde luego, como partes. Aquéllos, mejor o peor, pueden volver a vivir solitarios y por sí; pero éstos, y aparte cada uno, no podrían subsistir»[85].

Todo esto proporcionaba, además, las grandes claves explicativas de la historia de las naciones en sus fases ascendentes y decadentes. Las primeras podrían definirse como procesos incorporativos guiados por una faena de *totalización* merced a la cual los diversos grupos sociales eran integrados para formar parte de un todo. Las segundas serían procesos de desintegración presididos por el fenómeno inverso, el *particularismo*, cuya esencia consistiría, precisamente, en que cada uno de los grupos, al dejar de sentirse como parte, se desentendía de los demás y del conjunto[86].

Por supuesto, la historia de España era el gran referente y objetivo básico de las reflexiones de Ortega. Constituía, al mismo tiempo la mejor aplicación posible de dichas reflexiones. Empezando, desde luego, por lo que se consideraba el núcleo esencial: Castilla. Porque Castilla es, en efecto, para Ortega, el *deus ex machina* de la nación española. Así, es Castilla quien «reduce a unidad española a Aragón, Cataluña y Vasconia», en un proceso de «sometimiento, unificación (e) incorporación». Es Castilla quien «sabe mandar», la que ha hecho a España, y serían sólo «cabezas castellanas» las que tendrían los «órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral»[87]. Era Castilla la que había impuesto el proceso de incorporación y, por supuesto, había sido la primera en «iniciar largas, com-

---

[84] Íd., p. 39.
[85] Íd., pp. 55-56.
[86] Íd., pp. 27 y 47-49.
[87] Íd., pp. 27 y 37-39.

plicadas trayectorias de política internacional». Era Castilla también la que había sabido pensar como proyecto la «España una» y la que lo había hecho, además, para hacer algo en el plano internacional, para construir un Imperio, para emprender una *Weltpolitik*: «La unión se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta, para crear un Imperio aún más amplio. La unidad de España se hace para esto y por esto»[88].

Culminada la obra, sin embargo, la historia de España inició el proceso inverso entrando en la fase decadente y dispersiva marcada por el flagelo del particularismo. Un particularismo que habría empezado por atacar al poder central, a la misma Castilla —de ahí el «Castilla ha hecho España y Castilla la ha deshecho»— y hasta a la Monarquía y la Iglesia, «empeñadas en hacer adoptar sus destinos propios como los verdaderamente nacionales». Ausencia de proyectos y una «perdurable modorra de idiotez y egoísmo», habrían sido, en definitiva, las notas características de los tres siglos que siguieron a la cima del XVI. Y conviene hacer notar por su indudable trascendencia la abierta ruptura con la tradición liberal que suponía la condena sin paliativos del reinado de Carlos III: «Pero en la estimación que hace treinta años aún sentían los "progresistas" españoles por Carlos III, hay una mala inteligencia. Podrá una parte de su política ser simpática desde el punto de vista de la cultura general humana, pero el conjunto es acaso el más particularista y antiespañol que ofrece la historia de la monarquía»[89]. No sería fácil, como veremos, para los fascistas españoles liberarse de este gran anatema de Ortega.

La noción orteguiana de los procesos de totalización y los de particularismo iba a tener, además, una consecuencia específica en lo relativo al separatismo. Para Ortega, en el proceso de incorporación de otros pueblos al núcleo inicial —Castilla, en este caso— no desaparecería la «fuerza de independencia» de dichos pueblos, por lo que éstos mantendrían una energía secesionista susceptible de reemerger tan pronto menguase la fuerza o capacidad de atracción del núcleo central[90]. Por esta razón, consideraba que el problema de España no estribaba tanto en la afirmación por vascos o catalanes de «su diferencia étnica, el entusiasmo por sus idiomas (o) la crítica

---

[88] Íd., pp. 40-41.
[89] Íd., pp. 47-52.
[90] Íd., p. 27.

de la política central», sino lo que ello tenía de síntoma del establecimiento del reino del particularismo en el conjunto del país[91]. Vistas así las cosas, no tendría sentido negar ni la existencia previa diferenciada de Cataluña y Vasconia, ni afirmar la existencia de una España homogénea sin confines interiores o pueblos diferenciados, ni ver, por lo tanto, algo de caprichoso o superficial en el separatismo, ni, menos aún, esperar la solución de una respuesta represiva[92]. Todo lo contrario. En lo que tenían de afirmativo, la fuerza de los separatismos podía ser incluso aprovechable en sentido favorable. Mucho más aún si se tenía en cuenta que los mismos impulsos centrífugos podrían constituir un poderoso estímulo para activar las fuerzas de la cohesión[93].

El problema en el planteamiento de Ortega es que, al reincidir en la aceptación que ya veíamos en otros autores nacionalistas de la intrínseca pluralidad española, no parecía concebir mejor alternativa para superarla que el ya visto recurso a las grandes empresas incitadoras de naturaleza fundamentalmente exterior. Por supuesto, el pensador madrileño no abogaba expresamente por una solución de este tipo, pero no otra cosa podía desprenderse del conjunto de su exposición. Ni podía haber otro corolario imaginable mientras se mantuviese el supuesto, tácito a veces, expreso casi siempre, del núcleo central castellano. La visión entre organicista y darwinista del proceso de construcción interior de las naciones parecía exigir su inexcusable prolongación hacia el exterior.

Podía haber, sin embargo, otra solución al conjunto de los problemas de España acorde con dos de las premisas formuladas por Ortega en relación con los males de la nación española y de la sociedad europea en general. La primera partía de la relación elites-masas, y sobre ella se iba a construir la más negativa y pesimista de las historias de España; la segunda se refería a la crisis de la modernidad e iba a constituir la base para la más inquietante formulación acerca de las eventuales vías de regeneración de la sociedad española. La

---

[91] Íd., pp. 52-53. O como decía más adelante: «Catalanismo y bizcairratismo no son síntomas alarmantes por lo que en ellos hay de positivo y peculiar —la afirmación "nacionalista"—, sino por lo que en ellos hay de negativo y común al gran movimiento de desintegración que empuja la vida de toda España». Íd., p. 79.

[92] Íd., pp. 36-37.

[93] Íd., pp. 28 y 54.

típica relación entre decadencia extrema y palingenesia, propia del nuevo nacionalismo radical europeo, se iba a llevar así a su extremo.

Para Ortega, en efecto, la historia de España podía resumirse en un problema de «ausencia de los mejores». En España, todo lo habría hecho el pueblo —aunque, claro es, sólo hasta realizar aquellas funciones elementales de vida de las que el pueblo sería capaz— mientras que las minorías selectas habrían brillado por su ausencia. Dos fenómenos que combinados explicarían, además, «toda nuestra historia». El problema se arrastraba desde la Edad Media y la ausencia de feudalismo, consecuencia a su vez de que los germanos que irrumpieron en España, los visigodos, eran los más deformados, decadentes, anquilosados, extenuados, degenerados y con menos vitalidad de todos los conquistadores germánicos. Carentes por todas estas razones de una minoría selecta, los visigodos no pudieron marcar a España con la impronta guerrera, el derecho germánico o el principio de autoridad[94]. Dada tal «embrogenia defectuosa», no sería de extrañar la «anormalidad» permanente de la historia de España o que toda su historia hubiera sido la historia de una decadencia. Ni siquiera la plenitud española del siglo XVI habría constituido un síntoma de poderío vital, ya que España no habría hecho sino beneficiarse entonces de ser la primera nacionalidad en constituirse; circunstancia que se habría debido, sin embargo, a su propia debilidad o, mejor, a la ausencia de «grandes personalidades de estilo feudal»[95].

¿Cuál podría ser, dado tan terrorífico panorama, la solución de la permanente decadencia española? Para encontrarla, Ortega daba una nueva vuelta de tuerca a su pesimismo para arremeter ahora contra aquel pueblo que unas páginas antes lo había hecho «todo». Ahora el mal radical, el mal profundo, más aún que el particularismo, estaría radicado en el «alma misma de nuestro pueblo», en unos defectos íntimos que explicarían su propia degeneración, en una per-

---

[94] Que, por cierto, Ortega contraponía sistemáticamente a lo romano y lo demócrata: «El romano y el demócrata, encerrados en un sentido de la vida y, por tanto, del derecho distinto del germánico, no entenderían estas palabras y supondrían que aquel hombre era un bruto negador del derecho», íd., p. 116. O más adelante: «Quien analice lealmente y sin "beatería" democrática el derecho moderno, no puede menos de descubrir en él un elemento de pusilanimidad, por fortuna mezclado con otros más respetables. Mientras las revoluciones modernas se han hecho para demandar el derecho a la seguridad, en la Edad Media se hicieron para conquistar o afirmar el derecho al peligro», íd., p. 119.

[95] Íd., pp. 108-129.

versión de los afectos que no consistiría en otra cosa que la rebelión sentimental de las masas, el odio a los mejores. Unas masas, las españolas, que en última instancia serían, con la ausencia de los mejores, las verdaderas responsables del gran fracaso de España: «y éstas (masas) entregadas a una perpetua subversión vital —mucho más amplia y grave que la política— desde hace siglos no hacen sino deshacer, desarticular, desmoronar, triturar la estructura nacional». Y, dicho el mal supremo, no sería difícil localizar la primera gran solución: el arrepentimiento de las masas españolas, que la «masa se sepa masa», el reconocimiento de que «la misión de las masas no es otra que seguir a los mejores» y el establecimiento al fin de un «imperativo de selección». La forja de «un nuevo tipo de hombre español» y el «afinamiento de la raza» serían los objetivos a alcanzar sobre estas bases [96]. Se trataba, además, de una necesidad imperiosa si se quería aprovechar para y por España las posibilidades que la crisis de la modernidad parecía ofrecerle:

«Todo anuncia que la llamada "Edad Moderna" toca a su fin. Pronto un nuevo clima histórico comenzará a nutrir los destinos humanos. Por dondequiera aparecen ya las avanzadas del tiempo nuevo. Otros principios intelectuales, otro régimen sentimental inician su imperio sobre la vida humana, por lo menos, sobre la vida europea. Dicho de otra manera: el juego de la existencia, individual y colectiva, va a regirse por reglas distintas, y para ganar en él la partida serán menester dotes, destrezas muy diferentes de las que en el último pasado proporcionaba el triunfo.

Si ciertos pueblos —Francia, Inglaterra— han fructificado plenamente en la Edad Moderna fue, sin duda, porque en su carácter residía una perfecta afinidad con los principios y problemas "modernos". En efecto: racionalismo, democratismo, mecanicismo, industrialismo, capitalismo, que mirados por el envés son los temas y tendencias universales de la Edad Moderna, son mirados por el reverso, propensiones específicas de Francia, Inglaterra y, en parte, de Alemania. No lo han sido, en cambio, de España. Mas hoy parece que aquellos principios ideológicos y prácticos comienzan a perder su vigor de excitantes vitales, tal vez porque se ha sacado de ellos cuanto podían dar. Traerá esto consigo, irremediablemente, una depresión en la potencialidad de las grandes naciones, y los pueblos menores pueden aprovechar la coyuntura para instaurar su vida según la *íntima pauta de su carácter y apetitos* (cursiva mía, ISC)» [97].

---

[96] Íd., pp. 132-138.
[97] Íd., pp. 130-131.

Ortega no decía más. O mejor, como afirmaba en el prólogo a la edición de la obra de 1922, no quería decir más, aparte de augurar la llegada de la hora en que iba a «tener más sentido la vida en los pueblos pequeños y un poco bárbaros»[98]. Pero había dicho bastante. Había dicho, entre otras cosas, por dónde pasaban —por un ir más allá de la modernidad ilustrada, racionalista, democrática e industrialista— y por dónde no pasaban —por buscar la «medicina en los grandes pueblos actuales»— los caminos para la resurrección de España. Es más, a poco que agucemos el análisis, observaremos que muchas de las distancias que habían separado a Ortega del segundo Unamuno estaban, bien que por caminos diversos, desvaneciéndose. Bastantes años más tarde, en 1934, Ortega había reconocido al menos a su público lector. Un público que estaría formado por «todo aquel que tenga la insólita capacidad de sentirse, en plena salud, agonizante y, por lo mismo, dispuesto siempre a renacer»[99]. El mito palingenésico estaba lanzado con exactitud poética.

Con Ortega, culminaba uno de los posibles desarrollos del nuevo nacionalismo español que antes aún de 1923 había puesto sobre la mesa la práctica totalidad de los temas que barajaría el futuro fascismo español. Pero ni Ortega ni muchos de los autores aquí considerados fueron fascistas. Ortega mismo, por decirlo con Antonio Elorza, supo pararse siempre a las puertas del infierno[100]. De algún modo, todos habían hecho lo mismo. Menéndez y Pelayo había puesto las bases del nacionalismo reaccionario, del nacionalcatolicismo y Maeztu, junto con la influencia de Maurras, se habían encargado de radicalizarlo en una enmienda reaccionaria a la modernidad que no excluía, antes bien al contrario, la perspectiva de la modernización económica. Aun así, no había todavía la percepción clara de lo que podía ser un nuevo orden antiliberal con voluntad de *durar*. Tampoco existía, por tanto, una voluntad clara de caminar en esa dirección; el horizonte de una dictadura como la que encarnaría Primo de Rivera parecía suficiente. Desde otra perspectiva algo similar había sucedido con aquella corriente del nacionalismo no conformista que iba del noventayocho a Ortega. El mito palingenésico de la decadencia y la resurrección

---

[98] «Permítaseme —añadía— que deje ahora inexplicable esta frase de contornos sibilinos". Íd., p. 12.

[99] Íd., p. 17.

[100] Antonio ELORZA (1984), p. 210.

se había formulado en toda su plenitud. Una ambivalente relación se había establecido entre la apelación a un pueblo esencial y la desconfianza en las instituciones de la democracia liberal. Toda una crítica a la modernidad ilustrada se había desarrollado desde el supuesto de su eventual agotamiento y la necesidad de trascenderla. Un nacionalismo, casi siempre negado como tal, había puesto en primer término el problema de la nacionalización de los españoles. Incluso se habían tensado al máximo los dos extremos de la cuerda, hasta el punto de que, como sucedería en el caso de Ortega, podría sustentarse una visión en última instancia etnicista de la nación al tiempo que un enfoque proyectivo que se resolvía en una concepción absolutamente futurista. Hasta una primera *fuga* de la nación se daría en el mismo Ortega cuando desde el principio del mando y la jerarquía de los pueblos apostará por una unidad europea como una empresa de futuro capaz de superar la desmoralización de los europeos y el *encantamiento* bolchevique [101]. En ningún caso, sin embargo, se había vislumbrado la idea de una alternativa radical a la democracia liberal. Para este nuevo nacionalismo tanto podía valer una dictadura regeneracionista como una República democrática. Andando el tiempo, su no conformismo lo situaría en perspectivas críticas tanto respecto de la primera como de la segunda. Pero el terreno, el suelo cultural, estaba ahí. Con todo, la articulación, la reelaboración fascista de los temas que habían conformado ese suelo cultural habría de ser obra de los propios fascistas.

---

[101] Todo esto en la segunda parte de *La rebelión de las masas*. José ORTEGA Y GASSET (1980), pp. 153-205.

CAPÍTULO 3

EL PRIMER NACIONALISMO FASCISTA

La existencia de un amplio temario nacionalista susceptible de reelaboración en un sentido fascista no implicaba que ésta fuera necesariamente inmediata. Entre otras cosas, porque nadie sabía muy bien qué era el fascismo a la altura de 1922 y porque, sobre todo, la dictadura de Primo de Rivera vino a constituir una primera respuesta a muchos de los problemas que los distintos nacionalismos españoles más o menos tendencialmente antiliberales habían ido poniendo sobre la mesa. Al fin y al cabo, se trataba de una dictadura nacionalista y regeneracionista en la que podían encontrar eco y hasta sentirse más o menos representados algunos de los que podían identificarse con una línea nacionalcatólica, maurista o maurrasiana y algunos de los que se encontraban más próximos a un nacionalismo laico, secular y populista. Próximos a la dictadura estuvieron, por ejemplo, Maeztu y Ortega —aunque éste en menor grado y durante menos tiempo—, los católicos, los tradicionalistas e incluso, hasta cierto punto, los socialistas.

Por esas mismas razones iban a quedar paralizados —a desaparecer de hecho— los primeros intentos más o menos serios o consistentes de poner en marcha organizaciones fascistas. Tales eran o habían sido, por ejemplo, el grupo barcelonés de *La Traza*, la efímera publicación *La Camisa Negra* o el intento de lanzamiento de una ignota *Legión Nacional* por el diario *La Acción*. De los primeros, los más próximos al fascismo, se perdería pronto el rastro; los relacionados con las últimas iniciativas, mauristas autoritarios, encontraron su acomodo en la dictadura misma. Delgado Barreto, por ejemplo, pudo cambiar la anterior dirección de *La Acción* por la de *La Nación*, portavoz oficioso de la dictadura. Sin embargo, habiendo dado inicial-

mente respuesta a todas las líneas del emergente nacionalismo español, la dictadura terminó por resultar insuficiente para casi todas ellas [1]. De este modo, la misma dictadura que había venido a bloquear el desarrollo político organizado del nuevo nacionalismo español, terminaría por propiciar, con sus debilidades y contradicciones, así como con su fracaso final, su relanzamiento.

En efecto, el fin de la dictadura y la consiguiente caída de la Monarquía vinieron a configurar una situación en parte similar y en parte radicalmente diferente de la que se daba a principio de los años veinte. La dictadura de Primo de Rivera había venido a cortar una serie de procesos que ahora se reproducían —aquí lo similar—, pero de forma centuplicada —y aquí lo diferente. Porque si se había tratado de destruir al sector más radical del movimiento obrero, el cenetista, e integrar al más moderado, el socialista, ahora el primero ganaría en fuerza y radicalidad y el segundo se convertiría en el primer gran partido de masas de la España republicana. Si se había querido atajar la crisis del liberalismo oligárquico, del sistema de la Restauración y sus eventuales efectos sobre la institución monárquica, todo eso había quedado ahora irreversiblemente destruido. Si se había pretendido una primera renacionalización de los españoles combatiendo a los nacionalismos alternativos, éstos emergían de la dictadura más fuertes y también más nacionalistas. En Cataluña, por ejemplo, había pasado definitivamente la hora de la Mancomunidad, y había llegado, cuanto menos, la del Estatuto.

Democracia, socialismo reformista en posiciones de gobierno y nacionalismos alternativos. Por si fuera poco, la República misma constituía un ulterior intento de nacionalización antagónico. Es decir, un proyecto de nacionalización en la línea de la culminación democrática del proceso iniciado un siglo antes por el denostado liberalismo español. Sin Monarquía y sin —o contra la— Iglesia. Como el que había emprendido la Tercera República francesa y que había estado precisamente en la base del surgimiento, como reacción del nuevo nacionalismo antiliberal francés. Un proyecto nacional y nacionalizador, democrático, pacifista y cosmopolita, identificado por com-

---

[1] Javier TUSELL y Juan AVILÉS (1986), pp. 272 y ss.; Fernando REY y Soledad BENGOECHEA (1993), pp. 301-326; Fernando DEL REY (1992), pp. 808 y ss.; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fernando DEL REY (1995), pp. 143 y ss.; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (1999), p. 246, e Ismael SAZ (2001b).

pleto con los valores de la Ilustración y la Revolución francesa. Un nacionalismo democrático perfectamente personificado por Manuel Azaña, quien no eludía, antes al contrario, expresiones como revolución nacional, movimiento nacional o alzamiento nacional a la hora de referirse al 14 de abril. Unitario en su concepción del Estado, este nacionalismo español y democrático, estaba abierto, además, a las reivindicaciones nacionales de esa mitad del problema de España que era Cataluña[2].

Había llegado, por así decirlo, *la hora de la verdad*. Frente a ella no cabían ya medias tintas. Una de esas medias tintas había sido, precisamente, la dictadura de Primo de Rivera, la cual se había quedado a mitad de todos los caminos. En el de la continuidad de la tradición liberal y en el de la ruptura con ella; en el del nacionalismo regeneracionista modernizador y en el de las invocaciones tradicionalistas; en el de las ansias de potencia y en el del recogimiento pacificador; en el de la dictadura conservadora y transitoria y en el de la dictadura fascistizada[3]. Y porque había llegado la hora de la verdad había llegado también la hora —como había sucedido en toda Europa— de los nacionalismos *sin medias tintas*. Esto es, de los nacionalismos radical y frontalmente antiliberales y antiparlamentarios, antidemocráticos y antisocialistas. Nacionalismos y no nacionalismo, porque, en efecto, eran sustancialmente dos que si bien coincidían en estas negaciones o *antis*, diferían en aspectos sustanciales de sus concepciones y de sus proyectos; como también diferían en los orígenes culturales e ideológicos que hemos venido estudiando.

Uno de estos nacionalismos, el que había estado más identificado con la dictadura, el que se definiría explícitamente como reaccionario y contrarrevolucionario, se iba a configurar ahora como tal enlazando y recogiendo la tradición que iba de Menéndez y Pelayo a Maeztu,

---

[2] Véase «La República como forma de ser nacional» (alocución pronunciada en la sesión de clausura de la Asamblea del partido de Acción Republicana, el 28 de marzo de 1932); «El orden nuevo republicano. La anarquía mental. La moral pública. Valor nacional de la República respecto de la civilización española» (discurso en el Frontón Central de Madrid, el 14 de marzo de 1933); «Pasado y porvenir de la política de Acción Republicana. El régimen español y la situación del mundo. Crisis de la razón del individuo al Estado. El caso de España» (discurso pronunciado en Madrid, el 16 de octubre de 1933, en la clausura de la asamblea del partido de Acción Republicana). Todos ellos en Manuel AZAÑA (1966), respectivamente, pp. 223-230, 631-643 y 875-889.

[3] Cfr. José Luis GÓMEZ NAVARRO (1991), especialmente pp. 519 y ss. También Ismael SAZ (1999c).

de un sector del maurismo a otro del tradicionalismo, de conservadores fascistizados a maurrasianos convencidos. Para este sector, la dictadura se convirtió, tanto por sus aciertos como, sobre todo, por sus errores, en un punto de referencia inexcusable en su propio proceso de radicalización[4]. Desde su punto de vista, en efecto, la dictadura habría resultado insuficientemente dictatorial, excesivamente conciliadora con los socialistas e ideológicamente incoherente.

Sería éste el nacionalismo de Acción Española, punto de encuentro de todos los sectores arriba mencionados y cuyo nombre mismo evocaba el del modelo francés y maurrasiano: Acción Francesa. De hecho, respondía al mismo desafío al que lo había hecho en su tiempo el francés —la hora de la nacionalización democrática— y también la respuesta en su aspecto más sustancial era la misma: el *politique d'abord* de Charles Maurras, que podía no reivindicarse explícitamente, pero que se traducía aquí en dos principios fundamentales[5]. Primero, en el de la defensa absoluta del principio monárquico contra cualquier forma de accidentalismo; y, segundo, en el de que había llegado el momento de pasar a la acción definiendo y divulgando un auténtico pensamiento moderno y contrarrevolucionario, capaz de dotar a las fuerzas de la reacción de los instrumentos ideológicos y políticos necesarios para imponer sus posiciones. Lo había intuido ya en 1927 José Félix de Lequerica al lamentar la inexistencia en España de «una escuela de pensamiento reaccionario moderno», como la del Integralismo portugués[6]. Lo había visto como una necesidad perentoria Vegas Latapie en el «velatorio» del 14 de abril al constatar «la necesidad inaplazable de fundar una escuela de pensamiento contrarrevolucionario a la moderna»[7]. Y lo remacharía ese mismo año Maeztu quejándose de que España hubiese quedado al

---

[4] Cfr. Raúl MORODO (1985), pp. 21 y ss.

[5] Había razones para que no se reivindicase. Y la primera de ellas era que ese *politique d'abord* había constituido el núcleo de la condena de Maurras por el Vaticano. Para un nacionalismo que se definía esencialmente como católico, en rivalidad abierta, además con otros católicos como la CEDA tal invocación explícita habría sido contraproducente. Íd., p. 96. Ramiro de Maeztu, que se distanció de esta fórmula maurrasiana, lo hizo, no obstante, de un modo ciertamente ambiguo: «No va con nosotros la fórmula de *politique d'abord*, a menos que se entienda que lo primero de la política ha de ser la fijación de los principios. Aunque creyentes en la esencialidad de las formas de gobierno, tampoco las preferimos a sus principios normativos». Ramiro DE MAEZTU (1938), p. 44.

[6] Citado en José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 75-76.

[7] Eugenio VEGAS LATAPIE (1941), p. 89.

margen de ese «gran movimiento intelectual reaccionario que caracteriza en el extranjero al siglo XX»[8]. No otro fue el origen de fondo de Acción Española.

Nacionalismo y profecía: Ernesto Giménez Caballero

Para la otra corriente nacionalista, la más próxima a un nacionalismo no conformista, laico y moderno, la experiencia dictatorial había resultado negativa aunque aleccionadora en un sentido diferente. La inequívoca deriva conservadora y derechista del régimen lo hizo progresivamente menos atractivo. No habría solucionado ninguno de los problemas de fondo y se habría mostrado incapaz de generar una dinámica de movilización de las energías nacionales y de cohesión nacional y social. Desde luego, no había tenido nada de revolucionario y, por si fuera poco, se había ganado la hostilidad de la mayor parte de los intelectuales[9]. Como afirmaría tan pronto como en 1929 —es decir, todavía en plena dictadura— el que bien puede considerarse el primer fascista español, Ernesto Giménez Caballero, la dictadura había sido excesivamente liberal y burguesa y generado una España que «descansa, engorda y se abanica». Todo ello por contraposición al fascismo, antiliberal y antiburgués, imperialista, juvenil, audaz y emprendedor, capaz de crear una Italia que consideraría como únicos pecados «la quietud, la falta de ardor, el silencio, la ironía y la panza»[10].

Giménez Caballero, un joven intelectual que venía de la vanguardia literaria, director de *La Gaceta Literaria,* discípulo de Ortega, había visitado Italia y allí había experimentado la atracción irresistible de un fascismo del que se iba a convertir en el primer profeta español[11]. Tan importante como esto, sin embargo, es constatar que ya desde el primer momento se vino a poner de manifiesto que una alternativa como la fascista tenía sólidos precedentes en la cultura

---

[8] Citado en José Luis Villacañas (2000), p. 333. Para *Acción Española* véase, R. Morodo (1985), Pedro Carlos González Cuevas (1998 y 2000) y Julio Gil Pecharromán (1994).

[9] Genoveva García y Queipo de Llano (1988).

[10] Ernesto Giménez Caballero (1929), pp. 52-54.

[11] Sobre Giménez Caballero, véase especialmente Enrique Selva (1999). Sobre su papel en los orígenes del fascismo español puede verse también Ismael Saz (1986).

española. O, dicho de otro modo, Giménez Caballero puso desde el principio el máximo interés en demostrar que el fascismo que él empezaba a divulgar no era otra cosa en el fondo que una reelaboración de algunos de los temas que habían presidido la cultura española en las últimas décadas. Con la que sería su proverbial capacidad para forzar comparaciones, aunque no sin un punto de sinceridad, lo exponía en lo que se ha considerado como el primer manifiesto del fascismo español, su «Carta a un compañero de la joven España»:

«Sustituyamos nombres y veremos que frente a Rajna o D'Ovidio, hay un Menéndez Pidal, creador de nuestra *épica nacionalista*; frente a Croce o Missiroli, hay un Ortega, creador de nuestra *Idea nazionale*; un D'Ors, amante de la unidad; frente a D'Annunzio, Marinetti y Bontempelli, un Gómez de la Serna, creador del sentido latino y modernísimo de España, "straccitadino" y "strapeasano" a un tiempo; frente a Pirandello, un Baroja, un "Azorín", regionalistas como punto de partida en su obra y elevadores del conocimiento nacional de una tierra, creadores de anchos espejos; frente a Gentile, un Luzuriaga, en posibilidad de experimentos enérgicos de instrucción... Frente a tantos otros, ilustres hacedores de nuestra Italia, un Maeztu o un Araquistáin, un Marañón, un Zulueta, un Sangróniz, un Castro, un Salaverría, etc. Y frente a Malaparte... Pero ¿por qué frente a Malaparte? Malaparte detrás de él, siguiéndolo con respeto en muchas de sus afirmaciones. Delante de Malaparte, Miguel de Unamuno» [12].

No era desde luego muy riguroso en sus definiciones, filiaciones y comparaciones, pero apuntaba ya claramente dos cosas. Primera, que en la especie de genealogía cultural que se quería construir del prefascismo español el grueso estaba en la cultura secular moderna y no conformista; y, segunda, que dentro de ella se situaba ya claramente al gran referente, Unamuno. O mejor, como se verá en seguida, a los dos grandes referentes: Unamuno y Ortega. Hasta el punto de que puede afirmarse que en los primeros escritos del primer fascista español, aquellos que marcarán la impronta fundamental del nacionalismo fascista en España, hay dos grandes puntos de referencia italianos, Marinetti y Malaparte, y dos españoles, Unamuno y Ortega.

---

[12] «Carta a un compañero de la joven España», *La Gaceta Literaria*, núm. 52, 15 de febrero de 1929.

De Marinetti tomaba Giménez Caballero el grito vitalista y futurista del movimiento y la revolución; circunstancia que no desaprovecharía para volver a incluir a Unamuno entre sus paralelismos españoles[13]. Pero, sobre todo, Marinetti marcaba el camino que iba de la vanguardia literaria al fascismo. En el plano estético, por supuesto, tal y como ha remarcado Enrique Selva, pero también, y con él, en el de la atracción por la modernidad técnica y urbana, por la velocidad y el futuro[14]. El Marinetti, en suma, que un día se deslumbró por la modernidad fabril milanesa, era el que de alguna forma iba *acompañar* a Giménez Caballero en ese mismo descubrimiento. Con la particularidad de que el español encontraría enseguida su equivalente en Barcelona, prosiguiendo así con la ambigua relación con la capital catalana y Cataluña misma que, como veíamos, había mantenido desde el primer momento el nuevo nacionalismo español:

«¡Barcelona! Remozada de preocupaciones arcaizantes, puesta al día en vigor industrial, técnico; sin tufo a provincia clásica española. ¡Qué enorme fuerza para el futuro peninsular de España! Una Barcelona interventora y arrolladora. No cauta y agazapada en débiles postulados de personalidad aún muy dudosa y turbia. Asomarse a una librería milanesa es asomarse a una cultura integral antigua y moderna de toda Italia. Mientras que hacerlo en Barcelona, hoy por hoy, es encallar con un particularismo vergonzante: único enemigo de la genialidad catalana»[15].

Pero si Marinetti había acompañado de algún modo a Giménez Caballero hasta el fascismo modernista y antitradicionalista, el mayor

---

[13] «¡Marinetti! Te saludamos con la eterna admiración española *ante lo que se mueve, grita, se desenfrena y revoluciona*. A ti, cuyo enlace en España era éste: Unamuno, Baroja, Ramón, De Torre. Antipasatistas, vulcanizadores... Te saludamos con la convicción galileica frente al escepticismo: *e pur si muove*». Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, «Conversación con Marinetti», *La Gaceta Literaria*, núm. 28, 15 de febrero de 1928. Citado en E. SELVA (1999), p. 111.

[14] Id., p. 114.

[15] El contrapunto de Barcelona era Madrid: «de que Madrid deberá quedar en lo futuro con un carácter estricto y abstracto. Mientras todo lo vital en arte, ciencia, literatura e industria deberá acudir a la gran Bolsa barcelonesa a potenciarse de público, de atención de exigencias. Sólo el día que Madrid, olvidando centralismos absurdos, de viejo tipo liberal, de acento francés, de cariz borbónico, se desembarace del triste prejuicio catalán, será el día en que Barcelona abrirá su generosa nobleza a Madrid, como siempre la ha abierto en cuanto Madrid ha llegado a ella despojado de señoritismo y de petulancia cursi. Yo soy, y mis amigos, una gran prueba de ello». Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1929), p. 42.

influjo iba a venir enseguida de Curzio Malaparte[16]. De éste, iba a tomar el escritor español toda la visión antimodernista, y contrarreformista, antinórdica y antieuropea, defensora de la tradición católica como auténtica tradición latina, pero defensora al mismo tiempo de una revolución popular y populista:

«Nada de europeizaciones de Italia y de España —decía parafraseando a Malaparte—. Italia, como España y como Rusia, son inaptas, por naturaleza, para asimilar el espíritu nórdico y occidental, se traicionarían, se perderían irremisiblemente. Nada de pasar por la vergüenza de una Reforma, de un Liberalismo, de una Democracia: formas nórdicas y occidentales que repugnan a nuestra íntima constitución. Italia contra Europa. Rusia, contra Europa. Y en eso estarán sus funciones *esencialmente europeas*»[17].

Los planteamientos que se defienden aquí son los de Curzio Malaparte[18], pero el escrito está saturado de referencias a Unamuno, en quien quiere ver, como observábamos más arriba, un claro precursor del italiano[19]. Las referencias no son en cualquier caso vanas ni, mucho menos, accidentales. Si se puede traer a colación al Unamuno del «no europeizar España (sino) Españolizar Europa», se puede hacer lo propio cuando se quiere reivindicar la existencia de un fascismo español con un anticipo de cinco siglos:

«Nudo y haz; Fascio, haz. O sea nuestro siglo XV, el emblema de nuestros católicos y españoles reyes, la reunión de todos nuestros *haces* hispánicos, sin mezclas de Austrias ni Borbones, de Alemanias, Inglaterras, ni Francias; con Cortes, pero sin parlamentarismos; con libertades, pero sin liberalismos; con santas hermandades, pero sin somatenismos. Nodo, culmen, haz. Ya vio este fascismo Unamuno: "aquel culmen del proceso histórico de España, aquel nodo en que convergieron los *haces* (subrayado de Giménez Caballero) del pasado para divergir de allí"».

De lo que se trataba era de anclar este primer manifiesto del nacionalismo fascista español en el pensamiento de Unamuno y, con

---

[16] Sobre Malaparte véase especialmente Emilio GENTILE (1975), pp. 277-291.

[17] «Carta a un compañero».

[18] En realidad, la «Carta» constituye el prólogo a una traducción de escritos de Malaparte, a la que Giménez Caballero dio el muy unamuniano título de *En torno al casticismo de Italia* (Madrid, Rafael Caro Raggio, 1929, pp. X-XI).

[19] «El mérito de Malaparte en Italia ha consistido en señalar, sin vacilaciones, una vía de conducta que en España ya había señalado Unamuno, con vacilación». *Ibid.*

él, en la intrahistoria y la auténtica tradición española[20]. De modo que se podría defender a Loyola —«el castizo pariente de Unamuno»— y a los comuneros —«nuestros primeros fascistas»— y al mismo tiempo presentar como unamuniana la síntesis fascista que el propio Giménez Caballero estaba construyendo entre lo castizo y lo cosmopolita. Hasta el regionalismo y los separatismos hispanos podrían ser tratados sin aspavientos a la luz de los planteamientos de Unamuno e incluso de Ortega. Pues si el primero había presentado al regionalismo y el cosmopolitismo como «dos aspectos de una misma idea» o definido a los regionalismos como síntomas de un proceso de españolización, algo similar habría hecho el segundo: «Desde luego tiene razón Ortega y Gasset, al soñar que son precisas todas las divergencias previas, todos los regionalismos preliminares, todos los separatismos —sin asustarnos de esta palabra—, para poder tener un verdadero día el *nodo* central, un motivo de hacinamiento, de fascismo hispánico».

Naturalmente, lo que estaba haciendo Giménez Caballero era desarrollar el pensamiento de Unamuno, y también de Ortega, en una dirección que éstos no podían asumir. Porque ni Ortega había pensado en un «fascismo hispánico», ni Unamuno habría visto con satisfacción la identificación de su *casticismo* con Roma y la de su cosmopolitismo con la Rusia bolchevique para ver convertida la síntesis de ambos en los viejos comuneros y los nuevos fascistas. Ninguno de los dos habría asumido, probablemente, la perspectiva imperialista que de forma ambigua respecto de Hispanoamérica y bastante menos respecto de África adquiría el escrito de Giménez Caballero. Pero no puede ignorarse que la construcción no carecía en absoluto

---

[20] Por supuesto, el Giménez Caballero que había puesto camisa negra a Maeztu y elevado a la categoría de poeta fascista a Gerardo Diego, no podía privarse de catalogar como fascista al pensamiento del propio Unamuno: «Me he encontrado con Vd. en Roma. Me he vuelto a encontrar en Berlín. Le espera a usted la sorpresa —¿Sorpresa?— de una vuelta hacia Vd. de quien quiera seguirme. Tenía Vd. razón. Hablo de su esencia antimoderna. De su fascismo». Carta de Giménez Caballero a Unamuno (Berlín, 5 de junio de 1928), citada en Enrique SELVA (1999), p. 119. Para lo relativo a Maeztu y Gerardo Diego, «Conversación con un camisa negra» y «Visitas literarias. Gerardo Diego, poeta fascista», respectivamente, *La Gaceta Literaria*, núm. 4, 15 de febrero 1927, y *El Sol*, 26 de julio de 1927. Ambos textos, así como la «Conversación con Marinetti» y la «Carta a un compañero de la joven España», pueden verse en la recopilación publicada en *Anthropos. Suplementos, 7. Antologías temáticas. E. Giménez Caballero. Prosista del 27 (Antología). Selección de textos de Enrique Selva Roca de Togores.*

de lógica, especialmente desde la perspectiva de fundamentar el nuevo nacionalismo fascista en las tradiciones del neonacionalismo español surgido en torno al 98.

Sobre todo, Giménez Caballero ponía sobre el tapete algunas de las características fundamentales que definirían al nacionalismo fascista en España. Desde el peculiar europeísmo de la antieuropa «nórdica», hasta la «nacionalización» de la Contrarreforma como lo más profundamente acorde con las características genuinas del pueblo español; desde el esencialismo castellanista de fondo al reconocimiento de la pluralidad española y de aquí a la reivindicación de la proyección imperial como ideal de superación de los «regionalismos preliminares»[21]; desde la apuesta por un proyecto de futuro, a una peculiar defensa y utilización de la tradición católica. Como escribiría el propio Giménez Caballero en su *Circuito Imperial*: «... son sorprendentes las relaciones del fascismo con el clero, la religión, las costumbres y el pasado. Las aprovecha en lo que tienen de fuerza motriz. Como saltos de agua. No como estanques. De ahí que muy pocos fascistas sean católicos de corazón, ni morales, ni pacatos»[22].

No acabarían aquí las contribuciones de Giménez Caballero a la construcción del imaginario del nacionalismo fascista español. Tres años después de la aparición de la «Carta», en 1932, se produciría la más importante de todas ellas, *Genio de España*[23]. Muchas cosas habían cambiado por entonces, y no eran las menores, desde luego, la proclamación de la Segunda República, el pasaje de Giménez Caballero por la primera organización del fascismo radical, *La conquista del Estado,* o la polémica sobre el Estatuto catalán[24]. También algunas de las posiciones del autor habían cambiado, como se verá enseguida, pero esta circunstancia no serviría ni para negar el carácter igualmente seminal de la nueva publicación en todo lo relativo al nacionalismo fascista español, ni para obviar tampoco la necesidad de definirlo, ciertamente de un modo algo distinto al anterior, en su relación crítica

---

[21] Aparece aquí, por ejemplo, por primera vez, la idea de que la España de 1930 estaría con sus regionalismos y separatismos, desmembramientos e inquietudes, en una situación similar a la del siglo XV, es decir, justo en las vísperas de la gran resurrección o renacimiento con proyección imperial.

[22] Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1929), p. 42.

[23] Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1939).

[24] Para la evolución de Giménez Caballero respecto de todo ello, Enrique SELVA (1999). También Enric UCELAY DE CAL (1991).

con los grandes «precursores», Unamuno y Ortega. Hasta el punto de que a hacer las cuentas con ambos se dedicaban las dos primeras partes del libro.

En la primera, la referencia no podía ser más clara: «Los nietos del 98. (Notas a Unamuno)». Y, sin embargo, no hay mucho Unamuno, ni crítica a él, en esta primera parte en la que Ernesto Giménez Caballero traza la historia de la decadencia española a través de los trece noventayochos que irían del primero, de 1648, al último, el de abril de 1931. Lo que hay es más bien una rectificación decisiva en la medida en que el *genio* español no radicaría ya en el, ahora, *estrecho nacionalismo* de los comuneros, sino en la unidad entre la Cruz y la Espada, en la supeditación de lo nacional a lo cesáreo y de lo cesáreo a lo espiritual y ecuménico; en la existencia, en suma, de un César al servicio de Dios»[25]. ¿Qué quedaba entonces del 98 y de Unamuno? En lo fundamental, la aceptación generacional de la condición de «nieto del 98» y de lo que éste habría tenido de grito, rebeldía y disconformidad, así como de manifestación, por ello mismo, de la verdadera intra-historia española: «Pero es que este grito mío, de nieto del 98, vuelve una vez más a coincidir con el ansia secreta inédita e intrahistórica del país»[26].

Bien distinta era la segunda parte, la dedicada a Ortega bajo el expresivo título de «Los huevos de la urraca (Notas a Ortega)». Se trataba ciertamente de una crítica feroz y despiadada, aunque a veces también lúcida y brillante, de *España invertebrada*. Un libro que habría constituido anteriormente para Giménez Caballero «como un devocionario de ideas, como una intangibilidad de puntos de vista, como una especie de dogma espiritual, por mí acatado y reverenciado humildemente»[27], y contra el que ahora arremetía para subrayar sus incoherencias y contradicciones. En esta doble perspectiva de reconocimiento y descalificación radica precisamente el interés de *Genio de España*, en el hecho, esto es, de configurarse como una guía para la lectura, en falangista, de la obra de Ortega, de modo que podría decirse que ambos libros conjuntamente considerados iban a constituir dos de los grandes referentes del nuevo nacionalismo fascista español. Para Giménez Caballero, en efecto, el libro de su antiguo

---

[25] Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1939), p. 31.
[26] Íd., p. 43.
[27] Íd., p. 50.

maestro era un libro tímido, incluso cobarde, dictado por el «terror a las últimas consecuencias», dentro del que descubría dos zonas, una oscura y otra perspicaz. En la primera, Ortega no habría hecho sino acumular una serie de incoherencias. Sería aquella en la que el filósofo madrileño negaba y afirmaba, tan radicalmente en uno como en otro supuesto, la existencia de la decadencia española; la que construía toda la historia de España sobre el supuesto de la ausencia del factor «rubio», germánico, bárbaro y feudal, sin explicar por qué pese a tan decisiva carencia España había construido el más temprano y duradero de los imperios modernos; la que negaba a Roma y Castilla las necesarias dotes intelectuales, para reconocer al mismo tiempo que eran ellas las que habían generado las más amplias estructuras nacionales; la que cuestionaba la existencia histórica de minorías rectoras en España al tiempo que reconocía la existencia de un perfecto orden jerárquico en la Castilla que habría forjado a España.

Más interesantes serían las observaciones a la «zona perspicaz», aquella en la que Ortega habría sido capaz de captar la decisiva y perdurable contribución de Roma a la historia de la humanidad; en la que reconocería el valor fundamental de lo cesáreo; o aquella otra, determinante, en la que se habría detectado la crisis de la modernidad europea y las posibilidades que ésta abría a los pueblos «pequeños y bárbaros», esto es, a los que no eran Francia, Inglaterra o Alemania. Éste sería el gran logro de Ortega:

> «Ortega apercibió desde su miradero la nueva valoración del mundo europeo que se avecinaba; *militantismo* contra *pacifismo; jerarquía* contra *democracia*; *estado fuerte* contra *liberalismo*; *huestes ejemplares* (milicias imperiales) contra *ejércitos industrializados; amor al peligro* frente a *espíritu industrial*; *política internacional y ecuménica* frente a *nacionalismos de política interior*; *vuelta a primacías medievales* frente a *insistencia en valores individualísticos, humanistas*. Y sobre todo *capitanes máximos, responsables y cesáreos que asumiesen la tragedia heroica del Mandar* frente a *muñecos mediocres irresponsables y parlamentarios que eluden constantemente la noble tarea de gobernar mundos*» [28].

Ése era, desde luego, el Ortega reconducible a fascista, pero también el Ortega que se negaba a aceptar semejantes conclusiones. De ahí el gran reproche de su crítico utilizando la metáfora de la urraca,

---

[28] Íd., p. 72.

cara al propio Ortega, «que en un *lao* pega los gritos y en otro pone los huevos». Porque, en efecto, el pensador madrileño no haría sino poner «su devoción, su pánico religioso, en el *Templo de la Humanidad* que es el Parlamento, el Liberalismo y Ginebra. Pero los huevos, los gérmenes, a pesar suyo, tornan al otro *lao*»[29].

De lo que se trataba, lógicamente, para Giménez Caballero era de «dar el grito ahora donde están los huevos»; y a ello se aplicaba en el resto del libro destinado a demostrar que el auténtico genio de España se encerraba en el binomio «César y Dios». Partía para ello de una posición claramente barresiana:

> «El secreto de todo nacionalismo —como de todo resucitamiento— no está en lo que es sino en lo que ha sido; y por el hecho mismo de *haber sido* —esto es: *penado, sufrido, vivido, anhelado*—, quiere seguir siendo. La solución de una vida nacional está siempre en la muerte, en los muertos. Lo único vivo, eternamente vivo que posee una nación son los muertos... Los muertos de una nación no son los cadáveres, ni las tumbas, ni las efemérides muertas de una nación. Los muertos de una nación somos... los vivientes de esta nación, las *vivencias* de una nación. Pues los muertos de una nación viven en *todo* y en todos: cada uno de nosotros somos una *cadena de muertos* de un país, que nos han dejado al morir, lo más vivo que tenían y que siguen viviendo y actuando en nosotros»[30].

Lo que tenían y *entregaban* estos muertos era precisamente el alma, el *genio* de un país, el cual sólo podía ser descubierto por los hombres o movimientos que acertaran a conectar con él. No otra cosa habrían hecho el fascismo italiano —un fascismo cristiano—, y el nazismo —un fascismo pagano—, así como en otros planos Mustafa Kemal o Lenin. El mejor de todos ellos, Mussolini, no habría hecho sino luchar por «encontrarse en el genio de su tierra, de sus propias entrañas»[31]. ¿Cuál era, entonces, el *genio* de España, de la eterna e inmortal España? Para localizarlo partía Giménez Caballero de la existencia de tres grandes genios en el mundo. Los dos primeros eran antitéticos: el genio de Oriente —«Dios sobre el hombre»— en el que el todo se impondría sobre el hombre negando todo derecho individual; y el genio de Occidente —«El hombre sobre Dios»— caracterizado

---

[29] Íd., p. 75.
[30] Íd., p. 106.
[31] Íd., p. 128.

por la máxima independencia y libertad individual. En el primero tendríamos el maximalismo, el bolchevismo, el budismo o el islamismo; en el segundo, la libertad, la «humanicidad», la progresividad. Pero si el oriental conducía de por sí a la anulación del individuo, algo semejante pasaría con el occidental en el que el hombre, a fuerza de querer independizarse de todo, habría terminado por esclavizarse a sí mismo. Tal era, en última instancia la crisis de la modernidad. Una crisis en cuya descripción se perciben claramente algunos ecos de Ortega: «Todos los productos nacidos del individualismo absoluto se están disolviendo: liberalismo, democracia, parlamentarismo, constitucionalismo, formalismo jurídico, filosofía racionalista, capitalismo, industrialismo, socialismo. En suma, autoafirmación humanista, crisis de lo moderno»[32].

Sobre ambos genios, como síntesis superior, se hallaría el tercer genio, el genio de Roma y el genio de Cristo, el que afirmaría al hombre sin negar a Dios, el que había conseguido, con Roma y desde Roma, la confluencia espiritual y material de Oriente y Occidente: «Roma: César y Dios. Libertad y Autoridad. Jerarquía y Humildad. Independencia y Dependencia. Genio de Cristo»[33]. Como era de esperar, este tercer genio, el de Roma, era también el del fascismo. Lo que equivalía a decir que, ya en el plano de la más estricta contemporaneidad, el genio de Roma sería a la bandera fascista, lo que el oriental a la comunista y Moscú, y el occidental a la democracia y Ginebra. Por supuesto, y como no era menos previsible, el genio de Roma y del fascismo sería también el auténtico genio de España.

Lo que pretendía Giménez Caballero con su teoría de los tres genios no era otra cosa que proyectar hacia el conjunto de la historia de la humanidad la síntesis fascista entre izquierdas y derechas, entre capitalismo y comunismo, entre despotismo y libertad. Pero, al hacerlo, estaba intentando también localizar aquel genio creador de naciones, aquel *quid divinum* del que había hablado Ortega, o la esencia de la propia intrahistoria unamuniana. Lo que implicaba también dar una respuesta al problema de la decadencia española y sus causas. De este modo, lo que para Ortega había radicado en la contraposición entre lo nativo y lo ario y para el primer Unamuno en los elementos disociativos implícitos en el casticismo castellano, podría ser integrado

---

[32] Íd., p. 177.
[33] Íd., p. 179.

y explicado por Giménez Caballero como un casi eternamente recomenzado proceso de confrontación y síntesis entre los genios de Oriente y Occidente en el suelo español. En el centro de todo estaría el gran vértice del siglo XVI como culminación de un período ascensional y de síntesis y momento anterior al de una vertiente descensional caracterizada por la nueva disociación y enfrentamiento entre los dos genios antitéticos. Con todo esto, lo que se ofrecía era una primera construcción fascista de la historia de España.

En efecto, confrontaciones y síntesis entre los dos genios se habrían dado ya desde el Paleolítico, con el capsiense y el magdaleniense; con iberos y celtas y el subsiguiente primer ensamblaje celtíbero; con griegos y fenicios; con Roma y Cartago. Pero con la Roma vencedora encontraríamos ya la primera gran síntesis, el «crisma» de Oriente y Occidente, y la primera gran «potenciación entrañable del genio de España». De ahí la consideración de Roma como «madre perdurable de España»; y de ahí también la primera plenitud española, equiparable a la del siglo XVI: «*Césares*, *sabios* y *poetas* en la Roma *antigua*. *Capitanes*, *santos* y *poetas* con la Roma católica»[34]. Entre ambas Españas había estado la del Islam, la del genio oriental, y la ariana o germánica, la del genio occidental. Si la primera había dado un Maimónides o un Averroes con proyección universal, habría sido porque aquella España musulmana «no era sólo Islam ni Israel»; la principal aportación de la segunda, cristianizada y romanizada en España, habría estado en sus reyes, capaces de soñar la España unida e imperial. Aportación, pues, fundamentalmente dinástica, que, junto con el sentido de la organización y de la jerarquía —con lo que Giménez Caballero parecía compartir con Ortega más de lo que pretendía[35]—, encontraría su máxima expresión con el César Carlos V.

Entre tanto, se habría producido la primera unidad española —el primer fascismo— con los Reyes Católicos, con sus haces de flechas y un anticipo de cuatro siglos sobre Italia y Alemania. Con Carlos V y Felipe II se alcanzaría, como se ha dicho, el gran vértice de la

---

[34] Íd., p. 199.

[35] Porque de acentuar las diferencias con el maestro se trataba, aunque para ello tuviera que distorsionar la postura de éste hasta casi reducirla a un mero componente racista: «Y para utilizar así el fermento ario, rubio, ¡no necesitó fundirse con francos puros, con ostrogodos raceadores, en amplias ganaderías humanas! Le bastó —¡oh señor maestro Ortega y Gasset!— utilizar el ario feudal y egregio en esa máxima institución que se llama la *dinastía*». Íd., p. 228.

historia de España, precisamente porque habría sido entonces cuando España supo conciliar los dos genios para ser romana y católica, universal e imperial; más fiel, por tanto, que nunca a su genio, a sus orígenes genéticos. Después se habría iniciado la decadencia a consecuencia precisamente de la bifurcación y ruptura del genio de España. De modo que si ya con Cervantes, por ejemplo, se advirtieron los primeros signos de esa disociación, a partir del siglo XVIII con la división entre izquierdas y derechas aquélla se habría consumado como ruptura abierta[36].

Izquierdas y derechas, pues, como concreción fundamental de la ruptura del Genio de España. Las segundas, tendiendo a asumir la «genialidad hierática, oriental, oscurantista y despótica», con sus intolerables Inquisición y absolutismo, y apoyándose en una falsa Roma que más bien parecería una *Meca*; las primeras, tendiendo a asumir la «genialidad occidental, rebelde, romántica, revolucionaria, diabólica y suicida» y apoyándose en otra falsa Roma, la Roma anticristiana de la Ilustración[37]. «Bastardas» —hijas de dos madres— las izquierdas y «bastardas» las derechas, ninguna de ellas habría sido capaz de dar con el auténtico genio de España, que no sería otra cosa que la síntesis fascista entre los dos genios, entendida como *catolicidad*, en el sentido, precisamos, de *universalidad*, que no necesariamente de catolicismo[38]. Se trataría, en consecuencia, de proceder a una reconstrucción de la síntesis, de la «divisa genial de España:

---

[36] Para Giménez Caballero, Ortega, más que un hipócrita era un bastardo, en el sentido de «hijo de dos madres». Pero esa bastardía, entendida también como signos de «desasosiego, de turbación y de desgarramiento», como mezcla de grandeza e infamia, habría sido la nota distintiva de la literatura y la espiritualidad hispánicas de los tres último siglos, del Quijote a Ortega, pasando por todos «los 98 espirituales». Íd., pp. 79-81.

[37] Íd., p. 205. Nótese cómo por una extraña paradoja —para un fascista, claro es— el absolutismo español de los últimos siglos venía a situarse en el mismo plano *Oriental* que el bolchevismo o el Islam.

[38] La distinción, sin embargo, no es aquí muy clara: «que el fascismo para España no es fascismo, sino ca-to-li-ci-dad. Otra vez catolicismo». Íd., p. 225. Mucho más preciso se mostraría en *La Nueva Catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España* (1933) publicado poco después: «El Fascismo: una nueva Catolicidad sobre Europa, sobre el Mundo. Catolicidad que no Catolicismo (aun cuando en última instancia el Catolicismo se haya de nutrir necesariamente de esta nueva Catolicidad)... Catolicidad no implica Catolicismo. Significa, sencillamente: universalidad; algo general y necesario... El Catolicismo había ido perdiendo su Catolicidad en los últimos tres siglos. Desde el final de la Contrarreforma... De ser una doctrina creadora, emprendedora, interventora de la Historia, había ido quedando reducida a una doctrina innoble, a la defensiva, transigente e intervenida» (pp. 107-108).

César y Dios», que ya se había logrado en el siglo XVI y que ahora se anunciaba como una promesa de «optimismo, grandeza, reconstrucción y genialidad! Imperio» [39].

Estamos, en suma, ante una primera reconstrucción de la Historia de España que tenía el gran mérito de explicar en clave sencilla y proyectada hacia el pasado la gran síntesis fascista entre izquierda y derecha, capitalismo y comunismo, catolicismo y secularización, tradición y revolución. Y que proporcionaría al mismo tiempo las grandes referencias míticas del ultranacionalismo fascista español: la idea de una España eterna con un sustrato genético cuasi fascista, el papel constituyente de la Roma clásica, su culminación en el catolicismo imperial del siglo XVI y, en fin, el componente germánico. Paralelamente, las ideas de síntesis de culturas o genios y la de Imperio, adoptarían sus dos vertientes más decisivas. Por una parte, la perspectiva de la gran empresa exterior como instrumento imprescindible para la integración de los separatismos, los nacionalismos disgregadores internos. Por otra, la localización de los amigos y enemigos exteriores. Entre los segundos estaría, próxima y amenazante, casi dispuesta a despedazar España, la Europa democrática y capitalista, la de París, Londres y Ginebra. Entre los primeros, Italia y Alemania, pero con unas diferencias entre ellos que serían las que precisamente darían pie a una específica *misión* española:

> «Cruz románica y cruz esvástica, están destinadas a diverger tras esta inicial confluencia en que les une: su coyuntura antifrancesa y antirrusa, antiliberal y anticomunista. Están destinadas a la lucha —eterna lucha de Austria contra Italia, de Lutero contra el vicario de Cristo, de Emperador contra Papado, de bárbaros contra Roma— si otra vez en la historia no asume su papel providencial conciliador y sintético: España. La España del *César germánico* (Carlos V) al servicio *del Dios de Roma*» [40].

Más allá de todo esto, cuya trascendencia y papel seminal es indudable, *Genio de España* se situaba en un momento preciso de la evolución de Giménez Caballero. Su nacionalismo había perdido respecto del de la *Carta* algo del tradicionalismo popular, populista, de la línea unamuniana para ganarlo en dimensión católica y proyección imperial. El planteamiento no era todavía nacionalcatólico, como lo

---

[39] Íd., pp. 225 y 235.
[40] Íd., pp. 113-114.

reflejaba la casi exquisita equidistancia, por descalificación, de las izquierdas y derechas españolas, así como la condena de la Inquisición. La misma diferenciación entre *catolicidad* en tanto que universalidad sugería una clara diferenciación entre la Roma —católica— del pasado y la Roma —fascista— del presente; a favor, claro es, de esta última. Pero parece claro que la posibilidad de una deriva en tal dirección era mucho más patente, aunque sólo fuera porque a la relativa pérdida de terreno del tradicionalismo populista y *comunero* le había acompañado un mayor énfasis en los elementos dinásticos e institucionales. Dicho de otro modo, la distancia entre el fascismo español siglo XV y el fascismo español siglo XVI por el que abogaría el nacionalcatólico de Acción Española, José Pemartín, se acortaba [41]. El propio Giménez Caballero se iría acercando paulatinamente a estas posiciones. En el camino, *Genio de España* ayudaría a la conformación del nacionalismo fascista de un personaje que venía de posiciones mucho más conservadoras, José Antonio Primo de Rivera [42]. Un enfoque mucho más radical iba a ser formulado entre tanto por un joven fascista que había dado sus primeros pasos como tal en compañía, precisamente, de Giménez Caballero: Ramiro Ledesma Ramos.

Ramiro Ledesma Ramos o el ultranacionalismo revolucionario

Joven intelectual, colaborador de *Revista de Occidente* y de *La Gaceta Literaria*, lector de la obra de Fichte, Hegel y Sorel, buen conocedor de la de Heidegger, profundamente nietzscheano, discípulo de Ortega, a quien identificaba como «maestro», con una devoción casi sin límites hacia Unamuno, acompañante y seguidor de Giménez Caballero, quien le guió en sus primeros pasos hacia el

---

[41] José Pemartín (1937).

[42] «Yo conocí —escribe Giménez Caballero— a ese José Antonio en 1932, cuando acababa de publicar mi *Genio de España*. Le conocí vestido de smoking, en el hotel Ritz, y en un banquete a Pemán. Se dirigió a mí, me abrazó y me comunicó que estaba repartiendo muchos ejemplares de mi libro, comprados por él». Ernesto Giménez Caballero (1979), p. 74.

fascismo, Ramiro Ledesma Ramos fue el constructor de la versión más radical del ultranacionalismo fascista en España [43].

Como el primer Giménez Caballero, al que luego no seguiría en su involución conservadora, el joven Ledesma mostró desde sus primeros pasos en dirección al fascismo algunas de las notas que caracterizarían para siempre su propia concepción del mismo: el vitalismo irracionalista, la concepción imperial del nacionalismo español, la voluntad de superación de izquierdas y derechas, el culto de lo nuevo —lo fascista— sobre otras ideologías que, como el liberalismo y el tradicionalismo, consideraba viejas y caducas. Ya antes de lanzarse a la actividad militante había titulado uno de sus escritos filosóficos, como haría con la recopilación posterior de algunos de ellos, *La filosofía, disciplina imperial*; y lamentado que España fuese el único país europeo que no había proyectado «sobre el mundo una dictadura intelectual» [44]. En enero de 1930, en una de sus primeras manifestaciones en sentido profascista, por bien que rechazase su condición de tal, reivindicó el magisterio de Ortega y subrayó lo que su «idea nacional» tenía de ruptura con las viejas ideologías:

> «En todo caso nuestra actitud no consiste sino en el lanzamiento de una idea nacional, a la que hemos de adherirnos con todo tesón... Resulta grotesco... que por el solo hecho de poner ante la enseña liberal, a la que consideramos envejecida y caduca, un signo de indiferencia y de desdén se nos crea en relación con ideologías reaccionarias, tradicionalismo carlista y demás carroña histórica. Nuestras reservas al liberalismo residen en nuestro afán de superarlo briosamente» [45].

Era el mismo tipo de supuestos que guiarían unos meses más tarde la crítica a la vanguardia literaria y sus eventuales derivaciones políticas. Unas derivaciones, había de entenderse, nefastas en cuanto no fueran las que en un sentido fascista estaban defendiendo él mismo y su amigo Giménez Caballero:

---

[43] Véase el «Estudio preliminar» de Santiago Montero Díaz a Ramiro LEDESMA (1983); volumen en el que se recoge (pp. 15-34) su artículo de 1930, «Notas sobre Heidegger ¿Qué es metafísica?»; Gonzalo SOBEJANO (1967), pp. 654-655. Lo de la devoción por Unamuno en, Emiliano AGUADO (1942), pp. 69-71. Véase también Ismael SAZ (1986) y Enrique SELVA (1999), pp. 127 y ss.

[44] R. LEDESMA, «Actualidad, Filosofía, Ciencia», *La Gaceta Literaria*, 1 de enero de 1929. Cit., en Enrique SELVA (1999), p. 158.

[45] Citado en íd., pp. 139-140.

«¿Y los escarceos políticos —finales— de la vanguardia? Bien poca cosa: Algún grupito quiso ser liberal y demócrata, esto es retarguadista, y se afilió a doctrinas políticas del más viejo ochocientos. Ni siquiera se han hecho socialistas. ¡Son liberales y revolucionarios de Ateneo! Otros, quizás más avisados, parece que no quieren mezclar la política con la literatura. Son los irresponsables y los puros. ¡Dios los bendiga! Otros, catolicísimos, y no se si monarquísimos, se dice también que ejercitan unos ademanes... Desde luego, decimos nosotros, a todos se les escapa el secreto de la España actual, afirmadora de sí misma, nacionalista y con "voluntad de poderío"» [46].

Así pues, tenemos desde un principio los trazos fundamentales de un fascismo radical, revolucionario, juvenil, imperial y proyectado hacia el futuro. También laico y secular. Lo que no quiere decir que fuera anticatólico o que, más aún, no reconociese al catolicismo funciones positivas, en el pasado como en el presente. Vale la pena detenerse algo en este punto porque, como se sabe y tendremos ocasión de comprobar hasta la saciedad, las relaciones entre fascismo y catolicismo constituirían uno de los ejes decisivos de la dinámica política española en los años venideros. Pues bien, el más radical y laico de los fascistas españoles incidía desde el principio en los elementos positivos del catolicismo. En el pasado, porque ésta había sido la religión de varias naciones «prepotentes» e «imperiales». En el presente, porque la nueva civilización técnica estaba más abierta a lo religioso que la científica propia de los siglos XVIII y XIX; porque el sentido de los nuevos tiempos sería católico, en el sentido de universal; y porque, en fin, poseedora de una gran «capacidad de convivencia» y de una «organización preciosa», no habría nada en la Iglesia católica que la hiciera necesariamente incompatible con las nuevas tendencias [47].

Era, en última instancia, un modo de «hacer las cuentas» que ningún fascismo podía obviar con la religión en general y con la católica en particular. Primero, porque, se quisiera o no, la crítica de la modernidad —ilustrada, científica, positivista y liberal—, por muy *vanguardista* que fuera, abría puntos de encuentro con otra crítica a la modernidad, la del catolicismo reaccionario. Segundo, porque en algunos países, y en España más que en ningún otro, su vértice

---

[46] Contestación a la encuesta sobre «la vanguardia», *La Gaceta Literaria*, 1 de julio de 1930.

[47] «El concepto católico de la vida», *La Gaceta Literaria,* 15 de septiembre de 1930.

histórico, imperial, había coincidido con el ecumenismo católico. Y, tercero, porque siendo una religión política el mismo fascismo, esa nueva *religión* tenía muchos motivos de inspiración —como bien supo ver G. L. Mosse[48]— en la Iglesia católica: en su organización, en sus símbolos, en sus rituales. Algo de esto, y nada de nacionalcatolicismo, había en el escrito de Ledesma si se tiene en cuenta esa alusión suya a la «preciosa organización», se retiene que negaba allí mismo toda virtualidad a una filosofía católica, y se considera que el objetivo fundamental del texto era poner de relieve el carácter revolucionario de la incorporación de las masas a la lucha política, como pondrían de manifiesto los ejemplos de Italia y Rusia, «los dos únicos pueblos que hoy *viven* una auténtica política y un auténtico destino».

En cierto modo, el ultranacionalismo imperial de Ledesma, tal y como se manifestó en sus sucesivas empresas políticas, no constituyó sino un desarrollo de estos supuestos iniciales. Así, en el Manifiesto Político de *La Conquista del Estado* de febrero de 1931 se plantearía la idea de una España que habría vivido los últimos siglos en «perpetua fuga de sí misma», desleal a sus propios valores y desconectada de sus «destinos universales»; la reivindicación de una cultura española con «afanes imperiales»; la idea del sentido social y nacional como algo propio del pueblo español, «ecuménico, católico»; así como, en fin, la de su misión imperial: «¡El mundo necesita de nosotros, y nosotros debemos estar en nuestro puesto!»[49]. En la misma portada de la revista *La Conquista del Estado* aparecería la afirmación: «Frente a los liberales somos actuales. Frente a los intelectuales somos imperiales ¡Arriba los valores hispanos!». Supuesto imperial que se mantendría en la nueva etapa, la de las JONS, con el lema central de las mismas: «No parar hasta conquistar». Y también, por supuesto, en la etapa de FE de las JONS[50]. Todo esto viene a poner de mani-

---

[48] George Mosse (1975).

[49] En Ramiro Ledesma, (1942), pp. 32-33.

[50] De esta última en concreto es una de las más claras exposiciones de Ledesma acerca de la relación entre presente y pasado, entre Imperio, tradición y revolución: «La tradición española es totalitaria, aunque no pongamos demasiado empeño en demostrarlo; en primer lugar, porque las tareas políticas de carácter revolucionario responden sólo a reacciones de la época misma en que se producen, y en segundo, porque, como ya creo haber escrito otras veces, la verdadera tradición no tiene necesidad de ser buscada. Está vigente en nosotros y basta que nos sintamos ligados a ella de un modo profundo.

fiesto claramente que el ultranacionalismo de Ledesma se movía en unos planos absolutamente genuinos en su sentido fascista: revolución, totalitarismo e Imperio no eran sino aspectos de una misma ideología total e indivisible. El Imperio en particular se presentaba como un objetivo en sí mismo y no como un expediente defensivo dictado por preocupaciones de política interior.

Paréntesis imperial con Cataluña al fondo

Sin embargo, la idea de Imperio se configuraría también como la gran respuesta fascista al gran problema de España y a la definición de esa misma nación española cuya intrínseca pluralidad hemos visto reconocida por Menéndez y Pelayo, Unamuno y Ortega. El primero había localizado en el catolicismo el cemento unificador; el segundo, en una intrahistoria castellana o castellanizada, y el tercero, en un castellanismo más o menos explícito proyectado hacia las grandes «empresas incitadoras» de naturaleza fundamentalmente exterior. Más adelante, en *La redención de las provincias*, Ortega concebirá la idea de una articulación autonómica, basada en las «grandes comarcas» o regiones, que tendría, sin embargo, más que ver con el problema de la regeneración de la vida política española que con una respuesta positiva a las demandas de los nacionalismos alternativos [51]. Los fascistas españoles, empezando por Giménez Caballero y siguiendo con Ledesma, tuvieron que afrontar ese mismo problema y terminarían por resolverlo, como se verá, coronando la vocación exterior de Ortega con el Imperio.

Había totalitarismo y unidad del Estado que agotaba de modo magnífico la expresión nacional en los momentos imperiales del siglo XVI. El Imperio representó para la España anterior al César Carlos una verdadera y profunda revolución, canalizada y preparada, es cierto, por los Reyes Católicos, que habían hecho de España una Nación, la primera Nación de la Historia moderna. Pues bien, lo falsamente que ha sido hasta aquí recogida la tradición española hace que no gravite sobre el pueblo con suficiente vigor esa característica imperial y totalitaria. Pues el único partido o grupo oficialmente llamado tradicionalista ha estado siempre fuera de ese aspecto imperial de España, es de origen francés y decimonónico, y hasta diría que le informa tal ranciedad en sus bases teóricas que hay que agradecer y alegrarse de que viva desplazado de la victoria». «Examen de nuestra ruta», *JONS*, 10 de mayo de 1934. Puede verse en Ramiro Ledesma (1985), pp. 201-206.

[51] José Ortega y Gasset (1931) y Andrés de Blas Guerrero (1991b).

Conviene precisar, sin embargo, que el camino que condujo a dicho corolario fue todo menos lineal y predeterminado; que, más aún, estuvo caracterizado por una extraordinaria y sorprendente variedad de matices. No sería el menor de ellos, desde luego, el extraordinario protagonismo del introductor del fascismo en España, Giménez Caballero, en lo que bien podía considerarse como un gran acto de desagravio de los intelectuales españoles a las ofensas de la dictadura a la cultura catalana [52]. Me refiero al viaje de unos cincuenta intelectuales españoles a Barcelona en marzo de 1930, organizado por aquél, junto con Joan Estelrich, en el que participaron, entre otros, Ortega, Menéndez Pidal, Azaña, Araquistáin, Ramiro Ledesma y Pedro Sáinz Rodríguez. Un acto que tendría una amplia repercusión y que vendría a representar una de las más firmes constantes de la política española del siglo XX: la tendencia de la intelectualidad y de la oposición política españolas a abrirse a las reivindicaciones autonómicas en los procesos de transición a la democracia, seguidas por un cierre más o menos rápido o parcial a esas mismas reivindicaciones de sectores significativos de aquellas elites. El propio Azaña, por ejemplo, no tuvo inconveniente alguno en abogar en dicho viaje por una solución federal y la «unión libre de iguales con el mismo rango» de Cataluña y España, para olvidar todo posicionamiento federalista una vez instaurada la República [53].

Es en ese contexto reivindicativo y de conciliación en el que cabe entender —además del Pacto de San Sebastián, por supuesto— las primeras posiciones respecto del problema catalán de los fascistas españoles. El mismo protagonismo de Giménez Caballero o la presencia entre los viajeros de Ramiro Ledesma es ya indicativo de ello. En el caso del primero, además, encontramos la más radical de las posibles respuestas desde una perspectiva fascista al problema: un imperialismo confederal, catalano-castellano. No es fácil sintetizar en unas líneas el cúmulo de influencias que podían subyacer en esta propuesta. Ya vimos en su momento las referencias de Giménez a Unamuno y Ortega, así como su evocación de una Barcelona que

---

[52] Como precedentes de este acto hay que citar el «Manifiesto en defensa de la lengua catalana» de intelectuales castellanos, en 1924, encabezado por Sáinz Rodríguez, entre cuyos firmantes no aparecía Giménez Caballero. En 1927, en cambio, fue el propio Giménez el organizador de una exposición, de gran éxito, del Libro Catalán en la Biblioteca Nacional de Madrid. E. SELVA (1999), pp. 151-152, y Enric UCELAY DA CAL (1991).

[53] E. SELVA (1999), pp. 152-153.

pudiera cumplir en España el papel del Milán industrial, moderno y fascista[54]. Tampoco tendría demasiados problemas nuestro hombre para traer en su apoyo al Menéndez y Pelayo que había entrevisto la posibilidad de una Cataluña destinada a ser «la cabeza y corazón de la España regenerada»[55]. Por otra parte, no era despreciable en este punto la influencia de Eugeni d'Ors o la perspectiva de enlazar con el imperialismo de Prat de la Riba; ni faltaban algunos intelectuales catalanes dispuestos a asumir posiciones de este tenor[56].

Fuere como fuere, la apuesta por esta especie de imperialismo *confederal* y fascista del intelectual madrileño hubo de ceder pronto al mínimo contacto con la realidad. Ni el catalanismo hegemónico, el del *Esquerra Republicana,* era muy partidario de evocaciones imperialistas, ni lo que podía haber de genuino fascismo en algunos sectores del nacionalismo catalán, como el de los *Escamots* estaba especialmente interesado en involucrarse en ningún tipo de operación española por fascista que fuera[57]. De modo que el profeta del fascismo en España terminaría por solucionar el dilema que había enunciado en 1930 de «abrazo o fusil» respecto de Cataluña, del lado del fusil, por olvidarse de sus ensoñaciones acerca de un Macià a la vez *Mahatma* y *Duce* o, bien, unos años más tarde como vencedor ya en la guerra civil, por pronunciar el célebre comentario referido a Cataluña de «la maté porque era mía»[58]. Debe retenerse, en cualquier caso, que este repliegue anticatalanista no cerraría definitivamente el problema. Todavía en 1932, en el mismo *Genio de España* en que había presentado el Pacto de San Sebastián como el último 98 de España y definido el Estatuto de Cataluña como el «principio de un vasto plan» francés, encontró el modo de abogar por una Cataluña «libre, autónoma y aventurera». Aunque lo hiciera para atacar el democratismo unitario de sus viejos maestros, Unamuno y Ortega,

---

[54] La idea de una Cataluña fascista como eventual punto de partida para una fascistización de España, sería acogida —merced en gran parte al propio Giménez— por diversas publicaciones italianas e, incluso, por el propio embajador Raffaele Guariglia. Véase, al respecto, Ismael SAZ (1986 y 1996b).

[55] Cfr. Enric UCELAY DE CAL (1991), p. 48.

[56] Íd., pp. 53 y ss.

[57] Íd., p. 44.

[58] Enrique SELVA (1999), pp. 178-180. Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1939), p. 227. Se trata de una nota de 1939 a la edición de ese mismo año en la que se evoca la conquista de Cataluña.

y reprochar de nuevo a este último que sus grandes empresas incitadoras hubieran quedado en nada [59].

Por supuesto, había ya mucho de oportunismo en estas últimas posiciones de Giménez Caballero, pero no puede olvidarse que algo había también de confusión en torno a un problema nacional y nacionalitario español que se sabía no resuelto. Buen ejemplo de ello sería la posición al respecto de otro fascista, Onésimo Redondo, quien desde posiciones absolutamente castellanistas, llegaría a asumir la eventualidad de una «autonomía administrativa y aún política tan extensa como convenga a la Región, sin perjudicar a la Nación». El referente aquí no era desde luego Ortega, sino, probablemente, Menéndez y Pelayo. Así lo sugieren al menos las reflexiones anticentralistas a los agravios padecidos por Cataluña:

«Salvado el dogma de la integridad hispana, aceptamos que Cataluña tiene derechos históricos a una singular autonomía. Reconocemos el hecho diferencial. A partir de la Casa de Austria, y sobre todo desde la Casa de Borbón, hasta hoy, Cataluña ha experimentado, es cierto, negaciones y cercenamientos que muy bien pudieran no haberse consumado, sin que por eso España perdiese su unidad fundamental. Desde el momento que en Cataluña existe una voluntad reivindicadora de aquellos fueros y libertades negadas, no hay por qué empeñarse en defender como sagrado y eterno lo que fue política centralizadora absolutista, dictada más por la victoria de una dinastía sobre otra o por el temperamento de algunos validos que por exigencias de la grandeza nacional y de la común finalidad histórica» [60].

Que esto lo dijera uno de los más furibundos nacionalistas españoles no hace sino reflejar la contradicción insoluble en el que éstos

---

[59] «... nosotros somos partidarios —de siempre— de una Cataluña libre, autónoma, aventurera, mientras no podamos volverla a enrolar a una empresa universal. La actitud *demócrata* y *unitaria* de algunos republicanos españoles (Unamuno, Ortega, Sánchez Román) nos parece monstruosa. El catalán volverá a hablar español cuando este lenguaje torne a ser otra vez *cristiano*. "¡Háblame en Cristiano!", dicen aún los campesinos de Castilla frente a los extranjeros y dialectales. Esos campesinos, herederos populares de nuestra *Gesta Dei per hispanos*. Ortega parla mucho de un "nacionalismo de alta envergadura", de "una empresa incitante". Pero, ¿cuál esa envergadura? ¿Cuál esa magna empresa? No será desde luego, la empresa de *Crisol* (†) ni la de *Luz*, los dos periódicos de este nacionalismo sin médula nacional». Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1939), pp. 12, 151 y ss., y 226-227.

[60] «Síntesis del problema catalán», *Libertad*, 9 de mayo de 1932. También en Onésimo REDONDO (1955), pp. 121-124.

se movían. Fuera por la vía más próxima a Menéndez y Pelayo, fuera por la de Ortega y Unamuno, los grandes padres fundadores parecían haberles condenado a reconocer la pluralidad española al tiempo que a rechazar cualquier forma de nacionalismo alternativo al español. Problema éste que su propio ultranacionalismo había de llevar al paroxismo: «Reconocemos el "hecho diferencial"», decía Redondo tras haber puntualizado, «no queremos ni oír hablar de nacionalismo separatista»[61]. Sólo que de esta forma parecían apresados en el dilema de reconocer el derecho a unas autonomías en abstracto, con tal de que éstas no fuesen reclamadas por los únicos que las reivindicaban, los presuntos separatistas. Por supuesto, el dilema tenía una fácil solución práctica: la más brutal negación de cualquier derecho por remoto que fuese a la autodeterminación —«Cataluña no es de Maciá, ni de la Esquerra, ni de los catalanes. Cataluña es de España», bramaba el mismo Redondo— y la más visceral oposición a cualquier alternativa estatutaria real.

Con todo, el problema seguía ahí y ningún ultranacionalista fascista podía obviarlo. Ni siquiera el más radical de todos ellos, el Ramiro Ledesma que había viajado primero a Barcelona con Giménez Caballero, pero que ya en abril de 1931, cuando éste andaba cortejando aún a los nacionalistas catalanes, estaba lanzando las más violentas campañas anticatalanistas para pedir poco después el fusilamiento de Maciá como traidor[62]. Pues bien, ese mismo Ledesma llegó a aceptar la concesión de autonomías administrativas y aun a asumir la perspectiva de una república federal. Aunque iba a hacerlo —y no había nada de paradójico en ello— desde el más furibundo de los anticatalanismos. Lo que haría Ledesma, en efecto, no era sino llevar al límite algunas de las posiciones de Ortega. Por una parte, del de *La redención de las provincias*, en el sentido de aceptar no ya una autonomía para las grandes comarcas o regiones, sino una estructura federal siempre y cuando «todas las comarcas autónomas pose(yeran) idéntico estatuto en sus relaciones con el Poder central». Y si Ledesma estaba dispuesto a llevar hasta su peculiar federalismo las posiciones autonómicas de Ortega, no lo estaba menos a la

---

[61] *Ibid.*.

[62] Campañas que, por cierto, le condujeron más de una vez a la cárcel. Roberto Lanzas [Ramiro LEDESMA (1935)]. Citamos por Ramiro LEDESMA (1988), pp. 59-60. José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), p. 86.

hora de marcar los límites. Articulación federal, venía a decir, sí, pero siempre en nombre de la «eficacia del nuevo Estado» y nunca en el de los «plañideros artificiosos de las regiones». Si por encima de esto, en función de románticos anhelos propios de épocas caducas, Cataluña pedía un régimen distinto al de las otras regiones, no sería cuestión ya de concederle privilegios, sino de administrar castigos implacables. Cuestión, en suma de alta traición y castigo, de «mano dura» [63].

Por otra parte, Ledesma llevaba también al extremo la idea orteguiana del «hacer algo juntos» y de la empresa exterior para formular la reivindicación rotunda, clara y plena de la perspectiva imperial. El imperio era al mismo tiempo la solución y la condición. La solución en tanto que modo de superar la «leve mirada regional», de poner a un pueblo en pie, de acostumbrarlo a grandes ambiciones y de convertirlo en el «más poderoso de Europa» [64]. Pero la condición también, porque la perspectiva imperial se erigía en requisito imprescindible para cualquier concesión, federal o autonómica que fuera: «Es, pues, sólo admisible y deseable un Estado federal en España, en tanto se acepte y admita por todos la necesidad de incrementar los propósitos de imperio» [65]. Podría decirse, pues, que Ledesma abogaba por una especie de república federal imperial allá donde Giménez Caballero lo había hecho por una suerte de imperio confederal. Como en el caso de este último, en cualquier caso, la perspectiva iberista e hispanoamericana parecía obligada. Más aún, e independientemente de las eventuales influencias, la perspectiva de Ledesma se insertaba en la mejor tradición del irredentismo fascista, hasta el punto de que era en este punto en el que la propia idea de revolución hispánica cobraba todo su significado. «Portugal y España, España y Portugal —decía— son un único y mismo pueblo» y algo similar podría decirse de los pueblos de la América hispana: «Nosotros somos ellos, y ellos serán siempre nosotros». Respecto de estos últimos, Ledesma no iba más allá de señalar que España estaría obligada a algo más que a la mera función de pueblo amigo. Respecto de Portugal la perspectiva era más precisa. Se trataría simplemente de ayu-

---

[63] Ramiro LEDESMA (1931), pp. 43-48.

[64] Íd., pp. 12-13.

[65] Íd., p. 50. Poco más adelante volvía sobre este requisito: «Otorgar y permitir autonomías regionales, sí, pero a cambio del reconocimiento por todos de que la España grande es nutriz de Imperio» (p. 53).

darle a liberarse de compromisos extraibéricos y poderes opresivos para fundirse con España en el Imperio [66].

Tendríamos, en suma, en los planteamientos de Ledesma la más radical y a su modo coherente manifestación de un ultranacionalismo fascista proyectado a la vez hacía el interior y hacia el exterior. Lejos de tratarse de un mero recurso defensivo frente al desafío de los nacionalismos periféricos, la perspectiva imperial quedaba trazada como un fin en sí, como la condición misma del resurgimiento español. Pero, al mismo tiempo, el reto de los *separatismos*, del catalán especialmente, aparecía como un condicionante y revulsivo para la propia «ruta imperial». *Condenados* a reconocer una indeterminada pluralidad española y defensores absolutos de un nacionalismo que no podía reconocer más nación que la española ni permitir más nacionalismo que el español, los fascistas españoles no parecían tener otra alternativa que extremar, también por ese motivo, la dimensión imperialista de su discurso ideológico. Ya se verá más adelante la original respuesta de José Antonio Primo de Rivera al problema. Por el momento basta con constatar que en el ultranacionalismo de Ledesma la unidad compacta en el interior y la proyección imperial hacia el exterior eran las dos caras del mismo nacionalismo, sin que se diera ninguna subordinación de lo segundo a lo primero. Ésta sería la peculiaridad y también el gran legado de Ledesma al falangismo radical de la posguerra. A aquel falangismo que creería haber superado por la fuerza de las armas el problema nacional interno y que precisaría de sólidos anclajes teóricos, o cuanto menos «referenciales», para fundamentar un horizonte imperial que adquiriría por entonces visos de posibilidad.

Pasado y futuro. La revolución nacional pendiente

No sería, con todo, el único gran legado de Ledesma a la posguerra. Casi cual Cid cabalgando después de muerto, un libro del dirigente jonsista publicado después de su salida de FE-JONS, el *Discurso a las juventudes de España,* se convertiría en la otra contribución decisiva al nacionalismo fascista español. Se trataba, en efecto, de un auténtico manifiesto nacionalista en el que no faltaba ninguno

---

[66] Íd., pp. 14 y 52.

de los elementos del ultranacionalismo fascista. Complementario hasta cierto punto del *Genio de España* de Giménez Caballero, tenía la ventaja sobre aquél, además de su más explícito radicalismo, de la claridad y coherencia con que eran expresadas las principales ideas-fuerza de dicho nacionalismo.

Por supuesto, la idea de fondo de Ledesma, apenas reiterada por obvia, era que la Patria constituía la «garantía de la existencia histórica de los españoles»; y que hacerla más «justa, grande y liberadora» constituía el objeto de sus reflexiones[67]. Más allá de esto, como en todo discurso nacionalista, el problema de la decadencia y la regeneración, de la muerte y la resurrección, constituiría el eje vertebrador del *Discurso.* Para Ledesma, en efecto, España llevaría «doscientos o más años ensayando la mejor forma de morir», y estaría llegando, tras «un larguísimo y secular proceso de descomposición», al borde del abismo[68]. Pero si no había en esta percepción nada de específicamente fascista, sí que lo había en algunos supuestos esenciales que la acompañaban. En primer lugar, en que la proximidad del punto más bajo de la caída, el abismo, podía suponer también el punto de partida para la más ambiciosa de las resurrecciones, la que culminaba en el Imperio. En segundo lugar, en la afirmación neta, contra todo pesimismo, de que no había nada en las características del pueblo español ni limitaciones o cadenas que le impidiesen afrontar y resolver esa tarea en el marco de una sola generación[69]. En tercer lugar, y fundamentalmente, porque todo ello situaba el problema en el terreno de la voluntad. El pasado, la tradición, podía servir como acicate para el presente, pero también para lo contrario, y en este último caso sería incluso mejor prescindir de ella:

«Mucho hay que andar hacia atrás en el camino de la historia para encontrar victorias plenas y pulsos firmes. Renunciamos a andar con exceso tal camino. Porque si para la actitud de despego hacia esa larga e inacabable zona histórica de la *liquidación* nos es suficiente barruntar o sospechar que

---

[67] Ramiro LEDESMA (1981), p. 20.

[68] Íd., pp. 28 y 53.

[69] «Hay y existen mil interpretaciones, mil explicaciones, acerca de los motivos por los que España camina por la Historia con cierta dificultad, con pena y sin gloria. Es hora de renunciar a todas ellas. Son falsas, peligrosas y no sirven en absoluto para nada. Bástenos saber que sobre España no pesa maldición alguna, y que los españoles no somos un pueblo incapacitado y mediocre». Íd., p. 28.

ha existido, también para la actitud admirativa y de orgullo por horas magníficas de nuestra propia raza nos basta sospechar asimismo que han tenido, en efecto, realidad formidable algún día.... No nos es lícito, pues, dirigir la mirada al pasado español con languidez alguna, a descansar en él y admirar la grandeza que en él haya y de que nosotros hoy carecemos. Si para eso sirviese el pasado glorioso de España, habría que renunciar a él y borrarlo sin vacilar del recuerdo de los españoles» [70].

Todo esto no quiere decir que Ledesma renunciase a hacer su propia valoración del pasado de España, de su lejana plenitud y larguísima decadencia. Menos historicista y menos seguidor del mito de la romanidad que Giménez Caballero, pero mucho más preciso que él, Ledesma explica la culminación española del siglo XVI como resultado de su temprana unidad nacional y su capacidad para recurrir «a los dos más poderosos resortes de la historia: la fe religiosa y el Imperio». Todo esto habría constituido una auténtica revolución protagonizada en gran parte por un rey venido de fuera, Carlos I, que habría sabido derrotar a una España con muchas «pequeñas razones de su parte», pero en última instancia particularista, estrecha y reaccionaria, cual sería la de los comuneros. Una confrontación en la que Ledesma vería ya el principio de los futuros enfrentamientos civiles, los que se darían en los siglos sucesivos entre las dos maneras radicalmente distintas de entender «el destino histórico de los españoles» [71].

Tan súbito y vertical como había sido el ascenso lo habría sido también el descenso. Una caída vertical, una decadencia, que se habría producido ya en el siglo XVII en las instituciones dirigentes, Monarquía e Iglesia, pero que no tardaría en alcanzar al pueblo. Más que de decadencia, sin embargo, cabría hablar de «ausencia o apartamiento» de la historia. Incluso, como Ortega, Ledesma hacía finta de rechazar el concepto mismo de decadencia. Pero, a diferencia de aquél, este rechazo no implicaba la aceptación de ninguna clase de carencia congénita de los españoles, sino, todo lo contrario, la localización de unos enemigos implacables de España: «España fue derrotada, vencida por imperios rivales. Esos imperios tienen un doble signo. Económico, comercial, material uno, el de Inglaterra.

---

[70] Íd., p. 29.
[71] Íd., pp. 31-32.

Moral, espiritual, cultural, el otro: el de la Reforma. ¿Pero se le ocurriría a alguien la actitud criminal de dar la razón a los vencedores?»[72].

No se trataba de esto, desde luego, pero Ledesma no dejaba de constatar, también, que por alguna razón a España se le había escapado por entonces el imperio complementario de la revolución económica, o que en su exclusiva vinculación a valores de tipo «extramaterial» o «incluso extrahistóricos», esto es, religiosos, podrían hallarse también algunas claves de su derrota. Desde este punto de vista, el poderío español y la Iglesia Católica se habrían rendido mutuos servicios. España habría utilizado la fe religiosa como uno de sus instrumentos más poderosos. Pero habría pagado también «en buena moneda». Con su espada y volcando su genio en Trento, España habría salvado al catolicismo. Pero en ese mismo proceso, España habría resultado al final vencida, para entrar después en un proceso de liquidación, de dilapidación de las pasadas riquezas y de aislamiento internacional en el que sólo el pueblo habría sabido seguir en su sitio y «fiel a su nacionalidad». La Guerra de la Independencia constituiría el mejor ejemplo de ello[73].

La decadencia española de los siglos XVII en adelante obedecería, en suma, tanto a factores externos —los aludidos imperios rivales y la acción continuada en el tiempo de Francia e Inglaterra[74]— como a otros de orden interno. Algo de esto sucedería también en el siglo XIX, aunque aquí el acento vendría puesto fundamentalmente en el frente interior para proyectar sobre este siglo, así como sobre el conjunto de la contemporaneidad española, la más rotunda idea de fracaso. El siglo XIX, en concreto, era visto como un drama, una pugna estéril, entre los defensores de una tradición que desconocía lo esencial de la misma —el Imperio— y los revolucionarios que querían liberarse de aquella tradición. Enfrentados ambos en unas luchas más religiosas que políticas, mirando unos al pasado, seudorrevolucionarios los otros; en actitud defensiva y de conservación, la España católica y tradicional; enredados en doctrinarismos abstrusos, bordeando la traición nacional e incapaces de ganarse a las masas populares, los revolucionarios. Ninguno había conseguido imponerse, lo que desde la posición pretendidamente equidistante de Ledesma equivalía a todo un juicio de la historia:

---

[72] Íd., p. 33.
[73] Íd., pp. 33-34.
[74] Íd., p. 77.

«Después del fracaso de ambos, esto es, después de que la España tradicional y católica no clavó de un modo triunfal su fanatismo en el palacio de Oriente, en forma de un ideal guerrero y misionero, de expansión y de fuerza, y después de que la España disconforme se declaró incapaz de enarbolar una bandera nacional, de tipo violento y jacobino, sobre el que asentar una sociedad nueva y unas instituciones nuevas, ambas tendencias merecían por igual que se las desarticulase y expulsase del reino de las posibilidades políticas» [75].

Incapaces, pues, de imponerse e insuficientemente nacionales, ambas fuerzas habrían terminado por imposibilitar que España se incorporase a las nuevas posibilidades que había ofrecido el siglo. Esto es, la «cultura técnica, la mecanización industrial y el nacionalismo vigoroso correspondiente a una burguesía numerosa y rica» [76]. La situación, además, no habría mejorado posteriormente. La Restauración habría estado presidida por unos políticos que carecerían de la más mínima fe en España y los españoles; la dictadura de Primo de Rivera, no sin algunos éxitos en su favor, habría muerto, agotada y deshecha, de vejez, de pura muerte natural. La República del 14 de abril, contra todas las expectativas suscitadas, habría venido a significar más el final de un proceso histórico que la inauguración de otro nuevo. No habría sabido ser ni revolución nacional ni revolución social, habría traicionado el espíritu juvenil que la precedió y habría venido a culminar, con los gobiernos radical-cedistas como símbolo, todo el proceso de la decadencia política. En suma, la historia de la contemporaneidad española era la historia de un fracaso de todo y de todos: «Resumimos así el panorama de los últimos cien años: Fracaso de la España tradicional, fracaso de la España subversiva (ambas en sus luchas del siglo XIX), fracaso de la Restauración (Monarquía constitucional), fracaso de la dictadura militar de Primo de Rivera, fracaso de la República» [77].

Pero ese fracaso, total y absoluto, que afectaba a todos los órdenes —al político, al de la revolución económica y aun al de la burguesía misma—, era, ante todo y sobre todo, un fracaso nacional. O si se prefiere, tal y como desarrollaría el mismo Ledesma en *¿Fascismo en España?*, suponía el fracaso o ausencia de la necesaria revolución

---

[75] Íd., pp. 36-37.
[76] Íd., p. 35.
[77] Íd., p. 47.

nacional decimonónica y una correlativa débil nacionalización de los españoles. Vale la pena detenerse en la argumentación del antiguo dirigente jonsista porque ésta constituiría uno de sus mayores legados al fascismo español, aunque no sólo a él. Para Ledesma, en efecto, uno de los mayores obstáculos que estaría encontrando el fascismo en España era el comúnmente aludido «débil patriotismo de los españoles», con la excepción tal vez del que podría encontrarse allá donde era obligado, en el ejército, o en la «entraña popular más profunda». España carecería, en consecuencia, de una «conciencia nacional al rojo vivo» sobre la que operar. Y ésta sería la diferencia fundamental respecto de los demás grandes países, en todos los cuales podría percibirse la «presencia y actuación de una fuerza y una doctrina de sentido nacional que da continuidad a una tarea: la de engrandecer y robustecer su propia patria». Ahora bien, esa diferencia, la ausencia en España de una doctrina nacional y de una política nacional, tendría una explicación «sencillísima», la ausencia de una revolución nacional moderna:

«Todos estos países han hecho su revolución nacional, es decir, han hecho un reajuste de instituciones y de nortes históricos, que les ha permitido avanzar en el camino de la riqueza, del poder y de la cultura. Junto a catástrofes y derrotas, han tenido también victorias, éxitos. Sólo lo conservador es fecundo cuando lo que hay que conservar son conquistas, victorias, una ruta ascensional, en fin. Y sólo entonces lo conservador puede estar al servicio de una doctrina nacional eficiente.

Pero España no ha hecho su revolución nacional moderna. Y desde siglos, su ruta es de declive. Sin nada, pues, que conservar, como no fuesen catástrofes, descensos. Se comprende que las capas conservadoras, las derechas, no hayan dado de sí una doctrina nacional operante y briosa. Para ello, hubiese sido necesaria la presencia en la Historia de España de un hecho triunfal, a partir del que se hubiesen ido sucediendo, aunque fuera con alternativas, los episodios victoriosos. Este hecho, la revolución nacional española, no existe. Las revoluciones nacionales clásicas, en Europa, se compendian en estos nombres: Cromwell, Bonaparte (flor granada de la Revolución francesa), Bismarck, Cavour. Estos dos últimos como unificadores. En nuestra época, es decir, en nuestros mismos días, las revoluciones nacionales se desarrollan también con éxito pasmoso. Véanse estos nombres que la representan: Mussolini, Kemal, Hitler y —¿por qué no?— Stalin»[78].

---

[78] Ramiro LEDESMA (1988), pp. 44-45.

Nos hallamos, como puede apreciarse, ante la más clara exposición del mito de la *revolución pendiente*. Un mito que descansa necesariamente en la idea del fracaso previo de una auténtica revolución nacional y nacionalizadora. En este sentido, podría decirse que este mito fascista es el equivalente al mito del fracaso de la revolución burguesa. Porque si dentro de este último enfoque la revolución burguesa habría de tener efectos determinantes en los planos político, social, económico y, también, en el plano nacional y nacionalizador, en el enfoque fascista la revolución nacional y nacionalizadora habría de tener también efectos trascendentales, aunque no se explique muy bien por qué, en los planos económico y social. Pero el mito fascista exige a su vez la idea del fracaso anterior. De ese fracaso o serie de fracasos que terminan por conducir al país a ese borde del abismo que es asimismo el momento del gran resurgimiento. Por supuesto, esto exigía forzar la argumentación en dos planos sustanciales. En primer lugar, en el de no conceder si no es con la boca pequeña el más mínimo logro al nacionalismo liberal —«Señalemos en el liberalismo español del siglo XIX un valor fecundo: su sentido de la unidad de España»[79]—, o simplemente, y más frecuentemente, en el de negarle incluso toda sustancia «nacional». Y, en segundo lugar, en el de la ignorancia de que el discurso del fracaso y de los déficits de nacionalización se había repetido también incansablemente, precisamente porque ése era el eje sobre el que se construía el nacionalismo fascista, en aquellos países que él citaba como ejemplares —en Italia o Alemania, por ejemplo—.

En cualquier caso, el mito del fracaso nacional previo y absoluto es la precondición básica, el requisito obligado, para la formulación de la gran alternativa: la revolución fascista, nacional y social. Una revolución que en el caso de Ledesma se formula en parte como respuesta a las amenazas a la unidad nacional, destruyendo aunque hubiera que utilizar la violencia todo afán separatista, pero que debería ir más allá, hasta generar una «fuerza moral profunda, un poder histórico que arrastre tras de sí el aliento optimista de la nación entera». La clave para todo ello, para generar una unificación verdadera, estaría en la creación de una «moral nacional» que —junto con la moral «social», de signo socializante— propiciase el surgimiento de un auténtico sentimiento nacional, base a su vez de la acción revo-

---

[79] Ramiro LEDESMA (1981), p. 37.

lucionaria a emprender y de la liberación de todos los españoles: «liberación del español partidista, aniquilando los partidos. Liberación de los catalanes y vascos, luchando contra lo que les impide ser y sentirse españoles plenos. Liberación de los trabajadores, atrayéndolos a la causa nacional, y aniquilando la injusticia» [80].

Moral nacional y moral social, pues, para una revolución nacional y social que superase las fracturas políticas, regionales y de clase. Y también las religiosas. No ignoraba, en efecto, Ledesma que España era un país mayoritariamente católico, que el catolicismo había jugado un papel determinante en la pasada grandeza española, y que, tal vez por eso mismo, el referente católico podía constituir el gran rival del fascismo español entre algunas de las capas o zonas conservadoras. Pues bien, en este punto el fundador de las JONS era claro y taxativo en lo que constituiría otro de sus grandes legados, por más que éste estuviese destinado a *torcerse* en el futuro y pudiera resultar, por ello mismo, en algún momento incómodo. En este sentido, Ledesma dejaba claro desde el principio que la moral católica se remitía al ámbito de lo humano y lo privado, mientras que la moral nacional era el elemento insustituible para la salvación de los españoles en tanto que tales:

> «¿La moral católica? No se trata de eso, camaradas, pues nos estamos refiriendo a una moral de conservación y de engrandecimiento de "lo español", y no simplemente de "lo humano". Nos importa más salvar a España que salvar al mundo. Nos importan más los españoles que los hombres. Y todo ello, porque tanto el mundo como los hombres son cosas a las que sólo podemos acercarnos en plan de salvadores si disponemos de una plenitud nacional, si hemos logrado previamente salvarnos como españoles».

Más aún, la confusión entre una y otra moral podía resultar perniciosa hasta el punto de que incluso podría detectarse en ella alguna de las claves de «nuestra ruina». Ser católico no equivalía necesariamente a ser patriota y la confusión entre las dos morales podría terminar por bloquear el auténtico patriotismo, el contacto directo y sin intermediarios entre lo español y lo patriótico y, en este marco, el mayor y mejor patriotismo, el patriotismo popular y de masas: «Ha habido en España un patriotismo religioso y un patriotismo monár-

---

[80] Íd., p. 62.

quico, no un patriotismo popular surgido de las masas y orientado hacia ellas»[81].

De lo que se trataba era justamente de eso, de conseguir la «nacionalización de las grandes masas populares». Y era precisamente en este punto, aunque fuera de forma más implícita que explícita, en el que Ledesma venía a contraponer, a la vez, religión y masas, pasado y presente. Porque si, hablando del siglo XVI, había localizado en la fe y el Imperio los dos grandes resortes de aquella grandeza, ahora, refiriéndose al siglo XX, eran las masas las que constituirían la base y palanca fundamental[82]. Entonces, en el pasado, la Iglesia había sido incluso testigo del «nacimiento mismo de España como ser histórico» y, en el vértice histórico de España, la unidad moral de los españoles había sido la unidad católica. Entonces, el pueblo habría sido unánimemente católico y por eso hubo de serlo también el patriotismo. Pero eso sería cosa definitivamente del pasado. Porque, aunque el catolicismo seguía siendo mayoritariamente la religión del pueblo —y por ello mismo todo atentado contra la Iglesia debía considerarse un atropello—, estaba lejos de existir la vieja unanimidad en torno a los valores católicos: «Algún día la unidad moral de España era casi la unidad católica de los españoles. Quien pretenda en serio que hoy puede también aspirarse a tal equivalencia demuestra que le nubla el juicio su propio y personal deseo»[83].

Lo que venía a contraponer en última instancia Ledesma era la religión política fascista, la religión de la Nación, a la religión individual, al catolicismo: «Fe y credo nacional, eficacia social para todo el pueblo, pedimos». Ninguna confusión podía ni debía darse entre esos planos, el de los españoles en tanto que tales y el de los hombres y las almas. Para la salvación de los primeros estaba la revolución nacional; la intromisión de un patriotismo católico podría significar incluso algo de adulteración, debilidad y carcoma. «El yugo y las saetas —concluía en este punto— como emblema de lucha, sustituye con ventaja a la cruz para presidir las jornadas de la revolución nacional». Es casi una ironía que un párrafo antes hubiese advertido sobre el riesgo de que la confusión de los dos planos pudiera conducir

---

[81] Íd., pp. 62-63.

[82] «Cada época tiene sus resortes y en cada época hay unas eficacias peculiares. Ignorarlas supone permanecer al margen del éxito. Pues bien, en esta época son las masas los instrumentos únicos de la grandeza nacional». Íd., p. 64.

[83] Íd., p. 95.

a una situación como las de las luchas estériles —recordemos, por religiosas— del siglo XIX[84].

No hay duda a la luz de lo visto de que los planteamientos de Ledesma de un nacionalismo plenamente secular y revolucionario eran a la vez absolutamente fascistas en el fondo y radicales en su enunciación. Por ello mismo, se corre el riesgo de situar el nacionalismo secular del zamorano en un plano de excepcionalidad respecto del de otros líderes fascistas, como Onésimo Redondo o José Antonio Primo de Rivera. Antes de aproximarnos a los planteamientos del segundo, conviene recordar que en los aspectos sustanciales arriba considerados Onésimo Redondo compartía con Ledesma mucho más de lo que generalmente se supone. Es verdad que a diferencia de su compañero de las primeras JONS, Redondo tenía incuestionables puntos de contacto con la derecha tradicional y reaccionaria o que se mostraba más propenso a incorporar a su genealogía nacionalista a Menéndez y Pelayo —como «padre del nacionalismo español revolucionario», lo definía—[85] que a los hombres del 98 u Ortega. Por otra parte, el populismo agrarista y castellanista de Redondo, con su odio a la capital, Madrid, a todas las grandes ciudades por extensión y a la periferia por definición, le aproximaba a algunos de los postulados del más rancio reaccionarismo. Sobre todo si lo que se contraponía a todo ello era la «Castilla pequeña» —Castilla y León— como la auténtica y depurada esencia de España[86].

Pero, precisamente por todo esto, cobra mayor relieve el hecho de que fuera precisamente Onésimo Redondo aquel de entre los dirigentes fascistas que enunciase de forma más sucinta y clara las razones

---

[84] Íd., p. 96.

[85] Onésimo REDONDO, «Rehabilitación del patriotismo», *Libertad*, 23 de enero de 1933. Ahora en Onésimo REDONDO (1955), pp. 309-314.

[86] «Castilla, sí, y no Madrid. Esto es de importancia esencial. Ni Madrid, que es el núcleo consumidor y deletéreo del cuerpo peninsular, ni la periferia, que en sí siempre es disociativa, protestante, inigualitaria. Por imperar Madrid en España hemos llegado a una nación madrileña en vez de castellana... ¿Por qué negar que España viene pagando las calaveradas de Madrid desde que empezó la Edad revolucionaria?... Y quien dice Madrid dice las ciudades absortas por y ante la metrópoli: las de las locas mayorías marxistas del 28 de junio; las de la alegría vergonzante del 14 de abril... Aparte de ese Madrid estricto o amplio, ¿qué queda? No hay fuera de él más que dos órdenes de núcleos activos, generadores autónomos de vida o capaces de producir la muerte: las zonas autarquistas, centrífugas del litoral y Castilla. Castilla, o sea la España castellana y rural, concentrada, depurada en lo que hemos llamado "la Castilla pequeña"». «Castilla en España», *JONS*, 2 (1933). Ahora en Onésimo REDONDO (1955), pp. 413-425.

por las que el nacionalismo revolucionario no podría ser ni confesional ni católico. ¿Cuáles eran estas razones? En primer lugar, el hecho de que el nacionalismo era totalitario, encaminado a dominar en la nación por completo, sin reconocerse en fracción alguna, aunque ésta fuera religiosa y mayoritaria. En segundo lugar, ese nacionalismo había de ser, también por definición, popular, y había que reconocer que el pueblo español no se identificaba mayoritariamente en absoluto con ninguna forma de catolicismo militante. En tercer lugar, las mismas masas obreras que había que disputarle al marxismo no serían en absoluto confesionales. Y, por último, el nacionalismo recurría a la lucha y la violencia contra los enemigos de España, y no sería posible, «ni conveniente», que esas violencias se ejercieran «con la religión como bandera». Todo lo cual no querría decir, por otra parte, que no se reconociera el papel de la catolicidad en la grandeza de España; que se dejase de denunciar el anticlericalismo, incluso como responsable, por sectario, de la generación del problema religioso en España; que se dejase de reconocer que catolicismo y nacionalismo tenían los mismos enemigos; o que, en fin, se desconociese que por su carácter espiritualista y su inspiración en virtudes cívicas el nacionalismo había de respetar necesariamente a la Iglesia Católica[87]. Pero parecía claro, no menos que en Ledesma, que el «nacionalismo revolucionario» no podía ser, por definición, ni confesional ni católico.

José Antonio Primo de Rivera o el ultranacionalismo antinacionalista

En la trayectoria político-ideológica de José Antonio de fascistizado a fascista —como bien supo ver Ramiro Ledesma—, está comprendida también la evolución de su propio nacionalismo. En sus primeras intervenciones políticas en 1930 y 1931, en el marco de la Unión Monárquica Nacional, se comporta como un auténtico contrarrevolucionario, defensor y continuador de la obra del régimen

---

[87] «La utilidad del nacionalismo», *Libertad,* 15 de febrero de 1932; «El nacionalismo no debe ser confesional», *Libertad,* 29 de febrero de 1932; «Por qué no es confesional el nacionalismo», *Libertad*, 7 de marzo de 1932. Todos ellos en Onésimo Redondo (1955), respectivamente, pp. 19-21, 35-38 y 43-46.

que encabezara su padre —que es lo que en última instancia era la propia UMN— cuyo nacionalismo se mueve dentro de unos parámetros tan próximos a los de un mundo conservador todavía escasamente fascistizado, como alejados del genuino nacionalismo fascista. Por supuesto, está ya presente la defensa de la «unidad nacional indestructible», la primacía de los valores nacionales sobre cualquier otro interés parcial o la idea del engrandecimiento de España [88]. Pero el marco es todavía el de las dos Españas, la revolucionaria y la contrarrevolucionaria, el de la defensa de la obra de la dictadura en términos de paz y orden, y, sobre todo, el de la descalificación de un nacionalismo crítico que identifica con los intelectuales:

«Hay dos Españas. La verdadera está próspera y sana después de seis años de buen gobierno... Pero tenemos, en cambio, una clase intelectual casi completamente inepta. Los intelectuales —la otra España— se sienten despegados del pueblo, que ni los entiende ni los quiere. Y piensan orgullosamente que su propio malestar, mezcla de soberbia y de fracaso, es el malestar de España. De ahí que imaginen siempre vivir instantes trágicos, y que los aprovechen para hablar, hablar, hablar con pertinencia desalentadora, enervante. Pero la tragedia no está más que en sus espíritus enfermizos» [89].

Mediaba un abismo entre este tipo de planteamientos y el nacionalismo no conformista contemporáneo de Giménez Caballero o Ramiro Ledesma, como lo había también respecto de sus posteriores intentos de aproximación a los intelectuales o de su futuro patriotismo crítico del «amamos a España porque no nos gusta». En el camino que va de una a otra posición, todo parece indicar que las influencias que recibió el futuro fundador de Falange fueron múltiples y de distinta procedencia. Así, por ejemplo, pareció entusiasmarse con la lectura de *Genio de España* en 1932; y, unos meses más tarde, dispuesto a abrazar ya sin ambages la causa del fascismo, participó activamente en el lanzamiento de la más que efímera publicación *El fascio*. No parece, sin embargo, que a estas alturas su nacionalismo hubiese experimentado cambios sustanciales, salvo en la totalización de la idea de Patria —esto es, en la concepción de ésta como un absoluto— y de la del propio Estado al servicio de la primera. El punto de partida,

---

[88] *Diario de Jerez*, 1 de julio de 1930. Cit. en Julio GIL PECHARROMÁN (1996), p. 108.
[89] Encuesta de *El Pueblo Manchego*, 24 de julio de 1930. Cit., en íd., pp. 103-104.

podríamos decir incluso la obsesión, era la idea de Unidad: «Todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: *Unidad*» [90].

Se trataba, sin embargo, de una idea de *unidad* hasta cierto punto abstracta, enunciada como un absoluto, pero carente todavía de todo desarrollo conceptual y, más específicamente, de la idea de *destino*. Fue en este aspecto seguramente ~~en~~ el que resultaría fundamental el primer contacto con los orteguianos del *Frente Español* que en marzo de 1932 habían lanzado —con el beneplácito del propio Ortega— un manifiesto en el que se hablaba entre otras cosas de la «renación española», de la existencia de una «misión propia» de España o de la «defensa de los valores universales del espíritu» [91]. Con algunos de estos orteguianos y la pequeña organización que ya seguía a José Antonio se constituiría posteriormente el *Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español* en cuya «Primera Proclama» aparece ya claramente formulada la idea de destino: «El fascismo español quiere la fuerza, la unidad, la popularidad, la autoridad de España para realizar en el mundo nuestro destino de gran pueblo» [92].

Pese a ello, todavía en el llamado «Discurso de Fundación de Falange Española», José Antonio Primo de Rivera seguía sin acogerse a esta idea de destino para fundamentar el carácter de unidad total, indiscutible, permanente e irrevocable de la Patria; aunque sí lo hacia, significativamente, al referirse a la pluralidad y diversidad de los pueblos de España: «que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino» [93]. Diferencias de énfasis que se volverán a manifestar en los «puntos iniciales» de Falange Española de diciembre de 1933. Así, si en el primero de ellos se afirma simplemente que España «es, ante todo, una UNIDAD DE DESTINO»; cuando se hace referencia a los separatismos el enunciado se hace más completo:

«El separatismo ignora u olvida la realidad de España. Desconoce que España es, sobre todo, una gran UNIDAD DE DESTINO. Los separatistas

---

[90] *El Fascio*, 16 de enero de 1933.

[91] «Un movimiento político de juventud. Frente Español», *Luz*, 7 de marzo de 1932. Cit., en José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), p. 129. Véase sobre el Frente Español especialmente Antonio ELORZA (1984), pp. 211 y ss.

[92] Cit., en José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 130-131.

[93] José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), p. 66.

se fijan en si hablan lengua propia, en si tienen características raciales propias, en si su comarca presenta clima propio o especial fisonomía topográfica. Pero —habrá que repetirlo siempre— una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una UNIDAD DE DESTINO EN LO UNIVERSAL. Esa unidad de destino se llamó y se llama España. Bajo el signo de España cumplieron su destino —unidos en lo universal— los pueblos que la integran. Nada puede justificar que esa magnífica unidad creadora de un mundo se rompa» [94].

Tal era la declaración de nacionalismo de una organización que se definía como fascista, pero que aparecía todavía insuficientemente radicalizada. Lo que daba a ese nacionalismo, como ha podido apreciarse, un contenido más defensivo, de política interior, que ofensivo, imperial. Circunstancia ésta, la de la insuficiente radicalización, que se aprecia también en lo relativo al componente religioso del nuevo nacionalismo:

«España contestó siempre con la afirmación católica. La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además, históricamente la española. Por su sentido de CATOLICIDAD, de UNIVERSALIDAD, ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una empresa universal de salvación. Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico».

Ciertamente, se advertía ya de que no se admitirían «intromisiones o maquinaciones de la Iglesia» a daño del Estado, pero se concluía que «el nuevo Estado se inspirará en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que le son debidos» [95].

Se trataba, en resumen, de un nacionalismo insuficientemente radical y muy distante en los dos planos considerados —en el religioso y en el imperial— del de Ledesma. Del modo en que la influencia de éste y su mayor radicalismo en todos los órdenes se plasmó en lo que sería ya en lo sucesivo el nacionalismo *oficial* del fascismo español, el de la unificada Falange Española de las JONS, nos podemos hacer una idea clara si comparamos, en los aspectos aludidos,

---

[94] Íd., pp. 85-86.
[95] Íd., pp. 92-93.

la redacción de estos «puntos iniciales» con la de los veintisiete puntos de su programa definitivo. Así, los tres primeros de estos últimos encadenan la proclamación de la «suprema realidad de España», la definición de la misma como «unidad de destino en lo universal» y la condena de todo separatismo, y la «voluntad de Imperio». En lo que respecta al catolicismo ha desaparecido toda referencia a la religión católica como verdadera; y la inspiración en el «espíritu católico tradicional» se torna en incorporación del «sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional». Incluso las advertencias contra posibles intromisiones de la Iglesia se hacían más taxativas: «La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integración nacional»[96].

No hace falta subrayar aquí que ése era, en los aspectos considerados, el punto de llegada y síntesis de los distintos enfoques presentes en el nacionalismo fascista español. En la radicalización del discurso se observa, como decimos, la influencia de Ledesma y la afirmación de un nacionalismo definitivamente imperial, laico y secularizado, del ultranacionalismo fascista, en suma. Pero esos elementos de síntesis implicaban también un curioso cruce de caminos en dos aspectos específicos y nada irrelevantes del fascismo español. Me refiero, por una parte, al hecho de que, de acuerdo con lo que había sido desde el principio la posición de las JONS, se renunciase para siempre al calificativo de fascista como forma de denominar a la variante española del fascismo; y, por otra parte, a que se rechazase, en este caso por voluntad joseantoniana, un calificativo, el de nacionalismo, que no había molestado hasta ese momento en exceso ni a Redondo ni a Ledesma. Si la primera cuestión, la relativa al calificativo fascista, estaba hasta cierto punto en la naturaleza de las cosas[97], la segunda tenía implicaciones más trascendentales.

---

[96] Íd., pp. 339-344.

[97] No parece necesario detenerse en esta cuestión sumamente conocida y tratada en prácticamente toda la historiografía existente sobre el fascismo español. Para los fascistas españoles, como para los de otros países, se planteaba la contradicción implícita entre una ideología ultranacionalista —de vuelta a las propias «entrañas»— y una denominación de origen extranjero. Pero su forma de solucionarla estuvo casi siempre acompañada de contradicciones y paradojas. Giménez Caballero empezó rechazando la idea de copia para terminar convirtiéndose en el máximo propagandista del fascismo, en esa

En efecto, una de las notas más distintivas del ultranacionalismo joseantoniano es, precisamente, su negación del nacionalismo. Una negación que, por una parte, enlazaba con las clásicas protestas de no nacionalismo de un Ortega o un d'Ors, por ejemplo, y, por otra, era bastante frecuente en los movimientos fascistas[98], sin que, por supuesto, ello constituyese obstáculo alguno para enunciar las más absolutas posiciones nacionalistas. Así, participaba de la común consideración de todos los fascismos —ahora sí— de que la patria estaba sometida a un proceso de decadencia y ruina que la situaba al borde del abismo y del que sólo podría salir merced al esfuerzo del propio movimiento, como encarnación misma de esa voluntad de resurgimiento. Lo que de paso podía servir para afirmar el carácter eterno e inconmovible de la propia patria:

«Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España»[99].

Se podía, igualmente, negar el nacionalismo y hasta la nación, para afirmar algo superior a uno y otra, España. «No somos nacionalistas —decía en noviembre de 1935—, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos... somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo»[100]; o como

---

denominación. José Antonio Primo de Rivera empezó asumiéndola para terminar por rechazarla tras la fusión con las JONS. Contrarios al nombre se habían mostrado desde un principio Onésimo Redondo y Ledesma. Todos ellos parecían aceptar, sin embargo, de forma tácita al menos, que su movimiento se movía en el mismo plano genérico que los de Italia y Alemania, por más que tuviera su propia especificidad. Y, desde luego, mostraban la misma propensión a enfurecerse cuando algún no fascista se presentaba como tal, usurpando una denominación que no asumían pero de la que creían poseer todos los derechos.

[98] Cfr. Emilio GENTILE (1997), pp. 181 y ss.

[99] «Discurso sobre la revolución española», pronunciado en el cine Madrid, el 19 de mayo de 1935, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 557-570, especialmente p. 559.

[100] «Discurso de clausura del segundo Consejo Nacional de la Falange», 17 de noviembre de 1935, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 705-722, especialmente p. 720.

había afirmado en su «Ensayo sobre el nacionalismo»: «La palabra "España", que es por sí misma enunciado de una empresa, siempre tendrá mucho más sentido que la frase "nación española"» [101]. Era la idea, repetida hasta la saciedad, de la España metafísica, eterna, suprema, permanente e irrevocable que, por enunciarse como un absoluto, no requería de mayor argumentación o demostración. Por supuesto, esto iría *acompañado*, como hemos visto y seguiremos viendo, de la idea proyectiva, de destino o empresa. Pero conviene recordar para eludir posibles mistificaciones que, como en Giménez Caballero o Ramiro Ledesma, la idea de España y el nacionalismo absoluto anteceden, como un intangible absoluto, a toda justificación o desarrollo discursivo [102].

Un intangible que contenía dos pre-supuestos que, por otra parte, no se querían admitir explícitamente en el plano *argumentativo*. Uno era el fondo barresiano que ya veíamos en Giménez Caballero; el otro, su plasmación esencialista y castellana. Ambos supuestos aparecían claramente delimitados en el discurso del líder falangista en el acto de proclamación de FE de las JONS en el teatro Calderón de Valladolid en marzo de 1934:

> «Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla los que vivimos a menudo apartado *(sic)* de ellos. Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores; la tierra absoluta, la tierra que no es el color local, ni el río, ni el lindero, ni el altozano. La tierra que no es, ni mucho menos, el agregado de unas cuantas fincas, ni el soporte de unos intereses agrarios para regateados *(sic)* en asambleas, sino que es la tierra; la tierra como depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes» [103].

Era el mismo no-nacionalismo que, por si fallaba la idea-mito de la unidad de destino en lo universal, estaba siempre presto a recurrir a todas las generaciones de la historia de España para enfrentarlas, si ello fuera necesario, contra las vivientes. Aunque para ello

---

[101] *JONS*, 16 de abril de 1934, en José Antonio Primo de Rivera (1971), pp. 211-216, especialmente p. 215.

[102] «España existe, luego soy», había escrito, por ejemplo Giménez Caballero (1939), p. 192.

[103] En José Antonio Primo de Rivera (1971), pp. 189-197, especialmente p. 189.

hubiera que polemizar con el diario *ABC* que había conminado a los catalanes a que se pronunciasen de una vez por todas sobre si querían ser españoles o no; y aunque para ello tuviera que negar derecho alguno de autodeterminación, no ya a los catalanes, sino a los españoles en su totalidad:

«Más aún terminantemente: *aunque todos los españoles estuvieran conformes en convertir a Cataluña en país extranjero, sería el hacerlo merecedor de la cólera celeste.* España es *irrevocable*. Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias: pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es *nuestra*, como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan. Si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición que es posible imaginar» (subrayados en el original, ISC) [104].

Podría pensarse en función de todo esto que el *antinacionalismo* joseantoniano se dirigía más que contra el nacionalismo en su sentido más amplio, contra aquel nacionalismo rival, el de Acción Española, emparentado con aquellos grupos europeos que, como Acción Francesa, eran comúnmente identificados como los *nacionalistas* por excelencia. Algo podía haber de esto, y mucho polemizaría el dirigente falangista con estos nacionalistas del trono y el altar. Pero salvo alguna referencia más implícita que explícita a los nacionalismos de política interior o de puertas adentro, ese continuo polemizar se expresó mucho más en términos de rivalidad política que en relación con las distintas concepciones nacionalistas.

En realidad, el enemigo nacionalista era otro, el romanticismo democrático que se identificaba con el odiado Rousseau y en el que se quería ver tanto una vertiente democrática como otra separatista. En la crítica a la primera podía apreciarse lo que de elitista y aristocratizante se mantenía en el radicalizado y ya plenamente fascista José Antonio Primo de Rivera. Unas prevenciones elitistas de más que probable raigambre orteguiana que, hasta en el vértice de sus apelaciones populistas al genio de los españoles o al pueblo español,

---

[104] «España es irrevocable», *FE*, 19 de julio de 1934, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 285-288, especialmente p. 286.

le hacía desconfiar y recelar al extremo de las mismas masas a las que se quería conquistar: «Ya hemos aprendido que la masa no puede salvarse a sí propia. Y que los conductores no tienen disculpa si desertan. La revolución es la tarea de una minoría inasequible al desaliento. De una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la masa porque la luz interior fue lo más caro que perdió víctima de un período de decadencia» [105]. Eran prevenciones que le llevaban incluso a diferenciar al nacionalsocialismo, romántico, superdemocrático y, por ello, rechazable, del fascismo mussoliniano en el que veía la obra de un genio de mente clásica capaz de organizar un pueblo desde arriba:

«El de Alemania arranca de la capacidad de fe de un pueblo en su instinto racial. El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma, en cambio, pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica, que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo, el de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues de la declaración de los derechos del hombre es copia calcada de las Constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán» [106].

Lo que latía aquí no era ya tanto la influencia de Ortega cuanto algunas de las tesis de Giménez Caballero y, más aún, las de d'Ors, a través probablemente de Sánchez Mazas, lo que venía a aproximarle en este terreno, más de cuanto el propio José Antonio deseara y

---

[105] «Acerca de la revolución», *Haz*, núm. 9, 12 de octubre de 1935, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 661-664, especialmente p. 664. No es casualidad que en su «Homenaje y reproche a Don José Ortega y Gasset» —*Haz*, núm. 12, 5 de diciembre de 1935, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 745-750— utilice expresiones similares tanto para el homenaje como para el reproche: «Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales, sino poéticos y religiosos. Precisamente, para que un pueblo no se diluya en lo amorfo —para que no se desvertebre—, la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas»; y, más adelante: «No; don José no quiso hacer de la política un *flirt*, pero se dio por vencido. Cuando descubrió que "aquello", lo que era, no era "aquello" que el quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantas como le fueron a la zaga. Don José fue severo consigo mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando».

[106] «España y la barbarie», 3 de marzo de 1935, José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 421-427.

sospechara, a sus rivales, los reaccionarios de Acción Española. Fuere como fuere, lo cierto es que ese mismo esquema de contraposición entre lo clásico y lo romántico, lo intelectual y lo instintivo, constituirá la esencia de las diatribas contra el nacionalismo. Por democrático, por supuesto, pero también, y sobre todo, por separatista.

Dos cuestiones sustanciales deben destacarse al respecto. La primera —quizá no suficientemente subrayada por nuestra historiografía— es la sorprendente claridad con que el dirigente falangista percibía, y reiteraba, la variedad y pluralidad de los pueblos de España. Reconocimiento que enlazaba con cuanto ya se ha visto a propósito de Menéndez y Pelayo, Unamuno u Ortega, Giménez Caballero, Redondo o Ledesma, pero que en José Antonio Primo de Rivera llega a expresarse con una claridad y rotundidad meridianas. Tal y como afirmaba en el famoso discurso del cine Madrid de mayo de 1935: «La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España, desde sus orígenes, vocación de Imperio. España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal» [107]. Más aún, esa pluralidad española sería especialmente relevante en el caso de Cataluña. Con ella se habrían cometido pequeños agravios en los debates sobre el Estatuto, hasta el punto de que podría hablarse de un «separatismo fomentado desde este lado del Ebro». Sobre todo, la individualidad catalana sería incuestionable, y no habría nada más torpe ni estúpido, decía, que negarlo o sostener que «ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada». Si tal fuera la situación, continuaba, no habría problema catalán alguno. Pero sucedía que no era así: «Cataluña existe con toda su individualidad y muchas regiones de España existen con su individualidad, y si queremos reconocer cómo España es, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad ofrece» [108].

La segunda cuestión nos aproxima al núcleo del antinacionalismo de José Antonio que no era otro que la convicción de que desde

---

[107] «Discurso sobre la revolución española», íd., p. 564.

[108] «España y Cataluña», Discursos pronunciados en el Parlamento el 30 de noviembre y el 11 de diciembre de 1934, José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 383-392, especialmente pp. 383-384.

una concepción nacionalista y romántica de la nación no había más remedio que reconocerle esta condición *nacional* a Cataluña. Si negamos la existencia de las características propias de Cataluña y otras regiones, decía, vendríamos a aceptar tácitamente que es en esas características donde reside la nacionalidad, y entonces, «tenemos el pleito perdido» [109]. Pleito perdido, en efecto, si se radicaba el nacionalismo en lo sentimental, porque, como decía en otro momento, «sentimiento por sentimiento, el más simple puede en todo caso más» [110]. ¿Qué hacer entonces para combatir el separatismo? ¿Cómo se podría «vivificar el patriotismo de las grandes unidades heterogéneas»? La respuesta, en su rotundidad y claridad, bordea incluso la ingenuidad: «Nada menos que revisando el concepto de "nación" para construirlo sobre otras bases» [111].

La respuesta, la revisión, estaba, claro es, en ese artefacto, casi piedra filosofal, que era la unidad de destino en lo universal, el cual se presentaría siempre, como se ha dicho, en oposición a lo nativo, sentimental y espontáneo —terreno en el que los «nacionalismos particularistas ganan una posición inexpugnable». Y en oposición, también, a la localización de lo nacional en los «caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos (y) climatológicos», por una parte, o en «la comunidad de usos, costumbres y tradición», por otra [112]. La idea se formularía de múltiples formas, aunque casi siempre en oposición a los separatistas. «No veamos —decía en otro momento— en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un *destino*, una *empresa*. La patria es aquello que en el mundo configuró una empresa colectiva» [113]. Pero sobre todo, la idea se expresaba desde la percepción cada vez más claramente asumida, de que ésa y no otra era la única forma posible de combatir los nacionalismos particularistas. Hasta el punto de que, por una vez, el líder falangista parecía asumir su autodefinición como nacionalista, aunque fuera de un «nuevo nacionalismo»:

---

[109] *Ibid.*

[110] «Ensayo sobre el nacionalismo», íd., p. 214.

[111] *Ibid.*

[112] *Ibid.* En algún momento no dejó de mostrar sus satisfacción por el *hallazgo*: «... que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal», «España y Cataluña», p. 384.

[113] «La gaita y la lira», *FE*, núm. 2, 11 de enero de 1934, José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 111-112.

«Tal será la tarea del nuevo nacionalismo: reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Emplazad los soportes del patriotismo no en lo afectivo, sino en lo intelectual. Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquiera veleidad marchita, sino una verdad tan inconmovible como las verdades matemáticas» [114].

En adelante, la unidad de destino en lo universal se convertirá en la piedra de toque del nacionalismo falangista; como lo hará también la noción del no-nacionalismo o el antinacionalismo falangista. De unidades y comunidades de destino en una proyección internacional o universal habían hablado en distintos momentos, como vimos, Unamuno y Ortega, d'Ors y Ledesma. Ni siquiera puede decirse que José Antonio Primo de Rivera añadiera nada nuevo a dicha idea o llevara a cabo el más mínimo intento de conceptualización. Pero hizo de ella la idea-fuerza, la clave del arco del ultranacionalismo falangista definido por oposición a todo nacionalismo. Podrían variar las permutaciones de esta contraposición en función de los protagonistas, las coyunturas o las sensibilidades, pero las nociones de España, patria e Imperio, sustituirán casi para siempre a las de nación, nacionalismo o nación española. Fuente de todos los males, el término nacionalismo se identificará progresivamente bien con el separatismo localista, bien con la política antiimperial de puertas adentro. Condenado a silenciar, porque así lo exigía la idea proyectiva y antirromántica de unidad de destino, algunas de sus bases más profundas, como el esencialismo «romántico» castellanista, el ultranacionalismo falangista se había liberado al mismo tiempo de todo elemento limitativo. Hacia afuera, en la perspectiva universal, imperial. Hacia adentro, de los particularismos regionales o de clase; incluso de las viejas cortapisas católicas o monárquicas. Por liberarse se había liberado incluso de la *tierra*. Sin embargo, esa liberación de la tierra podía tener también efectos no previstos. Si el ultranacionalismo falangista había llegado finalmente a una concepción de la nación que no parecía tener ya soporte material alguno, para residir casi por entero en su propia definición falangista, la crisis de esta última o de los objetivos que de ella derivaban, podría conducir, incluso, llegado el caso, a la negación de la nación misma.

---

[114] «Ensayo sobre el nacionalismo», íd., p. 216.

La primera muerte del nacionalismo fascista. El primer adiós

En sus diversas formulaciones, con sus mayores o menores ambigüedades, el ultranacionalismo fascista de Falange parecía claramente definido a la altura de 1935-1936. Secular, moderno, revolucionario, podía admitir distintos desarrollos, pero estaba claramente diferenciado de cualquier otra forma de nacionalismo, del nacionalcatolicismo, especialmente. También es verdad, sin embargo, que por aquellas fechas las cosas no marchaban demasiado bien para el fascismo español. Sumamente minoritario, estaba lejos de convertirse en el partido de masas a que todo fascismo aspira en su voluntad de conquistar el poder. Todo cambiaría radicalmente con el inicio de la guerra. Pero hay que recordar que sus primeros meses fueron trágicos para los principales líderes falangistas. No lo fueron tanto, cierto, para Ernesto Giménez Caballero, que consiguió sobrevivir. Pero hacía ya tiempo que éste se había alejado de todas las organizaciones fascistas para aproximarse a la derecha conservadora y tradicional. Ahora quedaba casi a la espera, como veremos, de prestar buenos y efectivos servicios a la figura central del nuevo poder emergente: Franco.

No tanta suerte tuvieron los otros grandes creadores del nacionalismo falangista. Onésimo Redondo cayó en las primeras escaramuzas del conflicto. Y Ledesma fue enseguida fusilado por los republicanos. Unos meses antes, consciente del fracaso del fascismo en la España republicana y del suyo personal en las organizaciones fascistas, había cerrado su ensayo sobre el fascismo despidiéndose de él. «Diríamos para terminar —señalaba Lanzas-Ledesma— que a Ramiro Ledesma y a sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la camisa negra de Mussolini» [115].

Si Ledesma se *iba* del fascismo por la izquierda, o así lo pretendía, José Antonio iba a hacer lo propio por la derecha, para llegar mucho más lejos. No había sido muy propenso el fundador de Falange, a diferencia de Ledesma o Giménez Caballero, a las grandes reconstrucciones históricas. Su batalla había sido un poco la política del día a día. Había pasado, como se ha visto, de fascistizado a fascista, y de un nacionalismo conservador a otro revolucionario, de un modo que fue dejando su rastro en discursos y artículos breves. Había

---

[115] Ramiro Ledesma (1988), p. 155.

defendido la causa de la revolución nacional y social pendiente, pero sin dotarla de los contenidos históricos que le dio Ledesma. Había descubierto y se había aproximado a Ortega y Unamuno, pero sin que esto fuera acompañado tampoco de grandes reflexiones. Había hablado en numerosas ocasiones del viejo Imperio español con alusiones populistas al genio de España y de su pueblo, pero no habían sido muchos sus análisis respecto de los siglos gloriosos o sobre la decadencia posterior. Podría decirse que sus referencias históricas, al siglo XIII o a la Contrarreforma, al liberalismo o al capitalismo, al marxismo o al bolchevismo, tendían a desarrollarse más en el plano de la historia general, universal, que de la específica de España [116].

Ahora, sin embargo, en la cárcel de Alicante, en la posición trágica del preso que se sabe cerca de la muerte, el dirigente falangista iba a tener tiempo para pensar y reflexionar. En el plano más inmediato, por supuesto, de la guerra civil y su propia posición personal, como es ampliamente conocido [117]. Pero iba a poder hacerlo también en los de la historia general y las perspectivas de la sociedad contemporánea y de la mirada a la historia de España. En uno y otro caso sus escritos resultan absolutamente sorprendentes.

En lo que toca a sus consideraciones sobre la historia universal el esquema de José Antonio no variaba respecto de lo que habían sido sus posiciones anteriores a propósito de Rousseau, el liberalismo, o su preferencia por las edades medias ascendentes como reacción frente a los procesos de degeneración y catástrofes que seguirían a las edades clásicas. Lo nuevo aquí es la fuerza con que se presenta la idea del hundimiento de la sociedad contemporánea, marcada por la crisis de la vieja aristocracia y de la vitalidad burguesa, así como por el desafío imperativo y brutal de los nuevos bárbaros. Las influencias en este terreno son explícitas — Spengler, Berdaieff y Carrell— y el cuadro que se traza es por completo catastrofista y profundamente reaccionario. Como lo es el análisis de las respuestas a ese hundimiento general de la sociedad: el anarquismo, que supondría la disolución de la comunidad en individuos, el comunismo, que sería

---

[116] Véase, por ejemplo, «España y la barbarie», Conferencia pronunciada en el teatro Calderón de Valladolid el 3 de marzo de 1935, en José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), pp. 421-427.

[117] Me refiero especialmente a sus consideraciones sobre la guerra y un eventual gobierno de concentración dados a conocer en su momento por Indalecio Prieto y que hoy pueden verse en Miguel PRIMO DE RIVERA Y URQUIJO (1996), pp. 142-146.

la «propia invasión de los bárbaros», y el fascismo. Pero ahora, el fascismo sería descalificado, tanto como el nacionalismo: «El fascismo es fundamentalmente falso: acierta al barruntar que se trata de un fenómeno religioso, pero quiere sustituir la religión por una idolatría. Nacionalismo. El nacionalismo es romántico, anticatólico: por lo tanto, en un último fondo antifascista» [118].

Sobre esta base, se podía reiterar el concepto de nación como unidad de destino, y aun recordar la mayor contribución española a la historia defendiendo la causa de la unidad católica en el siglo XVI. Pero se aprecia ya claramente en todo ello una involución que trasciende incluso la más conservadora de las posibles lecturas de *Genio de España* hasta abrazar posiciones más propias de Acción Española. Porque si el fascismo pecaba por su «absorción del individuo en la colectividad» y su «exterioridad religiosa sin religión», lo más que se podía esperar sería que el más fuerte de los regímenes fascistas, el alemán, volviera a la buena senda que España habría trazado siglos antes: «Alemania: llegará a ser un sistema profundo y estable si alcanza sus últimas consecuencias: la vuelta a la unidad religiosa de Europa; es decir, si se aparta de la tradición nacionalista y romántica de *las Alemanias* y resume el destino imperial de la casa de Austria. En caso contrario, los fascismos tendrán corta vida». Si todo esto, en fin, denotaba una involución en sentido católico, el colofón, con una casi negación de hecho de la patria no dejaba de resultar estridente para una mentalidad fascista: «Solución religiosa: el recobro de la armonía del hombre y su entorno en vista de un fin trascendente. Ese fin no es la patria, ni la raza, que no pueden ser fines en sí mismos: tienen que ser un fin de unificación del mundo a cuyo servicio puede ser la patria un instrumento; es decir, un fin *religioso*. ¿Católico? Desde luego, de sentido cristiano».

No es de extrañar que dentro de este marco involutivo llegara a realizar una muy orteguiana crítica de la aristocracia de la época, para reivindicar, también muy orteguianamente, la necesidad de las minorías rectoras, pero para concluir con una inesperada apuesta por la aristocracia de la sangre: «Por ahora, y por bastante tiempo, si es que la ola turbia no nos anega del todo, la más llamada entre esas minorías a recobrar las condiciones de mando es la aristocracia

---

[118] *Ibid.*, p. 171.

de la sangre»[119]. Más sorprendente resulta, sobre todo, que dentro de esta extraña combinación entre la interpretación más conservadora posible de *Genio de España*, que le había llevado a la práctica negación de hecho de la nación, y la más reaccionaria y aristocrática —que ya no aristocratizante— lectura de Ortega, terminase casi por renunciar a la propia españolidad, por despedirse de ella.

Es lo que hacía en un ensayo titulado *España: germanos contra bereberes*[120], que era como una *España invertebrada* vuelta del revés. Se trataba de una especie de historia de España en la que la noción de unidad de destino se utilizaba en la forma habitual contra la de territorio, contra la que radicaba la patria en la «razón de la tierra». Sólo que ahora lo hacía para reivindicar la raza gótico-católica que constituiría frente al «fondo popular indígena (celtibérico, semítico en gran parte, norteafricano por afinidad...)», la verdadera esencia de España. Habrían sido esos godos-arios los que conquistaron la Hispania romana y los que la reconquistaron frente a los árabes, mientras «aborígenes y beréberes» profusamente mezclados contemplaban el combate entre dos razas superiores. Toda la Reconquista habría sido una empresa europea, germánica, como lo había sido también su culminación con los Reyes Católicos: «La unidad nacional bajo los Reyes Católicos es, pues, la edificación del Estado unitario español con el sentido europeo, católico, germánico, de toda la Reconquista, y la culminación de la obra de germanización social y económica de España». De igual modo, la conquista de América habría sido más la obra de la sangre germánica que la de un supuesto «espíritu aventurero español»; más una tesis catolicogermánica que una manifestación «celtibérica y bereber».

Se trataba de una peculiar síntesis entre *España invertebrada y Genio de España*. De modo que si en el primero se explicaba la secular debilidad española por el déficit de componente ario y en el segundo se reivindicaba la romanidad junto con una aportación germánica radicada exclusivamente en la cumbre del César y el sentido dinástico-jerárquico para explicar el éxito del Imperio, en José Antonio Primo de Rivera habría sido la generosa abundancia del componente

---

[119] «Aristocracia y aristofobia», en Miguel PRIMO DE RIVERA Y URQUIJO (1996), pp. 178-183.

[120] En íd., pp. 160-166. El escrito está fechado en la prisión de Alicante, el 13 de agosto de 1936.

ario, de sangre germánica, la que explicaría las grandes cumbres de la historia de España. En última instancia era el pueblo aborigen el gran pagano de esta reconstrucción histórica:

«La organización germánica, de tipo aristocrático, jerárquico, era, en su base, mucho más dura. Para justificar tal dureza se comprometía a realizar alguna gran tarea histórica. Era, en realidad, la dominación política y económica sobre un pueblo casi primitivo. Toda aquella enorme armadura —Monarquía, Iglesia, aristocracia— podía intentar la justificación de sus pasados privilegios a título de cumplidora de un gran destino en la Historia. Y lo intentó por doble camino: la conquista de América y la Contrarreforma».

Para el preso de Alicante, la lucha entre la constante germánica y la bereber, dominada y resentida, explicarían el resto de la Historia de España. Y en un ejercicio digno del peor racismo reaccionario, no dudaba en identificar con la primera a Monarquía, aristocracia, Iglesia y milicia, y con la segunda a toda la intelectualidad de izquierda, desde Larra, cuanto menos, en adelante [121]. En suma, lo liberal, lo popular y lo bereber formarían un todo histórico en contraposición a lo conservador, aristocrático y germánico. Y la República de 1936 no sería sino «el desquite de la Reconquista», la «nueva invasión bereber». La conclusión equivalía casi a un adiós a la españolidad, un adiós a la propia patria, si al fin, en el conflicto en curso, se imponía la masa, el fondo bereber. La idea de destino y la vocación de la sangre germánica, europea, se alzaban contra la nación-tierra española, bereber:

«La masa, que es la que va a triunfar ahora, no es árabe sino bereber. Lo que va a ser vencido es el resto germánico que aún nos ligaba con Europa. Acaso España se parta en pedazos, desde una frontera que dibuje, dentro de la Península, el verdadero límite de África. Acaso toda España se africanice. Lo indudable es que, para mucho tiempo, España dejará de contar en Europa. Y entonces, los que por solidaridad de cultura y aun por mis-

---

[121] «La línea bereber, más aparente cada vez según ve declinar la fuerza contraria, asoma en toda la intelectualidad de izquierda, de Larra hacia acá. Ni la fidelidad a las modas extranjeras logra ocultar un tonillo de resentimiento de vencido en toda la producción literaria española de los últimos cien años. En cualquier escritor de izquierdas hay un gesto morboso por demoler, tan persistente y tan desazonante que no se puede alimentar sino de una animosidad personal, de casta humillada» *ibid.*, p. 165.

teriosa voz de sangre nos sentimos ligados al destino europeo, ¿podremos transmutar nuestro patriotismo de estirpe, que ama a esta tierra porque nuestros antepasados la ganaron para darle forma, en un patriotismo telúrico, que ame a esta tierra por ser ella, a pesar de que en su anchura haya enmudecido hasta el último eco de nuestro destino familiar?».

La cercanía de la muerte, el pesimismo acerca de la posible resolución de un conflicto por el que tanto se había abogado, podían estar en la base de esta sorprendente involución del fundador de Falange. Pero se trataba, en cualquier caso de un adiós, al fascismo, a todo patriotismo popular y hasta a España misma. No era un caso único. Con José Antonio Primo de Rivera, por un lado, como con Ramiro de Ledesma, por otro, y aun con Giménez Caballero por su propia y peculiar evolución, los grandes constructores del nacionalismo fascista español parecían darlo por terminado. Lo paradójico del caso es que todo esto venía a producirse en el momento mismo en que, desde una perspectiva fascista, el ciclo histórico entraba en el punto cero, en el punto absoluto. Aquel en el que los procesos de decadencia, degeneración y ruina llegaban al máximo, a la destrucción absoluta de la patria. Pero aquel que era también el punto cero del renacimiento, de la regeneración, de la palingenesia. El punto en el que el Ave Fénix debía resurgir de sus cenizas. La paradoja estribaba también en el hecho de que, hasta cierto punto, el propio fascismo español debía experimentar esa misma palingenesia, resurgir también de las cenizas a las que había quedado reducido. Al ultranacionalismo fascista español venía a esperarle de este modo el proceso de su propia reinvención.

CAPÍTULO 4

CUAL AVE FÉNIX

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado». Así rezaba, como es archiconocido, el último parte de guerra, el de la victoria. Aquel parte, como es también más que sabido, suponía muchas más cosas. Podía haber significado la llegada de la paz saliendo al encuentro de las esperanzas de millones de españoles hartos de guerra, violencia y privaciones. No fue así. Significó la continuación de la guerra por otros medios, la política de la revancha: el exilio, la prisión y la muerte para cientos de miles de españoles, el silencio y el hambre para millones [1].

No es ocioso recordar aquí estas consecuencias de la victoria *nacional* en la guerra civil. No lo es porque, entre otras cosas, éste es el sustrato, el panorama de fondo, de lo que constituyó la vida política y cultural de los vencedores. De unos vencedores que desarrollaron sus proyectos y propuestas, sus debates y polémicas, como si tal realidad no existiese, como si el país, ese país, España, que constituía el fondo, y la forma, de sus quehaceres políticos y propagandísticos, se hubiese convertido a través del misterioso arte de la guerra y la victoria en el mejor de los mundos imaginables.

Sin embargo, esa realidad existía. A veces, incluso, afloraba un tanto. Sobre todo, no dejaba de constituir una de las caras, la más necesaria y deseada tal vez, aunque oculta, de la *nueva España*. En efecto, la guerra, la victoria, no se saldó sólo con una gigantesca ope-

---

[1] Paul PRESTON (1997).

ración de exterminio político de los vencidos. Constituyó también una formidable obra de exterminio cultural. Una labor de erradicación, en el sentido literal del término, de una cultura y una tradición de más de un siglo, la tradición liberal. Aquella que había conformado la sociedad y el Estado contemporáneos, aquella que había construido, sencillamente, España, la nación española.

Paradójicamente, la nación española *existió* con más intensidad que nunca en los tres años de la guerra civil. De modo que la misma guerra se convertiría a un tiempo en el mayor episodio nacionalizador y desnacionalizador de los españoles desde la Guerra de la Independencia. Nacionalizador, porque la guerra se había librado como una guerra nacional por ambas partes. Ambos contendientes reivindicaron más que nunca su carácter de españoles y volcaron sobre el enemigo el calificativo de traidor a la patria y a España. Para unos, los nacionalistas o *nacionales*, los rojos eran la anti-España, por tradición, en el sentido de defender ideas *antiespañolas* —liberales, democráticas o comunistas que fueran—, y por sus apoyos —de las potencias demo-liberales o la Rusia soviética—. Para los otros, para los republicanos, España estaba sometida a una auténtica invasión extranjera, la italo-alemana, la del fascismo internacional. Unos y otros se sentían continuadores de Numancia y Sagunto y, por supuesto, del Dos de Mayo[2]. España se había convertido en terreno de disputa y por eso mismo volvió a extender sus contornos cronológicos hasta la más lejana antigüedad. Por eso también, España fue más nación que nunca y los españoles más españoles que nunca.

El fenómeno no era, por otra parte, completamente nuevo. Durante más de un siglo los españoles habían litigado y se habían enfrentado políticamente, con frecuencia también militarmente, en función de sus distintas concepciones del Estado español. Circunstancia que pudo ser interpretada después como una causa de debilidad del patriotismo español. Pero había sucedido lo contrario. En sus disputas por la forma política del Estado los españoles se habían nacionalizado profundamente. Nadie discutió hasta finales del siglo XIX la existencia de España y aun entonces quien lo hizo fue minoritario, incluso en el País Vasco o Cataluña. Lo novedoso de la Guerra de 1936-1939 radicaba precisamente ahí, en que *fue la guerra más guerra*, la guerra más total de todas las guerras civiles de

---

[2] Cfr. Javier VARELA (1999), p. 344.

la España contemporánea. Por eso fue en ella cuando la nacionalización alcanzó su punto más alto. Sin embargo, es de aquí también de donde arranca todo el potencial desnacionalizador de la guerra, o mejor, de la victoria. Porque si la guerra fue *total*, mucho más lo fue la victoria. Los vencedores eran nacionalistas y se definían como la encarnación de la auténtica España. Los vencidos eran, por el contrario, la *anti-España*, es decir, fueron desnacionalizados. No habiendo pacto o transacción, como había sucedido a lo largo de las guerras civiles del siglo XIX, no sería necesario tampoco admitir lo que había de españolidad en las actitudes y objetivos de la España derrotada.

El nacionalismo de los nacionalistas, el de los vencedores de la guerra civil, era por naturaleza excluyente. Las viejas *dos Españas* habían desaparecido por la sencilla razón de que una de ellas había sido derrotada —se suponía y se haría lo posible para que así fuera— para siempre. Aplastados en el sentido literal de la expresión o arrojados a las tinieblas exteriores del exilio, habían sido también los otros nacionalismos. El nacionalismo liberal o democrático y los nacionalismos alternativos, los *separatismos*. Sólo había, al fin, una España y no había más nacionalismo o nacionalismos posibles que el/los de los vencedores. Tampoco había ninguna *maldad* intrínseca en todo ello. Desde su punto de vista, eran los otros, los derrotados, la *anti-España*, los responsables de siglos de decadencia española, por lo que su derrota y aniquilación eran la condición misma para el resurgimiento de España. Conseguidas aquéllas, el *Ave Fénix* podía renacer al fin de sus cenizas. Ésta era, sin duda, la situación soñada por todo nacionalismo radical. Se había hecho y se seguiría haciendo tabla rasa del pasado, se había exterminado de raíz la planta del liberalismo, de la democracia, del socialismo, del anticlericalismo y del separatismo. Por decisión firme e inapelable tales plantas no deberían volver a brotar jamás. Se había alcanzado, en fin, la situación idónea, 1939 era el año cero. Todo estaba listo para la construcción *ex novo*.

Sucedía, por así decirlo, que con su victoria los nacionalistas se habían *tragado* a España y que ésta había quedado a su completa disposición. Sin embargo, incluso para ellos, la guerra había cambiado muchas cosas, muchas más de las que los que se embarcaron en la aventura golpista de julio de 1936 habían podido prever. Entonces, en julio de 1936, existía un pequeño partido fascista, fracasado, que había podido desarrollar su propia concepción de un ultranaciona-

CCEE CÁCERES UEX

lismo populista y palingénesico, revolucionario e imperial, más o menos católico en algunas de sus referencias pero explícitamente laico y secular. Los propios militares alzados parecían dar por buena la separación de la Iglesia y el Estado y no hubo nada en sus proclamas iniciales que pudiera hacer pensar que pretendieran invertir esta situación. En el mismo plano minoritario estaban también los tradicionalistas y el grupo de Acción Española, éstos sí, firmemente partidarios de una catolización forzada e integral del conjunto de la sociedad española. Poco dados a aventuras imperiales y, menos, revolucionarias, se habían fascistizado en el sentido de recoger del fascismo todo aquello que cuadraba bien con sus objetivos explícitamente contrarrevolucionarios. También se había fascistizado en alguna medida el partido católico *oficial*, la CEDA, igualmente partidario de una recatolización de la sociedad española pero fracasado en su postrero intento de alcanzar legalmente el poder[3].

La guerra alteró profundamente esta situación. La CEDA desapareció de hecho, con un Gil Robles condenado a la impopularidad como consecuencia del fracaso de su política posibilista durante la Segunda República. El pequeño movimiento falangista se convirtió en el gran partido de masas de la zona franquista al tiempo que la capacidad de atracción del fascismo crecía exponencialmente. Pero era un partido en gran parte de aluvión, políticamente cantonalizado y dividido, cuyos grandes referentes ideológicos o *padres fundadores* habían desaparecido en los primeros meses del conflicto[4]. Los tradicionalistas se convirtieron en el otro partido de masas, aunque estaban también divididos. El grupo de Acción Española y su entorno ocupó posiciones fundamentales en el círculo de los jefes sublevados, primero, y del Generalísimo después; no en vano era éste el más próximo a la mentalidad del propio Franco[5]. La Iglesia no tardó en tomar partido explícitamente con aires de *Cruzada* y la brutal persecución religiosa que se desató en la zona republicana contribuiría decisivamente a fortalecer un proceso de catolización general que pocos habían llegado siquiera a soñar. El resultado de todo esto en el plano político-ideológico fue sumamente complejo. De pronto, la

---

[3] Sobre la fascistización de las derechas españolas en la España republicana, véase Javier JIMÉNEZ CAMPO (1979). También Ricardo CHUECA y José Ramón MONTERO (1992). Sobre el concepto de fascistización, Ismael SAZ (1993).

[4] Cfr. Joan Maria THOMÀS (1999), pp. 131 y ss.; Javier TUSELL (1992), pp. 91-95.

[5] José Manuel CUENCA TORIBIO (1986), pp. 209-210.

zona nacionalista se encontró a sí misma católica y fascista, totalitaria y reaccionaria. Dicho de otro modo, casi todo el mundo había pasado a ser, al menos superficial y retóricamente, más católico y más fascista que nunca. Todos eran fascistas y todos tradicionalistas. Monárquicos y católicos, unos, no le hacían ascos a identificarse a la vez como totalitarios y fascistas. Más radicales que nunca en todos los sentidos de la ideología fascista los falangistas se habían convertido al mismo tiempo en fervientes católicos e incluso tradicionalistas.

Algo más que una unificación política

La unificación política, decretada por Franco en abril de 1937, respondía perfectamente a este clima y supuso una ulterior agudización del mismo. Fue, por supuesto, una operación política, pero lo fue también de unificación ideológica[6]. Esta última tuvo, desde luego, mucho de forzada, pero se trataba en cualquier caso de legitimar ideológicamente una operación política que suponía entre otras cosas la primera y decisiva subordinación del partido fascista al Estado emergente. Para Franco y sus más próximos, no precisamente obsesionados por cuestiones de alto contenido ideológico, tampoco habría mucho de forzado en todo ello, ya que, como afirmaba Nicolás Franco a Roberto Farinacci en vísperas de la unificación, no habría grandes diferencias entre la «España una, grande y libre» de los falangistas y el «Dios, Patria y Rey» de los tradicionalistas[7]. El anuncio público de la unificación requería, sin embargo, un nivel de elaboración algo mayor. De esto se encargó un falangista atípico al que vimos colocar las primeras bases del ultranacionalismo fascista español, pasar después por las sucesivas organizaciones fascistas y acabar, ya en 1935-1936, en posiciones próximas a las de la derecha contrarrevolucionaria, Giménez Caballero.

Ahora, puesto al servicio incondicional de Franco, sería el encargado de redactar el «Discurso de la Unificación»[8]. Nadie más ade-

---

[6] Sobre la unificación política véase Javier Tusell (1992), pp. 79 y ss.; Paul Preston (1994), pp. 315 y ss.; Joan Maria Thomàs (1999), pp. 131 y ss.; del mismo (2001), pp. 35 y ss.; José Luis Rodríguez Jiménez (2000), pp. 283 y ss., e Ismael Saz (1996a), pp. 81-107.

[7] Cit. en Ismael Saz (1996a), p. 95.

[8] Puede verse el texto autógrafo en Enrique Selva (2000), pp. 294-298.

cuado que él si se tiene en cuenta su propia trayectoria y se considera, además, que el mencionado discurso debía constituir una síntesis de las posiciones ideológicas de Falange y la Comunión Tradicionalista, al tiempo que una primera y oficial reconstrucción igualmente sintética de la historia de España. Se trataba, por una parte, de armonizar lo nuevo falangista con lo viejo tradicionalista, vertiendo el viejo vino de la tradición en el nuevo odre falangista: «No queremos una España vieja y maleada. Queremos un Estado donde la pura tradición y substancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer imperial de nuestro pueblo».

Por otra parte, la segunda operación, de orden histórico, era más compleja y, por supuesto, carente de reserva alguna en su voluntad distorsionadora. Lo que se hacía era, ni más ni menos, identificar el movimiento que ahora se unificaba con sucesivos momentos de la historia de España. Con lo que se conseguirían a un tiempo tres objetivos. Primero, fundamentar históricamente la unificación; segundo, encadenar las sucesivas tradiciones y tradicionalismos hispanos hasta el presente; y, tercero, hacer desaparecer por el sumidero de —esta— historia a las otras Españas. Vale la pena reproducir en extenso esta parte del discurso porque se convertiría de algún modo en *doctrina oficial* y punto de referencia de todas las construcciones posteriores:

«El Movimiento que hoy nosotros conducimos... ha tenido, por tanto, diferentes etapas.

La primera de estas etapas, a la que podríamos llamar ideal o normativa, es la que se refiere a todos los esfuerzos seculares de la Reconquista española para cuajar en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica, un Imperio cristiano, fue la España que dio la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra historia.

La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista. O sea: cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España, se dio en el siglo pasado, con las guerras civiles, cuya mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal —representada entonces por los carlistas— contra la España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales. Esa etapa quedó localizada y latente en las breñas

de Navarra, como embalsando en un dique todo el tesoro espiritual de la España del XVI.

La tercera etapa es aquella que denominaremos presente o contemporánea, y que tiene a su vez diferentes esfuerzos sagrados y heroicos, al final de los cuales está el nuestro, integrador.

Primer momento de esta tercera etapa fue el régimen de D. Miguel Primo de Rivera. Momento puente entre el pronunciamiento a lo siglo XIX y la concepción orgánica de esos movimientos que en el mundo actual se han llamado "fascistas" o nacionalistas.

El segundo momento —fecundísimo, porque arrancaba de una juventud que abría puramente los ojos a nuestro mejor pasado apoyándose en la atmósfera espiritual del tiempo presente— fue la formación del grupo llamado JONS (...), el cual fue pronto ampliado e integrado con la aportación de Falange Española, y todo él asumido por la gran figura nacional de José Antonio Primo de Rivera, que continuaba así, dándole vigor y dimensión contemporánea, el noble esfuerzo de su padre, e influyendo en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos que permanecieron hasta el 17 de julio, y aun hasta hoy, en agrupaciones también movidas por un noble propósito patriótico.

Ésta era la situación de nuestro Movimiento, en la tradición sagrada de España, al estallar el 17 de julio, instante ya histórico y fundamental, en que todas esas etapas, momentos y personas influyeron para la lucha común.

Ante todo: Falange Española de las JONS, con un martirologio no por reciente menos santo y potente que el de los mártires antiguos históricos, aportaba masas juveniles y propagandas recientes que traían un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente, y una promesa de plenitud española.

Navarra desbordó el embalse, acumulado tenazmente durante dos siglos, de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local ni regional, sino al contrario: universalista, hispánico e imperial, que se había conservado en aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse; portando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria.

Otras fuerzas y elementos encuadrados en diferentes organizaciones y milicias, también acudieron a la lucha»[9].

Todos fascistas y todos tradicionalistas, pues. Aunque para ello hubiese que reducir el fascismo de Falange a mera «atmósfera espi-

[9] Probable alusión a Acción Española, que *sorprendentemente*, a pesar de no tratarse de un partido político, fue la única entidad oficialmente invitada a incorporarse a FET de las JONS. Véase Eugenio VEGAS LATAPIE (1987), pp. 254 y ss.

ritual», «propagandas recientes», «estilo nuevo» y «formas nuevas, vigorosas y heroicas»; o elevar el tradicionalismo —además de a las *peñas* y *breñas*— a la categoría de universalista e imperial. Pero ésta sería en cualquier caso la *doctrina oficial*. Una doctrina oficial que no permitiría ya a los falangistas, por ejemplo, aquel modo equidistante de aproximación a los conflictos civiles del siglo XIX que veíamos en los *padres fundadores* o el más mínimo alejamiento del ideal católico. Pero que al mismo tiempo, conviene no olvidarlo, iba a tomar como ideología igualmente oficial los muy fascistas veintiséis, que ya no veintisiete, puntos de Falange [10].

La *unificación* ideológica iba a resultar a la postre tan fallida como la política. O, por lo menos, sumamente conflictiva. Lo que se iba a producir de hecho era un equilibrio inestable caracterizado por la existencia de *territorios compartidos* que eran al mismo tiempo *territorios en disputa*. Tales eran el fascismo y el Imperio, como temas propios del discurso falangista, o la tradición y la religión, como aquellos más próximos al discurso tradicionalista o al neotradicionalista de Acción Española. Territorios compartidos, porque todos eran ahora fascistas e imperiales, tradicionalistas y católicos. Pero territorios en disputa, porque cada uno de los sectores en liza intentó detentar el monopolio en la interpretación de los temas que le eran propios al tiempo que apropiarse, distorsionándolos, de los que le habían sido inicialmente ajenos. *Territorio* compartido y disputado sería también Menéndez y Pelayo que hubo de introducirse en una genealogía falangista de la que, con la excepción de Onésimo Redondo, había estado fundamentalmente ausente. Y lo sería también el siglo XVI —el gran culmen, para todos, de la historia de España— y la Contrarreforma. Más adelante veremos cómo también fue territorio compartido y en disputa, aunque fuera de forma latente e intermitente, el problema nacional en esa doble vertiente que hemos considerado de la defensa a ultranza de la inquebrantable unidad de España y su reconocida pluralidad.

Bien dotadas y preparadas para esta conflictiva disputa de territorios ideológicos estaban las gentes de *Acción Española*. Mal que

---

[10] El punto 27, víctima, él mismo, del decreto de unificación, decía lo siguiente: «Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final para la conquista del Estado gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio».

bien, la revista había cumplido aquella función de construcción de una doctrina contrarrevolucionaria coherente y con capacidad de influir que algunos de sus hombres habían parecido añorar en 1931. Se habían inspirado para ello directamente en la Acción Francesa y en el también maurrasiano Integralismo portugués, sin que faltase la contribución de los nacionalistas italianos integrados en el partido fascista o del fascismo mismo [11]. Desde luego esto no quiere decir que el nacionalismo de Acción Española fuese punto por punto como el de su homólogo francés. Pero le debía mucho [12]. Sobre todo, era un nacionalismo del mismo tipo. Lo decía un editorial de la revista, en el que se ponía tanto cuidado en afirmar el propio nacionalismo como en diferenciarlo de otros: «Nosotros somos nacionalistas, pero hay también nacionalismos distintos al nuestro» [13].

Los otros nacionalismos, los *malos,* eran el secesionista o separatista de las nacionalidades, fundado además —se decía— en el principio roussoniano democrático y aquel que conducía a la divinización pagana de la patria, y aquí la alusión a los fascismos parece clara. Por el contrario, el nacionalismo propio, el bueno, descansaría

---

[11] Raúl MORODO (1985), pp. 92-114 y Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (1998), pp. 157 y ss.

[12] *Acción Francesa, Integralismo Lusitano, Asociación Nacionalista Italiana* o *Acción Española* eran partidos o grupos *nacionalistas* que como tales se definían y eran identificados en las primeras décadas del siglo. La influencia del primero de ellos, *Acción Francesa*, sobre todos los demás de esta *familia ideológica* era incuestionable, pero eso no quiere decir que, como ocurría, por ejemplo, entre los distintos movimientos fascistas, no hubiera diferencias importantes entre ellos. Así se podría constatar el menor reflejo decadentista y mayor impulso imperialista del italiano respecto del francés, o como apunta González Cuevas, el mayor peso del componente católico y un cierto rechazo del positivismo maurrasiano en el español. Pero no hay duda de que en todos los casos nos hallamos ante una suerte de modernidad reaccionaria construida contra los valores de la Ilustración y la Revolución francesa y que apuesta por el corporativismo de raíz católico-medievalista, el trono y el altar. Véase sobre el nacionalismo italiano, el clásico de Franco GAETA (1981). Sobre las filiaciones, semejanzas y diferencias entre el nacionalismo italiano y los europeos, especialmente el francés, véase Pierre MILZA (1993) y Daniel J. GRANGE (1993), así como Giovanni BUSINO (1981). Para las reflexiones sobre la especificidad española, Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (1998), pp. 157 y ss., y del mismo (2000), pp. 307 y ss.

[13] «Para reforzar nuestro patriotismo buscamos ejemplos en nuestro pasado y en los otros países donde mejor puedan aprovecharnos. No vemos razón para exceptuar a Francia». «Nuestro Nacionalismo», *Acción Española*, núm. 35, 16 de agosto de 33; citamos por *Antología, Acción Española,* núm. 89, marzo de 1937, pp. 63-72. Raúl MORODO (1985), p. 177, atribuye el artículo a Vegas Latapie.

ante todo en la religión, para imponerse, siempre desde los valores y principios católicos, a cualquier otra prioridad:

> «Acción Española no ha dejado un solo día de afirmar y sostener la dependencia y subordinación de todo orden o agrupación políticos a un orden religioso y moral, que es el sustentado por la Iglesia Católica. Al afirmar su nacionalismo, proclama la prioridad de España con respecto a los demás valores humanos; y al decir que su nacionalismo es *integral* quiere significar que, por amar y servir a España, desea *todas* las instituciones que sean precisas para garantizar la prosperidad de la patria dentro de un marco de justicia y caridad».

Nacionalismo católico o nacionalcatolicismo, pero nacionalismo explícito y consciente, que venía a demostrar el largo camino recorrido por la contrarrevolución española en la línea de apoderarse del fenómeno nacional [14]. Más claro lo decía incluso un tradicionalista como Víctor Pradera, colaborador también de *Acción Española*: «La Nación no tiene superior en su género; la evolución de la persona social lo ha puesto de manifiesto. Su fin es el destino humano temporal». No sólo. Si existía la nación existía también la soberanía nacional: «La Nación, pues, es soberana; y, en consecuencia, existe la soberanía nacional». Bien que ésta hubiese de subordinarse a una «norma superior y anterior a ella». Pero no deja de ser significativo que en esta abierta reivindicación de la soberanía nacional Pradera fuese a apoyarse en Vázquez de Mella, para negar que el principio de la soberanía nacional tuviera algo que ver con la Constitución de 1812, o en Maurras, para denunciar el «morbo democrático» como un corrosivo de la nación misma [15].

Incluso Maeztu, propenso a hacer protestas en sentido contrario, daba muestras de un acendrado nacionalismo hispano [16]. Cierto es

---

[14] Tampoco el término nacionalcatolicismo es exclusivamente español. De hecho ha podido ser utilizado también para designar al nacionalismo francés de línea maurrasiana. Cfr. Pierre BIRNBAUM (1993).

[15] Víctor PRADERA (1945), pp. 64-78.

[16] José Luis VILLACAÑAS (2000), p. 393. No parece muy convincente el esfuerzo de Blas Guerrero de rebajar los mimbres nacionalistas de Maeztu contraponiéndolos a su «patriotismo militante» o «espiritual» y recordando las prevenciones de Maeztu hacia todo nacionalismo con ribetes revolucionarios o estatistas como podía ser el fascista. Cfr. Andrés DE BLAS GUERRERO (1993). Desde mi punto de vista, este tipo de aproximaciones que toma por su valor facial las negaciones nacionalistas de los nacionalistas

que para éste la patria era ante todo un espíritu, una comunidad espiritual con un alto contenido universalista: «La patria se hace [...] con gentes y con tierra, pero la hace el espíritu y con elementos también espirituales. España la crea Recaredo al adoptar la religión del pueblo. La Hispanidad es el Imperio que se funda en la esperanza de que se puedan salvar como nosotros los habitantes de las tierras desconocidas» [17]. Pero cierto también que en ese nacionalismo, que tiene un fuerte contenido defensivo frente «a un peligro de disolución», alienta también la pretensión de hacer de la Hispanidad uno de los «centros nodales del mundo» [18]. El colofón estaba, en cualquier caso, claro: no había nación sin espíritu y éste había de ser necesariamente católico. No había lugar alguno para la tolerancia.

No es de extrañar que para este nacionalismo esencialmente contrarrevolucionario, católico, excluyente y defensivo lo fundamental pareciera haberse conseguido en abril de 1939. Una España libre de rojos, separatistas, liberales, demócratas, masones, institucionistas y anticlericales equivalía casi al cumplimiento de su programa. Máxime cuando de la guerra habían surgido como baluartes fundamentales de la nueva España los dos grandes puntos de referencia de este sector, el Ejército y la Iglesia. España era más católica que nunca y la Iglesia tenía un poder y una presencia superior a las de cualquier otro momento en los dos últimos siglos. Se podía esperar más. Se podía esperar a que se desarrollase un tejido más o menos corporativo o que el régimen fuese institucionalizándose. Pero esto ya vendría. Se podía esperar lo fundamental, la restauración de la Monarquía, pero esto ya vendría también en su momento, no había prisa. José Pemartín lo había expresado perfectamente en la *Antología de Acción Española* publicada en marzo de 1937 con «Un autógrafo de S. E. el Jefe del Estado» y la «Bendición del Primado», el cardenal Gomá. Escribía Pemartín:

«Después de la victoria... nuestro ilustre Caudillo Franco, como representante y cabeza de este Ejército invicto, que ha sido el principal autor

---

de la época conduce a la mayor de las paradojas: Maeztu, director de una revista que se definía como nacionalista, no era nacionalista, mientras que los fascistas afirmaban no ser nacionalistas en gran parte para diferenciar su nacionalismo del de las organizaciones *nacionalistas* del tipo de Acción Francesa, el Integralismo Lusitano, la Asociación Nacionalista Italiana o Acción Española.

[17] Ramiro DE MAEZTU (1938), pp. 235-243.

[18] Íd., pp. 279 y 290.

de la salvación de España —y es el representante puro y genuino del espíritu español—, a nuestro modesto entender, *deberá continuar su patriótico sacrificio, empuñando firme el timón del Poder todo el tiempo que fuera necesario.* Así podrán hacer Franco y el Ejército, que España, después de haber ganado la guerra, consiga también ganar la paz. Sólo el Ejército, por el derecho que le da su sangriento y heroico sacrificio, y por el deber que le impone su acendrado patriotismo y su pura imparcialidad, será capaz *asumiendo el Poder durante la etapa que sea precisa,* alcanzar la pacificación de los españoles...» (cursivas mías, ISC) [19].

Sin embargo, como decíamos más arriba, este nacionalismo no estaba solo. Debía lidiar con las pretensiones del revolucionarismo falangista, precisamente con el objetivo de estabilizar la situación en la forma propuesta por Pemartín. Lo que significaba, por supuesto, entrar en la liza de los territorios compartidos y de los territorios en disputa. El fascismo del que todos se reclamaban con mayor o menor entusiasmo, era uno; el Imperio, tan ansiado por la propaganda falangista, era otro; el vértice del siglo XVI, común a ambos, era el tercero. Para los hombres de Acción Española, el siglo XVI, precisamente, se iba a convertir en el gran referente para apropiarse, distorsionándolas, de las nociones de fascismo e Imperio. La idea clave era que en el católico siglo XVI se hallaba la única forma posible del nacionalismo español, la esencia de la nacionalidad española. Como afirmaba José Pemartín, «lo que no se puede ser es *nacionalista español* si no se es [...] "Católico siglo XVI". Porque en esto último está [...] la esencia de nuestra personalidad» [20]. Más aún, el siglo áureo español constituía, por católico e imperial, la mejor formación política e ideológica que hubiera conocido la historia de la humanidad, comparable, por tanto, aunque superior, al fascismo del siglo XX.

El Siglo de Oro, en efecto, había que asumirlo íntegramente —decía Pemartín— como un todo, y en todos sus componentes, como algo «fundamentalmente católico, fundamentalmente monárquico, fundamentalmente militar, fundamentalmente cristiano-social» [21].

---

[19] José PEMARTÍN, «España como pensamiento», *Acción Española*, núm. 89, marzo de 1937, pp. 365-407, especialmente p. 405.

[20] José PEMARTÍN (1937), p. 47.

[21] Ni cabía forma alguna de interpretación alternativa: «Cualquier cosa que se haga que no acepte íntegramente estos fundamentos de la Tradición Nacional Española —que

Esto y no otra cosa habría de ser el verdadero fascismo español. Si Mussolini había hecho el elogio de la Tradición, entonces, puntualizaba Pemán, no había hecho sino darle la razón a Carlos V, Felipe II y los carlistas [22]. Si Mussolini había escrito que el fascismo era una concepción religiosa, entonces el fascismo español, afirmaba Pemartín, era perfecto y absoluto, puesto que era «la Religión de la Religión» [23]. El siglo XVI español, en suma, en su perfección, habría sido fascista:

> «Los fascistas italianos o Alemanes no han inventado nada para nosotros. España fue fascista con un avance de cuatro siglos sobre ellos. Cuando fue una, grande, libre y verdaderamente España, fue entonces, en el siglo XVI, cuando identificados Estado y Nación con la Idea Católica Eterna, España, fue la Nación Modelo, el Alma Mater de la Civilización Cristiana y Occidental» [24].

Pero se trataba, sobre todo, de mostrar que aquel supuesto fascismo español del siglo XVI era muy superior al del siglo XX, al italiano y al alemán. Lo expresaba a la perfección Vegas Latapie cuando afirmaba: «La compenetración total entre gobernantes y gobernados la logró Felipe II en la comunión colectiva de unos mismos ideales religiosos, en tanto que Hitler y Mussolini la persiguen en nombre de ideales patrióticos siempre inferiores a aquéllos». Catolicismo y Monarquía, Trono y Altar, la España del siglo XVI, habrían anticipado y superado lo que había de aceptable en el fascismo: «En el Estado católico y monárquico español del siglo XVI se encuentra todo lo que tienen de aceptable las instituciones que hoy admiramos en Alemania e Italia, pero estabilizadas y superadas» [25].

---

no son incompatibles con el Falangismo, sino al contrario— fracasaría; porque no sería Español ni sería Nacional». Íd., p. 61.

[22] José María PEMÁN (1939), II, p. 212.

[23] José PEMARTÍN (1937), p. 70.

[24] *Ibid.* De que el «fascismo» de Pemartín era un artefacto inventado contra el propio y real fascismo, el falangista, debían ser muy conscientes los dirigentes del partido. El subsecretario del Ministerio del Interior, siendo Pemartín Jefe del Servicio de Enseñanza Media y Universitaria del Ministerio de Educación, ordenó en febrero de 1939 la retirada de todos los ejemplares del libro. Alicia ALTED VIGIL (1984), p. 70.

[25] Eugenio VEGAS LATAPIE, «Romanticismo y democracia», *Acción Española*, núm. 87 (1936), pp. 356 y 359. Pemartín llevaría el argumento al límite, por no decir al ridículo, hasta apreciar en Hitler nada menos que una rectificación de la vieja Alemania a favor

La insistencia en la realidad católica y monárquica de la España del siglo XVI permitía contemplar el Imperio de la época desde una perspectiva fundamentalmente católica y misional, obviando toda posible implicación respecto del presente. No es casualidad, pues, que el tema del imperio fuera apenas tratado a lo largo de la Segunda República en las páginas de *Acción Española* [26]. La noción más aproximada a la historia del Imperio español y a la idea de imperio, la de Hispanidad, tal y como la había defendido Maeztu, carecía de proyección imperialista alguna. Ni material, ni racial, ni siquiera geográfica, la Hispanidad era puramente espiritual: «es en el espíritu donde hallamos al mismo tiempo la comunidad y el ideal» [27].

Por esa razón, cuando el Imperio se convirtió en el otro gran territorio compartido y en disputa, los hombres de Acción Española pudieron asumirlo con la misma intención y desparpajo con que habían asumido el del fascismo; es decir, para *reinventarlo* según sus propios postulados y objetivos. Una invención que consistía fundamentalmente en reducir la noción de imperio a los mismos contenidos espirituales que había asignado Maeztu a la Hispanidad. Para Pemán, por ejemplo, el imperio podía ser una simple proyección espiritual o cultural sin implicar conquista o expansión alguna: «Esto de salir fuera de sí misma e influir en las otras es lo que se llama, con palabra que ahora se repite mucho, Imperio. El Imperio no es preciso que sea conquista militar de otras tierras; puede ser también dominio o influencia de nuestra fe; nuestra sabiduría o nuestro espíritu en otros pueblos y gentes» [28]. Y Pemartín aludía elusivamente a los cometidos exteriores de España:

«Un *cometido político* que puede consistir en aportar a la Civilización de Occidente Instituciones Ejemplares, volver a ser Maestros políticos, como

---

de las tesis de la católica España: «Por eso cuando la Alemania de hoy se alza, guerrera admirable, al frente de una heroica Cruzada contra el Bolchevismo, resulta algo contradictoria e inconsecuente con ella misma. Porque el Bolchevismo nació en Eisleben con Lutero. Así que en realidad, cuando en la gloriosa guerra redentora que la valiente Alemania se verá obligada a emprender contra Rusia, las invencibles legiones de Hitler arrollen a la horda mongólica bolchevique, lo que harán esos bravos soldados de Alemania es terminar aquella batalla de Mühlberg, comenzada hace justamente cuatro siglos, por España. Pero terminarla del "buen lado"». José PEMARTÍN (1937), p. 42.

[26] Cfr. Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA (1992), pp. 999-1030.

[27] Ramiro DE MAEZTU (1938), p. 56.

[28] José María PEMÁN (1939), I, p. 49.

lo fuimos en la Época gloriosa de nuestro apogeo. Un *cometido cultural de transmisión* a las demás Naciones y de *convivencia* con las jóvenes Naciones de Sud-América —con las que nos es común— del espíritu inmortal de nuestra Católica Cultura»[29].

Ésa era, en última instancia, la naturaleza del nacionalismo de Acción Española. Un nacionalismo de *statu quo*, puramente defensivo y orientado hacia el interior. Un nacionalismo cuyas casi obsesivas referencias a la España del siglo XVI y al Imperio Católico español de la época parecían más orientadas a combatir las ansias revolucionarias e imperiales de los falangistas que a fundamentar política alguna que pudiera proyectarse, si no era por motivos defensivos, más allá de las fronteras. Un nacionalismo, también, que, salvado el escollo de la reapropiación católica, monárquica y tradicionalista de las nociones de fascismo e imperio, podía seguir descansando coherentemente en su propia genealogía contrarrevolucionaria, de Donoso a Balmes y de éste a Menéndez y Pelayo o Vázquez de Mella. Una genealogía de la que quedaban excluidos, por definición, los denostados herejes del 98 —salvo el *converso* Maeztu— y muy especialmente Unamuno y Ortega[30].

PÁGINAS DE INCERTIDUMBRE Y RECOMPOSICIÓN

Bastante más difícil era desde el punto de vista que consideramos la posición del ultranacionalismo falangista. Para ellos, la aniquilación

---

[29] José PEMARTÍN (1937), p. 14. Nótese, por otra parte, el contenido puramente retórico del autor cuando de abordar problemas «imperiales» se trata: «(España) Consciente del material humano insuperable de su Ejército —el mejor del mundo—, de su gran potencialidad económica, de la altura y nobleza de su Destino, puesta su Fe secular en Dios, volverá a asumir su puesto imperial. Será el fuerte y principal Pilar de la Latinidad Cristiana Mediterránea, vencedora de la Revolución satánica y del Bolchevismo, y la Cabeza Imperial de la Antifictionía de los Estado Hispanos del Atlántico». Íd., p. 428.

[30] La única excepción al respecto la constituyó otro *converso*, éste orteguiano pero pasado con armas y bagajes a un nacionalcatolicismo de la Hispanidad, que, sin embargo, quería enlazar sin exclusiones, con las dos grandes tradiciones del nacionalismo español, Manuel García Morente. Así, en una de sus conferencias pronunciadas en Buenos Aires en 1938 —*Orígenes del nacionalismo español*—, García Morente situaba el punto de partida de dicho nacionalismo en la gran reacción de 1898, para incluir en él a Menéndez y Pelayo y Ganivet, Unamuno, Azorín y Baroja, Ramón y Cajal y Ortega. Cfr. Gonzalo REDONDO (1999), pp. 39-55.

del enemigo democrático y obrero era sólo el primer paso de un proyecto revolucionario e imperial. Un primer paso que para otros, como acabamos de ver, era prácticamente el último. Pero ahora, justo en este momento, ellos, que eran los genuinamente fascistas, veían los intentos de la derecha de apropiarse de una noción de fascismo que casi les relegaba a la categoría de auxiliares técnicos de la tradición[31]. Ellos, que habían hecho del imperio la base y norte de su proyecto de construcción nacional y revolucionaria veían cómo se intentaba reducirlo a un mero asunto *espiritual*. No era mejor la perspectiva cuando se trataba de apropiarse por su parte de los territorios en disputa que venían del otro lado, del catolicismo y la tradición especialmente. Habían denostado por reaccionario e ineficaz al tradicionalismo decimonónico para meterlo, al par que a los liberales, en el saco del estéril siglo XIX. Habían rechazado la confesionalidad del Estado y ahora estaban ellos mismos *confesionalizados*.

Ahora debían de alguna forma invertir el proceso. Lo que no era fácil. A diferencia de lo que había hecho la gente de Acción Española que no había tenido problema alguno en llevar su fascistización hasta un intento de apropiación del fascismo mismo, los falangistas se habían pasado la vida, por así decirlo, intentando desmarcarse de todo el pensamiento reaccionario tradicional. Por si fuera poco, tenían el gran inconveniente de que el grueso de su genealogía nacionalista podía considerarse de todo menos católica y tradicionalista. Ellos, los nietos del 98 que habían forjado su ultranacionalismo en un proceso de absorción-rechazo de las ideas de Unamuno y Ortega, se encontraban súbitamente con que éstos entraban de lleno en la categoría de los herejes y anticatólicos[32]. Por paradójico que pueda parecer, con la desaparición de la España laica y liberal, los fascistas españoles habían perdido, o estaban a punto de hacerlo, algunos de sus más preciados referentes culturales, ideológicos y nacionales. Por si fuera poco, a la muerte de los José Antonio Primo de Rivera, Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma, hubo que sumar enseguida la pérdida de algunos de los más radicales seguidores de Hedilla. No eran

---

[31] Como había escrito Pemartín, «La Falange ha de ser, pues, en España la Técnica del tradicionalismo». José PEMARTÍN (1937), p. 65.

[32] No eran sólo condenas retóricas. En marzo de 1942, por ejemplo, el cardenal primado Enrique Plá y Deniel publicó un decreto por el que se prohibía, «por las reglas generales del derecho canónico», la obra de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*. Álvaro FERRARY (1993), pp. 187-188.

desde luego las mejores condiciones para afrontar todo un proceso de reconstrucción ideológica.

Una clara demostración y concreción de los cambios experimentados por el país y la Falange misma la constituyeron las publicaciones del partido en la capital de Navarra. A la cabeza del que se autodenominaría como primer diario nacionalsindicalista o primer diario de Falange, *Arriba España*, como a la de *Jerarquía. La revista negra de la Falange*, se encontraba Fermín Yzurdiaga, el «cura azul». Entre los colaboradores más destacados de estas publicaciones estaban Ernesto Giménez Caballero, que vivía por entonces el momento dulce de su destacada participación en el proceso unificador y un Eugenio d'Ors, *maestro* para casi todos ellos, que se incorporaba por entonces a las filas de Falange. Menos conocido, aunque sólo por poco tiempo, era un joven doctor católico, Pedro Laín Entralgo, también de reciente incorporación al partido. Otra joven promesa, amigo del último, era Juan López Ibor, quien no tardaría en aproximarse a los grupos monárquicos[33]. Era, sin duda, otra Falange, mucho más católica, y aun clerical, que la de preguerra o de aquella de los Hedilla y compañía que hubo de inclinarse ante los nuevos poderes en la Salamanca de abril de 1937.

Pero era también una Falange que se pretendía social y revolucionaria. Desde este punto de vista, no dudaba, por ejemplo, en polemizar con *Diario de Navarra* por el rechazo manifestado por este diario a propósito de la política de incorporación a la nueva España de los obreros que habían pertenecido en el pasado a los sindicatos de clase[34]. La propia e incuestionable catolización del partido, por otra parte, exigía más que obviaba, la necesidad de situarse ante las otras organizaciones católicas, así como ante los precedentes laicos y seculares del nacionalismo fascista. En ambos campos desempeñaría un papel más que notable Pedro Laín.

En lo que respecta al primero, el católico y neofalangista Laín emprendería una tarea que no abandonaría en muchos años: la de conciliar fascismo y catolicismo. En estos primeros momentos nos hallamos, no obstante, más ante el católico recién llegado al falan-

---

[33] Cfr. Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), pp. 191 y ss. Véase también José ANDRÉS-GALLEGO (1997), especialmente el capítulo III, «El proyecto político» de *Arriba España* y *Jerarquía*, pp. 67-130, y Álvaro FERRARY (1993), pp. 78 y ss.

[34] «Tenemos razón, otra vez más», *Arriba España*, 16 de enero de 1937.

gismo que quiere trasladar a sus correligionarios católicos el mensaje de la buena nueva falangista que ante el falangista revolucionario que es *también* católico. No casualmente, en este período de transición personal el discurso de Laín se apoyará en el mensaje de los que por entonces reconoce como sus maestros, Eugenio d'Ors y sobre todo el luego más olvidado Giménez Caballero. En una de sus primeras reflexiones, Laín parece apostar por un catolicismo abierto, no encerrado en sí mismo, dispuesto a reconocer la conveniencia incluso de la herejía[35]. Pero no se trata, contra lo que pudiera entenderse, de ningún tipo de apertura democrática, liberal o conciliadora. Todo lo contrario. Lo que hace Laín es invitar a los católicos a reconocer la verdad allá donde ésta se encuentra, aunque fuera en «manos paganas», lo que, en el lenguaje de los tiempos, quería decir en el reconocimiento de las aportaciones de sentido fascista. O, al menos, de un catolicismo incómodo y vitalista, alejado de toda intelectualidad fría y dispuesto a vivir en peligro. Un catolicismo muy próximo, en suma, a lo que caracterizaría en otra de sus primeras publicaciones como el estilo de la Falange[36].

Vitalismo y valores fascistas, así como la idea nuclear de que el «destino universo y eterno» de España era constituir el «brazo diestro de la Roma Cesárea y de la Roma Cristiana»[37], serían los dos ejes en los que Laín se iba a apoyar para someter a crítica implacable a las organizaciones y prácticas católicas, al tiempo que le permitían reivindicar una especie de totalización católica falangista. Para Laín, el catolicismo de los universitarios españoles durante la República habría sido «flojo y cortesano»[38], como habría sido «enclenque y caduco» el catolicismo español del último siglo y medio y un «liberalismo de tufos devotos» el de las asociaciones profesionales católicas decimonónicas[39]. La misma Acción Católica constituía otra

---

[35] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Sermón de la tarea nueva. Mensaje a los intelectuales católicos», 1 (1936), pp. 33-51.

[36] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange», *Jerarquía*, núm. 2 (1937), pp. 164-170.

[37] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Lo católico. 2. Dolor y enmienda de la enseñanza católica», *Arriba España,* 7 de febrero de 37; y «Lo católico. 4. El pensamiento de la Acción Católica», Íd., 7 de marzo de 1937.

[38] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Itinerario de la juventud española», *Arriba España*, 14 de enero de 1937.

[39] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Lo católico. 1. Raíz y sentido de las organizaciones católicas», *Arriba España*, 31 de enero de 1937.

deformación liberal del catolicismo; deficiente y mal orientada, habría padecido un «déficit de vigor combativo, de pasión joven, de "forma deportiva"» [40]; al olvidar toda mística propagandística y «anhelo de irracionalidad», había inoculado a los jóvenes una «especie de pacifismo elegante, solícito y uniforme ahogando sus ímpetus de acción decidida y violenta» [41]. Ni siquiera los bienintencionados esfuerzos de Herrera por trasladar a España el ejemplo de la «Democracia Cristiana» belga, habrían dado resultado positivo alguno y todo habría quedado en el populismo de Acción Nacional, carente de «médula combativa, sin impulso juvenil católicamente revolucionario», incapaz de captar lo genuinamente español [42].

La solución de Laín era previsible, dado el tenor de las críticas formuladas: un catolicismo militante, revolucionario, lleno de vida, juventud, ardor y pasión. Un catolicismo dispuesto no a reivindicar una Universidad católica, sino a conquistar la estatal; dispuesto no a apoyarse en «dómines de catequesis», sino a ser dinamizado por Falange. Un catolicismo, en suma —y aquí la totalización falangista católica—, que lejos de «arremansarse en el pantano» de estrechas asociaciones profesionales, recobrase el carácter «enterizo y misionero» de los días imperiales para derramarse a través de «los grandes sindicatos del Estado nacionalsindicalista» [43]. Una solución, al fin, que venía de los tiempos del Imperio —y de Giménez Caballero, podíamos añadir: «Cesarismo católico de Carlos y Felipe, en el pasado. En lo porvenir, solución inédita (pero segura: nos lo canta en la entraña nuestra fe de católicos y de españoles) que reserva al mundo el nacionalsindicalismo católico español, clave de la espiritualidad nueva» [44].

Ni nacionalcatolicismo, ni nacionalsindicalismo a secas, sino nacionalsindicalismo católico. Ésta era la síntesis a la que podía llegar el católico, recién converso al falangismo, que parecía encontrar en

---

[40] Pedro Laín Entralgo, «Lo católico. 4. El pensamiento de la Acción Católica».

[41] Pedro Laín Entralgo, «Lo católico. 5. La acción en la Acción Católica», *Arriba España*, 21 de marzo de 1937.

[42] Pedro Laín Entralgo, «Nacimiento y destino de tres generaciones. La generación de anteguerra: Herrera», *Arriba España*, 4, 10 y 11 de julio de 1937.

[43] Pedro Laín Entralgo, «Lo católico. 1. Raíz y sentido de las organizaciones católicas».

[44] Pedro Laín Entralgo, «Nacimiento y destino de tres generaciones. La generación de anteguerra: Herrera», *Arriba España,* 11 de julio de 1939.

la más conservadora de las construcciones fascistas durante la República, la de *Genio de España,* la principal referencia. A esta primera aproximación seguirían, como veremos, otras en las que se podrá apreciar cómo este equilibrio inestable se iría decantando del lado nacionalsindicalista. Pero conviene tener en cuenta que ya en estos momentos el nacionalismo católico de Laín difería del de Acción Española en, al menos, tres aspectos sustanciales. Primero, el de la aludida totalización falangista-católica que convertía al partido en el eje de toda actividad pública. Segundo, en el de imputar a la propia Acción Española la carencia de una visión revolucionaria del problema español que había bloqueado su aproximación al pueblo y la juventud. Tercero, y fundamental, la muy fascista voluntad de Laín de incorporar en la grande y nueva Cultura Nacionalsindicalista todo «lo mejor o lo único bueno» de cada una de las grandes corrientes de la cultura española del siglo XX, la de *Acción Española* y la de *Revista de Occidente*, la del comunismo ortodoxo y la del anarquismo «racial o celtibérico»: «La más pura catolicidad de la tradición; la anchura universa del europeísmo; el ansia de pan del comunismo (nosotros no hacemos nuestra Revolución invocando *sólo* pan, pero sí invocando *también* pan); y la vitalidad primera del ímpetu celtibérico»[45].

Esa voluntad de integración obligaba también a situarse ante aquellas fuentes del nacionalismo español sobre las que los padres fundadores de Falange habían construido su propio ultranacionalismo: la «generación del 98» y Ortega. No serían precisamente tiernas algunas de las primeras referencias de la prensa falangista durante la guerra civil a aquella generación:

> «Es norma de esta generación audaz —se decía en *Arriba España*— el calificar duramente a aquella del 98... Somos violentos y ellos eran el caso clásico del burro apaleado. Luchamos por vivir y morimos por más alta vida y ellos se paran a contemplarla. Por eso Azorín gusta de sentarse en las estaciones del Metro para ver pasar el bullicio proletario y estudiantil, a la vuelta del trabajo. Y no es capaz de oler aquel sudor de cuerpos al sol y el barro y aquella fuerte cultura imperial a que aspiran los estudiantes. Hace ya tiempo que nuestro paladar resolvió en asco la duda del 98. Fue demasiado zafio su dolor y su homenaje a Larra y sus cursis rosas del huerto

---

[45] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Cuatro polos y cuatro dimensiones», *Arriba España*, 6 de octubre de 1937.

de Rostand. Y todavía más zafia la consecuencia: el 14 de abril lleno de banderitas y de manifestantes en tranvía... Sólo queremos que se salve don José Ortega y Gasset. Tiene testa de romano y puede dejar, por primera vez, que cante su sangre la canción que no dejó decir a su rosa.... Mitad inapetentes, mitad ambiciosos de ser malos en el concepto burgués de la palabra. Y ni fueron calaveras ni dejaron su calavera quebrada con gloriosa herida»[46].

Tampoco Laín había sido especialmente benevolente en algunas de sus primera alusiones a los «maestros sabios y traidores», Unamuno, Ortega y Marañón, entre otros[47]. Pero había matices. En la condena global que hemos visto más arriba, por ejemplo, no había alusión alguna a Unamuno. Y el mismo Giménez Caballero, en uno de sus arrebatados anatemas contra los intelectuales, podía condenar a Ortega a los infiernos parisienses, al tiempo que reivindicar una especie de cadena mística, universal y española, que iba de Platón a Santa Teresa, Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz, parecía continuar por los amantes de la *fatalidad*, Sorel, Nietzsche y Mussolini, y no olvidaba la referencia al místico Unamuno[48]. Fue Laín,

---

[46] «Criterios», *Arriba España*, 16 de enero de 1937. Ignoro quién pueda ser el autor de este texto, aunque pudiera tratarse de Giménez Caballero, toda vez que la referencia a Azorín recuerda extraordinariamente a un párrafo de *Genio de España* (p. 87): «Tiene (Azorín) la gran obsesión del Tiempo. De lo que Pasa. Desde las Nubes a los Regímenes, y al Metropolitano de Madrid. No pudiendo sentarse todos los días sobre un hito de piedra frente a la milenaria ciudad de León, para ver pasar las horas y las cosas, suele en Madrid sentarse en los subterráneos del Metro a ver pasar los trenes, las faces y las prisas. Por eso da "Azorín" en su literatura una sensación tan lírica, tan frágil, tan inane de la vida. "Azorín" ha perdido el paraíso y no sabe si buscarlo allá por las nubes que pasan o por el vaho húmedo de las estaciones plutónicas del "Metro"».

[47] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Itinerario de la juventud española».

[48] Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, «Misticismo frente a intelectualismo en España», *FE. Doctrina Nacionalsindicalista*, 4 de abril de 1937, pp. 151-154. La referencia a Ortega era, en efecto, sangrante: «El mismo tronchamiento de testa y la misma sonrisa ensorbecida advertiríais en aquel pontífice máximo de los "intelectuales equivocados", el señor Ortega y Gasset —hoy derrumbado de su metafísico trono madrileño, en un romántico y bohemio café parisién, de ese París romántico, liberal y progresista de donde salió gran parte de su accidentalismo y equivocada filosofía». Y el artículo concluía así: «¡Allá derrumben, por los cafés bohemios de París, los "intelectuales" sus ladeadas cabezas! Acá nuestra juventud, ¡bien erguidas las suyas!, ofrecen su corazón por ti, ¡oh España!, cantando cara al sol en el combate». Si, como sospechamos, Giménez Caballero es el autor del anterior «Criterios», en el que se salvaba a Ortega —y la común referencia a su *testa* parece confirmarlo—, parece claro que la animadversión a Ortega estaba creciendo por momentos; tanto presumiblemente como su involución franquista y conser-

sin embargo, quien, inaugurando lo que sería una larga serie de aproximaciones a la generación del 98, empezó a reconocer algunos aspectos positivos en ella. En lo fundamental, su carácter precursor y, aunque equivocado, bienintencionado. Podría intuirse incluso aquí una primera desviación del discípulo respecto del cada vez más conservador y acrítico maestro Giménez Caballero.

Para Laín, en efecto, el sesgo amargo, desesperanzado y estéril de los hombres del 98 habría nacido del error de confundir la crítica, más que justificada, del «estado» de España con su propia Historia; del «estar» con el «ser». Lo que les habría conducido a renegar sacrílegamente del ser profundo de España. Pero se trataría de una reacción errónea que en absoluto empañaría su buena voluntad, como lo acreditaría su posterior influencia en la historia de España. Y aquí, frente a posiciones previas por él sustentadas, lanzaría Laín su primer intento de apropiación falangista del noventayocho:

> «Así se acabó renegando del "ser" como resultado de una protesta vital contra el "estar". No niego que esta mixtificación fuese beneficiada por algún malvado —la eterna delgada vena de la heterodoxia patriótica española—, ni que la entonces menguada grey republicana, denegadora sistemática de lo español, sacase de ella ascuas para su sardina. Pero de ello no se deduzca que en aquella reacción torcida no hubo buena voluntad. La prueba está en que fue esa misma masa extraoficial la que dio el primer aliento, veinticinco años más tarde a la Dictadura de Primo de Rivera. Y en que casi ninguno de los jerifaltes del 98 —Unamuno, Maeztu, Azorín, Baroja, Juan Ramón, Valle Inclán, Zuloaga— ha sido un "auténtico" clásico del republicanismo español, y mucho menos del marxismo español. Más de uno ha terminado en postura de ejemplo y de otros cabe esperar última contrición» [49].

Lo que había de errado en los hombres del 98 había conducido a una pérdida de fe en España y en sus destinos imperiales, a un pacifismo estéril, a una vuelta a Europa en busca de soluciones, a una «triste observación morosa del costumbrismo casticista», a una especie de «anarquismo popular». Pero, con todo y con esto, no se podría cuestionar que era precisamente en el 98, donde había

---

vadora. Aunque es posible también que los contemporáneos vientos de la unificación aconsejaran a Giménez distanciarse por completo del viejo maestro.

[49] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Nacimiento y destino de tres generaciones. 2. Revisión nacionalsindicalista del 98», *Arriba España,* 11 de junio de 1937.

que encontrar el origen del nuevo nacionalismo español, de las gestas del presente: «Tristeza, cobardía y error, todo esto vemos los nacionalsindicalistas en el 98; pero agradecemos con viveza a sus hombres un despertar rudimentario, del cual había de salir nuestra guardia erecta y la aguzada vigilia de hoy»[50].

Tras el 98, vendría Ortega, objeto de todos los vituperios de la derecha reaccionaria y de los exabruptos de Giménez Caballero. Librarse de Ortega y su magisterio era si cabe más difícil que del noventayocho. Sobre todo porque buena parte de los falangistas habían sido en uno u otro momento orteguianos. Lo decía en *Jerarquía* Manuel Iribarren: «... pero el futuro habrá de considerarle como precursor del movimiento nacionalista. Los más autorizados propugnadores de este movimiento son discípulos suyos, aunque más tarde hayan renegado de su fe germánica en los destinos propios del pueblo»[51]. Y lo ratificaba el por entonces muy revolucionario fascista Martín Almagro, reproduciendo una vez más el típico «homenaje y reproche» falangista al filósofo, para recordar de paso la fuerte impronta orteguiana en el nacionalismo falangista:

«Nada se ha escrito más fatalista, más duro, más triste para nuestra existencia y destinos históricos. Tal libro —*España invertebrada*, ISC— es la negación más rotunda y genial que se ha hecho de España. Y en él han creído casi todos los contemporáneos de Ortega y Gasset. Y contra él nos hemos rebelado nosotros, la generación actual, que sobre todo "creemos en la suprema realidad de España".

Pero sinceramente hemos de declarar que Ortega nos hizo sentir el latigazo del amor a España. Él nos hizo entrar en la tarea de ir pensando en levantar una España mejor, más justa, más fuerte, más consciente de su vida y de su misión colectiva.

Su libro, sobre todo, es un libro de inquietudes, es un libro que despertó infinidad de almas, que ganó a muchos espíritus para la cruzada de ir sacrificándose para redimir a la Patria. Desde luego, toda la generación de Ortega lo tomó como modelo elevado de crítica y nosotros, la generación siguiente, empezamos a abrir nuestro espíritu hacia la concepción de España por este ensayo del cual luego nos hemos apartado.

Ninguno de los actuales hombres que forman en las filas nacionalsindicalistas y en ellas hacen doctrina, pueden negar que su espíritu se forjó en el yunque de la crítica orteguiana. Nuestro Jefe Nacional José Antonio,

---

[50] *Ibid.*

[51] Manuel IRIBARREN, «Letras», *Jerarquía*, núm. 1 (1936), pp. 122-126.

Giménez Caballero, Montes, Ledesma Ramos, Aparicio, etc., todo son espíritus rebeldes a las creencias orteguianas, pero nacidos a la crítica política al ponerse en contacto con las inquietudes de este hombre. Sin su generación no habría sido posible la nuestra. Sin su "España Invertebrada" no hubiera nacido —renacido— "El Genio de España"»[52].

Iba a ser, sin embargo, una vez más, Laín Entralgo quien intentase llevar a cabo un ponderado balance falangista de la obra de Ortega. En efecto, no se trataría ya tanto de hacer un juicio, por lo demás seguramente prematuro, de la influencia del pensador madrileño, cuanto de poner sobre el tapete lo bueno y lo malo que se podía decir de aquél. Hijo del 98, Ortega habría heredado de sus padres el peculiar amor a España, aunque fuera un amor más intelectual que el de la «trágica pasión unamuniana», y «algo de su brava independencia»; pero también, podría inferirse, la tendencia a confundir el «estar» con el «ser» de España y la subsiguiente propensión a quedarse en el deseo de una España «modesta y eficaz, limitada a llevar con dignidad humilde un puesto segundón en el concierto europeo»[53].

La aportación principal y, a la vez, el problema esencial de Ortega radicarían, sin embargo, en otro sitio, en la concepción de la nación como «una masa organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos» y en su rotundo aristocratismo. Sin embargo, Laín capta muy bien la esencia de la antinomia de Ortega entre su aristocrático desprecio de las masas y su atracción por las mismas:

«He aquí la antítesis orteguiana, su lacerante conflicto interior. Todo un costado de su persona se yergue ante la masa en actitud rigurosamente aristocrática; pocas veces se ha escrito de modo tan elegante y tan rotundo contra lo que hay de vituperable en la democracia como Ortega en "Democracia morbosa", en algún capítulo de "España invertebrada" y en aquel final de "La rebelión de las masas", cuando llega a la conclusión de que lo radical del hombre-masa es su absoluta carencia de raíz moral, su inmoralidad ante todo linaje de deberes. Ello le mueve a erguirse altivamente sobre la inmoralidad y la insipiencia de los más, que se estrellarán un día, insospechadamente, en las torrenteras de la Historia. La otra vertiente de

---

[52] Martín ALMAGRO, «Dos libros y dos generaciones (De Ortega y Gasset a Giménez Caballero)», *FE. Doctrina Nacionalsindicalista*, núm. 4, abril de 1937, pp. 175-185.

[53] Pedro LAÍN ENTRALGO. «Nacimiento y destino de tres generaciones. La generación de la anteguerra», *Arriba España*, 23 de junio de 1937.

Ortega se tiende hacia la masa, pasivo barro amorfo, con pedagógico ademán de escultor. Hasta llegar a ver una vez, cuando el optimismo de su inicial ascensión, ciertas virtudes cardinales en un inexplorado trasfondo del alma española —"lo que España ha hecho, lo ha hecho el pueblo: y lo que el pueblo no ha hecho, se ha quedado sin hacer", dice en "España invertebrada"—: la "gema iridiscente", el "temblor primario del español ante las cosas" que perdurarían, según él, quemando toda la hojarasca tradicional»[54].

Ésa sería la antinomia que Ortega no habría sabido resolver. Como tampoco habría conseguido conciliar lo europeo y lo popular, ni articular satisfactoriamente lo que había en él de «retina europea, conceptos europeos (y) corazón español». Al final, ése sería el gran error, el gran defecto de Ortega, el que imposibilitó su aceptación por el pueblo español:

«falta lo popular, y por ello son las tentativas de Ortega como búsquedas venatorias de lo popular, en las cuales la prestancia exterior oculta la angustia íntima. Pero Ortega no puede "hacerse" con la masa española, por una razón potísima: porque su retina europea, sus conceptos europeos, su ortodoxia religiosa —real, aunque no furibunda— no le permiten "creer" en la masa española ni en su historia, y su corazón español le daba de "lo" español un presentimiento y no una rotunda e inicial creencia. Había en su postura una íntima doblez, y el pueblo, todo el mundo lo sabe, no se entrega a quien no cree de "veras" en él»[55].

En resumen, y el reproche era ahora perfectamente fascista, Ortega había pecado de insuficientemente popular —populista, diríamos nosotros—. Como lo habría hecho también de *adanismo*, en el sentido de pretender edificar una nueva España sin contar con la antigua, la de «Lepanto y Calderón».

Cerramos con esto el cuadro de las aportaciones de Laín en los inciertos tiempos ideológicos de la guerra civil. Exponente él mismo, en su original catolicismo, del cambio verificado en la línea de la profunda catolización de la vida política de la zona sublevada, sus reflexiones parecían ir tanto en esta dirección, contribuyendo a su vez a reforzarla, como en la contraria de integrar todo ello en una perspectiva fascista y totalitaria que debía necesariamente reformu-

---

[54] Pedro LAÍN ENTRALGO. «Nacimiento y destino de tres generaciones. 4. La generación de la anteguerra: Ortega», *Arriba España*, 27 de junio de 1937.

[55] *Ibíd.*

larse. En este sentido, puede apreciarse la existencia de un cierto equilibrio inestable que paradójicamente apuntaba a una resolución en sentido más fascista que el de algunos de los viejos falangistas, como Giménez Caballero.

Algo similar estaría sucediendo con otros dos falangistas de distinta procedencia cuyos destinos iban a converger con el de Laín en el puesto de grandes intérpretes del falangismo revolucionario, Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar. Falangista ya en la etapa republicana, jefe de la Falange de Valladolid, más próximo inicialmente a los llamados legitimistas que a los hedillistas, aupado por Serrano Suñer a la jefatura del Servicio Nacional de Propaganda, Ridruejo estaba llamado a desempeñar un papel crucial en la articulación del nuevo falangismo revolucionario[56]. Fue él quien llevó al antiguo *fueísta* Antonio Tovar a la jefatura del Departamento de Radio del Servicio que dirigía y a Laín a la del Departamento de Ediciones del mismo. Por entonces, Ridruejo no dudaba —contra lo que haría mucho más adelante en lúcidos análisis retrospectivos—[57] en hacer la más fervorosa loa de la entrega de Falange a su Caudillo, aunque fuera para presentar a ambos como el eje inquebrantable de una revolución popular y fascista[58]. Se tratase de un planteamiento sincero o tuviera algo de hacer de la necesidad virtud, lo cierto es que Ridruejo estaba desenvolviéndose en un terreno resbaladizo que no correspondía ya al imaginado por la Falange republicana. No otra cosa sucedía cuando se trataba de enfrentarse a ese binomio tan apresuradamente construido de revolución y tradición. Ridruejo apostaba nítidamente por la revolución frente a conservadores y restauradores; por una revolución necesaria que tras cumplir su fase destructiva —la de la guerra— debería acometer otra, la positiva. Pero tras rotundo planteamiento no podía faltar la pirueta ideológica tendente a aceptar lo otro inevitable —el tradicionalismo— al tiempo que se intentaba

---

[56] Cfr. Joan M.ª THOMÀS (2001), pp. 47-48. Véanse también Manuel PENELLA (1999) y Antonio MACHÍN (1996).

[57] «Con esta especie de golpe de Estado a la inversa (...) se conseguían dos finalidades: se consagraba el carácter negativo, esto es, pasivo y de mera obediencia de la nueva politización suscitada por la guerra y al mismo tiempo se disponía de un esquema formal y de una masa de apoyo para constituir un poder personal fundado en algo más que en la mera jerarquía castrense». Dionisio RIDRUEJO (1962), p. 76.

[58] Dionisio RIDRUEJO, «La Falange y su Caudillo», *FE. Doctrina del Estado Nacionalsindicalista*, núms. 4-5, marzo-abril de 1938, pp. 35-38.

una reapropiación del mismo. ¿En que consistiría la gran revolución española?, se preguntaba. Y se contestaba:

«Aquí entra el capítulo de la Tradición: junto a nuestro ser de revolucionarios tenemos que tener valerosamente y alegremente el orgullo de ser tradicionalistas. Tradicionalista, sí, pero de una manera, tradicionalistas sin obcecaciones y sin pequeñez. Tradicionalistas sin nostalgia de momentos históricos pasados. Tradicionalistas para salvar de entre la polvareda de la Historia, de entre el brillo glorioso de las mejores hazañas, para salvar lo único que tenemos y por lo que han muerto de verdad los hombres de España: la esperanza de poder volver a ser alguna vez»[59].

Había algo de José Antonio Primo de Rivera y de Ramiro Ledesma. Pero también mucho de cuadratura del círculo: sólo se podía ser tradicionalista siendo revolucionario y así, añadía, «ser tradicionalista y ser revolucionario, viene a ser una misma cosa». La tradición era, por supuesto, la de la España de mártires y teólogos, de la vieja y gozosa cumbre del imperio; pero también algo de una tradición eterna de resonancias unamunianas, aunque, eso sí —nuevo brindis a los reaccionarios tradicionales—, bien podada y cribada: «revolucionariamente, cortando por lo sano, negando la posibilidad de continuidades que no existen, negando la posibilidad de entronques de los sin patria, pero acudiendo a esa vena subterránea eterna que hay bajo nuestra tierra, y siendo por nuestra sangre acreedores a ese eterno ser y sentir de España»[60]. Lo único que parecía claro al final era que la revolución era una apuesta de futuro cuyo objetivo sería... «rehacer el pasado»; aunque también —aquí estaba la nota específicamente fascista— un comenzar de nuevo, con materiales frescos y pensando en el futuro, la construcción de la Patria. Revolución y palingenesia, empezaban a dibujarse como líneas de salida del marasmo ideológico. Como lo haría el Imperio, «única forma real de existencia que tiene el pueblo»[61]. No en vano era éste el otro

---

[59] «Revolución y tradición», en *Curso de orientaciones nacionales de la Enseñanza Primaria. Celebrado en Pamplona del 1 al 3 de junio de 1938. Segundo año triunfal*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, v. 2, pp. 322-330, especialmente p. 327.

[60] Íd., p. 328.

[61] Íd., p. 327.

terreno de neta diferenciación respecto de conservadores y reaccionarios[62].

Era la misma perspectiva que seguiría Antonio Tovar, un falangista de orígenes mucho más radicales, «ledesmistas», que, no obstante, debía rendir un tributo similar a la misma ceremonia de la confusión. Desarrollando el tema de «Nación, Unidad e Imperio», en 1938, Tovar no podía dejar de recordar que el origen de la idea moderna de nación se encontraba en la Revolución francesa y que, aunque ello la aproximaba al «pecado de nacionalismo», la idea de «hacer coincidir el Estado con la Nación» y de hacer del segundo un instrumento de la primera seguía siendo válida[63]. En esta misma línea, la declaración falangista de «creemos en la suprema realidad de España», era presentada, sobre todo en sus dimensiones religiosas, de una fe profunda, «hasta cierto punto irracional». Es decir, como una religión de la patria en el más puro sentido fascista. Acto seguido, sin embargo, Tovar introducía la noción joseantoniana de «unidad de destino en lo universal», para diferenciar entre lo que tenía de circunstancial, la lucha contra el separatismo, y lo que tenía de «más profundo y permanente». Si bien esto último parecía quedar tan sólo aludido en referencia al descubrimiento de América y la Contrarreforma o, peor aún, reducido a un carácter complementario respecto de la esencial catolicidad española. El quiebro era notable, sobre todo si se tiene en cuenta que el revolucionario falangista que era Tovar se iba a olvidar de su gran inspirador Ledesma o cualquier otro precedente falangista para remitirse a Menéndez y Pelayo y Maeztu:

> «Por eso la fórmula de la unidad de destino en lo universal viene a completar aquella verdad sobre la que insistieron Menéndez y Pelayo y Ramiro de Maeztu, porque la verdadera unidad de España es la unidad católica en el sentido de hacer obra universal, obra de salvación para todo el mundo, grandes conquistas todas de la unidad española con destino universal,

---

[62] «Y esto del Imperio, que ya ha sido una vez en España, va a ser otra vez; no podemos conformarnos con la idea conservadora, repito con la idea específicamente conservadora (primero, porque lo es; y segundo, porque lo propugnan los conservadores) de encerrarnos en nuestra casa... España tiene que empezar a servir por encima de sí misma a un ideal. España tiene que buscar un destino en lo universal, y entrar a ser otra vez protagonista de su Imperio». «Discurso de Ridruejo al Consejo de la Sección Femenina de FET de las JONS» (1937), en Herbert R. SOUTHWORTH (1967), p. 58.

[63] «Nación, Unidad e Imperio», en *Curso de orientaciones nacionales*, pp. 309-319.

porque con estos fines universales se han logrado las grandes obras de España» [64].

La línea de salida de esta peculiar reconstrucción sería, cómo no, al igual que en Ridruejo, el Imperio. Sólo que ahora, dando una nueva vuelta de tuerca a la argumentación, se iba a asumir en apariencia la idea del «imperio espiritual» pero sólo para reivindicar, en función de esa misma idea, el «imperio real»:

«Nosotros estamos contra el imperialismo. Precisamente nuestra gran tarea política, una vez que termine la guerra, es la de luchar contra el imperialismo capitalista en España, en América y en Filipinas. Quizá la más grande tarea que nos espera es la de levantar esos pueblos hispánicos contra la dominación del dólar y la libra. Precisamente como reacción contra esta idea imperialista, se ha admitido que nuestro Imperio va a ser puramente espiritual, que nos vamos a conformar con una expansión cultural sobre determinados países. Pero sabemos que ninguna razón vale como razón en el mundo si no va a acompañada de la fuerza. Nuestro Imperio tiene que ser un Imperio con base material, que conceda su importancia a la riqueza, y su categoría a las cosas militares» [65].

Así llegaba Tovar al punto de Falange que rezaba «Tenemos voluntad de Imperio». Para afirmar, primero, que tal fórmula procedía... de la filosofía de Nietzsche; y, segundo, que el Imperio español vendría a salvar a los países de América y Filipinas, al alma de la Hispanidad, al catolicismo, a la lengua española y hasta a «la conciencia de nuestra sangre» [66].

En Tovar, como en Laín o en Ridruejo, la forzada unificación ideológica se traducía una y otra vez en una especie de ceremonia de la confusión según la cual la, sincera o no pero en cualquier caso inevitable, aceptación de los cada vez menos cuestionables valores católicos y tradicionales debía coexistir con unos objetivos fascistas que casi a modo de compensación debían reiterarse hasta la saciedad. De ellos, el tema de la revolución y el tema del Imperio adquirían progresivamente el carácter de elementos claves de la autodefinición falangista. Por debajo de ambos latía la idea de que la guerra era

---

[64] Íd., p. 316.
[65] Íd., p. 317.
[66] *Ibid.*

sólo una primera etapa de la revolución falangista, aquella que debía constituir el punto de partida del renacimiento, regeneración o resurgimiento de la Patria. Punto de partida, que no de llegada. A diferencia de lo que sucedía con los monárquicos de Acción Española, la victoria sería sólo el principio, el punto cero, el momento mismo en que el *Ave Fénix* levantara el vuelo. Como afirmaba Ridruejo, «cuando un pueblo se declara vencido, está postrado, entonces el empujón que le renueva, la violencia que le saca de quicio, la revolución que le perturba, sólo le puede lanzar por el camino ascensional de la grandeza»[67]. Revolución y palingenesia eran, de todos los terrenos compartidos y disputados, los más específicamente falangistas, los más fascistas. A la espera de más profundas redefiniciones del ultranacionalismo falangista, era sobre estos últimos sobre los que iba a batir el partido y sus publicaciones desde el mismo día de la victoria.

Revolución y Palingenesia

Como un mandato de sus muertos y de su propia doctrina. Así enfocarían los falangistas sus tareas y objetivos. Unas tareas y objetivos que serían también los de España. Prácticamente desde que terminó la guerra los jerarcas del partido y del Estado y la prensa falangista, no dejaron escapar ocasión alguna para reafirmar su mensaje: el fin de la guerra no era el fin de la lucha, del combate. Lo dijo en Zaragoza en junio de 1939, Serrano Suñer, número dos del régimen, ministro de Gobernación, secretario del Consejo de Ministros, pronto flamante presidente de la Junta Política de FET de las JONS y punto de referencia y apoyo de todo el falangismo revolucionario: «Con la victoria no basta: La victoria y la guerra, históricamente, significan sólo la ocasión para realizar la gran Revolución Nacional que España tenía pendiente». Y lo apostillaba un editorial de *Arriba*: «la paz no puede ser un fin en sí», no había que caer en la «pútrida paz del pantano»[68]. La paz, en suma, no podía ser

---

[67] «Revolución y Tradición», p. 326.

[68] «En movimiento», *Arriba,* 20 de junio de 1939.

sino el principio de una nueva etapa de la revolución nacional y social, de la revolución nacionalsindicalista [69].

Más aún. La paz, el final de la guerra, debía constituir el punto de partida de la revolución. Como decía un editorialista de *Arriba* tan pronto como el 25 de abril de 1939, «la única política sabia es la que se ha hecho; la única política sabia es la que se hará». La guerra y la revolución no se podían hacer al mismo tiempo —éste habría sido el gran error de los rojos. Lo más que se podía hacer durante la guerra era no «comprometer los postulados de la Revolución» e incidir sólo en aquellos que podían coadyuvar a la victoria. Pero lograda ésta, era la hora de la Revolución. Sobre todo porque era una ley de los regímenes autoritarios que lo que se ganaba en las guerras sólo podía consolidarse y rendir todos sus frutos con la propia revolución. Lo habría demostrado Mussolini, quien tras cargarse de razón durante dos años, tolerando a las «gentes de buena voluntad» y a los «bien pensantes», a flanqueadores y colaboracionistas, habría terminado descargando contra ellos todo el peso de la Revolución. Fue, seguía el autor, «la fiesta nacional de Sanseacabó». Ése era el futuro y la tarea inmediata en España:

> «Nuestra Revolución Nacionalsindicalista supone, pues, inmediatamente estos dos objetivos: preparación del cuerpo social, creándole el clima y la nutrición espiritual adecuados; preparación estudiosa, activa y decidida de las manos operadoras, prontas a la voz suprema de mando que habrá de ordenar las etapas del proceso revolucionario. Y entre tanto, todas las "camisas azules", a Dios rogando y con el mazo dando. Porque ya escribiremos algún día de éstos la oración del Sanseacabó» [70].

Se trataba de toda una definición estratégica que tenía la virtud de justificar las cesiones —y derrotas— del revolucionarismo falangista durante la guerra, al tiempo que la de señalar la perspectiva inmediata de futuro. Pero nótese que de lo que menos se hablaba era de los objetivos concretos, del *contenido* de esa revolución. Circunstancia ésta que tampoco variaría en lo sucesivo. Porque esa revolución, también en la más pura lógica fascista, era una revolución

---

[69] Íd., y «Segunda etapa», *Arriba*, 2 de agosto de 1939.

[70] «Revolución Nacionalsindicalista», *Arriba*, 25 de abril de 1939. Ignoro quién pudo ser el autor de este artículo, aunque por su estilo y énfasis en las fases de la revolución bien pudiera tratarse de Dionisio Ridruejo.

en sí, por sí y para sí. Es decir, era un mito que se autocelebraba, un resorte mágico. Como afirmaría con claridad meridiana Laín: «La primera tarea del Nacionalsindicalismo, como la de todos los movimientos llamados "totalitarios" o "fascistas", fue la de enlazar esos dos ingredientes sueltos, lo nacional y lo social, la Patria y el Trabajo, a merced de un resorte mágico, capaz de encantar los corazones dormidos o aberrantes: *el mito de la revolución*»[71]. La revolución era la palabra de ensalmo, el «conjuro», sin la cual toda política estaría condenada a la «ineficacia o la catástrofe»; y la actitud revolucionaria, la única que permitía hacer una «historia creadora»[72]. La revolución era, pues, una palanca imprescindible y un fin en sí mismo. De ahí que las más de las veces se aludiese a ella sin fijar objetivo concreto alguno. El proceso revolucionario era necesario, inevitable, irrefrenable. La revolución, un ente tan abstracto como omnipresente, no podía parar[73]. Era movimiento. Un *moverse* hacia algún sitio que a veces se expresaba en forma enrevesadamente metafísica; por ejemplo, hacia una ordenación «profunda y dinámica, a una ordenación cristiana, en la que cada cosa no agota su sentido con servirse a sí misma, sino que, además, sirve a la que le está supraordenada». Algo que, a falta de mayores precisiones, debería suponer un triunfo de la «energía y la voluntad»[74]. Era simplemente una revolución permanente y, por eso mismo, permanentemente pendiente.

Esta dinámica autocelebrativa y autorreferente tenía, sin embargo, su propia lógica. Era, por una parte, la razón de ser y el principal elemento legitimador del partido único. Era, por otra, aquello que lo diferenciaba de sus aliados, el ejército y la Iglesia, la «burguesía», los conservadores y reaccionarios, los católicos, tradicionalistas o monárquicos. No había duda. Los falangistas eran muy conscientes de que a falta de un proceso —y en su defecto de un mito— revolucionario, serían *devorados* por sus aliados. La propia involución tradicionalista y católica a la que hemos aludido como consecuencia de la guerra hacia más necesaria, ahora como mandato de la guerra y sus muertos, la acentuación de los perfiles revolucionarios, nuevos y proyectivos.

---

[71] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), p. 35.

[72] Íd., pp. 35-36.

[73] No otra era la esencia del revolucionarismo fascista. Tal y como apunta Eugen WEBER (1964), p. 78.

[74] «En movimiento» y «Algunas precisiones», *Arriba*, 25 de junio de 1939.

Revolución como mito y como elemento legitimador y autoafirmativo frente a los aliados conservadores. No es de extrañar que el objetivo revolucionario se expresase las más de las veces en forma negativa. Esto es, la revolución era algo que estaba, ante todo y sobre todo, contra sus enemigos. Nos definimos, venía a decir de nuevo Laín, negando, y nos afirmamos frente a nuestros enemigos. Aunque no se supiera exactamente quiénes fueran éstos: «todavía no sabemos expresamente —legalmente— cuál es el amigo y cuál el enemigo; y ya sabéis que los conceptos de amigo y enemigo son los fundamentales en toda distinción política»[75]. ¿Quiénes eran, entonces, esos ignotos pero tan necesarios como poderosos enemigos? Eran actitudes y hábitos, por una parte, y sectores sociales y políticos, por otra.

Entre los primeros, se localizarían como enemigos implacables de la revolución, como su negación misma, el apoliticismo y el espíritu de vuelta a la normalidad. Contra ellos se dirigieron los dardos de *Arriba* en una larga serie de editoriales. El apoliticismo era la negación y la reacción contra las «horas plena y absolutamente políticas» que vivía el país; era la eterna monserga de los conservadores que habían abogado siempre por la administración frente a la política. El apoliticismo era también el refugio de los enemigos de la revolución y de la política oficial, del partido y del Estado. Era, en suma, una forma poco viril de afirmar, no que se estuviera al margen de la política, sino en contra de la política falangista[76].

Detrás del «apoliticismo», como detrás de la idea de la «vuelta a la normalidad», acecharían los conservadores de siempre, los fariseos, los que abortaron las posibilidades de la dictadura de Primo de Rivera, los que querían volver, lo dijeran o no, a la «sucia y vilísima comedia papelera y electorera», los que querían enfriar a cualquier precio la «ilusión y la voluntad logradas a costa de tanto sacrificio y de tanta sangre»[77]. Con el tiempo y conforme arreciaba la polémica estos innombrados e innombrables defensores de la normalidad vendrían definidos de las formas más variopintas. Enemigos sin rostro, serían sucesivamente identificados como reincidentes en pasados episodios conservadores, conformistas, apacibles y pusilánimes. Se les

---

[75] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), p. 13.

[76] «Apoliticismo», *Arriba*, 15 de abril de 1939.

[77] «Los de la "vuelta a la normalidad"», *Arriba*, 27 de abril de 39; «Aviso para fariseos», íd., 17 de mayo de 1939.

identificó cada vez más como enemigos de la Revolución, de Falange y del pueblo[78]. Al final, se les señalaría incluso como traidores a la patria[79].

Parecía evidente que detrás de estas actitudes debían situarse aquellos sectores sociales o políticos por los que nos preguntábamos más arriba. Sin embargo, en este terreno las cosas no se expresaban con la misma claridad. No habría problema, desde luego, en apuntar a difusos capitalistas y estraperlistas, a los que negociaban con el hambre del pueblo. Pero cuando se trataba de ir más lejos, todo quedaba con frecuencia en un amagar y no dar. Los enemigos de la revolución, anatematizados y hasta amenazados permanecían innombrados. Hubo momento, incluso, en que el juego de alusiones alcanzaba ribetes cómicos. Así, por ejemplo, cuando el diario del Partido, *Arriba,* pudo felicitarse de la claridad con que el periódico de los Sindicatos, *Pueblo*, había identificado a quienes integraban «las filas de la deslealtad y la traición». Pero tan certera identificación no había pasado de un encadenamiento de alusiones a anglófilos y otras personas no mejor identificadas de los aledaños del poder que habrían lanzado injurias contra Serrano Suñer[80].

Otra forma de aludir a estos innombrables enemigos internos de la revolución consistía en identificarlos, siquiera tangencialmente, con algunos de los externos. Tal era el caso del liberalismo y el comunismo. Pero así como el segundo era un enemigo externo, absoluto, común a todos los vencedores y al que ya se había aplastado, el primero podría presentar dos caras. Por una parte, el liberalismo histórico y político, el *real*, un enemigo también externo y absoluto. Por otra, una especie de «espíritu del liberalismo» que persistiría entre algunos de los vencedores, dictando precisamente la acción de aquellos aliados-enemigos conservadores. En este sentido, el liberalismo era simplemente el mal, un mal difuso y difícil de erradicar. Como precisaba un editorial de *Arriba*:

---

[78] «El camino de la unidad», *Arriba*, 30 de enero de 1940; «Sucedió lo que tenía que suceder», íd., 17 de febrero de 1940; «La serpiente y la lima», íd., 18 de febrero de 1940; Dionisio RIDRUEJO, «Manifiesto irritado contra la conformidad», íd., 23 de febrero de 40; «Nuestra voz desapacible», íd., 4 de abril de 1940; «Prudencia y pusilanimidad», íd., 12 de abril de 1940.

[79] «La Falange y la independencia nacional», 18 de abril de 1940; «Presencia del ardor y la sinceridad», 23 de mayo de 1940.

[80] «La hora de una política trascendente», *Arriba*, 8 de octubre de 1940; «La presencia de España en el mundo y la verdad», *Pueblo*, 7 de octubre de 1940.

«Muchos se figuran que, suprimidos el sufragio universal y la libertad de Prensa, el liberalismo ha concluido. No. Lo peor del liberalismo fueron sus humores y temperamentos, la galería abominable de tipos y costumbres que nos dejó, su fauna de club y de café, de comité y de centro de barrio o de asociación profesional, y la serie de petulantes fatuos y consumidos de vanidad contrariada, en su mayoría semiocultos o autodidactos, que poblaban de opiniones e iniciativas la vida nacional» [81].

Tal vez por ello, por su presencia difusa, era más necesario aún desarrollar una especie de batalla teórica contra el liberalismo. Tarea en la que cobraría un especial protagonismo un destacado orteguiano, antiguo miembro de la FUE y converso ahora al más radical y totalitario de los fascismos y redactor de *Arriba*, José Antonio Maravall. Para éste, en efecto, el liberalismo había sido definitivamente derrotado. Hasta el punto de que no tardó en referirse a él como cosa del pasado, aludiéndolo como «Antiguo Régimen» o «Estado anterior» [82]. Pero, precisamente, por la magnitud de su derrota, definitiva e irreversible, ciertas actitudes propias del liberalismo podían permanecer, más o menos subyacentes, amenazando los objetivos de la revolución:

«... ha sido tal la derrota históricamente sufrida por el pensamiento liberal y tan irreparable, que los mismos que, en el fondo, se mantienen adheridos a él, se extrañarían, protestarían de que públicamente se les señalase esa afiliación. Pero la fuerza de los intereses es suficiente para, aun inconscientemente, provocar una grave contradicción. Y esta contradicción, en sus forma más general, consiste hoy en rechazar los principios liberales, en rechazar, incluso, todo lo que sean principios y querer mantener las soluciones concretas a ciertos hechos positivos, las cuales se elaboraron para el sistema político que se formó en las revoluciones europeas del XIX. A estas soluciones prácticas van unidos los intereses, que son más costosos de abandonar que las ideologías, ligadas éstas a los principios doctrinales... Es imposible, por consiguiente, querer prescindir del liberalismo, incluso del Estado liberal, y empeñarse, no obstante, en dejar una organización social, en todos o algunos de sus aspectos, que sólo puede existir en aquel clima anterior en el cual surgió» [83].

---

[81] «Lecciones de sobriedad», *Arriba*, 8 de agosto de 1939.

[82] «Desterrar el liberalismo», *Arriba*, 27 de febrero de 1940; «En torno a la ley sindical. Las CNS», *Arriba*, 26 de enero de 1941.

[83] «Desterrar el liberalismo».

Era otra forma de señalar a algunos de los enemigos, ahora en el plano del liberalismo económico, de la revolución social falangista. Lo peor del liberalismo estribaba, no obstante, en haber agudizado el proceso de la decadencia española hasta precipitarla definitivamente, con la Segunda República, en el abismo. Éste era el punto decisivo, porque cualesquiera fueran los enemigos internos de la revolución falangista en el presente y cualesquiera los que se oponían a su revolución social, unos y otros podían ser caracterizados en última instancia como enemigos de la resurrección nacional de España, copartícipes, por tanto, de una empresa de disolución que hundía sus raíces en el pasado. Todos los males, todos los enemigos, podían quedar así reunidos, como algo que permitía resaltar a la vez lo que era el contenido esencial de la revolución falangista, su ultranacionalismo. Un nacionalismo absoluto que pretendía recoger a España en el punto más bajo del abismo, reducida casi a cenizas, para proyectarla hacia una resurrección, una palingenesia, que sólo podría culminar en una nueva cima de su historia. La revolución permanente y la resurrección nacional, entendida como un proceso sin fin, vendrían a configurarse así como las dos manifestaciones inextricablemente unidas del ultranacionalismo falangista.

La historia de la decadencia española era, como se vio y se volverá a ver más adelante, una historia larga. Pero lo que interesa constatar ahora y aquí es el modo en que la Falange de la victoria dibujó el proceso final que, ya en el siglo XX, habría estado a punto de precipitar definitivamente a España en el abismo. Un proceso que, como decíamos, era imputable por completo a la España liberal y su culminación republicana. No se ahorraban, en efecto, calificativos en las múltiples alusiones a aquella España. Así, se hablará de «la degradación liberal de una Patria que dolorosamente había malvivido oscilando entre el despojo y la traición»[84]; de una España «enteca»[85]. Una España en la que, al decir de otro antiguo orteguiano, diputado por la Agrupación al Servicio de la República y fundador después de Falange, Alfonso García Valdecasas, no creía su propia clase política —«no le encuentra el pulso y niega que lo tenga»—, con una opinión pública fría y hostil hacia cualquier acción exterior, con unos intelectuales que preconizaban el recogimiento hacia el interior y la renuncia a

---

[84] «Los de la "vuelta a la normalidad"», *Arriba*, 27 de abril de 1939.
[85] «Nuestra voz desapacible», *Arriba*, 4 de abril de 1940.

la proyección exterior y con unas minorías —marxistas, republicanas, separatistas—, éstas sí, conscientes y tenaces, dispuestas a «desanimar a la opinión, fraguar sediciones, ayudar al enemigo» [86].

Dentro de esta lógica de la caída y la postración, los episodios de la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial y la posterior ordenación del Tratado de Versalles recibirán los calificativos más duros, precisamente porque desde la perspectiva de la palingenesia y la resurrección era tanto más necesario subrayar las diferencias entre la España de 1914 y la de 1939. No era ya que con la paz de 1918 hubieran sido «arrebatadas las postreras posibilidades de nuestro resurgimiento» [87]. Era sobre todo el espectáculo que, según un editorialista de *Arriba,* habría dado la España de 1914, aquella «España inerme, pintoresca, gesticulante, colocada a la zaga de Europa, solicitada por los bandos en pugna como una cortesana fácil, trabajada como un pobre conejo de Indias, traicionada a la vista por los separatismos y luego tan ufana con los cuatro cuartos mal pagados que le dieron por sus servicios...». En aquella neutralidad lamentable, decadente y vergonzosa, «más que vileza —aunque también la hubo— hubo paletismo, metequismo, inferioridad». Una situación, en fin, en la que la dignidad y la libertad de España se habrían dejado mediatizar según «los mejores modelos, antiguos, liberales y parlamentarios» [88]. En resumen, la España del primer tercio del siglo era la imagen misma de la decadencia y el declive: «Entre un ignominioso sucederse de años sin dignidad. Ni corazón, ni pulso, en los cuales las gentes que desgobiernan la sombra de un Estado aceptan dócilmente y con un conformismo indecoroso nuestra humillación y nuestro menosprecio, transcurre la angustia del declive español» [89].

Carente de toda conciencia histórica, la España de la época se habría dejado ganar por un patrioterismo frío, vacío y castizo, por

---

[86] Alfonso GARCÍA VALDECASAS, «Política exterior», *Revista de Estudios Políticos*, 1 de enero de 1941, pp. 7-16. Se trata de lo que sería el prólogo al libro de José María AREILZA y Fernando CASTIELLA (1941).

[87] «El bastión antiliberal», *Arriba*, 21 de junio de 1940. Era desde luego una forma de subirse al carro de los que estaban venciendo en la Segunda Guerra Mundial. Aunque no deja de provocar cierto sonrojo esta especie de intento de generar leyendas similares a la alemana de la «puñalada por la espalda» o la italiana de la «victoria mutilada». Sobre todo porque el mito habría de ser en este caso el de la «neutralidad mutilada».

[88] «Neutralidad de 1939 y neutralidad de 1914», *Arriba*, 17 de septiembre de 1939.

[89] «La hora de una política trascendente», *Arriba,* 8 de octubre de 1940.

«la españolidad trágica del Madrid decadente y castizo»[90]. No es que el Estado o su clase política hubieran abjurado por completo de su responsabilidad o que hiciesen completa dejación de sus obligaciones en lo relativo a la celebración de las gestas patrióticas. Pero era precisamente en este tipo de conmemoraciones cuando mejor se podían apreciar las carencias y limitaciones nacionales de la España liberal. La desgana de aquella España habría visto «perderse la orgullosa continuidad y el ordenado júbilo de nuestras mejores fiestas». La fiesta de la Independencia, en concreto, se habría convertido en un ejercicio cínico en el que, por una parte, se festejaba la rebelión española frente a los franceses y, por otra, se difundían consignas extranjerizantes o se recaía en el más burdo casticismo, cuando no ambas cosas a la vez:

«Antes se festejaba la razón de los que se alzaron en La francesada, mientras cada día se entregaba una trinchera de nuestra pura alma española a la consigna traidora y extranjerizante. Se hablaba por los pringosos casticistas, del chispero madrileño y de la maja bravía, mientras dejábamos a ese chispero y a esa maja, con una terrible injusticia social y con una falta de entendimiento español, incorporarse a las rencorosas filas de la anti-España»[91].

Ni las cosas podían ser de otro modo cuando se celebraba el día de la raza:

«día de protocolarias ceremonias, en las que la vaciedad de un sistema político sin circulación sanguínea desarrollaba la más fría e inútil de las retóricas al borde de los más deleznables grupos escultóricos. La representación —todo un aire teatral y provinciano de juegos florales sin flor natural— solía tener lugar al margen de las preocupaciones y del pensamiento de los hombres del pueblo español, de los hombres de la calle, que caminaban a sus ocupaciones o a sus distracciones, sin volverse ni un momento a mirar hacia un acto sin significación y sin estilo. Sobre los parques y jardines languidecía sin pena ni gloria, bajo una lenta lluvia de hojas secas, este pobre espectáculo que un Estado sin pulso y sin conciencia dedicaba a la conmemoración del momento mejor de nuestra historia.

Este languidecer era, naturalmente, reflejo exacto y consecuencia lógica del languidecimiento nacional. Mal podía cuajar en los moldes del júbilo

---

[90] «Ni casticismo falsificado, ni casticismo auténtico», *Arriba*, 24 de mayo de 1939.
[91] «La Falange en la Fiesta de la Independencia», *Arriba*, 2 de mayo de 1940.

y de la vibración popular el recuerdo y el tributo a una Historia a la que se había renunciado, cuyas esencias estaban intencionalmente adulteradas y de cuyas jornadas de gloria y maravilla, para la formación de las juventudes, para su estudio en las escuelas, se habían traducido a un idioma sin vigor y sin fuerza, unos cuantos capítulos en el peor lenguaje que solía emplear el patriotismo de "chin chin" de nuestras fiestas de beneficencia. Esta Historia traicionada, apuñalada vilmente cada día, no podía tener ni conmemoraciones ni recuerdos» [92].

Incluso Antonio Tovar se regodearía al establecer el contraste entre la celebración en 1940 del centenario del «Poema del Cid», sencilla, pobre y con humildad, aunque llena de ambición y de fidelidad, y pasadas conmemoraciones como la del centenario del Quijote, anatematizadas en su momento por Unamuno como «desatinadas y falsas» [93].

Dadas estas circunstancias, no sería de extrañar que los anteriores esfuerzos nacionalizadores, simbólicos y conmemorativos de la patria se consideraran vanos y superficiales. Se trataba, conviene retenerlo, de una construcción ideológica de base palingenésica. El nuevo patriotismo, serio, firme, sólido, constructor... sólo podía edificarse sobre la base de la negación, demolición y distorsión del anteriormente existente, del de la España liberal. Pero se trataba también de explicar ideológicamente por qué el terreno estaba ampliamente preparado para el momento final de ese inmenso retroceso, para la culminación definitiva y absoluta de ese proceso de degradación, decadencia y desintegración de la Patria: la Segunda República. Con rotunda claridad lo expresaría Alfonso García Valdecasas: «la república española reveló pronto que su radical e irrenunciable sentido histórico era el abandono, la abdicación de la unidad y el ser de España» [94]. No era, desde luego, una excepción. Al «delirio de derrota y abandono» aludirá un editorial de *Arriba* [95] y a la República como punto final de la caída se referirá otro: «Bajo la segunda República parece que hasta la última dignidad corpórea —hasta la unidad territorial— se pierde en la vergüenza venenosa y cobarde de los Esta-

---

[92] «Rescate de una fecha», *Arriba*, 10 de octubre de 1939.

[93] Antonio TOVAR, «Conmemoración Cidiana», *Arriba*, 31 de diciembre de 1940.

[94] Alfonso GARCÍA VALDECASAS, «Política exterior», p. 10.

[95] «Historia de hoy», 27 de diciembre de 1939.

tutos, alimentado por el contubernio —casi increíble a veces— de los enemigos exteriores y de los traidores de dentro» [96].

No menos visceral se mostraba Dionisio Ridruejo en el, por otra parte célebre, artículo de «recuperación» de Antonio Machado:

«... se había instalado en el Poder una minoría rencorosa, abyecta desarraigada, cuyo designio último puede explicarse por la patología o por el oro; pero cuya operación visible, inminente, era nada menos que el arrasamiento de toda vida espiritual, el descuartizamiento territorial y moral de España y la venta de sus residuos a la primera ambición cotizante» [97].

Por otra parte, en tanto que descenso al abismo, la República constituía el momento final de la decadencia española. Ya no quedaba ningún peldaño por bajar, sólo el de la muerte definitiva de la Patria. El mito palingenésico no se podía expresar con mayor claridad:

«Hay un instante en que ya no se puede llegar más bajo, y como no se puede llegar más bajo habrá que volver a subir, si es que sigue la Historia de España. Cuando se llega a lo más hondo de un abismo y hay que seguir andando y no se puede volver atrás —como pasa en la Historia— hay que subir la ladera de enfrente o dejarse morir» [98].

«Perderse y hallarse, morir y resucitar», tal sería la lógica implacable de la historia, «el juego del sumo riesgo y la suma maravilla, el juego divino». Ése era, también, el momento en que apareció Falange, «profecía» y «revelación». El momento en que la «Historia Patria» se revelaba, poco antes del inicio de la guerra civil, como el *experimentum crucis* de España, «su crucifixión verdadera en miles de mártires y de héroes». Era una forma religiosa de decir que era el punto cero de la redención española, el «Domingo de Resurrección», el inicio del «Hispania Imperat» [99]. Pocas veces la religión de la patria, propia del fascismo, se expresó en forma tan nítida en la prensa falangista.

Muerte y resurrección. Cual Ave Fénix, España renacía de sus cenizas a partir del 18 de julio: «España vuelta a hacer, creada de

---

[96] R (¿Ridruejo?), «Redención y resurrección», 24 de marzo de 1940.

[97] Dionisio RIDRUEJO, «El poeta rescatado», *Escorial*, núm. 1, noviembre de 1940, pp. 93-100, especialmente p. 95.

[98] «R» (¿Ridruejo?), «Redención y Resurrección», *Arriba*, 24 de marzo de 1940.

[99] Íd.

nuevo con la fe de su juventud sobre lo que ya eran cenizas de Imperio» [100]; «España que resurge de sus cenizas» [101]; «... la hora del resurgimiento entre las cenizas, la hora de la salvación por el arrepentimiento...» [102]; «La patria española, recobrada y libre por encima de la muerte» [103]; «España existe ya» [104]; «nuestro permanente edificar en el suelo de la España rescatada» [105]. No se trataba casi nunca de una gran construcción teórica. Son frases las más de las veces reiteradas al hilo de argumentaciones concretas, sean éstas relativas a la política social o a la penitenciaria, a los enemigos presuntos o reales, interiores o exteriores, al partido o al pueblo, o a las reivindicaciones imperiales. Pero, por eso mismo, por esa reiteración como dato de hecho que no requiere casi nunca explicación alguna, el mito palingenésico muestra su fuerza extraordinaria, su omnipresencia, al constituirse como base y fundamento, como piedra angular de todo discurso relativo a la nación.

El mito de la muerte y la resurrección implica, lógicamente, el del resurgir de la presencia de una España nueva, joven y fuerte en el mundo. Es, en efecto, la «España joven» que, ante la derrota del odiado vecino galo, se habrá de mostrar justa e inflexible» [106]; es la España cuya sangre ha vuelto a «pesar en la rueda de la Historia universal» [107]; es la España fuerte ante todos y sobre todos, capaz de mostrar hacia fuera su «voz neta y resuelta» [108]. Se trata de una especie de autocelebración que tiene siempre mucho que ver con la coyuntura, sea ésta la bélica de la Segunda Guerra Mundial, en la que se quiere dejar constancia de las ambiciones de una política exterior que no termina de decidirse en el sentido apetecido, o cualquier otra circunstancia. Pero siempre aparece la idea de la ruptura clara y determinante con un pasado anterior, acompañada muchas veces de la voluntad de conexión con el viejo Imperio por encima de los siglos decadentes. Así, por ejemplo, en las vísperas de la primera

---

100 «Santiago, Patrón de España», *Arriba*, 25 de julio de 1939.
101 Dionisio RIDRUEJO, «Aún», *Arriba*, 30 de noviembre de 1939.
102 «Sentimentales para el dolor ajeno», *Arriba*, 10 de julio de 1940.
103 «La Falange ante la Fiesta de la Independencia», *Arriba*, 2 de mayo de 1940.
104 «Nuestra voz desapacible», *Arriba*, 4 de abril de 1940.
105 «Unidad entre los hombres de España», *Arriba*, 5 de octubre de 1939.
106 «El destino irrenunciable», *Arriba*, 1 de agosto de 1940.
107 «Derecho y deber de España», *Arriba*, 5 de junio de 1940.
108 «Razones de una posición», *Arriba*, 9 de junio de 1940.

celebración, tras la victoria, del 12 de octubre, la idea del renacimiento llegará a afectar, dentro de la típica retórica falangista, a la misma lengua:

«Por primera vez, desde hace cientos de años, los hombres que a través de los mares y de los siglos hablan en castellano, van a escuchar de nuevo el puro castellano. Desde los días primeros de la guerra, en los que Franco ya sujetaba a la Victoria, veinte naciones, que nacieron de España, comenzaron a comprender y a creer. Para ellas cruzará mañana el mar el mensaje del Caudillo. Voz que pone en pie a la Historia» [109].

La desmesurada celebración por Eugenio Montes de la ocupación de Tánger al calor de las circunstancias internacionales es otra muestra de hasta qué punto el mito del resurgimiento se autocelebraba con cualquier pretexto:

«Nunca en la vida española, desde la edad grandiosa del Imperio, el estilo de nuestra política reveló una maestría igual... Un 2 de mayo, por ejemplo, el pueblo de España escribió con su mejor sangre, anticipando el 18 de julio, el prólogo a toda una época histórica... Tras tres siglos de miseria, pasividad y asco, vuelve España a ser sujeto de la Historia, jinete ágil del tiempo y del espacio» [110].

En suma, Falange, el 18 de julio, la victoria habían marcado un cambio decisivo en la evolución de España, del retroceso al avance y, partiendo el tiempo en dos, habían venido a reintegrar a España en la historia:

«Romper con la tendencia de retroceso permanente, cobarde y miserable, que nos reducía progresivamente en el tiempo y en el espacio. Y después de cortar así, resuelta y revolucionariamente, el tiempo en dos, emprender el camino echándose sobre el cuerpo y sobre el alma la disciplina, el rigor, la exigencia y la ambición, que se habían quedado en las cunetas de la Historia, después de haber seguido los designios universales de España» [111].

---

[109] «La voz de Franco en América», *Arriba*, 11 de octubre de 1939.

[110] Eugenio MONTES, «Por primera vez desde hacía siglos», *Arriba*, 15 de junio de 1940.

[111] «Norma de una conmemoración», *Arriba*, 30 de marzo de 1940.

Todo esto, la recuperación de la vida, el resurgimiento, la adquisición de presencia y voz en el mundo, no bastaba, como no bastaba la victoria. Lo dicho hasta ahora forma parte del mito palingenésico. Una parte por lo demás compatible, aunque sólo hasta cierto punto, con las otras «fuerzas nacionales», con los conservadores, con los que habían acompañado a Falange en la victoria y que ahora disputaban el poder con ella. La otra parte, la parte más genuinamente fascista, era aquella que figuraba entre las consignas predilectas de las JONS, como se encargaban de recordar casi machaconamente la prensa de Falange y algunos de sus más destacados intelectuales: «no parar hasta conquistar». Era la otra cara del mito, aquella que establecía que la resurrección, el renacimiento, la regeneración eran y debían ser un proceso permanente e indefinido, ilimitado en el tiempo y en el espacio. De lo contrario, todo el proceso podía ser invertido y la existencia misma de la nación volver a peligrar.

Antonio Tovar lo había escrito con claridad en las páginas conclusivas de su libro *El Imperio de España*: «... sentimos que la obra de España se quedó incompleta y que nunca quedará cerrada, puesto que es un afán total e infinito que con nada se quedará satisfecho». El propio 18 de julio había sido un inicio, pero sólo un inicio: «El 18 de julio le ha dado a este fuego, por fin, combustible. Y aquí estamos nosotros, camaradas, para mantener el fuego en su inextinguible llamarada». Este fuego sagrado y la sangre de los caídos en la guerra estaban ahí, en fin, para recordar que la guerra no había terminado en abril de 1939: «La guerra nuestra no terminó el 1 de abril, y si ahora nos hundiéramos en la paz creyendo que iba a ser perpetua, traicionaríamos a los que cayeron en la guerra por una España grande y libre. La empresa que comenzó el 18 de julio no debe detenerse nunca» [112].

Esta especie de imperativo sagrado podía expresarse también en tonos místicos y religiosos referidos a la propia Falange o a España, cuando no a ambas a la vez, estableciendo una continuidad sobre cuyos efectos y consecuencias volveremos más adelante. Falange, indicaba un temprano editorial de *Arriba*, había nacido con la consigna de imperar, que era, simplemente, lo contrario de languidecer. Se trataba de un imperativo que no podía ser derogado «jamás» y que exigía, por eso mismo, la existencia de continuos frentes de

---

[112] Antonio TOVAR (1941), pp. 171-177.

guerra. La vida era lucha y no había otro medio de ascender, fuera en el plano biológico, fuera en el social y político. Y esto, que era aplicable a Falange —«La Falange existe en cuanto se lucha por la Falange»—, lo era igualmente a España:

> «Queremos que España sea un día en el universo lo que fue la Falange en España. Queremos que sea entre las naciones lo que fue la Falange entre los partidos de una y otra banda, que le negaron el agua y el fuego, hasta que sobre todos se alzó e imperó con su signo, su grito, su doctrina sus puntos constitucionales. Pero sin Cuaresma no se acaba con el sucio y abigarrado carnaval ni se llega a la limpia claridad de la Pascua-Cuaresma, equivalente a ascesis, a elevación en el combate por una superior perfección contra enemigos interiores o exteriores» [113].

Darwinismo social, voluntarismo nietzscheano y las inevitables referencias religiosas. Sin que se sepa muy bien si de lo que aquí puede deducirse es la existencia de una apropiación paganizante de la simbología católica dentro de los más puros cánones de una religión civil, de una religión de la patria, o si, por el contrario, se trata de la inevitable concesión al catolicismo dominante. La cuestión era, en cualquier caso, repetir hasta la saciedad que la guerra, el combate, no había terminado, que ni siquiera era suficiente haber salvado la existencia misma de España en el último momento: «No es posible ni lícito el descanso. Estamos en pie de guerra para ganar otra victoria». Circunstancia que el propio Franco se habría ocupado de recordar: «España existe ya después de la victoria, ha dicho también Franco. Pero su grandeza nos pide aún nuevo sacrificio y nuevo combate. España existe ya; pero Franco, Jefe Nacional, sabe que no es bastante». Lo sabía Franco y lo sabían, una vez más, los muertos, cuya sangre exigía una lucha continua por España [114].

Vale la pena notar que este tipo de discursos se producía cuando había estallado ya la Segunda Guerra Mundial, pero cuando todavía ésta era una guerra «de los teléfonos» en la que los frentes no se habían activado en forma significativa. Ahora bien, si esta circunstancia confirma que la palingenesia falangista existía con independencia de los objetivos y de las circunstancias, era también lógico que, cuando la guerra empezó en serio —para contemplar enseguida

---

[113] «Combatir», *Arriba*, 4 de noviembre de 1939.
[114] «Nuestra voz desapacible», *Arriba*, 4 de abril de 1940.

el éxito arrollador de las armas alemanas—, el discurso se exasperara y adquiriera crecientes tonos dramáticos. Mayores todavía si se tiene en cuenta que la prensa falangista debía navegar entre la neutralidad oficial y la voluntad de intervenir. Desde este punto de vista puede detectarse en el discurso falangista algo de frustración por el paso hacia la beligerancia que no se terminaba de dar, algo de presión para que se diera finalmente, algo de compensación y embellecimiento de una situación que no se adecuaba a sus objetivos, y una muy apreciable tendencia a desplegar toda la artillería contra los enemigos interiores, aquellos conservadores que presumiblemente se oponían a la intervención en el conflicto europeo. Algo de todo esto había y mucho de bracear en el aire: los falangistas defendían la política oficial de neutralidad que, sin embargo, querían ver abandonada. La definían como fuerte, vigilante, ambiciosa y un largo etcétera; y lo hacían arremetiendo precisamente contra aquellos *conservadores* que querían mantenerla. Fuere como fuere, lo cierto es que el discurso palingenésico se acentuó para desarrollar hasta el final todos los aspectos de su propia lógica interna. Desde esta perspectiva, la vieja consigna de «Imperar o languidecer» parecía presentarse a la vuelta de la esquina y de una forma perentoria:

> «Bastante ya sabemos que este momento no tolera siquiera la existencia de pequeños pueblos recogidos y protegidos. España, como aquella novia ideal del Emperador de China, con una pulgada menos es pequeña y con una pulgada más es grande y hermosa. Y para nosotros, para nuestra propia existencia, una neutralidad que quiera renunciar, de una manera cómoda y suicida, al peso del derecho y de la espada, podría significar, sencillamente, una previa renuncia a la existencia de la Patria. Ojos abiertos, pues, cuando puede tornar la hora —¡y ya era hora!— de todo lo que para nosotros es inmediatamente legítimo, irrenunciable e inaplazable» [115].

Éste era el mensaje que la prensa falangista repetiría una y otra vez. Los pueblos pequeños eran, casi de por sí, pueblos condenados, ninguna unidad defensiva o pacata era suficiente, no había lugar para esconderse. El mismo concepto falangista de unidad de destino, sobre el que habremos de volver en lo sucesivo, admitía también una lectura en clave palingenésica, como la que desarrollaría Antonio Tovar en octubre de 1940:

---

[115] «Ojos abiertos», *Arriba*, 24 de mayo de 1940.

«... si la unidad total y cerrada no tiene un destino, un quehacer, una empresa ante sí, es una unidad a punto de morir siempre, viviendo con permiso de los demás, sujeta a crítica y revisión —y aun negociación— desde fuera. La idea de unidad de destino encierra, por consiguiente, toda una invitación al quehacer común, a la empresa de todos, a la conquista de un futuro más seguro y adicto, al desbordamiento de todos los pequeños resentimientos y banderías en una gran acción, al despertar de esta idea sencilla del Estado como Gran Potencia o del Estado como nada» [116].

Vida o muerte. Todo o nada. Parecía evidente que la hora de la verdad se aproximaba, o, dicho de otro modo, el mito palingenésico se aproximaba al choque con la realidad. No es de extrañar, por tanto, que las declaraciones y manifestaciones de este tipo se multiplicaran abordando todas las facetas y todos los problemas del momento, pero siempre con ese sustrato común y determinante. Para Pedro Gamero del Castillo, por ejemplo, el problema era que la revolución debía asumir un impulso decisivo, también en aras de la nación: «la ausencia de un proceso revolucionario puede comprometer la independencia de España» [117]. Para Maravall, era ni más ni menos que la vida de un pueblo, de una comunidad, la que se libraba en la arena internacional: «la vida entera de una comunidad popular está en la política exterior». La existencia concreta de un pueblo —añadía—, «de su unidad política, se hace presente en su política internacional, y por eso, en último término, la guerra y la paz son sus instrumentos» [118]. Revolución y política exterior, lo que se jugaba no sería ya otra cosa que la suerte de España. Como se preguntaba un editorial de *Arriba*, «... si así no fuera, si nuestra Revolución no triunfara, ¿qué sería de España?» [119].

---

[116] Antonio TOVAR, «Unidad de destino», *Arriba*, 29 de octubre de 1940.
[117] *Arriba*, 19 de enero de 1941.
[118] José Antonio MARAVALL, «Caudillo en lo internacional», 16 de febrero de 1941.
[119] «La Falange ante la victoria», *Arriba*, 1 de abril de 1941.

CAPÍTULO 5

LA REINVENCIÓN DEL ULTRANACIONALISMO FASCISTA

El ultranacionalismo falangista, revolucionario y palingénesico, constituía, como se ha visto, el núcleo y la razón de ser de la ideología fascista de Falange. Aquello que servía, además, para diferenciarla nítidamente de la de sus aliados conservadores y reaccionarios. Pero esto, a tal fin necesario, no era en modo alguno suficiente. Mucho habían escrito y dicho los padres fundadores acerca del nacionalismo y la Patria, de España y su historia. Sobre esta base, sin embargo, se habían acumulado *materiales* de distinta procedencia. Las más o menos espontáneas *catolización* y *tradicionalización* de la cultura política de los vencedores habían cambiado las reglas de juego. El decreto de unificación había marcado el terreno de la síntesis: tradición y revolución; el Siglo de Oro y el Imperio; decadencia y resurgimiento, con los carlistas en medio. Lo viejo y lo nuevo. Todos de acuerdo, pues, en la idea. España parecía estar volviendo a pasos acelerados al muy católico e imperial siglo XVI.

¿Todos de acuerdo? En realidad, como se vio, unos, los reaccionarios de Acción Española, parecían estar totalmente de acuerdo, sintiéndose además en su propio terreno. Otros, los falangistas, acusaron el doble impacto de los cambios introducidos por la guerra civil y la desaparición de sus padres fundadores. Al relativo desconcierto inicial y primeros y vacilantes intentos de reconstrucción de una visión falangista del problema nacional, había de seguir ahora, ya en la victoria, un esfuerzo de recomposición que permitiera reintegrar el culto retrospectivo de la tradición y el catolicismo dominante en el propio discurso. En lo que se refiere a lo primero, el problema central estaba, como también hemos visto, en la articulación de los valores de la tradición y la revolución. La alternativa al problema

era hasta cierto punto previsible: un intento de reapropiación fascista de la tradición. Pero los caminos no eran lineales ni las construcciones sencillas. Unos y otras pasaban por dar otra vuelta a la historia, en sus *usos* y en sus contenidos.

Tradición y revolución. La Historia en el puesto de mando

Basta leer el libro de Antonio Tovar, *El Imperio de España,* para apreciar la magnitud de los cambios experimentados. Especialmente porque la edición de 1941 tiene la virtud de reunir el folleto publicado con ese título en octubre de 1936, una conferencia de octubre de 1937 —«La historia como sentido»— y otras cuatro conferencias «sobre Historia de España» pronunciadas en septiembre de 1939[1]. ¿Qué diferencias hay entre la primera y la segunda parte? El propio Tovar lo indica en la «Nota previa» a la edición de 1941: «En ellas (en las conferencias) he acentuado la expresión de la fe y la consigna de una fuerte ambición nacional»[2]. Es decir, más religión y más Imperio; más tradición y más nación; más de lo viejo y más de lo nuevo. Veámoslo.

El primer folleto es, podría decirse, plenamente coherente de principio a fin. Se trata de una construcción de la historia de España con un objetivo bien preciso que parece claramente inspirado en el enfoque imperial y proyectivo propio de Ramiro Ledesma: hacer del conocimiento del pasado una palanca esencial para la formación de una conciencia imperial española, base y motor a su vez para acometer la dura y difícil tarea de construir el nuevo Imperio. Un pasado que se podría sintetizar en una idea, la de que el pueblo español habría sentido «durante toda su historia (...) la vocación y el ansia de Imperio» y habría tenido siempre conciencia de su destino universal e imperial. Por eso había podido construir aquel gran Imperio hispánico —esto es, con Hispanoamérica y Portugal— cuya «fragmentación y desunión» se trataría de superar[3].

Tan radicales aseveraciones conducían a una nueva construcción de la historia de una España cuya vocación imperial se remontaría

---

[1] Antonio Tovar (1941). El primer folleto fue publicado también en 1937 en la revista *FE. Doctrina nacionalsindicalista,* núms. 5 y 6.

[2] Antonio Tovar (1941), p. 7.

[3] Id., pp. 9-16.

a la noche de los tiempos. Para lo cual iba a apoyarse con toda probabilidad en la recién aparecida *Introducción a la España romana,* de Ramón Menéndez Pidal[4]. Según Tovar, ya en la prehistoria se habrían configurado —en Tartesos, por ejemplo— imperios culturales cuyo recuerdo pudo evaporarse pero que habrían proporcionado a España aquella «solera vieja que es imprescindible para los Imperios». En el contacto decisivo y absolutamente determinante con Roma, con la genial Roma, España iba a sentir que despertaba con «ansias de Imperio». A Roma habría dado España los Balbo de Cádiz, eternos acompañantes de César, fundador del auténtico Imperio, y emperadores como Trajano y Adriano. Cuando el cristianismo, que había venido a destruir el Imperio, finalmente lo dominó, hubo un Constantino, pero también un Teodosio, castellano de Coca, último emperador antes de la división entre Roma y Bizancio que, no obstante, habría sabido vivir aquellos días con la «severidad española de un Felipe II»[5].

Si los mismos romanos se habían españolizado, no otra cosa iba a suceder con los visigodos, razón por la cual éstos habrían sido los únicos entre los bárbaros con capacidad para soñar un Imperio, y si no lo consiguieron fue porque en el fondo habían sido «demasiado herejes», demasiado poco romanos. Como tampoco lo conseguiría el Califato cordobés, otro de «nuestros grandes momentos universales, imperiales», carente, sin embargo, de una verdadera entraña española. Imperiales habrían sido también en los tiempos medievales León y Castilla, que «empieza por imponer su lengua», Aragón, Cataluña y Portugal. Pero eran tiempos todavía de ensayo y prueba, demasiado nacionalistas y poco romanos, con lazos feudales extraños a España e incapaces por ello de hacer realidad aquella ansia imperial.

Con los Reyes Católicos y la Contrarreforma llega, al fin, el Imperio español que cumple así su destino de «comprender y sentir a la vez lo mediterráneo y lo atlántico, la mística vaga del norte y la teología precisa del sur, Italia y Germania»[6]. España soluciona entonces el problema judío, crea la Inquisición, garante de la unidad de dogma, aplasta el movimiento reaccionario y medievalista de las comunidades y, sobre todo, impone frente a todos la verdad:

---

[4] Ramón MENÉNDEZ PIDAL (1935). Para la influencia de Menéndez Pidal en la España de posguerra, véase el primer apartado del siguiente capítulo.

[5] Íd., pp. 19-24.

[6] Íd., pp. 52-55.

«Frente a los protestantes esgrime la enseña de la unidad romana y verdadera; frente a Roma, que deja con León X y con Miguel Ángel —el pintor de Cristos desnudos como Apolo— [...], perderse la esencia cristiana que Roma debía representar, España ostenta su disciplina, su reforma eclesiástica de Cisneros, su contención, su ropa negra y grave, sus cuadros del Greco»[7].

En suma, frente a la reforma falsa, germánica y separatista, y por la reforma verdadera, con los jesuitas y con la Teología de Trento, todo obras españolas, España pudo hacer realidad su Imperio Universal. Vendrían después la derrota, Westfalia y todos los 98 de Giménez Caballero, la decadencia. En 1700 España estaría prácticamente muerta. Peor sería incluso el siglo XVIII, a pesar de la buena administración y la europeización, porque fue entonces cuando España estuvo a punto de perderse para siempre: «Si Aranda hubiese sido tan audaz como Pombal en Portugal, España se hubiese perdido para siempre en la europeización, en la abdicación de sí misma. Hubiera abierto para siempre a la indiferencia su fiera alma inquisitorial, hubiera apaciguado su sangre militar, hubiera renunciado a las aventuras y los mares»[8].

Sin embargo, el pueblo español, apegado a sus Autos sacramentales y en contra de los «excelentes» políticos de la Ilustración, tenía razón. Era el mismo pueblo que seguía teniendo una «confusa idea de la España eterna», el mismo pueblo que en un «estallido genial» sorprendió a Napoleón. Esa misma «oscura conciencia es la que salva a España» en el siglo XIX, es la que inspira las guerras religiosas carlistas, que son un derroche de feroces combates y energía malograda, en las que ninguno de los contendientes, ni liberales ni absolutistas, supieron expresar la profunda realidad de España y que concluyó en la «ramplonería de la Restauración» y el 98, donde se pierde un Imperio, casi sin llorar, precisamente porque ya no se sabía qué hacer con él.

La conclusión de esta reconstrucción de la historia de España, caracterizada por una nacionalización absoluta e imperial de todo lo que por ella había pasado, de Tartesos a Roma, de los árabes a los godos, de la Contrarreforma a los siglos decadentes, era la pre-

---

[7] Íd., p. 61.
[8] Íd., p. 73.

visible conjunción entre lo viejo y lo nuevo, reducidos ambos a la eternidad imperial de España: «buscamos no la España de ayer, ni tampoco la de anteayer, sino la España eterna, la que en la sangre del pueblo español nunca ha renunciado al yugo y las flechas de su Imperio». Algo que se estaría insinuando ya: «la nueva Catolicidad est(á) a punto de cubrir, con el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y el nuevo Estado en España y Portugal, el suelo todo del Imperio de Carlos V» [9].

Se trata, como se habrá podido apreciar, de una nueva construcción de la historia de España que tiene mucho de síntesis de las aportaciones de Ledesma y Giménez Caballero, pero que difiere de este último y de cualquier otra construcción anterior en un aspecto esencial: en el relativo a la sustancia imperial de toda la historia de España. En efecto, Tovar parece seguir al segundo de los citados en la búsqueda de una gran clave explicativa de la historia de España. Pero allá donde éste lo encontraba en la eterna pugna y sucesivas síntesis de los genios oriental y occidental, Tovar lo encontraba en la no menos eterna sustancia imperial. Circunstancia que, por otro lado, le permitía alejarse, de acuerdo ya en esto con Giménez o Ledesma, de cualquier descalificación del sustrato aborigen por oposición a la aportación aria, como había hecho el último José Antonio, o de ambos, de lo popular y de lo visigodo, como implícitamente había hecho Ortega. No había probablemente mejor modo de proporcionar una base histórica a las ansias imperiales de Falange.

¿Qué cambios pueden apreciarse en la segunda parte del libro? Hay una cierta continuidad entre la conferencia de octubre de 1937, «La Historia como sentido», y las cuatro conferencias de septiembre de 1939 sobre Historia de España, apreciable en sus mismos enunciados. La primera de ellas constituye una auténtica apología de la historia en tanto que instrumento o medio imprescindible para orientar el instinto de amor a la Patria, para mantener despierta la conciencia de continuidad y revalidar la idea de destino colectivo de España. Para crear, en fin, un sentido histórico o conciencia histórica que no sería otra cosa que la ley de la sucesión y la fidelidad. Nada nuevo, pues, salvo en el énfasis que se pone en el objetivo de tales reflexiones sobre la historia: ganar en «claridad y violencia» [10].

---

[9] Íd., pp. 75-76.
[10] Íd., pp. 79-83.

Algo similar puede decirse de la primera de las conferencias de Barcelona, en la que la apología de la historia se traduce en una reivindicación de la conciencia histórica como algo místico y antipositivista que, contra los soñadores pacifistas, habría llenado de «cataclismos nuestro tiempo». Era la apología de una historia que conducía a la mayor exaltación de los «espíritus nacionales» convertidos en «tremendos ídolos que nos poseen a todos violentamente y nos hacen sentir la trágica grandeza de nuestras "unidades de destino"». Y que culminaba en una nueva reivindicación de la conciencia histórica como base imprescindible y explicación última del ultranacionalismo contemporáneo: «Vivimos como un «superromanticismo, en el que los espíritus de cada pueblo, sus músicas y sus poesías populares, su Derecho y su pasado histórico, se han hecho pura acción, ganas de pelea» [11]. Era un discurso vitalista, con ecos nietzscheanos, unamunianos si se quiere y hasta paganizantes. Bien apreciables, por otra parte, cuando de evocar la tragedia de la Patria se trataba: «Porque he venido a deciros que esta tragedia no es para llorar, sino para que nos animemos a tomar nuestro papel en ella y a representar el coro sufridor y resuelto que quiere oponerse a la inevitable necesidad trágica, y que sólo así se salva de llorar para sucumbir» [12].

Cristianismo y romanidad, catolicismo y lengua serían, por otra parte, los grandes resortes que permitirían soportar el peso de dos mil años de historia y participar en la creación de un nuevo orden al que los españoles acudirían con la confianza de saber que pertenecen a un pueblo hecho para mandar. Aspecto éste también fundamental desde el punto de vista del individuo: «Para ser algo necesitamos una formidable unidad nacional, armada y en marcha, en la que insertarnos. Si no, no somos casi nada» [13]. Ultranacionalismo fascista, pues, en estado puro.

La segunda y tercera conferencias constituyen casi un contrapunto de las anteriores, y también del folleto inicial, en lo que respecta a la acentuación de los elementos católicos, antimodernos y «reaccionarios». La historia de España se seguía presentando como una larga preparación para la grandeza, un momento de plenitud y la

---

[11] Íd., pp. 90-93 y 105.

[12] Íd., p. 96. No está de más recordar que el libro se abría con dos frases, una de José Antonio Primo de Rivera y otra de Unamuno: «Nosotros, a lo nuestro. No basta defenderse; hay que atacar».

[13] Íd., p. 108.

decadencia posterior. Pero, ahora, la larga etapa de preparación habría perdido importancia salvo en lo relativo a la contribución de Roma. Ni hay ya referencia alguna a los imperios prehistóricos —lo que ciertamente tendría algo de paganizante—, ni los godos cuentan demasiado, salvo por su predisposición a asimilar la esencia de España, ni, mucho menos, los árabes —el Califato de Córdoba tendría poco que ver ahora con la historia de España— o los judíos, unos y otros episodios descarriados y aberrantes. Se podía llegar así a definir directamente lo que sería principio y fundamento de la grandeza española: «la anchura y profundidad del movimiento religioso», y la existencia sobre esta base de una unidad cultural compacta y cerrada. La Contrarreforma aparecía consecuentemente como principio y núcleo de la historia de España. Porque todo lo que hubo antes habría sido «una rectilínea preparación para la grandeza contrarreformista, y nada más»; y lo que hubo después, o tenía que ver con la Contrarreforma, positiva o negativamente, o tampoco sería historia de España [14].

La Contrarreforma, por tanto, era pensada como núcleo y esencia de la historia de España. Pero ¿qué era la Contrarreforma y cuáles sus valores? Los ingredientes fundamentales serían la romanidad y el cristianismo, cuya suma a partir de Trento permitiría hablar de lo «católico» y lo universal; sus valores supremos estarían constituidos por la fe y la unidad religiosa. Parecía casi un abrazo de las más reaccionarias tesis del nacionalcatolicismo, de las de un Menéndez y Pelayo cuya sombra parecía sobreponerse a la del Ramiro Ledesma evocado en las otras conferencias. A partir de aquí, sin embargo, entran una serie de connotaciones de la Contrarreforma que apuntan a lo que podría considerarse una reinvención y apropiación fascista y totalitaria de la propia Contrarreforma. Ésta habría sido, en efecto, unidad, ortodoxia y unanimidad de todos los órdenes, tensión unánime. De ella habrían salido los teólogos armados y la Inquisición, inmensamente popular, y expresión fanática del afán de mantener la unidad» [15]. La Contrarreforma era intolerante y dogmática, consistía en una manera de ser que «no dejaba en el hombre ningún espacio vacío que se quedase en insatisfacción romántica»; «limitaba al hombre a propósito, le quitaba libertad y abandono para devol-

[14] Íd., pp. 118-121.
[15] Íd., pp. 113-117.

vérselo en señorío y dominio». La Contrarreforma, en suma, con su firmeza dogmática, proporcionaba a los hombres, a los Pizarro, Hernán Cortés o duque de Alba, la energía y convicción necesarias para obrar, para la acción. La Contrarreforma era, además, una obra española, como lo había sido —«en su iniciación y en su remate, en los reyes que organizan el Concilio y en los teólogos que fijan sus dogmas»— el Trento que salva el catolicismo para la posterioridad. A su vez, España se habría hecho, «de modo definitivo, contrarreformista»; y el contrarreformista se convertiría para siempre en el modo de ser español. Al fin y al cabo, sería Dios quien habría escogido «manos y bocas españolas para obrar y para hablar» [16].

La propia decadencia española hasta 1700 se explicaría, además de por la derrota militar, por el terco afán en no rectificar, por haber llevado la intransigencia hasta el límite. La Contrarreforma era una cosa demasiado seria como para acomodarse a puras conveniencias. Lejos de aflojar su fe, los españoles se aferraron más a ella. Es verdad que por entonces España empezó a seguir una trayectoria diversa de Europa: si Europa se enriquecía, España se empobrecía; si Europa avanzaba en el conocimiento científico, España era cada vez más ignorante; si en Europa se desarrollaba la libertad de conciencia, en España ni siquiera se planteaba tal problema. Al final, la decadencia habría sido «como una exageración de virtudes hasta convertirlas en defectos». Pero al menos España no habría perdido su unidad interior y el pueblo siguió siendo contrarreformista. Al menos hasta el setecientos, cuando, como vimos, ese mismo pueblo fue traicionado por sus elites y de alguna forma se «encanalló». Hasta que finalmente pudo enarbolar de nuevo la vieja bandera contrarreformista contra Napoleón, en las guerras carlistas y en el mismo 18 de julio.

Se trata de una lectura harto más reaccionaria del siglo XVIII y también de un siglo XIX que habría sido un siglo de destrucciones, con la invasión francesa, las revoluciones, las leyes desamortizadoras y las quemas de conventos. Aquí ya no hay una pretendida equidistancia entre absolutistas y liberales, y si algún pero había que poner a las guerras carlistas, «cosa instintiva y auténtica de la sangre en rebeldía», era la ausencia de una conciencia histórica como la que habría sabido crear, por primera vez en España, Menéndez y Pelayo [17].

---

[16] Íd., pp. 122 y ss.
[17] Íd., pp. 159-163.

Podría decirse que si la esencia de España era la Contrarreforma, no habría ya margen alguno para equidistancias o equilibrios como los que en su tiempo habían intentado Ledesma o el mismo Tovar. Pero podría reducirse ese espíritu contrarreformista a una manifestación de la esencia misma de lo español, rellenarlo de contenidos fascistas y proyectarlo, ahora sí, en una línea claramente ledesmista hacia el futuro.

Es lo que haría el propio Tovar en la última de las conferencias, que constituiría una especie de síntesis entre los polos, sucesivamente extremados, de lo nacional-proyectivo y lo religioso-tradicional. Era de nuevo la historia la que retomaba la palabra para presentarse, para ser presentada, como una norma de acción. Sería la conciencia histórica, el sentido histórico el que debía despertar en los españoles el orgullo y la ambición, la moral de combate. La historia, pues, como instrumento de combate. Pero una historia irrepetible cuyas principales lecciones tendrían valor de futuro, no de pasado. No se trataría de forzar la vuelta a un pasado lejano, sino de unir la doctrina contrarreformista con la revolución nacionalsindicalista; no de promover regresiones, imitaciones o repeticiones, sino de reanudar tareas interrumpidas.

Se trataría de crear un orden nuevo que recogiera las seguridades y aciertos del antiguo, pero sin caer en una «regresión arcaísta». ¿Qué había que salvar del orden antiguo, más allá de la oposición a la modernidad protestante y la civilización progresista? Por supuesto, la fe religiosa y la voz de Cristo; pero también la de Roma, además del estilo y la temperatura, la voluntad de imperar en lo universal y la exigencia de preferir «la gran miseria y la guerra al abandono cobarde». Fuera de esto, poco más se podría decir. Más aún, sería tarea vana y casi pretensión milagrosa confiar en algún tipo de plan de integración de los órdenes antiguo y nuevo. Ése era, claro es, desde nuestro punto de vista, el problema de fondo de este intento de síntesis. Tovar lo solucionaba, y en esto la coherencia de todos sus textos era plena, por una parte, con apelaciones a la vitalidad española, las consignas ambiciosas, «grados de temperatura y acción» y la ya vista llamada palingenésica a mantener el fuego «en una inextinguible llamarada». Por otra, recordando que la situación aparecía tan prometedora y llena de futuro en 1939 como lo había sido al principio del reinado de los Reyes Católicos, es decir, en vísperas del Imperio [18].

---

[18] Íd., pp. 164-177.

El libro de Tovar muestra perfectamente la magnitud de los cambios ideológicos operados en la España nacionalista, los problemas y contradicciones que de ellos derivaban y las posibles vías de salida. Suponía la definitiva entronización de la Contrarreforma, pero también una cierta reinvención de la misma acorde con los valores fascistas, imperiales y palingenésicos. Suponía la definitiva incorporación al imaginario falangista de Menéndez y Pelayo al que, no obstante, no se tardará en hacer objeto de revisión, pero también la *vuelta* de Ledesma [19]. Tan importante como esto, sin embargo, es observar el modo en que estas y otras construcciones «teóricas» operaban en la práctica, en el día a día. Es aquí donde se pueden captar los elementos dinámicos, el modo en que la tensión se iba resolviendo en una u otra dirección y el modo también en que ello tenía efectos sobre las mismas construcciones políticas e ideológicas.

Así, si la Falange se había hecho definitivamente «católica», «contrarreformista» y «tradicionalista», si el tradicionalismo figuraba incluso en su propio nombre, parecería evidente —y las diferencias apreciadas al respecto en las dos partes del libro de Tovar son reveladoras— que ya no se podía criticar, ni siquiera acentuar en exceso las distancias con el carlismo decimonónico y que, por la misma razón, la visión de dicho siglo debía hacerse aún más cerrada y negativa. Dicho de otro modo, las famosas «breñas» de la Navarra pirenaica habían quedado definitivamente incorporadas a la historia oficial de Falange. No obstante, sí que se podía convertir la tradición, la de los tradicionalistas y la de los siglos dorados, en terreno en disputa. Cabía, por así decirlo, el intento de una inversión, reinterpretación y apropiación en sentido fascista del tradicionalismo del XIX del mismo modo que había hecho Tovar con la Contrarreforma. Dicho de otro

---

[19] En 1938 los responsables de la censura —al decir de Vegas Latapie— prohibieron el prólogo del monárquico Jorge Vigón a la tercera edición de la *Historia de España. Seleccionada en la obra del maestro* (Menéndez y Pelayo) por el propio Vigón. Aunque la obra pudo finalmente publicarse con dicho prólogo, esta circunstancia pone bien de manifiesto el modo en que el mismo Menéndez y Pelayo se estaba convirtiendo en «territorio disputado», cuando no en arma arrojadiza de unos frente a otros. Cfr. Eugenio VEGAS LATAPIE (1995), pp. 112-115, donde se habla de la prohibición, y José ANDRÉS-GALLEGO (1997), pp. 159-160, donde se demuestra que libro y prólogo pudieron ver finalmente la luz. Más adelante, tanto Tovar como Laín Entralgo llevarían a cabo sendas aproximaciones a la obra del cántabro en las que era evidente el intento de su reapropiárselo en clave tendencialmente falangista. Pedro LAÍN ENTRALGO (1944); y M. MENÉNDEZ Y PELAYO (1948).

modo, se podía polemizar con tradicionalistas y neotradicionalistas en el nombre de una, supuesta, verdadera tradición.

En la línea apuntada por Tovar, se empezó a utilizar muy pronto la historia y sus lecciones para deshacer cualquier equívoco acerca de la eventual repetición de formas del pasado. Y esto de forma tan taxativa como lo hacía un editorial de *Arriba* en noviembre de 1939[20]. «La historia —se decía— no es hoy un vaciado en yeso de formas pretéritas y previstas, sino un ser vivo y nuevo, en un tránsito, en una génesis cruda y ardua de asombrosa originalidad». La historia estaría siempre en perpetuo movimiento, en incesante transformación. Sería, además, cíclica, en una sucesión constante de etapas: «nacimiento, plenitud y muerte; amanecer, mediodía o anochecer». Lo que valdría especialmente para los periodos «creativos de ascensión irruptora, dura y matinal, hacia un orden nuevo (que no podrían gozar del) bienestar ilustrado de los apogeos ni las dulces, conservadoras y a las veces lentísimas horas de las decadencias». La historia, en fin, tenía sus propias lecciones, que eran también unas grandes lecciones tradicionales. Una de ellas era que no se podía hablar de la existencia a lo largo de los siglos de algún sistema que pudiera considerarse el mejor; otra, que ningún gran político, de César a Cisneros, se había propuesto nunca doctrinalmente «lo que fue», sino, en todo caso, deducir de «lo que fue», lo que «es», lo «que será» y lo «que debe ser».

Aplicado todo esto a España, el mensaje era claro: «probablemente, ningún modelo, ninguna forma antigua de la Historia de España sirve para la España de hoy [...]. Esta coyuntura de hoy no se ha dado jamás: ni en la magnitud del dolor ni en el imperativo de la esperanza. Por lo tanto, es inútil volver la vista atrás». No se trataría, en definitiva, de «imponer tal o cual concepción estática del Estado, sino de andar la historia con la mayor seguridad y velocidad posibles (...) de seguir áspera y arriesgadamente un gran rumbo en gran parte ignoto, como es siempre la marcha hacia el futuro, la realización del destino». Vivo y nuevo, génesis, nacimiento y ascensión, movimiento y transformación, amanecer, dolor y esperanza, futuro y destino. Están aquí recogidos todos los topos de la palingenesia fascista. La misma que haría a Ridruejo atribuir a Falange «más nos-

[20] «A cada tiempo lo suyo», *Arriba*, 5 de noviembre de 1939.

talgia del futuro que del pasado, más esperanza que recuerdo»; o que le permitía reafirmar la concepción falangista de la historia:

«La historia —la más cercana y la más lejana— no es para nosotros motivo de recreo, ni de elegía, ni de orgullo, sino espejo de nuestro destino, planta de nuestra edificación, dirección de nuestro sendero, advertencia de todos los peligros y espuela de todas las ambiciones»[21].

No se retrocedía un ápice en la valoración que hemos visto trazada por Tovar de los siglos gloriosos. Todo lo contrario, éstos seguían siendo reivindicados como los generadores de la auténtica y definitiva cultura española, aquella que, al decir de Salvador Lissarrague, seguía «dramática y prodigiosamente viva», constituyendo «el supuesto primordial de nuestra imperiosa y encendida españolidad»[22]. Pero había un cierto hastío respecto de aquella gente que parecía querer acercarse a esa cultura considerándola casi como un adorno, o que carecería de «un sentido vivo y exacto de lo que es la cultura». Y, sobre todo, respecto de los apologistas de ciertas tradiciones culturales y supuestas filosofías tradicionalistas decimonónicas que, en su desmesura y falta de contención, estarían haciendo incluso un flaco servicio a figuras —como Balmes, por ejemplo— de un pensamiento estimable y consistente pero limitado e insuficiente. Parece haber aquí, en un sentido más amplio, una protesta larvada contra las pretensiones de cierto pensamiento reaccionario de elevar el *oropel* del XIX al *oro de ley* del XVI. O lo que sería lo mismo, un intento de liberarse de la hipoteca neotradicionalista que empezaba a pesar en la España de la época. Se trataba casi de contraponer una tradición real e incomparable, la del siglo XVI, a otra mucho más contingente y cuestionable, la del XIX y todo el pensamiento reaccionario del mismo.

En esa dirección, cuando en marzo de 1941 se celebraba la fiesta tradicionalista, el Día de los Mártires de la Tradición, el diario *Arriba* no dudó en rendir el correspondiente homenaje a aquellos carlistas que se habían enfrentado, con su empeñada y seca intransigencia a la claudicación, a aquella «terca y firme tropa tradicionalista» que se enfrentó a las más peligrosas formas del liberalismo, a aquellos,

---

[21] Dionisio RIDRUEJO, «Arenga de fin de año», *Arriba*, 31 de diciembre de 1939.

[22] Salvador LISSARRAGUE NOVOA, «La Patria y la Cultura», *Arriba*, 2 de enero de 1941.

en suma, que «pusieron sobre los riscos de España el valor de una sangre auténtica al servicio de inmutables principios» [23]. Pero, rendido este tributo al viejo tradicionalismo, todo eran advertencias. En primer lugar, Falange, precisamente porque había conseguido entender en toda su profundidad e integrar los grandes valores de la tradición española en el «pensamiento absoluto», no podría permitir que bajo ningún pretexto o viejas parcialidades se intentase introducir mercancía de contrabando. En segundo lugar, se trataba tanto de integrar lo mejor de la tradición española como de crear una nueva tradición tan fuerte como aquélla, abriendo «ruta en el futuro de la Patria». Lo que implicaba, en tercer lugar, una nueva advertencia:

«Por eso, camaradas, la tradición es peligrosa si nos recostamos sobre ella y nos dormimos. Hay que estar en pie sobre la tradición de España, mejor, incluso, la punta del pie tan sólo, y luego, en esa especie de equilibrio inestable, hacer cara con riesgo, emoción y coraje a la tarea nacional de cada día».

La Tradición, por tanto, la verdadera, la «que permanece», estaría en esa fuerza total que era la Falange, e integrada consecuentemente en el único camino de salvación, la Revolución. De ahí, la última y más perentoria de las advertencias: «Frente a nuestra necesidad de andar, nada. Lo que es nostalgia confusa y poco leal, lo que es plañiderismo profesional y estentóreo, lo que no tiene ni el color ni la consistencia de las cosas auténticas que merecen respeto, viene a entorpecer nuestra marcha y nos urge su apartamiento». De ahí también, el último y definitivo de los mensajes: la tradición, la verdadera tradición, estaba dentro de la Falange, fuera de ella nada era posible ni tolerable. El proceso de apropiación de la tradición en un sentido fascista parecía, por el momento al menos, darse por concluido. Tal vez por ello, los intelectuales falangistas pudieron volver a aproximarse a las anteriores visiones, más abiertas y aparentemente equidistantes, de las peripecias del siglo XIX. Como cuando José Antonio Maravall recordaba la falta de conciencia histórica en la España anterior a 1930 y criticaba por igual a los dos «extremos»:

«... España vivía, al parecer, de su Historia. Pero esto era verdad sólo parcialmente. España vivía nada más de una de las dimensiones de lo histórico:

---

[23] «La tradición en la Falange», *Arriba*, 9 de marzo de 1941.

el recuerdo. Y no ya como recuerdo, como algo que ya fue, sino como presente, como algo que se había quedado parado en el camino de los siglos. Tal vez lo más grave es que cuando se quería quebrar ese reposo se rompía, además, con la memoria viva del pasado y se intentaba proceder como si la existencia de nuestro pueblo acabara de empezar»[24].

El mismo Tovar, sin desdecirse un ápice de su vieja querella antiextranjerizante en la que englobaba el motín de Esquilache, la Guerra de la Independencia, el arte de Goya y las guerras carlistas, podía celebrar la existencia de una ley histórica respecto de las nuevas formulas políticas:

«La Historia nos demuestra que quienes crearon nuevas formas políticas sacaron de ellas considerables frutos. Así, los Reyes Católicos, realizadores de la primera unidad nacional; así, Luis XIV, creador de la primera Monarquía absoluta; así, Inglaterra y Francia, iniciadoras del liberalismo democrático. España, por proclamar y defender una fórmula política nueva, vio ensangrentado su suelo por los horrores de una guerra civil. Aquel sacrificio no puede carecer de recompensa»[25].

Lo nuevo finalmente integraba, se superponía y terminaba por remitir lo viejo a su lugar en el pasado. Casi poniendo el punto a la vieja tensión, al equilibrio inestable de tanto tiempo, Ridruejo parecía querer dictar sentencia en vísperas de sucesos decisivos:

«Nosotros queremos "lo nuevo", lo creado, lo armoniosamente entero, que no puede partir de otro lugar que de este nuestro, de otro tiempo que del presente. Si luego aquello que logramos se parece mucho a "aquello que murió", a aquello en que la absoluta verdad estuvo más cerca de realizarse, mejor para nosotros. Pero lo que sabemos es que aquella forma pasada fue plena y verdadera por ser creadora, nueva y de una pieza. Poniéndole lañas y remiendos no lograríamos sino su caricatura. Y una cosa nueva, creada y entera es siempre más fiel y parecida a otra igualmente constituida que una restauración a su original»[26].

---

[24] José Antonio MARAVALL, «Un prólogo del fundador», *Arriba*, 29 de marzo de 1941.

[25] *Arriba*, 23 de marzo de 1941.

[26] Dionisio RIDRUEJO, «Ser revolucionarios», *Arriba*, 27 de abril de 1941.

PATRIA Y RELIGIÓN: ¿CATÓLICOS O EPICATÓLICOS?

No hay duda. Falange sale de la guerra más católica de cuanto lo era antes de ella. No es que durante la República no lo fuera, pero de la «incorporación del sentido católico» de que hablaban los puntos del partido a lo que sucedió después media un abismo. La separación de Iglesia y Estado, de la que también hablaban implícitamente esos puntos, era a la altura de 1939 sencillamente inimaginable. Todo era católico, el Estado, la prensa, el presente y el pasado que habría definido para siempre el modo de ser de los españoles. El propio partido se había *confesionalizado*, por más que, como veíamos, esta súbita transformación determinara la búsqueda de no fáciles y a veces desconcertantes equilibrios. Y, sin embargo, las tensiones entre el Partido y la Iglesia se multiplicaron[27]. Las razones de ello son múltiples y variadas. Una de ellas tiene que ver, por supuesto, con el carácter insaciable del catolicismo español, su voluntad de ocupar prácticamente todos los espacios. Otra, justamente la inversa, era el mismo carácter del Partido único, cuya voluntad totalitaria le hacía pretender objetivos semejantes.

No era sólo un problema de ocupación de espacios —y de conciencias—. Eran también las diferencias ideológicas. Las autoridades religiosas creían adivinar la existencia de tendencias paganizantes o simplemente laicistas en la Falange y ciertos aparatos del Estado; o, dicho de otro modo, abrigaban serias dudas sobre la sinceridad y ortodoxia de la «conversión» falangista. Ésta era, desde luego, una imputación peligrosa en la España de la época para un partido que, además, aspiraba a la ocupación total de poder. Sobre todo, obligaba a ese mismo partido, además de a defenderse, a redefinir su propio nacionalismo y su propio catolicismo dentro de esa ecuación, siempre inestable, de patria y religión. Católicos todos, sí. Pero a cambio, como hemos apuntado ya, la misma religión se estaba convirtiendo en terreno de discordia. Como había sucedido en lo relativo a la Contrarreforma y la tradición, cabía la posibilidad de que se intentase una especie de reinvención con fines apropiativos del propio catolicismo por parte falangista.

---

[27] Una buena síntesis de las mismas, acompañada de un sólido soporte documental, en José ANDRÉS-GALLEGO (1997), pp. 169 y ss. También, Gonzalo REDONDO (1999), pp. 156 y ss.

Se trataba, por tanto, de problemas y diferencias lo suficientemente candentes como para que sus ecos saltasen a la prensa, a la falangista en particular, por más que en ella las alusiones explícitas a la existencia de polémica alguna fueran prácticamente inexistentes y haya que detectarlas muchas veces, por así decirlo, leyendo entre líneas. Pero su seguimiento es muy revelador del modo en que un partido fascista y católico se planteaba el problema de la construcción de un Estado fascista y católico; del modo en que se lo planteaba, y de sus preocupaciones, vacilaciones y contradicciones.

La primera de las preocupaciones tiene un componente claramente defensivo frente a cualquier tipo de imputación, explícita o implícita, que pudiera hacer dudar de la estricta aceptación por la Falange de los, superiores, valores religiosos. En este sentido resulta ejemplar el comentario editorial de *Arriba* a una pastoral del siempre polémico cardenal Segura publicada con motivo de la celebración del Día de la Prensa Católica. El editorialista se preocupaba de describir a los falangistas como «hijos sumisos de la Iglesia» y lo propio hacía a propósito de la línea editorial del diario: «Con particular insistencia se ha venido afirmando en nuestro periódico —a ninguno segundo en esto— la primacía de los valores religiosos y morales en la lucha política y la estricta subordinación de nuestra Revolución nacional a los principios instaurados por Nuestro Señor Jesucristo»[28]. Sentada tal sumisión, todo debían ser acuerdos entre unos y otros. De modo que las críticas implícitas en la pastoral del cardenal a determinadas actitudes de adulación al poder establecido, u otras similares, serían asumidas como propias. Lo mismo podría decirse respecto de la cuestión de fondo, la relativa a la prensa, en la que no existiría la menor diferencia: habría en España una prensa católica, «directamente dependiente del poder eclesiástico en cuanto sirve a las cosas divinas que son el fin propio inmediato de este poder»; y habría una prensa del Estado, también católica, y dependiente del Estado en tanto que éste «sirve a las cosas humanas; que son su fin propio e inmediato», pero dependiente también de la Iglesia, «en cuanto las cosas humanas, dada la jerarquía de los valores, deben subordinarse a las divinas». No habría, por tanto, lugar a pugna alguna entre ambas prensas o entre una de ellas y la Iglesia, porque eso sería tanto como que el Estado, la doctrina falangista o sus medios

---

[28] «Pastoral oportuna», *Arriba*, 30 de junio de 3199.

de comunicación renegaran de su «propia esencia cristiana, de su íntima razón de ser».

Con tan extraordinarias muestras de sumisión y subordinación no habría, desde luego, lugar a pugnas o conflictos. Es evidente, no obstante, que éstos existían y que, precisamente por ello, se elaboraban pastorales y editoriales como los comentados. Además, esta sublimación de los valores católicos por parte falangista podía dar lugar a una suerte de *extrapolación apropiativa* de imprevisibles consecuencias. Así, por ejemplo, sucedía cuando, con motivo de la celebración del Día de Propagación de la Fe, el diario falangista exaltaba la obra española, de sus misioneros y conquistadores, de propagación de la Fe en América; o se alababa el carácter no menos decisivo de la actitud misional española frente a la escisión protestante. Fidelidad absoluta a los principios de la Iglesia y tareas de la cristiandad, por supuesto. Pero también una inquietante relación convenientemente adjetivada de los «misioneros» españoles: José Antonio, «el primer misionero y fundador de la salvación de España»; Ignacio de Loyola, «fundador de la Falange de Cristo»; Pizarro y Hernán Cortés, «los primeros falangistas que tuvo España»[29].

No debía sonar muy bien a oídos de la jerarquía eclesiástica esta especie de «santoral misionero» en el que, por cierto, no figuraba ningún misionero *stricto sensu*[30]. Se trataba, en efecto, de un ejemplo entre otros muchos de apropiación laica, política, de la misión y actividades de la Iglesia so pretexto de que ésta habría encontrado en Falange su más fiel y resuelto valedor. Naturalmente, este tipo de actuaciones podía reforzar las sospechas e imputaciones eclesiásticas a propósito de la tendencia falangista a paganizar —a nacionalizar,

---

[29] «Sentido misional de España», *Arriba*, 22 de octubre de 1939.

[30] Ya en 1938 el cardenal Gomá o su secretario habían recogido algunas muestras de lo que llamaban «estridencias de Falange», consistentes bien en la *paganización* de fórmulas religiosas bien en la cuasi divinización de José Antonio. Tales eran, por ejemplo, un *Credo* que se iniciaba así: «Creo en España, Madre de Naciones, creadora de valientes héroes; en Franco, su Predilecto Hijo, nuestro Caudillo...»; o un *Padrenuestro*, que lo hacía del siguiente modo: «Padre Nuestro que estás en los Cielos y nos enviaste a José Antonio...». Aunque quizás la mejor *perla* sea aquella oración que en 1938 se ordenó rezar colectivamente en todos los campamentos de Falange: «Señor y Dios nuestro, / José Antonio está contigo. / Nosotros queremos lograr aquí / la España difícil y erecta / que él ambicionó. / Nos guía el Caudillo. / Señor, protege su vida y alienta nuestros esfuerzos / hasta que cumplamos esta consigna suprema: / ¡Por el Imperio hacia Ti!». Todo en José ANDRÉS-GALLEGO (1997), pp. 245-247.

diríamos nosotros— símbolos propios de la Iglesia, cuando no a contaminar dichos símbolos con la elevación a tal categoría de personajes que no habían destacado necesariamente por su vertiente religiosa. Pero servía también para poner de manifiesto la dificultosa conciliación, respecto del presente y del pasado, de los valores católicos y el extremo nacionalismo falangista.

Crítica y dificultad. Y por parte falangista, además, prevención defensiva e intentos de clarificación. Del problema se ocupaba Salvador Lissarrague cuando, terciando en el continuo debate que ya hemos visto acerca del lugar de lo antiguo y lo nuevo, lo pasado y lo actual, en la historia de España, identificaba a la Falange con lo actual, «que es siempre un poco eterno» y la caracterizaba como «lo más perenne y actual de España»[31]. Pues bien, casi inmediatamente debía correr a taponar las previsibles objeciones que aquello de «perenne» y «eterno» podría despertar en quienes «achacan a la Falange la identificación pagana entre lo religioso y lo civil». La respuesta, claro es, no podía ser otra que la reafirmación del ser cristiano y católico de España —a la que servía Falange— y de la Falange misma. Esta última, lejos de pretender «absorber la esfera última de lo religioso, confiada a la Iglesia», aspiraría a servirla con «energía y dignidad». A la Falange no le competía resolver los negocios del alma, sino «asumir la empresa de establecer, con una ilusión actual inspirada en las cosas eternas, sobre bases inconmovibles y augustas, la realidad civil de nuestra existencia». No tendría lugar ni justificación, pues, ninguna acusación de paganismo. La Falange sabría diferenciar perfectamente entre lo religioso y lo civil, simplemente sabría «ocupar su sitio, y eso es todo». Demasiada claridad, tal vez, porque a renglón seguido y casi a título de conclusión, se venía a reivindicar nada menos que una especie de derecho falangista a determinar en solitario una política verdaderamente católica y española: «constituye (Falange) la única posibilidad de una gran política católica y española de principios terminantes y horizontes amplios».

En cierto sentido, la actitud falangista era un continuo balancearse, una irresuelta oscilación entre la reafirmación de la más ortodoxa sumisión a los principios de la Iglesia y la más nacionalista de las actitudes. En ocasiones se hacía la más radical de las instrumen-

---

[31] Salvador LISSARRAGUE NOVOA, «Lo religioso y lo civil en la Falange», *Arriba*, 2 de febrero de 1940.

taciones del catolicismo en un sentido estrictamente nacionalista, al que no faltaba una voluntad de apropiación, para, a continuación, casi a modo de disculpa, reafirmar la profunda sinceridad del propio catolicismo. Es lo que hacía José Antonio Maravall cuando, tras definir instrumentalmente el catolicismo como «la fuerza inagotable de la que ha de sacar España cuantas fuerzas necesite», desarrollaba toda una línea de apropiación falangista del mismo [32]. En este sentido venía a insinuar, primero, que Falange fue decisiva en la recuperación del catolicismo español; segundo, que la falangista era la actitud *verdaderamente* católica; y, tercero, que ese catolicismo auténtico era un catolicismo de conquista y agresión:

«Y, sin embargo, no cabe duda de que ha habido un tiempo en que su acción (de la convicción católica) sobre la existencia concreta y real de los hombres, de los mismos españoles, había decrecido grandemente. Falange surgió por ese tiempo en la vida política española e hizo suya la causa de nuestra sustancial fe religiosa. Pero Falange se entregó a ella en una actitud verdaderamente católica. Siempre entre actitud y convicción hay un lazo esencial. Creer en una cosa cualquiera supone siempre una manera de mantener esa creencia que es adecuada a su naturaleza.

Esta manera católica de Falange consistió ante todo en renovar el espíritu de conquista que correspondía a aquélla (...). Esto tenía la Falange: actitud combativa, espíritu de agresión. También el cristianismo fue la más formidable agresión lanzada contra la historia que hasta él se venía haciendo y es, desde entonces, una permanente llamada al combate».

Acto seguido, sin embargo, casi justificándose, Maravall recordaba el punto 25 de Falange, allá donde hablaba de «incorporación del sentido católico», y lo interpretaba como una declaración de que con ello se asumía ni más ni menos que «todo el cuerpo de verdades racionales y reveladas que la Iglesia ha establecido». Sólo se es católico, añadía, «en la fidelidad a la entera doctrina de la Iglesia apostólica de Roma». Si en ese punto de Falange se hablaba después del sentido católico como «de gloriosa tradición y predominante en España», ello no sería sino un argumento lógico y lícito para realzar su adhesión al catolicismo. Sorprendentemente, la evidente vocación instrumentalizadora del catolicismo en clave nacionalista con que

---

[32] José Antonio MARAVALL, «Árbol de España», *Arriba*, 22 de octubre de 1940.

había comenzado el artículo, había quedado reducida al final a mero expediente para reafirmar el catolicismo sin más.

Confusión y vacilaciones, prevención y posiciones defensivas[33]. De alguna forma, los falangistas parecían no encontrar el equilibrio en la encrucijada en la que les había situado la guerra. Eran y debían ser católicos. Pero eran ultranacionalistas y no podían dejar de serlo. Si alguien utilizaba este segundo aspecto para dudar de su sinceridad en el primero, se veían obligados a declararse más católicos que nadie; pero esta misma circunstancia les obligaba, a su vez, a extremar su propio nacionalismo. A éste casi irresoluble dilema intentaría dar una respuesta concluyente Pedro Laín Entralgo retomando algunas de sus reflexiones del periodo de la guerra, pero para desarrollarlas ahora en un sentido más nítidamente fascista.

En efecto, en *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, libro en el que recopilaba buena parte de su ya vasta producción al respecto, Laín intentaría dar una solución elaborada y coherente desde el punto de vista falangista al problema de la articulación de las dos morales, la nacional y la religiosa. Vale la pena constatar que lo primero que hacía el autor era, precisamente, señalar la extrema gravedad de un problema que veía arduo y viejo, tanto que su origen podía remontarse al célebre mandato de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Problema que unos —güelfos, ultramontanos, integristas y populistas[34]— habrían intentado resolver mediante la subsunción de los deberes históricos en los religiosos, y otros en sentido inverso. Entre unos y otros, debería moverse necesariamente Falange. «El Nacionalsindicalismo debe moverse imperativamente entre una y otra rompiente, que son su Escila y su Caribdis»[35].

Ni siquiera el primer nacionalsindicalismo, el de las JONS, habría conseguido solucionar el problema, ya que éste, de la mano de Ramiro

---

[33] Así, por ejemplo, glosando una disposición oficial sobre la reconstrucción de templos, el periódico del partido no podía omitir el siguiente párrafo: «Llamamos la atención también de nuestros camaradas para que con disposiciones como ésta respondan adecuadamente a quienes todavía utilizan contra nosotros los espantajos del "paganismo" y otras zarandajas por el estilo». «Ningún pueblo sin iglesia», *Arriba*, 30 de marzo de 1941.

[34] Conviene recordar que, en el lenguaje fascista, los *populistas* eran los partidos populares católicos, como el de *Dom Sturzo* en Italia o el de Gil Robles en España.

[35] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), p. 25.

Ledesma Ramos, habría acentuado el valor de la moral nacional hasta el límite de la ortodoxia, aunque sin transgredirlo. Había dicho Ledesma: «¿La moral católica? No se trata de eso, camaradas, pues nos estamos refiriendo a una moral de conservación y de engrandecimiento de lo español, y no simplemente de lo humano». Y Laín apostillaba: «Pero ¿es que el español, actuando como español, no actúa también, al mismo tiempo, como mero hombre?»[36]. El problema seguiría, por tanto, abierto, al menos hasta la llegada de José Antonio Primo de Rivera, quien habría logrado centrarlo a partir de dos grandes ideas políticas: «la visión del hombre como "portador de valores eternos", no sólo desde un punto de vista religioso o filosófico, sino —y aquí su originalidad en el tiempo nuevo— desde una intención política; y la consideración de la nación como "una unidad de destino en lo universal" y de España como una entidad, a la vez que histórica, metafísica»[37].

Tampoco José Antonio, sin embargo, habría podido solucionar por completo el dilema, ni tenido el tiempo suficiente para desarrollar tan geniales logros. Habría que proceder, por tanto, en frase también joseantoniana que le resultaba especialmente cara a Laín, con «ánimo de adivinación». Era, pues, desde esos supuestos y con ese ánimo con el que nuestro autor se enfrentaría al problema de engarzar «lo eterno y extrahistórico con lo histórico y nacional». Cuestión en absoluto irrelevante o bizantina porque era en España «urgente y urente», y también porque respondía a aquella necesidad humana de trascendencia, a aquel «hambre de eternidad» del que hablara Unamuno.

Lo que no decía Laín es que tan apremiante problema no había encontrado respuesta por parte de los fundadores sencillamente porque entonces no existía. Ni José Antonio Primo de Rivera ni Ramiro Ledesma habrían podido seguramente imaginar, como hemos venido reiterando, una España como aquella de los vencedores a cuyo confesional catolicismo no podía escapar nadie y menos que nadie el partido fascista. Sólo en la medida en que el genérico catolicismo de un partido laico se trocaba en un elemento esencial y definidor del mismo cobraban sentido las reflexiones de Laín y otros falangistas. El «ánimo de adivinación» de Laín se convertía, y en este sentido debemos retenerlo, como un *ánimo de reinvención* de la doctrina falan-

---

[36] Íd., p. 42. Sobre la actitud de Ledesma véase más arriba p. 136.
[37] Íd., p. 47.

gista. Lo que no quiere decir que, como veremos, se dejase de intentar mantener a salvo lo fundamental del pensamiento de los fundadores, o lo que es lo mismo, el carácter fascista de la doctrina resultante.

Para enfrentarse al reto, en cualquier caso, emprendía Laín, armado con la noción joseantoniana de los «valores eternos», un viaje a través de los siglos en el que vale la pena seguirlo. En la Edad Media, con la unidad de la cristiandad, el Pontificado y el Imperio habían marchado de la mano, aunque ya entonces se habrían dado las dos posturas: la que haría emanar del Pontífice todo el poder y la que reconocía la potestad del Príncipe para las cosas humanas como algo que venía directamente de Dios. Cuando se rompe la unidad del mundo medieval y aparecen las dinastías nacionales, se produce, por una parte, un perfeccionamiento de los instrumentos de penetración de la Iglesia —la Compañía de Jesús sería aquí el modelo— y, por otra, una voluntad de aunar la política nacional y el cristianismo sustancial. Son los tiempos de la Alianza entre el Trono y el Altar, aunque también de las inevitables tensiones que se conocerían como «regalía». Ya en el siglo XIX, la época de la democracia liberal habría contemplado el surgimiento del partido político católico y la «democracia cristiana», es decir, el catolicismo social, como instrumentos de incidencia de lo religioso en lo político-social.

Una y otro, la alianza entre el Trono y el Altar y el catolicismo político y social, estaban lo suficientemente cerca en el tiempo —de hecho, constituían opciones rivales de la totalitaria preconizada por Laín—, como para no merecer las correspondientes críticas. La primera, la alianza del Trono absoluto y el Altar, despertaría todavía sentimientos nostálgicos entre muchos españoles; pero se trataría de una fórmula que, si bien pudo tener validez en otros tiempos, resultaba por completo inviable en los modernos. Primero, por su «total pérdida de vigencia social», al venir a faltarle la popularidad de antaño y la propia decadencia del sector social, la aristocracia, que otrora había constituido su principal soporte. Segundo, porque la racionalización del siglo XVIII en adelante habría ido configurando la noción de Monarquía «como sistema», lo que privaría a la institución de los necesarios soportes de creencia y entusiasmo necesarios para cualquier empresa creadora y fecunda. Ninguna revolución nacionalproletaria podría emprenderse con tales fundamentos y la propia Iglesia, por puro realismo, dudaría mucho antes de dejar confiada su misión evangelizadora a una fórmula política de tan improbable firmeza histórica.

Si en esta crítica a la viabilidad de la fórmula monárquica se adivina al interlocutor, los monárquicos y Acción Española, la relativa al partido católico y la democracia cristiana parecía apuntar tanto a las pasadas experiencias de la CEDA y el catolicismo social como a los intentos de determinados sectores de hacer de las organizaciones seglares de la Iglesia y próximas a ellas un instrumento de oposición o semi-oposición a las pretensiones totalitarias del falangismo. De ahí la dureza de una crítica en la que no faltan las alusiones a la parcialidad de ese tipo de política católica, a la tendencia a caer en pactos y componendas y a la impregnación en última instancia de los valores liberal-democráticos que se pretendía combatir. La imputación más grave era, no obstante, la de la «desustanciación» histórica y la pérdida de toda perspectiva o pasión nacional. Y aquí, en la crítica de estas posiciones, deja escapar Laín una primera formulación de su propia posición:

«Muchos católicos no piensan que el verdadero sentido de la vida cristiana no está en una helada asepsia de lo pasional e instintivo, unida con la oración y la "buena intención", sino en una santificación de la vida misma, con sus impulsos y pasiones; y una de tales pasiones humanas elementales es la de poderío, de la cual emana, al menos en buena medida, el goce espléndido de la obra histórica cumplida. El problema está, naturalmente, en justificar religiosamente la obra de tal pasión: de ello supieron y en ello alcanzaron la gloria nuestros conquistadores y misioneros» [38].

Por otra parte, esas posiciones no servirían para una recristianización efectiva de la sociedad y, menos todavía, de la española. Aquí Laín se apoya en la noción unamuniana de «intrahistoria», para recrear un pueblo español tan propenso a las soluciones radicales como impregnado de sentido católico. De modo que el pueblo español sólo podría realizarse como tal en el anarco-comunismo o como nacionalrrevolucionario, «con un entendimiento hondamente cristiano, vital y violento [...] de tal postura histórica». Laín parecía aproximarse así a una de sus tesis, sobre las que volveremos más adelante, en particular a aquella que venía a presentar la fórmula falangista como la única posible de nacionalización y cristianización a la vez del pueblo español.

---

[38] Íd., pp. 66-67.

De la subsiguiente crítica a la «llamada democracia cristiana», a la que reprochaba su incapacidad para unir una auténtica solidaridad social y una fuerte conciencia nacional, pasaba nuestro autor a interrogarse por el problema de los «valores eternos» en los Estados totalitarios. En este sentido, tras constatar la necesidad de diferenciar entre los distintos Estados totalitarios, «del soviético al español», presentará a Acción Católica como el medio más eficaz para procurar el injerto de los «valores eternos» en el medio histórico-social. Circunstancia que le permitiría, por una parte, defender una acción de la Iglesia, una evangelización, hecha por sí misma, esto es, «sin apoyo en muletillas de orden político o social»; y, por otra, reivindicar una especie de autonomía de las dos esferas, muy alejada de las posiciones clericales: «Lo que ahora me interesaba recoger era la vuelta de la Iglesia a su primitivo y puro medio de evangelización: a su propia vida al margen de las formas seudorreligiosas de acción antes señaladas»[39].

Sin embargo, lo que podía ser válido para otros Estados totalitarios no lo sería necesariamente para uno, como el español, que tendría sus propias peculiaridades. ¿Cómo se planteaba, en efecto, el problema de injertar los «valores eternos» en un país de tradición e «intrahistoria» católicas, relativamente descristianizado, con un importante déficit de modernidad y que tras una cruenta guerra de salvación nacional esperaba llevar a cabo su revolución nacional y social? La clave estaría en el famoso punto 25 de Falange; precisamente, como hemos visto anteriormente en el caso de Maravall, en lo relativo a la «incorporación» del sentido católico. La respuesta de Laín no era, sin embargo, exactamente la misma que la de su correligionario o, al menos, aparecía mucho más elaborada.

Para Laín, la incorporación del sentido católico debería seguir tres pautas fundamentales: Principio de la autónoma soberanía de Iglesia y Estado; deberes que de su propia definición le vienen al Estado; deberes de la Iglesia y de los católicos consecutivos a la dignidad nacional del Estado y a su voluntad de incorporación religiosa. Más allá de lo aparentemente neutro de los enunciados, de lo que se trataba aquí era de reivindicar una, tímida si se quiere, separación de la Iglesia y el Estado, lo que, dado el momento en que esto se escribía, resultaba ya en sí mismo notable. De hecho, en su expo-

---

[39] Íd., pp. 79-83.

sición, Laín no parecía establecer más obligaciones del Estado que las de legislar de acuerdo con su carácter cristiano, lo que ciertamente no era mucho decir, la de ser sincero en su tarea de «incorporación» religiosa, la de confiar a la Iglesia la enseñanza religiosa de los españoles y la de no hacer nada en detrimento de los principios del catolicismo. Mucho más enérgico era, en cambio, en todo lo que tocaba a la soberanía del Estado y a la exigencia de «reconocimiento sincero de la autonomía nacional del Estado en los negocios temporales, *según norma habitual de la Iglesia en los Estados modernos*» (la cursiva es mía, ISC) [40].

Si llama la atención esta nítida apelación a la práctica de los «Estados modernos», no la llama menos el hecho de la desaparición de todo eufemismo en la crítica, firme y a veces beligerante, a determinadas jerarquías eclesiásticas [41]:

«He dicho "reconocimiento sincero", y no sin reflexión: no están muy lejanos determinados incidentes que no acreditarían, precisamente, la existencia de tal sinceridad en algunos eclesiásticos. Si la cordialidad de las relaciones entre lo histórico y lo eterno requiere una sincera lealtad del Estado Nacionalsindicalista en orden a su obra de incorporar el sentido católico a la reconstrucción nacional, no es menos cierto que podría difícilmente conseguirse con actitudes intemperantes o extranacionales por parte de las jerarquías eclesiásticas».

No se trataba, sin embargo, de un problema precisamente retórico o que afectase únicamente a algunas jerarquías:

«Este reconocimiento de la dignidad temporal del Estado tiene consecuencias inmediatas. Quiero citar dos ejemplos evidentes: el de las empresas políticas exteriores y el de la educación. La grandeza de la Patria puede exigir ocasionalmente al Estado determinadas empresas exteriores; frente a ellas, el mínimo deber del católico español, sacerdote o seglar, consiste en secundarlas con disciplina [...]. Más necesitada de expresión está todavía la consecuencia que toca a la educación. ¿Cuánto no mejorarían ciertas tiranteces si la Jerarquía eclesiástica reconociese abiertamente el elemental derecho del Estado a dirigir la educación política de los españoles en todas las edades? Estimo que nuestro Estado faltaría a un deber grave si no cuidase en sus centros de la formación religiosa de los españoles; y creo, análo-

---

[40] Íd., pp. 91-92.
[41] Íd., pp. 92-93.

gamente, que muchos eclesiásticos españoles faltan a un grave deber nacional —al cual también están obligados porque lo español es irrenunciable—, entorpeciendo la obra política educativa del Estado y del Movimiento»[42].

De «ceguedad realmente suicida» calificaba Laín estas actitudes. Y ahí daba un paso más, afirmando, primero, que el Estado tendría que decidirse a actuar en ese terreno de la educación política, con o sin el acuerdo de la jerarquía; segundo, que los soportes «vitales» —¿vitalistas?, ISC— eran necesarios para que la solidez religiosa fuera mayor; y, tercero, que una recia actitud política era igualmente necesaria para fortalecer la formación religiosa. En fin, si con la revolución social el Estado pretendía elevar el bienestar general al tiempo que «incorporar a todos los españoles a una conciencia nacional y alcanzar con ella poderío histórico», una colaboración sincera y entusiasta de la Iglesia al respecto podría favorecer también su propia tarea evangelizadora. La oferta estaba clara: la Iglesia podía participar, beneficiándose, de ese proceso de nacionalización radical que figuraba en el horizonte de Falange[43].

Pero se podía ir todavía más lejos. Una vez establecido, desde posiciones indudablemente modernas, el principio de la soberanía del Estado y sobre la base de la armonía entre las esferas nacional y religiosa, Laín desplegaba todo un capítulo de exigencias a los católicos españoles, incluidos, «si es que cabe», los no falangistas:

«Porque a nosotros no nos basta con la obediencia y el respeto a la autoridad, en cuanto necesitamos el entusiasmo activo y militante de los españoles; pero, de otro lado, tampoco deberían bastar al católico español, si piensa tan sólo una vez que la grandeza histórica de España redundará, a la postre, en beneficio de la misma idea católica. De aquí emana una posible singularidad de la Acción Católica Española; la cual, si tuviese conciencia de su gran coyuntura, debería empujar a sus socios *también* hacia la ambición española, sincera e impetuosamente sentida, y no a una mera cortés convivencia con el Estado, como hasta ahora ha sido su costumbre»[44].

---

[42] Un poco más adelante remitiéndose a un problema que perduraría a lo largo de los años, hasta el ministerio Ruiz Giménez, al menos, anotaba: «Nunca he comprendido esta actitud de muchos religiosos; ni, en un orden de cosas no lejano, he creído que pudiera tener razones elevadas su recelo a examinarse ellos o a examinar a sus alumnos en los centros oficiales del Estado». Íd., p. 94.

[43] Íd., p. 94.

[44] Íd., p. 97.

La exigencia de colaboración era, pues, beneficiosa para todos. Pero, por si no bastaba la zanahoria, ahí estaba también el palo de una siempre peligrosa descalificación: «He ahí, al lado de las anteriores, otra ancha puerta a la colaboración entre nuestro Estado y la Iglesia, y un camino para deshacer la espiritada deshistorización de muchos católicos; la cual, si es discutible siempre, en el caso de España vendría a ser, sencillamente, traidora» [45]. En resumen, no sólo había una *única* forma correcta de ser católico, la falangista, sino que, además, la Iglesia y sus instituciones debían colaborar necesariamente y bajo riesgo de estigma, en el gran proyecto nacional de la Revolución falangista. Dicho de otro modo, bajo la capa de la «incorporación del sentido católico [...] a la reconstrucción nacional», se estaba planteando, ni más ni menos, que una nacionalización completa y absoluta del catolicismo español. Pero una nacionalización fascista ya que debía serlo para el cumplimiento de una empresa de revolución social y de proyección imperial.

Laín creía encontrar finalmente una tesis cristiana de la nación, aquella que, distinta por igual de la perturbadora hipótesis herderiana del «alma nacional» y de la teoría contrarrevolucionaria que veía a la nación como fruto de la dispersión y «hazaña del diablo», permitiría al fin que se pudiera ser «hombre español y español católico». ¿En qué consistía esta tesis? Básicamente, en el reconocimiento, pretendidamente de acuerdo con las escrituras, del carácter trascendente de la nación, lo que permitiría poner a salvo la «cristiana libertad personal y la superior existencia del género humano, con su sustancial y universal unidad, y la idea de la comunidad cristiana». De este modo, añadía, la «eterna metafísica de España» y la «unidad de destino en lo universal» cobraban su real y definitivo sentido, y la «moral nacional» adquiría una «imprevista y cautivadora raíz religiosa» [46].

Se llegaba así a la enunciación de lo que constituía uno de los objetivos del libro. Por una parte, la de mostrar al católico «la obligatoriedad religiosa del servicio activo y entusiasmado a una política nacional»; por otra, definir la empresa española en el nuevo orden imperial internacional que no podía ser otra que la de explicar al mundo el engarce «entre una auténtica revolución nacionalproletaria y la idea cristiana de la vida y el hombre». Merced a la revolución

[45] Íd., pp. 97-98.
[46] Íd., pp. 102-104.

social que integrara al pueblo español, la apelación a la «vena heroica de nuestro pueblo» y la incorporación «entusiasta y activa de la Iglesia española a la obra nacional», se podría dar cumplimento al fin a la vieja consigna jonsista de «no parar hasta conquistar» [47].

Muchos objetivos se habían cumplido con esta construcción de Laín: se había formulado el gran proyecto nacionalizador falangista, con la nacionalización del pueblo, por una parte, y de la Iglesia, por la otra. Se había definido que, de alguna forma, sólo había un modo de ser verdaderamente cristiano, el falangista. Y se había legitimado desde todos los puntos de vista la lucha por el Imperio. En el futuro orden internacional basado en el condominio de los tres estados totalitarios, fascistas, el español habría encontrado su voz propia. Cristiana, sí, pero bien alejada de la «zarandeada y espiritada tesis del "imperio espiritual"».

La unidad de destino en lo universal

En la continua polémica de los falangistas con tradicionalistas, monárquicos o católicos, se había ido perfilando lo que era y lo que no era el nacionalismo falangista en las nuevas condiciones surgidas de la guerra civil. Este nacionalismo incorporaba la tradición, incorporaba la religión, incorporaba el pasado y se proyectaba en el futuro. Sólo habría, pues, una forma de ser español, de ser católico, de ser tradicionalista y de ser revolucionario: la falangista, es decir, la del fascismo español. Todo en nombre de la nación, o mejor, cómo se verá, de España. Pero, ¿qué era una nación? y ¿qué era España?

Mucho había escrito José Antonio Primo de Rivera contra cierta concepción de la nación y contra el mismo nacionalismo, contra la concepción nacionalista de la patria. Había llegado incluso casi a distanciarse retóricamente del término «nación española», para preferir el de «España» a secas. Frente a esas concepciones nacionalistas, había urdido el término de evidentes resonancias orteguianas, aunque también dorsianas y aun unamunianas, de «unidad de destino en lo universal». ¿Qué se encerraba detrás de esta expresión? En cierto modo, como vimos, latían en este concepto dos grandes preocupaciones o enemigos. Por una parte, el separatismo y, por otra, el roman-

---

[47] Íd., pp. 106-108.

ticismo nacionalista que en su vertiente roussoniana, romántica y democrática estaría también en la base del propio separatismo. Respecto de lo primero, existía en Primo de Rivera una fuerte y nítida conciencia de la variedad y pluralidad de los pueblos de España, razón por la cual consideraba que cualquier tipo de nacionalismo romántico que descansara en la tierra, la lengua o las costumbres fortalecería antes al nacionalismo separatista que al unitario español. Por esta razón, habría que radicar el patriotismo en lo intelectual e intelectivo y no en lo nativo, romántico o sentimental. El concepto de unidad de destino cumplía así desde este punto de vista una función decisiva; tanto como la correlativa de empresa en lo universal. España era nación porque había tenido en el pasado, y seguía teniendo en el presente, una unidad de destino en lo universal. Ése era al parecer el único cimiento, por lo demás absoluto e irrevocable, de la unidad de España, de su eterna metafísica [48].

De este modo, carente de apoyos *románticos*, de una parte, y democráticos, de otra, el nacionalismo de Primo de Rivera había venido a ubicarse en una abstracción, la unidad de destino, que podría cumplir tantas funciones como se requiriesen de ella. Era un nacionalismo negado y un nacionalismo defensivo. Negado, porque se negaba el nacionalismo para afirmar otro mucho más extremo y absoluto: la España eterna, irrevocable, metafísica, basada en la unidad total, e igualmente incuestionable e irrevocable, hacia adentro y hacia afuera, de sus hombres y sus tierras. Negado y vergonzante, por otra parte, porque, si bien reconocía la pluralidad de los pueblos de España y negaba que los factores constitutivos de la nación fueran la tierra, la lengua, las costumbres y cualquier otro tipo de afirmación sentimental o nativa, no podía obviar recurrir a esas mismas características cuando se hablaba de Castilla. Se trataba, sin duda, de otra de las contradicciones irresueltas que el fundador de Falange legaría a sus sucesores: el nacionalismo castellanista vergonzante. Nacionalismo defensivo, en fin, porque aunque la noción de Imperio está bien presente en el enunciado de la «unidad de destino en lo universal», las preocupaciones del fundador de Falange se habían decantado más hacia su vertiente antiseparatista.

Había también algo de verdad en la protesta de no nacionalismo de ese nacionalismo absoluto hasta la abstracción. Se trata de que

---

[48] Véase más arriba pp. 147-149.

el nacionalismo fascista, en tanto que ultranacionalismo tiende a acaparar, a sustituir, a suplantar a la nación hasta el punto de que una deriva de ésta en un sentido diferente al pretendido termina por forzar el rechazo a la nación de la que se ha querido convertir en portavoz único. José Antonio Primo de Rivera lo hizo, como hemos visto, en los días tristes de su reclusión en Alicante, como lo harían años más tarde, como es sabido, en tiempos de derrota, Mussolini o Hitler. En el caso del español, la unidad de destino se había vuelto contra la nación.

No es probable que los seguidores de Primo de Rivera tuvieran noticias de las últimas reflexiones de su líder. En cualquier caso, sin embargo, era su legado excesivamente abstracto como para no exigirles un serio esfuerzo de definición. Porque, en efecto, su nacionalismo parecía remitir, por una parte, a un absoluto, España, la eternidad, la metafísica; pero, por otra parte, parecía dejarlo sin anclajes. Aparecía, además, excesivamente preocupado por una cuestión que la guerra había solucionado, se suponía que para siempre, la de los separatismos. En cambio, la victoria en España y la guerra mundial parecían abrir otras expectativas. En estas condiciones no es de extrañar que el nacionalismo falangista de posguerra tendiera a recurrir en buena medida al nacionalismo mucho más concreto, preciso y, sobre todo, imperial de Ledesma. En cualquier caso, las dificultades para los falangistas subsistían. ¿Qué era una nación? y ¿qué era exactamente la unidad de destino?[49].

Podría decirse que los partidarios de Primo de Rivera siguieron los pasos del fundador en algunas cuestiones, intentaron complementarlo en otras y se separaron de él en alguna otra más de lo que estaban dispuestos a admitir. A grandes rasgos, rechazaron el «nacionalismo», mantuvieron el mismo castellanismo vergonzante; buscaron más sólidos anclajes a su concepción de la nación e invirtieron las dosis de nacionalismo defensivo y nacionalismo ofensivo. Para

---

[49] Una anécdota, recogida por Laín, revela en clave jocosa las dificultades que muchos falangistas experimentaban a la hora de explicarse y explicar la noción de «unidad de destino»: «Siendo éste (Ismael Herráiz) director de *Arriba*, recibió la visita de un periodista extranjero aficionado a las cosas de España. "¿Me quiere usted decir cómo debo entender eso de la unidad de destino en lo universal?", le preguntó el visitante. E Ismael Herráiz añadía, narrando el suceso: "Yo le dije que una necesidad urgente me obligaba a salir un momento. Cuando volví, ya se le había pasado"». Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), p. 307.

todos ellos estaba claro que contaban con la gran respuesta, la piedra filosofal, la idea de «unidad de destino en lo universal». Pero no eran menos conscientes de que el fundador, por razones más o menos contingentes, no había llegado a desarrollarla en los planos teórico y conceptual[50]. Entre todos los elementos del problema había uno que resaltaba sobre los demás. Más allá de los eufemismos de José Antonio Primo de Rivera o de los que se dieran en lo sucesivo, nadie que estuviese dispuesto a abordar la cuestión en profundidad podía ignorar que la nación se había convertido en el gran ídolo y centro político de los tiempos modernos. Ya hemos visto cómo Laín reafirmaba sin ambages su carácter trascendente; o cómo Tovar, saltando todas las prevenciones «clásicas» del fundador, se había abandonado a la contemplación entusiasta del superromanticismo de los ídolos nacionales o espíritus de los pueblos.

Pero fue seguramente un joven y brillante teórico próximo al socialismo durante la República, pensionado en la Universidad de Berlín, discípulo directo de Carl Schmitt y abiertamente convertido al fascismo, Francisco Javier Conde, quien primero y de forma más resuelta constató la importancia del problema y se enfrentó a él en un trabajo que, por su influencia en otros autores falangistas, puede muy bien considerarse como seminal. La nación, decía en él, es un símbolo, el símbolo por excelencia de los tiempos modernos, el que todo lo mueve y todo lo justifica. Es el gran elemento legitimador para toda forma de gobierno, monárquica o republicana, democrática o autocrática; es el centro de gravedad de la política; es el principio de la revolución perpetua que ha precipitado al mundo en dos guerras; es el gran principio legitimador del mundo moderno y se

---

[50] Para Laín, José Antonio habría dejado sin elaborar la teoría por su prematura muerte (1941, p. 47); para Francisco Javier Conde, por la preeminencia de la lucha y el combate: «Los creadores de la doctrina, José Antonio, sobre todo, se hallan envueltos de arriba abajo en esa realidad; están metidos dentro de su entraña, para mejor combatirla, y hasta utilizan a veces los caminos que dejan abiertos sus propios supuestos para dar al traste con ella. Así resulta que en extremos muy principales no pasan del estadio crítico». «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba,* 21, 24, 27 y 29 de septiembre de 1939, la cita corresponde a la entrega del 27 de septiembre de 1939. Estos artículos —«folletones»— están recogidos con el título de «La idea española actual de nación» en Francisco Javier CONDE (1973), pp. 321-364. El cambio de título no es casual: siempre que en el texto original aparece la «idea nacionalsindicalista de nación», en la recopilación lo hace la «idea española actual de nación». Dado que no es el único cambio entre las dos versiones citaré siempre por la original de *Arriba.*

ha convertido en un «poder mágico arrollador». Todo esto, que era válido para el mundo, lo era también en no menor medida en la España que salía de la guerra. En ésta, el término «nación» o «nacional» aparecería siempre e inexcusablemente unido a todos los aspectos de la vida política:

> «"Estado nacional", "Movimiento nacional", "comunidad nacional", "interés nacional", "carácter nacional", "espíritu nacional", etc. Considerado desde el punto de vista sociológico, es decir, de su vigencia social, el vocablo "nación" es el símbolo político supremo que preside la realidad social española: por él se miden los fenómenos sociales y jurídicos, es criterio superior que califica o descalifica, legitima o condena»[51].

No hay probablemente mejor forma de definir lo que era la España de la época y su lenguaje político. Frente a posteriores ceremonias del olvido, Conde reflejaba a la perfección el gigantesco espectáculo nacionalista y nacionalizador de los vencedores en la guerra civil. Por otra parte, si el vocablo «nación» constituía el núcleo de la actividad política española y mundial, era obligado interrogarse acerca del origen y desarrollo de la noción en el mundo moderno[52]. Y de nuevo aquí Conde, como, por otra parte, Laín o Tovar, era claro y rotundo, rompiendo con todo eufemismo e incluso distanciándose implícitamente del fundador. Se podía anatematizar como había hecho éste, y lógicamente hacía el propio Conde, a Rousseau y al nacionalismo democrático, pero no se podía negar de ninguna de las maneras que el sentido moderno de nación tenía fecha y lugar de nacimiento: la Revolución francesa. El principio nacional habría surgido, en efecto, en 1789 y con esta fecha se habría abierto el inexorable proceso de nacionalización que iba a marcar la historia en lo sucesivo[53]. No

---

[51] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 21 de septiembre de 1939.

[52] Para Conde el término *nación* no era propiamente un concepto sino un *símbolo* cuyos «ingredientes conceptuales» constituirían, precisamente, el objeto de su reflexión.

[53] *Ibid*. En el mismo sentido se había pronunciado, como vimos, Tovar y lo propio haría Laín en unas líneas en las que se advierten resonancias del trabajo de Conde. «El resultado final es el conjunto de episodios a la vez brutales y encantadores, terribles y prometedores, que forman la Revolución francesa. La Revolución francesa, en lo que a su sentido histórico toca, significa en buena parte la penetración de lo nacional en el mundo de la historia. A partir de entonces, lo nacional no va a ser un mero término étnico o administrativo, sino un permanente motivo político o histórico: honor "nacional",

está de más constatar que, en este momento al menos, no se hace aspaviento alguno a la modernidad del hecho nacional y de su recepción en España: «Nos cabe a los españoles la gloria de haber derrotado al coloso francés, enarbolando una idea de nación tomada precisamente del enemigo. El ejemplo de España, secundado más tarde por otros pueblos, contribuye decisivamente a que la idea nacional se convierta en factor decisivo de disolución del Imperio napoleónico»[54].

Señalada la centralidad de la nación en la era contemporánea y definida su acta de nacimiento y posterior evolución, había que preguntarse por las sucesivas y alternativas conceptualizaciones de fenómeno tan decisivo. De la idea roussoniana de «la voluntad general» habría nacido después el principio de la soberanía nacional y, en general, el nacionalismo democrático. En Alemania, Herder habría aportado la idea de la existencia de un alma o espíritu de los pueblos y Hegel elaborado las categorías de la filosofía de la identidad. En este último, precisa y significativamente, se detenía nuestro autor. Según él, el «espíritu» hegeliano usurpaba el puesto de Dios, con lo que el absoluto se secularizaba hasta la raíz: «el hombre se declara soporte y realizador único del espíritu: viene a ser igual a Dios». Ahora bien, en la medida en que el espíritu absoluto, Dios, se realiza en la historia, lo que haría Hegel era, por una parte, trasponer «al plano empírico contenidos que pertenecen a la esfera intemporal de lo absoluto» y, por otra, elevar «contenidos puramente temporales e históricamente condicionados al plano de las esencias eternas». Un doble proceso en el que se daría, a la vez, la «mitologización de lo empírico y temporal» y la «secularización y relativización de lo absoluto y eterno». Dado además que para Hegel el espíritu en la historia era un individuo general, un pueblo, tendríamos así determinado el carácter casi sobrenatural de la idea de nación, del espíritu de un pueblo. Ésta sería, siempre según Conde, la mayor aportación a la idea alemana de nación, la cual acentuaría los elementos orgánicos y estaría vinculada a la idea de la cultura considerada como tota-

---

espíritu "nacional", política "nacional", etc. Va a cambiar también en su modo el sentimiento de obligación de cada hombre frente a la empresa histórica común. El conjunto de todos estos "ciudadanos" autodeterminados es la "nación"; lo nativo ha pasado a ser histórico». Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), p. 22.

[54] *Ibid.*

lidad[55]. Conviene retener esta interpretación de la filosofía hegeliana, incluso el modo en que viene expuesta, porque, como veremos, no estaría muy lejana de las tesis de Laín o del propio Conde acerca de la unidad de destino y los valores eternos. Bastaría en este sentido des-secularizar la «idea» hegeliana, reentronizando a Dios frente al «espíritu» y transmutando en unidad de destino el espíritu de los pueblos. Aunque sobre esto volveremos más adelante.

Porque, en efecto, lo que hace Conde a continuación es un rápido recorrido, muy sugerente, por otra parte, sobre la evolución de la idea de nación en España. A diferencia de otros estados europeos en los que los conceptos de soberanía y tolerancia se habían asentado ya en la Edad Moderna, en España se habrían mantenido los supuestos de intolerancia y proyección hacia afuera, como Imperio. Lo que, según él, entrañaba el mantenimiento de la idea española de empresa. Esta singularidad no habría impedido, sin embargo, que la idea de nación arraigara rápidamente en España, ni que desde la Constitución de Bayona esa idea hubiese impregnado, tácita o expresamente, todas las constituciones españolas[56]. Habría, pues, en la España de los siglos XIX y XX «un proceso de nacionalización, pero de ritmo perezoso y entrecortado». Predominarían inicialmente los ingredientes franceses de la idea de nación —subjetivismo, individualismo y racionalismo voluntarista—, aunque a lo largo del siglo XIX, y por caminos insospechados —Krause, por ejemplo—, se recibiera la idea hegeliana. Incluso Menéndez y Pelayo habría terminado por impregnarse de esta idea de sus adversarios hasta el punto de asumir, sin querer, ese supuesto básico de la ideología alemana: «La defensa de la cultura española como totalidad individual y singular, presupone la vinculación de la idea de nación a la idea de cultura, tesis genuinamente germánica, y, por añadidura, hegeliana»[57].

Entre los pensadores más representativos de las últimas generaciones, la insistencia de Ganivet en el «espíritu de la tierra» aparecía

---

[55] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 24 de septiembre de 1939.

[56] «El principio se proclama decididamente en todas las Constituciones de signo revolucionario, como las de 1837 y 1869, y en el proyecto de Constitución de 1856. Aunque en la línea constitucional no revolucionaria —Estatuto Real de 1834, Constitución de 1845, Constitución de 1876— no se subraya, ni se reconoce explícitamente el principio de la soberanía nacional, sin querer aparece en el transfondo, y todas las Constituciones están impregnadas por la idea nacional». *Ibid.*

[57] *Ibid.*

casi como el espíritu hegeliano, pero «entrañado en la tierra, una versión, por así decirlo, geopolítica del pensamiento de Hegel». Mientras que, en un sentido muy distinto, Ortega haría de la empresa, es decir, el quehacer histórico, el principio constitutivo de la comunidad. La nación no sería ya la idea eterna en un sentido metafísico, sino un «proyecto sugestivo de vida en común». De este modo, la nación vendría determinada más por el mañana que por el ayer y consistiría básicamente en «un proceso de realización permanente de diversos proyectos o empresas históricas, un proceso de incorporación constante en función de una empresa abstracta realizable». Esta concepción voluntarista enlazaría la caracterización de Ortega con la de Renan, aunque este último acentuaría más los elementos de consenso individualista. Para Conde, el mérito de Ortega —nótese la hábil triquiñuela— consistiría en haber vivificado, actualizándola, «un elemento ideal de claro linaje español: la idea de empresa»[58].

Puede considerarse a la luz de lo expuesto que lo que Conde hacía hasta aquí, de forma más insinuada que afirmada, era trazar la prehistoria o los antecedentes de algunos de los elementos constitutivos del nacionalismo falangista. Antes de entrar en el análisis directo de éste, Conde se detenía a constatar, casi a modo de antítesis, la existencia de los tres grandes escollos que, en España con la Segunda República como en el mundo, habrían conducido a la crisis definitiva de la idea democrática de nación: «el antagonismo de las clases sociales, el separatismo, fomentado hasta el infinito por la idea democrática de nación, y la crisis irreparable del mando, debida a la aplicación consecuente del dogma de la soberanía nacional». De particular interés resulta la afirmación de que la idea democrática, con su corolario wilsoniano de la autodeterminación de los pueblos, conducía a una «balcanización *in perpetuum*»[59].

Así pues, la idea democrática de nación habría entrado en una crisis irreversible. Pero esto no significaría ni mucho menos que se detuviese el proceso de nacionalización en el mundo. Lejos de ello, ese proceso emprendería una «nueva aventura» en la que la idea de nación se habría separado ya de los supuestos liberal-democráticos que la habían generado y se había despojado definitivamente de sus

---

[58] *Ibid.*

[59] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 27 de septiembre de 1939.

UEX

«ingredientes primitivos». No otra habría sido en su sentido más profundo la obra del fascismo italiano, y tal habría de ser, aunque desde perspectivas relativamente diferentes, la de la nueva idea de nación en España, la falangista [60].

¿En qué consistía la idea nacionalsindicalista de nación? Vale la pena seguir la exposición de Conde porque se trata en última instancia de un ejercicio prodigioso de des-secularización del pensamiento moderno sin dejar por ello de incorporarlo. O, dicho de otro modo, de un ejercicio de insinuar y borrar huellas a un tiempo. En efecto, el núcleo esencial de la idea española sería el destino. ¿De dónde venía esto? De la antigüedad clásica, del *fatum*, que, con la doctrina agustiniana de la predestinación, se habría asociado a la concepción cristiana, para secularizarse después en el Renacimiento y quedar asociado para siempre, con Maquiavelo, a la teoría política del Estado moderno. Así pues, la idea española de destino hundiría sus raíces en el «hondón de la historia del pensamiento humano». Circunstancia que no sería óbice para que se dijera preferir de esas raíces la puramente cristiana, agustiniana —cuya exposición se omite— a la pagana y maquiavélica que, en cambio, merece la atención del autor. De este modo se podrá sentenciar en un auténtico quiebro dialéctico: «la idea de destino es, pues, ante todo, una manera católica de ver el hombre» [61]. En suma, Maquiavelo pero «despaganizado».

¿Cuáles serían las consecuencias de esta idea en su dimensión antropológica? Según Javier Conde, que se apoya al respecto en el

---

[60] «Las consecuencias de tal definición —de la nación por el programa fascista italiano de 1921, ISC— se derivan son la omnipotencia de la colectividad y la absoluta carencia de derechos del individuo. *La idea de nación no descansa ya sobre el principio de la soberanía del pueblo. Al despojarse del lastre democrático liberal, la idea de nación está en condiciones de hacer frente a la compleja problemática contemporánea. La primacía de la decisión política y del mando aseguran la conjunción del principio de legitimidad nacional y de la estructura autoritaria del mando.* Frente al atomismo individualista, el principio de la nación como comunidad jerarquizada, capaz de anegar los antagonismos de clase en la superior unidad nacional. Por camino diferente, el *nacionalsindicalismo* libera también a la idea de nación de sus ataduras democráticas". *Ibid.* En la recopilación de 1973 falta el párrafo en cursiva, además de figurar, como ya apuntábamos, «la actual idea política española» por «nacionalsindicalismo». F. J. CONDE, *Escritos y fragmentos políticos*, p. 343. Parece evidente que en esta última fecha Conde estaba particularmente interesado en agrandar las diferencias entre la «idea española» y la fascista, rebajando las deudas de la primera respecto de la segunda.

[61] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 27 de septiembre de 1939.

consiguiente repertorio de frases de José Antonio, las siguientes: La afirmación categórica del libre albedrío humano; la negación del optimismo antropológico, aunque sin caer en el pesimismo maniqueo del que tan cerca habría andado, aun sin llegar a caer en él, Donoso; la concepción del alma humana como un destino que se realiza en la historia: «Y así, el alma humana, "portadora de valores eternos" *es a modo de una idea que se realiza en la historia*» (cursiva mía, ISC). Finalmente, como última de las consecuencias de la mencionada dimensión antropológica, tendríamos la idea del hombre como un ser histórico, es decir, la negación del hombre como ser racional abstracto y la reivindicación de su dinamización e historificación: «sin perder su inserción en lo eterno, el hombre está históricamente condicionado» [62]. En suma, Hegel des-secularizado.

De la idea de destino en su dimensión antropológica se pasaría a la de destino como principio generador de las unidades políticas. El hombre sólo podría realizarse plenamente en la historia en tanto aceptase la existencia de un destino común superior a las unidades naturales de convivencia —familia, municipio, sindicato—, que no constituirían sino un agregado, un «pueblo», que no sería todavía una síntesis superior. Para que ésta se diera, para que los grupos humanos adquirieran trascendencia, era necesario un paso más, el destino universal: «el destino individual sólo alcanza perfección cuando se realiza dentro del marco de un destino universal» [63]. Pero, ¿qué es lo universal? Inevitablemente el autor tropieza de nuevo con Hegel, aunque sea para negarlo y absorberlo a la vez. La «íntima esencia católica de la idea política española excluye, por *definición* (curvisa mía, ISC), las categorías que integran la filosofía hegeliana de la historia. No es la historia campo de realización del "espíritu absoluto", tesis que irremediablemente conduce a la secularización de la idea de Dios y a su identificación con fenómenos puramente temporales» ¿Cuál es la solución, entonces? Simplemente, diríamos nosotros, formular el deseo de que Dios quisiera lo que Hegel había establecido: «¿Por ventura existen ante Dios, a más de las almas individuales portadoras de valores eternos, entidades o agrupaciones humanas soportes de un destino histórico singular y responsables ante Él de

---

[62] *Ibid.*

[63] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 29 de septiembre de 1939.

su cumplimiento o incumplimiento?». Pregunta que llevaba implícita, claro es, la respuesta positiva, por más que ello constituyera un «arduo problema teológico» que renunciaba a resolver[64].

En cualquier caso, lo había sentenciado José Antonio Primo de Rivera, no se podría cumplir un destino individual sin incorporarlo a uno trascendente, al de un grupo humano que al menos una vez en la historia hubiera cumplido un fin superior al de los individuos que lo integraban. Y así, después de tan formidable salto teológico y dialéctico, se llegaba a la idea nacionalsindicalista: «El que ha nacido en España no puede cumplir plenamente su destino individual si no conjuga su destino con otro trascendente a él, porque España cumplió una vez en la historia un destino diferente del de los españoles considerados en su individualidad. Éste es el sentido profundo de las palabras categóricas de José Antonio: "España es irrevocable"». La apreciable debilidad del argumento venía contrarrestada por el énfasis en lo irrevocable y obligatorio, así como por una serie de tautologías que no perseguían en última instancia más objetivo que transmutar el «espíritu del pueblo» en «unidad de destino»: los grupos históricos «son» tales porque en algún momento «lo han sido», y por el hecho de «haber sido» deben «seguir siéndolo». De este «imperativo histórico —seguía Conde— no se salva quien nace bajo su signo». Y para fortalecer un tanto más la argumentación debía remitirse a otra cita del fundador, no especialmente teológica: «nuestra generación no es dueña absoluta de España, la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores, y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que le sucedan».

Los españoles, su voluntad, ya no contaban: «más que el libre albedrío de los españoles debe pesar la voluntad histórica de Isabel

---

[64] *Ibid.* No era fácil desde luego des-secularizar a Hegel y a la nación misma desde el supuesto de una aceptación radical y entusiasta del principio nacional. De ahí que en este ser católico *«por definición»* Conde se remitiera a pies juntillas a un enunciado teológico al parecer tan incuestionable como de ardua resolución. O de ahí también que Laín se viera obligado a emprender un viaje por las escrituras para encontrar en la nación una especie de mandato divino. Nótese, además, que la formulación de Laín es muy similar a la de Conde: «¿no habrá un sustrato teológico que dé último sentido religioso a eso que llamamos repetidamente moral nacional; algo en fin que *coloree* (cursiva mía, ISC) religiosamente y fuerce la obediencia al imperativo nacional, cristianamente entendido, y otorgue trascendente realidad consoladora a la "eterna metafísica de España" de que nos habló José Antonio». Y aquí empezaba el viaje por las Escrituras. P. LAÍN ENTRALGO (1941), pp. 98 y ss. En suma, a *Dios rogando y a la nación coloreando.*

la Católica». De esta manera, mal que bien, con mayores o menores quiebros dialécticos, Conde había alcanzado una fundamentación filosófico-histórica de la unidad de destino en la que las inevitables huellas de Hegel eran siempre insinuadas para ser negadas. Algo similar iba a hacer a continuación respecto de Ortega —a quien no se nombraba ahora—, a propósito de una noción, la de empresa, que sería el complemento necesario e imprescindible de la idea de destino: el destino debía concebirse como idea o empresa en lo universal, por lo que la siguiente podría ser también, desde este punto de vista, una definición de la nación: «un proceso permanente de incorporación de voluntades libres a una idea especialmente cualificada»[65]. ¿Noción voluntarista o consensualista, entonces? En realidad, nada de lo segundo, que remitía necesariamente al nacionalismo democrático, y bastante de lo primero: «esta idea de la nación no excluye, sino afirma, una última raíz voluntarista o, si se quiere, voluntaria». No se citaba a Ortega, pero era Ortega en los términos empleados —empresa, incorporación— e incluso en la perspectiva comparativa con Renan que el propio Conde había trazado al principio de su ensayo. La noción de voluntad, en cualquier caso, incorporaba un nuevo problema. ¿No había insistido acaso José Antonio en la primacía del entendimiento y lo intelectual sobre lo sensible y la voluntad? Y, sin embargo, se exigía al hombre heroico «fe y entusiasmo» y capacidad de poner su entera voluntad al servicio de la empresa universal. Demasiadas resonancias nietzscheanas, tal vez, en todo ello como para que Conde no buscase, una vez más, la solución en el inefable San Agustín. En realidad, venía a decir, cuando José Antonio hablaba de intelectual no se refería a una «categoría racionalizada y fría de la inteligencia o intelecto», sino al agustiniano «entendimiento de amor». También la voluntad había quedado cristianizada, por *definición*.

Quedaba, por así decirlo, precisar algo más el significado de lo «universal». Para Conde lo universal sería «el principio de individualización del mundo histórico» y para entender plenamente su significado había que remitirse a dos ideas fundamentales, la de Humanidad y la de cultura. Respecto de la primera, el punto de referencia lo constituía Ranke, y, con él, el juego de las naciones y las relaciones

---

[65] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 14 de octubre de 1939.

con la Providencia. En este terreno España podía sentirse privilegiada, una vez se recordase pertinentemente que «en nuestra interpretación nunca debemos perder de vista la sustancia católica que impregna la idea nacional española actual». Eran de nuevo las palabras del fundador las que venían a sentenciar la esencia de las relaciones de España con la Providencia y, a la vez, la naturaleza de su empresa universal. España sería una nación, «porque España [...] sí que cumplió un destino en lo universal y se justificó en un destino con lo universal y halló la Providencia tan diligente para abastecerla de destino universal, que en aquel mismo año de 1492, en que logró España acabar la empresa universal de desislamizarse, encontró la empresa universal de descubrir y conquistar un mundo». Respecto de la otra cuestión, la idea de cultura y su entronque con lo universal, Conde veía en aquélla la traducción en un sistema de valores universales de la propia empresa. La cultura sería así una «totalidad singular objetiva de manifestaciones espirituales creada en el curso del proceso de incorporación a una idea o empresa universal». Pero nuestro autor no se extendía más en esto, tal vez por las evidentes resonancias hegelianas y orteguianas del párrafo. Pero también porque seguramente le interesaba mucho más subrayar que, por la idea de Humanidad y por la de cultura, por la de destino y por la de empresa universal, la idea española de nación desembocaba necesariamente en la de imperio: «toda nación es, en pretensión inicial, un Imperio, entendiendo por Imperio la voluntad de cumplir una empresa de alcance universal»[66].

Lo que Francisco Javier Conde había llevado a cabo, como se ha visto, era un intento de clarificación de la algo etérea e indeterminada noción joseantoniana de «unidad de destino en lo universal». Un trabajo fundamental, porque, como dijimos, iba a tener una influencia determinante en muchos falangistas, y no solamente en ellos, y porque, por otra parte, abordaba cuestiones centrales del proceso de la nacionalización española contemporánea, de la decimonónica y de la posterior. Dentro de este marco, había conseguido precisar con exactitud la obsesión nacional, nacionalista y nacionalizadora de los vencedores en la guerra civil. Pero, sobre todo, había intentado, por decirlo con Laín, *colorear* de catolicismo un nacionalismo que, como tal, bebía en otras fuentes. La ventaja del estudio

[66] *Ibid.*

de Conde estriba precisamente en que su sólida formación le permitía poner de manifiesto la existencia de esas fuentes, aunque fuera para negarlas a renglón seguido. Maquiavelo, Hegel, Ranke y, en España, Ganivet u Ortega, constituyen el hilo de la argumentación, por más que a ésta se le fueran añadiendo, puntual pero obligatoriamente, referencias agustinianas. Era una forma de intentar escapar al dilema. Falange era y no era pagana. No lo era, porque su catolicismo era efectivo, por convicción, por obligación y por *definición*. Pero lo era, porque laicas y seculares, modernas, eran las fuentes de que manaba su nacionalismo. Algo se había clarificado por el camino la idea de «unidad de destino», pero la propia argumentación, en lo que se afirmaba y en lo que se negaba, permite deducir que en la interpretación de Conde tal «unidad de destino» no era otra cosa que el «espíritu del pueblo» des-secularizado, «catolizado»; y, por supuesto, proyectado, como empresa o misión hacia el Imperio.

Pero el dilema, como había visto Laín, era de muy difícil solución. Era un equilibrio inestable que, en función de los acontecimientos y de las expectativas podía orientarse en una u otra dirección. Por el momento estaba claro que la «unidad de destino» era un absoluto, una noción clave para un nacionalismo absoluto, hacia adentro y hacia afuera. Más allá de esto, sin embargo, y más allá del germinal ensayo de Conde, muchas cuestiones quedaban por concretar, muchos problemas quedaban por resolver. Uno de ellos, el relativo a la perspectiva imperial, lo abordaremos más adelante. Otro consistía precisamente en buscar anclajes, menos etéreos y más terrenales, al nacionalismo falangista. Se podía negar cierto nacionalismo, romántico, sentimental, nativo y naturalista y afirmar otro eterno, etéreo y abstracto. ¿Pero, donde radicar entonces el segundo? También en este terreno los falangistas se enfrentaban a un dilema. Como en tantos otros casos lo solucionarían extremando los dos cabos de la cuerda.

Contra el casticismo y todo «nacionalismo»

Extremar los dos cabos de la cuerda, como decimos. En efecto, el nacionalismo absoluto, palingenésico e imperial falangista, podía volverse, armado con la noción de «unidad de destino en lo universal», contra toda forma alternativa de patriotismo o nacionalismo y, con ellas, contra muchos de los soportes tradicionales del nacio-

nalismo español. Una de ellas era lo que los falangistas denunciaban como patriotismo vano, conformista y superficial, el patriotismo conmemorativo e historicista. Contra él dirigieron reiteradamente sus ataques la prensa y los hombres de Falange.

Cualquier pretexto podía servir al empeño, como cuando se arremetía contra aquel «florecimiento tropical de iniciativas pseudo-patrióticas», para contraponerle la sobriedad «castrense y castellana», que habría llevado a Serrano Suñer a rechazar una distinción de la Diputación madrileña[67]. Pero eran con frecuencia las primeras plumas de Falange o sesudos editoriales los que se ocupaban de la cuestión. Tal era el caso de un «irritado» artículo-editorial de Dionisio Ridruejo en el que se arremetía contra unas genéricas clases medias, «conformes con la diaria existencia de España, amantes de ella sin exigencias, atesoradoras de lo que se ha llamado, para nuestra náusea, las "virtudes patrióticas"». Contra esos sectores y esa España «mediocre y cochambrosa», contra «el calendario patriótico y la cachupinada declamatoria» y contra «los mundos pequeños que no creen en el sol, en el alma ni en el Imperio», alzaba su voz el dirigente falangista para reivindicar un patriotismo crítico, rebelde y ardiente que permitiera a los hombres de su época «ser padres de generaciones que sueñen con el dominio de la tierra»[68].

Más adelante, ya en el fragor de las victorias alemanas, la prensa falangista volvería a la carga contra lo que se juzgaba como falso patriotismo. Vale la pena reproducir algunos de los párrafos de un editorial dedicado al respecto:

> «El patriotismo aparente es muy fácil y el esencial es muy difícil. El aparente suele ser ruidoso, espectacular, retórico, exagerado y abigarrado. Se funda de ordinario en los sentimientos y fórmulas vagas y halagüeñas, más que en la razón de Estado y el examen severo de los hechos. Toda la literatura de pandereta, el historicismo engolado, el poetismo solemne, el énfasis a ultranza y la falsa patética oratoria suelen estar al servicio del patriotismo aparente [...]. El patriotismo aparente ha supuesto, desde hace largos años, que con llamarse de derechas o de orden, maldecir de Azaña o de los rojos, conmoverse con evocaciones de las tres carabelas o de la batalla de San Quintín y decir que no hay otros como Cervantes o Velázquez había cumplido su misión [...]».

---

[67] «Lecciones de sobriedad», *Arriba,* 8 de agosto de 1939.

[68] Dionisio RIDRUEJO, «Manifiesto irritado contra la conformidad», *Arriba,* 23 de febrero de 1940.

El patriotismo aparente sería, además, «pueril y femenil en sus aspectos seductores» y, sobre todo, estaba dispuesto a regodearse en el pasado para huir de los desafíos del presente [69]:

«Muchas gentes han sido y son aquellas a las que no se les cae de la boca la apología del Siglo de Oro y no dirán jamás que clama al cielo cercenar el pan del pobre, de la viuda y del huérfano [...]. Y esas mismas gentes que tanto hablan de "cuando no se ponía el sol" se escandalizan cuando apenas pedimos que no nos envilezcan y cercenen nuestro puesto al sol en la tierra de nuestros padres».

Si malo era este patriotismo superficial, vano, conformista y retórico, peor podía serlo en una vertiente próxima pero más importante en la medida que afectaba a la concepción misma de la nación y sus fuentes: el casticismo. Cuestión ésta que debe subrayarse porque existe todavía hoy la convicción de que el nacionalismo falangista era casticista y que de él se derivarían algunas de las más duraderas y efectivas retóricas del franquismo. En realidad, las cosas fueron muy distintas, hasta el punto de que podría hablarse de la crítica —hoy progresista— del casticismo y el tipismo zarzuelero como una herencia también, aunque por supuesto no sólo, falangista. Porque, en efecto, el casticismo y lo castizo figuran para los falangistas entre las más irritantes lacras del país.

De hecho, una de las críticas fundamentales que Laín había dirigido a los hombres del 98 era, precisamente, la de haber reducido su fe en España a una «triste observación morosa del costumbrismo casticista» [70]. El mismo José Antonio Primo de Rivera había dirigido sus dardos contra la «capa falsa, chabacana, decadente, de lo "Castizo"», a la que contraponía lo popular para advertir que no era «popular aquel Madrid de Fornos y la *cuarta* de Apolo, ni aquel provincianismo de tute y achicoria y ese cante flamenco que se pronuncia en andaluz y ha sido inventado entre Madrid y San Martín de Valdeiglesias» [71]. Con la vista puesta ya en la España de 1939, fue Ramón Serrano Suñer quien lanzó uno de los primeros anatemas, en este caso, contra «la españolería trágica del Madrid decadente y castizo».

---

[69] «Patriotismo esencial...».

[70] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Revisión nacionalsindicalista del 98», *Arriba España,* 11 de junio de 1937.

[71] José Antonio PRIMO DE RIVERA (1971), p. 418.

Era contra ese Madrid, erigido en símbolo de una determinada España, el que albergaba, al decir del editorialista del periódico del partido que glosaba las palabras del ministro, «todas las formas del narcisismo de lo típico, todas las variantes voluntariosas de lo vernacular, estimuladas y mimadas por una larga, fácil y degradante demagogia teatral y periodística». Tipismo y pintoresquismo debían, pues, ser extirpados por completo. Y «nada nos importa —se añadía—el grado en que se falsifique el casticismo o en lo que sea auténtico. Porque nosotros no somos casticistas. No lo podemos ser en cuanto somos populares»[72].

Era, no había duda, otra forma de contraponer el verdadero patriotismo al pseudopatriotismo, y aquí la contraposición entre lo castizo y lo popular era plenamente ilustrativa. Pero era una forma de intentar romper también con una imagen tradicional de España, con aquella España zarzuelera que, como recordaría Antonio Tovar en otro momento, resultaba tan atractiva para la curiosidad turística y los hispanistas, tan dados a mirarla «como nación muerta y llena de curiosidades»[73]. Crítica, pues, contra el patriotismo «de lo folklórico y lo menudo», para reivindicar otro libre de arcaísmos y tópicos: «Para no caer en arcaísmos, necesitamos una conciencia histórica vuelta sobre la acción; orientada al trabajo, y no a la literatura; a los tiros, y no a los tópicos; disparada contra los enemigos, y no vuelta hacia los hispanistas que quieren disecar lo que ellos piensan un cadáver»[74].

Naturalmente, el casticismo no era solamente una forma de mirar al interior, era también un modo de contemplar la situación de la propia España respecto de otros países que incorporaba, a su vez, distintos problemas. De uno de ellos, el relativo a la proyección imperial en el marco del enunciado de la «unidad de destino», nos ocuparemos más adelante. Pero había otro, de larga solera regeneracionista, el relativo al atraso técnico de España, respecto del cual habría también una respuesta casticista que Laín Entralgo se encargaría de fustigar desde las páginas de *Escorial*:

«Actitud casticista elemental. Es el "yo no necesito la técnica" o el "que me dejen con lo mío" del primario anarquismo celtibérico. Por debajo de

---

[72] «Ni casticismo falsificado, ni casticismo auténtico», *Arriba*, 24 de mayo de 1939.
[73] Antonio TOVAR (1941), p. 131.
[74] Íd., pp. 89 y 99.

otras más nobles razones —nacionales en un caso y sociales en otro— esto había en los entresijos instintivos del motín de Esquilache y en la torpe ira de aquellos anarquistas que en 1933 incendiaban las máquinas segadoras».

Y Laín, que polemizaba también en este artículo con otras formas de entender el problema de la técnica, como la progresista, la de la resignación inteligente propia del 98 y Ortega, la del autoengaño inteligente y amoroso a lo Menéndez y Pelayo y la ya aludida del optimismo patriotero, cerraba su artículo con una bien gráfica condena del casticismo:

«Guardemos como un tesoro aquella ultimidad religiosa del español en su actitud frente a los hombres y las cosas; más aún: cultivémosla como la mejor de nuestra alma y de nuestra historia pretérita o venidera. Amemos también estos ojos españoles, que nos dan un mundo crudo y recortado, esta lengua para nombrarle apretadamente y esta pasión honda de vivir y mandar. Pero, por Dios, demos también nuestro ahínco a labrar la empiria y el arte, en aquel viejo y actual sentido aristotélico; porque, de otro modo, perderemos nuestro yo y nuestra historia, y sólo nos quedará como posibilidad —¡qué asco, camaradas!— ser "castizos"»[75].

Así pues, ni patriotismo poético, conmemorativo, historicista o retrospectivo, ni casticismo en cualquiera de sus versiones. Tampoco nacionalismo. Lo había dicho, como vimos, José Antonio —«no somos nacionalistas»— y ello se convirtió en una verdad incuestionable para todos los falangistas en la posguerra que hicieron del *nacionalismo* uno de los objetivos fundamentales de sus ataques. Siguiendo también al fundador pusieron siempre el máximo interés en separar su nacionalismo —es decir, su ultranacionalismo— de todos sus ingredientes tradicionales. Ni la raza, ni la lengua, ni siquiera la cultura constituirían, por ejemplo para Tovar, los fundamentos de la unidad española[76]. No lo constituiría, en especial, la raza. «¿Qué valor iba a tener para nosotros el concepto de "pureza de raza", para

---

[75] Pedro LAÍN ENTRALGO, «España y la técnica», *Escorial*, núm. 5, marzo de 1941, pp. 323-330, especialmente p. 328. Se trata de un editorial de la revista, sin firma. Lo atribuyo a Laín, y así lo haré en lo sucesivo con otros editoriales, porque fue posteriormente publicado por él en su libro *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1943.

[76] Antonio TOVAR (1941), p. 17.

nosotros, que contamos con todas en el mundo hispánico?», decía el propio Tovar cuando quería separar su antisemitismo de todo prejuicio racista[77]. Por supuesto, tampoco la sangre, en tanto que sustrato esencial de toda teoría racista[78]. Y ni siquiera el territorio, la superficie terrestre o su espíritu[79].

Dentro de está línea antirromántica, y, no se olvide, furibundamente antidemocrática, se podía llegar a negar incluso la existencia de todo tipo de «carácter» o «psicología nacional» de los pueblos. Es lo que hacía José Antonio Maravall cuando reputaba de invención romántica y en última instancia democrática la idea del carácter de los pueblos: «En rigor, esto del carácter de un pueblo es, más o menos, una invención de los románticos para poder explicarse la historia de manera que no se negase la creencia democrática, quiérase o no, propia de aquel momento, y a un tiempo poder salvar la concepción orgánica de las grandes comunidades». Ciertamente, esa idea del carácter de los pueblos, de la existencia de una psicología colectiva, podía haber sido desarrollada también inicialmente desde perspectivas no democráticas, pero esto no cambiaría la naturaleza del problema, ya que, en última instancia, la idea sólo se habría generalizado después de que Rousseau hablase del «yo común» de un pueblo[80].

En cualquier caso, Maravall se afanaba en demostrar con notable lucidez que el tal carácter de los pueblos no era ni fijo ni inmutable,

---

[77] Íd., p. 55.

[78] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 14 de octubre de 1939

[79] *Ibid.*, Antonio TOVAR (1941), p. 82.

[80] José Antonio MARAVALL, «Una vieja opinión sobre los españoles», *Arriba*, 24 de noviembre de 1940. También se opondría Maravall por las mismas fechas a todo enfoque nacionalista de la historia de la filosofía. No habría que buscar el carácter diferencial de lo español, sino, por el contrario, poner de manifiesto las aportaciones de la filosofía española a la europea, a la que pertenecía de forma mucho más completa de lo que se había venido suponiendo. Reseña a Tomás y Joaquín Carreras Artau, *Historia de la Filosofía Española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, t. I, en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 2, abril de 1941, pp. 331-335. Javier VARELA (1999), pp. 357 y ss., ha querido ver en el anticasticismo y europeísmo de Maravall una clave para su evolución posterior y un claro distanciamiento del casticismo franquista. Puede que así fuera, pero debe retenerse que anticasticismo y europeísmo eran elementos esenciales del ultranacionalismo falangista, fascista. Lo que escribía Maravall en 1940 o 1941 puede contribuir muy bien a explicar su evolución posterior, pero no había en ello nada de heterodoxia. Más aún, constituía una de las más claras y *ortodoxas* manifestaciones del ultranacionalismo fascista.

que la imagen de un pueblo podía variar radicalmente de un siglo a otro, hasta el punto de que los supuestos elementos definidores del carácter de un pueblo eran intercambiables a través de los siglos entre distintos pueblos. Tal habría sucedido con los españoles a quienes «nos han apedreado insistentemente los oídos hablándonos de nuestro realismo o utopismo, de nuestro misticismo, o —¿por qué no?— sensualismo, de nuestra fantasía o sentido práctico, de nuestra pereza o nuestra actividad para las grandes empresas». Algo de verdad podría haber en todo. Pero también la habría tenido en algún momento la referencia de Spengler al individualismo de los alemanes; o la de Juan Bodino presentando a los españoles como fríos e ingeniosos frente a los coléricos y belicosos franceses. Podía concluirse, pues, que los pueblos no tenían un carácter fijo e inmutable, y que éste, la imagen que un pueblo daba en un momento u otro, tenía mucho más que ver con la existencia o no en un momento dado de una tarea colectiva, de un quehacer, misión o destino que cumplir. De que los pueblos se entregasen o, por el contrario, abandonaran, esa empresa colectiva, dependería el aspecto que «en cuerpo y alma» podía ofrecer un pueblo en un determinado momento de su existencia.

Se trataba, como puede apreciarse, de una ulterior y radical ruptura con las tesis del denostado nacionalismo romántico, para subrayar en la mejor línea orteguiana y joseantoniana los elementos volitivos y proyectivos del propio nacionalismo. Circunstancia a la que no era ajena la perspectiva crecientemente acariciada de la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial. De hecho, ésta iba a ser en lo sucesivo la línea fundamental de ataque al «nacionalismo», el cual sería presentado ahora casi invariablemente como egoísta, replegado sobre sí mismo o, simplemente, pacato. «Esta hora de la independencia no puede ser para nosotros la hora de un nacionalismo elemental y rupestre, sino la hora de todo lo contrario», bramaba un editorial de *Arriba* glosando unas declaraciones de Serrano Suñer al *Volkischer Beobachter* en las que el ministro español había reafirmado la voluntad española de estar «para siempre» presente en el destino de Europa [81]. La idea de unidad de destino venía a asociarse así a la de una idea en lo universal que era, por supuesto, imperio, pero también misión española en el mundo. Lo más contrario que

[81] «Ante unas palabras históricas», *Arriba*, 17 de septiembre de 1940.

imaginarse pueda, como diría Tovar, al «nacionalismo estrecho que no sabe ver fuera de la patria, que se pierde en patriotería vacía» [82]; por no hablar de aquel nacionalismo egoísta cuyo paradigma a través de los siglos habría sido Francia y que, por su propia naturaleza, sería siempre «más estrecho que un Imperio» [83].

De escapar de este tipo de nacionalismo precisamente se trataba, especialmente en unos momentos —y aquí estaba la dimensión político-ideológica— en que tras librarse en España el combate contra las fuerzas del mal, Europa se aprestaba a la continuación de dicha lucha. Como apuntaba Maravall:

> «Ante la gravedad de las maquinaciones que, oculta o abiertamente, llevan entre manos las fuerzas del mal, no es posible dejarle impasiblemente actuar hasta las mismas lindes de las fronteras propias, cerrándose tras éstas. En este sentido, ningún momento menos nacionalista que el presente. Por eso nosotros no podemos llamar a nuestra hora española hora de nacionalismo, sino de Imperio, porque Imperio es expansión hacia afuera, al servicio de inmutables principios, de una empresa universal» [84].

La unidad de las tierras y los hombres de España. ¿Oferta para separatistas y rojos?

Si la unidad de destino y la vocación imperial, universal podían reforzarse con los elementos del combate político e ideológico, así como con los relativos al orden internacional, para combatir al «nacionalismo», era también evidente que el soporte de todo ello, la nación misma, España, debía ser previamente reafirmada desde el punto de vista de su unidad interior. Dicho de otro modo, la unidad de destino en lo universal decía mucho respecto de lo que era la nación hacia afuera, pero poco de lo que ésta era en sí misma. Es más, esa misma noción parecía haber estado empleándose para segar las posibles fuentes de todo nacionalismo. Ni en la tierra, ni en la raza, ni en la sangre, ni en la lengua; ni en el patriotismo conmemorativo e historicista, ni en el casticismo, ni en los «caracteres»

---

[82] Antonio Tovar (1941), p. 12.
[83] Íd., pp. 47 y 56.
[84] José Antonio Maravall, «Europa o Antieuropa. I. La política exterior, una necesidad interna», *Arriba*, 1 de agosto de 1939.

de un pueblo, ni en el romanticismo, ni en forma alguna de nacionalismo. ¿Dónde radicar entonces esa unidad de destino que se quería proyectar universalmente en lo universal? La respuesta estaba en la inquebrantable, férrea y absoluta unidad de España, de sus tierras y de sus hombres. Pero, ¿de qué tierras y de qué hombres? Se quisiera o no, un nacionalismo tan absoluto y ambicioso como el preconizado debía encontrar algún tipo de soportes o raíces en el interior, aunque ello supusiera recurrir a aquellos denostados estratos primarios, nativos y sentimentales contra los que parecía alzarse la idea de unidad de destino. Aunque ello supusiera, de hecho, extremar el otro cabo de la cuerda.

Algo de esto había intuido Francisco Javier Conde cuando, recordando que José Antonio había dicho que España no era «sólo» tierra, venía a decir que, efectivamente, era «también» tierra. Un coeficiente natural debía existir, aquel «agregado de hombres sobre un trozo de tierra», en palabras también del fundador. Porque de lo contrario, afirmaba Conde, la «nación sería una idea pura flotante sin realización posible». Pero no decía más. O mejor, casi como reconociendo la dificultad del dilema, y tras señalar las contradicciones teóricas del mito racista de la sangre, no dejaba de constatar, con cierta ambigüedad, que «en el tiempo presente el mito de la sangre pose(e) una gigantesca capacidad de movilización y de incorporación social» [85].

Era el mismo tipo de dificultades a las que por las mismas fechas se enfrentaba Antonio Tovar. Éste era rotundo al afirmar que no era ni la tierra, ni la sangre, ni la raza, ni la lengua, sino la unidad de destino lo que constituía el cimiento de la unidad española [86]. Más adelante, sin embargo, había tenido que reconocer que también la tierra y también los muertos, en tanto que una y otros configurarían un primer grado elemental, un «asidero» que tendría también algo de sentimiento espiritual: «Aquel primer grado que Barrés llamaba cósmicamente "la tierra y los muertos". Un primer grado que es aún, en parte, material asidero, raíz palpable y elemental. Y que es ya, en parte, sentimiento espiritual; que es ya camino hacia el sentido histórico» [87].

---

[85] Francisco Javier CONDE, «La idea nacionalsindicalista de nación», *Arriba*, 14 de octubre de 1939.

[86] Antonio TOVAR (1941), p. 17.

[87] Íd., p. 81.

Claro que esto no le impedía catalogar como reaccionaria la afirmación barresiana de «la tierra y los muertos» o poner todo el énfasis en el rechazo a toda concepción de la Patria que se limitara a identificarla con «un trozo cualquiera de superficie terrestre». Y, sin embargo, ahí estaba la tierra, y ahí estaban los muertos. Al fin y al cabo, la tierra que añorábamos era la que habían labrado nuestros padres y abuelos, la tierra que, regada por la sangre de las guerras, cubría sus tumbas. Tal era el «primer grado» de Barrés: «Este lazo de sangre que nos ata a la tierra nuestra, este amor que nos hace sufrir cuando sufren los huesos de nuestros muertos». Pero, por más que lo intentase, Tovar no conseguía despegarse en exceso del francés. ¿Dónde descansaba si no la Patria, su valor, fuerza y unidad? En último término, en la tierra regada por la sangre de los muertos y vivificada por la Historia: «la percepción del vaho de sangre que hace sagrada y grande la tierra de España, de ese aire de España que es el que hace una Patria y no un trozo cualquiera de la superficie terrestre» [88].

La tierra, los muertos y la sangre, aunque —supuestamente— de otra manera. También «la gaita»: «Vivimos en una especie de superromanticismo, en que los espíritus de cada pueblo, sus músicas y sus poesías populares, su Derecho y su pasado histórico, se ha hecho pura acción, ganas de pelea». [89] Y, por supuesto, la lengua. Cristianismo y romanidad, catolicismo y lengua, eran ingredientes lo suficientemente poderosos y vivos como para que se pudiera llevar sin abrumarse el peso de dos mil años de historia de España [90]. La lengua era, naturalmente, la castellana, el español. Esencia misma de la nacionalidad y lazo firme con los pueblos de América. Una lengua, por otra parte, fuerte y poderosa, aunque amenazada por insondables peligros. Fuerte, como se decía en un editorial de *Escorial*, por su propia naturaleza férrea y flexible a un tiempo:

> «El español, que ni en España ha llegado a la uniformización, estaría amenazado del primer peligro —de disolución y fragmentación, ISC— si no fuera porque nuestra lengua es tremendamente clara: ningún vago matiz, ninguna vocal fluctuante dejan un momento en duda nuestra lengua de hierro. El verbo *épeler, to spell* no existe en castellano. Entre el catalán y

---

[88] Íd., p. 82.
[89] Íd., p. 105.
[90] Íd., p. 102.

el portugués, tan ricos en vocales matizadas, se alza nuestro a e i o u como un inconmovible cristal de cinco pulidas facetas»[91].

Pero amenazado también, especialmente por la presión del inglés en América, además de por otra compleja serie de circunstancias que debilitaban el prestigio de lo español en aquellas tierras y entre las que no venía excluida, por cierto, la acción de los «rojos forajidos». No es que se negara, como puede apreciarse, la existencia de otras lenguas en España o que ni siquiera se hiciese gran esfuerzo por demostrar la superioridad del castellano. Simplemente, se daba por supuesto que ésa era *la* lengua de España, o, como trasciende claramente del párrafo transcrito, se proyectaban sobre el idioma valores y sentimientos que implicaban que, con él, iba algo de las esencias españolas. Idioma amenazado, tal vez, pero idioma sobre el que se seguía proyectando la vocación imperial. Como se decía en un artículo de *Arriba*, que expresaba cierta preocupación por el doblaje al castellano de las películas norteamericanas: «Todavía, ciertamente, en los dominios del castellano no se pone el sol. Nuestro idioma tiene aún provincias en los cinco continentes»[92].

Si la lengua era el castellano, la tierra era Castilla. Lo había escrito Laín en sus reflexiones sobre la unidad de destino en José Antonio Primo de Rivera: «También la tierra»[93]. La tierra como aquello que constituiría lo continuo en «nuestras movedizas vidas». Pero Laín no buscaba, ni seguramente habría hallado, más referencia a la tierra por parte del fundador que la relativa a la castellana, la «tierra absoluta bajo un cielo absoluto». Y, entonces sí, la tierra, esa tierra castellana se convertía en soporte indeclinable de la Patria. Tales serían las definitivas palabras de José Antonio: «La tierra como depositaria de valores eternos, de la austeridad en la conducta, del sentido religioso de la vida, del habla y del silencio, de la solidaridad entre los antepasados y los descendientes». Ésa era la tierra que, como se afirmaba en un editorial de *Arriba* con motivo de una reunión de jefes sindicales de Castilla la Nueva en Madrid, José Antonio había querido y de la que podían emanar, incluso, los fundamentos del nacionalsindicalismo:

---

[91] «Peligros del español», *Escorial*, 7 de mayo de 1941.

[92] «La política del idioma», *Arriba*, 27 de abril de 1939.

[93] Pedro LAÍN ENTRALGO, «La unidad de destino en José Antonio», *FE. Doctrina del Estado Nacionalsindicalista*, núm. 2, enero-febrero de 1938.

«José Antonio pensaba siempre en el día triunfal que el paisaje castellano, el de la Vieja y la Nueva Castilla, que son uno mismo, se reunieran en la capitalidad de la nación. Los fundamentos del nacionalsindicalismo tienen sabor de pan, color de tierra y cielo, andadura campesina, energía de arado. En el principio, nosotros pensamos en la pana como uniforme, en la cayada como símbolo de nuestra energía revolucionaria, en el verbo popular como símbolo de nuestra fuerza revolucionaria, en el verbo popular como estímulo de nuestras palabras y de nuestra literatura. He aquí que el paisanaje estaba presente el domingo en Madrid [...]. Y era como si estuvieran aquí, en la capitalidad, los mismos pueblos, con sus casas, su cielo, sus figuras, sus árboles, su páramo y sus fuentes. Se venía hacia nosotros la eterna y gloriosa pareja del Libro, el Caballero y su Escudero, pacto tutelar de las Españas» [94].

No es que se teorizase sobre la superioridad castellana ni nada parecido. La misma idea de la «unidad de destino» y la conciencia de la pluralidad española lo impedían, o mejor impedían que algo así se hiciese demasiado abiertamente. De modo que la esencia castellana de España se daba simplemente por descontada. Se producía así una suerte de nacionalismo español castellanista vergonzante. Vergonzante en el plano teórico, porque en el práctico su presencia era abrumadora. Casi siempre, además, en el estilo de la mejor tradición noventayochista y orteguiana [95].

Se trataba de una manifestación implícita de un nacionalismo sentimental, profundo, romántico, casi inevitable, como si respondiese a la más profunda de las llamadas de la sangre, por más que ello pudiese contradecir, al menos a los ojos de un observador externo, todo el hilo argumental de la noción de «unidad de destino». Nada más significativo desde este punto de vista que la introducción y el epílogo de la tantas veces citada obra de Tovar. La primera concluye con una cuasi «invitación»: «Cataluña y Vasconia, y Galicia, darán su voz *también* en el Imperio. Y, entonces, lenguas, costumbres, historias encontrarán su libertad justa bajo el signo —flechas y yugo— del Imperio» —la cursiva es mía, ISC [96]. Era como si se retomase la idea de aquella especie de imperio confederal fascista defendida

---

[94] «Paisanaje en el comicio nacionalsindicalista», *Arriba*, 31 de diciembre de 1940.

[95] Como apuntó también Mainer a propósito de la revista *Vértice*. José-Carlos MAINER (1972), p. 220.

[96] Antonio TOVAR (1941), p. 16.

tiempo atrás por Giménez Caballero. Pero ese «también», aun cuando implicaba el reconocimiento de la pluralidad de España, parecía indicar que la esencia estaba en otra parte, en Castilla. Con todas las resonancias noventayochistas, con todo el peso de la sangre, lo decía en el aludido epílogo:

«Escritas estas páginas en Castilla, durante la guerra civil, en estos días de amargo otoño. Atento el oído al rumor de los pinares, al caer eterno del agua en la presa del río, al silbar del viento, a todas las voces de Castilla. Con respeto ante el silencio del páramo. Y con el afán de que este libro sea una expresión de lo que Castilla sueñas *(sic)* estos días de vísperas [...]. La Historia no se puede dirigir con la cabeza. La Historia es sangre. Al dictado de los latidos del corazón de Castilla están escritas estas páginas»[97].

A pesar de todo, la gaita sonaba; y sonaba en castellano. Eran los mismos ecos de la literatura del noventayocho que se podían apreciar en la propuesta de Víctor de la Serna desde las páginas de *Vértice* para que se celebrase el milenario de Castilla, aunque aquí se aprovechase, además, para subrayar el protagonismo castellano en la guerra civil: «Era Castilla misma quien había de celebrar su milenario levantándose nuevamente contra lo extranjero y femenino —cruelmente femenino. Era Castilla misma, con su sangre y su romance, leal a sí misma, la que iba a renovar su juventud a los mil años»[98]. Vale la pena notar que ni siquiera falta aquí el mito —muy orteguiano, por otra parte— de la masculinidad de Castilla. No está presente en este párrafo, desde luego, la brutalidad del «la maté porque era mía» con que Giménez Caballero había recurrido al juego de género para referirse a Cataluña[99]. Pero sería, por otra parte, impensable

[97] Íd., p. 77.

[98] Víctor DE LA SERNA, «Signos. Se propone la celebración del milenario de Castilla», *Vértice*, núm. 14, septiembre de 1938. Para las peripecias de la celebración, finalmente en 1943, del milenario de Castilla y su repercusión en el No-Do, véase Rafael T. TRANCHE y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA (2000), pp. 283 y ss.

[99] El tratamiento despectivo respecto de todo lo femenino que podemos contemplar en esta y muchas otras referencias constituía también una clara manifestación del sistema de valores fascistas. En efecto, del culto de la virilidad y el rechazo de lo femenino hizo el fascismo, más que cualquier otro movimiento, una de sus señas de identidad. Según Roger Griffin, se trataba de una «misoginia radical o huida de lo femenino, que se manifiesta en un miedo patológico a verse sumergido en cualquier aspecto de la realidad

que algún falangista de la época pudiese ubicar escenas de degradación desnudista en Castilla, en lugar de hacerlo, como lo hacía Tovar, en algunos «pueblecitos del Levante español» [100].

De un pueblo bastante mayor y de fértil agricultura del *Levante* español, de Játiva, era José Antonio Maravall, circunstancia que ciertamente no le impedía localizar la esencialidad española, como había hecho otro valenciano, el alicantino Azorín, en las tierras castellanas. Lo hacía con motivo del traslado de los restos mortales de José Antonio, precisamente desde Alicante a El Escorial, en un artículo, además, cuyo título no podía ser más elocuente: «Metafísica de la unidad de España» [101]. Esa metafísica era, por supuesto, la de la unidad de los hombres y las tierras de España. Pero esos hombres serían los de las recias estirpes españolas, hombres de secos brazos y ásperas manos que habrían elegido para vivir —porque eran los hombres los que elegían el terreno de acuerdo con su modo de ser, y no la tierra la que forjaba su carácter— una tierra elemental y severa, porque así lo exigiría su voluntad de vida «dura y grave». Pues bien, como era de esperar, ese hombre era el castellano y esas tierras las de Castilla: «Sonríe hoy el hombre del campo castellano al paso de José Antonio, porque sabe que este mozo de la tierra española, gentil como su Castilla, lanzó la voluntad de España hacia un resurgimiento que nadie ha de impedir». Sólo a ese pueblo de «recias almas —duras y llenas de espíritu, como las piedras románicas de nuestros pueblos castellanos—», de rostros, «como tallas de imaginero» y de manos «encallecidas por el áspero trabajo de unos campos secos y resistentes» habría podido hablarle José Antonio de un patriotismo de la misión.

Era Castilla, por tanto, la de los ásperos campos y vocación de camino [102], la que constituía la quintaesencia de España y los castellanos los que representaban lo esencial del modo de ser de los españoles. El mensaje se repetirá una y otra vez, siempre con la intención de hacer de Castilla la depositaria y responsable de la grandeza pasada y futura de España. «España es para Europa lo que Castilla

---

externa asociado con la debilidad, con lo disoluto, con lo incontrolable». Roger GRIFFIN (1993), 1993, p. 198.

[100] Antonio TOVAR (1941), p. 108.

[101] *Arriba*, 29 de noviembre de 39.

[102] José Antonio MARAVALL, «Camino y monasterio», *Arriba,* 17 de noviembre de 1940.

es para España», habría dicho Manuel Valdés, jefe provincial de Falange de Madrid [103]. Y si esto era válido para Europa cuanto más lo sería para Hispanoamérica, en la que, desde el Paso a la Patagonia, resonaría el «verbo de Castilla la gentil», el mismo verbo castellano que había sido siempre compañero del Imperio y que ahora se convertiría nuevamente en el idioma de la esperanza [104]. Al fin y al cabo, el renacimiento español sería también una promesa para los pueblos iberoamericanos, los cuales podrían escuchar ahora de nuevo la voz del orgullo español, hispánico, por más que éste hablase, naturalmente, desde los castillos de Castilla:

> «América ha podido ver cómo se caían altas vanidades, cómo se desmoronaban altivas extranjerías y cómo en el solar antiguo se alzaban de sus ruinas, cicatrizados de gloria, los castillos de Castilla, que no son torres de exposición universal, sino alcázares de universal historia. Desde ellos nos dirigimos a las veinte naciones hispanas para anunciarles auroras y predecirles empresas» [105].

Si todo esto era Castilla, ¿qué pasaba entretanto con las otras tierras de España? Ya hemos visto cómo, en opinión de Tovar, tendrían *también* su voz en el Imperio. Fuera de esto podría considerarse que tanto en Cataluña como en el País Vasco el problema del separatismo habría quedado, con la victoria, definitivamente conjurado. En el País Vasco, Guipúzcoa, por ejemplo, volvería a ser la provincia española, emprendedora e industrial que siempre habría sido y, con ella, el resto de las provincias vascongadas, dispuestas desde siempre a las empresas imperiales. Podría decirse, pues, que, erradicado aquel nacionalismo «jelkide», el de los tópicos de la «campesinidad y lo marítimo», aquel nacionalismo angosto «de la gaita», el País Vasco, como Guipúzcoa, estaba volviendo a su plenitud [106].

Algo más complejo era el discurso relativo a Cataluña. Bien es cierto que se podía dar, también aquí, por solucionado el problema del separatismo y constatar eufóricamente que Cataluña había recuperado su españolidad. Es lo que hacía, por ejemplo, Maximiano

---

[103] José Antonio MARAVALL, «Europa o Antieuropa. I. La política interior como necesidad interna», *Arriba*, 1 de agosto de 1939.

[104] «Trascendencia de la españolidad», *Arriba*, 9 de octubre de 1939.

[105] «12 de octubre», *Arriba*, 12 de octubre de 1939.

[106] «Una provincia española», *Arriba*, 11 de septiembre de 1940.

García Venero al afirmar que Teresa la Bien Plantada, el alma de Cataluña, «alborozada (y) transidos de pasión sus ojos serenos», había dicho finalmente sí a España el día que las tropas nacionales entraron en Barcelona [107]. No era desde luego casualidad esta referencia a la obra de un Eugenio d'Ors, vanguardia en otros tiempos del catalanismo cultural y encuadrado ahora en las filas de Falange; ejemplo por ello mismo de la posibilidad de una renacionalización española de los catalanes. Pero todo esto podía constituir también un testimonio indirecto de las dificultades para vencer a un nacionalismo que había sabido rodearse en algún momento de un aura de modernidad. Lo había constatado implícitamente Tovar, al señalar que el catalanismo habría sabido apoderarse del sentido histórico de los nuevos tiempos, dotar de un peligroso aire de modernidad a su reaccionarismo localista y hasta ganar la delantera al nacionalismo español [108].

De que el problema catalán no se superaba tan fácilmente, ni siquiera con la victoria, era bien consciente Ramón Serrano Suñer, tal y como lo pondría de manifiesto en el discurso pronunciado en Barcelona en enero de 1941. Reiteraba entonces el Presidente de la Junta Política los habituales testimonios falangistas de amor a Cataluña y las críticas a aquellas formas estrechas de españolismo que habían conseguido herir en otros tiempo sentimientos e intereses muy respetables y queridos en Cataluña. Pero advertía también con fuerza contra la posibilidad de caer en el «truco» de la comprensión, siempre esgrimido por los escisionistas al servicio de sus posiciones antiespañolas. Y añadía, asumiendo implícitamente que la tarea no estaba en modo alguno acabada: «la Falange aspira a descuajar en su misma raíz aquel patriotismo primitivo, parcial y antagonista, para sustituirlo por el gran patriotismo que hizo grande a Cataluña cuando ella se reunió en hermandad con los demás pueblos de España para servir una misión universal en la Historia» [109].

Era siempre la idea del nacionalismo grande proyectado hacia lo universal, el Imperio, frente al pequeño, primitivo, sentimental y separatista. Pero el reto no carecía de peligros. Se partía de la acep-

---

[107] Maximiano García Venero, «Conquista de Cataluña y de su alma», *Arriba*, 1 de abril de 1941.

[108] Antonio Tovar (1941), p. 101.

[109] Discurso pronunciado en el acto inaugural del V Congreso de la Sección Femenina, el día 11 de enero de 1941, recogido en Ramón Serrano Suñer (1941), pp. 157-172.

tación, como había hecho el propio José Antonio, de la incuestionable pluralidad de los pueblos de España, de sus lenguas, de sus costumbres, de sus culturas y de sus historias. Pero, a diferencia de lo que acaecía con Castilla en la que el «pequeño patriotismo» constituía la esencia del «grande», en Cataluña existía una solución de continuidad entre uno y otro. De modo que no había otro camino que el de reiterar hasta la saciedad las ideas de destino o misión y las promesas de Imperio. Se podía también, claro es, recurrir a la política de maneras fuertes —nada retórica, por cierto, en lo relativo a la persecución de la lengua y cultura catalanas [110]— como parecía implicar el término utilizado por Serrano de *descuajar* y su rechazo de los *trucos* comprensivos. O se podía, en fin, confiar en que el estado totalitario, precisamente por su carácter totalizador en los pla-

---

[110] Véase Josep BENET (1995). Todo esto no quiere decir que algunos sectores de Falange, entre ellos Ridruejo o el mismo Serrano Suñer, no tuvieran una posición más abierta, acorde con algunas de las líneas del discurso que hemos comentado, respecto de la lengua y la cultura catalanas. El conocido episodio de la propaganda preparada en catalán con motivo de la ocupación de Cataluña, sería una buena muestra de ello. En uno de estos textos de propaganda —*El problema de Catalunya davant el gran i universal problema de la unitat d'Espanya*— se incluían textos de Franco, José Antonio o Serrano Suñer. En el de este último podía leerse: «Una llengua pot ésser expresió d'hispanisme o d'antihispanisme. Si és expressió d'hispanisme, per què no hem de considerar que les seves formes d'expressió formen part del destí històric i nacional d'Espanya? Si, per contra, és expressió d'antihispanisme, estigueu segurs que se'ns trobarà sempre disposats a combatre-la implacablement». Se trataba de una línea que chocaba frontalmente con la mentalidad de los Servicios de Ocupación militar que, no por casualidad, prohibieron su distribución. Dos líneas divergentes, pues. Una, la militar que se impondría al menos a corto término y que no aceptaba más uso del catalán que el privado y familiar, otra, la del falangismo radical dispuesta a aceptar su utilización pública siempre que ésta estuviese al servicio del hispanismo y/o la revolución nacionalsindicalista —lo que para muchos de estos falangistas era sencillamente lo mismo—. Tampoco debe exagerarse, sin embargo, la «liberalidad» de esta última. Antonio Tovar, por ejemplo, desde su puesto de subsecretario de Prensa y Propaganda, fue sumamente restrictivo en su concesión de permisos a obras en catalán e impuso con frecuencia condiciones que, como la exigencia de la utilización de la ortografía antigua, apenas velaban su voluntad de hacer del catalán un idioma *arqueológico*. Véase para todo eso especialmente Maria Josepa GALLOFRÉ I VIRGILI (1991), pp. 51 y ss., y 423-429. El episodio de la propaganda en catalán ha sido narrado por Dionisio RIDRUEJO (1976), pp. 168-171, y Ramón SERRANO SUÑER (1977), donde se reproduce (p. 435) el texto más arriba citado. En una entrevista concedida a Josep Pla, publicada en el *Diario Vasco* el 1 de enero de 1939, Serrano Suñer había anticipado algo acerca de su posición respecto de Cataluña: reconocimiento del hecho diferencial como un elemento enriquecedor de España, la idea de que Cataluña pudiera funcionar como motor de España y el rechazo absoluto, recurso a la fuerza incluido, de toda forma de separatismo. Véase Cristina BARDOSA (1994), pp. 455-456.

nos interno y externo pudiera solucionar un problema irresoluble desde el liberalismo [111].

Era en cualquier caso, un problema siempre abierto. En el futuro, porque el nacionalismo falangista empezaba a funcionar como un corredor sin retorno. Si la única *oferta* que se podía hacer a Cataluña o el País Vasco era la del Estado totalitario proyectado como Imperio, ¿qué pasaría si desaparecía la perspectiva imperial y el Estado totalitario no se constituía finalmente como tal? Pero también en el presente. Pues si la partida estaba todavía de algún modo abierta, era posible que el problema catalán pudiera ser esgrimido de uno u otro modo, y utilizado en beneficio propio, por uno u otro de los sectores de la coalición vencedora. A algo de esto podían obedecer también las advertencias de Serrano, así como las más explícitas del editorial de *Arriba* que comentaba su discurso: «una solución fragmentaria o nacionalista no resolvería nada o casi nada. Equivaldría a incidir en la política fracasada y desastrosa de regímenes superados» [112]. Advertencia o no, el discurso cambiaría radicalmente, como veremos, en apenas un año.

Con la unidad o reconciliación de las tierras, la de los hombres. Con la nacionalización de las regiones separatistas, la de los rojos. «Tras la unidad de tierras impuesta por las armas, esta unidad de hombres que incorpora las esencias de la revolución que conduce el Caudillo» [113]. Este comentario editorial a propósito de un indulto concedido por Franco refleja bien lo que constituía la esencia del proyecto falangista, fascista, de reconciliación nacional. Se había vencido y aplastado al enemigo separatista y al enemigo rojo. Ahora, en lo relativo a este último, tocaba incorporar a sus huestes para lograr esa unidad compacta, plena y definitiva de la nación. El mismo editorial aludido lo exponía con claridad meridiana:

> «Hacer esta unidad, crearla, sobre el mapa recién reconstruido de los primeros tiempos de postguerra, era dura tarea y empresa de caminos espinosos, pero era al mismo tiempo labor fundamental del nuevo Estado, que no puede crearse sobre un concepto antinacional, antinatural, antihistórico y antipolítico de españoles clasificados, con carácter permanente, en clases, grupos o zonas geográficas. No se ha hecho la guerra para someter, sino

---

[111] Cfr. Antonio TOVAR (1941), p. 101.
[112] «Nuevo mensaje falangista», *Arriba*, 12 de enero de 1941.
[113] «Unidad entre los hombres de España», *Arriba*, 5 de octubre de 1939.

para incorporar. Para vencer al marxismo y aplastarlo implacablemente. Pero para incorporar a la tarea de cumplir una misión providencial a los hombres de España que vivían al margen del espíritu, sin pulso y sin conciencia. Para conseguir realmente la unidad de tierras y hombres de nuestro juramento».

Era, no hay duda, un proyecto de reconciliación fascista que, como tal, era a la vez sincero y con límites bien definidos. En un sentido ideal, se trataba de hacer la máxima oferta de integración después del más completo aplastamiento. Pero las cosas en la práctica funcionaban de otro modo, entre otras cosas porque no todos los derrotados estaban dispuestos a asumir como definitiva su derrota, lo que casi automáticamente determinaba la correlativa rebaja en la oferta reconciliadora. Sobre todo, la generosidad o magnanimidad del nuevo Estado debía aparecer siempre como una concreción de su propia fortaleza y naturaleza; nunca como consecuencia de la debilidad o de las eventuales presiones internacionales o internas. Y si en algún momento la concesión de una medida de gracia coincidía con la existencia de movimientos de este tipo, se trataría entonces de marcar con mayor nitidez los límites.

Es lo que hacía un editorial particularmente duro de *Arriba* con motivo de una ley que concedía la libertad condicional para condenados por el delito de rebelión a menos de doce años de cárcel [114]. Por supuesto, la medida se aplaudía, porque bien estaría mostrar benevolencia siempre que no se perjudicase el bien mayor de la seguridad del Estado. Pero una cosa era esto y otra muy distinta ceder a campañas urdidas casi siempre desde el exterior, con capacidad para conmover incluso a almas candorosas, y auxiliadas en muchos casos por los que «desean buscar su ocasión». Enigmática alusión esa última, muy propia, por otra parte, del estilo de *Arriba*, que parecía referirse al hecho de que también el problema de la represión y el perdón estaría siendo utilizado como arma arrojadiza para dirimir rivalidades internas entre los diversos sectores del régimen. Así lo daba a entender la insistencia del editorialista en subrayar que la Falange había sido la primera en promover políticas de integración y reconciliación. Sólo que ahora esa política venía definida en unos términos particularmente duros frente a los vencidos. Vale la pena

[114] «Justicia generosa pero sin olvido», *Arriba*, 3 de abril de 1941.

reproducir en extenso algunos de los párrafos del artículo porque ponen de manifiesto, entre otras cosas, tanto la conciencia plena de lo que suponía la represión como una clara percepción de lo que eran los mecanismo de inclusión-exclusión en la comunidad nacional:

«Sabemos que una proporción importante de nuestro pueblo participó en la empresa antinacional deliberadamente y sufre hoy las consecuencias de un cautiverio que se extiende a un gran número de penados, pero penados de derecho común, porque aun los que no han cometido personalmente el crimen son responsables de inducción y complicidad. Sabemos —juntado el sentido de la justicia al de la conveniencia— todos los males que en orden al trabajo, a la moral, al problema demográfico, ~~etc.~~, se derivan de esto. Y sentimos como cualquiera el problema de la dignidad humana que, junto con el otro del público interés, se plantea en nuestra conciencia.

Nadie como la Falange está, en definitiva, interesado en la tarea de incorporar a la Patria, al orgullo y al beneficio de la Patria, a todas las masas españolas, a todo el pueblo, y principalmente a los que más plena —por voluntariamente— se separaron de ella y están en algún modo excluidos de la comunidad. En este desvelo no hemos sido sólo los primeros, sino los únicos, y éste fue en buena parte el motor central de nuestra lucha y la pretensión de nuestra doctrina. Queremos que la mayor parte de nuestros irresponsables enemigos regresen a la vida social y queremos igualmente que sobre la parte de ellos irredimible, imperdonable y criminal caiga la sentencia de irrevocable exclusión, sin la cual estaría en juego la propia existencia de la Patria».

Más palo que zanahoria y, sobre todo, latiendo en el fondo, un irreprimible afán de revancha que hacía rechazar, rotunda y categóricamente, toda pretensión de olvido. Porque esto, la falta de recuerdo, sería, más que una injusticia, una traición, una abdicación imperdonable frente a los miles de espectros de las víctimas de la violencia enemiga. Aplastamiento e integración; perdón selectivo y castigo expiatorio; memoria y recuerdo. Ésos eran los términos del problema. Podían variar los tonos, pero la sustancia era inmutable. Ésa era la solución totalitaria, fascista, porque ésa era la ideología de Falange y a ella respondían todos sus cuadros. También, por tanto, los hombres del buque insignia de la cultura *integradora* falangista, la revista *Escorial.* Mucho se ha recordado la oferta de integración que el editorial del primer número de dicha revista había dirigido a quienes, sin haber «dimitido por completo» de su condición de españoles ni haber cometido crímenes, tenían algo auténtico que

aportar al mundo de las letras [115]. Lo mismo sucedería con el artículo de Ridruejo de *recuperación* de Antonio Machado, en el que se reiteraba la doctrina falangista de la unidad y la integración: «no por otra cosa hemos combatido que por conciliar en unidad toda la dispersión española y poner todo lo español —éste, con todo rigor, es el límite— al servicio de un solo designio universal, de una sola poesía y de una sola historia» [116].

Algo menos se ha recordado el editorial del segundo número de la revista, debido a la pluma de Laín, en el que se reiteraba el ofrecimiento, se reivindicaba como creencia falangista y cristiana que los hombres eran capaces de conversión, y se asumían las eventuales críticas si en alguna ocasión se llegaba a *colar* algo que no fuera «ni auténtico ni español» [117]. Y mucho menos se ha aireado, desde luego, la «advertencia sobre los límites del arrepentimiento», publicado en ese mismo número, en el que su autor, Dionisio Ridruejo, arremetía contra los seudoarrepentidos que se pasaban de la raya, envilecidos, sucia e inelegantemente rencorosos o apologéticos: «Para eso —decía— preferimos que se mueran de una vez y nos dejen ante todo lo que han sido con la libertad de la posteridad, siempre más benéfica que la propia decrepitud».

Oferta sincera, pues, pero con límites bien definidos y reiterados, españolidad y autenticidad y desde el presupuesto de la unidad completa, total, de los españoles y lo español: una sola poesía, una sola cultura, una sola historia. Contra toda la leyenda acrítica posterior relativa a los «falangistas liberales» —que pudieron serlo *después*—, en todo esto no había nada de liberalismo. Lo que había era la mayor y más radical de las negaciones del liberalismo desde los presupuestos, además, de su antítesis más completa, el totalitarismo. Lo dejaba muy claro un artículo de Dionisio Ridruejo en *Arriba* escrito por las mismas fechas que los citados de *Escorial* [118]. Para Ridruejo, la patria era una síntesis trascendente, como habría de serlo el instrumento, Falange, creado para servirla. Por eso mismo, Falange se había definido, primero como totalitaria, segundo como minoritaria y tercero como exclusiva y unitaria. De especial interés resulta este tercer pun-

---

[115] *Escorial*, núm. 1, noviembre de 1940.

[116] Dionisio RIDRUEJO, «El poeta rescatado», *Escorial*, núm. 1, noviembre de 1940.

[117] Editorial, *Escorial,* núm. 2, diciembre de 1940.

[118] Dionisio RIDRUEJO, «La patria como síntesis», *Arriba*, 29 de octubre de 1940.

to, no sólo —pero ya sería bastante— porque exclusividad y unitarismo aparecen enlazados, como las dos caras de una misma moneda, sino también porque pone claramente de manifiesto la lógica última de la integración falangista:

«lo cual la comprometía (a Falange) a no contar con nadie sino por su condición de "pieza de la comunidad", a no integrar en sí, en el Estado que crease y en la Patria, más que "piezas" correspondientes a la destrozada unidad: familias, profesiones, municipios, hombres y nunca "partidos", o sus fragmentarias unidades laterales».

Piezas los hombres y *piezas* las profesiones, como tal vez podrían considerarse, respectivamente, Antonio Machado y el mundo de las letras. Y nótese que el principio de inclusión-exclusión no se refiere únicamente al partido, sino también, en la mejor lógica totalitaria de identificación, al Estado y a la Patria misma. Tal era el juego de la reconciliación falangista. Una reconciliación que era una forma de integración a una Patria en la que Falange se proponía ocupar, invadir, todas las posiciones, «de derecha, de izquierda y de centro». Una Falange, «extremista de los dos extremos y centrista de la totalidad: absoluta y única». Y si en todo esto había algo de «reconciliatorio» no lo habría desde luego de «conciliatorio», porque, se ratificaba Ridruejo, la unidad sólo podía ser una e impuesta —con «amor» y con «generosidad», precisaba—, ya que en última instancia no habría más «concilio» que el de «la sumisión de todos a una norma», ni más norma que «la que se defiende resueltamente» [119].

Tales eran los principios falangistas respecto de la unidad interna de la nación española. Ésta debía ser compacta y completa en todos los terrenos, en el del trabajo y en el de la cultura, en el de sus pueblos y de sus hombres, en el de la política, especialmente. Todos los españoles auténticos cabían en ella siempre que asumieran que no había más norma que la falangista ni más partido que la Falange. Por eso cabían también las regiones separatistas y los antiguos republicanos o revolucionarios. A todos ellos se les hacía una oferta: revolución e Imperio. Ésa y no otra era la razón y, al mismo tiempo, la consecuencia de la oferta. Se ofrecía la integración para permitir esa unidad compacta interior que permitiera acometer la tarea del

[119] *Ibid.*

Imperio; y la tarea del Imperio era la que articulaba el conjunto de la oferta. Una perfecta construcción, pues, totalitaria y nacionalizadora. Pero muy frágil. La ruptura de una pieza podía determinar el derrumbe completo del edificio, de un edificio fascista que apenas se había empezado a delinear.

CAPÍTULO 6

¡IMPERIO!

La unidad de destino en lo universal era, como se ha visto, desde todos los puntos de vista, el Imperio. Todo en la ideología falangista conducía a él. No era una figura retórica, sino la culminación inevitable de una ideología ultranacionalista. Era la noción que, incluso cuando no se mencionaba explícitamente, ataba todos los cabos. La propia concepción falangista de la nación como unidad proyectada hacia el exterior no podía resolverse sino en la noción ideal de Imperio. También el «universalismo» falangista comportaba una idea de «misión», de aportación española a Europa y al mundo, que sólo podía verificarse en el plano imperial. La vertiente palingenésica del nacionalismo falangista implicaba la idea del engrandecimiento y la expansión indefinida e ilimitada. Como en todos los fascismos, el mito de la revolución precisaba para verificarse una movilización continua que exigía siempre nuevos desafíos en los planos interior y, sobre todo, exterior[1]. El imperio era, asimismo, a un tiempo promesa y condición para la integración de los vencidos y de las regiones «separatistas». Lo decía también la historia: España ya había sido Imperio y, por lo tanto, podía y debía volver a serlo, al modo en que el Reich alemán era el tercero, y la Italia fascista, la cuarta Roma. Y lo exigía el presente, porque la guerra europea en curso constituía la mejor y al mismo tiempo una última oportunidad, percibida además de forma agónica, para intentar su realización. En la ideología falangista, en suma, Imperio y Revolución, Revolución e Imperio, no eran

---

[1] Cfr. Macgregor KNOX (1987), pp. 1-57.

sino las dos caras de una misma moneda. Lo expresaba con claridad en noviembre de 1939 el secretario general del SEU, Enrique Sotomayor:

«¡Hora es ya de marchar! [...]. En seis años de lucha certera hemos conseguido lo que Dios nos negó durante siglos: una ocasión en la que ganar o perder definitivamente España [...]. Hoy nos llega la gloriosa pesadumbre de la victoria, y es preciso prepararse para soportarla [...]. Llevamos siglos sometidos a un círculo vicioso que entre nuestra vida interna y nuestra vida externa nos mantiene sin realizar plenamente ni una ni otra. No seremos fuertes mientras no estemos organizados, prósperos y unidos. No lo estaremos nunca, si antes no somos fuertes frente al mundo. O la Revolución o el Imperio, Izquierdas y derechas a través de la Historia. Hoy vivimos la ocasión de ganar ambas empresas a un tiempo. ¡Dios está llamando a nuestras puertas! Ha llegado el momento de alzar paralelas las dos banderas y de seguir tras ellas. Vuelve a ser cierta aquella consigna que nos lanzó a la guerra. ¡Ahora o nunca!»[2].

Por las razones que también hemos visto, la noción de Imperio significaba lo contrario del casticismo y del patriotismo vano, del nacionalismo pequeño, del nacionalismo egoísta y de puertas adentro y del «nacionalismo» en general. Este último nacionalismo podía ser también, aunque no se dijese explícitamente, el de Acción Española. Lo había aludido Laín, por ejemplo, al referirse al carácter insuficientemente nacional de la alianza del Trono y el Altar y a su incapacidad de generar entusiasmos en tiempos totalitarios[3]. Tampoco habían faltado referencias a la naturaleza siempre egoísta de un nacionalismo, el francés, en el cual con frecuencia se reconocían los perfiles del gran pariente ideológico y epónimo parcial de Acción Española, Acción Francesa[4].

---

[2] Enrique SOTOMAYOR, *Frente de Juventudes*, pp. 37-39. Cit., en Herbert R. SOUTHWORTH (1967), p. 59.

[3] Ver más arriba pp. 224-225.

[4] Francia es siempre para los fascistas españoles el gran enemigo, razón por la que se presenta frecuentemente como la antítesis de España y de su posición española en el mundo. Tovar, por ejemplo, no perderá ocasión de referirse al «nacionalismo egoísta» de Francia, aunque sea para recordar su alianza con los turcos allá por el siglo XVI. Antonio TOVAR (1941), p. 56. Giménez Caballero tiene numerosas páginas dedicadas a la «¡Admirable Francia, enemigo admirable!», retórica tras la que se alude a la más seria convicción de que Francia fue siempre el enemigo de España y que le permite aludir en el mismo sentido a la derecha gala, Acción Francesa incluida: «El mantener inquebran-

Precisamente en torno a la cuestión del Imperio se iban a hacer explícitas muchas de las diferencias entre unos y otros. No podía ser de otra manera. En la noción de imperio se entrecruzaban todos los hilos de los dos nacionalismos. Nación y religión; tradición y revolución; Monarquía y caudillaje; pasado y presente. La referencia al siglo XVI como el gran siglo y fuente inspiradora era común a ambos[5]; la apuesta, real o retórica, por el Imperio del presente, también. En consecuencia, ambos extremos, el siglo XVI con la Contrarreforma, por un lado, y la naturaleza del nuevo imperio, por otro, se convertían necesariamente en terreno en disputa. La misma *captura ideológica* por parte de Acción Española del tema del imperio para reducirlo a un asunto meramente espiritual contribuye a explicar por qué los falangistas hubieron de reaccionar vehementemente frente a este tipo de posiciones. Tres líneas fundamentales desarrollaron al respecto. La primera, ya vista, de nacionalización del siglo XVI y la Contrarreforma acentuando sus perfiles agresivos y de conquista. La segunda consistía en un cierto despegue respecto de la centralidad de los siglos áureos, bien mediante el énfasis en la raza con sus valores supra-históricos o la reivindicación de los siglos precedentes[6], bien insistiendo en la idea de la existencia de un sustrato imperial hispano que se manifestaría a través de los siglos. La tercera se fundaba en

---

table este criterio de que una *acción* para ser verdaderamente *española* tiene que parecerse en todo lo contrario a una *acción francesa* me provocó choques y ofensivas con motivo de la venida de Charles Maurras a España, mientras sangraba el Ebro y el Pirineo no existía. En plena guerra. La *derecha* francesa, católica y monárquica —¡Luis XIV!— hizo por lo menos tanto daño a España como Napoleón y como la *izquierda* de León Blum el judío. Y es natural. *¿Quién es tu enemigo? Tu vecino...* Francia es un país admirable, fuerte y de muchos recursos. España un país inconstante, vehemente y pobre. Con tendencias peligrosísimas al paletismo y la imitación». Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO (1939), p. 150. Sobre el viaje de Maurras a España en mayo de 1938 véase Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (2002), pp. 169-170.

[5] Alicia ALTED (1984), p. 149; Ismael SAZ (1999a), pp. 35-60.

[6] Así, por ejemplo, Adolfo Maillo: «¿No adolecerá de parcialidad y miopía el hecho de centrar nuestra tradición sólo en los siglos áureos, cuando la personalidad racial y político-cultural de España apunta antes y tiene exponentes valiosos —para citar sólo algunos— en el siglo XII, con el Poema de Mío Cid; en el siglo XIII, con el universalismo de Alfonso X; en el XIV, con el Arcipreste de Hita, el Infante don Juan Manuel y López de Ayala, y en aquella ebullición magna del siglo XV, con Santillana, los Manrique, la Celestina y el gran ciclo pre-renacentista?» Adolfo MAILLO (1943). Citado en *Historia de la educación en España*, I (1990), p. 314. Este autor, por cierto, veía en el pensamiento de la España del siglo XIII un claro precedente de la doctrina de la *Volkgemeinschaft*, Íd., p. 315.

un constante polemizar con los adversarios o enemigos de la idea de imperio tal y como la defendían los falangistas.

La historia, una vez más, iba a ocupar un lugar privilegiado en el desarrollo de la segunda de las líneas mencionadas. De particular interés resulta en este sentido el impacto y difusión de la *Introducción a la España romana* de Menéndez Pidal, cuya influencia en el libro sobre el Imperio de Tovar ya se apuntaba en su momento. En enero de 1941 aquel libro, recordemos que publicado antes de la guerra, fue objeto de una interesante reseña en la *Revista de Estudios Políticos*. El autor de la misma[7] se mostraba tan entusiasmado con la obra y el prólogo del insigne historiador que veía en ellos nada menos que la demostración de que la «unidad de destino universal» había caracterizado a España desde «sus primeros balbuceos históricos»; y saludaba en el propio Menéndez Pidal al probable equivalente, para la «España renacida, tradicional y modernísima a la vez», es decir, para la España totalitaria, de lo que había sido el padre Mariana para la España de los Austrias y Modesto Lafuente para la España liberal.

La apropiación de Menéndez Pidal por el ultranacionalismo falangista podría tener algo de triste ironía si se recuerda que aquél había firmado el manifiesto de los intelectuales madrileños en defensa de la República en julio de 1936, que uno de los primeros actos del régimen fue la supresión del Centro de Estudios Históricos o que hasta 1947 no recuperó la presidencia de la Real Academia Española[8]. Pero toda la ironía desaparece si se considera que el historiador noventayochista había desarrollado una concepción esencialista y castellanista de España que descansaba —en clave, por lo demás, muy unamuniana— en la reivindicación de una larga tradición popular en oposición a todo tradicionalismo político; que sus investigaciones históricas habían apuntalado progresivamente la idea de la configuración de la nacionalidad española en el medievo y aún mucho más atrás; que su nacionalismo españolista le había distanciado de la República en una forma de nuevo similar a la de Unamuno; que en 1938 había dictado una conferencia en La Habana sobre la *Idea Imperial de Carlos V* no muy alejada de las tesis falangistas al uso;

---

[7] V. G. A., presumiblemente Alfonso García Valdecasas, *Revista de Estudios Políticos*, núm. 1, enero de 1941, pp. 128-131.

[8] Cfr. Julio Rodríguez-Puértolas (1986), pp. 408-409.

o que, en fin, en 1939 había saludado en la victoria de Franco la derrota de los separatistas vascos y catalanes, tanto como denunciado la ausencia de una idea nacional entre los republicanos[9]. Ninguna ironía, pues. Y menos aún si se considera que Menéndez Pidal iba a ser recuperado, no por el régimen *tout court,* sino por un sector del mismo, el fascista, precisamente en el contexto de su combate ideológico —e *historiográfico*— con los reaccionarios y excluyentes de Acción Española. No había, en suma, mejor ni más útil candidato a ser *rescatado* en la línea de Dionisio Ridruejo y la revista *Escorial.*

Ahora, volviendo a la reseña de la *España romana* que comentábamos, las aportaciones del gran historiador podían reforzar claramente la perspectiva imperial falangista de una forma que retomaba el esquema de Tovar en 1936. Como afirmaba el autor de la reseña, en efecto, el libro ponía de manifiesto dos supuestos fundamentales. Primero, la existencia de una España con características definidas antes ya de la conquista romana y, segundo, que entre esas características estaría ya su proyección universalista:

«A lo largo de su meritoria introducción, el Sr. Menéndez Pidal nos presenta una España que, a pesar de no tener historia privativa, aparece dentro de la Historia imperial con plenitud de rasgos característicos expresados en escritos y en acciones tan grandes como el inmenso ámbito en que se producen; en todo este período no ha hecho sino suministrar valores materiales y morales al Imperio, pero "en ellos hemos ido encontrando una valiosa prefiguración de lo que España será para el futuro". En las agudas páginas de Menéndez Pidal puede verse a grandes rasgos sintéticos cómo España se incorporó al dominio romano con una esencia específica, ya embrionaria en la época celtíbera, que al proyectarse sobre dimensiones universales adquiere un valor que habrá de repetirse constantemente a lo largo de la historia del mundo»[10].

De la idea de que España «no se romanizó sin hispanizar a su manera», partía otro historiador, antes liberal y ahora claramente alineado con el ultranacionalismo falangista, Melchor Fernández Almagro, cuando reseñaba en las páginas de *Escorial* el siguiente tomo de la *Historia de España*, el dedicado a la *España Visigoda* aparecido

---

[9] *Ibid.* Y, especialmente, Javier VARELA (1999), pp. 238-250. Véanse también José Ignacio PÉREZ PASCUAL (1998) y Joaquín PÉREZ VILLANUEVA (1991).

[10] Reseña citada en nota 5.

en 1940. La línea argumental, la clave que se quería ver ahora en la *Introducción* de Menéndez Pidal al nuevo volumen, era la contraposición entre «universalismo y nacionalismo», que era también la que se establecía entre visigodos y francos. Universalistas los primeros, precisamente por lo que hubo en ellos de capacidad para entroncar con lo hispano-romano, nacionalistas los segundos; admiradores del Imperio o con sentido del Estado unitario los *españoles*, con una concepción más patrimonialista de la idea regia los *franceses*. Al final, habría sido el factor hispano-romano el que había permitido alumbrar lo mejor de la España visigoda y su debilitamiento la clave de su caída. La conclusión de Fernández Almagro era un auténtico prodigio, tan presentista en sus intenciones como falangista en su formulación:

«La hundió (a la España goda), evidentemente, el particularismo que sobreviene siempre que se aflojan los lazos que mantienen a un pueblo unido y en pie. Fue gloria de España influir, en cuanto estaba romanizada, sobre los invasores del Norte. Y fue triste que el molde político construido por los godos para vaciar aquí o allá los respectivos núcleos nacionales, adoleciese de incorregible debilidad. Con todo, el reino visigodo de España rayó en los tres siglos de vida. España participó como sujeto activo en la elaboración de la Historia que no pasó en vano. Y, desde el Derecho hasta la toponimia, todo coadyuva a hacer sentir que el factor hispánico, trabajando ingredientes románicos o góticos, acreditó una especial capacidad de absorción y recreación... Contra el encono de los españoles, en lucha a muerte entre sí mismos, no ha cabido jamás otro tratamiento que la superación por la unidad. Lo que en Recaredo o Wamba fuera intento, y en los Reyes Católicos hecho consumado, ha sido en la España de hoy costosa recuperación» [11].

Así pues, la esencia histórica de lo hispano eran la universalidad y el Imperio y, al parecer, ahí estaban los historiadores para demostrarlo [12]. No bastaba, sin embargo, la historia. La tercera de las líneas

---

[11] Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, «Una historia de España», *Escorial*, núm. 1, noviembre de 1949, pp. 159-163.

[12] Otro historiador, Manuel Ballesteros Gaibrois, para quien el Imperio era ansia y destino, había insistido también en la esencia imperial de España, aunque considerándola un legado fundamental de Roma. A partir de aquí, en cualquier caso, toda la historia de España había estado presidida por ese ansia imperial: la visigoda y la árabe, así como, por supuesto, la España del siglo XV en adelante, que fue «tres veces Imperio» —por

de respuesta más arriba mencionadas, la de la polémica abierta con los adversarios de la idea falangista de Imperio se desarrollaría también con una intensidad creciente. Ni siquiera hubo que esperar al final de la guerra civil, como ya se vio, para que Ridruejo arremetiera contra los conservadores que tendrían por toda aspiración la de «encerrarnos en nuestra casa» o para que Tovar alertara contra la idea del imperio espiritual para reivindicar su base material «que concede su importancia a la riqueza, su categoría a las cosas militares» [13]. También Laín había advertido en octubre de 1937 contra la «mera retórica retrospectiva» [14]. En 1939, era de nuevo Ridruejo quien volvía sobre el tema justo en aquel punto, único de hecho, en que los valores del ultranacionalismo fascista podían sobreponerse incluso a otros más tradicionales también incluidos en el discurso fascista, los relativos al género. Como decía a las afiliadas a la Sección Femenina en 1939: «Pero no olvidéis jamás que por encima del hogar, del hombre, de los hijos, de la vida social, está la Patria. El problema de España... hay que encuadrarlo en una conciencia nacional creadora, ambiciosa, amplia y dilatada, más allá de la Patria. Hay que enderezarlo hacia el mundo del Imperio» [15]. Y, desde luego, en la concepción que tenía Ridruejo del imperio había poco de espiritualismo retrospectivo: «Queremos ser —diría en otro momento— padres de generaciones que sueñen con el dominio de la tierra» [16].

---

extensión racial, dominio absoluto, y religión y cultura—. Hasta los españoles de América —San Martín y Bolívar— habrían sido imperiales en su lucha por la independencia. Nada tendría que ver, por otra parte, esta ansia e idea de Imperio —fuerte, racial, cultural y conquistadora— con el imperialismo financiero, carente de voluntad de penetración cultural o evangelizadora, propio del siglo XIX. Manuel BALLESTEROS GAIBROIS, «El Imperio de España», *Jerarquía,* núm. 2 (1937), pp. 155-163.

[13] Véase más arriba p. 185.

[14] «Voluntad de Imperio, la Falange. Pero cuidado, camaradas, con que esa voluntad se agote en la frase, en el gesto o en la caediza hojarasca decorativa... Los nacionalsindicalistas no queremos hacer de esta cosa tan grande, llena y entera que se llama España Imperial, mera retórica retrospectiva. Haremos, por el contrario, que todos la sirvan con esa voluntad terca, dura y dolorosa de servicio que la Falange ha sabido imponer a España... Si es cierto que obedecemos a la vocación con esta voluntad resuelta y calentísima, tenaz y esforzada, entonces todos los españoles —clérigos y guerreros, estudiosos y menestrales, poetas y artesanos— habremos servido como nacionalsindicalistas a la unidad en el hombre y entre los hombres, a la Patria, al Imperio y a Dios». «El Imperio meta del nacionalsindicalismo», *Arriba España*, 12 de octubre de 1937.

[15] «Discurso de Ridruejo al Consejo de la Sección Femenina de FET de las JONS» (1937), cit. Herbert R. SOUTHWORTH (1967), p. 58.

[16] Dionisio RIDRUEJO, «Manifiesto irritado contra la conformidad», *Arriba*, 23 de febrero de 1940.

Con la activación de la guerra mundial en la primavera de 1940 y las grandes victorias alemanas, los aires imperiales se reanimaron y, con ellos, las más de las veces, los tonos polémicos frente a enemigos más o menos reconocibles. Pronto se recordaría, por ejemplo, la celebérrima «voluntad de Imperio» joseantoniana para anunciar que España no renunciaba a nada y lanzar las primeras andanadas contra unas indeterminadas «fuerzas de la traición de dentro y de fuera»[17]. Sectores tradicionalmente francófilos o anglófilos, o al menos aquellos que mostraban una cierta tendencia a la conciliación con las democracias occidentales, figuraban con toda seguridad entre los objetivos de la prensa falangista[18]. Y no era difícil presumir que conservadores en general, algunos medios de negocios, sectores católicos y monárquicos se encontraban entre ellos.

En ocasiones, sin embargo, la precisión era mayor. Como cuando una supuesta virtud imperial, la memoria, era utilizada para denunciar los riesgos de una neutralidad «alelada y apocada», y, con ellos, a sectores católicos de fuera y de dentro de la coalición vencedora. Tales eran el «ginebrino» Ossorio y algún «neoabate demócrata vergonzosamente exiliado en los valles suizos», evidentemente Ángel Herrera[19]. Pero eran las posiciones de los hombres de Acción Española las más claramente identificables entre las combatidas por los falangistas. Así, por ejemplo, cuando en la contraposición entre el patriotismo esencial y el aparente se relacionaba con este último a aquellos apologistas del Siglo de Oro y de los tiempos en que «no se ponía el sol» que tan reacios se mostraban a luchar por un puesto al sol efectivo y en el presente[20]. En uno de los más conocidos editoriales de *Arriba,* se reunían todos los hilos para reivindicar con más fuerza que nunca y en la mejor tradición ledesmista la perspectiva del Imperio, denunciar a quienes decían asumir la idea aunque sólo fuera para desvirtuarla y localizar entre ellos a los cultivadores de la tradición:

«España necesita su Imperio. Y ahora que puede tenerlo es el momento de reconocer que son muchos los que así lo afirman, pero no todos los que están dispuestos a la contienda y al sacrificio... Una de las figuras más

---

[17] «Presencia del ardor y la sinceridad», *Arriba*, 23 de mayo de 1940.
[18] «Sentimentales para el dolor ajeno», 10 de julio de 1940.
[19] «Memoria», *Arriba*, 29 de mayo de 1940.
[20] «Patriotismo esencial y patriotismo aparente», *Arriba*, 4 de junio de 1940.

empleadas por los retóricos es la del "Imperio espiritual de España". Con esto juegan brillantemente y lo muestran o lo esconden en sus largos párrafos con gracia singular. Y nosotros que no podemos ser sospechosos en la defensa del espíritu... tenemos que decir: "cuidado con esto". Porque lo mismo que no estamos dispuestos a vivir tan sólo del recuerdo de las hazañas del pasado, tampoco lo estamos a presenciar con los brazos cruzados la deserción de los deberes que nos impone un porvenir que se está haciendo entre nuestras manos. Y así es como creemos que la verdadera potencia no puede carecer jamás de una vigorosa realidad física que imponga el orden de un pensamiento»[21].

Era claro, pues, que el Imperio defendido por los falangistas era un Imperio real, material, hecho de poderío, fuerza y dominación. Pero, ¿en qué consistía exactamente? Por supuesto, consistía en entrar en la guerra y beneficiarse de la previsible y esperada victoria del Eje, consistía por supuesto en la recuperación de Gibraltar y también en la expansión en África en la forma en que era expuesta en el libro de José María Areilza y Fernando Castiella *Reivindicaciones de España* publicado por aquellas fechas[22]. Todo esto ha sido suficientemente abordado por nuestra historiografía y, por tratarse de un plano tradicional de la expansión colonial, no merece posiblemente que aquí le prestemos mayor atención[23]. Distinto es el caso de los planos europeo y americano, precisamente porque en ellos se descubren aspectos sustanciales del nacionalismo imperial falangista que enlazan, además, con aspectos centrales del nacionalismo español contemporáneo.

---

[21] «El Imperio retórico», *Arriba*, 16 de julio de 1940.

[22] José María AREILZA y Fernando CASTIELLA (1941). Casualidad o no, una reseña del libro, firmada por Eugenio Montes, apareció en *Arriba* el 6 de mayo de 1941, esto es en plena crisis política.

[23] Según Víctor Morales, las reivindicaciones africanas de España en 1940-1941 no añadían «un ápice al nostálgico sueño colonialista de Alfonso XIII y sus ministros o al propugnado por más de un pro-hombre de la democracia, aupado al poder por los comicios municipales de abril de 1931», Víctor MORALES LEZCANO (1980), p. 34. Gustau NERÍN y Alfred BOSCH (2001, pp. 22-24), por su parte, subrayan que el proyecto imperial en África era mucho más real, sentido, pensado y verosímil de cuanto muchas veces se ha supuesto.

El Imperio Hispano

Poco puede decirse del hispanoamericanismo falangista que no haya sido dicho ya[24]. Si el imperio era en la ideología de Falange la dimensión ideal de España, era evidente que Hispanoamérica debía constituir una dimensión, cuando no *la* dimensión ideal, del mismo. No era fácil, sin embargo, ir mucho más allá de las ideas de unidad o comunidad espiritual de Maeztu o escapar de aquella cerrada identificación entre hispanidad y catolicismo que había establecido años atrás el cardenal Gomá[25]. Muchas cosas lo impedían, desde las propias prevenciones de los países hispanos ante toda iniciativa «imperial» de la ex metrópoli, a la propia animosidad de las fuerzas democráticas y de izquierda del continente hacia la España «fascista». Además de, por supuesto, la actitud vigilante de los Estados Unidos[26].

El ultranacionalismo falangista debía moverse consecuentemente en este terreno en una cierta ambigüedad, cuyas grandes líneas habían sido marcadas en el libro de Tovar. Por una parte, se negaba la existencia de toda ambición imperialista en el sentido del imperialismo decimonónico —aquí se apuntaba claramente hacia el mundo anglosajón en general y Norteamérica en particular—y toda tentación de recurso a la idea «hipócrita» de protectorado. Pero, por otra, se reclamaban, junto con Portugal, derechos de primogenitura y se hacía explícita la voluntad de ejercer «de un modo efectivo derechos de defensa y tutela». Tendríamos así, hasta aquí, una típica manifestación del «imperialismo antiimperialista» —del imperialismo de «los otros»— propia del fascismo[27].

Pero, al mismo tiempo, Hispanoamérica era mucho más que un objeto de eventual dominio o tutela. Era la mayor y mejor concreción en el pasado, la esencia misma, del destino universal de España. Como había dicho Ledesma, la Hispanidad encerraba la idea de

---

[24] Véase especialmente Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado (1988), Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (1988 y 1992), Rosa Pardo Sanz (1995) y Ricardo Pérez Monfort (1992).

[25] Isidro Gomá, «Apología de la Hispanidad», *Acción Española*, núms. 64-65 (1934).

[26] Rosa Pardo (1995), pp. 172 y ss.

[27] «Nuestro imperialismo no va a ser —no lo ha sido nunca— un imperialismo de petróleo o de caucho... España no quiere dominar en América con monopolios». Antonio Tovar (1941), pp. 12-14.

Imperio[28]. Con esta premisa se podía volver a hablar de la gran hermandad hispánica de los 200 millones de seres humanos y reivindicar la pretensión española de convertirse en el «eje espiritual» de ese mundo[29]. Pero, de nuevo, esto no era decir mucho. No era fácil resolver el dilema y Tovar parecía solucionarlo recurriendo a una retórica vía de en medio, que, simplemente, daba por existente en el presente, aunque dividido y esparcido, lo que había existido en el pasado: «Que nuestro Imperio esté fragmentado y dividido nos duele, pero sentimos la fuerza de lo irremediable, y hasta nos felicitamos de que esta desunión política haga los lazos que todavía nos ligan al mundo hispánico más espirituales y nuestros planes más desinteresados y más puros»[30]. No otra cosa decía Ballesteros Gaibrois, cuando afirmaba que «tenemos por el mundo trozos dispersos de un Imperio que tiene el alma rota». Para este historiador, el Imperio sería una realidad viva «en nuestro espíritu y viva en la existencia real de las naciones y pueblos que lo forman». Y añadía, «realidad viva que hay que redimir para ganarla»[31].

Esta pretensión retórica de actualización del Imperio podría parecer en una primera lectura completamente vana y fútil, pero suponía en la práctica la única vía de salida al dilema. De hecho, la combinación entre esa idea del imperio disperso y a reunir y la del antiimperialismo imperialista, constituiría la esencia del imperio hispanoamericano, incluso cuando las circunstancias políticas internacionales dejaron de hacer aconsejable la utilización pública de la expresión[32].

---

[28] «España, potencia de Imperio», *La Conquista del Estado*, 2 de mayo de 1931.

[29] Como decía Raimundo Fernández Cuesta hacia 1939: «España, que ha recobrado su voluntad de potencia e Imperio, no precisa para tenerlo de músicas bélicas, ni de una pulgada más de terreno; pero como ha de realizar una tarea común y defiende un concepto total de la vida y de la historia, tiene que ser, forzosamente, proselitista y ambiciosa: y aspira a sumar a ese concepto hombres y tierras por vía espiritual, en contraste con otras posiciones también totales». «Lo que significa para nosotros la palabra Imperio», en Federico DE URRUTIA (s. d.).

[30] *Ibid.*

[31] Manuel BALLESTEROS GAIBROIS, «El Imperio de España», pp. 162-163.

[32] De hecho el folleto original de la obra de Tovar había levantado una polémica internacional, especialmente por sus referencias a Portugal. Las cuales desaparecerían significativamente, tanto como las relativas a Hispanoamérica, en la parte del libro elaborada posteriormente. A estas circunstancias y a la conveniencia de no utilizar en exceso el término imperio en público aludía el propio Tovar en 1938: «Sabéis cuánto se ha usado y abusado de la palabra Imperio en todo el curso de nuestra guerra. Yo mismo tengo que acusarme de haber contribuido a ello con un librito que se difundió bastante.

BIBLIOTECA CENTRAL CÁCERES UEX

Para Tovar, en efecto, los españoles, los españoles de todo el mundo, en España, en América y en Filipinas eran víctimas del mismo capitalismo imperialista[33]. Se trataría, por tanto, de una tarea conjunta en la que aleteaba la idea de una suerte de imperio confederal hispano encabezado, naturalmente, por España.

El Imperio venía a ser así tanto un derecho como un deber, en lo que bien puede considerarse una transferencia de la palingenesia operada en España al conjunto de la estirpe, lo que era perfectamente acorde con una idea ya expresada por Onésimo Redondo: «Hay ocho millones de individuos del otro lado del Atlántico, unidos a nosotros por el lenguaje y la raza, que tienen el derecho de compartir el renacimiento y la redención de la cultura española. Por ello es que España reconoce su deber imperial y la juventud nacional que entra a la vida del nuevo Estado deberá comprometerse a cumplir ese deber»[34]. Una *transferencia* de la redención española que implicaría también la de la idea de misión[35]. De tal modo que la unidad de destino en lo universal no definiría ya sólo a España, sino al conjunto de los pueblos hispanoamericanos[36].

La idea vendría expresada de las más diversas formas por la prensa falangista: «El renacimiento histórico de España no ha de quedar circunscrito a la Madre Patria, sino que forzosamente ha de contribuir a la madurez y plenitud de toda la familia hispánica»[37]. Si antes se habían relajado los vínculos, si América había dejado de creer en España era porque la propia España había dejado de creer en sí

En realidad, la palabra Imperio, debe usarse poco y bien. Casi, como si dijéramos, aplazando su uso para mañana. Y yo quiero hablar ahora un poco para entre nosotros de cosas que por razones políticas de nuestra guerra no conviene que se vean mucho en letras impresas». Antonio TOVAR, «Nación, Unidad e Imperio», en *Curso de orientaciones nacionales de la Enseñanza primaria*, II, 2 vols., Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 311-319, especialmente p. 316.

[33] Íd., p. 317.

[34] Citado en Ricardo PÉREZ MONFORT (1992), p. 81

[35] Con esa finalidad entre otras había nacido durante la guerra civil el Servicio Exterior de Falange. Véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (1994), pp. 279-307.

[36] Hasta incluir a Portugal, como hacía Alfonso García Valdecasas: «La idea que España representa en la Historia puede dar aún sus mejores creaciones. Lograrlo es nuestra misión arriesgada, común con Portugal —noble compañero de las altas empresas— y con los pueblos de América, briosos de esperanzas y aun con otros muchos "vigores dispersos" por los ámbitos del mundo». Alfonso GARCÍA VALDECASAS, «Política exterior», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 1, enero de 1941, p. 16.

[37] «Trascendencia de la españolidad», *Arriba*, 9 de octubre de 1940.

misma, pero ahora, que Franco y Falange habían obrado el milagro de la redención, España podía volver a hablar después de cientos de años a las veinte naciones o cachorros hispanos en «puro castellano». Podía hacerlo para restaurar una unidad que estaba en la carne y en la sangre, en la fe y en el verbo. Pero, sobre todo, podía hacerlo para dar a esa unidad un espíritu de empresa; para que esa unidad volviese a regir el esfuerzo y la fe de los hombres que hablaban castellano. España se dirigía ahora a los americanos para «anunciarles auroras y predecirles empresas»; del mismo modo que la generación falangista ofrecería a la nueva generación americana «codicia y promesa de un destino universal» [38]. Sería, en fin, esta comunidad hispana, esta suerte de imperio hispano el que comparecería en el momento decisivo de la instauración de un nuevo orden mundial:

«En estas horas en que España se encara con la plenitud de su destino histórico hay que poner punto final a la deformación de la españolidad... Por consiguiente, nuestro Hispanoamericanismo es éste: ante la aurora del mundo que nace, España, que ha reñido grandes batallas por su alumbramiento, comparecerá en el momento de la definitiva instauración del orden nuevo en compañía de veinte naciones, a las que ayer dio su ser y su verbo, hoy comunica el nuevo espíritu y comparte con ellas los títulos que acreditan su derecho de presencia en esta hora universal» [39].

Si todo esto podía expresar perfectamente los objetivos últimos de la utopía falangista para América, la realidad era bien distinta, razón por la que, generalmente, se formularon objetivos más parciales y limitados, como la defensa de la lengua y la cultura españolas o la «restauración de la conciencia unitaria» de la Hispanidad [40]. Todo esto, por no hablar del continuo polemizar con los medios latinoamericanos abiertamente hostiles a toda iniciativa de la España fran-

---

[38] «12 de octubre», *Arriba*, 12 de octubre de 1940; «Rescate de una fecha», *Arriba*, 10 de octubre de 1939; «La voz de Franco en América», *Arriba*, 11 de octubre de 1939; «Nuevo sentido del 12 de octubre», *Arriba*, 12 de octubre de 1939.

[39] «La Falange y el Mundo Hispánico», *Arriba*, 13 de octubre de 1940.

[40] «España, al constituir el Consejo de la Hispanidad, se propone lograr la finalidad apuntada de restaurar esta conciencia unitaria de un mundo indivisible. Y España, naturalmente, no es la Hispanidad, o al menos España no es la misma Hispanidad, ni toda la Hispanidad; España es un trozo, parte de la Hispanidad, juntamente con las naciones hermanas de América, independientes, soberanas y libres». Discurso pronunciado en el acto inaugural del V Congreso de la Sección Femenina..., cit. p. 168.

quista o con los mucho más eficaces avances del denostado imperialismo norteamericano, sea en términos financieros, sea en lo relativo a la negociación para la cesión de bases navales[41]. Eran demasiadas ilusiones, demasiados problemas y demasiados enemigos para tan ambiciosa política imperial. Como apoyaturas más sólidas para una política americana se podía crear el Consejo de la Hispanidad o intentar reforzar esas iniciativas mediante la conversión en Día de la Hispanidad del anterior Día de la raza[42]. Pero parecía claro que todo esto no bastaba. De modo que Antonio Tovar podía reincidir en marzo de 1941 en el mismo diagnóstico y los mismos indeterminados deseos de cinco años atrás:

«Somos una inmensidad de hombres que hablamos español; pero el núcleo activo de ellos es muy pequeño. No pocos países de la Hispanidad están sometidos a políticas y doctrinas extrañas y hasta a protectorados. Pues bien: no basta hablar de Hispanidad en un sentido espiritual. Precisa es una labor más honda que, en un momento decisivo, dé formas de eficacia a esta unidad de espíritu, de raza y de cultura»[43].

En realidad, más que avanzar se había retrocedido, hasta el punto de que el panorama podía considerarse sencillamente como desolador. Así lo presentaba lejos de toda intención propagandística, «confidencialmente, en la intimidad de esta revista», un editorial de *Escorial*. Tomando como pretexto la defensa de la lengua frente a los peligros que le acechaban —el inglés, especialmente— se constataba una situación caracterizada por la desintegración intelectual y política de la presencia e influencia del español —y de la cultura española— en América. No había que engañarse, el prestigio o aun el simple respeto de que habían gozado en sus tiempos Varela, Menéndez y Pelayo o Unamuno, era ahora sencillamente impensable. Tan interesante, sin embargo, como la claridad y rotundidad del diagnóstico eran las causas que se barajaban para explicar semejante retroceso. Vale la pena reproducir la relación:

«1.° Porque el mundo ha adulado excesivamente a América y porque lo convencional ha ganado terreno; Europa con dos guerras ha gastado y

---

[41] Véase Lorenzo DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (1992), pp. 237-285.

[42] *Ibid.*

[43] Conferencia de la subsecretaria de Prensa y Propaganda sobre «Política internacional», *Arriba*, 23 de marzo de 1941.

gasta demasiadas energías y prestigio; la "ayuda de América" es en lo material, y algo también en lo espiritual, el mito de nuestro siglo. 2.° Porque América —salvo alguna minoría de la América que fue española— ha tomado una postura reaccionaria que la distancia por ahora de Europa, donde al calor de las revoluciones de nuestro tiempo se prepara el futuro. 3.° Porque las comunicaciones son difíciles, lentas y fiscalizadas por quienes prefieren una América "inocente" y aislada. 4.° Porque el comercio de libros se ve estorbado por lo indicado en el punto anterior y por nuestras inevitables penurias materiales de la posguerra. 5.° Porque una idea de la comunidad política se mantiene aún lejana y utópica, hecha más aún dificultosa e imposible por propagandas de toda especie. 6.° Porque los rojos forajidos (usamos la palabra en el valor etimológico y en el otro) en América contribuyen con sus traiciones y adulaciones a estorbar explicaciones en esta época de tal difícil comunicación y de tan poca claridad. 7.° Y más importante, porque nuestro poder político es aún pequeño y nuestro peso en el mundo relativamente ligero» [44].

En suma, América esperaba poco de Europa, y menos que nada, al menos en sus grandes mayorías, de las «revoluciones» europeas —fascistas, claro—, mientras que la utopía imperial falangista quedaba exactamente como eso, como la más pura y lejana de las utopías. No parece, sin embargo, que tan desnudo diagnóstico constituyese una renuncia, sino, posiblemente, todo lo contrario. Esto es, podía constituir un alegato implícito —el último de los puntos resulta clarificador al respecto— para dar el definitivo salto adelante mediante la entrada definitiva en la guerra. En este sentido no habría diferencia alguna con la reseñada conferencia de Tovar: el Imperio era poder político o, sencillamente, no era. Hegemonía española, tutela y unidad de empresa eran las bases de la apuesta utópica por una suerte de *Commonwealth* hispánica fascista. Pero el requisito básico para ello estaba en la propia metrópoli, en que ésta ganase poder político convirtiéndose en una primera potencia europea. La cruda descripción del fracaso en las páginas de *Escorial* podría formar parte, desde la perspectiva de la política hispanoamericana, de la ofensiva falangista en ciernes.

---

[44] «Peligros del español», *Escorial*, núm. 7, mayo de 1941, pp. 161-166, especialmente p. 162.

«El más europeo de los pueblos»

Falange se había definido como la antítesis del casticismo; y la esencia del casticismo era el alejamiento de Europa. Laín había hecho el elogio de la técnica; y la técnica era Europa. Nadie había discutido al liberalismo su capacidad para generar riqueza; y el liberalismo era una creación por completo europea [45]. Desde todos los puntos de vista, el horizonte del nacionalismo falangista estaba en Europa. Como recordaba Maravall, lo había dicho José Antonio y lo decían los puntos de Falange: «reclamamos un puesto preeminente en Europa». Era el propio Maravall quien, poco antes del inicio de la guerra mundial, dedicaba tres artículos a subrayar la importancia de Europa para España hasta el punto de definir esta relación como «un problema nacional de primera magnitud y máxima importancia» [46].

Era así por la gravedad de los problemas a que se enfrentaba la Europa del momento y porque en tales circunstancias sería más necesaria que nunca la constitución de un frente común contra las coaligadas «fuerzas del mal». No era, por tanto, ni posible ni deseable recluirse en las propias fronteras. La misma política de autarquía que inspiraba a los «grandes Estados nacionales», es decir, los países totalitarios, no tendría nada que ver ni con la de las ciudades-estado griegas, que aspiraban a través de ella a salvar su independencia, ni con la autarquía política propia de un romanticismo ingenuo, lite-

---

[45] Así, por ejemplo, Maravall: «Al reforzar de esta manera la posición del Jefe de Empresa, ¿qué fines se persigue? En primer lugar, se trata de mantener las ventajas que el espíritu empresario produjo en el régimen económico anterior. No es posible hoy negar todo lo que aportó la economía liberal. Sencillamente la economía clásica que produjo el auge insospechado de los pueblos europeos, que dio lugar a una larga etapa de prosperidad como antes no se había conocido; y que llevó a gran desarrollo los recursos de los diversos países. Fue un sistema económico muy superior a cuanto le precedió. Esa economía se basó, en su fase mejor, en aprovechar hasta el máximo, en aprovechar hasta el máximo las condiciones subjetivas del empresario. El espíritu de cálculo, de invención, de crítica y hasta de aventura que ocasionó el amplio e innegable fenómeno de progreso económico en tiempos anteriores es un elemento del que no cabe prescindir». «En torno a la Ley Sindical. El Jefe de Empresa», *Arriba*, 5 de febrero de 1941.

[46] José Antonio Maravall, «Europa o Antieuropa. I. La Política exterior como necesidad interna», «Europa o Antieuropa. II. La cuestión europea de España», «Europa o Antieuropa. III. El sentido español de lo europeo», *Arriba*, 1, 2 y 3 de agosto de 1939.

rario y folklórico orientado a salvar algún tipo de espíritu popular. Todo lo contrario, expresaría una voluntad decidida de intervenir en los asuntos interestatales y constituiría en realidad el «más formidable instrumento de intervención en lo exterior».

No se trataba sólo de una voluntad de intervención defensiva o preventiva. Era la propia doctrina interna de aquellos grandes pueblos, obviamente Italia y Alemania, además de España, que habían redescubierto «la vigencia interna de unos principios permanentes», la que les obligaba a proyectarse hacia afuera. Desde este punto de vista, Maravall exponía con claridad la función de la política exterior como medio de consolidar la revolución en el interior. La proyección exterior, decía, constituía una exigencia si se quería fortalecer «el arraigo, la clara firmeza y el vigor férreo de nuestras empresas de política interna». Al mismo tiempo, la realidad de esa política en diversos pueblos posibilitaba la existencia de un tipo de conexión más allá de las naciones: «Y de la misma manera que el hombre encuentra sobre sí la nación, las naciones tienen que contar con los superiores centros de cultura a que pertenecen».

Revolución interior y misión exterior, pues, como habría demostrado la experiencia de la Italia fascista al pasar de la idea de anti-Europa a la de dirección de esa misma Europa. Esa misma tensión entre Europa y anti-Europa era y había sido siempre para España una cuestión vital. Porque había sido la Europa materialista la que había terminado por negar a España el pan y la sal y porque la misma España había terminado por ceder y asumir ese aislamiento y postración. Lo peor no habría sido desde este punto de vista la estupidez de quien allende las fronteras había afirmado que Europa acababa en los Pirineos, sino su aceptación en España como quien se «quita un peso de encima», como confesión de la propia debilidad. Consecuentemente, reincidir en el aislamiento no sería otra cosa que reincidir en la debilidad y caer en más peligros de los que se querían conjurar.

La cuestión era también de principios y afectaba de pleno a la misma idea de Europa: «Si el liberalismo agnóstico, si el clasismo destructor, si el capitalismo inmoral son Europa, España no es Europa, porque España no es eso». Sucedía, sin embargo, que Europa tampoco lo era. Europa simplemente había entrado en crisis, una crisis del espíritu similar a la que con cierta anticipación había experimentado España, precisamente porque el español sería «entre los pueblos europeos el más refractario a aquellos principios». Y si así

era, ¿no se podría considerar ya, por eso mismo, al pueblo español como «el más europeo de los pueblos»?

Llegado a este punto, la argumentación de Maravall parecía aproximarse a las concepciones más tradicionalistas y reaccionarias de la historia de España. España habría tenido desde los más remotos tiempos de su existencia una fuerte conciencia europea. Sólo que esa conciencia habría sido la de una misión extranacional y cristiana. El cristianismo no sería sino el poder temporal y el poder espiritual ordenados a un bien común y a la salvación. Por eso Europa era una creación del cristianismo; un orden creado por la Iglesia y el Imperio; pero también un orden en la base de cuya concepción habría «cabezas españolas». Europa era, en definitiva, unidad. Y a esa unidad habría servido siempre España en los planos religioso y jurídico, de Alfonso VI a San Raimundo de Peñafort, de Raimundo Lulio a Torquemada y a la magna obra de la Contrarreforma. Si ésa había sido siempre la misión unitaria de España, podía volver a serlo, cuando Europa se desgarraba por la crisis y la división. Nadie mejor que España para desplegar esta misión:

> «Por nuestra tradición, quizás es España el más europeo de todos los pueblos, y hoy, en que la tradición vuelve a ser substancia de nuestro Estado y en que Europa necesita de un poder vigoroso con autoridad moral suficiente para llamarla al orden de los principios que son su auténtica vida y que nunca abandonó, España en su política exterior asume... la empresa que fue fin hace siglos, del intento de un Sacro Imperio: sostener en Europa la paz por la justicia, por el orden...».

El europeísmo falangista, tal y como venía definido por Maravall, contemplaba claramente la idea de una misión imperial de España en Europa cuyos fundamentos volvían a situarse tanto en el pasado como en el presente y, en ambos casos, con dos dimensiones[47]. En el pasado, era la unidad europea y la cristiandad «españolizada»; en el presente, el peso de la tradición y una misión unitaria basada en esos valores. Pero, al mismo tiempo, esos valores serían comunes a los de los Estados fascistas y junto con esos dos grandes pueblos habría que recorrer el camino. En cierto modo, era la idea del Imperio tripartito que aleteaba ya en el libro de Tovar, cuando en sus páginas

---

[47] Para una visión de conjunto del europeísmo nazi y el modo de situarse ante él del falangista, véase Rafael García Pérez (1990), pp. 203-240.

conclusivas apuntaba que la «nueva Catolicidad» estaría próxima a cubrir, «con el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y el nuevo Estado en España y Portugal, el suelo todo del Imperio de Carlos V»[48].

Pero, como sucedía también con Tovar, el problema del difícil equilibrio entre catolicismo y nación, pasado y futuro, subsistía. La combinación entre las referencias a la validez de los principios de la tradición, el énfasis en lo religioso y la crítica de la modernidad capitalista podían apuntar, incluso, a que el péndulo se desplazaba inevitablemente en una dirección. ¿Era así realmente? En parte sí, en cuanto esto reflejaba el extraordinario e ineludible peso alcanzado por el catolicismo en la España de la época; pero también desde esta perspectiva del Imperio, al igual que sucedía con otras que hemos venido analizando, el peso fundamental estaba en otro lado. Lo pondrían claramente de manifiesto los cambios de énfasis en el lenguaje falangista crecientemente radicalizado conforme avanzaba el conflicto europeo.

No hubo que esperar siquiera al inicio de las grandes victorias alemanas para que un editorial de *Arriba* hiciese gala del más rotundo europeísmo[49]. La viciada atmósfera europea, la artificiosidad de sus vínculos, la reiteración de viejos errores, se decía, podían dar la sensación de que Europa estaba en una situación límite. No sería así. De hecho, el Continente, que «pese a todos los pesares trazará siempre el camino de la Historia», estaría simplemente en lucha consigo mismo para restablecer la fe y la unidad y recuperar el ritmo de su destino. No habría, pues, lugar al pesimismo ni a establecer prematuros certificados de defunción, ni mucho menos a buscar tablas de salvación al otro lado del océano o en el oriente asiático: «Norteamérica, la fuerza del dinero, la industria y la técnica, la «prosperity», y la URSS, la dictadura del proletariado, la interpretación materialista de la Historia, la derogación de la suprema jerarquía del espíritu». Todo eso serían cosas del pasado, de escépticos y pesimistas, de materialistas rusos o yanquis, de liberales, masones y herejes, de toda aquella «fauna» que había determinado durante un tiempo el juego de Europa y que había empezado a ser aplastada en España. Era la típica crítica fascista a los materialismos capitalista y comunista; y

---

[48] Antonio TOVAR (1941), p. 76.

[49] «La lucha de Europa», *Arriba*, 16 de marzo de 1940.

era al mismo tiempo una profesión de fe europeísta en la que, además de una evidente toma de partido, se volvía a incidir implícitamente en la idea de una misión española que en este caso consistiría en una especie de proyección hacia Europa de su reciente victoria sobre la decadencia: «... se va a decidir realmente la unidad del Continente, su soñado revivir a un nuevo y superior orden total que cierre el paso de la decadencia».

Como era de esperar, las victorias alemanas acentuaron sobremanera el europeísmo falangista. «Estamos, para siempre, presentes en los caminos de Europa», proclamaba desde Berlín, en septiembre de 1940, Serrano Suñer. Ése fue el tono de la prensa del Movimiento en aquellos meses[50]. España estaba en Europa y, además, por la guerra librada en su suelo, por haberse dado en España la primera batalla, estaba con derechos de fundador[51]. Fue entones cuando se hizo presente, además, un cierto cambio de énfasis en la misma idea de Europa que afectaba de lleno al juego de los valores de pasado y presente, de religión y revolución. Por así decirlo, la idea española de Europa se secularizaba a marchas forzadas. Nada mejor para constatarlo que los artículos que José Antonio Maravall fue publicando en aquellos meses decisivos. Para éste, en efecto, las victorias alemanas tenían un claro protagonista, el partido nacionalsocialista que habría sabido educar y formar a los alemanes en el periodo de paz y de lanzar a las grandes masas a los campos de batalla en la guerra. Ello implicaba una redefinición de la idea de Europa, de lo que era esencial en ella: la invención de un hombre nuevo capaz de seguir haciendo «marchar la Historia hacia adelante». No desaparecía, por otra parte, la contribución española, que se habría dado tanto en el pasado como en el presente, pero en la que el siglo XVI empezaba a diluirse: «Y en esto —concluía—la aportación española, desde Séneca a Loyola y de Loyola a Franco, ha sido siempre esencial»[52].

Ahora los valores definidores de Europa eran fundamentalmente los de unidad y mando. O mando y unidad. Mandar y dirigir, gober-

---

[50] «Las razones de Falange ante Europa», *Arriba*, 18 de septiembre de 1940; «Universalidad del destino español», *Arriba*, 19 de septiembre de 1940; «Ante unas palabras históricas», *Arriba*, 17 de septiembre de 1940.

[51] «Los fundamentos de una nueva Europa», *Arriba*, 10 de octubre de 1940; «Lo que para nosotros es todo», *Arriba*, 15 de febrero de 41; «La primera batalla», *Arriba*, 11 de marzo de 1941.

[52] José Antonio MARAVALL, «Una experiencia actual», *Arriba*, 6 de agosto de 1940.

nar, en suma, era la virtud europea por excelencia, la de su mitad occidental, más exactamente. Así habría sido desde la Roma de los Césares, a condición, sin embargo, y aquí se puede apreciar una cierta transferencia a Europa de la española «unidad de destino en lo universal», de que existiera una «empresa de unidad europea». Por eso habría sabido mandar la España de Carlos V —quien, por cierto, habría asumido un título, el de Emperador, tan español, como italiano o alemán—, y por eso supo mandar la Europa que le sucedió aunque ésta portara en sí impulsos corrosivos que habrían conducido al posterior desgarramiento[53]. Orden, razón y unidad, eran las condiciones del mando de Europa que se habían perdido y ahora se recuperaban. Y con estas condiciones Maravall desgranaba una serie de conceptos y valores de contenido escasamente religioso o católico: profundas fuerzas vitales, energía, revolución y jerarquía. Todos los cuales tenían además un nombre, el totalitarismo, y una consecuencia, el mando tripartito: «El totalitarismo quiere llevar a cabo este orden moral que hará otra vez posible Europa. El totalitarismo es la razón de Europa. Y por eso ahora los tres grandes pueblos que para ello han realizado una aportación esencial volverán a regir a los demás pueblos del mundo»[54].

Lo nuevo se imponía definitivamente a lo viejo, el totalitarismo a la tradición. O, mejor, una concepción de la historia vitalista, voluntarista y guerrera desplazaba a un segundo plano a la vieja cons-

---

[53] Esta misma idea de la falta de unidad era abordada por Alfonso García Valdecasas cuando, siguiendo a Ortega, recordaba que la política de equilibrio entre las naciones había constituido el gran secreto de la política moderna. Según García Valdecasas, éste habría sido el gran error de Europa: «Para Europa ha sido un error y una pérdida que sus energías se consagraran a *equilibrarse*, en lugar de buscar un principio superior y *positivo* de armonía». En la creación de esa conciencia común, en hacer que Europa recobrara su fe en unos principios dignos de su tradición y su cultura, en la de «religar a los distintos pueblos en la unidad de una cultura de salvación», estaría la misión de las relaciones culturales, es de suponer, de España. Alfonso GARCÍA VALDECASAS, «Relaciones culturales y política exterior», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 3 (1941), pp. 517-529. La alusión a Ortega por parte de estos falangistas no era en modo alguno fútil: del mismo modo que los falangistas habían hecho una lectura *en fascista* del españolismo de *España invertebrada,* estaban haciendo ahora algo similar respecto del europeísmo de la segunda parte de la *Rebelión de las masas*.

[54] José Antonio MARAVALL, «De nuevo, Europa», *Arriba*, 17 de septiembre de 1940. En el mismo sentido se expresaba otro antiguo orteguiano, Salvador LISSARRAGUE, por las mismas fechas: «Europa tiene ya un régimen totalitario fuera del cual es imposible vivir políticamente en ella», *Arriba*, 15 de septiembre de 1940.

trucción de claro sesgo tradicionalista. Era la guerra, diríamos nosotros, parafraseando a Marx, la auténtica partera de la historia. Las guerras marcaban épocas y cambios de la forma de gobierno y organización. De la guerra de los cien años habría surgido el Estado unitario del Renacimiento; de la de los treinta años, el Estado absolutista; de las napoleónicas, el Estado democrático. Las guerras arrastraban y hacían «desaparecer aquellos tipos de organización ligadas al inmediato pasado que estaban todavía en pie al romperse las hostilidades» y, al mismo tiempo, generaban deseos de imitación de una nueva forma de organización, la de los vencedores. Por una y otra razón, la conclusión era evidente: la nueva guerra daría paso a la era del totalitarismo, hasta el punto de que incluso los pueblos no totalitarios intentarían copiar sus instituciones. La profecía de Mussolini acerca del futuro fascista de Europa se convertía en realidad: «Cabe conjeturar —había dicho el Duce— al correr de los tiempos una Europa fascista, una Europa que inspire sus instituciones en la doctrina y las prácticas del fascismo». Y Maravall *puntualizaba* a título de conclusión: «Llamando fascismo, cosa adecuada por sus derechos de antigüedad, a lo que de general hay en los regímenes totalitarios, el acierto de la frase es indiscutible»[55].

En la misma línea y sin escudarse en ningún tipo de «derecho de antigüedad», abundaba un inesperado José Pla para quien Europa habría entrado efectivamente en una nueva era, la era fascista: «Ha cerrado (Mussolini), en superación, el período liberal de la historia de la Europa moderna —es decir, ha cerrado, la etapa del conservador que no sabe conservar. Y ha abierto un nuevo período: el del fascismo. Europa —para decirlo con una frase muy breve— vive un proceso de desarrollo fascista en camino de definitiva cristalización»[56]. Nueva Europa, fascista, y hombre nuevo, también fascista, la salvación de una y de otro se deberían a la genial doctrina construida por Mussolini:

«Europa vive hoy en régimen fascista, y este régimen es fruto de un pensamiento inicial del genio político del Duce. Pero no es sólo esto. Es que el fascismo ha creado en Europa un tipo de hombre nuevo, combativo,

---

[55] José Antonio MARAVALL, «El totalitarismo, régimen europeo», *Arriba*, 26 de septiembre de 1940.

[56] José PLA, «Trascendencia de la revolución italiana», *Arriba*, 26 de diciembre de 1940.

audaz, poco amigo de las fórmulas gratuitas, enemigo implacable de las suicidas fórmulas demoliberales... Sin esta doctrina salvadora, sin estos métodos geniales, medio Continente oscilaría hoy entre el caos demoliberal y la revolución comunista. Vale la pena, me parece a mí, recordar estos hechos, porque las cosas son como son, y no como quieren que sean los dictados de una propaganda que choca con nuestra memoria inmediata de la manera más viva. Sin Mussolini, sin el fascismo, media Europa, como terreno habitable, hubiera desaparecido».

La nueva Europa, la Europa totalitaria o fascista, sería el escenario del nuevo Imperio de España. Podría decirse, incluso, que se acariciaba la idea de un imperio, no ya español, sino europeo, regido por los tres países totalitarios. Esto podría suponer en cierto modo, como se verá más adelante, tanto una disolución del propio nacionalismo en una especie de supranacionalismo ideológico y europeísta, como el definitivo desplazamiento hacia el polo laico y temporal de aquel viejo equilibrio inestable entre nación y catolicismo. Pero no su desaparición absoluta.

Habría dos buenas razones para que el catolicismo siguiera constituyendo un componente esencial, cuanto menos retórico, del nacionalismo falangista. La primera seguía siendo de orden interno, relativa a la tantas veces reiterada catolización de España y la propia Falange. La segunda razón tenía un mayor componente ideológico y de orden exterior. Si España tenía una empresa a realizar, un destino o misión, en Europa y esto se resolvía en el común marchar con los otros Estados totalitarios o fascistas, aparecía más necesaria que nunca la existencia de una voz propia, de una misión específica dentro del coro común que pudiese dar a España aquel protagonismo hegemónico que se presumía. Si, como había apuntado Francisco Javier Conde, los alemanes tenían su doctrina racista y los italianos habían hecho un absoluto del Estado[57], ¿cuál podía ser la voz española? Precisamente, ese elemento católico. Ésa y no otra es la conclusión a que llegaba Laín a la altura ya de 1941:

«Indudablemente, Italia y Alemania han encontrado alguna de las palabras ordenadoras de nuestro tiempo, y ahí radica su principal ventaja contra Inglaterra. Pero todavía faltan nuevas palabras. Falta, por ejemplo, la que explique al mundo el engarce entre una auténtica revolución nacionalpro-

---

[57] Véase más arriba, pp. 233 y ss.

letaria y la idea cristiana de la vida y del hombre. ¿No podría ser ésta una idea española, quizá *la* empresa española en el orden nuevo?»[58].

Apoteosis del totalitarismo. La nación sublimada

Una vez se había conseguido la cuadratura del círculo, claro es que, como se verá, sólo en el terreno de las ideas y de los deseos, los falangistas, sus dirigentes e intelectuales pudieron lanzarse sin freno aparente por la senda del totalitarismo, la revolución y el imperio. En los últimos meses de 1940 y primeros de 1941 el más radical de los discursos fascistas se enseñoreó de su prosa. La clave estaba en gran parte en las victorias alemanas. Éstas no constituían ya la simple victoria de un Estado en guerra con otros, sino la victoria de un nuevo tipo de organización, el Estado totalitario, con la que, simplemente, se abría una nueva época en la historia de la humanidad. Lo decía Maravall, como se ha visto, cuando hacía del partido nazi la clave de los éxitos alemanes, y de la guerra en curso la partera de una nueva era. El mismo Maravall abundaba en esa misma idea para explicar que, a diferencia de otras guerras en las que la victoria o la derrota podían no decir nada acerca de la justicia de la causa de vencedores o derrotados, la que se estaba desarrollando portaba consigo la justificación de la victoria, o más aún, «todo un juicio de la Historia». Y desarrollaba una argumentación que casi parecía una transposición directa al siglo XX de cuanto se había dicho siempre a propósito de los ejércitos de masas de la Revolución francesa, esto es, que sólo Italia y Alemania habrían sabido volcar a la guerra la totalidad de sus pueblos. Lanzando a la lucha a unas comunidades convencidas de su destino, los países totalitarios habrían demostrado una vez más su superioridad sobre el universo materialista del marxismo —el de los rojos españoles, citaba como ejemplo— y del capitalismo que todo lo habrían fiado al material y la técnica[59].

---

[58] Pedro Laín Entralgo (1941), p. 106. Véase también la reseña de José Antonio Maravall al libro de Laín en la *Revista de Estudios Políticos*, núm. 3 (1941), pp. 563-567.

[59] José Antonio Maravall, «El sentido actual de la victoria», *Arriba*, 18 de agosto de 1940. Este último sería también el problema de una Inglaterra incapaz de adoptar nuevas formas de vida y organización. Íd., «Comentario sobre Inglaterra», *Arriba*, 23 de agosto de 1940.

Éstas eran las ideas que se repetirían una y otra vez en los medios falangistas. Sin rebozo o freno alguno, *Arriba* podía proclamar al hilo de un discurso de Hitler que éste era nada menos que «el discurso de la Historia contemporánea de Europa». Y esto, sencillamente, porque su voz era la voz de su pueblo, de su comunidad; de un pueblo al que previamente se había dado justicia, orden y conciencia de su destino; de una comunidad «inmensa, apretada, armada, resuelta, y ya vencedora» [60]. Un régimen era el estilo de un jefe. Esa relación entre el hombre y el régimen era el esquema mismo del totalitarismo, el espejo en el que mirarse y el ejemplo a seguir. Con un añadido, por supuesto: el partido, o mejor, la minoría rectora fundamental en la línea de mando, perfectamente jerarquizada, que iba del «hombre» a su masa; del «genio» a su fuerza. No se podía explicar mejor la esencial síntesis fascista entre elitismo y populismo. A un lado estaba la «cohesión justificada, fervorosa, obediente y activa de una comunidad de hombres»; al otro, «el genio nutrido de virtudes y abnegaciones de un hombre que ha sabido encabezar, adivinar y ordenar las necesidades e impulsos de esa comunidad; y, en medio, el «elemento colectivo, jerarquizado y prieto», aquella minoría rectora, selecta y aristocrática, de que hablara José Antonio. Ésta era la lección y, por si alguien lo dudaba todavía, eso que era realidad en Alemania era lo que quería Falange para España:

«Gentes hay entre nosotros, o lejos de nosotros, que dicen desear un régimen fuerte y comienzan por negar cobarde o adulatoriamente la necesidad de alguna de estas piezas: quien se espanta de considerar al pueblo como protagonista histórico, quien desearía despojar al caudillismo de sus honores que son exigencias, quien hostiga la posibilidad de que fragüe y cierre esta resuelta minoría sin la que no hay sistema posible. Nosotros debemos aprovechar el instante para ahorrarnos razones y argüir con hechos: ahí está ese régimen tal como lo decimos y ahí —ya en inminencia de totalidad— está su resultado aleccionador y evidente. Puede ahora la duda seguir; pero nosotros ya sabemos lo que es esa duda» [61].

---

[60] «El hombre y su estilo», *Arriba*, 21 de julio de 1940. El mito de Hitler se desató de tal modo entre los falangistas españoles que hasta Tovar se permitiría el lujo de «corregir» al respecto a José Antonio Primo de Rivera: «A José Antonio todavía le pareció el nacionalsocialismo —como parecía entonces su jefe— un movimiento romántico. Hoy me parece que le hubiera parecido otra cosa distinta». «La figura de Hitler», *Arriba*, 25 de enero de 1942.

[61] «El ajuste de un régimen», *Arriba*, 23 de julio de 1940.

Populismo extremo, esto es, máximo protagonismo popular en clave siempre de jerárquica y entusiasta subordinación; nítida diferenciación entre el simple Estado fuerte o autoritario y el totalitario; perceptible localización de los aliados enemigos; y aires de fronda o de ajuste definitivo de cuentas. La sintonía entre las editoriales de *Arriba* y las más destacadas plumas de Falange era completa [62]. Totalitarismo y revolución nacionalpopular eran los protagonistas de la victoria. La humanidad entraba en una nueva etapa. Desde esta perspectiva, Laín Entralgo no tenía ya inconveniente alguno en asumir-rechazar las dos grandes revoluciones para, muy hegelianamente, saludar el advenimiento de la tercera:

«La primera tarea del Nacionalsindicalismo, como la de todos los movimientos llamados "totalitarios" o "fascistas", fue la de enlazar esos dos ingredientes sueltos, lo nacional y lo social, la Patria y el Trabajo, a merced de un resorte mágico, capaz de encantar los corazones dormidos o aberrantes: *el mito de la revolución*. Desde 1789 corre esta palabra alucinante sobre el planeta, sacudiendo la sangre en las venas de los hombres, por el entusiasmo o el sobresalto. En 1848 pasa la propiedad del vocablo [...] a puños proletarios; y con Mussolini, en una tercera etapa, dentro de la cual comenzamos a vivir, a brazos nacionalproletarios. La revolución y la actitud moral con ella conexa van a ser el bálsamo capaz de soldar aquellos dos partidos miembros morales del mundo moderno» [63].

Tanto como esto conviene hacer notar la radicalización del lenguaje, como testimonia claramente la adopción del término nacionalproletario, o, por otra parte, la más explícita reivindicación de la violencia. También sin ambages. Porque si la construcción hegeliana del mito de las tres revoluciones es transparente o, como vimos, la misma idea del mito de la revolución es plenamente soreliana, va a ser también de la mano de Sorel de la que se va a hacer la apología de la violencia. Aunque, naturalmente, una vez demostrada con Sorel la necesidad imprescindible de la violencia en toda obra revolucio-

---

[62] Incluso en los aires amenazantes. Ridruejo, por ejemplo, afirmaba a propósito de quienes cuestionaban el carácter militar de Falange: «Y aunque a nosotros comienza a faltarnos la fe en las palabras, y cada día sentimos más urgencias por trasladar los problemas a otros planos polémicos, no estará de más que nuestra paciencia se agote en unas nuevas explicaciones...», «La Falange como síntesis. Lo militar y lo civil», *Arriba*, 12 de enero de 1940.

[63] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), pp. 34-35.

naria, se procederá a limar sus «derivaciones seudorreligiosas» y recordar el alto valor cristiano de la violencia justa [64].

Menos prudencia demostraba aún Dionisio Ridruejo cuando, acogiéndose a lo expuesto por Laín, reivindicaba la plena actualidad y vigencia, para conquistar el Estado pero también como ejercicio del poder, de la moral soreliana. Es verdad que persistía en Ridruejo el afán de diferenciarse del objetivo soreliano de la «dictadura del proletariado» y de mantener las esencias cristianas: «Claro es que ahí está el secreto de la diferencia con otras revoluciones: mientras el sorelianismo quiere llegar a la "dictadura del proletariado", nosotros, con su lección, queremos llegar a la plenitud activa y trascendente —imperial— de una comunidad nacional completa —la española— incorporando a la obra el "sentido católico"». Sin embargo, esta diferenciación funcionaba en Ridruejo casi como el prólogo necesario a la manifestación de toda su furia despectiva y sarcástica frente a conservadores y reaccionarios:

> «Pero ahí está también el secreto, último desacuerdo con los reaccionarios que o bien no quieren ir a nada (conservadurismo de "ir tirando" con las ventajas actuales —e injustas— de una clase) o reaccionarismo —éste sí que utópico y ucrónico y hasta revertido— de volver a desandar lo andado y restaurar —como quien restaura la Venus de Milo— épocas que ya se quedaron sin brazos» [65].

Se trataba, en suma, de una radicalización que afectaba a todas las dimensiones del problema, desde el revolucionario interior a la proyección imperial exterior. Pero era también una radicalización que de forma casi imperceptible estaba llegando a alterar significativamente la percepción misma del problema del nacionalismo y de la nación; aunque ésta fuera también la desembocadura lógica del ultranacionalismo fascista: la negación ideológica de la nación [66]. Había ciertos elementos del nacionalismo falangista que, como vimos, entrañaban un cierto rechazo del término nación en sintonía con la preferencia joseantoniana de la noción de «España» frente a la de «nación española». Pero si el termino «nación» tendía a omitirse en

---

[64] Íd., pp. 39-41.

[65] Dionisio RIDRUEJO, «Ser revolucionarios», *Arriba*, 27 de abril de 1941.

[66] Para una constatación similar relativa al caso italiano, véase Emilio GENTILE (1997b), pp. 181 y ss.

beneficio del de «Patria» estaba claro que no acaecía lo mismo con el de «nacional» cuya presencia era, como había señalado Conde, absolutamente abrumadora en todas las facetas políticas, sociales y culturales de la España de la época.

Había, sin embargo, un aspecto en el eterno polemizar con el nacionalismo que podía conducir a una puesta en cuestión de la nación misma. Tal era la propia definición, y eventual extrapolación, de España como «unidad de destino en lo universal» en lo que ello comportaba de existencia de una misión, cultural, política o ideológica que fuera, de España en el mundo. Con la progresiva radicalización totalitaria y revolucionaria podría plantearse en algún momento el dilema de elegir entre el contenido revolucionario y, a su modo, internacionalista y el puro contenido nacional. ¿Cuál de estos dos pesaría más en caso de plantearse una contradicción entre ambos? La pregunta no es ociosa, porque, como se vio, el último José Antonio, pesimista y desesperanzado, había optado en pleno repliegue reaccionario y aristocratizante, por negar la nación española territorial en beneficio de la etérea elite gótico-aria. Pues bien, si la negación del pueblo que no sabía estar a la altura de lo que requería el ultranacionalismo fascista era una característica de este tipo de nacionalismo, a una negación similar se podía llegar a través del éxito y las expectativas de futuro. Algo de esto se dio en los medios falangistas entre las primaveras de 1940 y 1941.

Tres eran las vías para ello. La primera era la que podía establecer una implícita contraposición entre nación e Imperio, según la idea reiterada hasta la saciedad de que la nación era menos que el Imperio. La segunda tenía una relación más clara con la propia radicalización del discurso en el sentido de contraponer pueblo a nación en beneficio del primero. En este sentido, lo que se produjo generalmente fue un desplazamiento, casi inconsciente, en el lenguaje del término nación en beneficio del de pueblo. Pero también este desplazamiento podía ser teorizado, como hacía un editorial de *Arriba* que asumía como propia la idea reiterada en la Europa «revolucionaria» de que habían «concluido las naciones». Y el enterrador era el pueblo: «Al concepto de nación le replica el concepto de "pueblo", con todo su pleno sentido revolucionario, como sujeto verdadero de otra enunciación falangista que ahora se hace historia viva: "la unidad de destino en lo universal"». De la polémica joseantoniana con los nacionalismos se había pasado a decretar la muerte de las naciones, viejo

concepto definitivamente asediado por abajo, por los pueblos revolucionarios, y por arriba por el Imperio [67].

No se puede decir, sin embargo, que estas dos vías llegaran demasiado lejos, entre otras cosas porque faltaba el supuesto esencial para que pudieran desarrollar toda su carga potencial: la participación victoriosa en la guerra europea. Mucho más real fue, en cambio, la tercera vía, aquella que conducía a la suplantación de todas las nociones, nación, pueblo, Patria y España, por Falange; aquella que transfería al instrumento nacido para servir a la nación toda la esencia, potencia y sacralidad de la nación misma.

El camino además se había venido preparando en la eterna polémica falangista con conservadores y reaccionarios, con tradicionalistas y ultracatólicos, con los que negaban a Falange su dimensión política o militar. Frente a todos ellos, como hemos visto, se había construido la idea de que la falangista era la mejor forma, por no decir la única, de ser tradicionalista, católico, moderno, revolucionario... y, por supuesto, nacional. «No se puede ser nacional en España —afirmaba Laín— sin el adjetivo sindicalista, a través del cual adquiere lo nacional concreción, actualidad y real sentido histórico» [68]. Dentro de Falange cabía todo, fuera nada, venía a decir *Arriba*: «Dentro de Falange las cosas de la Historia, las de la teoría de Estado, las de la necesidad política de cada día están en su sitio exacto... Fuera de la Falange las cosas se convierten en dispersión sin límite en el espacio, sin justificación en el tiempo y sin fidelidad en el Estado» [69].

Hasta en el más simbólico de los planos, el que remitía al mito palingenésico de la muerte y resurrección de la patria, de una parte, y al caído por excelencia, José Antonio Primo de Rivera, por otra, podía darse la mencionada identificación. Es lo que hacía Dionisio Ridruejo en su evocación entusiasta del traslado de los restos de José Antonio:

«Ésta es España, fatigada y triste, cansada y sin destinos, que de pronto se ve deslumbrada y luego surcada, dirigida, forzada a abrirse paso con su propio dolor y que, al fin, gana el premio de contemplarse —a tiro de mirada— erguida en robustez de muros, en plenitud de cúpulas, en desafiante gallardía de torres, en edificada y armoniosa unidad de formas y mate-

---

[67] «España en su hora», *Arriba*, 9 de agosto de 1940.
[68] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), p. 13.
[69] «La tradición en la Falange», *Arriba*, 9 de marzo de 1941.

rias. Ésta es España, que renace de sus cenizas, aún calientes, en la frágil ceniza de un hombre»[70].

En ocasiones se rodeaba al partido de un aura de persecución tal que casi comportaría honores de santificación. Habría sido y serían tantos los planes de destrucción de Falange, en la guerra y en la paz, en la oposición y en el poder, por parte de enemigos y de falsos amigos, que su martirologio sólo habría sido superado por el cristianismo entre los movimientos espirituales de Europa, y tal había sido la capacidad de resistencia y lucha de la idea falangista que bien podría haberse ganado los títulos de santa, eterna e inmortal. Y si podía adivinarse la mano de Dios en todo ello, no menos pasaría con la suerte de la Patria, ya que en último término, los intentos de destruir a Falange serían algo así como «la historia final de la decadencia de España»[71].

En la práctica, iba a ser esta línea de perpetua defensa y ataque frente a tan poderosos y perseverantes como ignotos enemigos la que iba a acentuar los elementos de identificación entre la Patria y el Partido. Así, los enemigos de Falange en el plano de la política exterior lo serían también, en el fondo, de la independencia nacional; los enemigos de Falange serían también los enemigos del pueblo, ya que la primera no sería más que el segundo «escandalosamente vestido de azul»; quienes odiaban la unificación de FET de las JONS, odiaban a España, porque la unificación era «España misma»[72]. Al final, era Falange y nadie más que Falange quien actuaba en el nombre de España. Si en algún momento, por ejemplo, se trataba de satisfacer a Cataluña, ésta podía saber que «todo lo que necesita, quiere y puede» lo tenía en la Falange, porque ésta era, simplemente, «sustancia política, económica y social del Estado español»[73]. Si en algún momento, en fin, la Falange popular y resistente caía en el desencanto, era España misma la que caería en él[74].

Lo que se estaba produciendo era la sustitución implícita de la «síntesis trascendente» que era la Patria por esa otra «síntesis» no

---

[70] Dionisio RIDRUEJO, «AUN», *Arriba*, 30 de noviembre de 1939.

[71] «La serpiente y la lima», *Arriba*, 18 de febrero de 1940.

[72] «La Falange y la independencia nacional», *Arriba*, 18 de abril de 1940; «Contra el pueblo», *Arriba*, 2 de marzo de 1940; «Nuestra voz desapacible», *Arriba*, 4 de abril de 1940; «Unidad de destino», *Arriba*, 20 de abril de 1940.

[73] «Nuevo mensaje falangista», *Arriba*, 12 de enero de 1941.

[74] «La Falange aún y siempre», *Arriba*, 4 de mayo de 1941.

menos trascendente que era el instrumento, el partido, surgido originalmente para servirla. Ni podía ser de otra manera, si se tiene en cuenta que el instrumento, totalitario, minoritario, exclusivo y unitario, estaba destinado a ocupar todos los espacios y todas las posiciones[75]. Era la culminación de un proceso que conducía a la exclusión de todo tipo de nación que escapara lo más mínimo de la concepción falangista, al rechazo del concepto mismo de «lo nacional» si éste no estaba protagonizado en exclusiva por la Falange. Fue Salvador Lissarrague quien lo expuso con claridad meridiana:

«Nada significa lo nacional si no le damos el sentido de una tarea histórica concreta. ¿Es que acaso, en definitiva, es otra cosa una nación que esa tarea expresada en el concepto de unidad de destino? Frente a lo puramente nacional, fórmula abstracta y vacía, proclamamos lo falangista, que da a lo nacional vida y configuración en el presente. Lo nacional a secas tenía validez tan sólo frente a lo rojo, que constituía en cierto modo su necesario contorno dialéctico. Pero ahora que lo rojo, difuminado por la derrota, carece de concreta existencia política, ningún valor tiene tampoco la mera fórmula vacía de lo nacional, y se impone, por tanto, aclarar nuestro propio ser, no por lo que pueda estar fuera de nosotros en el interior de España, sino por lo que positivamente somos. No por lo que sea la nación como materia histórica, sino por la forma estatal que apasionadamente queremos infundir en ella. Y por la misión que tiene que cumplir en el mundo»[76].

Éste era, sin duda, el fin del camino. En el proceso de definición y redefinición falangista de la idea de nación, la unidad de destino abiertamente concebida ya como misión se volvía contra toda concepción de la nación y de lo nacional que no fuera específicamente falangista. Revolución interior e imperio exterior, ése era el ser o no ser de la Patria, como era el ser o no ser de Falange. No se podía decir más, ni ir más lejos, en el plano del discurso. Era el momento de intentarlo en el terreno de los hechos.

---

[75] Dionisio RIDRUEJO, «La Falange como síntesis», *Arriba,* 12 de enero de 1940; Íd., «La Patria como síntesis», *Arriba,* 29 de octubre de 1940.

[76] Salvador LISSARRAGUE NOVOA, «Lo nacional y lo falangista», *Arriba,* 26 de noviembre de 1940.

Ofensiva y fracaso. El fin de una ilusión

El tono de los pronunciamientos falangistas expresaba tanto una creciente radicalización como una no menos creciente impaciencia. El discurso falangista apuntaba cada vez más hacia el cumplimiento de los objetivos máximos del partido, que no podían ser otros, como se ha visto, que la revolución y la lucha por el imperio. O, dicho de otro modo, la realización plena del Estado totalitario en el plano interior y la entrada en guerra en el exterior. Cada vez era más claro también que sin guerra no habría revolución, tanto como que sin la segunda podrían malograrse las oportunidades de la primera. Lo decía un editorial de *Arriba* a finales de 1940[77]. Y lo desarrollaría a la perfección Dionisio Ridruejo en horas críticas:

«Pero —claro es— la empresa requiere concreción y sistema. Por una parte, que España realice ahora, rápidamente, una tarea histórica —que normalmente debería ser tarea final— es, a su vez, el más excelente medio y ocasión de que realice más fácilmente las tareas que en un proceso normal deberían considerarse como previas. No sería necesario acumular argumentos, baste con los ya conocidos: que la ocasión histórica se presenta sin sujeción a programas y difícilmente se renueva la voluntad, y que sólo una empresa nacional total y exterior puede trabar y rehacer la unidad de nuestro pueblo. Por otra parte, la obsesión de esta ocasión o coyuntura deslumbrante no debe servir de pretexto —tan gustosamente suele aferrarse a ellos este pueblo extremista y negligente— para incurrir en la pereza y en el abandono de las reales y concretas empresas de cada día y de la obra de lucha y creación revolucionaria. Porque si los avances que en este orden lográsemos se los llevara el diablo en caso de perder la "gran ocasión", el mismo diablo nos cerraría las puertas de la "gran ocasión" o nos destrozaría tras ellas si no nos preparásemos con autenticidad revolucionaria a penetrarlas»[78].

El propio resurgimiento de la Patria podía detenerse e iniciar una recaída, un camino de vuelta hacia las viejas cenizas apenas esparcidas. Pero no se entraba en la guerra. Y el enardecimiento de los tonos polémicos indicaba claramente que las cosas no iban tampoco bien en la política interior. El poder de Falange era mucho menor

---

[77] «La única dirección de una política total», *Arriba,* 12 de diciembre de 1940.
[78] D. R., «Notas. Hechos de Falange. Un alto», *Escorial*, núm. 7, mayo de 1941, pp. 279-280.

del que se presumía y sus aliados-enemigos eran mucho más poderosos de lo que la retórica grandilocuente y desafiante dejaba adivinar. Parecía como si cada paso adelante fuese seguido de dos atrás, o simplemente, que los pasos adelante quedaban indefectiblemente en el papel. Mientras tanto, Europa estaba entrando en una nueva fase histórica y España, la España falangista y revolucionaria que aspiraba a desempeñar un papel rector en el nuevo orden, parecía no decidirse a aceptar el envite. La hora decisiva estaba a punto de pasar de largo. Para Falange estaba claro desde todos los puntos de vista que era el «ahora o nunca».

Los falangistas sabían muy bien lo que querían y dónde estaban. Querían un Estado totalitario como el alemán, con un partido totalitario, la propia Falange, encaramado en el poder. Pero ése era el objetivo, no la realidad. Como decía Maravall, el Estado español no era aún el Estado de Falange —«no le es propio»—, aunque podía serlo como «tendencia y como herencia inevitable». Se podía considerar incluso que la llegada de este Estado falangista era inminente, pero lo que estaba claro en cualquier caso es que se estaba atravesando una fase, necesaria e inevitable, como la que habrían atravesado en su momento los Estados totalitarios[79]. «Constructor de un Estado y poseedor absoluto de él». Esto es lo que quería ser el Partido, abundaba Ridruejo, para quien habría llegado el momento de dejar atrás las, en su momento, inevitables «mezclas y alianzas»[80].

Se trataba claramente de una apuesta por el poder total para Falange. Y no había duda de qué se hablaba cuando se hablaba de Falange y de quiénes eran los falangistas. Lo había aludido Salvador Lissarrague en el artículo ya comentado cuando criticaba a quienes identificaban el Movimiento como algo amplio en el que cabrían todos, sin más fin que salvar a la Patria, y se empeñaban en contraponerlo a una Falange que entendían como un grupo joven, entusiasta, benemérito, pero que en modo alguno podría pretender su identificación con la totalidad de la nueva España. Para Lissarrague se trataba justamente de esto, de llevar a cabo la más completa identificación entre Falange y la nueva España[81]. Lo mismo que para

---

[79] José Antonio MARAVALL, «La Falange en el Estado», *Arriba*, 14 de noviembre de 1940.

[80] Dionisio RIDRUEJO, «La Patria como síntesis», *Arriba*, 29 de octubre de 1940.

[81] Salvador LISSARRAGUE NOVOA, «Lo nacional y lo falangista», *Arriba*, 26 de noviembre de 1940.

Ridruejo, quien meses antes había reivindicado el poder para su generación —no las anteriores ni las posteriores, precisaba— por ser aquella que no sólo había hecho la guerra, sino que además la había provocado, entendido en sus más profundas razones y encarnado en toda su dimensión revolucionaria[82]. Ni habría duda alguna, en fin, en lo que estos falangistas entendían por generación. Para Laín, por ejemplo, entre los ingredientes de la actitud revolucionaria estaba el «mesianismo de grupo» —los otros dos eran la inmediatez de la acción y la violencia—. Como era de esperar, ese grupo selecto, mesiánico y violento, era, simplemente, «nuestra generación»[83].

Laín, no obstante, puntualizaba: «tal vez este grupo reducido tenga, por ahora, más porvenir que actualidad». Ésa era de alguna forma la situación en los últimos meses de 1940. Había desazón e impaciencia, pero también esperanzas y expectativas y, por supuesto, dudas y vacilaciones. Las leyes Sindical y del Frente de Juventudes, por ejemplo, podían significar un decisivo punto de partida, como pareció haberlo constituido un año antes la constitución de la Junta Política. Si algo había enseñado, sin embargo, la experiencia del año transcurrido entre uno y otro evento es que no se podían echar alegremente las campanas al vuelo. Lo único que estaba claro, decía *Arriba*, es que no se podía volver al estado de «expectativa, de ausencia, de perplejidad o de aburrimiento». Había que confiar, pues, en que se asistía al principio del impulso definitivo y no al del habitual «una vez más»[84].

Pero iba a ser, o así lo percibirían muy pronto los falangistas, «una vez más». Todo ello reforzado ahora por dos acontecimientos internacionales que iban a llevar al extremo todas las impaciencias. El primero de ellos, los nuevos éxitos de las armas alemanas en los Balcanes que hacían proclamar triunfalmente: «De uno a otro extremo del Continente, excepción hecha de Grecia, no queda espacio donde pueda poner su planta libremente un solo soldado británico»[85]. Éste era el dato positivo que de alguna forma venía a agudizar la sensación de que se estaba pasando la hora de participar en el ban-

---

[82] Dionisio RIDRUEJO, «Destino aceptado», *Arriba*, 5 de mayo de 1940.

[83] Pedro LAÍN ENTRALGO (1941), pp. 37-38.

[84] «Hacia la construcción del Régimen», *Arriba*, 10 de diciembre de 1940; «La Junta Política», *Arriba*, 27 de octubre de 1939; «A partir de ayer», *Arriba*, 1 de noviembre de 1939.

[85] «Victoria del Eje en los Balcanes», *Arriba*, 2 de marzo de 1941.

quete de la victoria. El otro dato, en cambio, el negativo, el aplastamiento del movimiento fascista rumano, la Guardia de Hierro, por la dictadura militar del general Antonescu, encerraba los peores presagios. Sobre todo, porque si los falangistas sabían lo que querían, el Estado totalitario, y donde estaban, en una fase transitoria e inestable, sabían también lo que más temían: su derrota a manos de sus aliados-enemigos y su destrucción a cargo de un Estado totalitario «falsificado». Lo de Rumanía, más que un asunto lejano podía ser el espejo de su propio futuro; y un aviso, una advertencia de la que se derivaría una llamada a la acción. Todo lo cual explica la lúcida atención con que se siguieron desde *Arriba* los acontecimientos rumanos y el afán que se puso en descalificar a ese tipo de Estado «falsificado» —fascistizado, diríamos nosotros—, por otra parte, perfectamente descrito.

El fenómeno lo había señalado claramente Maravall. Si se entraba en una nueva época, era porque los éxitos del totalitarismo eran tales y sus razones tan definitivas que por todas partes surgía el deseo de imitar su ejemplo. Aunque en esto, advertía, habría muchos grados, «desde simples casos de imitación a otros que responden a una plena conciencia de lo que reclaman los nuevos tiempos»[86]. Casos de imitación, de especial relevancia para los falangistas españoles, iban a ser, precisamente, el rumano y el francés. El primer destinatario de las críticas falangistas fue Francia. Había abundantes razones para ello. Francia era el país del nefasto Rousseau y la odiada Revolución francesa, y su derrota podía simbolizar el fin de la era de la democracia y el liberalismo. Francia era el país que, junto con Inglaterra, había ido laminando el viejo poderío español y responsable en alto grado, por tanto, de la decadencia española. Francia era el país que, en parte también con la otra democracia, había ayudado a los rojos españoles, a la Segunda República[87]. Francia era, en fin, el país al que iban dirigidas buena parte de las reivindicaciones imperiales españolas en África. Demasiados motivos como para que la prensa falangista no volcase toda su bilis sobre el vecino derrotado; y aún para guardar algo de ella para los españoles excesivamente proclives al sentimen-

---

[86] José Antonio MARAVALL, «El totalitarismo, régimen europeo», 26 de junio de 1940.

[87] «Razones de una posición», *Arriba*, 9 de junio de 1940; «Puntos sobre las íes. Dos conductas», *Arriba*, 11 de junio de 1940; «17 julio 1936, 14 junio 1940», *Arriba*, 14 de junio de 1940.

talismo y la reconciliación con el vecino caído. «No nos conmueven», decía *Arriba*. Y si este no conmoverse era una buena razón para sostener las reivindicaciones imperiales en el África francesa, era también un modo de mostrar la desconfianza más absoluta hacia la posible adecuación francesa a los principios de la nueva Europa. Ni la Francia democrática, ni la Tercera República podían haber muerto por completo por más que se enlutasen y fingiesen arrepentimiento [88].

Por las mismas razones, había que desconfiar de la *nueva* revolución francesa. La otra, la vieja, la real, habría ido a «morir a casa», pero todo indicaría que la nueva, la que se presentaba como «revolución nacional», tenía mucho de ficticio, frío y falso. En esto consistía precisamente la falsificación. Por una parte, la copia sería perfecta: «Dialécticamente el nuevo programa de reconstrucción francesa es impecable, y, salvo, que nos hubiera gustado ver precisada más fuertemente la buena disposición de ánimo en lo que se refiere "al aprovechamiento y explotación de África", tenemos que declarar que la rotulación es perfecta y que ya no hace falta más que comenzar a andar». Pero, por otra parte, todo sonaría a frialdad de despacho. No habría en Francia masas entusiastas de la regeneración nacional, ni una inmensa opinión nacional forjada en tiempos de persecución y «catacumbas», ni siquiera un dogma o doctrina nacional capaz de lanzar a la juventud a la «algarada callejera» y a la «política militar y combatiente» [89].

Todo esto y nada más sería el «triste y lamentable caso de Francia». De una Francia que trataría de enfrentarse a su catástrofe «mediante la simulación totalitaria, puramente formalista, y, por lo tanto, sin entraña verdadera dejando vivir y renacer bajo la falsificación toda la vieja y culpable corrupción política». Hasta cierto punto similar sería «ese otro fantasma totalitario de Rumanía», en la que se estaría tratando de «edificar un régimen o defender un Estado con viejos tópicos paternales, propios de dinastías y sistemas caducos, invocando la vaga buena fe general como arma de fusión popular». El régimen francés y el rumano no serían, en definitiva sino manifestaciones de «pacifismo conservador, pillería infantil o incurable

---

[88] «Día de Francia», *Arriba*, 13 de julio de 1940; «El destino irrenunciable», *Arriba*, 1 de agosto de 1940; «Sentimentales para el dolor ajeno», *Arriba*, 10 de julio de 1940; «Francia. El bastión antiliberal», *Arriba*, 21 de junio de 1940.

[89] «La nueva Revolución francesa», *Arriba*, 2 de febrero de 1941.

decadencia», simulaciones que traicionaban el verdadero destino de sus patrias, fraudes históricos, «fiambres averiados», una especie de «prestidigitación política con la que se pretende hacer pasar ante la Europa nueva el gato liberal por liebre totalitaria» [90].

Si los casos francés y rumano eran en todo esto similares, había algo en el segundo que lo hacía más próximo e inquietante, «ejemplarmente grave» y, por ende, sus lecciones más perentorias. A diferencia de Francia, en Rumanía sí había habido movimiento revolucionario auténtico y entero con voluntad de incorporar al pueblo a la empresa nacional, instaurar la justicia social y potenciar el destino colectivo. Ese movimiento que había sido decapitado por el rey Carol, víctima a su vez posteriormente, de sus propios errores, había podido reemprender su marcha, pero para tener que afrontar un nuevo y violentísimo combate con las fuerzas de la reacción, que habrían terminado finalmente por aplastarlo. El caso rumano era, pues, el de un «proceso revolucionario traicionado y escamoteado por la reacción» [91]. Tal reacción no había sido —recordamos— la protagonizada por un régimen por completo ajeno al movimiento fascista, sino por unas fuerzas hasta ese momento aliadas del propio movimiento y un dictador militar, Antonescu, cuya figura no era muy diferente en el plano general de los equilibrios de poder de la del propio Franco. Como es lógico, esto último era omitido en el análisis que realizaba el periódico del partido, pero esto no quiere decir que se ignorase que el resultado final tenía bastante que ver con lo que muchos deseaban para España:

> «La reacción, satisfecha, ha creído que podía asumir el mando de ese Movimiento para exhibirlo como etiqueta de su segundo mandato, sin compartir ni entender para nada su profundo sentido, su auténtica razón, su dogma, su propósito y su estilo. Han tomado para el disfraz del nuevo pastel —eso sí— todos los signos exteriores del Movimiento auténtico: retórica, saludo, himnos, emblemas, y no ha faltado ni siquiera un pequeño reparto de honores y puestos aparentes» [92].

No cabía mejor descripción de lo que era un régimen totalitario *falsificado*, ni tampoco una percepción más clara de que eso es lo

---

[90] «Lo que está claro», *Arriba*, 18 de febrero de 1941.
[91] «El caos de la revolución estrangulada», *Arriba*, 26 de enero de 1941.
[92] *Ibid.*

que querían los eternos, e innominados, enemigos de Falange, aquellos que se apresuraban a pensar que la solución alcanzada en Rumanía era ejemplar o que, fingiendo «tragarse el anzuelo», la consideraban aleccionadora. No era de extrañar por ello que *Arriba* se negase a dar por definitivo el resultado, predijese nuevos y graves enfrentamientos, anunciase el previsible triunfo final de la verdadera Rumanía o profetizase, para el caso contrario, la posible «pérdida entera del país, incorporado al más fuerte de los diversos apetitos próximos». No. Lo que había triunfado en Rumanía no era, como querrían algunos, una «dictadura eficaz», sino algo más parecido a un secuestro o una tiranía. Para que no fuera una cosa ni otra, para que fuera un verdadero Estado totalitario, no se podía prescindir de un movimiento «minoritario, intransigente, armado y victorioso, pleno de doctrina y de conciencia»[93]. No es difícil suponer que, llegados a este punto, la mirada estaba puesta ya más en España que en Rumanía.

Desde prácticamente el inicio del año de 1941 todo apuntaba en los medios falangistas a la necesidad perentoria de tomar la iniciativa en una situación cada vez más conflictiva. En su discurso de Barcelona del 11 de enero, Serrano Suñer había recordado que tras las inevitables prioridades de la guerra civil se acercaba el tiempo de la revolución y advertido, al mismo tiempo, contra todo intento de abortar el Movimiento, lo que, según él, provocaría el desbordamiento demagógico sin evitar la revolución[94]. Una semana más tarde el vicesecretario del Partido, Pedro Gamero del Castillo, anunciaba el fin de toda pausa en la actitud revolucionaria y la inequívoca voluntad del partido de hacer realidad lo que hasta entonces no era sino una aspiración, la de detentar todo el poder. No faltaban en este último discurso, ni en las glosas que *Arriba* hacía al respecto, los temas fundamentales del nacionalismo falangista. Así, el recurso palingénesico del pueblo «que no quiere morir, después de haber ganado nuevamente el derecho a la vida»; así, la identificación entre la revolución y la independencia de España;

---

[93] *Ibid.*; «Lo que está claro», *Arriba*, 18 de febrero de 1941.

[94] Discurso pronunciado en el acto inaugural del V Congreso de la Sección Femenina..., cit. pp. 171-172.

y así, en fin, la totalización de Falange como «él único proyecto de vida española»[95].

Sobre todo, era la sensación de urgencia la que se imponía[96]. Urgencia que se manifestaba en términos dramáticos en el editorial de *Escorial* del mes de febrero que decía querer expresar «hasta qué punto nuestra vida cultural y nuestras preocupaciones más desinteresadas están obsesas de esta angustia del presente, de esa inevitable y tremenda realidad, que obliga a redactar este editorial, apresuradamente, sin orden y sin calma». Lo que agotaba ahora el tiempo era el desarrollo de la guerra que pondría más que nunca de actualidad el lema de «No parar hasta conquistar». Se sabía dónde estaba y dónde había estado el enemigo exterior «desde 1588 hasta 1940», la guerra era siempre una de las necesidades inesquivables, era la hora de salir de la opresión y el empobrecimiento a que había estado sometida España desde siglos. No se decía explícitamente, pero era obvio que se trataba de un claro alegato para la entrada inmediata en el conflicto europeo»[97].

En marzo, era Maravall quien en un comentario sobre Carl Schmitt terminaba haciendo todo un alegato contra la técnica y apelando abiertamente a «restaurar la primacía de la dirección política que, recogiendo la unidad de destino de un pueblo, concilie y armonice todas sus partes»[98]. En abril, era en *Arriba* donde se reiteraba que falangistas y militares constituían «la única España que cuenta» y volvía a identificar la suerte de la nación y la de la revolución aludiendo de nuevo al efecto a la triste suerte sobre el mapa de Europa de los «estados falsificados»[99]. A finales de dicho mes Dionisio Ridruejo haría un diagnóstico de la situación que bien podía interpretarse como un alegato para la acción[100].

---

[95] «Nuevo mensaje falangista», *Arriba*, 12 de enero de 1941; «La demagogia y la reacción», *Arriba*, 16 de enero de 1941; «El único proyecto de vida española», *Arriba*, 19 de enero de 1941.

[96] «Conciencia popular», *Arriba*, 16 de febrero de 1941.

[97] «Ante la guerra», *Escorial*, núm. 4 (1941), pp. 159-164.

[98] José Antonio MARAVALL, «Sobre el tema de la técnica», *Arriba*, 4 de marzo de 1940.

[99] «La Falange ante la victoria», *Arriba*, 1 de abril de 1941; «Servicio de una política», *Arriba*, 4 de abril de 1941.

[100] Dionisio RIDRUEJO, «Revolución y prudencia», *Arriba*, 22 de abril de 1941; y, del mismo, «Ser revolucionarios», *Arriba*, 27 de abril de 1941.

Ridruejo presentaba, en efecto, una situación desoladora: «un estado general de comedimiento que corroe eficazmente la plena moral revolucionaria que España necesita y que al menos deberá esperarse de la "minoría responsable"». Significativamente, antes de describirla o proceder al análisis de sus causas, llamaba en su auxilio a aquellos de sus correligionarios que se sintiesen capaces de «corroborar aclaratoriamente mis alarmadas sospechas». Y añadía, «No voy a hacer, pues, más que proponerlas. Ya veremos luego su desarrollo. Ya lo hará el que pueda...» (puntos suspensivos del propio Ridruejo). No se pedía aparentemente más ayuda que la meramente dialéctica, pero todo en el artículo apuntaba en una misma dirección. Porque no se trataba tanto de recordar causas obvias y evidentes, como las destrucciones de la guerra, los posibles efectos paralizantes de la propia magnitud de la obra a realizar o la acción de las minorías hostiles a la revolución, que todo ello se daba por descontado. No. El problema radicaría en una especie de parálisis general que afectaba al conjunto de la sociedad, en la que se iría sustituyendo paulatinamente «el empuje futurista, invocador y violento de la revolución, por la enguantada serenidad nostálgica, antologizante y minomedidora de la decadencia». Si en esta crítica se podían adivinar ya alusiones al mundo intelectual próximo al partido, el objeto de las siguientes tocaba al propio partido: «la convivencia o disolución del grupo revolucionario —o buena parte de él— en el seno de una "sociedad" típicamente decadente»; la confusión en la integración y tendencia a la conciliación del «equipo revolucionario»; «la poco firme y rigurosa aplicación del principio jerárquico», diluido con frecuencia en actitudes «democráticas de halago y blandura».

No había duda. Para Ridruejo no había más alternativa que la recuperación del auténtico clima revolucionario o la recaída en la decadencia, en el hecho de que el movimiento revolucionario terminara por diluirse en el seno de la sociedad conservadora. Era esto lo que daba tono de alegato al artículo. Como se lo daría el siguiente, toda una reivindicación, que ya vimos, de la violencia soreliana y de los valores absolutos de Falange, rechazando todo conformismo, pacto o componenda y señalando claramente dónde estaba el adversario o, si se prefiere, el aliado-enemigo:

> «Parece que de momento no quedan en España otros revolucionarios que nosotros; empeñarnos en señalar polémicamente nuestra particular manera de ser frente a la de otros revolucionarios parece ya innecesario.

En cambio, quedan —¡y de qué invasora manera!— los otros, los genéricamente llamados reaccionarios, y, pues sólo ellos y nosotros quedamos, es claro que contra ellos es contra quienes debemos levantar nuestro modo de ser».

Los artículos de Ridruejo aparecieron en la antesala misma de la crisis de mayo de 1941, cuyas líneas generales son conocidas: orden ministerial de Antonio Tovar en su condición de subsecretario de Prensa y Propaganda eximiendo de la censura a la prensa del Partido; discurso de Serrano Suñer en Mota del Cuervo en el que apenas se velaba la apuesta por el Poder; dimisiones de los hermanos Pilar y Miguel Primo de Rivera en protesta por la posición subordinada del Partido. Demasiadas cosas como para que Franco no pensase que esta vez la retórica falangista iba en serio; suficientes, para que se aprestara a nombrar como ministro de Gobernación a un monárquico antifalangista, Valentín Galarza. La respuesta falangista con un ofensivo artículo, presumiblemente de Dionisio Ridruejo, contra el nuevo ministro [101] sólo serviría para propiciar la salida del propio Ridruejo y de Tovar de sus cargos en prensa y propaganda. La posterior cadena de dimisiones de jerarquías del Partido facilitó, en cambio, un movimiento de reequilibrio por parte de Franco consistente, entre otras cosas, en nombrar nuevos ministros falangistas y en promover a Arrese a la Secretaría General del Movimiento.

La recomposición de los equilibrios fue radical y sus efectos, como veremos, decisivos. Los falangistas radicales habían perdido Interior y Prensa y Propaganda, Serrano mantendría durante un año el ministerio de Exteriores y la presidencia de la Junta Política, sufriría el ascenso a la Secretaría General del Partido de Arrese y el ascenso, como consejero privilegiado de Franco, de Carrero Blanco. A cambio, otros falangistas habían medrado ostentosamente, había más ministros de Falange e incluso su presencia pública se dilataría. Nada de esto podía ocultar, sin embargo, que el partido había perdido en la que había sido su última, de hecho única, ofensiva. Y, con ella, todo proyecto político fascista y autónomo. El acuerdo tácito bien

---

[101] «Los puntos sobre las íes. El hombre y el currinche», *Arriba*, 7 de mayo de 1951.

podría definirse como un «a menos fascismo, más Falange»[102]. O, dicho de otro modo, cuanto más se alejara el partido de sus presupuestos genuinamente fascistas mayor sería su presencia en el Estado. El espejismo del régimen totalitario había mostrado su verdadera faz de «régimen falsificado». La caída de la fachada fascista había servido para poner impúdicamente de manifiesto las profundas similitudes del régimen de Franco con los vituperados de Antonescu o Petain. Todo esto supondría un giro radical en el discurso nacionalista y nacionalizador del partido único[103].

---

[102] «Hay motivos que permiten afirmar que en 1941 comenzó la etapa de mayor predominio falangista, precisamente por alejarse de la tendencia extranjerizante». Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ (1997), p. 315.

[103] Para la crisis de mayo véase especialmente Joan M.ª THOMÀS (2001), pp. 264-276 y Stanley G. PAYNE (1997), pp. 528 y ss. También José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 351 y ss.; Paul PRESTON (1994), pp. 536 y ss., y Xavier TUSELL y Genoveva GARCÍA Y QUEIPO DE LLANO (1985), pp. 128-135.

CAPÍTULO 7

ACORDES Y DESACUERDOS. EL FINAL DEL PROYECTO DE NACIONALIZACIÓN FASCISTA

«Aquí —en este régimen— no hay crisis. Hay —a lo más— etapas en la marcha, en el movimiento, pero no hay posibilidad de virar»[1]. Así rezaba el editorial de *Arriba* a propósito de la crisis de mayo de 1941. En realidad había habido crisis y se había virado, y mucho. Era otra Falange, la Falange franquista de Arrese y de los llamados *legitimistas* la que se aupaba al poder; era el principio del declive de Serrano y el inicio del fulgurante ascenso de Carrero Blanco. Era el principio del fin del proyecto fascista de Falange. Pero no, en absoluto, el final de la Falange. En lo que aquí nos interesa, era, por eso mismo, el inicio del declive de un nacionalismo y de un proyecto nacionalizador absolutamente fascista y de su progresiva, aunque no definitiva, sustitución por otro que multiplicaría los puntos de contacto con el anterior de Acción Española. De por dónde iba el cambio lo dejaron claro desde el principio la propia gestión de la crisis y los cambios gubernamentales. Franco habría convencido a Arrese, Girón y Miguel Primo de Rivera en el momento de ofrecerles sus respectivos ministerios de que él «no era enemigo de Falange»[2]. El partido ganaba con la nueva Vicesecretaría de Educación Popular el control de la prensa y la propaganda, pero era para ponerla en

---

[1] «La sencilla decisión», *Arriba*, 20 de mayo de 1941.

[2] «Todos tenían un rasgo común: falangistas sinceros, eran más católicos que socialistas, más racionalistas que hegelianos, más españoles que ninguna otra cosa». Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ (1984), p. 263. No está muy claro, sin embargo, si el autor pone en boca de Franco tales palabras o son, por el contrario, fruto de su propia valoración. Inconvenientes del control privado del archivo de un Jefe de Estado.

manos de un falangista integrista y de absoluta fidelidad a Franco, Arias Salgado[3]. Las propensiones nacionalcatólicas de Arrese eran bien conocidas, tanto como, al decir de Ridruejo, su casi lacayuna fidelidad a Franco[4].

Todo esto suponía una bifurcación de los caminos falangistas. Hasta ese momento la sintonía entre la dirección efectiva del Partido y sus medios de comunicación había sido prácticamente total. En la misma línea genérica habían ido Serrano y Ridruejo, Tovar y Laín, *Arriba* y *Escorial.* No sería lo mismo a partir de este momento. Las dos publicaciones tomaron pronto, como veremos, caminos en parte divergentes y en parte paralelos; las grandes plumas de Falange acusaron la derrota y el desconcierto de las maneras más diversas. Por supuesto, perdieron protagonismo en el diario del Partido, aunque no, de momento, en *Escorial* o la *Revista de Estudios Políticos.*

En el plano personal, Dionisio Ridruejo optó por proseguir su dinámica revolucionaria y totalitaria incorporándose a la División Azul en lo que constituía una evidente automarginación de los asuntos políticos internos. Antonio Tovar pareció reconducir sus intervenciones públicas hacia temas más culturales, como, por ejemplo, el pensamiento de Sócrates[5]. José Antonio Maravall parecía dejar también en segundo plano sus colaboraciones políticas para centrarse en perspectivas más personalistas y literarias[6]. Además, significativamente o no, el viejo cantor de la austera meseta castellana como esencia de España pareció acordarse de las claras fuentes de su valenciana Játiva natal; o, incluso, quiso loar en el Béjar industrial una imagen bastante distinta de la de los duros trigales castellanos[7]. Laín,

---

[3] Ricardo CHUECA (1983), pp. 290-294; Álvaro FERRARY (1993), pp. 178 y ss., y Francisco SEVILLANO CALERO (1998), p. 62.

[4] «Franco te ha nombrado porque cree que tienes poco arraigo, porque eres el más dócil e insignificante de los falangistas que tiene a mano y el más fácil de manejar». Ramón SERRANO SUÑER (1977), p. 193.

[5] «Conferencias. Antonio Tovar habla sobre Sócrates», *Arriba*, 1 de junio de 1941. Al acto, precisa la referencia del mismo, asistieron, entre otros, los «consejeros nacionales camaradas Ridruejo, Laín Entralgo y García Valdecasas».

[6] José Antonio MARAVALL, «Sobre el tema de la angustia»; Íd., «La palabra de los padres»; Íd., «Pío Baroja, escritor», *Arriba*, respectivamente, 16 de diciembre de 1941, 19 de marzo de 1942, 12 de enero de 1942.

[7] José Antonio MARAVALL, «Játiva de fuentes claras»; Íd., «Un paisaje industrial de Castilla», *Arriba*, respectivamente, 9 de octubre de 1941, 20 de enero de 1942.

quizás el más ambiguo, mantuvo una presencia significativa en las páginas de *Arriba* al tiempo que asumía, por la marcha de Ridruejo, la dirección de hecho de *Escorial.* Prácticamente todos ellos, como veremos, desplazaron algo el plano de sus preocupaciones desde la inmediata política a los ámbitos culturales e históricos.

Todo había cambiado, pues, y mucho. Quizás quien mejor lo percibió fue Azorín. El mismo Azorín que meses atrás había sentenciado que un partido que quisiera «levantar España» debía tener por necesidad una filosofía nietzscheana [8]. El mismo, y siempre agudo, Azorín que expresaba su preocupación ahora por la súbita *preterización* de José Antonio Primo de Rivera: «¿Han cesado ya nuestro cariño y nuestra admiración y lo hemos llevado de pronto, inopinadamente, a las regiones neblinosas en que el olvido se inicia? Nos rebelamos contra el pretérito y queremos a José Antonio presente. Sí, sí; José Antonio dice [...]» [9].

La nacionalización católica del falangismo

Como decíamos, la propensión nacionalcatólica de Arrese venía de lejos. En su libro, *La revolución social del Nacionalsindicalismo*, publicado en 1940 pero escrito, según Arrese, en 1936, se había pronunciado con claridad: «España, y óiganlo bien claro algunos que visten la camisa azul, pero tapando la camisa roja, España no será nada si no es católica. España solamente fue grande cuando tuvo un grande espíritu religioso. Los que hablan de la España neutra, de la Patria sobre todo, de la Iglesia sin clero, ni son falangistas ni saben lo que dicen» [10]. Con mayor rotundidad si cabe había expresado

---

[8] Azorín, «Nietzsche en España», *Arriba*, 18 de febrero de 1941.

[9] Azorín, «José Antonio dice...», *Arriba*, 27 de agosto de 1941. Azorín tomaba como pretexto para su reflexión una radio madrileña en la que se citaban aforismos joseantonianos cuyo locutor habría pasado en unos días de emplear la expresión «José Antonio ha dicho» a la de «José Antonio dijo». «Al operarse el cambio de tiempos —decía el escritor, para quien el asunto distaría mucho de ser baladí—, advertimos dolorosamente que se nos ha alejado a José Antonio. Antes, José Antonio estaba a unos meses o a unos años de nosotros ¿Dónde está ahora?».

[10] José Luis de Arrese (1943a), p. 41. Desde luego, tan rotunda manifestación de catolicismo y la animadversión hacia los falangistas que esconden la camisa roja parece remitir más al contexto bélico o posbélico que al de la España de 1936. Cfr. sobre las incidencias de la publicación Álvaro de Diego (2001), pp. 106 y ss. Lo más probable

la misma idea en su alocución a una concentración falangista en 1940: «por encima de nosotros está la Patria y por encima de la Patria está Dios» [11]. En su discurso de toma de posesión ministerial, el 21 de mayo de 1941, no dejó tampoco lugar a dudas acerca de la simplificación católica con la que veía el ideario del Movimiento. De los tres sentidos del mismo, el religioso, el militar y el social, el primero lo era porque «lo somos profundamente y porque la Falange está al servicio de la España auténtica, y la auténtica es la España teológica de Trento frente a la España volteriana del siglo XIX» [12].

Se trataba, más que de la visión personal de Arrese, del ideario falangista, de un auténtico programa político que expresaba a su vez un giro ideológico. Los tres sentidos del Movimiento, el religioso, el militar y el social, podían fácilmente identificarse —y en el fondo no se haría misterio de ello—con la Iglesia, el Ejército y la propia Falange. De hecho, en lo que era también un testimonio de que las tensiones no habían desaparecido, la prensa del partido insistiría machaconamente y no sin tonos defensivos en la inquebrantable alianza, por no decir identidad, entre el Ejército y Falange. Circunstancia que iba acompañada de la simultánea reiteración de un caudillaje absoluto y sin sombras que hacía que se aludiese con frecuencia a Franco en su doble condición de Generalísimo de los Ejércitos y Jefe Nacional del Movimiento [13]. Esta recomposición de los equilibrios hacia la configuración de un eje formado por Franco, Ejército y Partido comportaba también una cierta pérdida de relevancia del papel del último. En parte, porque ahora aparecía más subordinado que nunca a su Jefe Nacional y porque fue sometido a un proceso de depuración, que sería objeto también de una atención obsesiva

---

es que la frase reproducida fuese el añadido de 1937 al que se refiere el propio Arrese en la edición de 1940. Referencia que omite en la de 1942. Véase también Joan M.ª THOMÀS (2001), pp. 278-281, donde se recuerda también el título de algunas de sus intervenciones públicas en la Navidad de 1940: «¡Gloria a Dios en las alturas!» y «Oración y súplica en el Año Nuevo».

[11] Citado en Álvaro DE DIEGO (2001), p. 99.

[12] Recogido en José Luis DE ARRESE (1943b), *Escritos y discursos*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 90-95.

[13] «Alianza frente al enemigo», *Arriba*, 21 de mayo de 1941; José Luis DE ARRESE, «Ejército y Falange», *Arriba,* 7 de diciembre de 1941, y José Antonio GIRÓN, «Falsificadores interesados», *Ibid.*; «Nación en armas», *Arriba,* 19 de marzo de 1942.

por parte de *Arriba* [14]. En parte, también, porque el robustecimiento en el mensaje de la alianza entre el Ejército y el Partido corría en detrimento del mismo populismo fascista. El pueblo se desdibujaba mucho más de cuanto sucediera en la etapa anterior hasta convertirse en un elemento puramente retórico.

Lo mismo sucedía con el discurso palingenésico o el puramente revolucionario. El renacimiento de España se daba por hecho; y cuando se quería recurrir a viejos mensajes contra la vuelta a la normalidad o por el mantenimiento de la voluntad de combate todo se reducía a la reiteración de frases hueras del tipo «la vida es lucha y la paz es sólo accidente» —como había dicho el propio Franco—; los caídos anhelaron «un paraíso sin descanso»; o España «en entusiasmo remozada» [15]. La revolución, por su parte, se convertía en un ente vacío, un objetivo indeterminado, al que frecuentemente se intentaba quitar toda mordiente, como cuando se afirmaba que no era subversión o rencilla [16]. La autosatisfacción por el deber cumplido predominaba sobre el reto del futuro [17]. Cuando se querían vincular todos los elementos del viejo revolucionarismo falangista, el propio lenguaje utilizado traicionaba la vaciedad retórica del mensaje: «Marchar sobre las asperezas, sobre los desgarramientos. Sólo marchar es necesario. Dotarnos a nosotros mismos de un concepto de irresistibles masas en movimiento. Sólo así el Estado nacionalsindicalista que rige Franco conseguirá reivindicar para su destino y vincular a la Historia la entraña misma del pueblo español» [18]. El *mito* de la revolución se había convertido en *retórica.*

Casi como un guante vuelto del revés todo parecía marchar en contra de la anterior línea de reafirmación absoluta de los principios falangistas que tanto había insistido en el rechazo de las mezclas o componendas. Ahora se trataba, por el contrario, de asegurar la unidad, sin demasiadas precisiones, de las «gentes de España»: «Va-

[14] «Especuladores de la confusión», *Arriba*, 25 de septiembre de 1941; «La acción comprobada», *Arriba,* 26 de septiembre de 1941; «Un tema permanente», *Arriba*, 27 de septiembre de 1941; «Etapa cumplida», *Arriba*, 26 de noviembre de 1941.

[15] «La paz es sólo un accidente», *Arriba*, 22 de agosto de 1942.

[16] «Un tema permanente», *Arriba*, 27 de septiembre de 1941; «Nuestra independencia», *Arriba*, 2 de mayo de 1942.

[17] «Dos tareas de Falange», *Arriba,* 6 de diciembre de 1941; «Síntesis del destino», *Arriba*, 18 de julio de 1942.

[18] «La acción comprobada», *Arriba,* 26 de septiembre de 1941.

mos a armonizar a la gente española y a entroncarla con todos sus mejores principios religiosos y políticos, a dar unidad a todas las fuerzas y corrientes y a poner en el corazón de los españoles una ilusión perdida hace siglos. Lo decimos a tiempo, por lo que pueda tronar después»[19]. Casi sonaba a ironía, para quien recordase el artículo sobre la técnica de Maravall, un editorial de *Arriba* en el que se glosaban entusiásticamente los nuevos planes de obras hidrográficas. A ironía cuando no a sarcasmo, porque se pretendía haber superado el viejo arbitrismo de los regeneracionistas o el particularismo minúsculo de Costa o Gasset por el sencillo procedimiento de pasar de la atención a los ríos a la atención a las cuencas hidrográficas. A lo que se uniría la genial liberación por el Caudillo de la técnica respecto del yugo de la política: «La política subyugaba a la técnica y la sometía a despiadada servidumbre. El Caudillo ha liberado también a la ingeniería, convirtiéndola en instrumento de política. Más: creando una política técnica, que es la fórmula superior de un Estado renacentista»[20].

Revolución, pueblo, imperio, eran conceptos que perdían terreno a pasos agigantados o que se veían diluidos por la misma retórica fútil que tanto habían abominado los falangistas en la etapa anterior. Lo que no quiere decir que se abandonasen por completo las pretensiones de tener algo que decir en el nuevo orden europeo o que se relegara el concepto mismo de totalitarismo. Pero no deja de ser significativo que el tibio recuerdo de la voluntad de integrarse en la nueva Europa se hiciera acompañar ahora, no de la necesidad de la revolución, sino de la depuración:

«[...] y nosotros tenemos que integrarnos queramos o no, en una Europa que no es aquella, planteada sobre los planos neutros y falaces de la Sociedad de Naciones, con su política de saraos y de congresos; sino a una Europa en trance de superación como unidad continental viviente y heroica. Para

---

[19] «Últimas razones», *Arriba*, 28 de octubre de 1941. En sentido similar: «Es en la fortaleza y en la fe unánime de todos donde reside el avance de la nación hacia fases bien definidas de poderío y de solvencia internacional». «Fortaleza nacional», *Arriba*, 19 de julio de 1942.

[20] Claro que la cosa no parecería tan novedosa si se tiene en cuenta que el modelo eran las obras de romanos y árabes en Levante que habían convertido a estas tierras en jardines y huertos y enriquecido al País Valenciano. «Una política técnica», *Arriba*, 18 de octubre de 1941.

este paisaje de recuperación europea toda nuestra próxima depuración interna es necesaria»[21].

Por otra parte, el auténtico regalo de Marte —de Hitler— que fue la invasión de Rusia permitía alimentar ciertos deseos de que el contexto internacional pudiera ayudar en algún momento a la realización de esperanzas más radicales, al tiempo que mantener nexos de acuerdo entre toda la familia falangista. Como sublimación de las ilusiones revolucionarias o como elemento diversivo respecto de las concesiones internas, la División Azul pudo desempeñar un papel aglutinante.

En lo que al totalitarismo respecta, no se cedía un ápice en la voluntad de mantener el control totalitario por parte de Falange sobre la población, pero la identificación con los otros estados totalitarios se diluía en el marco de un creciente afán diferenciador. El propio Arrese había marcado el terreno al señalar que fascismo, nacionalsocialismo y nacionalsindicalismo eran hijos de la misma madre, «el espiritualismo» y, por lo tanto, añadía, «hermanos, y hermanos gemelos si se quiere, no siameses». Pronto, sin embargo, esta reducción del totalitarismo a un mero espiritualismo que tenía necesariamente sus particularismos nacionales, no fue suficiente[22]. El mismo Arrese se encargaría unos meses más tarde de reafirmar «la más absoluta ortodoxia religiosa y nacional» del Movimiento, para reivindicar un tanto tibiamente unas «formas de gobierno que no tienen por qué dejar de ser revolucionarias al mismo tiempo que son tradicionales»[23]. Por si las cosas no estaban bastante claras, un editorial de *Arriba,* reivindicaría el carácter amplísimamente unitario de la guerra civil: «el soldado y el falangista, el requeté y el legionario, el moro y la retaguardia, movíanse en favor y servicio de la Patria, el Pan y la Justicia». No podría haber, por tanto, injerencia de ninguna idea extranjera. Los mismos José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma habrían subrayado el carácter puramente español, sin necesidad de recurrir a ejemplos o demostraciones ajenas, del nacionalsindicalismo. No habría, pues, mimetismo alguno y la Falange sería

---

[21] «Últimas razones», *Arriba*, 28 de noviembre de 1941.

[22] José Luis DE ARRESE (1943b), pp. 35-36.

[23] «Discurso de clausura del VI Consejo Nacional de la Sección Femenina», 12 de enero de 1942, en José Luis DE ARRESE (1943b), pp. 139-148, especialmente p. 147.

«ella misma, entraña española, creación popular y racial». Y si no había mimetismo tampoco habría heterodoxia, puesto que el mismo Vaticano se habría encargado de proclamar la «profunda concordancia entre la doctrina cristiana y la política de la Falange»[24].

Exclusivamente español —sin mimetismos—, y exclusivamente católico— sin heterodoxia. El proceso de reconversión de Falange avanzaba a pasos agigantados, tanto como su decantación en sentido nacionalcatólico. Pero eso suponía también la tendencia a la sustitución de un nacionalismo por otro. Del ultranacionalismo falangista, fascista, por otro nacionalismo católico, reaccionario, complaciente y de «puertas adentro» mucho más próximo al de Acción Española. Porque, entre otras cosas, si perdía fuerza la noción de «unidad de destino en lo universal», al menos en su proyección intervencionista e imperial, ¿dónde se iban a encontrar los fundamentos de la unidad española? Obviamente, en el mismo punto en el que lo había encontrado el más duro Menéndez y Pelayo, en la unidad católica.

Lo primero desde esta perspectiva era reescribir la historia de España, volver a situarla sobre unas bases exclusivamente católicas, despojadas a ser posible de todo tipo de adherencia hegeliana, vitalista o protorrevolucionaria. Es lo que haría Federico de Urrutia, el mismo que poco antes le había puesto en un poema la camisa azul al Cid y dedicado emocionadamente a Hitler el volumen por él coordinado y prologado en 1940, *Poemas de la Alemania eterna*[25]. Era este peculiar falangista el que asumía ahora en las páginas de *Arriba* la tarea de poner sobre sus pies católicos la historia de España. No se renunciaba, desde luego, a la perspectiva de la eterna «Historia Imperial de nuestro pueblo», pero ahora se colocaba todo bajo la advocación de un «solo y superior ideal: Dios». Hasta el viejo mito falangista de Roma quedaba, ya como punto de partida, cristianizado: «Cuando trae Roma a Iberia la armonía latina viene ya con ella la Verdad de Cristo»[26]. A partir de aquí todo era previsible: cristianismo y catolicismo, cruzadas ininterrumpidas contra idólatras, musulmanes, herejes y judíos hasta alcanzar el cenit del siglo XVI[27]. No habrían tardado en

---

[24] «Mimetismo y heterodoxia», *Arriba*, 18 de enero de 42.

[25] Julio RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS (1986), pp. 173-176 y 426-427.

[26] Federico DE URRUTIA, «La Cristiandad, el Imperio y la Falange» (I), *Arriba*, 3 de agosto de 1941.

[27] Federico DE URRUTIA, «La Cristiandad, el Imperio y la Falange» (II y III), *Arriba*, 7 y 12 de agosto de 1941.

operar, sin embargo, las «cloacas masónicas», las afrancesadas sectas masónicas y todos los enemigos de la Iglesia, hasta que la expulsión de los jesuitas marcara «casuísticamente» nada menos que el inicio de la decadencia española [28].

El maniqueísmo de la construcción alcanzaba rasgos atronadores cuando irrumpía en la Edad Contemporánea. La masonería introdujo en España las instituciones liberales y la misma masonería provocó la insurrección de Cádiz que impidió la defensa de las colonias americanas; la masonería impuso, en fin, a Isabel II frente al legítimo heredero D. Carlos. España se dividió en dos bandos, el de los «inconscientes, vendidos o deslumbrados» liberales y el de los «poseedores de nuestras verdades eternas». El primero, el «vandalismo liberal», cometió —como había relatado Menéndez y Pelayo— las «mayores violencias y las más viles blasfemias y atentados»; el segundo, seguiría defendiendo la religión y «nuestras más sagradas esencias tradicionales» [29]. Peor aún habría sido el siglo XX y especialmente la Segunda República en la que habría culminado el proceso siempre perseguido por los enemigos de España, *«descatolizarnos»*. El pueblo mismo se habría convertido entonces en indigno, sin cohesión, unidad ni fuerza al apartarse del «nervio de nuestra alma: *Cristiandad*». Si la historia de España se reducía, en suma, a la defensa del catolicismo, todo lo que vendría después podría darse por supuesto. Nadie como José Antonio, «desde que se disparó el último tiro de fusil en la última guerra carlista», habría comprendido el drama de España; el objetivo y misión de Falange eran la defensa de la integral catolicidad española. Aquí aparecía el «Imperio»: «España es, pues, el brazo de la Catolicidad en la Historia del Mundo. Para ello sólo un símbolo imperial, único e indiscutible: el de la Falange: *el yugo y las flechas*». El colofón no podía ser más obvio. Muerto José Antonio, la providencia puso a Franco al mando de los destinos de España, la Falange «le nombró su guía» y ambos salvaron a España con la Cruzada: «De esta Victoria de España sobre sus enemigos, que es una vez más el triunfo de la Religión sobre la Herejía. ¿Qué otra cosa fue si no nuestra Cruzada?» [30].

---

[28] Federico DE URRUTIA, «La Cristiandad, el Imperio y la Falange» (IV), *Arriba*, 16 de agosto de 1941.

[29] Federico DE URRUTIA, «La Cristiandad, el Imperio y la Falange» (V), *Arriba*, 21 de agosto de 1941.

[30] *Ibid.*, y (VI), *Arriba*, 30 de agosto de 1941.

BIBLIOTECA CENTRAL CIUDADES UDEX

No se trataba de un episodio aislado o de la simple opinión de un colaborador más o menos ocasional del diario del partido. Mucho más que esto, se trataba de una posición oficial que marcaba el pasaje con armas y bagajes a las posiciones del nacionalismo reaccionario. Particularmente revelador resulta desde este punto de vista un editorial del diario *Arriba* en el que, con motivo de la celebración de Semana Santa, se adoptaba una visión de España y su historia que no era otra que la de un Menéndez y Pelayo de una pieza y que con toda seguridad podría haber figurado en una antología de *Acción Española*[31]. Para el editorialista, en efecto, la obra del gran montañés sería tan verdadera y definitiva como para que su «revisión no aporta(se) sino corroboraciones». No había, desde luego revisión alguna en el artículo. España habría alcanzado su primera unidad con Roma, pero ésta sólo habría arraigado en profundidad y se habría legitimado con la fe. Es la fe y no el hierro de los conquistadores o el saber de los legisladores la que «liga o refunde los elementos de la nación a la vez que los sella con su impronta indeleble»; la fe «crea la solidaridad española»; la creencia es la que «configura nuestro carácter en el bautismo, y con él son una Iglesia, un Pastor, una liturgia, una Cruzada eterna y una legión de santos que combaten por nosotros». De Recaredo a San Leandro, de San Isidoro a la Reconquista y de ésta al Siglo de Oro, la «unidad religiosa de España es el cimiento y la argamasa de la unidad civil». A lo largo de los tiempos, en los populares autos del Corpus o en las Cofradías, en las empresas exteriores en Flandes o América, en la obra de Loyola, San Juan de la Cruz o San José de Calasanz, late siempre la verdadera esencia de España: «El orden nacional es aquí trasunto del orden religioso o se instaura juntamente con él. Una y la misma es la fe de España en todos los tiempos».

Con motivo de la celebración del Jubileo Episcopal del Sumo Pontífice se fue, si cabe, más lejos, pero ya en el plano de la misma actualidad y referido a la propia Falange. «España —se decía—quiere formar en la vanguardia de esta católica humanidad que va a postrarse ante el Sumo Pontífice. España con su Falange»[32]. Tan importante como esto, sin embargo, es constatar cómo en esta auténtica declaración de nacionalcatolicismo el autor se aproximaba a una muy ajus-

---

[31] «La Fe y la unidad de la Patria», *Arriba*, 7 de abril de 1942.
[32] «Política de eternidad», *Arriba*, 24 de marzo de 1942.

tada descripción de lo que iba siendo el régimen en la combinación de sus elementos políticos, religiosos y militares; o dicho de otro modo, de Falange, Iglesia, Ejército y, por supuesto, más Caudillo que nunca, Franco:

«Luego, sobre el triunfo, esta Falange cerró intransigentemente frente al error. No hemos levantado bastiones a la heterodoxia, sino que hemos forjado la única y amplia política católica que ha conocido España desde sus mejores fastos universales. Ha sido la doctrina de la Falange, manejada con militar sentido —estrategia de la buena catolicidad hispánica— por Franco, la que ha impuesto modos y moral católicos en toda la faz de la Patria. Nadie nos ha aventajado en los caminos de esta política»[33].

La palingenesia nacionalista se había convertido en palingenesia católica. No se había conquistado después de varios siglos de decadencia un nuevo imperio, pero sí se había recuperado la unidad católica de los mejores tiempos. El propio partido, Falange, quedaba casi relegado a una especie de guardián de la Fe. Seguía siendo, eso sí, la síntesis de la Patria y de su historia, pero de una Patria y una Historia *católicas*: «En el día jubilar de Su Santidad Pío XII, la Falange —síntesis de toda la Historia y de todas las esperanzas de España— regirá la adhesión eterna de esta Patria a la Iglesia de Roma».

Podría decirse que, salvado el énfasis en la propia Falange, todo el nacionalcatolicismo estaba aquí, en las páginas del diario oficial del Partido único. No era necesario recurrir a la prensa católica para encontrarlo, ni tampoco habría que esperar a las primeras derrotas del Eje, ni siquiera a los acontecimientos de Begoña del mes de agosto. El significado de la crisis de mayo se iba revelando en toda su magnitud. España tenía una unidad, y ésta era católica. Significativamente, en el proceso de esta contundente reafirmación nacionalcatólica iba a aflorar, como había sucedido siempre y sucedería en lo sucesivo, el viejo problema regional o regionalista. No en vano, como vimos, tanto Menéndez y Pelayo como José Antonio Primo de Rivera habían asumido la pluralidad «regional» española. Sobre esta base, el primero había localizado en la unidad católica el nexo

---

[33] En esta misma línea cabe constatar el alborozo con que se saludaba desde *Arriba* la presencia de la Iglesia y la Falange en las tareas del ministerio de Educación Nacional, tal y como lo establecía la Ley Orgánica del mismo. «La educación nacional española», *Arriba*, 17 de abril de 1942.

fundamental que ataba a España y el segundo lo había hecho en la «unidad de destino universal». Ahora que el acento revertía hacia lo primero era lógico que se reabriese algo de la vieja tendencia del nacionalismo católico al reconocimiento de los *regionalismos bien entendidos*. A este problema se iba a llegar desde una polémica desatada precisamente en torno al núcleo mismo del proceso de recristianización, el de la guerra como *cruzada*.

Divina sorpresa: la Cruzada y Cataluña

Como una cruzada dentro de la cruzada, así podría definirse la polémica que se desata en cierta prensa católica y falangista contra lo que quedaba de la España laica y contra los mismos derrotados de mayo de 1941. El problema, o el pretexto, es en principio el de la denominación misma de la guerra civil como cruzada[34], pero el objetivo fundamental es la afirmación sin matices del carácter exclusivamente católico y español de Falange y su «revolución». Curiosamente, el protagonismo de esta auténtica ofensiva sin matices, en la que no se ahorran ni los más feroces adjetivos ni las más directas alusiones, va a corresponder el «primer» diario de Falange, el *Arriba España* de Pamplona, es decir, el mismo del inefable cura azul Fermín Yzurdiaga, y el mismo en el que junto con *Jerarquía*, la revista negra de Falange, había empezado a formarse el grupo de los falangistas radicales. Curiosamente también, como veremos, el mismo Laín que había tenido entonces, en 1937, un gran protagonismo, lo iba a cobrar también ahora pero en su sentido contrario. A resaltar también, en fin, que *Arriba España* funciona en esta ocasión como punta de lanza, marcando la línea y dotándola de contenidos, de una ofensiva que encontrará máximo eco en el portavoz oficial del partido, *Arriba*.

La línea de *Arriba España* estaba claramente fijada y revelaba el alcance de los cambios experimentados. Así, por ejemplo, abría el año de 1942 con un artículo que se remitía al Imperio, pero para empezar celebrando el año de paz vivido por España a diferencia de otros pueblos europeos y para recordar el carácter esencialmente

---

[34] Sobre la polémica, José Andrés-Gallego (1997), pp. 241-257. También, José María Pascual (1961), pp. 112-123.

cristiano y providencial de la española, y falangista, «Unidad de Destino»[35]. Se trataba de subrayar ante todo que la guerra de España había sido una cruzada entre el bien y el mal, entre el catolicismo y el comunismo, que la victoria había correspondido, sin matices, al primero; y que el objetivo de la guerra, de la Cruzada, no había sido otro que la configuración de un Estado católico y la defensa en el mundo destrozado del Magisterio de la Religión Católica, Apostólica y Romana. Por supuesto, ésta había sido también y sobre todo la obra de Falange, cuya catolicidad, se reconocía, podría parecer, incluso, excesiva si no fuera porque «con Dios y su Iglesia» no había exceso posible[36].

Por supuesto, todo esto no quería decir que se renunciase en absoluto a la idea falangista de revolución. Sólo que ésta en la mejor línea de Arrese empezaba a adoptar los más indeterminados perfiles en el terreno de sus objetivos, al tiempo que precisas definiciones «negativas». En una serie de entregas dedicadas al «Genio y figura de la Revolución», el diario pamplonés fue avanzando sus opiniones en uno y otros sentidos. Desde luego, la guerra y la revolución española habrían tenido por objetivo el «resurgimiento» de España, de una España «puesta arriba en el vértice de la mejor Historia», «vigorosa y potente, creadora y misionera». Se mantenía así la retórica palingenésica y lo de la Falange que «ama a España porque no le gusta», aunque no se entendiera muy bien a dónde pudiera conducir todo ello, si no era a recordar que la Patria no era ni un hecho abstracto ni un mito, sino un conjunto de hombres, tierras y hábitos vitales, en los que —salvadas las tierras, que «no cambian»— la Falange metía «su proa ofensiva»[37].

Tampoco parecía muy claro en qué iba a consistir esa revolución que se iniciaba o la propia revolución pendiente, salvo que significaba llevar a cabo lo que no se había hecho a lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX. La revolución lo abarcaría todo —el hombre, la familia, el municipio, el Estado y la patria—, sería una salida «segura y limpia», enderezaría España y se identificaría con la forma de ser de Falange, «limpia, alegre y cristiana». La revolución sería

---

[35] «El mismo brazo del Caudillo que nos ganó la victoria ha de conducir la gloria del Imperio», *Arriba España*, 1 de enero de 1942.

[36] *Ibid.*, y «Estado católico», *Arriba España*, 3 de enero de 1942.

[37] «Genio y figura de la Revolución», *Arriba España*, 14 de enero de 1942.

una «tarea enorme», que no había hecho sino empezar, que mantenía, por tanto, todas sus exigencias, que requería la obra de la minoría «inaccesible al desaliento» y la transformación revolucionaria de las conciencias de todos los españoles en el cumplimiento de sus deberes con la Patria y la Religión, «con su Fe ardorosa y su derecho y su moralidad». La revolución era, en fin, o parecía ser, una revolución de orden, cristiana y personalista, a través de la cual revivirían la Fe española, sus misiones imperiales, la responsabilidad histórica y las grandes virtudes puestas al servicio de Dios, primero, y de la Patria, después[38].

Mucho más claro aparecía, en cambio, lo que la revolución no era. No era ni extranjerizante ni heterodoxa. La revolución española se hacia de «espaldas» a otros movimientos europeos, aprendiendo lo imprescindible de ellos, pero haciendo una revolución «dedicada a los españoles y conquistada por españoles». Todo esto no era, lo decíamos más arriba, sino una perfecta y explícita defensa de la línea de Arrese de desfascistización, en el sentido de *desextranjerización* y *catolización* de la Falange, al tiempo que un paso más en ese casi inapreciable pasaje del mito fascista de la revolución a la retórica fascistizada de la misma. Justo en este punto, además, se iniciaba el anatema contra los derrotados de mayo, identificados con la intelectualidad falangista y madrileña, a los que implícitamente, por contraposición, se identificaba con lo «extranjerizante»:

«Pensamos en los "científicos" de la revolución: en los audaces que en vez de sumar a la tarea escuadrista humildemente las armas de su preparación cultural, se han erigido al ministerio de minoría conductora, que nadie les confió, apagando la pasión violenta, el "saber falangista" que no se suple con brillantez de pluma ni ingenio, ni con títulos universitarios. Sí: a fuerza de querer formular un "derecho", unos antecedentes, unas dimensiones científicas de la revolución se despreció lo "genial" que es, en definitiva, la gran razón germinal de nuestra Historia y así fue desflecada y aterida la revolución por la senda de los laboratorios, de los diarios y de las revistas, para gozo de un nefando ensayismo estético y teorizante, cuando nuestras masas pasivas, deshojaban en silencio la más tremenda y amarga de las desilusiones ¿Fue sólo casualidad o endemoniada consigna del enemigo, este prodigarse deshonestamente, desde las mismas columnas

---

[38] «Genio y figura de la Revolución» (2 y 3), *Arriba España*, respectivamente, 15 y 16 de enero de 1942.

de la propaganda falangista gentes sin arraigo ni abolengo cuya preparación de cultura podía ser una ayuda magnífica, pero no el motor esencial de lo que es Movimiento por ser vida a la intemperie, no latir de laboratorio?»[39].

Se había lanzado el anatema y con una virulencia extrema. Era sólo el principio. Había que precisar más. Había que precisar quién era el enemigo interno y quién el externo. Más aún, había que limpiar el nacionalismo falangista de todo lo que habían sido sus fuentes laicas y seculares, todas aquellas que en última instancia le habían identificado como tal y diferenciado del nacionalismo reaccionario y nacionalcatólico. De ello se encargaría un editorial del mismo diario cuyo título era toda una declaración de guerra: «Nuestro 68 editorial contra los intelectuales y el 98»[40]. Y no es casualidad que los supervivientes del 98 en la nueva España fueran los primeros en ser aludidos, en tanto que intelectuales «del viejo régimen demoliberal-comuninista» que irían copando los mejores medios de comunicación. Gente como Baroja, Azorín y Concha Espina que hasta se permitirían hablar, sin mediar arrepentimiento alguno, de «nuestro José Antonio».

Existía también un enemigo en el seno de la propia Falange, evidentemente aquellos que habían intentado monopolizar la revolución, que eran además los que, en ejercicio de una intolerable «piedad laica», habían querido «integrar» a intelectuales como los mencionados. El anatema se dirigía, ahora, claramente contra los Ridruejo, Laín y compañía. No es de extrañar, pues, que fuera una nota de Ridruejo en *Escorial,* en la que se cuestionaba la denominación de *Cruzada* para la guerra civil, la que se eligiera como ejemplo del «clima perverso» al que se estaba llegando y como pretexto para desen-

---

[39] «Genio y figura de la Revolución» (4), *Arriba España*, 17 de enero de 42.

[40] *Arriba España*, 18 de enero de 1942. Lo de 68, que puede encerrar lógicamente alguna referencia a la revolución de 1868, decía referirse a que era el editorial núm. 68 que se dedicaba a combatir a intelectuales, estetizantes y pseudocientíficos en defensa de la ortodoxia católica, cultural y falangista. Vale la pena reproducir lo que seguía a esta explicación porque será difícil encontrar en momento alguno testimonio de mayor virulencia de un sector falangista respecto de otro: «cada uno de esos editoriales fue reproducido y comentado por los periódicos del Movimiento, dejando que la excepción se cobijara en las turbias covachuelas y en las tertulias de Madrid, que va a ser necesario quemar con el fuego de una inquisición saludable, violenta y definitiva, que ponga, en seguro, el derecho de todos los españoles, y el de las clases populares, más sagrado aún, de no verse envenenadas y sorprendidas sobre los problemas que tocan más directamente a la verdad y a la esencia de la Nueva España».

cadenar un terrible ataque contra la España laica y lo que quedaba de ella en el seno del propio falangismo:

«Damos como temperatura del clima perverso, esto que se puede publicar en la revista *Escorial*: "Hay que cuidar lo que cada cosa significa, y en rigor creemos que no es de 'Cruzada' el nombre de nuestra guerra". Añadiendo antes que el titular "Cruzada española" es un "error peligroso" [...] Pues no cabe opción. Si de esta manera se juzga el sacrificio de toda nuestra generación valerosa, tendremos que definir su unánime y alto martirio, "como ese suicidio colectivo" a que se refirió en Andújar nuestro gran camarada Arrese. Pues bien, porque venimos obligados a "cuidar lo que cada cosa significa", con el más valiente y decidido ardor, denunciamos y reprobamos todas estas raíces institucionistas, liberales, marxistas, ateas, orteguianas antiespañolas que se han integrado en el corazón de la Falange, en las cátedras universitarias, en las revistas, libros y periódicos. Negando a nuestra Cruzada su esencia, sus razones y sus ambiciones espirituales, la Historia implacable daría la razón a la pandilla de la "Tercera España" —a los Ortega, Marañón, Ossorio, Bergamín, "Cruz y Raya" y "Revista de Occidente"»[41].

El objetivo fundamental era, con todo, el 98, especialmente porque ése era el inexcusable punto de referencia del ultranacionalismo fascista, al tiempo que el nodo de la batalla cultural y política en curso. El autor del artículo lo expresaba sin medias tintas:

«No hemos intervenido [...] en esa zarabanda de encuestas, "visitas", bullangas que hace meses acuden por diarios y revistas en torno a la "generación del 98". No nos interesa el 98: lo maldecimos sin que nadie intente justificar este nombre, aquel atisbo de España, con distinciones mentecatas. Abajo el 98, todo su clima, su mal espíritu, su imborrable traición a las esencias españolas. ¿No queremos anudar nuestro futuro y nuestro presente con la España eterna y verdadera, con su destino de Unidad universa? Pues esa España sólo tiene este nombre: Imperio: y un apellido: Tradición católica misionera».

---

[41] *Ibid.* La nota —no firmada— de Ridruejo era una pequeña referencia crítica de la *Historia de la Cruzada* en la que se decía lo siguiente: «Independientemente del peligroso error del título —hay que cuidar lo que cada cosa significa, y en rigor creemos que no es el de "Cruzada" el nombre de nuestra guerra, aunque en tan buena parte fuera librada por razones religiosas—, la obra de que tratamos no pasa de ser un estimable almacén de datos y anécdotas entramados con frívola provisionalidad periodística, sin pulcritud científica y con muy vacilante sentido político». *Escorial*, núm. 6, abril de 1941, pp. 159-160.

No había duda, el 98 era el enemigo y, con él, lo que había constituido la base histórica sobre la que se había querido construir, de Giménez Caballero a Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera, el ultranacionalismo falangista[42]. Se disparaba en suma contra un nacionalismo laico y secular que podría estar echando de nuevo sus raíces en el Madrid «frívolo e injusto con la Patria». Como un guante vuelto del revés, se dirigía ahora contra los intelectuales falangistas todo lo que ellos o el propio Serrano Suñer habían dicho dos años antes sobre el Madrid castizo:

«(un Madrid que) ha vuelto a entronizar con arrumacos castizos, con una "sabia" comprensión e indulgencia, los que prepararon intelectualmente el horror y la barbarie de las checas, el bandidaje de las "sacas", la zafia garrulería socialista y comunista. Y es que todos se tienen mucho que perdonar. Es hora de tertulias, de cine-clubs, de ensayismo a todo pasto, de autobombos, de saloncillos de un "isabelismo" más político que suntuario, de lo barroco impenitente [...]».

Como un guante vuelto del revés, también, el mismo diario que había hecho anatema de todo lo extranjerizante, no dudaba en recurrir al Mussolini que habría dicho «¡basta!» frente a un problema similar, o al Hitler que no se había parado ante los más altos nombres de la intelectualidad alemana a pesar del «barullo» o los «fariseísmos» organizados a propósito de los casos de Einstein o Mann.

El enemigo, aquello que todo lo resumía, era, en la mejor tradición de la contrarrevolución española, la gran ciudad y capital, Madrid[43].

---

[42] A mayor abundamiento, se hacía referencia a la «rueda de los Crepúsculos en los cementerios, de Larra y Ganivet». Y, por si alguien no quería darse por aludido, la referencia a Ganivet se apostillaba con un «éste para los iniciados en el heiggederismo *(sic)*». No en vano, Laín había publicado años antes, precisamente en Pamplona, un sesudo artículo en el que en parte se asumían y en parte se rechazaban —o *completaban*— algunos planteamientos de Heidegger. Cfr. «Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange», *Jerarquía*, núm. 2, 1937, pp. 164-169.

[43] No podían estar desde luego muy satisfechos Laín y compañía con las compañías que se les iban adjudicando. Porque al Madrid, castizo y de las checas, se añadiría enseguida el de las «tertulias madrileñas, de los intelectuales del cimbel y de los admiradores de la boca abierta, de los caciques y de los sensatos, de los financieros y los mangoneadores, de los graciosos y los despechados»; y muy pronto se vería reforzado por el Madrid del «sotobanco indecente de la conspiración o la lujuria [...] (del) mundillo de los autobombos, de los intelectuales, de las bailarinas [...]» «Genio y figura de la Revo-

Aquí empezaban a entrar en juego otra serie de factores que iban mucho más allá de la simple crítica a los intelectuales, el 98, Ortega o el falangismo radical. La critica tenía algo de una «rebelión de las provincias»[44] en la que se encontraban desde las posiciones más reaccionarias y tradicionalistas de un *Diario de Navarra* hasta las de un falangismo que podría estar retomando las huellas del Onésimo Redondo más reaccionario. Sólo que esta especie de conjunción reaccionaria, por la misma esencia menendezpelayana que iba asumiendo, podía derivar también en una especia de *rebelión de las regiones* genuinamente nacionalcatólica[45]. Ése era precisamente el paso que se iba a dar a raíz de la triunfal visita de Franco a Barcelona en la celebración del tercer aniversario de la «liberación» de la ciudad. Una visita que se iba a convertir en una especia de apoteosis del propio Caudillo y del nacionalcatolicismo, todo ello revestido de una reivindicación de la España de las regiones frente al centralismo madrileño. Era, sin más, el reverso, también en cuanto proyecto de nacionalización española, de la gran demostración falangista de Valencia de año y medio antes.

En la visita de Franco se dieron todos los ingredientes imaginables para que así fuera. Recepción en la Abadía de Montserrat, entusiastas aclamaciones en las calles de Barcelona, desfiles militares y masivas demostraciones sindicales. Desbordando todas las expectativas en lo relativo al entusiasmo popular, el viaje adoptó perfiles plebiscitarios, o al menos de este modo sería utilizado[46]. Nada menos que «por

---

lución» (6), *Arriba España*, 20 de enero de 1942, y «Lección para Madrid», *Arriba España*, 29 de enero de 1942.

[44] José ANDRÉS-GALLEGO (1997), p. 241.

[45] *Diario de Navarra, Gaceta del Norte* y *Diario regional* eran los periódicos que *Arriba España* citaba como los precedentes de su propia campaña contra los intelectuales demoliberales y el 98. «Nuestro 68 editorial contra los intelectuales y el 98». Recuérdese, por otra parte, cuanto se apuntaba en su momento a propósito de la devoción de Redondo a Menéndez y Pelayo, su castellanismo antimadrileño y su regionalismo reaccionario respecto de Cataluña.

[46] «Ningún falangista debe incluirse en el coro atónito de los que, a través de su experiencia personal, contemplan la espléndida demostración de Cataluña en torno al Caudillo como un hecho inesperado y singular», «La política que nos ha sido devuelta», *Arriba*, 3 de febrero de 1942. «El viaje triunfal de nuestro Caudillo en Cataluña ha causado sorpresa en ciertos medios reacios, inadaptados a la actual situación de España [...] La sorpresa ha sido doble; por el clamor de entusiasmo en que la ha rodeado

el pórtico monumental de la liturgia y de la Hispanidad augusta» que sería Montserrat habría entrado Franco en Barcelona[47]. Ya los actos de la Abadía de Montserrat constituyeron toda una manifestación de un nacionalcatolicismo sin fisuras. El abad mitrado saludó en Franco al liberador de España y de la Iglesia, al continuador y émulo de los grandes monarcas españoles, de Carlos V y Felipe II, al enviado de la Providencia, al restaurador de la religión en «el altísimo grado que le corresponde», de la familia, de la justicia social según las encíclicas y de la preponderancia de la formación clásica y religiosa en la enseñanza[48]. Si en su discurso de contestación Franco aludió explícitamente a la Cruzada, subrayando el papel del Jefe —él mismo—y el Ejército, en el que dirigiría a los barceloneses entonaría una especie de loa a Cataluña:

«Catalanes fueron los que llevaron la bandera española y catalanes los bellos colores rojo y gualda que nosotros llevamos. Sois una de las regiones más activas de la gran España [...]. Yo os aseguro que cuando fundamos la Legión [...] más de la mitad de nuestros voluntarios eran voluntarios catalanes, salidos de vuestros más oscuros barrios, que quizás antes habían empuñado la pistola. Hasta en ese desvarío daban una muestra de viril expresión de nuestra raza, explosión de rebeldía ante una Patria decadente»[49].

---

y porque ese clamor y ese entusiasmo se han producido en Cataluña», «Sin sorpresa y con decisión», *Arriba España*, 5 de febrero de 1942.

[47] *La Vanguardia*, 26 de enero de 1942.

[48] *Arriba,* 27 de enero de 1942. Al acto se ha referido Massot i Montaner intentando subrayar lo que podía haber de obligado y poco sentido —«no podia llegir-lo gaire de cor»— del discurso del Abad Marcet. Puede que así fuera y, desde luego, no se puede acusar a Massot de haber intentado ocultar o desvirtuar la cordialidad de las relaciones durante largo tiempo entre el abad Escarré y el régimen. En su referencia, sin embargo, a los actos de 1942 se pasan un tanto por alto los referentes nacional-católicos y reaccionarios a que hemos aludido. Esto, por ejemplo, es todo lo que se reproduce del mencionado discurso del Abad Marcet: «"Y, a vos señor —li digué en un discurs reproduït arreu per ordre de Franco mateix—, que sois el Jefe del Estado; a vos, que no sólo profesáis nuestra misma fe, sino que la habéis hecho triunfar, con vuestra espada, contra la furia de sus enemigos [...] corresponde os tributemos el máximo honor; con corazón, más que de súbditos, con afecto casi filial, gozoso, y que, como a Cristo, os rendimos". I recordà, amb agraïment, que "hace tres años, al impulso de vuestros ejércitos victoriosos, se abrían las puertas de nuestra Basílica, treinta meses cerradas, y podíamos reanudar el esplendoroso y tradicional, multisecular culto a la 'Moreneta', y nos era dado continuar luego, en la paz del claustro, nuestras tareas culturales y reanudar nuestra vida benedictina"». Josep MASSOT I MUNTANER (1979), pp. 135-136, y, para lo relativo a la actitud del Abad Escarré, pp. 159 y ss.

[49] Francisco FRANCO BAHAMONDE (1943), pp. 180-181.

Nada de particular si se quiere, pero sí algo que iba a ser explotado en los días sucesivos. Las manifestaciones de entusiasmo del pueblo catalán habían desbordado todas las expectativas y en ellas podían descubrirse con claridad dos mensajes. Por una parte, que todo ello venía a constituir una especie de demostración última y en cierto modo hasta ese momento pendiente de la unidad nacional y que Franco era el gran valor de la nueva unidad española[50]. Junto a él, más Caudillo que nunca, la unidad de Ejército y Partido[51], así como el Magisterio de la Iglesia, quedarían también ampliamente refrendados. Podría hablarse incluso de *los tres órdenes* del nuevo *imaginario falangista*: «Como el Estado no será una esfinge, intervendrá donde

---

[50] Ismael HERRÁIZ, «Cataluña impone la Unidad», *Arriba*, 27 de enero de 1942; «La única España», *Arriba*, 28 de enero de 1942, editorial que empezaba con las sentencias: «Franco es el total poder soberano de España»; «Fe nacional en Franco», *Arriba*, 31 de enero de 1942. En su particular cruzada contra los falangistas radicales y la etapa anterior, *Arriba España* no perdía la ocasión de contraponer la capacidad de convocatoria del Caudillo a la de los «grupitos desplazados», «Ante el Caudillo», *Arriba España*, 30 de enero de 1942. Véase también «Viva, en Franco, la Unidad de España. Barcelona, primario objetivo», *La Vanguardia española*, 27 de enero de 1942, donde se lee: «porque sin las provincias catalanas la unidad política nacional no existiría, pero menos la unidad espiritual [...]». De «prenda esencial de la unidad» hablaría, por su parte, Melchor Fernández Almagro, «Emoción de la unidad en Barcelona», *La Vanguardia española*, 25 de enero de 1942.

[51] La reafirmación de la unidad entre el ejército y el partido se hace casi obsesiva, al tiempo que la del partido como único cauce de actividad política. Se recuerda casi siempre la doble condición de Franco de Generalísimo y Jefe Nacional de FET de las JONS y se subraya en las informaciones la presencia junto a él del ministro del Ejército y del Secretario General del Movimiento. Sobre todo, existe la firme conciencia de que toda la voluntad de control totalitario de la población por parte de Falange pasaba por Franco. Más aún, como habría puesto de manifiesto de forma inapelable la revelación catalana, Franco era casi la condición misma de la existencia de la propia Falange: «Hay un mandato que no puede engañarse ni engañarnos, que surge, para la Falange, desde el fondo de esa piedra viva del Escorial que nos señaló en su hora la maravillosa capitanía que nos quedaba. Ha sido Cataluña recientemente la que ha puesto, en un arrebato casi enloquecido, aquello que el pueblo español cree y afirma sobre Franco y su Caudillaje. Sabemos que, fuera de él, la Falange queda desarbolada y sin amparo, y que, bajo su insigne mando, soldados y falangistas han llenado etapas marciales tan profundas sobre la historia, que hoy, cercanas todavía en el tiempo, nos parecen ensueños». «Desfile de la victoria», *Arriba*, 1 de febrero de 1942. No se podía decir más claro ni más alto: Cataluña confirmaba definitivamente el pasaje de la Falange revolucionaria y fascista anterior a 1941 a la franquista de 1942. Era la diferencia que iba de *El Escorial* a Cataluña, de la autonomía relativa del Partido a su absoluta y definitiva subordinación a Franco. Véanse también: «La única España», *Arriba*, 28 de enero de 1942; «El pueblo organizado en la Falange», *Arriba*, 30 de enero de 1942; «Un cauce popular», *Arriba*, 4 de febrero de 1942.

quiera que el concepto de la autonomía individual se desvincule de sus legítimos orígenes religiosos y españoles [...]. La geometría y la humanidad trascienden de las piedras religiosas, militares y civiles que perduran en el suelo patrio [...]»[52]. La propia unidad interna del Partido entre falangistas y tradicionalistas vino a ser subrayada también de modo entusiasta por los distintos medios[53]. Y hasta *Arriba* dedicó el más encendido de los elogios a la decisiva labor en el pasado de *Acción Española,* así como a los monárquicos fieles del presente[54]. El régimen pudo vivir una especie de apoteosis unitaria y popular. Y junto al régimen, la misma Cataluña que empezó a merecer todos los elogios imaginables, en su historia y en su presente, en su cultura y en su industria. Hasta el monasterio de Poblet merecería los honores de su práctica equiparación con El Escorial[55].

Cataluña, la Cataluña católica, popular e industrial era, en suma, la unidad de España. Pero esto encerraba también una cierta revisión de la idea de España y su historia, o, al menos así fue utilizado. Eugenio Montes, por ejemplo, no sin acentos dorsianos, se había preguntado por qué la Cataluña clásica, mediterránea y humanística, la del paradigma y la ley, la del orden y el saber, se había apartado de todo ello en los tiempos modernos. Ni siquiera faltaba una clara voluntad de disculpar a Cataluña por sus pasados errores: había sido la propia modernidad catalana, su mayor compenetración con las teorías y prácticas, doctrinas y realidades de un siglo XIX europeo caracterizado por la tendencia de restar poderes al Estado, la que habría

---

[52] «El Estado y el alma», *Arriba*, 8 de febrero de 1942.

[53] «Comentario. Un símbolo de unidad», *Arriba,* 25 de enero de 1942; «La Unidad, así en los símbolos como en las esencias», *La Vanguardia española*, 25 de enero de 1942.

[54] «Observaciones falangistas», *Arriba*, 6 de febrero de 1942. Se producía una relativa inversión de los viejos juicios de José Antonio Primo de Rivera acerca de la «Monarquía gloriosamente fenecida», se aceptaba implícitamente la posibilidad de la Restauración monárquica y, lógicamente, se descalificaba a aquellos sectores monárquicos que cuestionaban a la Falange o al propio Franco. Un eco entusiasta de esta nueva cordialidad falangista se dio en *La Vanguardia Española*, la cual no dejaba de incluirla en el haber del «viaje triunfal». «Surcos del viaje triunfal. Una alta cuestión histórica», *La Vanguardia española*, 7 de febrero de 1942.

[55] «El servicio nacional de Cataluña», *Arriba*, 29 de enero de 1942; «Fidelidad a la Historia», *Arriba,* 22 de mayo de 42. Hasta el inefable Ernesto Giménez Caballero, olvidando un tanto aquello de «la maté porque era mía», dedicó sucesivos artículos a glosar la experiencia del viaje de Franco a Cataluña. Véase, por ejemplo, «¡Éstos son nuestros poderes!», *Arriba*, 29 de noviembre de 1942; y «Estilo y clasicismo. Las palabras del Caudillo en Cataluña», *Arriba*, 10 de febrero de 1942.

hecho que esa Cataluña moderna y progresiva se afanase en esta misma tarea. El problema sería, simplemente, que esas orientaciones y tendencias habían cambiado en el siglo XX y que por esa misma razón, Madrid, más retrasada en el siglo XIX, había podido incorporarse con más facilidad a las nuevas tendencias del XX[56].

Ésta era la línea que iba a asumir prácticamente en bloque la prensa oficial. En ella podían leerse editoriales en los que Cataluña y su historia aparecían súbitamente como la plasmación misma, eso sí, con acentos dorsianos, del ideal joseantoniano de nación:

«El ser telúrico de Cataluña impresiona a las gentes y persuade de amor a los que mantienen la emotividad de su ser. En Cataluña se acompasan "la gaita y la lira", lo amoroso telúrico y lo universal de la cultura. La gaita —según el pensamiento de José Antonio— es el hondo, ancho y tierno amor por lo natalicio. La lira es el arte supremo de la civilización y la cultura. Cataluña ha escuchado su instrumento natalicio, la "tenora", y oye con efusión la lira, al fin símbolo mediterráneo, cifra de la antigua civilización mediterránea, que nos transmitió matemáticas y poesía y filosofía, primero, y después, el mensaje cristiano desde las riberas occidentales»[57].

No acabarían ahí las contribuciones de Cataluña a la historia de España. La Historia de Cataluña sería la de un esplendor mediterráneo y de contribución a la unidad de la Patria. Incluso cuando se produjo el desplazamiento de las actividades políticas y comerciales hacia el Atlántico, Cataluña había sabido responder con la intensificación de su agricultura y el desarrollo de su artesanía, casi prefigurando la concepción autárquica. Hasta Don Quijote, el «Caba-

---

[56] Eugenio MONTES, «Cataluña de ayer y hoy», *La Vanguardia española*, 25 de enero de 1942. Para Fernández Almagro mucho habían tenido que ver también ciertas derivas del siglo XIX con la tendencia al alejamiento de Barcelona del resto de España. Aunque aquí no hay acento regional alguno y se apunta, por otra parte, a las insuficiencias del Estado español decimonónico: «Entre todas las formas de desconfianza que caracterizaron la política del siglo XIX, se manifiesta inequívoco el recelo de los pueblos en relación con la capital; de las capitales, respecto de Madrid. Era natural, patológicamente natural, que tales sentimientos se agudizaran por la omisión de un Estado que no llegó a adquirir capacidad alguna de superación. Y era lógico, en esa misma línea de razonamiento, que Barcelona, con alma y cuerpo de gran ciudad, se sintiera un tanto al margen del resto de España, entendiendo por Barcelona el simple juego de su política local». No sería este enfoque, más próximo al del radicalismo fascista y su crítica de las insuficiencias nacionalizadoras del siglo XIX, el que se iba a imponer. «Emoción de la unidad».

[57] «Redención de la urbe», *Arriba,* 25 de enero de 1942.

llero español», se había emocionado en la contemplación de una Cataluña «deshecho de civilización». El mismo siglo XIX contemplaría «un apogeo de la fuerza española de Cataluña»; y sus problemas, los «problemas catalanes» serían, falsos acentos particularistas al margen, los mismos del resto de España [58]. La idea estaba clara. Se trataba de contraponer la larga historia española de Cataluña al breve episodio separatista, en la práctica una «superposición política y social», una suplantación del auténtico genio español de los catalanes. Todo se habría superado, en cualquier caso, con la liberación de Barcelona y las demostraciones populares con motivo del viaje de Franco, manifestación y demostración al fin de que la existencia de Cataluña era «la existencia misma de España» [59].

Tampoco era cuestión de liberar por completo a Cataluña de sus responsabilidades en la decadencia española. Pero éstas, que en lo referente al separatismo había que echar en la cuenta de las concepciones democráticas de matriz roussoniana y la exasperación del Tratado de Versalles, no debían exagerarse. Ni se trataba de empeñarse en una inútil búsqueda de culpables. Y en la condena de esta actitud se venía a descubrir y descalificar a un nuevo y, a la vez, viejo adversario, el 98:

> «[...] Cataluña, como el resto de la nación, no se exime de responsabilidades. Pero nos parece estéril la insistencia en el examen y totalidad de las culpas nacionales. Nada ganamos con insistir, después de que han sido puntualizadas soberanamente por José Antonio, sobre las culpas nacionales. Fue ésta la actitud de los llamados hombres del 98, que en realidad no componen una generación, sino un estado de desánimo y de postración que es más antiguo. El 98 es un accidente literario y no un caso político. Gentes de palabras y palabras que heredan al cabo de los años las postrimerías políticas del setecientos» [60].

Salvo por el hecho de que todo esto se dice en 1942 y desde las páginas del portavoz oficial del partido único, podrían verse aquí los ecos anticipados de la futura polémica de la España con o sin problema de seis años más tarde. Pero sería erróneo hablar de prefiguraciones accidentales, porque de hecho es ahora cuando van a

---

[58] «El servicio nacional de Cataluña», *Arriba,* 29 de enero de 1942.
[59] «Redención de la urbe».
[60] *Ibid.*

surgir casi todos los elementos del debate: la detección de un enemigo, el descubrimiento de las regiones sobre un fondo nacional-católico, el debate sobre la idea misma de España y un afán por descubrir en el centralismo decimonónico la raíz de los grandes problemas contemporáneos. Como se apuntaba desde *La Vanguardia Española,* Cataluña había sufrido por igual el azote del separatismo y el del centralismo oligárquico [61].

Esta última iba a ser precisamente la línea de ataque de la prensa falangista contra los intelectuales y contra el Madrid de los falangistas radicales. Y aquí el «primer diario» de Falange, *Arriba España,* y el portavoz oficial del partido, *Arriba*, marcharían al unísono, poniendo de manifiesto así el alcance del cambio que se había producido. Fue *Arriba* en esta ocasión el que tomó la iniciativa con un editorial cuyo título ya lo decía todo: «España no es sólo Madrid». El artículo, en efecto, no tenía desperdicio. Primero, porque la loa a Cataluña llegaba al extremo de casi concederle —contra lo que se había dicho durante décadas— honores de protagonismo en la configuración de la primera unidad española:

«Desde la cumbre de Montserrat —así se iniciaba el Editorial—, la montaña donde se armó caballero de Cristo Ignacio de Loyola, el Caudillo habrá contemplado las tierras de Mallorca y Valencia. Jaime el Conquistador, en aquella altura, decidió ensanchar su lucha por la independencia española con la ayuda de San Jorge, al que "vieron entrar el primero a caballo, vestido de blanco y con armas blancas" en Palma, según refiere la "Crónica del Rey Jaume". La idea de la unidad política de España se concibe mejor, en la Edad Media, de cara al Mediterráneo [...]» [62].

---

[61] «Cataluña, la región macerada y doliente, víctima unas veces del separatismo filibustero y criminal y otras de inveteradas pretericiones, de desconocimientos cuando no de adulteraciones en la interpretación de su ser y de su sentir, de su mentalidad y de su temperamento, por parte de un centralismo oligárquico». «Surcos del viaje triunfal. Libertador y gobernante», *La Vanguardia española*, 5 de febrero de 1942.

[62] *Arriba*, 27 de enero de 1942. Casi como para no dejar todas las velas en el mismo lado, el párrafo continuaba de un modo un tanto confuso, pero explícito en la afirmación de la inicial pluralidad de las Españas. Así: «A orillas del Finisterre, la geografía medieval sugería un lúgubre paisaje marítimo, sin riberas cercanas o distantes, a las que abordaran las naves aventureras. Las Españas dominadas por los sarracenos estaban obligadas a emplearse en la nueva conquista del Levante. La fuerza nacional —de una Nación ensoñada, pero no realizada— debía probarse en la guerra peninsular. Alfonso VI se apellidaba así: «Constitutos Imperator Super Omnes Hispaniae Nationes». Fue éste un primer paso hacia la «unidad de destino en lo universal», que habrá cantado en la mente y en los

En segundo lugar, porque a partir de aquí se lanzaba un ataque de claro fondo tradicionalista contra el centralismo decimonónico, francés y revolucionario, al que se oponía la idea española de la unidad. Centralismo y unidad eran conceptos «diversos y antagónicos». Efímero y vinculado a formas políticas el primero, el de la revolución francesa y Napoleón, frente al que hubo de levantarse el tradicionalismo de la Vendée; perenne y duradero, el segundo, producto permanente de la «filosofía política creada por los españoles»; de no más de cien años de duración el centralismo, persistiendo desde el siglo XV el concepto español de unidad. El centralismo era, en suma, de origen revolucionario y anti-español:

«Lo efímero del centralismo y la duración del concepto de unidad se explican porque aquél necesitaba un punto geográfico y político para ejercer desde él su acción. Por el contrario, la unidad equivale a la colaboración. El centralismo representa el poder despótico de un mito-ciudad o de un mito-región. Una política calcada de la Revolución francesa y de la Norma napoleónica pudo considerar a Madrid como eje de la vida nacional. Los hombres españoles, fundadores de la unidad antes de que ningún otro pueblo la lograra, creían en la existencia de una fuerza que atrae a todas las regiones hispánicas hacia una predestinada coherencia y definitiva unión [...]. La concepción radial postulada por la Revolución francesa —la "Ville Lumière" proyectándose sobre la nación, y a ser posible por el continente y el mundo entero— es absolutamente antiespañola. España no ha querido nunca proyectar su capitalidad sobre el mundo. Lo que ha proyectado enteramente es su ser genuino, suma de todas las regiones».

A retener, finalmente, y aquí la alusión al «mito-región» cobra todo su significado, que era el mito de Castilla y con él toda una concepción de España en la que, como apuntábamos más arriba, bien podían englobarse desde el liberalismo decimonónico al 98 y de éste a los falangistas radicales, la que se situaba en el punto de mira. Había que volver a «una concepción anchurosa y tradicional del régimen político de la Patria», y desechar, por tanto, jerarquizaciones o gradaciones *antropológicas*: «España es Castilla, como es

---

pulsos de Franco, allá desde lo alto de Montserrat, mirador sobre el Bruch glorioso, donde se dio la medida del patriotismo catalán».

Cataluña. Nuestra unidad es de tipo metafísico y no de gradaciones antropológicas» [63].

En la misma línea de ataque al centralismo político liberal «chato y mezquino», creador de un Estado desgarrado entre la centralización y los separatismos, de ensalzamiento de las regiones frente a la capital y de loa a la Cataluña católica, patriótica y precursora de la unidad nacional, se desenvolvía *Arriba España* [64]. La principal diferencia respecto de su colega madrileño estribaba en que el editorialista de Pamplona aprovechaba el impacto de esta súbita *catalanización* para proseguir su particular *cruzada sobre la cruzada*. Cruzada contra Madrid y los intelectuales extranjerizantes que iba a añadir un matiz com-

---

[63] Sobre el tema del centralismo volvía otro editorial del diario unos días más tarde en el que no faltarían de nuevo alusiones a ignotos traidores, al tiempo que se recuperaba plenamente la idea de la región como artefacto fundamental en la construcción nacional: «Aparecidos insolidariamente sobre el ruinoso paisaje de las generaciones que nos precedieron, teníamos necesariamente que negar validez a todas aquellas traidoras dispersiones de la conciencia nacional. En nuestro enorme bagaje de preocupaciones no quedaba sitio para ningún prejuicio, y Franco ofreció a todas las regiones españolas la coyuntura íntegra y llena de posibilidades de un Estado nacionalsindicalista. Antes de su caudillaje, el centralismo español parecía haber adoptado como divisa la magnífica frase de Anatole France: "Tu sabes bien que no tenemos Estado: no tenemos más que administraciones". Hecha para la afirmación sobre sistemas claros, Cataluña aceptó sin vacilaciones el esquema doctrinal de la Falange, ofrecido a la esperanza de todos los españoles. Precisamente cuanto más fuertemente particularizado está un pueblo, tanto más se expresa en una absoluta conciencia nacional y tanto más necesita de minorías audaces y dirigentes que mantengan en tensión revolucionaria la tradición y la continuidad». «La política que nos ha sido devuelta», *Arriba*, 3 de febrero de 1942.

[64] «Lección para Madrid», *Arriba España*, 29 de enero de 1942, y «Lección de Historia», íd., 31 de enero de 1942. «Hubo un tiempo en que Cataluña se llamó la Marca Hispánica. Pues éste es el nombre que conviene al destino de la Patria: destino de Marca, de frontera extrema, de baluarte avanzado para la defensa y la conquista de todos los elementos disolventes de la civilización católica e imperial de Europa [...]. Desde los tiempos de la Romanidad, Cataluña, aun sin este nombre, fue la puerta clásica, el arco triunfal por donde penetraron en España las normas que habían de unirla bajo una lengua y una ley en vísperas de unirla bajo una misma Religión. En el principio de la Edad Media, Cataluña fue nave y verso, comercio y arte. Fue en la contextura férrea de las armas del Cid, la ventana abierta a las repúblicas marineras del Mediterráneo. Y esta vocación sabia, militar, poética y comerciante prosigue a través del tiempo imperial. Cuando en América descubierta convierte el mar latino en un mar cerrado, es a Barcelona donde Colón muestra los salvajes y las maravillas de aquel mundo despierto [...]. Archivo de la Cortesía hay un momento en que don Quijote embarca en sus galeras [...]. Termina el tiempo glorioso. España se agota y en los momentos de reacción, cuando surge la Guerra de la Independencia, cuando las guerras de la tradición carlista, Cataluña del Bruch y de Savalls continúa su línea inquebrantable. Ante esta obra de siglos ¿qué es el instante minúsculo del separatismo?».

plementario al anatema contra el mito-región y la antropologización de *Arriba*, el relativo al supuesto retraso de España:

«La Cruzada —¡con qué indecible regusto repetimos, hoy precisamente, la verdadera definición de nuestro Alzamiento, porque también desde Madrid se lanza el entredicho "científico" a lo que fue sacra dedicación, inmolación generosa de martirio!—, la Cruzada, decimos, llevó con el Laurel de unas Banderas teñidas de intemperie provinciana, el signo de que había terminado la farsa del "madrileñismo", de lo estúpidamente castizo y de la irritante ironía de los que importan un yerto saber extranjero para hundirnos en un complejo de inferioridad cultural; el consabido "retraso de cien años" en relación con un "progreso" maquinista, abominable, nefando, antiespañol. Debió terminar todo esto en el instante transido de historia intacta, cuando los clarines de aquel desfile de Mayo bordaban una laureada de gloria en el pecho vencedor del Caudillo [...] Sembró la Falange buena semilla en el surco de Madrid. ¿Se tornó, acaso, el surco en pedregal, en camino o plaza donde todos los mercaderes —los del capitalismo y los de la inteligencia— ahogarían el crecer de la siembra con el nauseabundo alboroto de sus codicias, de sus soberbias, de sus estraperlos? El ejemplo de Cataluña hoy, de todas las regiones españolas siempre, marque el punto de contrición y el gozo del camino verdadero»[65].

En apenas dos meses, girando en torno al problema de la Cruzada y con el impacto de las demostraciones plebiscitarias de Cataluña, todo había quedado perfectamente definido: el triunfo de un nacionalcatolicismo sin matices en el que la Falange reformada y catolizada buscaba un puesto de vanguardia, el apogeo del mito del Caudillo, la configuración de un sistema con sus *tres órdenes de lo imaginario* falangista —Ejército, Iglesia, Partido— coronado por Franco. Pero se había demostrado también que en ese proceso y en los conflictos y polémicas que le acompañaron se perfilaban los grandes problemas de la nacionalización española, en el presente y en el pasado. Una España regional y fascistizada, entre menendezpelayana y dorsiana parecía imponerse a la España esencialista y revolucionaria del ultranacionalismo fascista. Por el camino habían surgido todos los problemas que habían caracterizado en el pasado y seguirían haciéndolo hasta nuestro días, el «problema de España». La España austriacista frente a la borbónica, la centralista frente a la regional o regionalizada;

---

[65] «Lección para Madrid».

el lugar de Cataluña y las «regiones separatistas» y el de Castilla; el problema del atraso y de la imagen positiva o negativa del pasado español. El gran debate de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta sobre el problema de España estaba ya presente aquí. Todo estaba contenido en la dinámica que habían tomado los procesos y en los demoledores ataques a que fueron sometidos los vencidos de mayo; como lo estaría, en el modo que veremos, en el tipo de respuestas que éstos irían articulando. Antes de ello conviene recordar, sin embargo, el epílogo de la polémica sobre la Cruzada.

Ante los ataques directos y violentos a que se veía sometido el grupo de *Escorial* en su conjunto, estando ausente Dionisio Ridruejo, fue Laín el que asumió la defensa de una causa ya en gran parte perdida. En una carta que hizo circular y remitió también a *Arriba España,* Laín insistía en lo que había de «peligroso error» en la denominación de Cruzada y denunciaba la insistencia en esta actitud como «retórica, oratoria, pseudofalangista, desenfrenada, falso ringo rango y apellido carente de adecuación»[66]. Laín manifestaba, además, su convencimiento de que su posición era la de José Antonio y Ramiro Ledesma y aun la de *L'Osservatore Romano.* Pues bien, la respuesta del diario de Pamplona al escrito de Laín fue sencillamente atronadora: Laín tapaba su «tremenda y audaz mentira, el matute de un complejo maritaniano» con «un montón de escoria retórica»; José Antonio había prefigurado como Cruzada el futuro enfrentamiento; el mismo Laín no se habría enterado muy bien de lo que fue el 18 de julio porque andaba «profesando» en los cursos de verano de Ángel Herrera en Santander; y el Jefe Nacional, Franco, había aludido a la Cruzada en múltiples ocasiones —lo que, se insistía, no dejaba en muy buena posición lo del «peligroso error» de Laín—; *L'Osservatore Romano* no decía exactamente lo que Laín pretendía.

Sentado todo esto, el articulista parecía dejarse llevar por una incontenible furia abrasadora: «En este punto, nos quema la sangre de una lealtad fidelísima al Caudillo y a la Falange, y gritamos toda la santa ira de nuestro ¡BASTA!, ¡BASTA de traiciones al Caudillo, a la Falange y a los Muertos!». Y seguía la ya conocida retahíla de anatemas contra las importaciones de cultura extranjera, «fría, nebu-

---

[66] Citamos por las referencias al texto de Laín en el propio artículo de *Arriba España*, «Última palabra sobre "Cruzada Española"», 8 de febrero de 1942. Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), p. 301.

losa y peligrosa, retorcida y aconfesional»; contra las tertulias literarias, las minorías irónicas y las que se dedicarían a crear el «problema de la angustia de la cultura»[67]; contra el contubernio literario y pseudocientífico de Madrid, donde se daría cita «parnasiana todo lo averiado, peligroso, increyente, memo y estúpido». Por si quedaba alguna duda, en fin, de hasta qué punto se quería llevar la polémica, se venía a concluir que negar el carácter de Cruzada equivalía ni más ni menos que a dar «la razón a los rojos, a las democracias internacionales, a la Tercera España de los Ossorio, Marañón, Bergamín, Ortega y Gasset, Maritain y el Deán de Canterbury»[68].

Demasiado tremendismo en todo esto, tal vez, como para que no se diera algún tipo de actuación, posiblemente en una línea de mediación, por parte de las autoridades[69]. Pero la última palabra la pronunciaría el portavoz del Partido, *Arriba*, al sentenciar para siempre que Cruzada era y debía seguir siendo el nombre de la guerra. La nueva derrota de Laín y sus amigos, por más que no se les condenase a la hoguera pública, era inapelable[70].

---

[67] Posibles alusiones al ya citado artículo de José Antonio MARAVALL, «Sobre el tema de la angustia», *Arriba*, 16 de diciembre de 41.

[68] En realidad, el artículo terminaba con un escolio de «caridad y de escarmiento» a Laín: «Así, deje usted, Pedro Laín Entralgo, sus citas paulinas a los Sacerdotes que pueden interpretarlas con la veracidad y la oportunidad que les presta su sagrado carácter: y la Poesía a los poetas: y la Filosofía a los filósofos: y la Historia a los historiadores. Quédese usted con el alto y noble ministerio de curar. Y a nosotros déjenos, la Falange, por la que mucho antes que usted, desde los días difíciles de su nacimiento, llevamos en la carne y en el espíritu, muchas cicatrices, por su servicio y para su mayor gloria».

[69] Es posible que como consecuencia de sus extralimitaciones se le abriese un expediente al director de *Arriba España*, Fermín Yzurdiaga. Éste recibió, en efecto, el 16 de febrero de 1942 una citación del delegado nacional de Prensa con el siguiente texto: «Preséntate urgentemente Delegación Nacional de Prensa comparecer Juez especial expediente ordenado superioridad». Justino SINOVA (1989), p. 72. Laín percibió en la ofensiva de *Arriba España* contra su persona una intención de «quitarme de en medio», que le hizo temer «ser amablemente catapultado hacia un lugar lejano y solitario», y apuntaba a Rafael Sánchez Mazas como más que probable instigador del ataque. Pilar Primo de Rivera habría contribuido, por el contrario, a «una inocua resolución del trance». Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), pp. 301-302.

[70] «Cruzada», *Arriba*, 20 de febrero de 1942. En lo fundamental el artículo sostenía todos los argumentos de fondo del diario de Pamplona, aunque no así los tonos: «Ponemos —repetimos— punto final a todas estas discusiones de palabras fluidas. Hasta por un impulso de pudor de hombres acuciados por problemas inmensos que acometen a la existencia española nos resistimos a detenernos con delectación de pendulistas en estas rotulaciones. Mucho más cuando la rotulación está escrita por la sangre de España, y no hay más que hablar. Lo escribimos así, sin la menor acritud a los polemistas de

Los restos del naufragio

Buena parte de los ataques de que fueron objeto Laín, en primera persona, el grupo de *Escorial* como línea de actuación y los «grupillos desplazados» en su sentido más amplio, eran radicalmente injustos en lo que afectaba a su catolicismo antiliberal, antimaritaniano y antiherreriano. Era algo que Yzurdiaga conocía además muy bien, porque ya durante la guerra civil Laín Entralgo había fustigado desde las páginas del periódico dirigido por aquél las posiciones maritanianas y, aunque de un modo más moderado y respetuoso, también las de Ángel Herrera. El propio libro *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, publicado en plena ofensiva de los falangistas revolucionarios en la primavera de 1941, podía considerarse como un auténtico ataque a partidos católicos —léase CEDA— y «democracias cristianas» —léase catolicismo social y «herrerismo»—, además de, por supuesto, a todo catolicismo liberal[71].

Más aún, en un editorial de la revista *Escorial* de diciembre de 1941 debido a la pluma de Laín se había lanzado un «aviso fraterno» a los jóvenes católicos americanos que constituía un formidable anatema contra el liberalismo. Éste —decía— quebraba «en su fundamento mismo la catolicidad, la universalidad del Catolicismo». El contagio liberal de las almas católicas, el «liberalismo catolizante o catolicismo liberalizado», arrastraba a su vez dos graves consecuencias. De una parte, una cierta *protestantización* de la vida religiosa que desembocaría políticamente en el maritenismo o el *crucirrayismo*; de otra, una peligrosa propensión a simpatizar con el comunismo, generando «monstruosidades» como las alianzas Ossorio-Bergamín-Negrín. La conclusión o aviso a los jóvenes americanos no podía ser más terrorífica:

«¿No estaréis a veces, católicos hispanoamericanos, en la primera etapa del camino que conduce a tales metas? El comienzo es muy seductor en climas tan cómodamente liberales como el vuestro [...]. El final no lo es

---

buena fe, pero mirando al fondo turbio que detrás de una u otra línea pudiera adivinarse». Unos días más tarde, el 21 de febrero de 1942, *Arriba España* publicaría, como tantos otros periódicos, y sin comentarios, el editorial de *Arriba*. Periódico en el que, por cierto, seguiría colaborando, como tendremos ocasión de comprobar ampliamente, Laín.

[71] Véase más arriba pp. 222 y ss.

tanto: entrega al poder real, que no es del espíritu —el del *esprit*—, sino el del instinto; sacerdotes fusilados o quemados; misas de propaganda a sueldo de los comisarios del pueblo»[72].

Poco había, por tanto, de *tercera España* en las posiciones de Laín o *Escorial*, como no lo había en su reiterada calificación por aquellas fechas de la guerra civil como *guerra necesaria*[73], y como no lo había tampoco en su forma de aproximación a la defensa de lo español en América, en la que no se estaba dispuesto a hacer la más mínima concesión a la españolidad de la otra España, la exiliada[74]. En realidad, lo que se aprecia es una reafirmación de un catolicismo sin ambages también en las posiciones de los vencidos de mayo; hasta el punto de que hay momento en que casi parece rivalizarse con las más contundentes afirmaciones nacionalcatólicas de medios más oficiales. Así, no había mucha diferencia en el tono de evidente satisfacción con que *Escorial* saludaba las manifestaciones del obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo y Garay, en las que se subrayaba la profunda catolicidad de Falange, del que podía apreciarse en *Arriba* o *Arriba España*[75].

---

[72] «Aviso fraterno a los jóvenes americanos», *Escorial*, núm. 14, diciembre de 1941, pp. 315-320. La misma polémica intelectual con los católicos franceses, como hemos visto una constante en Laín, se aprecia en otro editorial de noviembre de 1941: «Entra la letra, testimonio del espíritu, en colisión con el ímpetu, cuando se hace fría y formal, cuando pretende alzarse en soberbioso monopolio o cuando corroe el resentimiento. Letra fría y formal fue, por ejemplo, el neokantismo y casi lo es el desvitalizado catolicismo de Maritain y Bernanos». «El ímpetu y la letra», *Escorial,* núm. 13, noviembre de 1941, pp. 159-165, especialmente p. 162.

[73] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Dionisio Ridruejo o la vida en amistad», *Escorial*, núm. 17, marzo de 1942, pp. 404-407, especialmente p. 405.

[74] «Sin echar de menos la coyuntura política, España, de hecho, puede influir actualmente, con más o menos intensidad, desde dos posiciones distintas. Es la una la nuestra, la de la España falangista [...]. Es la otra la desterrada, arrojada de nosotros por lo que ellos saben bien, que ha buscado refugio precisamente en América, y que en los mejores casos se entrega a tareas culturales. No es despreciable ventaja la que les da su proximidad, su convivencia con los hispanoamericanos. No sólo con el enemigo sajón [...] tenemos que luchar, sino con esa parte de España; que como España actúa, aunque no lo queramos, aunque su espíritu sea adverso. Ni es gallardo conformarse diciendo que, sean ellos o nosotros, lo esencial es que España deje oír su voz; porque lo que nosotros queremos es que sea la voz de España proclamada por nuestras lenguas la que se oiga a lo largo de los Andes y de la Sierra Madre». «La política cultural hispano-americana», *Escorial,* núm. 11, septiembre de 1941, pp. 325-330, especialmente p. 329.

[75] «Notas. Hechos de Falange», *Escorial*, núm. 14, diciembre de 1941, p. 405.

Y algo similar puede decirse a propósito de la celebración del Día Jubilar del Pontífice Romano[76].

Podría afirmarse, en suma, que uno de los resultados más sobresalientes de la crisis de mayo era que se había dado un paso más, se había subido un ulterior grado en la catolización de España. Todos, los que estaban en la línea oficial y en la que empezaba a alejarse de ella, eran católicos. Por así decirlo más católicos que nunca. Sin embargo, seguían sin ser todos iguales en su catolicismo. Y el terreno de la polémica, la disidencia y el enfrentamiento era real. Lo que se discutía era si el carácter católico del fascismo español iba a ser su propia peculiaridad, su propia singularidad o su misión propia dentro del campo de los fascismos, o si, por el contrario, esa elevación del grado de catolicismo se traducía en la negación del fascismo mismo; si a fuer de ser católico habría que dejar de ser fascista. O dicho de otro modo, si era posible todavía un ultranacionalismo español fascista a la vez que católico o si no había lugar ya para otra forma de nacionalismo que no fuera la nacionalcatólica.

En este sentido, la línea de Laín Entralgo y de la revista *Escorial* iba a mantener, con las concesiones o cesiones apuntadas, lo esencial del discurso anterior respecto al propio lugar de lo religioso y lo católico, en lo relativo a su condición de nacionalismo crítico e imperial y en lo relativo a la concepción misma de España y de su historia. En el primer sentido, la diferencia de posiciones era apreciable incluso desde un punto de vista formal: del mismo modo que junto a la sección «Hechos de Falange» aparecía siempre la de «Hechos del espíritu», no se hacía apenas referencia a cuestiones religiosas sin acompañarlas de otras de naturaleza más «terrenal». Así, si se hablaba del discurso de Eijo y Garay, se hacía lo propio respecto del V Consejo del SEU o de la División Azul[77]; si se celebraba el día del Jubileo papal, se recordaba que la unanimidad de la celebración se debía tanto al creciente prestigio del papado como a los cinco años de falangismo vividos por España, sin olvidar, por otra parte, la necesaria referencia a la División Azul[78]. Si se hablaba, en fin, de Cruzada —que se hablaba—, se vinculaba directamente con esa otra cruzada

---

[76] *Escorial*, núm. 19, mayo de 1942, pp. 159-164.

[77] «Notas. Hechos de Falange», *Escorial*, núm. 14, diciembre de 1941, p. 406.

[78] *Escorial*, núm. 19, mayo de 1942, pp. 159-164.

más amplia e internacional que se estaría desarrollando en las tierras de Rusia[79].

Se trataba en lo fundamental de mantener en todos los planos el necesario equilibrio entre lo sobrenatural y lo histórico, entre lo religioso y lo secular. En el plano personal, por supuesto[80], como en el relativo a la constitución de la nación misma o a su proyección exterior. La nación, por ejemplo, tendría una constitución estamental o cuasi cuyos tres órdenes serían la Milicia, la Universidad y el Trabajo. Ciertamente se daba por sobreentendido que el Catolicismo impregnaba todos estos elementos y aun se reivindicaba una formación religiosa específica en la Universidad. Pero esto último era sólo un aspecto entre varios y dentro siempre del pretendido equilibrio de formar hombres españoles «portadores de valores eternos» y hombres españoles «que lo sean históricamente», es decir, revolucionariamente cumplidores de sus deberes nacionales y sociales[81]. Del mismo modo, desde el punto de vista de la proyección europea y mundial de España no habría problema alguno en subrayar que ésta era y debía estar regida en su intención y ambición por la «verdad sobrenatural» del catolicismo, pero se precisaba que siendo eso tanto no lo era todo, que no había empresa sin poderío, que no había poderío sin renovación interior y que tan necesario era el heroísmo de lo excepcional como el heroísmo de lo cotidiano[82]. De ninguna manera se renunciaba a la idea del nuevo orden europeo y al puesto de vanguardia que en él correspondería a España:

«La Historia y la sangre nos señalan un lugar eminente en ese Orden Nuevo. Si durante dos siglos hemos vivido en servidumbre, este mundo ahora caduco fue quien puso su pie en nuestro cuello. Si de combatir el

---

[79] «En este país casi legendario, perdido en la bruma de la distancia y de un misticismo diabólico, los camaradas de la División Azul combaten por Dios y por España, como antes aquí; combaten también por la paz del mundo y por la salvación de Europa, como hicieron en nuestra Cruzada, preludio de esta lucha imponente que ha emprendido el mundo no resignado a sucumbir». «Notas. Hechos de Falange. En tierra de Rusia», *Escorial,* núm. 12, octubre de 1941, pp. 113-115. No deja de resultar curioso que nadie se acordase de estas expresiones de *Escorial* en la polémica sobre la Cruzada de unos meses más tarde.

[80] En este sentido, las «Meditaciones sobre la vida militante», publicadas por Laín en sucesivas entregas en los «Folletones de Arriba», a partir del 24 de marzo de 1942.

[81] Editorial, «La Universidad», *Escorial*, núm. 9, julio de 1941, pp. 7-14.

[82] Editorial (Laín), «Más sobre España», *Escorial,* núm. 20, junio de 1942, pp. 315-319.

bifronte materialismo se trata, nuestro puesto —campeones en el combate por el Espíritu, así con mayúscula— está necesariamente en la vanguardia [...]. Nuestro deber de españoles está, sin duda en los cuadros de ese proclamado y nonnato Orden Nuevo. Más también nuestro derecho. Desde Carlos V hasta acá podríamos espigar sin esfuerzo los muchos y altísimos títulos de nuestra ejecutoria. Pero no necesitamos acudir a la Historia, ni siquiera al levantado ejemplo de nuestra guerra; nos basta pensar en la proeza pura y sustantiva, casi inaccesible a la adjetivación, de nuestra División Azul»[83].

No había muerto, por tanto, ni la aspiración imperial, ni la idea de la misión española en el nuevo orden. De algún modo y tras todos los cambios experimentados por la situación política española en los últimos seis años, el viejo esquema de Tovar y los fascistas españoles en los años de la República seguía siendo válido. Más católicos y cristianos que nunca, parecería como si los fascistas españoles necesitaran sentirse a un tiempo y casi a modo de compensación más romanos y más germanos que nunca. Al fin y al cabo, las bases, las esencias de lo europeo y las de lo español serían las mismas —lo antiguo, lo gótico y lo cristiano— sin que se pudiera contraponer una de ellas a las restantes o renunciar a ninguna de ellas. Cualquiera de las tres, además, se habría dado en grado sumo en España: Roma proporcionó el fondo sobre el que creció el ser histórico de España; la sangre germano-gótica correría por las venas españolas y germano fue quien dio «a la hispana gente su máxima empresa y el mito más alto de su historia»; la defensa y la predicación de la fe de Cristo había sido «la veta más íntima de nuestro destino»[84].

Más católicos, pues, pero también más pro-germánicos, pro-nazis si se quiere[85], y sin renunciar a la perspectiva imperial en el marco del soñado nuevo orden europeo[86]. Era un nacionalismo que seguía mostrándose crítico con la realidad nacional y la evolución de su

---

[83] Editorial (Laín), «La cultura en el nuevo orden europeo», *Escorial,* núm. 15, enero de 1942, pp. 5-10.

[84] «Más sobre España».

[85] Antonio TOVAR, «La figura de Hitler», *Arriba*, 25 de enero de 1942.

[86] En la primavera de 1942 aparecía el libro de Juan BENEYTO *España y el problema de Europa. Contribución a la historia de la idea de Imperio* —Madrid, Editora Nacional— en el que se insistía, contra las «afirmaciones oportunistas», que no había Imperio sin «una espada en la mano» y se ratificaba la idea de que para España «el único campo decisivo era el europeo» (pp. 9-12).

cultura o que, amparándose en la experiencia japonesa, quería ver desaparecer todos los prejuicios acerca de la incapacidad de las sociedades no protestantes, y por ende las católicas, para la técnica o la ciencia[87]. Un nacionalismo que seguía apostando por la integración de algunos sectores de los vencidos en la guerra civil, aunque con unos límites cada vez más transparentes. Casi poniéndose la venda antes de recibir la piedra, un editorial de la revista *Escorial* hacía en octubre de 1941 una balance del año transcurrido desde que se hiciera la primera gran oferta de incorporación a los hombres de la cultura que tuvieran algo que decir[88]. El balance sería satisfactorio, porque habían colaborado en las páginas de la revista «todos los estamentos de lo que hoy es el cuerpo de la inteligencia y del estilo, los escritores jóvenes, los eclesiásticos, los profesores, falangistas o no, pero dentro de la ancha y firme cordialidad de la Falange»; aunque satisfactorio también porque nadie en ningún momento había saltado el «triple y sacro límite de la fidelidad a la Historia, a la Fe y a la grave tarea actual». La Revolución española y la elevación del nombre y poderío de España en el mundo seguían constituyendo la gran —y exclusiva— veta integradora.

Ese mismo nacionalismo tenía que hacer frente también tácita o explícitamente a los nuevos derroteros que iba adoptando el nacionalismo oficial dentro de la propia Falange, además de a las ofensivas que, como hemos visto, se lanzaban de modo cada vez más transparente y brutal contra él. En este sentido tenía que reafirmar o reformular su propia idea de España y su historia, de sus mitos constitutivos del pasado y del presente. Tenía que reafirmar o reformular incluso su propia genealogía intelectual y nacionalista, una vez que se habían situado en el punto de mira aquellos antecedentes —fundamentalmente la generación del 98 y Ortega— sobre los cuales, críticamente, cierto, pero sin negarlos nunca, se había construido el nacionalismo falangista. Tendría que reivindicar o renegar, en fin, de sus propios «abuelos» o «padres», por utilizar su propia terminología, al tiempo que *renegociar* con el legado del que de algún

---

[87] «Como en tantos otros aspectos de la vida nacional, ha triunfado en la Universidad, de momento, el criterio conservador y parcial sobre el nacional y revolucionario», «La Universidad», p. 12. En un sentido similar, «Hablando de literatura», *Escorial*, núm. 10, agosto de 1941, pp. 169-174. Sobre el ejemplo japonés, Editorial (Laín), «Meditación española sobre Japón», *Escorial,* núm. 16, febrero de 1942, pp. 159-165.

[88] Editorial, «Un año», *Escorial,* núm. 12, octubre de 1941, pp. 5-9.

modo, vía Acción Española, primero, vía la propia prensa falangista después, se les había venido encima: Menéndez y Pelayo.

En todos estos frentes se iría construyendo, como veremos, una respuesta. La más significativa de todas ellas sería probablemente la más tácita de todas, la *no-respuesta* a la avalancha *catalanófila* que el nuevo discurso oficial de Falange había elegido como mascarón de proa. Sólo una referencia hizo *Escorial* al viaje triunfal de Franco por las tierras catalanas, pero fue una referencia mucho más significativa por lo que no decía que por lo que decía [89]. En efecto, todo se hacía girar a lo largo del breve artículo en torno al entusiasmo de los españoles, de todo el pueblo de España, de todos «los pueblos por los que ha pasado el Caudillo», del delirio desbordado de un «pueblo como el nuestro», de los aplausos que «en todas partes» acogían la presencia de Franco, del surgimiento de una nueva conciencia popular o de la emoción que ganaba a «las muchedumbres». Salvo por una referencia al principio y otra al final nada haría pensar que lo que se estaba comentando era un viaje de Franco *a Cataluña*. De hecho, y éste era evidentemente el mensaje que se quería transmitir, era por completo indistinto que los acontecimientos comentados hubieran tenido lugar en Cataluña o en cualquier otra región española.

Esta circunstancia cobraba todo su significado si se tiene en cuenta todo cuanto se había escrito en la prensa española y falangista a propósito de Franco y de Cataluña. De modo que lo que *Escorial* quería transmitir no sería otra cosa que la de la relación igual e indistinta de todos los españoles, en tanto que tales y por encima de cualquier acento regional, con Franco y Falange. Por esta razón podría cobrar también un claro significado el hecho de que el editorial de la revista correspondiente al mes siguiente, el de marzo, se limitase a reproducir textos de José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos sobre la cuestión regional [90]. Pues bien, del discurso de José Antonio en Valladolid se entresacaba, y con ello se iniciaba el «editorial», la condena al separatismo:

---

[89] Notas. Hechos de la Falange, «El Caudillo y su pueblo», *Escorial*, núm. 16, febrero de 1942, pp. 279-281.

[90] El pretexto era que en dicho mes se celebraba el aniversario del acto de Valladolid de 1934 y la fundación de la *Conquista del Estado* y *Arriba*. Se añadía también el parte de la victoria del 1 de abril de 1939. «Marzo falangista», *Escorial*, núm. 17, marzo de 1942, pp. 315-321.

«El separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en el estado más primitivo de espontaneidad. Que una Patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos; que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal [...]. Los pueblos, cuando superan este estado primitivo, saben ya que lo que les configura no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce la época de decadencia de ese sentido universal empiezan a florecer, otra vez, los separatismos [...]».

De *La Conquista del Estado*, se seleccionaba un párrafo de Ramiro Ledesma Ramos, también plenamente significativo:

«Nuestro resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España una poderosísima apetencia de imperio, representada por el afán de equipararse en un orden hispánico que seccione y supere la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de Imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen».

Del editorial del primer número de *Arriba*, se destacaba en fin, en mayúsculas, que unidad de destino quería decir «que la Patria no es el territorio, ni la raza, sino la unidad de destino orientada hacia su norte universal»; y aunque el editorial proseguía con la crítica al «autonomismo viejo» y al «viejo centralismo», pronto se centraba en la crítica del oportunismo de los derechistas que defendían el Estatuto de Cataluña, para concluir con un arrebatado «¡Arriba España! Arriba, pues, su sabia, su esencia en nosotros. Queremos ser, sobre la España vieja, el ramo a la vez fresco y antiquísimo de la España nueva. ¡Arriba España!»[91].

Si se tiene en cuenta que los tres textos seleccionados combinaban las críticas al separatismo, las referencias al Imperio y también el

---

[91] No deja de ser revelador el hecho de que cuanto *dice* este *editorial* en su conjunto apunte justo en la dirección contraria de lo que, como veíamos más arriba, era la constante de la prensa falangista en torno de la visita de Franco a Cataluña. Y sea, por otra parte, muy semejante al editorial de *Arriba* en que se daba cuenta del viaje de Serrano Suñer a Barcelona un año antes, esto es cuanto el grupo de Laín, Ridruejo, Tovar y compañía controlaban la prensa oficial del partido.

afán de diferenciación de las derechas, no parece aventurado suponer que se trataba de una reafirmación del ultranacionalismo falangista frente a lo que se adivinaba, por la deferencia hacia Cataluña, por el sesgo nacionalcatólico y por el alejamiento de las perspectivas imperiales, como la afirmación de otro tipo de nacionalismo. En cualquier caso, parecían brillar por su ausencia las viejas proclamaciones acerca de la pluralidad de las lenguas y culturas de España. Tal vez porque en el momento de propia debilidad en que se desenvolvía este sector lo que primaba era un reflejo defensivo, en cuanto esencialista, del propio nacionalismo. Será casualidad o no, pero, cuando en ese mismo número de la revista Laín Entralgo dedicaba un emocionado recuerdo a su camarada Dionisio Ridruejo, parecía haber olvidado el famoso propósito de entrar en Barcelona con octavillas en catalán. Y parecía recordar únicamente «la voz grave de Dionisio en los tremendos altavoces de la plaza de Cataluña; una voz solemne y amorosa, centuplicada y maltratada por la técnica, que hablaba castellanamente a los catalanes de la Cataluña sentimental, profunda y poética por José Antonio descubierta a la Falange [92].

El problema de Cataluña, tal y como hemos podido ir apreciando, se enmarcaba o estaba directamente relacionado con la propia concepción de la historia de España en algunas cuestiones esenciales. La reconstrucción nacionalcatólica de la idea y la historia de España contemplaba una acentuación de la crítica demoledora de los siglos XVIII y XIX, de la perspectiva centralizadora común a ilustrados y liberales, y una reafirmación de la idea de España como «suma de regiones». No sería de extrañar, por tanto, que en parte por reacción, en parte por la propia reformulación espontánea de las propias posiciones, se diese un giro apreciable al respecto también entre los falangistas revolucionarios.

Una primera señal de por dónde iría la línea de cambio fue la publicación en las páginas de *Escorial* de una «epístola» de un joven falangista radical, Gonzalo Torrente Ballester, a su amigo Antonio Tovar a propósito del libro de este *El Imperio de España*. Una «epístola» de cuya beligerancia *historiográfica* da muestra uno de sus párrafos introductorios: «Se juzga ligeramente de nuestro siglo de Oro, y con idéntica ligereza de los que lo siguieron. Nunca se ha dicho

---

[92] Pedro LAÍN ENTRALGO, «Dionisio Ridruejo o la vida en amistad».

tanta tontería del Imperio y de Trento, de la Contrarreforma, de la Ilustración o del Carlismo como se dice hoy»[93]. Pero si el objetivo fundamental del escrito era rescatar a la historia de la «mentira», el núcleo de la reflexión venía constituido por el ataque a los estereotipos sobre la decadencia y, muy especialmente, sobre el lugar del siglo XVIII —un siglo valorado con «parcialidad e injusticia» desde los tiempos de Menéndez y Pelayo— en ella.

Lo que seguía era una auténtica enmienda a la totalidad a todo cuanto se venía diciendo sobre dicho siglo tanto por la vía reaccionaria como por la orteguiana e incluso por la de Tovar. No sería cierto que la decadencia española fuese una curva descendente desde la Invencible hasta el presente, porque si en algún momento España alcanzó la máxima «postración y miseria» e incluso estuvo en «trance inminente de desaparición» fue con los últimos Austrias. Sin embargo, este proceso habría sido radicalmente cortado en el siglo XVIII, «no bajo los Borbones que me traen sin cuidado, sino bajo sus ministros, que tu libro califica de excelentes»[94]. España, en efecto, habría

---

[93] Vale la pena reproducir las líneas que seguían: «Como si España necesitase de la mentira en este su nuevo y dificultoso salir a la Historia viva y universal. No sé cuál será la raíz de todo esto; pero advierto que gentes mentecatas no se conforman con que las cosas hayan sido de tal modo, y —no sé para qué fines— gozan en deformarla y presentarla según su propia particular versión [...]». Gonzalo TORRENTE BALLESTER, «Epístola a Antonio Tovar sobre su libro "El Imperio de España"», *Escorial,* núm. 9, julio de 1941, pp. 125-129.

[94] En realidad aquí hay un guiño a Tovar en el sentido de que Torrente Ballester presenta como un pequeño *pero* lo que en realidad es un punto de vista radicalmente distinto. Así, por ejemplo, Torrente recuerda lo de los ministros «excelentes» de Tovar o la afirmación de este último en el sentido de la inminente desaparición de España en el siglo XVII. Pero lo que en realidad había dicho Tovar, como se recordará, es que la España ignorante, el pueblo llano, del XVIII tenía razón frente a la España culta y los «excelentes políticos» de la Ilustración, y que éstos, a golpe de buena administración, dejaban a «España muriéndose, olvidada de sí» (p. 73); los que quisieron hacer en el siglo XVIII una «España práctica, europea, civilizada» no hicieron sino «una ruina» (p. 159); los siglos XVIII, XIX y XX habrían sido de «liquidación enorme» (pp. 152-153); a lo largo del siglo XVIII el pueblo, siempre contrarreformista, habría sido traicionado por sus elites (p. 147). Contra Feijoo y Moratín, contra Aranda y Floridablanca tendría razón un pueblo español, «que asistía aún con gusto a las representaciones de Autos Sacramentales, que no quería dejar su vieja capa larga, que seguía sintiendo la religión nacional en todo su aparato externo, tremendo, antiprotestante, antieuropeo», Antonio TOVAR (1941). Bien expresivo es, por contraposición, lo que decía Torrente al respecto: «Es cierto que se suprimieron los autos sacramentales. Pero, aparte de que no sabemos qué clase de dolorosa mogiganga serían por entonces, perdido el interés y, sobre todo, perdido el respeto

fracasado en el siglo XVII, no por perder la Contrarreforma, sino «por no haber podido incorporarse y cristianizar el capitalismo y la técnica», por no haber sido capaz de crear «una burguesía rica y católica»; y todo lo que hizo en el siglo XVIII fue una impresionante rectificación. España se recuperó como potencia política y económica, además por el seguro camino de la reconstrucción interior; con una eficaz política nacional logró la Ilustración y que se conocieran por primera vez «desde los Reyes Católicos», el orden y el buen gobierno; y, sobre todo, conservó el Imperio y se constituyó por primera vez como una Monarquía Unitaria con un solo nombre, España:

> «La cosa es poco poética y molestará a mentes desatinadas: pero si se paran a meditar en los efectos de esta obra, verán que hay, por lo menos, dos de extrema importancia: una, la conservación del Imperio de Ultramar, que de otra manera se nos hubiera ido de las manos, a golpes de piratería inglesa; otra la conversión de una Monarquía federal, donde los diversos reinos estorbaban la obra real —¡pobre Felipe IV, a vueltas con las Cortes de Aragón, cuando los franceses se comían literalmente a Lérida!—, en una efectiva Monarquía unitaria, con un solo nombre —España— y unas solas Cortes y un solo frente nacional. Es decir, evitó la balcanización de España, de la que el siglo anterior ofreciera pavorosos síntomas».

Se trataba, como puede apreciarse, de una revisión radical de la historia de España de efectos absolutamente germinales en el plano historiográfico y que, en el plano que nos interesa, abocaba a dos supuestos cuyos ecos hemos visto ya en parte y en parte veremos a continuación. En primer lugar, a la defensa de una línea antiaustriacista que sería, en la práctica política del momento, antirregionalista y uniformadora —es decir, la contraria a la menendezpelayana que se estaba imponiendo— y el desplazamiento al siglo XIX de las bases de un reemprendido proceso de caída [95].

---

popular a las cosas santas, ello no indica, como se dice, el punto crítico de nuestra decadencia».

[95] Como decía el propio Torrente: «[...] no es en la supresión de los autos sacramentales la hora de nuestra verdadera crisis, sino más bien aquella en que el espíritu de Don Ramón de la Cruz abandona los corrales para ascender a Palacio, en la persona de un chulángano guitarrista, príncipe después. Entonces, cuando después de tres siglos de honestidad, hay reinas españolas infieles al matrimonio; cuando todos los cortesanos participan de la gracia plebeya de la verbena, es la hora en que España se hunde sin remedio».

Del siglo XIX, de su revisión, se iba a encargar precisamente Laín en una serie de artículos que iniciaba el 30 de diciembre de 1941 en los «folletones» de *Arriba* y que serían posteriormente recogidos en su libro *Sobre la cultura española.* Como se indicaba en el primero de ellos, se trataba de un ambicioso proyecto que en parte desarrollaría en dichos artículos, e incluiría en el mencionado libro, y en parte iría ampliando en los años sucesivos hasta ser definitivamente compendiados en su celebérrimo *España como problema* de 1956[96]. Del *problema de España* se trataba, en efecto, ya desde el principio y desde su primera formulación, en la que, por cierto, aparecía muy bien definida la construcción genealógica falangista de su *dolor de España*:

«Hace ya tiempo que España [...] nos duele a los españoles. Siquiera no haya sido siempre igual la índole del dolor: unas veces es la de los ojos y del corazón, así el de nuestros abuelos del 98; otras de la inteligencia, que también la inteligencia duele, y éste es el caso de nuestros padres por los años 1912; y otras del hombre entero, o por más precisar, del español entero, y tal es nuestra dolencia, la de los hombres de esta generación distinguida por la sangre».

Tampoco hacía misterio alguno Laín acerca de qué o de quiénes estaba hablando: el Ganivet del optimismo «triste e irónico» de *Idearium español*; el Unamuno del «desgarrador y desgarrado» *En torno al casticismo*; el Ortega del «sutil y pesimista» *España Invertebrada*; el Maeztu de la «creyente y apostólica» *Defensa de la Hispanidad*;

---

[96] «Trato en esta primera parte de situar dialécticamente a nuestra generación frente a las que en análoga tarea cultural nos han precedido. La polémica de la ciencia española, la generación de 1898, la de sus hijos y la de la Dictadura irán desfilando ante una crítica que quiere ser amorosamente implacable. La parte segunda intenta expresar una visión de la cultura sobre cimientos actuales y españoles. Una tercera parte se empleará en señalar tácticamente las líneas de nuestra acción concreta en este flanco del combate. Sus temas previstos son: «Nación y Cultura»; «Revolución, Tradición y Cultura»; «El Catolicismo y la cultura de este tiempo»; «Investigación y enseñanza en España». «Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo», *Arriba,* 30 de diciembre de 1941. El libro, ya citado, *Sobre la cultura española,* vería la luz en 1943; al año siguiente aparecería *Menéndez y Pelayo* —Madrid, 1944—, y al otro *La generación del noventa y ocho* —Madrid, 1945—. En 1949 se publicaría *España como problema* —Madrid, 1949—; y siete años más tarde aparecería el volumen que recogía la mayor parte de todos los anteriores: *España como problema*, Madrid, Aguilar, 1956. Véase también Marie-Aline BARRACHINA (1998), pp. 109-120.

el Giménez Caballero del «engallado gesto de profecía», de *Genio de España*; el Ramiro Ledesma del pleno de «acerada emoción fichtiana» y «voraz de acción histórica» *Discurso a las Juventudes de España*. Más allá de la referencia a un Maeztu poco frecuentado por Laín y sus compañeros[97], no había lugar a dudas de quiénes eran los grandes puntos de referencia de su construcción y quiénes se reconocían como sus abuelos o padres intelectuales: la generación del 98 y Ortega. Lo precisaba por aquellas fechas el propio Laín en unas palabras pronunciadas en un acto de homenaje a la División Azul, en las que, por cierto, se apreciaba claramente tanto el contenido esencialista como el proyectivo del nacionalismo falangista. El esencialista, porque habría sido la generación del 98 —nuestros abuelos, decía— la que descubrió a los españoles y al mundo la «emoción de nuestro paisaje y la entraña temperamental del hombre ibérico», porque aunque una cultura nacional no podía consistir en «puras raíces de tierra y sangre», no sería menos cierto que sin ellas no podría haber «nada realmente firme y consistente». El proyectivo, porque habría sido la generación de Ortega la que habría superado aquella tendencia de Menéndez y Pelayo a amar a España en sus «vestigios» más que en sus «proyectos». Con Ortega y su generación, los intelectuales españoles se habrían instalado al fin en «los temas y el estilo de nuestro tiempo».

---

[97] No era, desde luego, Maeztu santo de la devoción del grupo de *Escorial*. En una reseña a un libro que recogía los últimos escritos en *Época* del escritor vasco, editado por Cultura Española en 1941, Emiliano Aguado, tras reconocer el valor personal y polémico del reseñado, decía lindezas como las siguientes: «no he visto nada interesante en estas páginas»; «la verdad es que las obras que nos deja D. Ramiro tiene pocas cosas originales»; «D. Ramiro necesitaba la polémica para poder vivir; unas veces polemizaba con sus enemigos y otras polemizaba consigo mismo». Y si Aguado se esforzaba por bajar del pedestal al santo ajeno, no se olvidaba de contraponerle el propio: «La obra de Unamuno es una de las más altas cumbres de nuestro espíritu, y su íntimo desasosiego nos habla de cosas que son tan eternas como el corazón humano y que llenarán siempre de piedad y de estremecimiento a los que no hayan nacido con el alma torcida. Por el contrario, los términos de la polémica de D. Ramiro ya no nos interesan; si desaparecieron la democracia, el liberalismo, la intuición burguesa de la vida y tantos y tantos nombres como cita en sus artículos, ¿qué interés tienen ya las cosas que incitaban al combate y al menosprecio en medio de un mundo que ha fenecido por ventura?». Incluso en los recuerdos del trato personal con Maeztu, Aguado establecía claramente sus contrafiguras positivas: «Mi desilusión fue grande al repasar algunas de las figuras más egregias de aquel entonces —Ortega, Unamuno, Miró— y encontrar a D. Ramiro tan despreocupado por entenderlas; metido en unas pocas ideas, que repetía casi siempre con voz de apostolado, no había modo de ponerse de acuerdo con él». Emiliano AGUADO, «Un libro y una vida», *Escorial*, 8 de junio de 1941, pp. 480-485.

Se podría discrepar de ellos en algunas cosas, pero negar ese servicio sería «necedad cerril» [98].

Sobre los ejes de la españolidad y del tiempo iba a girar precisamente y en lo fundamental la reflexión de Laín sobre un XIX español que, precisamente por su nula capacidad nacionalizadora, casi no habría existido. Enlazaba esto con cuanto ya vimos en Ramiro Ledesma acerca de la revolución nacional pendiente y la débil nacionalización decimonónica. Sólo que esas críticas se hacían ahora más profundas y taxativas. La declaración de principios, en efecto, no podía ser más explícita. El secreto del siglo XIX español consistía en que no había sido «nuestro», o por decirlo de otra manera, en que «nosotros» no habíamos sido «suyos», o de modo aún más rotundo, en que «España no ha existido históricamente en todo el ochocientos». Desde Carlos IV, más concretamente, se habría agravado irremediablemente el casticismo español y en la propia Guerra de la Independencia habría habido, «por desdicha», más de brío castizo que de histórico. A partir de aquí, todo podría explicarse en clave de carencias: de la ciudad burguesa europea, de las barriadas de la burguesía, de los cuarteles y hasta de los ensanches burgueses, que habrían sido inexistentes, tardíos o de mal gusto [99]. Y si faltaba de todo, o mejor, la ausencia de todo se reflejaba en las ciudades, estas mismas carencias se manifestarían también en la de todos y cada uno de los motivos que habían definido el siglo XIX europeo: «positivismo y ciencia positiva, idealismo, técnica, capitalismo industrial, progresismo nacionalmente eficaz, historicismo, irracionalismo vitalista [...]» [100].

Era, en todo su radicalismo, la tesis del fracaso absoluto y sin paliativos del siglo XIX español, de su «total inanidad histórica», de la «inexistencia histórica de España» [101]. O, si se prefiere, en un len-

---

[98] Pedro LAÍN ENTRALGO, «La servidumbre de la cultura española», en Íd. (1943), pp. 101-109.

[99] «Esquema de nuestro siglo XIX. I. La ciudad española», en Íd., pp. 21-29. Naturalmente, tal juicio exigía un ejercicio de demolición del que, por un lado o por otro, era imposible escapar: «Basta contemplar el tono mediocre de lo que en las calles de Serrano o Claudio Coello corresponde al siglo XIX [...]. Los ensanches de Barcelona o Bilbao son productos retrasados del siglo, ya casi metidos en el nuestro, y el de Valencia comienza con el intolerable *modern style* que en el filo del Novecientos alumbraba —¡manes de Gaudí!— toda la arquitectura levantina». Íd., p. 28.

[100] «Esquema de nuestro siglo XIX. II. Alma y vida del español», en Íd., pp. 30-31.

[101] Íd., pp. 32-33

guaje más historiográfico, de los fracasos de la revolución burguesa, de la industrial y, por supuesto, de la nacional. Porque, en efecto, si algo habría sido el siglo XIX europeo era el siglo de «la historia nacional», el siglo de las grandes reflexiones francesas, alemanas o italianas sobre su propio destino nacional [102]. No es que los españoles no se hubiesen ocupado de España a lo largo de dicho siglo, era simplemente que lo habrían hecho con el corazón, la lengua y el arma en una lucha total y desgarrada, de la que no habría salido opinión profunda alguna sobre la nación española, «entendida como peculiar empresa hacedera y no como añoranza ucrónica» [103].

Llegamos así al núcleo de la tesis de Laín, que es una especie de tercera vía, que no tercera España —porque se trata de la construcción de una vía fascista— que se distancia a la vez del pensamiento y las actitudes reaccionarias y de las liberal-progresistas. Unos, los últimos, habrían representado lo hacedero, lo dinámico y lo que estaba con el espíritu de su tiempo, pero no habrían acertado a ser españoles, a «estar con España», en tanto que pueblo arraigado en el tiempo a una «Historia de España». Tenían una concepción adánica de la nación española y no habrían acertado a ser auténticamente nacionales, auténticamente españoles: «El liberal español entendía o malentendía lo que era una "nación" —la hazaña política del siglo XIX— mas no lograba inventar lo que podía hacer una "nación española". Hasta abandonaba sus condiciones previas, como el mismo poderío nacional. El hecho estupendo de que un progresista "español" considerase laudable la emancipación de nuestras colonias o la explotación de nuestras minas por capital extranjero es insuperablemente significativo» [104]. No mucho mejor era lo que sucedía con los primeros, con los enemigos del liberalismo. Éstos sí que habrían afirmado a España, pero se habrían quedado ahí, en una afirmación del pasado glorioso de España «sin ánimo de creación, sin ansia de originalidad histórica». Habrían sido extemporáneos, incapaces de comprender que una cosa era el Imperio católico del pasado y otra muy distinta una nación moderna cuyas tareas en el plano interna-

---

[102] «Desde Herder a Hitler, o desde Foscolo hasta Mussolini, por atenerme tan sólo a dos ejemplos, centenares de hombres alemanes e italianos han dirigido su mirada meditabunda hacia la peculiaridad histórica, hacia el querido o proyectado destino del pueblo germánico o de la estirpe de Eneas». Íd., pp. 35-36.

[103] Íd., p. 36.

[104] Íd., p. 38.

cional deberían partir de esa inexcusable realidad. La conclusión no podía ser más clara: admitiendo unos la idea nacional al modo del siglo, no habían sabido, querido o podido hacerla española; afirmando los otros a España, no habrían atinado a hacerla «históricamente nacional»; incapaces ambos de entender a España «como empresa nacional», habrían terminado por causar su dolencia. A la espera, claro es, de que con la llegada de Falange se superaran todas las antinomias [105].

El esquema estaba claramente trazado. Fracaso absoluto de España en el siglo XIX y revolución nacional y nacionalizadora pendiente. Lo que se propugnaba no era una especie de vía intermedia entre el liberalismo y sus enemigos, entre las izquierdas y las derechas, sino una superación de ambas en un sentido no liberal sino claramente fascista [106]. De precisarlo se ocuparía el propio Laín en sus reflexiones acerca de la *polémica de la ciencia española* y las posiciones entonces enfrentadas. No habrían sido dos, sino tres, los contendientes. De una parte, estarían los Azcárate, Revilla, Salmerón o Perojo; de otra, Pidal y Mon o el P. Fonseca, entre otros; y de otra, en fin, Menéndez y Pelayo y Laverde [107]. Laín definía, de acuerdo con Menéndez y Pelayo, con quien se identificaba, a la primera posición como «exageración innovadora» y a la segunda como «exageración reaccionaria». A partir de ahí podía arremeter contras ambas, bien entendido que con la segunda compartía al menos su profesión católica y antiliberal.

No había nada, en efecto, de liberalismo en la crítica de Laín a la primera posición, la que identificaba también como progresismo liberal y que, por tal, por partir de la tesis optimista y burguesa de la utopía liberal, por su condición de «Religión de la Humanidad», de fe irracional en el progreso, de negación del dogma y de reducción de la Patria a un mero quehacer de lo presente y venidero, podía ser descalificada. Sin medias tintas, además. Porque si, por una parte,

---

[105] Íd., p. 40.

[106] Lo más benévolo que podía mostrarse Laín con algunos liberales era con consideraciones del tipo: «Apenas hay que considerar aquí al bueno de Martínez Marina, empeñado en hispanizar retrospectivamente al parlamentarismo de su tiempo»; u «Otras actitudes distintas —la del liberal Valera, tan europeo a la vez que tan elegantemente castizo, o la del progresista Campoamor *(sic)*—, son ineficaces excepciones a la dura regla de nuestra sangre». Íd., pp. 42 y 63.

[107] «La polémica de la ciencia española. I. Cuadro general», en Íd., pp. 45-55.

el «grotesco gesto de Salmerón» de negarse a firmar una pena de muerte no le libraba de su condición de «heredero consciente de los que asesinaban frailes en 1834 e inconsciente abuelo de los forajidos de 1934 y 1936»[108]; por otra, el progresismo liberal español, a diferencia de los europeos, habría sido incapaz de absorber lo nacional histórico en lo nacional presente, habría negado el valor histórico de España e intentado crear una cultura moderna *a limine* haciendo tabla rasa de todo lo anterior. El patriotismo liberal español se habría caracterizado, simplemente, en suma, por su «monstruosidad avofágica»[109].

Tampoco la crítica a los «reaccionarios» era precisamente liberal, aunque sí se reclamaba antidogmática y moderna. Eran los Pidal y Fonseca, Nocedal, Ortí y Lara o *El Siglo Futuro*, entre otros; y dos serían las tesis fundamentales de éstos. Primera, que el pensamiento católico había alcanzado su cima insuperable tanto en el plano teológico como en el filosófico con el santo de Aquino; y, segunda, que todo el pensamiento posterior a la Edad Media, toda «la cultura moderna» desde el Renacimiento en adelante constituiría un error sucesivo. No era difícil para Laín descalificar, de la mano de Menéndez y Pelayo, a estos «regresistas» a los que acusaba de estar próximos, aun sin caer en ellas, a las herejías maniquea y del tradicionalismo filosófico y, en el plano que nos interesa, de desconocimiento histórico de España. Esta interpretación negaba en última instancia la modernidad renacentista de los siglos áureos, la del Estado construido por Fernando el Católico y la de la concepción imperial de Carlos V[110].

---

[108] «La polémica de la ciencia española. II. El progresismo liberal», en Íd., pp. 57-59.

[109] Íd., p. 61. Es verdad que Laín diferenciaba después, dentro de los progresistas españoles, entre los que denominada «genialistas», como Azcárate, seguidores de algún modo de la tesis romántica del espíritu o genio del pueblo, y los que calificaba de «educadores», como Sanz del Río y la Institución Libre de Enseñanza. Algo se podía reconocer a unos y otros. A los primeros, la misma perspectiva genialista capaz hasta de influir en Menéndez y Pelayo y aun llegar hasta el Giménez Caballero de *Genio de España*; a los segundos, su probable contribución a la educación científica de España. Pero sin olvidar en ningún caso que todos ellos habían ignorado la historia de España hasta llegar la traición final a la misma (pp. 63-67).

[110] «La polémica de la ciencia española. III. La reacción contrarrevolucionaria», en Íd., pp. 68-89. En el momento de su publicación en *Arriba* —3 de febrero de 1942— este apartado tenía por título el de «La "reacción" en la polémica de la ciencia española». No está de más recordar en este punto la coincidencia cronológica entre la publicación

Sobre todo, los reaccionarios vendrían a coincidir con los progresistas en toda una serie de aspectos que iban desde la «común mediocridad» y dependencia de pensadores extranjeros a la falta de sentido histórico, pasando por el desconocimiento de la historia de España y una «soterraña moral de impotencia». Frente a unos y otros, superando a unos y otros, la alternativa parecía clara: la marcada por el católico, español y moderno Menéndez y Pelayo. Un Menéndez y Pelayo en el que no se localizaba, desde luego, nada de liberal, sino, por el contrario, su intención «actualísima», que bien podía pasar por «rigurosamente prefalangista» [111].

Tal era, evidentemente, la intención de Laín. Descalificar por insuficientemente nacionales, históricos y nacionalizadores a los liberales y progresistas tanto como a los reaccionarios e integristas, para mejor situar la *tercera vía* falangista, nacional y revolucionaria. Y de paso *apropiarse* de un Menéndez y Pelayo que se estaba convirtiendo, cada vez más, en el gran instrumento o mascarón de proa de los defensores, tanto fuera de Falange como dentro de ella, de un nacionalismo reaccionario alternativo al fascista defendido por Laín y sus amigos. Pero alumbraban también aquí, tímidamente, elementos de *posfascismo,* porque en la medida en que se acentuaban las líneas de diferenciación respecto del pensamiento reaccionario y en la medida también en que la línea revolucionaria fuera cayendo por la propia lógica de los procesos políticos en curso en posiciones más y más defensivas, se abrirían unas líneas que irían progresivamente de la recuperación fascista de aspectos específicos de la tradición liberal, a una suerte de posfascismo con tintes liberales. Pero para esto último faltaba todavía mucho tiempo y todo un proceso que no tendría nada de simple, lineal y apresurado.

---

de estos estudios y las andanadas que se estaban lanzado desde *Arriba España*. Por otra parte, Laín deslindaba, aunque no del todo, la herejía del tradicionalismo filosófico respecto del tradicionalismo político: «Apenas me parece necesario advertir al lector ingenuo que este tradicionalismo filosófico, condenado por la Iglesia, apenas tiene relación con el catolicísimo tradicionalismo político español. Lo cual no obsta para advertir que el tradicionalismo filosófico es el peligro del tradicionalismo político. Si el riesgo de toda actividad revolucionaria está en hacerse "antidogmática", el de la postura contrarrevolucionaria consiste en ser "superdogmática", esto es, heréticamente tradicionalista. José Antonio y el Tradicionalismo español supieron evitar uno y otro riesgo» (p. 75).

[111] «La polémica de la ciencia española. IV. Avanzados y reaccionarios» y «V. Menéndez y Pelayo», en Íd., respectivamente, pp. 90-96 y 97-98.

Por el momento, en efecto, lo que se apreciaba era la aparición de signos evidentes de diáspora, en el terreno de las preocupaciones y de las actividades, como en el de las reflexiones y cambios a veces divergentes y, sobre todo, un retroceso político casi imparable. Maravall, por ejemplo, proseguiría en su línea de crítica historiográfica en la que iría vertiendo, al unísono, sus concepciones historiográficas y su visión de la historia. En el primer sentido, ello le permitiría llevar a cabo una lúcida crítica del positivismo, una reivindicación de la historia como ciencia que debía dotarse de los oportunos y bien precisados conceptos, o una clara defensa del saber histórico como algo orientado a aprovechar los conocimientos del pasado para actuar sobre el propio presente. Claro es que para Maravall positivismo historiográfico y positivismo histórico eran las dos caras de una misma moneda caracterizada por la ausencia de principios trascendentes. De tal modo que por esta vía podía seguir en su línea de crítica a la modernidad [112].

Más concretamente, armado con estas concepciones historiográficas, Maravall podía hacer la crítica de la tesis de Burckhardt en quien apreciaba una ausencia de conciencia histórica que le condenaría a quedarse en un enfoque puramente descriptivo. La ausencia de dicha conciencia y la aceptación por Burckhardt de la idea que el siglo XIX tenía de sí mismo como plenitud de los tiempos habrían conducido a aquél a establecer una rígida ruptura entre la Edad Media y el Renacimiento, para prolongar de hecho los valores de este último hasta el mismo siglo XIX. Para Maravall, por el contrario, la recuperación de los valores y principios trascendentes, propios del siglo XX, permitiría una nueva visión de la historia en la que, por una parte, se reconociera la existencia de sólidos antecedentes renacentistas en la Edad Media y, por otra, la subsistencia en el Renacimiento de elementos decisivos —por ejemplo, en los planos religiosos y eclesiásticos— de los tiempos medievales [113].

Maravall se servía de la defensa de una Edad Media más rica, compleja, abierta e innovadora para acentuar las líneas de continuidad con el Renacimiento tanto como para subrayar las líneas de discon-

---

[112] José Antonio MARAVALL, «Un trance decisivo de la Historia de Europa», *Arriba*, 14 y 21 de abril de 1942; Íd., «Interpretación del Renacimiento. El sentido de la tesis de Burckhardt», *Arriba*, 6 de junio de 1942, y «El hombre del Renacimiento», *Arriba*, 9 de julio de 1942.

[113] «Interpretación del Renacimiento» y «El hombre del Renacimiento».

tinuidad entre este último y el siglo del positivismo, el XIX. Lo hacía desde los mismos supuestos de la radical crítica antipositivista a propósito de la primera traducción en España del libro de Paul Hazard sobre la crisis de la conciencia europea. Sin escatimar elogios a la obra, no dejaba de apuntar Maravall que la ausencia de una concepción científica de la historia —«y, por ello, apriorística»— había impedido a Hazard subrayar la importancia radical de ciertos cambios. En concreto, la evolución de lo que iba del racionalismo del XVII al empirismo del XVIII, y el modo en que el primer racionalismo de Descartes fue siendo reformulado hasta eliminar la idea de Dios, secularizar el concepto de naturaleza, crear una metafísica de la misma hasta generar una religión natural y conducir, en fin, al descarrío de la razón. Y aquí se establecía esa crítica a la modernidad que podía ser tan asumible desde el raciovitalismo orteguiano como desde el antipositivismo fascista: «Desde entonces se descarría la razón, y su gobierno desvariado, que deja rienda suelta a las facultades críticas y negativas y que rompe todo vínculo social, intentará durante más de dos siglos poner remedio al mal que ha ocasionado. La protesta de lo instintivo y sentimental no cesará de perturbar desde ese momento» [114].

Lo que se percibía claramente en Maravall era la misma línea de defensa de la modernidad renacentista —y también medieval— española en una forma similar a la realizada desde otro plano por Laín. La coincidencia era esencial también en lo que tocaba a la común reivindicación de la «otra modernidad», la española, cuyo componente esencial, en el pasado como en el presente, habría sido, además de su catolicismo, su apertura al exterior, su anticasticismo. No era casualidad, por tanto, que sobre estas bases y dada la naturaleza de las batallas ideológicas y culturales en curso, Maravall insistiera especialmente en esas líneas de apertura al exterior. Lo hacía, por ejemplo, cuando pugnando contra toda «limitación casticista y romántica», establecía una conexión entre la apertura de la cultura española en los siglos áureos y la que se habría empezado a experimentar en el primer tercio del siglo XX; para reclamar, sencillamente, que se reemprediese, con la adecuada política de traducciones, por ejemplo, esa dinámica de apertura al exterior [115].

---

[114] «Un trance decisivo».

[115] José Antonio MARAVALL, «Traducciones», *Arriba*, 10 de junio de 1942.

En esta misma dirección podía casi darse por descontada la *vuelta a Ortega*. No tanto porque éste hubiese desaparecido en momento alguno de las mentes falangistas, cuanto porque, ahora, su presencia se hacía más notoria y necesaria, sin que faltase, por supuesto, algo de vindicación del maestro ante los ataques a que le sometía el cerrilismo nacionalcatólico. De modo que si la presencia de Ortega estaba implícita en esa reivindicación de la apertura cultural de principios del siglo XX, y lo estaba también en algunas de las concepciones historiográficas de Maravall[116], no faltaría tampoco, por supuesto, en el plano del pensamiento. En este último, en efecto, Ortega habría conseguido ni más ni menos que «el castellano fuera capaz de servir» para entender el pensamiento filosófico del momento, y que subsiguientemente se pudiera expresar por primera vez en castellano un pensamiento original. Pero la apertura al exterior y la «modernización» o actualización del pensamiento español para ponerlo a la altura de los tiempos, no era todavía o al menos no iba acompañada de signo explícito alguno de ruptura con las posiciones fascistas y totalitarias tan abiertamente propagadas hasta meses antes. Por lo que se podía considerar esta propuesta como una manifestación, más abierta y radical si se quiere, del anticasticismo falangista. De ahí la inquietante ambigüedad del modo en que Maravall concluía algunas de sus reflexiones sobre las últimas obras de Ortega:

«Si después de esto cogemos su *Prólogo* a Brebier o su anterior *Historia como sistema* o este *Esquema de las crisis*, observamos muy bien que es lo que llevaba en sí esa labor "literaria" de Ortega y como merced a ella ha sido posible pensar y decir en nuestro idioma, y ya con toda precisión técnica, una filosofía del tiempo presente y, dentro de éste, una filosofía profundamente original, pese a quienes pretenden poner a toda forma de pensamiento nuevo la etiqueta de un nombre extranjero» [117].

---

[116] De hecho, era explícita: «Uno de esos medios de la ciencia histórica es el concepto de "época". En un lapso de tiempo determinado, los hombres se mueven y actúan según unas creencias, y de pronto, en pocos años, cambia su actitud y los vemos comportarse y tejer su historia durante otro período, obedeciendo a creencias distintas. Entre esas creencias que dirigen la vida de los hombres en cada momento, Ortega ha advertido que hay una básica, fundamental, en la que todas las demás se apoyan. Pues bien; al cambiar ésta sobreviene todo un cambio de época histórica». José Antonio MARAVALL, «Un trance decisivo».

[117] José Antonio MARAVALL, «Con motivo de los últimos libros de Ortega y Gasset», *Escorial*, núm. 18, abril de 1942, pp. 147-150.

La reaparición de Ortega o, mejor, la reafirmación de una presencia nunca negada, se iba configurando así como una especie de camino de doble dirección que tanto servía para reafirmar posiciones fascistas como para dejar entrever futuras líneas de evolución que en función de los acontecimientos permitirían volver a aquel Ortega que allá por los años treinta había dejado a muchos de sus discípulos a «las puertas del infierno». Algo de esto podría apreciarse tal vez en las reflexiones sobre liberalismo, democracia y totalitarismo de otro antiguo orteguiano y falangista, Eliso García del Moral, a propósito de la declaración del Atlántico de Roosevelt y Churchill. El propósito de la crítica era la previsible alianza entre la URSS y las democracias occidentales, pero el razonamiento consistía en un curioso escalonamiento de los males del liberalismo y la democracia. El primero sería un error, incluso bienintencionado, que, por otra parte, habría rendido grandes frutos en términos de desarrollo económico. Pero la democracia era simplemente el mal, y mucho peor lo sería aún el híbrido demoliberalismo que, por tal, sería «estéril y malicioso». Lo curioso del artículo era su capacidad para combinar esta relativa y tibia comprensión del liberalismo, con la condena de la democracia y la exaltación del totalitarismo. Si el primero podía tener algo de error, la segunda era la mentira en sí misma y el totalitarismo la verdad y el auténtico gobierno del pueblo: «Esto no será democracia pero es auténtico gobierno del pueblo, que actúa por su voluntad auténtica. No por una delegación de voluntad a través de cambalaches y enjuages electorales, sino por su propia voluntad encarnada en un jefe, llámese Führer, Duce o Caudillo» [118].

Algo tenían que ver también con el liberalismo y el totalitarismo las reflexiones de otro antiguo orteguiano, fundador de Falange, director a la sazón de la *Revista de Estudios Políticos* y que no tardaría en jugar la carta de la restauración monárquica, Alfonso García Valdecasas. Lo hacía en un artículo que se ha juzgado tradicionalmente como un ejemplo de la voluntad de desmarcarse de los totalitarismos europeos [119]. Así era probablemente, pero lo que nos interesa constatar ahora es que de algún modo esta voluntad de desmarque volvía

---

[118] Eliso García del Moral, «La verdad y la democracia», *Arriba*, 7 de septiembre de 1941.

[119] Alfonso García Valdecasas, «Los Estados totalitarios y el Estado español», *Revista de Estudios Políticos,* núm. 5 (1942), pp. 5-32. Cfr. José Antonio Portero (1978), pp. 22-54, y Elías Díaz (1992), p. 31.

a apuntar líneas, en parte al menos, orteguianas, que implicaban una apuesta por una liberalización mayor. Si, en efecto, García Valdecasas intentaba, por una parte, señalar las diferencias entre la idea española del Estado totalitario como algo meramente instrumental y acorde con la tradición católica española, también desarrollaba una línea de defensa de la sociedad frente a las tendencias a la totalización y burocratización de todos los Estados modernos —del democrático al totalitario— en el que aparecía una no demasiada velada defensa del primer liberalismo y más aún del doctrinarismo. Cosas ambas que enlazaban, por una parte, con los conocidos juicios al respecto de Ortega y con la línea que poco más tarde desarrollará otro orteguiano, Díez del Corral [120]. Por otra parte, todo ello le permitía abogar por una detención del proceso de burocratización e intervencionismo que estaría prosiguiendo el Estado español en su proceso de construcción.

Elementos, pues, en algunos aspectos convergentes y en otros divergentes, los de una intelectualidad falangista que de alguna forma empezaba a intuir el fracaso del proyecto fascista. No faltaría tampoco quien dentro de esta intelectualidad optara, retorciendo viejas argumentaciones, por pasarse con armas y bagajes a la línea oficial. Es lo que haría Francisco Javier Conde al publicar en la vorágine *caudillista* que siguió al viaje triunfal de Franco a Barcelona una de sus primeras aproximaciones a su posteriormente famosa teoría del Caudillaje [121]. El ensayo tiene gran interés desde todos los puntos de vista y no en último lugar desde el de su misma construcción, aunque sólo sea porque los problemas relativos al mando político y el caudillaje y su evolución en la sociedad contemporánea sustituían a los anteriores relativos a la nación. Se trataba, como tres años atrás, de diferenciar la idea española de la de los países con sistemas políticos «aparentemente similares», sólo que ahora parecía abrirse casi un abismo entre unos y otros [122]. Así, si desde los tiempos modernos el pueblo español había gastado «sus mejores armas dialécticas en combatir el Estado moderno», la Edad Contemporánea se había caracterizado, al igual que el resto de Europa, por una progresiva despersonalización del poder hasta concluir en la ruptura de todo

---

[120] Luis DÍEZ DEL CORRAL (1945).

[121] Francisco Javier CONDE, «El Caudillo. Doctrina del Caudillaje», *Arriba*, 4-8 de febrero de 1942. Recogido como «Espejo del Caudillaje», en Íd. (1973), pp. 364-394.

[122] Francisco Javier CONDE, «El Caudillo», *Arriba*, 4 de febrero de 1942.

vínculo entre gobernantes y gobernados experimentada con la Segunda República. El caudillaje labrado a partir de la guerra civil era la reversión de ese proceso despersonalizador hasta confluir con las genuinas tradiciones españolas.

No es necesario entrar aquí en las disquisiciones de Conde acerca del caudillaje. Bastará decir que en una especie de juego entre las teorías constitucionales de Carl Schmitt y las tres legitimidades de Weber, Conde presentaba el caudillaje franquista como esencialmente carismático, aunque para ello tuviera que dar rango de «propósito constituyente» a un mensaje de Arrese que cargaba las tintas sobre el elemento religioso. Circunstancia que, por cierto, permitía a Conde aliarse incondicionalmente con los partidarios de la Cruzada:

> «Lo religioso impregna así decisivamente los actos genuinos del caudillaje. En este elemento, no en otro de orden natural o biológico, está la raíz última entre el caudillo y los acaudillados. La misión religiosa del mando político presupone, como término correlativo, la conciencia de pertenecer a un pueblo elegido. Esa conciencia está presente en la interpretación de la guerra como Cruzada y de España como pueblo llamado a salvar al mundo moderno del abismo en que se halla caído» [123].

Claro es que el principio de la legitimidad carismática incorporaba, absorbiéndolas en una relación nueva, a las otras dos, esto es, la racional y la tradicional. Pero tampoco en lo relativo a estos dos aspectos abrigaba Conde demasiadas dudas. Varios serían los elementos racionales presentes en el caudillaje, pero estaba claro cuál era el más importante de todos ellos, el militar: «El poder político señala las metas y recurre a las armas como última *ratio* en situaciones extremas. El mando militar es, pues, uno de los elementos racionales del caudillaje, y es, desde luego, el más importante, en cuanto está llamado a asegurar el cumplimiento de la función política en el interior y en el exterior». Lo mismo sucedía respecto de la religión a propósito del componente tradicional, aunque —a modo de un Schmitt pasado por el confesionario— ello obligase a dar «relieve jurídico constitucional» nada menos que a la consagración del Caudillo en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid, momento, precisaba Conde, en que el carisma se había objetivado y tradicionalizado [124].

---

[123] Francisco Javier CONDE, «El Caudillo», *Arriba,* 6 de febrero de 1942.
[124] *Ibid.*

Puestas así las cosas, no sería difícil trazar las diferencias profundas entre el caudillaje español o el alemán e italiano. El primero sería en principio más carismático, propio de una más rotunda ruptura con la previa realidad constitucional, y menos dependiente del principio democrático-racional. Volviendo sobre sus anteriores reflexiones acerca de la idea de nación, Conde podía constatar ahora que, dado que la idea española se basaba en las nociones de destino y empresa universal y no en la del espíritu del pueblo, el caudillaje español tendría ese mismo fundamento: «La *auctoritas* del Caudillo descansa en la identidad del destino del que acaudilla y de los acaudillados». Si se trataba de invocar la tradición, esto no se haría al modo de la escuela romántica, sino desde el punto de vista del papel del Caudillo como «custodio supremo, soberano actualizado de la comunidad de valores que integran la tradición española». Si se quería subrayar la identidad entre el Caudillo y su pueblo, no se trataría de caer en invocaciones metafísicas a la sangre, raza o espíritu del pueblo, sino de reafirmar el concepto de identidad de destino. Mucho menos aún sería cuestión de caer en la contraposición entre caudillo y masa o muchedumbre, propia de los casos italiano o alemán, sino de insistir en una peculiar «rección *(sic)* "ejemplar" de todos los que acontecen en un destino común, el polo dialéctico del caudillo no es muchedumbre amorfa, sino nación, suareciano *corpus mysticum politicum*, lúcidamente movilizado hacia la perfección de su destino» [125].

Para Conde, en fin, con el caudillaje estaría a punto de cumplirse el viejo sueño de la estirpe española de vencer al Leviatán moderno [126]. Pero se trataba también, como hemos podido observar, de todo un esfuerzo de legitimación del curso que estaban tomando los acontecimientos: afirmación del caudillaje franquista y, con él, de los nuevos equilibrios con el Ejército y la Iglesia, así como la redefinición del nacionalismo en un sentido menos imperialista y más católico y tradicionalista. En cierto modo, el indudable alineamiento de Conde con la línea oficial marcaba claramente el alcance del proceso en curso o, por decirlo de otro modo, el retroceso de las posiciones de los falangistas revolucionarios. No faltaban signos de ello incluso en el buque insignia de los intelectuales fascistas, la revista *Escorial*. Ignoramos las razones de ello, pero no deja de ser indicativo que

---

[125] Francisco Javier CONDE, «El Caudillo», *Arriba*, 8 de febrero de 1942.
[126] *Ibid.*

la sección «Hechos de la Falange» desapareciera desde el mes de abril de 1942, o que el último editorial fuera el del mes de junio [127]. Casualidad o no, la firma de Rafael Calvo Serer aparecía ya en mayo de 1942 con una amplia reseña sobre el tema del Renacimiento español [128]. No parece exagerado concluir que la vida de la revista *Escorial* como publicación políticamente comprometida había acabado ya por entonces [129]. Unos meses más tarde dejó la dirección de la revista Dionisio Ridruejo. El mismo Ridruejo que en dos tiempos, antes y después de agosto de 1942, pondría el epitafio al revolucionarismo y ultranacionalismo fascistas.

Ridruejo pone el epitafio

Lo ponía, todavía no en el sentido que aquí le damos, Dionisio Ridruejo, un 18 de julio, reflexionando sobre su regreso de Rusia, en un escrito cuya poética prosa constituía al mismo tiempo la mejor síntesis del ultranacionalismo fascista, de su deriva idealista en la dirección de la negación de la *nación real* en beneficio del partido como encarnación de la *nación ideal* y de la conciencia de la crisis y postergación de la Falange fascista [130]. No ocultaba Ridruejo su opinión de la España que había abandonado allá por el verano de 1941

---

[127] En el correspondiente al del mes de julio se le volvía a «dejar» la palabra a José Antonio Primo de Rivera. Ya no habría ningún otro hasta el núm. 24 correspondiente al mes de octubre —pasados ya, por tanto, los acontecimientos de Begoña— tan significativo por su título «Textos sobre una política de arte», como por su autor, Rafael Sánchez Mazas. Recuérdese lo apuntado por Laín Entralgo a propósito de este último. Para una visión alternativa, y muy desenfocada, de este último proceso, véase Sultana Wahnón (1998), pp. 197 y ss.

[128] Rafael Calvo Serer, «El sentido español del Renacimiento (Notas a un libro de Gustav Schnürer)», *Escorial,* núm. 19, mayo de 1942, pp. 297-307. Unos meses más tarde el mismo Calvo Serer aprovechaba una reseña sobre el libro de Paul Hazard sobre la crisis de la conciencia europea para lanzar una formidable diatriba contra la modernidad. «Sobre los orígenes de lo moderno», *Escorial*, núm. 23, septiembre de 1942, pp. 435-440.

[129] En octubre de 1942 fue nombrado director José María Alfaro, el cual forzó inmediatamente la salida del equipo de redacción de Laín Entralgo. Al parecer, el nuevo director tenía órdenes precisas del titular de la Vicesecretaría de Educación Popular, Gabriel Arias Salgado, de «conferir a la revista los tonos de neutralidad política y doctrinal de que había adolecido hasta entonces». Álvaro Ferrary (1993), p. 190. Otro problema es, desde luego, el del valor literario de la publicación, para lo que nos remitimos a lo escrito por José-Carlos Mainer (1971), pp. 52-55.

[130] Dionisio Ridruejo, «La España del Wolchow», *Arriba*, 18 de julio de 1942.

al marchar a Rusia. Una España en la que la «ilusión vital, irracional, pura» del primer 18 de julio, el de 1936, había llegado a su cumbre, había «hecho crisis», dejando lugar al «engaño» y al «desaliento». Quienes habían marchado a la División Azul entonces lo habrían hecho en un estado de confusión. Un año más tarde, sin embargo, la sensación sería distinta: «Y he aquí que este 18 de julio en Grafenwor vuelve a ser un 18 de julio vivido, no conmemorativo». ¿Qué había cambiado? Básicamente, que en su combate por Europa y contra Rusia, los españoles falangistas habrían hecho a la vez «su» guerra y la guerra de España y que la resultante de ello habría sido la transposición a la División Azul de la propia nación española: «El hombre, el español, está ahora aquí, y aquí ha de esforzarse en encontrar todo lo suyo. La División es ya España, una España caminante».

Además, si ésa era la verdadera España, lo era de acuerdo con la más pura ortodoxia falangista. La misma noción que había servido a José Antonio Primo de Rivera en el calabozo de Alicante para rechazar la nación de la tierra *africanizada* refugiándose en su ideal linaje gótico-aristocrático, llevaba a Ridruejo ahora a afirmar como verdadera España la de la División Azul:

> «Para mayor pureza, ha desaparecido la trampilla geográfica. Una Patria "no es un agregado de tierras", es un haz de gentes que caminan juntas. Caminamos. El espacio hace aquí —para la imagen— el papel de tiempo. Somos "unos" porque lo somos hacia el porvenir, en el destino más que en la procedencia. Y porque lo somos de cara a "otros", junto a ellos o frente a ellos; en lo universal. He aquí esta unidad de destino en lo universal atravesando la Tierra hacia el combate, tal y como España —lo soñamos— va a atravesar el tiempo. Cierto: la División es una España andante, nuestra España».

Más aún, la propia División Azul estaría «trayendo a España, a toda España, aquí». La España de la vanguardia, la España del ideal, la España de la voluntad, de la decisión y de la esperanza, la España de la sangre, el honor y el orgullo, venía a decir, era la España que había crecido y se había perfilado en la División Azul: «Somos la España que queremos, la que ganamos, la que exigimos. Toda amada y fecunda. Toda en pie de guerra, fortificada y audaz». En suma, una España soñada que se definía también por contraposición con la España de sus tierras, la de piedra firme de existencia mucho más opaca e indecisa. Una España, pues, frente a otra, como también, de algún modo, una Falange frente a otra:

«¿Vamos a volver? No, vamos de España a España, de aquella soñada, síntesis ideal y sangrienta, a esta hermosa sobre todas las tierras, nuestra España de piedra firme. ¿Se van a destruir aquí en la verdadera, en la terrena, los muros esbeltos de la España ideal de allá lejos? Allá lejos, en vanguardia ejemplar, la Falange ha vuelto a ser aquélla, clara, garbosa y sin dudas. Aquélla, pero otra. Aquélla, pero sin nostalgia. Lo ha sido en realidad y ante la concreta realidad del tiempo. Allá lejos, España, ya en camino, ha soñado su plenitud, en plenitud de alegría, de justicia, de potencia, de dimensión, de empresa. Aquí, ante los ojos exigentes que han soñado y merecido su sueño, la Falange se nos ofrece, como sumida en externa modorra mediocre mientras bulle impaciencias, nuestras impaciencias. Y España, indecisa, pugna con los escombros, mientras la llaman, lejos, sus propios caminos, nuestros caminos».

No era, se podría decir, realmente un epitafio. Casi parecería lo contrario, una incitación a la lucha. Pero Ridruejo había trazado demasiado clara y rotundamente la diferencia entre las dos Españas, la ideal y la real, aquella que se quería y aquella de la que se renegaba. Demasiado rotundamente como para que la derrota, última y definitiva, que se iba a producir a raíz de los acontecimientos de Begoña, en la crisis de agosto-septiembre de 1942, pasase sin consecuencias. Esto es lo que da valor de epitafio a su escrito «del Wolchow» considerado conjuntamente con la cartas que por aquellas fechas —antes y después de los acontecimientos de Begoña— remitiría a Franco, Serrano Suñer y Arrese. Todas ellas reflejaban una única y dura realidad: la España real, la de un Caudillo que no actuaba realmente como Jefe de Falange, la de una Falange que no era ni siquiera una fuerza, la de un ejército que se comportaba como un poder real y un movimiento político autónomo, la de unas jerarquías eclesiásticas siempre dispuestas a lanzar sus exigencias e inquisiciones, la de unos clanes conservadores opuestos a toda reforma, se había impuesto definitivamente a la España ideal o soñada [131].

Consecuentemente, Dionisio Ridruejo dimitiría de todos sus cargos en esa España oficial y en esa Falange «dispersa, decaída, desarmada (y) articulada como una masa borreguil». Pero no dimitía de fascista —«de la Falange "esencial" —decía— , no me voy» [132]. Dimitía, precisamente, porque seguía siendo fascista. Pero al hacerlo venía

---

[131] Escritos reproducidos en Dionisio RIDRUEJO (1976), pp. 236-245.
[132] Íd., p. 242.

a constatar el fin, el fracaso, del más extremo y radical esfuerzo nacionalista y nacionalizador, a la vez que utópico, de la España contemporánea, el del ultranacionalismo fascista. Otro nacionalismo, católico, reaccionario, de puertas adentro, más castizo que europeísta, más defensivo que imperial, más retrospectivo que proyectivo, el nacionalismo de la España negra, mediocre y *cutre* con la que se identificará al franquismo se había impuesto. Se trataba en última instancia de otro proyecto nacionalizador. Otros proyectos nacionalistas y nacionalizadores, cuyas incipientes líneas hemos venido observando, se irían configurando como un nacionalismo posfascista, el de los viejos fascistas ahora irrevocablemente derrotados.

EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

Los sucesos de Begoña de 1942 suponían la culminación de un largo proceso de enfrentamientos de los falangistas con los militares y otros integrantes de la coalición reaccionaria o compromiso autoritario en el poder [1]. Un proceso que cerraba el conflicto que se había planteado quince meses antes. Entonces, en mayo de 1941, la participación de Falange en las estructuras de poder del régimen se había reforzado, tanto como la de los militares. Sólo que aquel reforzamiento tenía como contrapartida una renuncia al proyecto específicamente fascista del partido único. Varias *falanges* habían coexistido mal que bien en el interior del partido. Una de ellas, la oficial de un Arrese que poco a poco había ido reafirmando sus posiciones frente a un cada vez más debilitado Serrano Suñer, se había conformado progresivamente como la Falange de Franco. Era una Falange fascistizada del revés. Esto es, una Falange que había pasado de fascista a fascistizada. Siempre a la defensiva, había renunciado, al menos a corto plazo, a todo proyecto hegemónico para salvar cuanto pudiera. Esto había supuesto la aceptación de que constituía uno, pero uno sólo, de los pilares del régimen. Acosada por los militares y la Iglesia, tradicionalistas y monárquicos, esa misma Falange se había mostrado dispuesta a renunciar a elementos esenciales de su propio discurso fascista con la esperanza de desactivar tal acoso. Paralelamente, había ido jugando cada vez más la carta del caudillaje

---

[1] Joan M.ª THOMÀS (2001), pp. 313 y ss.; Stanley G. PAYNE (1997), pp. 568 y ss., y José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 425 y ss.

franquista. El partido dependía más que nunca de Franco. Por eso, un sector del mismo decidió *entregarse* a él mucho más de cuanto había hecho en 1937, con la esperanza ahora de que Franco le permitiera, al menos, permanecer en posiciones importantes de poder. De nuevo, el deseo había sido recíproco. Desde agosto de 1942 como muy tarde, Franco fue consciente de que otros sectores del compromiso autoritario, los militares en especial, empezaban a concebir la posibilidad de una próxima restauración monárquica[2]. Era una razón más para que el Caudillo, como por lo demás haría en lo sucesivo, se negase a prescindir de ese instrumento cada vez más fiel en que se había convertido el partido.

Lo que se había recreado, en cierto modo, entre mayo de 1941 y agosto de 1942 era una situación similar a la de los tiempos de la unificación, con aquella Falange tradicionalista y fascista, imperial y católica. La Falange que, caídos ya, por un lado, los padres fundadores y, por otro, los más radicales de los compañeros de Hedilla, había balbuceado y se había debatido entre el radicalismo fascista y el nacionalcatolicismo. Aquella Falange de *Arriba España* y *Jerarquía,* más dispuesta a beber de Onésimo Redondo, Giménez Caballero o Eugenio d'Ors que de Ramiro Ledesma. Aquella Falange que había tenido que poner una vela a Menéndez y Pelayo y Maeztu y otra al noventayocho y Ortega. Posteriormente, de la forma que hemos visto, haciendo gala de una especie de aplicación a sí misma del mito palingenésico, aquella Falange había regenerado un discurso plenamente fascista en las nuevas condiciones. Todo esto había tocado techo en los primeros meses de 1941 y el fracaso de la ofensiva de mayo no hizo sino confirmarlo propiciando la vuelta a una situación similar a la de los tiempos de la guerra civil. Los sucesos de Begoña, con la definitiva defenestración de Serrano Suñer y lo que quedaba en posiciones oficiales del falangismo radical y revolucionario, no hizo sino confirmar todos los datos del proceso.

Más todavía que en 1941, Falange hubo de renunciar o al menos olvidar sus proyectos totalitarios. Pero, más también que en 1941, el espectro de que los elementos conservadores apoyados en los militares pudiera amenazar la autoridad del Caudillo se hizo evidente. La salida simultánea del gobierno de los militares antifalangistas

---

[2] Situación que comportaba, como le advertiría Carrero, un «cierto alejamiento de parte del Ejército» del propio Franco. Véase Javier TUSELL (1993), p. 80.

Galarza y Varela y de Serrano Suñer era la mejor demostración de que un nuevo peligro se estaba configurando y que para conjugarlo la Falange de Franco seguía siendo un elemento esencial; tanto más cuanto la evolución de la Segunda Guerra Mundial experimentó un giro decisivo. Lo sustancial del fracaso del falangismo revolucionario, del ultranacionalismo fascista, se había producido cuando todavía las armas alemanas dominaban Europa. La agresión alemana a la URSS pudo dar un nuevo impulso a aquel falangismo revolucionario al tiempo que hacer concebir esperanzas al sector oficial de que una definitiva victoria nazi pudiera cambiar de nuevo la correlación de fuerzas en España. Pero tras los sucesos de Begoña vino el desembarco aliado en el Norte de África, la batalla de Stalingrado, la irrupción aliada en Italia y la caída de Mussolini. Todo esto tuvo consecuencias decisivas. Por una parte, el sueño del imperio se desvanecía para siempre, con lo que caería definitivamente un componente esencial de todo proyecto fascista[3] y, por otra, la previsible derrota de los fascismos constituía un aliciente para acentuar los elementos de diferenciación del proyecto falangista frente a sus correligionarios europeos. Pero, por otra parte también, conservadores, militares y monárquicos iban a acentuar sus presiones a favor de la restauración de la Monarquía. Una ofensiva de signo contrario a la falangista de 1941 tuvo lugar a lo largo de 1943, involucró a procuradores en Cortes y siete de los doce tenientes generales. Llevada a cabo con la misma debilidad e inconsecuencia que aquélla, su resultado fue el mismo, el fracaso. El resultado fue la reafirmación del control por el Generalísimo de un ejército que sería en lo sucesivo, sobre todo y ante todo, plenamente franquista[4].

Sobrevivir

Entre 1942 y 1945, la disciplinada y franquista Falange aceptó cuanto se requirió de ella para confirmar la desfascistización del régimen. Se reafirmó como española, católica y tradicional, ni totalitaria ni fascista; incluso asumió que no podría identificarse en lo sucesivo

---

[3] Cfr. Herbert R. Southworth (1967), pp. 59-60.

[4] Paul Preston (1994), pp. 602 y ss., y Xavier Tusell y Genoveva García y Queipo de Llano (1985), pp. 223 y ss.

como Partido o que España era simplemente una *democracia orgánica.* Todo fue más lejos aún con el final de la Segunda Guerra Mundial. Desapareció el saludo romano como saludo oficial y hasta la propia Secretaría General del Movimiento fue dejada vacante. Se aceptó el nuevo protagonismo de los católicos oficiales, los parientes ideológicos de la vieja CEDA, los de Acción Católica, los tantas veces denostados herrerianos. Se aceptó el Fuero de los Españoles, la Ley de Referéndum y la Ley de Sucesión. La propia Falange se sometió a un proceso de oscurecimiento y maquillaje[5] que años más tarde describiría Antonio Tovar de la siguiente manera:

«Hemos atravesado la época de las definiciones cambiantes, unos años en gris mayor, donde cada día se nos daba una definición con el fin de hacer que en esa noche política todos los gatos fueran pardos. Nosotros, los falangistas —recordadlo bien— hubimos de disimular, de callar, de camuflarnos [...]. Nuestra mística social, los colores rojo y negro, el llamarnos camaradas, todo esto, que había hecho al Movimiento tan atractivo, tan fácil de captar a las masas y que fue tan necesario en los momentos de 1936, como recordáis los que vivíais en las ciudades donde había elementos que procedían de los partidos marxistas o cenetistas, toda esta mística social se vio en grave peligro entonces. Naturalmente, nuestra política social, si la quitamos ese calor, si la quitamos esas consignas de esos colores vivos —rojos y negros—, tiene el peligro de parecer a todas las políticas sociales del mundo, más o menos cristianas, otra vez diremos: más o menos marxistas»[6].

Pero Falange permaneció. Contra todos —católicos, militares o monárquicos— cuantos aconsejaron, insistieron o presionaron a favor de su desaparición, Franco se mantuvo inquebrantable en su decisión de mantenerla como un soporte fundamental del régimen. Era, desde luego, plenamente consciente de que la desaparición de ese pilar insustituible de su Caudillaje, de su arbitraje, podría constituir el principio del fin de su propio poder. Cuando explicó su decisión a uno de los personajes que le aconsejaban lo contrario, el católico y ministro de Exteriores, Alberto Martín Artajo, Franco hizo algo parecido a una disertación de lo que era un partido fascistizado en un régimen fascistizado: toda la actividad política debía pasar por Falange, era

---

[5] Joan M.ª Thomàs (2001), pp. 353 y ss.

[6] Antonio Tovar, «Lo que a la Falange debe el Estado». Conferencia pronunciada en la inauguración de la Tribuna «José Antonio» de la Guardia de Franco el 28 de febrero de 1953. Reproducida íntegramente en *Arriba*, 1 de marzo de 1953.

un instrumento «activo y eficaz» para la reforma social, «educa(ba) a la opinión y organiza(ba) fuerzas», constituía un «baluarte frente a la subversión», atraía hacía sí críticas que de otro modo irían hacia el Gobierno [7].

Hubo, pues, un proceso de desfascistización, pero limitado. Con los mismos límites que se habían podido apreciar ya en 1941-1942. Con los mismos límites que iban a permitir que, una vez pasado lo peor del acoso internacional y la disidencia monárquica, el partido recuperara posiciones. Así, en 1948, se volvió a cubrir la vacante de la Secretaría General del Movimiento en la persona de Raimundo Fernández Cuesta y en 1951 se le devolvió el rango ministerial. Por estas fechas se produjo una reactivación del revolucionarismo falangista que iba a concluir, diríamos que en lo sustancial, como tal revolucionarismo, para siempre, en los célebres incidentes universitarios de febrero de 1956. Cual *Ave Fénix*, de nuevo, el radicalismo falangista resurgía de sus cenizas. No es casualidad, por tanto, que Antonio Tovar, a la sazón rector de la Universidad de Salamanca, como Laín Entralgo lo era de la de Madrid, y colaborador por ello del ministro católico-falangista de Educación, Joaquín Ruiz Giménez, pudiera remitir cuanto veíamos en su citada conferencia a un pasado afortunadamente superado:

> «Sin embargo, de la derrota de la guerra salvamos lo fundamental. Es verdad que se destruyeron algunos símbolos, como no podía ser por menos, pues en eso nos parecíamos evidentemente a los vencidos en la guerra mundial segunda, y no había más remedio que cambiar en ese orden; pero en lo profundo, en lo fundamental nosotros teníamos la razón, y los acontecimientos siguientes nos la han venido a dar» [8].

Entre lo fundamental estaba, claro es, la propia Falange, el Estado franquista y, dentro de éste, todo lo que le debía a la primera: el aprendizaje del manejo de la prensa y la opinión y el de la economía, la política social y «la utilización prudente, generosa, inteligente de los valores intelectuales». Y añadía: «Es la hora del respeto a la inteligencia, sin ñoñeces inútiles y alicortas, y de comprender que nuestra cultura actual es una cultura de síntesis grande, sin exclusiones». Era

---

[7] Javier TUSELL (1984), p. 58.
[8] Antonio TOVAR, «Lo que a la Falange debe el Estado».

el viejo programa de los fascistas revolucionarios de 1940 y 1941 el que ahora se expresaba por boca de Tovar, aunque, por supuesto, no solamente por él, y, por supuesto también, sin ansia imperial alguna y sin motetes totalitarios. En realidad, lo que estamos evocando aquí con Tovar son dos momentos de la evolución del régimen y de los falangistas después de aquel epitafio de Ridruejo de 1942. Un largo periodo, en primer lugar, que va desde dichas fecha hasta 1948, en el que existe un repliegue de Falange, acorde, por lo demás, con la postura defensiva de un régimen con el que se identifica por completo y que era ya la única garantía de su propia existencia. Una nueva fase, después, que se abre hacia 1948, que es de recuperación de Falange y de un revolucionarismo falangista al que bien podríamos denominar como posfascista.

Podría decirse que a partir de 1943 y mucho más a partir de 1945 todo fue guiado por un instinto de supervivencia que tendía a soslayar el debate ideológico en beneficio de unos cambios políticos de mayor o menor calado, acometidos siempre desde dicho objetivo de salvamento del régimen. Éste pugnaba por sobrevivir a la derrota de los fascismos, y la Falange hacía lo propio identificándose por completo con aquél. Hubo, por supuesto, *desapariciones* como secuelas de los combates de 1942 y posteriores. Dionisio Ridruejo, que se fue, como se ha visto, en tanto que fascista, no se recató en expresar públicamente las críticas que ya había formulado directamente a Franco y esto le valió como castigo su confinamiento en Ronda y la prohibición de escribir en los órganos de expresión del régimen. No era una condena especialmente dura, máxime si se tiene en cuenta que no tardaría en reanudar sus colaboraciones, desde Barcelona primero y desde Roma después con el periódico oficial del partido, *Arriba*[9]. Algo similar le sucedió, aunque por el otro lado, al orteguiano García Valdecasas. Su decantamiento hacia la Monarquía y su participación en 1943 en el escrito de los procuradores pidiendo el restablecimiento de dicha institución, le valieron —como a otro falangista firmante, Gamero del Castillo— la desposesión de todos sus cargos[10].

Lo que dominaría en lo sucesivo era, casos excepcionales al margen, una especie de resignación generalizada ante lo que sucedía en

---

[9] Dionisio RIDRUEJO (1976), pp. 243 y ss.

[10] Otros falangistas también firmantes, como Jaime de Foxá y Juan Manuel Fanjul Sedeño, fueron expulsados del partido. José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 434-436.

aras de un bien superior en el que la inmensa mayoría de los falangistas, católicos, monárquicos y tradicionalistas estaban de acuerdo: la continuidad de un régimen antidemocrático y antiliberal. Lo que se produjo fue en cierto modo una especie de síndrome de concentración nacionalista y católica, franquista, que encontraba fiel reflejo en la mayoría de las publicaciones de la época. En *Arriba,* dirigida por un Xavier de Echarri que no tardaría en ceder el testigo a Ismael Herráiz, eran frecuentes las firmas de Pedro Laín, José Antonio Maravall, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo, Salvador de Lissarrague, Pedro Mourlane Michelena, Eugenio Montes, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Camilo J. Cela, Eugenio d'Ors, Eduardo Aunós, Joaquín Arrarás, José Luis López Aranguren [...]. En *Escorial,* dirigida desde noviembre de 1942 por José María Alfaro hasta la primera desaparición de la revista en 1945, lo hacen, además de muchos de los anteriores, Rafael Calvo Serer, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, José Corts Grau, Antonio Marichalar, Fernando Díaz-Plaja, Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Federico Sopeña, Fray Justo Pérez de Urbel [...]. En la *Revista de Estudios Políticos,* en la que Castiella había sustituido a García Valdecasas para ceder el puesto, en 1948, a Francisco Javier Conde, encontramos, además también de muchos de los ya mencionados, a Mariano Aguilar Navarro, Raimundo Fernández Cuesta, Ramón Menéndez Pidal, Federico Suárez, José María García Escudero, José Ignacio Escobar, Jesús Pabón, Alfredo Sánchez Bella, Francisco Elías de Tejada, Antonio Rumeu de Armas, José María Pemán [...].

Parece indudable, por otra parte, que todo esto se estaba resolviendo en favor de los distintos sectores católicos de la alianza en el poder. La Ley de Ordenación de la universidad española de 1943, por ejemplo, presentaba a ésta como una mera continuación de la del siglo XVI[11] y en el mismo sentido se expresaba Franco en el discurso de inicio del curso escolar de la Universidad de Madrid ese mismo año[12]. La obsesión por la España moderna y el siglo XVI se traducía, por ejemplo, en que el 50 por 100 de las tesis leídas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid se

---

[11] *Ley del 29 de julio de 1943 de Ordenación de la Universidad española, BOE,* 31 de julio de 1943. Véase también María E. NICOLÁS (1991), pp. 341-370.

[12] «Discurso pronunciado [...] con motivo de la inauguración del presente curso escolar y de la Ciudad Universitaria de Madrid» (12 de octubre de 1943), *Revista Española de Pedagogía,* núms. 3-4 (1943), pp. 357-372.

refirieran a esta época o en la igualmente desproporcionada atención que se le reservaba en los programas de bachillerato [13]. La Ley de Educación Primaria de 1945 decía inspirarse en Ponce de León y San José de Calasanz y descansaba en una concepción pedagógica, propia de los medios eclesiásticos, desarrollada en la obra del jesuita Enrique Herrera [14]. Entre tanto, el *Opus Dei* detentaba el control de hecho del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y para nadie era un secreto los avances que en términos de cátedras obtenidas estaba haciendo en la Universidad [15].

Todo esto no quiere decir que no hubiera rivalidades y descontentos acumulados [16]. Tampoco los viejos falangistas radicales estaban callados del todo, aunque sus principales actividades se desarrollaran ahora en los planos cultural e historiográfico. Laín se retiró de la primera plana de la vida política a consolidar su posición académica, entre otras cosas, pero siguió trabajando también en su proyecto sobre la cultura española iniciado en 1940, ahora con nuevos estudios sobre Menéndez y Pelayo y la generación del 98 que, en lo fundamental, abundaban en las líneas que ya conocemos [17]. También Maravall continuaba su línea de estudio y revisión de la historia moderna de España [18]. Otro orteguiano que se movía en línea similar, Díez del Corral, publicaba su estudio sobre los doctrinarios en lo que bien podía significar una forma de remontar la corriente para reencontrarse con aquel Ortega que en *La rebelión de las masas* y otros escritos les había ido aproximando a las puertas del infierno [19]. El Ortega que había *servido* una vez como camino de ida hacia el totalitarismo fascista

---

[13] José María JOVER (1976b) y Rafael VALLS (1984), pp. 32-39.

[14] *Ley de 17 de julio de 1945 sobre Educación Primaria, BOE,* 18 de julio de 1945, Mariano PESET (1991).

[15] Gonzalo PASAMAR ALZURIA (1991).

[16] Como, por ejemplo, el escrito-denuncia de los directores de Institutos Nacionales de Enseñanza Media de Madrid que en noviembre de 1946 llamaban la atención acerca del alto porcentaje de suspensos en los exámenes de Estado de los estudiantes procedentes de «centros reconocidos» —que era tanto como decir religiosos— en lo que constituía una denuncia implícita de las dejaciones del Estado en esta materia. El escrito merecería una réplica del que fuera subsecretario de educación y hombre de Acción Española, José Pemartín. Se trataba de un claro anticipo de las polémicas que acompañarían la gestión de Ruiz Giménez en el Ministerio de Educación unos años más tarde. Ambos escritos en *Arriba*, 8 de noviembre de 1946 y 10 de noviembre de 1946.

[17] Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), pp. 319 y ss.; Íd. (1944 y 1945).

[18] José Antonio MARAVALL (1944).

[19] Luis DÍEZ DEL CORRAL (1945).

podía *servir* ahora también en el de vuelta hacia un liberalismo —el de los doctrinarios— que, si no era, precisamente, el mejor de los caminos hacia la democracia liberal, podía valer como inspiración para una cierta evolución del régimen. La solidaridad de grupo, o *generacional* en el sentido de Laín, seguía existiendo. Melchor Fernández Almagro, por ejemplo, podía congratularse de la recuperación de Menéndez y Pelayo, llevada a cabo por Laín y celebrar su liberación del monopolio de «D. Marcelino por los menendezpelayistas»[20]; evidentemente, los hombres de Acción Española y el *Opus Dei*. El mismo Fernández Almagro que, por cierto, volvía por sus fueros unamunianos para establecer un curioso fundamento *geoétnico* de las diferencias entre modernismo y 98[21]. También Maravall glosaba con entusiasmo el trabajo de Díaz del Corral[22] y Gonzalo Torrente Ballester hacia lo propio respecto de *La generación del 98* de Laín[23].

Los orteguianos se movían, pues, en planos históricos y también en otros[24]. Uno de ellos, Salvador Lissarrague Novoa, alto cargo en el Ministerio de Gobernación y miembro del Instituto de Estudios Políticos, pareció asumir desde las páginas de *Arriba* la ardua tarea de demostrar que en España no había ni había habido nunca totalitarismo, que fascismo y comunismo descansaban por igual en el error democrático, que se avanzaba en la línea de las libertades, que España nunca había sido enemiga de las democracias occidentales

---

[20] Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), p. 342.

[21] El motivo era una reflexión sobre Zuloaga, «el pintor del 98»: «A esta luz, el caso de Zuloaga es de interés muy singular. Los pintores de su tiempo, ampliamente considerados, de Sorolla a Romero de Torres, se movieron en muy distinta órbita. La equivalencia, por ejemplo, de Sorolla y Blasco Ibáñez, se explica por razones de sangre y naturaleza, y no por la inducción que recíprocamente pudieran determinar. Sorolla era un pintor en quien la literatura apenas si pesaba. La literatura que indudablemente lastraba, y en cantidad enorme, el arte del ya citado Romero de Torres o de Santiago Rusiñol, más aún, era la del modernismo, que no cabe confundir con la del 98: contiguas pero independientes. Los caminos del 98 iban a parar a Castilla; los del modernismo la tocan quizá sólo en un punto —en Aranjuez, por sus jardines— y siguen hacia Levante, hacia Andalucía. Si la hondura de la crisis de conciencia propia del 98 se mide por el nombre de Unamuno, su realización plástica se llama precisamente Zuloaga». Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, «En el fin de siglo», *Arriba*, 8 de noviembre de 1945.

[22] «Un episodio del drama europeo», *Arriba*, 9 de octubre de 1945.

[23] «Pedro Laín, historiador y literato», *Arriba*, 16 de enero de 1946.

[24] Para todo esto puede verse, aunque desde un punto de vista parcialmente distinto del que aquí se sostiene, Javier VARELA (1999), 1999, pp. 352 y ss.

y, con énfasis digno de mejor causa, acusaba a los otros, a los que condenaban desde fuera al franquismo, de manipuladores de la historia[25]. Debe subrayarse que Lissarrague hacía todo esto desde la primera página del portavoz oficial del partido. En una primera página que carecía, además, de editorial, por lo que bien podría considerarse que esos artículos cubrían en cierto sentido esa función editorial. De especial relevancia es, pues, la coincidencia cronológica entre esta responsabilidad echada sobre sus hombres por Lissarrague y la vuelta de Ortega[26]. Sobre todo si se considera que el primero no era sólo un viejo y fiel discípulo de Ortega[27], sino que estaba además entre los que por entonces estaban más próximos a él[28]; o se retiene, por otra parte, que el mismo director de *Arriba*, Xavier de Echarri, se encontraba entre «las diversas personalidades del franquismo» que visitaban a Ortega en Lisboa[29]. Creo por todo ello que podría hablarse de 1945 no sólo como apoteosis del nacionalcatolicismo, sino también como el año de Ortega. Parecería desde este punto de vista que al régimen, en lo que tocaba a legitimación ante el exterior y también de esbozos de líneas de apertura, le servía el católico Martín Artajo pero también el «liberal» Ortega. Claro que al final tanto uno como otro fueron más utilizados por Franco que a la inversa.

En cualquier caso, sin embargo, dentro de aquel síndrome defensivo de concentración nacionalista que observábamos todos parecían dispuestos a hacer su pequeña o grande aportación. Quienes *aportaban* a Ortega eran, por supuesto, los orteguianos y también, hasta

---

[25] Véanse, entre otros muchos, «La verdadera posición española», *Arriba,* 17 de agosto de 1945; «Las razones válidas sobre España», Íd., 11 de septiembre de 1945; «Ni quietismo ni ruptura», Íd., 25 de septiembre de 1945; «Del poder a la libertad por proceso interior», Íd., 18 de octubre de 1945; «El decreto de indulto y la cancelación de la guerra civil», Íd., 3 de noviembre de 1945; «La neutralidad explícita», Íd., 13 de noviembre de 45; «La deformación de la realidad histórica, instrumento político», 2 de diciembre de 1945.

[26] Sobre la «vuelta» de Ortega, véase especialmente Gregorio MORÁN (1998).

[27] José ORTEGA SPOTTORNO (2002), p. 401.

[28] Gregorio MORÁN (1998), p. 83.

[29] Íd., p. 84. No sabemos mucho de la vida de Ortega en Lisboa, pero sí hemos de creer a Gregorio Morán cuando afirma que el filósofo había *cegado* voluntariamente sus relaciones con el exilio republicano —Íd., p. 92— y quienes eran algunos de sus visitantes habituales, el panorama no resulta, desde luego, demasiado *equidistante*. Al parecer tuvo también algún encuentro con Mircea Eliade, al que causó, como también lo haría Eugenio d'Ors, una gran impresión. Véase Alexandra LAIGNEL-LAVASTINE (2002), p. 292.

cierto punto, el propio partido y su diario, *Arriba*. Desde las páginas de éste, en efecto, se celebró la vuelta del viejo maestro recordando el amor no exento de reproches que José Antonio Primo de Rivera había sentido por su obra: «por amarla, alguna vez la combatió y alguna vez se produjo el divorcio entre las dos inteligencias sumamente vitales». Lo importante, en cualquier caso, era que el filósofo había vuelto a una España bien concreta: «El reencuentro del hueso y la sangre con el paisaje y el alma de la Patria será más gozoso todavía cuando vida e Historia sean una sola. España está aquí y es justamente lo que es. Y, porque lo es, Ortega vuelve a ella»[30]. En la misma línea abundaba, en primera página del diario, Sánchez Mazas a propósito del discurso del «maestro español» en el Ateneo sobre la «Idea de teatro». Para aquél, poco dispuesto a aceptar freno alguno en su voluntad de utilización del acto, la vuelta de Ortega significaba ni más ni menos que una medida de la conciliación española; aunque no, desde luego, de una conciliación cualquiera: «Encárese, como promete don José Ortega y Gasset, con la juventud española y háblela de una política representativa, imaginativa, creadora. Nos basta saber que en él, como en nosotros, estará palpitando siempre este mismo grito: ¡Arriba España!»[31]. El mismo periódico dedicó al acto varias planas, reproduciendo la conferencia, recordando que había sido retransmitida por Radio Nacional y constatando la presencia en el acto de un buen número de personalidades del mundo de la política y la cultura. Por supuesto, tampoco se olvidaba el diario de destacar en grandes caracteres dos de las ideas de Ortega: aquella en que afirmaba que «después de una etapa de angustias y tártagos, España tiene buena suerte»; y aquella otra en la que se señalaba que «mientras los otros pueblos están enfermos, casi todos, el pueblo español, lleno de defectos y de hábitos torpes, ha salido con una sorprendente salud»[32]. No había, pues, límites en la voluntad de utilizar a Ortega, aunque hay que convenir que algunos de sus comentarios no eran, desde luego, los más adecuados para deshacer eventuales equívocos.

Así pues, todos, católicos y orteguianos franquistas —no entramos aquí en valoración alguna acerca de la actitud y proyectos del propio

---

[30] «Se habla de Ortega y Gasset», *Arriba*, 12 de agosto de 1945. «Se habla de» era una sección habitual del diario.

[31] Rafael SÁNCHEZ MAZAS, «Decíamos ayer», *Arriba*, 6 de mayo de 1946.

[32] *Arriba*, 6 de mayo de 1946

Ortega en aquellos momentos— hacían su contribución a la consolidación y, si se quiere, evolución del régimen. Pero cada uno desde sus respectivas posiciones y sin renunciar a ellas. Todos, incluidos los orteguianos, eran católicos, y más que nunca, ciertamente. Pero incluso en las dinámicas de esta concentración defensiva subyacían las dos líneas que hemos visto enfrentarse prácticamente desde los inicios del régimen, la de Acción Española y la falangista. Nacionalistas y católicos todos, sí. Pero no todos nacionalcatólicos[33]. Tampoco todos *tradicionalistas*[34]. Ni se trataba sólo de un problema de rivalidades, apetencias y ambiciones políticas o personales[35]. Las diferencias eran, como hemos visto en los capítulos precedentes, profundas y seguían siéndolo por más que la común búsqueda de la supervivencia del régimen las hubiera puesto transitoriamente, aunque nunca del todo, en sordina. Esto se iba a apreciar enseguida. Tan pronto como cuando, a la altura de 1947-1948, el régimen pudo considerarse salvado con la desaparición *de facto* de las presiones exteriores, la desactivación de la oposición monárquica y el gran impulso institucionalizador que había supuesto la Ley de Cortes, el Fuero de los Españoles, la Ley de Referéndum y la de Sucesión. Todo esto había contribuido decisivamente al salvamento del régimen. Pero, una vez asegurado éste, el problema que se planteaba era el *¿y ahora qué?* Los viejos proyectos enfrentados volverían a primer término. Era el momento de las clarificaciones. Las espadas se desenfundaron.

---

[33] Según Alfonso Botti (1992, p. 118) unos y otros, la Falange y «el conjunto de fuerzas que encuentran en la Iglesia su propio punto de referencia», se moverían «en el interior del universo ideológico NC, si bien presenten de esto distintas versiones». Según Gregorio Morán (1998, pp. 96 y 120) el catolicismo y la «coexistencia y cooperación con las corrientes fascistas europeas», lejos de excluirse se complementaban para configurar el substrato que haría del «nacionalcatolicismo la peculiar forma que adoptará el pensamiento totalitario en España». El mismo autor hablará más adelante de la «batalla política e intelectual entre las diversas facciones del universo fascista español». Lo que existía en realidad eran dos ideologías en pugna, totalitaria en tanto que fascista, una, y nacionalcatólica, la otra. Ni el nacionalcatolicismo cabía en el «universo fascista», ni la ideología fascista dentro del «universo» nacionalcatólico.

[34] A diferencia de lo que sostiene Gonzalo Redondo (1999, pp. 23-24): «Se habló mucho, por ejemplo, de planteamientos culturales diversos; de que ambas corrientes respondían a sensibilidades diferentes, dentro por supuesto de tradicionalismo común a todos ellos».

[35] *Ibid.*

El último vuelo del Ave Fénix

A la altura de 1948 se inicia la segunda fase a la que nos referíamos más arriba. El Partido, que volvía a disponer de un Secretario General, emergía de la situación de semiostracismo en que había sido colocado e iniciaba un proceso de recuperación de las posiciones perdidas que experimentaría un nuevo impulso con la devolución de rango ministerial a dicha Secretaría General del Movimiento. Un proceso que, naturalmente, no iba a ser bien visto por sus rivales políticos e ideológicos que en lo sustancial seguía siendo la gente de Acción Española, algunos de ellos ya del *Opus Dei*. Pedro Laín Entralgo, por parte falangista, y Rafael Calvo Serer, por la del *Opus*, iban a ser los dos grandes puntos de referencia de una polémica que no iba a ser en absoluto sólo entre ellos dos y en la que se dirimían proyectos culturales diversos, por supuesto, pero también proyectos políticos alternativos basados en concepciones ideológicas igualmente contrapuestas. Era un conflicto entre dos nacionalismos, antidemocráticos y antiliberales ambos, que iba a constituir de algún modo la última batalla ideológica digna de tal nombre librada en el seno del franquismo.

La aparición de la revista *Alférez* en 1947 constituyó uno de los síntomas de que algo estaba cambiando. Confesionalmente católica, se definía a su vez como joseantoniana, ponía el máximo cuidado en diferenciarse del integrismo católico, defendía posiciones integradoras y renovadoras, reivindicaba a Ortega y se pronunciaba rotundamente por la unidad y vertebración de España[36]. Era, como se ve, una línea de renovación muy acorde con la propugnada desde siempre por Laín Entralgo. El mismo Laín que en una línea de renovación similar asumiría la dirección de *Cuadernos Hispanoamericanos* y se convertiría en el gran punto de referencia para las otras publicaciones inconformistas como la revista del SEU, *La Hora,* que en su segunda época, iniciada precisamente en 1948, se situará en posiciones similares. Como lo harán más tarde *Alcalá* también del SEU, o, en Barcelona, *Laye* y más adelante *Revista*, la publicación que en

---

[36] Cfr. Álvaro Ferrary (1993), pp. 240-246, y Jordi Gracia García y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (2001), p. 166.

1952 consiguió articular en dicha ciudad un renacido Dionisio Ridruejo[37]. Un rearme, el de la cultura falangista, que iba a encontrar también su reflejo en la *Revista de Estudios Políticos* dirigida ahora por Francisco Javier Conde, pero que iba a tener enfrente a la revista *Arbor*, portavoz del CSIC y núcleo del equipo que habían conseguido reunir Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid. Como lo sería también desde 1952 *Ateneo*, el equivalente de *Revista* en los medios nacionalcatólicos de origen en Acción Española y continuidad en el *Opus Dei*.

En suma, dos proyectos alternativos, el nacionalcatólico y el de origen fascista, iban a enfrentarse en torno a la publicación de *España como problema* de Laín[38]. El libro era una síntesis de posiciones anteriores, pero resultaba mucho más claro en algunos aspectos esenciales. El problema de España se planteaba de una forma agónica y, sobre todo, irresuelta: era y había sido en los dos últimos siglos un problema de ser o no ser. Se había manifestado con particular virulencia en las pugnas y enfrentamientos entre los progresistas, que «no supieron o no quisieron ser históricamente españoles» y los tradicionalistas, que «no supieron ser históricamente oportunos». Se había reproducido ya en la Restauración, en la «polémica de la ciencia española», de la que habría emergido la figura de un Menéndez y Pelayo que Laín presenta como cada vez más abierto a las opiniones ajenas, a los vientos de Europa y al proyecto de futuro. Un Menéndez y Pelayo superador, en fin, de las «mistificaciones» progresistas y reaccionarias. Constituía una tercera posición, que no pudo materializarse, entre otras cosas, porque Maura fracasó en su esfuerzo por liberalizar a la derecha española y Canalejas en su intento de nacionalizarla.

De mayor interés resultan los juicios acerca del «descubrimiento del problema de España» y la generación del 98. Primero, por lo que podía haber de alusión implícita al presente en la referencia a los españoles de la *Restauración* que, «seducidos por la alegre apariencia de la paz anhelada», se condujeron «como si de verdad España hubiese resuelto el problema que España tenía latente en su seno»[39]. Y, segundo, porque de la España del desastre se destacaba espe-

---

[37] Jordi GRACIA (1994 y 1996). También, Miguel Ángel RUIZ CARNICER (1996), pp. 224 ss., y José-Carlos MAINER (1971), p. 64.

[38] Pedro LAÍN ENTRALGO (1949).

[39] Íd., p. 41.

cialmente el contenido radical de la regeneración en su dimensión de «volver a nacer» y la voluntad de España de «iniciar palingenésicamente la nueva etapa de su vida inmortal». Situada en este contexto, la generación del 98 se habría distinguido por la crítica radical de la España real y por la invención del mito de España. Lo que subraya Laín a continuación es la voluntad de los miembros de esta generación de superar la irresuelta contienda española polemizando por igual con progresistas y reaccionarios. Incluso la vieja querella del autor contra el casticismo de los noventayochistas queda ahora reformulada al incidir en la distinción establecida por aquéllos —por Unamuno, especialmente— entre casta histórica, en su dimensión de intrahistoria, y casticismo; al tiempo que se les viene a reconocer un optimismo soñado y «futurista». De la construcción del mito de España, por otra parte, retendrá Laín los cuatro elementos de la «España soñada»: la tierra, el hombre, el pasado y el futuro, todo ello articulado en tres mitos fundamentales: el de Castilla, el de la tercera salida de D. Quijote y el de la «posibilidad de una España venidera en que, por obra del hombre quijotizado, se enlacen nupcialmente su peculiaridad histórica e intrahistórica y las exigencias de la actualidad universal»[40].

Poco de novedoso había, por otra parte, en el tratamiento de la figura de Ortega respecto de lo que ya conocemos, salvo por el hecho de que ahora se descubría en el Ortega de *España Invertebrada* un giro «casticista» que hasta podría apuntar «una conversión hacia el 98»[41]. En realidad, lo que hacía Laín a lo largo de la obra era, como se habrá podido apreciar, una especie de síntesis reduciendo al mínimo las aristas entre un Menéndez y Pelayo, más abierto, moderno, integrador y universalista, una generación del 98 menos casticista y más proyectiva y futurista, y un Ortega más «casticista» en el sentido unamuniano. Todos ellos, además, integradores, a su modo *equidistantes*, capaces, por tanto, de marcar el camino para la superación definitiva del problema de España a través de la gran síntesis de lo tradicional y lo moderno, de lo católico y lo nacional, de la religión y la intelectualidad, de la esencialidad española y la modernidad universal. Pero esa síntesis era, ni más ni menos, la síntesis falangista. La vieja síntesis fascista de la integración de los con-

---

[40] Íd., p. 77.
[41] Íd., p. 116.

trarios llevada finalmente a término por Laín, justo a finales de los años cuarenta, mediante un largo proceso de recreación de los orígenes intelectuales del falangismo radical.

Dadas tales premisas, Laín podía hacer su propia propuesta de resolución del problema de España. Lo hacía en una serie de puntos: la necesidad de resolver definitivamente la «irresuelta polémica entre el progresismo antitradicional y el tradicionalismo inactual o antiactual» a través de «una efectiva voluntad de integración nacional»; la garantía de la autonomía política de España; la necesidad de distinguir entre lo esencial y lo accesorio; la apuesta por una originalidad sugestiva en la expresión de lo permanente; la necesidad de instalarse en la historia universal renegando de todo nacionalismo. De especial interés era el punto relativo a la determinación de los componentes esenciales de lo que «solemos llamar "la esencia de España"». Para Laín eran tres: el sentido católico, por supuesto abierto, de la existencia, la unidad y libertad política de España y una serie de hábitos esenciales cuales eran «el idioma y muy pocos más» [42].

Se trataba, pues, se quisiera o no, de todo un programa cuya carga política potencial era evidente. Por una parte, el problema de España seguía sin solucionarse a la espera de la realización de la verdadera síntesis, la falangista, de las posiciones de las dos viejas y enfrentadas Españas. Por otra, se expresaba una voluntad de integración, por lo demás sumamente ambigua y limitada, ya que ni en sus presupuestos católicos ni en sus referentes intelectuales, aparecía español alguno que hubiese apostado de modo firme y sin ambigüedad alguna por una España democrática. Y, por otra, en fin, se afirmaba la concepción de una España de perfiles esencialistas en lo católico, en lo unitario y en lo castellanista. Parecería en este último sentido que la liberación del viejo anatema casticista que le había permitido fustigar en el pasado a la generación del noventayocho encontraba su reflejo ahora en una mayor apertura a la recepción de los mitos castellanistas del paisaje, el paisanaje y la lengua [43].

---

[42] Íd., pp. 146-153.

[43] Lo que viene ratificado por los comentarios de Laín a la obra de Américo CASTRO (1948) y alguna publicación posterior de éste. Laín no escatima elogios a dicha obra, subraya lo que en ella hay de honda «pasión por España», la considera fundamental e indispensable para el conocimiento histórico de España y se muestra abierto a muchas de sus aportaciones. En el terreno de las observaciones, sin embargo, advierte algo de «casticismo historiográfico» en la búsqueda de Castro del estilo español de vivir, considera

Desde luego, lo que parecía haberse perdido por el camino de la reconstrucción del legado de Menéndez y Pelayo era su concepción de la pluralidad española. Circunstancia, esta última, que venía indirectamente confirmada por la auténtica reprimenda que Antonio Tovar, correligionario y amigo de Laín, dirigía al Menéndez y Pelayo de la afirmación pluralista:

«Resulta difícil imaginarnos lo que hubiera sido la España plural y complicada con espíritus regionales no ya desiertos, sino exacerbados por la poesía en lenguas vernáculas. El hecho es que la experiencia política acreditó sobradamente que en la poesía más desinteresada y alta termina por anidar el espíritu de disgregación política. ¿Tal vez el impulso disgregatorio sobreviene cuando no se ofrece a todos una tentadora tarea común? Baste decir esto para entender en su valor histórico, de pasado, las ideas de Menéndez y Pelayo sobre las regiones. Actualidad no tiene ya esta parte de su pensamiento, la cual, sin embargo, nos enseña que no se puede cerrar los ojos a este peligro, que surge en cuanto aparece en Madrid la política de ir tirando y llegar al día siguiente por todo ideal» [44].

Si bien se mira, lo que había aquí, en su conjunto, era una especie de proyecto político: crítica directa o indirecta a la idea de una España «restaurada» sin conciencia de la existencia del gran problema de España; apuesta por la gran síntesis falangista con capacidad de integración parcial de algunos sectores de la España vencida; revolución pendiente, nacional y uniformadora, frente a concesiones regionalistas. Muchos puntos en común con cuanto veíamos a propósito de la situación y los problemas debatidos en los años 1941-1942. Era también un proyecto que conectaba perfectamente con la dinámica falangista de recuperación de las posiciones perdidas. No es de extrañar por ello que la respuesta del otro sector, el que venía de Acción Española y se continuaba en el grupo articulado en torno a *Arbor*

---

que éste «superlativiza la importancia de la aportación semítica —arábiga y judía— al nacimiento de la existencia española» y echa de menos la existencia de una concepción más «proyectiva, voluntaria y osada» del ser humano. Sobre todo, apuesta y aquí está el sentido último de sus críticas, por la existencia de otras estructuras funcionales auténticas en la vida de los pueblos: «idioma, Estado, común empresa histórica». Idioma y empresa histórica. Laín seguía moviéndose en el mismo universo ideológico de siempre acentuando si acaso ese componente *no castiçista* que sería la lengua. «Sobre el ser de España» (1950), en Pedro LAÍN ENTRALGO (1956), pp. 691-714.

[44] En M. MENÉNDEZ Y PELAYO (1948), pp. XLVII-XLVIII.

y Calvo Serer, reaccionase en los planos teóricos y políticos con suma virulencia[45]. También desde este punto de vista se asistió a una especie de recreación del clima de años atrás.

Lo sustancial de la respuesta de Calvo Serer y otros miembros del *Opus* como Pérez Embid estaba claro[46]. Con el pensamiento de Menéndez y Pelayo y la victoria de 1939, España había dejado de ser *un problema.* No había ninguna necesidad de abrirse a los españoles de la anti-España. Ciertamente, España podía tener *muchos problemas* y a solucionarlos, no a reabrir problemas definitivamente zanjados con la victoria, debía dedicarse según el principio, acuñado por Florentino Pérez Embid, de la «españolización en los fines y europeización en los medios»[47]. Para Calvo Serer se trataría de contraponer el optimismo de D. Marcelino al pesimismo del 98, la solución de los problemas de España a «seguir dándole vueltas al pasado». Era la alternativa de un nacionalismo reaccionario y contrarrevolucionario que consideraba que la derrota de la anti-España ponía, por sí misma, punto final a la decadencia española. Lo que no quiere decir que no hubiese desarrollo político posible. Éste debía darse además de en la línea de la modernización económica, en la del avance hacia una «Monarquía no cortesana, sino tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada». Descentralizada y regionalista, en efecto —y aquí el objeto explícito de la polémica era Tovar—, como habría querido un Menéndez y Pelayo cuyo pensamiento, también en este aspecto, seguiría siendo plenamente actual[48].

Optimismo frente a supuesto pesimismo, Menéndez y Pelayo y Maeztu —por no hablar de Maurras[49]— frente a Unamuno y Ortega, ortodoxia frente a integración, restauración frente a revolución, regionalismo frente a centralismo. Éstos eran los ejes del debate que iba a estallar con violenta acritud especialmente después de 1951, cuando Falange recuperaba posiciones, el SEU y las revistas antes mencionadas desarrollaban un discurso crítico que volvía por los fueros revo-

---

[45] Visiones generales de la polémica en: Elías DÍAZ (1992), pp. 52-58; Javier TUSELL (1984), pp. 312 y ss., y Álvaro FERRARY (1993), pp. 298 y ss.

[46] Véase para este último José Manuel CUENCA (2000).

[47] Rafael CALVO SERER, «España, sin problema» y Florentino PÉREZ EMBID, «Ante la nueva actualidad del "problema de España"», ambos en *Arbor,* núms. 45-46 (1949), respectivamente, pp. 160-173 y 149-160.

[48] Rafael CALVO SERER (1952), pp. 151-154.

[49] Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS (2002), pp. 172-173.

lucionarios de antaño y se entablaba una sólida colaboración entre el ministro de Educación, el católico y falangista Ruiz Giménez, y los Laín, Tovar y Ridruejo. El conflicto tocó elementos muy sensibles de la política educativa, especialmente en lo relativo a la reforma del sistema de provisión de cátedras en la Universidad, que fue juzgado como un ataque al *Opus*, y la reforma de las enseñanzas medias que propiciaría una fuerte reacción por parte de un sector de la jerarquía eclesiástica que intentaría ser aprovechado por Calvo Serer a la hora de lanzar su virulento ataque contra «oportunistas revolucionarios» y «democratacristianos complacientes»[50].

En lo que aquí nos interesa, el enfrentamiento político ideológico condujo a una crispación que recordaba enteramente el clima de 1942. El ataque desencadenado contra Ortega y también contra Unamuno por los medios del *Opus*, así como por otros sectores católicos y la propia jerarquía eclesiástica, fue sencillamente brutal[51]. No menos lo fueron los ataques de Calvo Serer y Pérez Embid a la orientación de la *Revista de Estudios Políticos* y el instituto del mismo nombre, presentados como reducto de izquierdistas, españoles y extranjeros, importadores de doctrinas totalitarias y extranjerizantes y alejados del pensamiento cristiano; o los que se dirigieron a los católicos que prestaban eco a producciones heterodoxas o inmorales[52]. Desde otros medios se disparaba hasta contra el «arte nuevo» al que se calificaba de judaizante, masónico y comunista e identificado ni más ni menos que con «la vuelta de los chiviris»[53]. Todo esto recordaba hasta en las expresiones la ofensiva de 1942 contra Laín y compañía[54]. Dos diferencias, sin embargo, cabe constatar respecto de entonces. La primera se refiere a la propia entidad de la respuesta falangista, la segunda afectaba una vez más al problema catalán.

---

[50] Javier TUSELL (1984), pp. 299 y ss., y Álvaro FERRARY (1993), pp. 360-361.

[51] Gregorio MORÁN (1998), pp. 272 y ss., y 474 y ss., y Álvaro FERRARY (1993), pp. 351 y ss.

[52] Álvaro FERRARY (1993), pp. 273 y 361.

[53] Como rezaba el título de un artículo del diario *Madrid* con motivo de la celebración de la Bienal de Arte que mereció un escrito de contestación en el diario *Arriba* —«réplica a un ataque»— firmado por numerosos artistas en el que se destacaba: «Artistas de España, combatientes en el ejército de Franco y militantes del Movimiento Nacional rechazan la burda y confusionista maniobra de los que quieren desacreditarlos con torcida intención». Uno de esos firmantes era Dionisio Ridruejo, quien unos días después publicaba en el mismo diario y por el mismo motivo un artículo significativamente titulado «La campaña de los mediocres». *Arriba*, respectivamente, 14 y 17 de noviembre de 1951.

[54] Álvaro FERRARY (1993), pp. 273 y 361.

A diferencia, en efecto, de lo sucedido años atrás, los falangistas radicales, lejos de amedrantarse, se mantuvieron por así decirlo a la ofensiva, encontrando ahora una serie de apoyos oficiales entonces inimaginables, todo lo cual serviría para añadir crispación a la polémica. Fue en esta ocasión Dionisio Ridruejo quien con claridad meridiana planteó los términos del problema en un artículo publicado en *Revista* con el significativo título de «Excluyentes y comprensivos»[55]: en la lucha decisiva por la salvación de España habían concurrido dos proyectos o actitudes. La de los que consideraban que todos los problemas de España eran producto de la imaginación o pensamiento de sus enemigos y la de los que pensaban que existían unos problemas reales que tales enemigos habían intentado solucionar de una manera equivocada. Para los primeros, la victoria en la guerra había zanjado definitivamente la cuestión; para los segundos, los problemas existían y ello exigía una política de comprensión e incorporación de los vencidos. Los primeros parecían haber luchado para excluir; los segundos, para «convertir, convencer, integrar y salvar españoles». Los primeros eran, en fin, los reaccionarios y restauradores de la «España sin problema»; los segundos, los hombres de la «revolución pendiente, herederos de todos los problemas y enderezadores [...] de todas las subversiones».

Nada nuevo, pues, desde el punto de vista del nacionalismo falangista, aunque sí en la identificación explícita del oponente[56]. Tampoco hubo mucho de nuevo en el torrente de artículos que a favor y en contra siguió al de Ridruejo[57]. Hubo novedad, en cambio, como decíamos, en los alineamientos. Porque ahora la posición de Ridruejo

---

[55] *Revista*, 17 de abril de 1952. Nos remitimos aquí al texto original y no a la transcripción que de buena parte del mismo, aunque no en su totalidad y con otros añadidos, hizo el propio Ridruejo en *Casi unas memorias* (1976), pp. 301-303.

[56] Por razones tácticas, o no, Ridruejo decía apoyarse en unas manifestaciones de Fernández Cuesta y concluía el artículo con una explícita referencia a Franco: «En último extremo lo único que interesa poner en claro hoy es que la actitud antipartidista, comprensiva y superadora que hemos visto concurrir al 18 de Julio, como con codo junto a la reaccionaria, fue la prevalente en aquel trance y lo es hoy, por fortuna. Esta actitud noble, clara y ventajosa lleva el nombre de Francisco Franco y sostiene al nombre que la sostiene a ella —el de Franco— con honor y ejemplaridad crecientes ante el mezquino mundo de nuestros días. El vencedor injusto aplasta y además calumnia. El vencedor redentor, hereda los problemas de sus enemigos para resolverlos y no para escamotearlos».

[57] Véase Álvaro FERRARY (1993), pp. 345 y ss.; una buena síntesis en Javier TUSELL (1984), pp. 320-321.

y sus amigos iba a encontrar el apoyo explícito no ya sólo de la mayoría de los dirigentes del SEU y de las revistas que conocemos y conectar plenamente con la política del ministro de Educación, sino también con la del propio Secretario General del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta. Éste, en efecto, había llegado a abogar por la recuperación de toda la cultura española —de Lope, Góngora y Quevedo a Guillén y Lorca, de Balmes, Menéndez y Pelayo y Maeztu a Ganivet y Unamuno, de Donoso a Tovar— y hasta a dirigir, en el primer Congreso de Falange en noviembre de 1953, un duro ataque a las posiciones de Calvo Serer[58]. Incluso un editorial de *Arriba* venía a fijar, como había hecho once años atrás pero en un sentido contrario, la posición oficial. En este caso, la de un rotundo apoyo a las tesis de Laín[59]. El portavoz oficial del Movimiento había tomado partido[60].

---

[58] Íd., pp. 325 y 332. Miguel Ángel RUIZ CARNICER (1996), pp. 277 y ss.

[59] «De "Las dos Españas" a la España falangista», *Arriba*, 13 de mayo de 1953. No deja de resultar significativo que incluso algunas de las expresiones del editorialista recuerden a las empleadas por Laín una década atrás en su polémica con *Arriba España*: «Abarca solamente verdades fundamentales, nacidas de la pura raíz de la Historia, y no se complica con ringorrangos académicos ni puntillismos de viejos archivos. Una vez salvada esta verdad fundamental de España, todo lo demás que se haya dicho con buena intención es válido para nosotros. Y lo es, en definitiva, porque lo es para España. Sin gestos de repulsa, sin torquemadismos rencorosos, sin engorrosas clasificaciones de "aptos" y "no aptos". Laín ha puesto el dedo en la llaga de la incomprensión con su sagaz diagnóstico».

[60] La magnitud del cambio puede medirse también en estos términos. En la polémica de 1949 sobre «España como problema», las páginas de *Arriba* habían estado abiertas especialmente a Pérez Embid y otros personajes, como José María García Escudero, que, aunque más conciliador, estaba más próximo a sus posiciones. Es verdad que Laín se había negado a polemizar con sus críticos, pero no deja de ser revelador que en *Arriba* sólo apareciese un artículo en defensa de sus tesis, el de Rodrigo FERNÁNDEZ DE CARBAJAL —«Notas a España sin problema»— del 8 de enero de 1950. Véase, al respecto, Álvaro FERRARY (1993), pp. 302-303. En 1952-1953, los campos estaban más delimitados. El «Excluyentes y comprensivos» de Ridruejo fue contestado desde las páginas de *La Vanguardia* y reproducido inmediatamente en *Ateneo* —10 de mayo de 1952— por el que iba a eregirse en su más feroz oponente, Jorge Vigón, con un artículo significativamente titulado «¡Viva Cartagena!». Un año más tarde se le concedía a Ridruejo la primera página de *Arriba* para que en fecha tan significativa como el aniversario de la «Victoria» expusiera sus propias posiciones —«Meditación para el 1 de abril», *Arriba*, 1 de abril de 1953— en lo que constituía también una réplica a otro de los feroces ataques de Jorge Vigón a Ortega con motivo del homenaje a este último promovido por la Cámara de Comercio de Madrid. Jorge VIGÓN, «1 de abril, día de la victoria», *Ateneo*, 28 de marzo de 1953. La polémica seguiría hasta involucrar a la jerarquía eclesiástica en esta nueva *cruzada antiorteguiana*. Lo que interesaba recalcar aquí, en cualquier caso, es que

Las Españas, otra vez

Todo un *renacimiento* falangista en suma, una especie de primavera de la Falange y también, desde el punto de vista cultural, del régimen, que iba a concluir muy pronto. Pero que sirve para poner de manifiesto igualmente que, por un momento, sectores fundamentales de la Falange, y no sólo los radicales, pudieron considerar que estaban ante una nueva oportunidad de llevar a cabo su «revolución pendiente». Más allá de esto, sin embargo, debe llamarse la atención sobre un aspecto crucial de la polémica que, a diferencia de la anterior, ha pasado sustancialmente desapercibido para nuestra historiografía. Un aspecto que volvía a recordar, también, la situación de una década atrás, aunque su desarrollo fuera ahora diverso y con resultados probablemente decisivos: el problema de Cataluña en su relación con el *ser* de España.

El asunto se había planteado, como se ha visto, en la *respuesta* regionalista y descentralizadora de Pérez Embid y Calvo Serer a los planteamientos de Laín y Tovar; aunque tenía un claro precedente en un artículo de Florentino Pérez Embid de noviembre de 1948. Éste constituía una demoledora y bien fundamentada denuncia de la «supervaloración retórica de lo castellano», una revisión del papel de Castilla en la historia de España —a la que se acompañaba alguna pulla irónica al ideario falangista— y una apuesta por incorporar al nuevo proyecto nacional algo más que los tópicos de lo castellano, por ejemplo, «la seriedad y el profundo sentido realista de Cataluña» y el «profundo legado de la Edad Media aragonesa» [61]. Podría decirse

---

por esa vez *Alcalá, Revista* y *Arriba* marchaban en la misma dirección, la opuesta a la de *Arbor, Ateneo* o *Ecclesia.*

[61] Florentino Pérez Embid, «Sobre lo castellano y España», *Arbor,* núm. 35, noviembre de 1948, pp. 263-276. El autor subrayaba, entre otras cosas, las deficiencias de la unidad española, imputables en buena medida, a lo que había habido en ella a través de los siglos de voluntad de sojuzgamiento por parte de Castilla. Lo que hubo de coactivo en todo ese proceso habría tenido importantes consecuencias incluso en el presente. Y aquí la pulla irónica: «Tanto que a la hora de buscar una definición de España, llamada indudablemente a tener gran influencia ideológica, tuvo que recurrirse a hablar —con la gracia y la eficacia de la poesía que construye— de una *unidad de destino* en lo universal» (p. 272). El mismo Pérez Embid volvería sobre la cuestión regionalista en una conferencia pronunciada en el Ateneo y reseñada por *Arriba* —«La función nacional de las regiones españolas», 17 de febrero de 1951— en la que, de forma bastante conciliadora, traía

que para Pérez Embid y el grupo de *Arbor* el problema regional era *uno* de los problemas de la *España sin problema*. En los meses sucesivos hubo algunos conatos más o menos aislados de debate. Así, el arqueólogo falangista Martín Almagro contrapuso la visión *unitarista* de la historia de España de Sánchez Albornoz a la *pluralista* de Bosch Gimpera. Lo que le servía para arremeter de paso contra las izquierdas españolas del siglo XX por haberse «dejado arrebatar la más bella de sus consignas del siglo XIX», la unidad de España, y entonar una especie de loa a los liberales del siglo anterior, dispuestos siempre a luchar contra «"[...] la reacción", que encarnaba residuos de reinos antiguos, de fueros y, un poco más atrás, ecos de tribus y cavernas» [62]. Poco más adelante, un artículo que constituía una verdadera apología del regionalismo no separatista de Prat de la Riba, publicado en *Arbor*, encontró una fulminante respuesta desde *Laye*, en el que se captaba bien el núcleo de la polémica: «la conclusión feliz y optimista de que porque ya no existe "el" problema de España se pueden patrocinar actitudes como la del señor Olivar Bertrand nos parece un tanto precipitada y desde luego absolutamente irresponsable». Aunque, claro es, lo que venía a decir el articulista era que sí, que España tenía *un* problema, pero no precisamente el de un regionalismo de bases románticas; porque sobre eso ya lo había dicho todo José Antonio con su «Ensayo sobre el nacionalismo» [63].

---

en apoyo de sus tesis desde los *ifederalistas!* franceses —Le Play, Mistral, Barrès, Maurras— hasta Balmes, Donoso, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, Víctor Pradera y José Antonio Primo de Rivera, pasando, en el plano de la más reciente historiografía, por Menéndez Pidal, José María Jover o Vicente Rodríguez Casado. Véase también José Manuel CUENCA (2000), pp. 42-55.

[62] Martín ALMAGRO, «Nuevas cuestiones científicas sobre la unidad de España», *Arbor*, núm. 53, mayo de 1950, pp. 39-45. Vale la pena traer aquí un párrafo de Bosch Gimpera, que Almagro reproducía para descalificarlo, que pone de manifiesto la *actualidad* de aquellos planteamientos y debates. Decía Bosch Gimpera: «A pesar de aquella imposición, los pueblos españoles, que arrancan del proceso secular de formación de las naciones medievales en que cristalizaron, siguen dando a España el carácter de un complejo polinacional y la constituyen en un "haz de pueblos", en una comunidad de naciones —nación de naciones se ha dicho— que no ha encontrado todavía la fórmula del equilibrio y de una organización estabilizada». Véase sobre los planteamientos de Bosch Gimpera Pedro RUIZ TORRES (2001).

[63] Rafael OLIVAR BERTRAND, «Personalidad e ideología de Prat de la Riba», *Arbor*, núm. 61, enero de 1951, pp. 31-58, y Francisco FARRERAS, «Ante un artículo inoportuno y mal intencionado», *Laye*, núm. 11, febrero de 1951, pp. 25-30. Farreras se apoyaba

El núcleo del problema estaba, pues, bien delimitado, aunque sólo saltase a primer plano con la acentuación del enfrentamiento general que se produce a partir de 1951. No debía haber mucho de casualidad, en efecto, en que apenas una semana después del «Excluyentes y comprensivos» de Ridruejo, se descolgase Calvo Serer con un artículo en *ABC* que portaba el significativo título de «España es más ancha que Castilla»[64]. El artículo era una auténtica apología del País Valenciano, hecha por un «levantino», en abierta contraposición a Castilla, aunque lógicamente su objetivo fundamental estaba en otra parte[65]. Estribaba en lanzar un nuevo ataque contra los hombres del 98 y, a través de ellos, al castellanismo y supuesto pesimismo del *España como problema* para, a partir de ahí, abogar por un proyecto de España que, alejado de cualquier pesimismo, descansase en las regiones españolas: en Levante, en Cataluña y Vasconia —«cuya vitalidad y mentalidad son similares a las de mi tierra»—, en Andalucía y Galicia, además, claro es, de Castilla.

El texto claramente provocativo de Calvo Serer dio pie a una serie de artículos cuyos títulos constituyen casi siempre una buena pista acerca de sus contenidos: José Ramón Sobredo, «Castilla, corazón de España» —*Arriba*, 26 de abril de 1952—, Adolfo Muñoz Alonso, «España y sus regiones» —*Arriba*, 4 de mayo de 1952—, P. Félix García, «España no es triste» —*ABC*, 13 de mayo de 1952—, Santiago Galindo Herrero, «España, una; no media» —*Ya*, 2 de mayo de 1952—, José María Desantes, «De las regiones» —*Alcalá*, 25 de mayo de 1952—, Salvador Pons, «La hora de la periferia» —*Arriba*, 6 de junio de 1952—, Antonio Castro Villacañas, «Amor y diversidad» —*Juventud*, 12 de junio de 1952—, José Javier Aleixandre,

---

en defensa de sus tesis en el artículo reseñado de Martín Almagro y en las obras de Elías de Tejada, una de las cuales —*Las Españas. Formación histórica, tradiciones regionales* (1948)— había estado en el origen de los reseñadas reflexiones de Pérez Embid.

[64] Rafael CALVO SERER, «España es más ancha que Castilla», *ABC*, 23 de abril de 1952.

[65] «He querido recorrer estos campos y ciudades después de haber visitado Europa entera, sediento de conocer lo que pudiera europeizar a mi propia tierra. Y legítimamente me he sentido orgulloso de mi patria, en muchos aspectos superior y capaz de ponerse en un primer plano europeo. A mi vuelta a Madrid, apagada en mi retina la luminosidad mediterránea y sometida a las oscilaciones climáticas de la meseta, he releído la literatura sobre los problemas de España. Ni una sola línea me traía el recuerdo de mi tierra. No encuentro otra cosa que lamentación, la queja continua y, si acaso, la esperanza de lo espiritual».

«España, corazón de España (encuesta espontánea en torno al regionalismo)» —*Ateneo*, 2 de agosto de 1952—, Luis Ponce de León, «España con cabeza» —*Revista*, 4 de septiembre de 1952—. Se trató de un debate amplio y hasta cierto punto sorprendente en el que conviene destacar la aceptación general de la pluralidad regional de España y de los dos supuestos que latían en el fondo de la polémica: el *optimismo* de una España que considerada en la totalidad de sus regiones iría bien y debería por eso mismo articularse sobre la base de la suma de las mismas, y el (supuesto) *pesimismo* de quienes querían articular a España sobre la base de un proyecto político vertebrador, lógicamente el de Falange, más o menos jerarquizado y castellanista. Se trataba en lo fundamental, una vez más, de la confrontación entre el proyecto nacionalista de origen en Acción Española y Acción Francesa y el falangista de origen fascista.

La nota más distintiva en este caso fue el hecho de que a diferencia de lo que había sucedido en otras ocasiones, y de cuanto pudieran augurar textos como los antes reseñados de Laín, Tovar o Martín Almagro, el sector falangista aceptó abiertamente un reto que se centró enseguida, como había sucedido siempre, en la cuestión catalana. Hasta el punto de que se asistió a una especie de carrera hacia el *catalanismo* entre los distintos contendientes. No es de extrañar que así fuera. Primero, porque si algo había quedado claro a lo largo de la historia de España del siglo XX y, también, en cuanto se escribió en 1942 con motivo de la presencia de Franco en Barcelona en ese año, el problema de España y su unidad *era* Cataluña [66]. Y, segundo, porque en esta ocasión el más radical, combativo e innovador de los falangistas, Dionisio Ridruejo, a la sazón residente en Barcelona, había abierto ya un camino al que conseguiría atraer a sus camaradas madrileños. Lo había hecho en el primer número de *Revista*, en el que aparecía la que sería una de las secciones permanentes de la

[66] No deja de ser significativo que el nuevo debate coincidiese también con una nueva visita de Franco a Barcelona con motivo de aquella apoteosis del nacionalcatolicismo en que se convirtió la celebración del Congreso Eucarístico, celebrado por todos como una suprema manifestación religiosa y patriótica. Véase, por ejemplo, «Eclosión de religiosidad y patriotismo», *Revista*, 29 de mayo de 1952. Del tratamiento por parte de *Arriba* del evento da muestra la existencia de varias editoriales, un sinnúmero de referencias a los actos protagonizados por Franco o los diversos artículos sobre el mismo tema de José M.ª Llanos, uno de los cuales portaba el significativo título de «El congreso arrasa», *Arriba*, 31 de mayo de 1952.

publicación, «Las dos ciudades», con una advocación al diálogo, el conocimiento y el estímulo recíproco de Madrid y Barcelona. Y lo hizo también la misma revista cuando celebraba en un editorial la creación de las cátedras de Lengua y Literatura Española en Barcelona y de Lengua y Literatura Catalanas en Madrid[67].

La posición de Ridruejo suponía un cambio significativo respecto de la adoptada en los últimos años por sus amigos de Madrid, pero también una vuelta a las posiciones más abiertas mantenidas por los falangistas radicales entre 1939 y 1941. Dos razones creemos que fueron fundamentales para ello. Por una parte, Ridruejo residía en Barcelona y pudo captar perfectamente que con la relativa liberalización posterior a 1945 la cultura catalana había vuelto a resurgir con fuerza; y más aún con el punto de inflexión que cabe situar, precisamente, en 1951. Todo lo cual es tanto como decir que Cataluña «volvía a existir», lo que permitía una nueva articulación del viejo discurso joseantoniano[68]. Por otra parte, la máxima apertura falangista a la idea de la pluralidad cultural española, como vimos, por ejemplo, en el Tovar de 1939, había coincidido siempre con los momentos de ascenso del falangismo revolucionario o, dicho de otro modo, con aquellos momentos en que la realización del proyecto *revolucionario* falangista cobraba visos de verosimilitud. En los de reflujo se producía, como vimos en 1941-1942, un reflejo defensivo unitarista y esencialista. El de 1950 era un momento de ascenso. Y el más despierto, sensible y radical de los falangistas revolucionarios supo apreciarlo perfectamente.

Fuere como fuere, pronto se pasó de las ciudades a las regiones, a los pueblos y a las culturas o incluso a la idea de Cataluña como «la nación fraterna y necesaria». Para ello no había mejor modo, así parecía entenderlo Ridruejo, que buscar la inspiración en el ejemplo del viejo epistolario de Unamuno y Maragall[69]. Un paso más se dio con la celebración del encuentro de poesía de Segovia con la asistencia de poetas catalanes, del que se haría eco entusiasmado el propio Ridruejo y del que surgiría un interesante diálogo con Carles Riba, punto de referencia por entonces de la cultura catalana del

---

[67] «Las dos ciudades», *Revista*, 5 de junio de 1952.

[68] Sobre la cultura catalana en las primeras décadas del régimen, Joan SAMSÓ (1994). Véanse también Albert MANENT y Joan CREXELL (1989) y Jordi GRACIA (1993).

[69] «Voces proféticas», *Revista*, 10 de julio de 1952.

interior[70]. Lo que se estaba produciendo era el máximo de apertura por parte falangista a la idea de la pluralidad cultural de España dentro de un proyecto unitario común en una línea plenamente joseantoniana. Es decir, una suerte de *catalanismo falangista* que seguía siendo, no se olvide, antidemocrático y antiliberal[71]. Y que en la noción joseantoniana de unidad de destino en lo universal seguía encontrando su fundamento último[72]. Un *catalanismo* falangista que, en cualquier caso, mostró una notable capacidad de atracción sobre jóvenes falangistas de Barcelona, como los de *Laye*, y también de Madrid, como los de una revista, *Alcalá*, que pareció sumarse a la carrera *catalanista*, datándose desde noviembre de 1952 en Madrid y Barcelona.

Claro que tampoco quedaban atrás en esta carrera *catalanista* los que de hecho la habían lanzado. De modo que *Ateneo* no se privó de una sección fija que portaba por título «Barcelona es bona», que andando el tiempo se convertiría en un «Cataluña rica y plena» que evocaba ni más ni menos que el himno catalán, *Els segadors*. Se trataba, como hemos podido apreciar más arriba, de otro *catalanismo*, igualmente franquista, antidemocrático y antiliberal, pero orientado en un sentido antifalangista y regionalista. No es de extrañar, por ello mismo, que por debajo de esta carrera *catalanista* corriera un río de suspicacias en que cada uno de ellos creía advertir el juego

---

[70] Dionisio RIDRUEJO, «Poetas en la unidad», *Revista*, 17 de julio de 1952; Carles RIBA, «Carta abierta a Dionisio Ridruejo», *Revista*, 31 de julio de 1952, y Dionisio RIDRUEJO, «En conversación con Carles Riba», *Revista*, 28 de agosto de 1952. Sobre el diálogo Riba-Ridruejo, las reticencias iniciales del primero y la complejidad de las reacciones en el mundo de la cultura catalana, del interior y del exilio, véase Jaume MEDINA (1989), II, pp. 51-55 y 142-152, y Joan SAMSÓ (1994).

[71] Ésta seguía siendo en última instancia la base de las ofertas de integración falangista. Así, en un mismo editorial de *Revista*, debido presumiblemente a Ridruejo, podía subrayarse la tesis de la «España para todos» en el marco de un proyecto de unidad española y despachar simultáneamente a una República del 14 de abril, «destinada a consumirse bochornosamente en una opción absurda entre el anacronismo de la ideología liberal en su versión individualista —ya realizada por Ortega veinte años antes— y la abnegación de una revolución marxista». «18 de julio», *Revista*, 17 de julio de 1952.

[72] «Poetas en la unidad». Es lo que venía a reprocharle, con elegancia, Carles Riba: «Sólo que cambiaría en ellas, como uno de los textos que usted nos aduce en su artículo, ese vocablo "destino", por todo lo que sugiere de padecido más que de propuesto y querido —también por todo lo que en él me suena a desacreditado— y pondría en su lugar "misión", término más próximo, por lo que hace pensar en Lulio, a mi corazón catalán». «Carta abierta a Dionisio Ridruejo».

político del otro. Si Alberto Farreras creía descubrir en el catalanismo de *Arbor* un intento de «apuntarse algún *tanto* frente a Cataluña»[73], un Vicens Vives, que no veía a unos tan «comprensivos» ni a otros tan «excluyentes» y que se identificaba claramente con las posiciones de Calvo Serer y Pérez Embid, no dejaba de ver en Ridruejo a un «anzuelo del que tiran determinados sectores madrileños, en vistas a una posible recuperación de su desprestigiado programa»[74].

No es nuestra intención, por otra parte, entrar aquí en una valoración de la figura de Vicens, aunque creemos que tan absurdo es caer en enfoques apologéticos como en simplificaciones descalificatorias. Tampoco hay que especular mucho a la hora de explicar su colaboración con el grupo de *Arbor*. Basta al efecto prestar atención a algunos párrafos de su *Aproximación a la Historia de España* para observar que el terreno de convergencia con los hombres de *Arbor* en el marco del debate que estamos analizando era sólido[75]. Para Vicens, por ejemplo, habría sido la Institución Libre de Enseñanza, la *intelligentsia* krausista la que «preparó la intelectualidad española revolucionaria del siglo XX en el campo de una pura elaboración teórica, sin arraigos vitales en el país». La Institución habría sido, además, antitradicionalista —«para ella España fue un mundo incomprendido, que debía rehacerse no según la tradición católica, sino con las líneas apenas esbozadas de un pasado singular»— y europeizante. La contraparte de la Institución en el terreno de los inconformistas, habría estado constituida por los regionalistas, los cuales no habrían «negado a España en cuanto a realización histórica», aunque sí «la interpretación que de su historia había dado el liberalismo centralizante, el ajuste de la marcha del país al ritmo de Castilla y las consecuencias políticas y económicas que se desprendían de tales hechos». Movimiento desde sus inicios de «juvenil optimismo», el regionalismo se habría expresado «según una mentalidad y unos idiomas distintos del castellano, pero no por ello menos necesariamente hispánicos»[76]. La misma contraposición, ahora entre noventayochis-

---

[73] «Ante un artículo inoportuno».

[74] Jaime VICENS VIVES, «Comprensivos y excluyentes», *Destino*, 28 de marzo de 1953; Íd., «Carta a Florentino Pérez Embid», 11 de septiembre de 1952, en *Epistolari de Jaume Vicens Vives* (1998), pp. 320-321. Sobre la trayectoria de Vicens, véase Josep M.ª MUÑOZ I LLORET (1997).

[75] Jaime VICENS VIVES (1952).

[76] Íd., pp. 163-164.

tas castellanos y regionalistas catalanes, se iba a establecer respecto de la generación que reaccionó frente a la derrota de 1898. Vale la pena reproducirlo en extenso:

«Aquella generación tuvo dos exponentes unánimes en el ámbito nacional: España no les gustaba tal como era, y era preciso europeizarla a toda costa. Sobre las preferencias de la futura España que ambicionaban aquellos hombres espoleados por una gigantesca inquietud, hubo divergencia de miras: los periféricos, sobre todo los catalanes, predicaron una solución optimista, construccionista, económica, burguesa e historicista; los castellanos, en cambio, se caracterizaron por su pesimismo trascendente, curtido en una actitud nacionalista, utópica y telúrica. El impacto de esta poderosa mentalidad en la masa social española suscitó de momento una recuperación intelectual y literaria de primer orden, que no cedió a lo largo de los decenios sucesivos. Pero las ideas que contenía —ideas explosivas, capaces de hacer saltar al país en pedazos— sólo trascendieron a la política en 1930, después de una condigna elaboración filosófica e histórica [...]. La estricta realidad de los hechos revela, dentro de la corriente regionalista mencionada, una intervención de los catalanes en la vida científica, social y económica de España superior a cualquiera de las que tuvieron en el pasado. En el fondo de este asunto —envidriado por anquilosadas concepciones y extemporáneos dinamismos— se debatió la posibilidad de admitir una cultura autóctona y auténtica como representativa de una modalidad de lo hispánico»[77].

Dejando a la Institución Libre de Enseñanza y el noventayocho en el campo de la revolución, del desprecio a las tradiciones católicas, del pesimismo y de los efectos catastróficos para oponerles un opti-

---

[77] Íd., pp. 168-169. Hemos citado en todo momento por la edición de 1952 de la *Aproximación*. La segunda edición de 1960 contenía ya cambios sustanciales respecto de ésta, muy indicativos, por otra parte, de la propia evolución de Vicens. Así la inteligencia krausista no había preparado ya a la intelectualidad revolucionaria del siglo XX, sino a la «intelectualidad española insatisfecha del siglo XX, deseosa de nuevos horizontes científicos, de incorporarse a Europa»; aunque definida todavía como antitradicionalista ahora se ponía el acento en su carácter nacionalista y en su «credo castellanista, que, como Olivares, tendía a confundir España con Castilla». No cambiaba la valoración sobre los regionalistas catalanes, con la particularidad de que ahora eran aludidos como *catalanistas*, primero, y como *nacionalistas*, después, claramente orientados hacia la búsqueda de una alternativa autonómica. El nacionalismo de los castellanos del 98 venía caracterizado ahora por su «pesimismo, el desgarro de su pasado, su aristocratismo y su abstractismo». El momento en que todas estas ideas y divergencias había pasado al campo de la política no era ya 1930, sino 1917, lo que implicaba, pensamos, un abandono de los anteriores enfoques reaccionarios. Citamos aquí por *Aproximación a la historia de España,* Madrid, Salvat-Alianza Editorial, 1970, pp. 152 y 156.

mismo regionalista, positivo y, por lo demás, profundamente hispánico, el alineamiento de Vicens con las posiciones de los reaccionarios anticentralistas parecía claro. Pero esto revelaba también que un cierto terreno de encuentro seguía existiendo entre uno de los nacionalismos españoles —y franquistas— y cierto catalanismo [78]. No duraría desde luego mucho. Si algo puede inferirse de cuanto llevamos dicho es que por aquellas fechas los dos nacionalismos españoles enfrentados habían dado el máximo de sí en cuanto a programas de desarrollo político del régimen. En la línea de la restauración y la regionalización sin revolución, los nacionalcatólicos; en la de la revolución sin regionalización, pero con la idea de la integración de la pluralidad cultural española en un proyecto común, los falangistas revolucionarios. Ambos habían contribuido a poner de manifiesto, una vez más, la pluralidad española. Desde perspectivas antidemocráticas, como eran ambas, no podían dar más de sí. Para otros, en cambio, habían ofrecido ya demasiado.

Tiempo de despedidas. El adiós a Ortega

En el segundo semestre de 1953 la cuerda se tensó hasta el extremo. Calvo Serer y Pérez Embid lanzaron sus últimas arremetidas contra falangistas e intelectuales de «izquierda», coincidiendo en gran parte con la ofensiva eclesiástica contra Ortega y Unamuno que estaba alcanzando por entonces el paroxismo. La celebración del I Congreso de Falange en octubre no fue suficiente para detener la crítica de todos los enemigos de la renovación en curso. Franco ejerció de nuevo su arbitraje y la *primavera* se apagó. Calvo Serer y Pérez Embid, entre otros, fueron cesados de sus cargos en el CSIC y *Arbor*, pero también la Falange se moderó. Las publicaciones críticas perdieron mordiente, desapareció *Laye* y más tarde *Alcalá*. Se volvió a hablar en *Arriba* más de Movimiento y menos de Falange y de revolución. También el SEU cedió protagonismo, aunque lo ganaran el mucho más inmovilista Frente de Juventudes y el siempre fiel Girón. Ruiz

[78] Por supuesto, no se trata de hacer aquí balance alguno acerca de la actitud respecto del régimen de los sectores catalanistas en general o del catalanismo moderado en particular. Al respecto es fundamental la consulta de Borja de Riquer i Permanyer (1996). Véase también Francisco Vilanova i Vila-Abadal (1999 y 2001).

Giménez, Laín o Tovar quedaron seriamente tocados por la crisis. Como afirma Javier Tusell, «a partir de finales de 1953 nada fue ya igual a la etapa anterior»[79].

Buena parte de la crisis de 1956 empezó a gestarse entonces. Entre estas dos fechas concluyó el último vuelo del Ave Fénix. Lo hizo además en el contexto de una situación sumamente compleja en la que, a pesar de todo, muchas opciones parecían todavía abiertas. O cerradas. Abiertas, porque la batalla política y cultural se daba todavía en el interior del régimen. Cerradas, porque todavía era impensable para muchos de sus protagonistas que algo de todo esto pudiese volverse contra el régimen como tal. Dos hechos, próximos ambos, a los determinantes sucesos de febrero de 1956, lo corroboran.

En enero de 1956, el hijo de Rafael Sánchez Mazas —«el carné número 4 de la Falange»—, Rafael Sánchez Ferlosio ganó el premio Nadal de novela con *El Jarama*. El primero, el padre, había impartido poco antes una conferencia en Valencia sobre «La idea de patria en José Antonio» que mereció los honores de la primera página de *Arriba* y su reproducción integra en este periódico. Ese mismo y exultante padre pudo mostrar su orgullo como tal en una rápida entrevista concedida al mismo diario[80]. La gran familia falangista parecía así unida y recuperando fuerzas. Parecía, porque sólo un mes más tarde, a raíz de los sucesos de febrero de 1956, su otro hijo, Miguel Sánchez Mazas, fue detenido y pronto se sabría que ambos habían pasado el Rubicón, hacia el antifranquismo[81].

También el entierro de Ortega se movió en las mismas coordenadas de la ambigüedad en vísperas de la clarificación. Se ha escrito reiteradamente, hasta el punto de que esto parece una verdad incuestionable, que desde el régimen se habían dado órdenes a los periódicos de dedicar la menor atención posible al entierro de Ortega, que a lo sumo se publicaran tres artículos sobre el finado y que no se publicase ninguna foto de éste en vida[82]. Pero, si esta orden se

---

[79] Javier TUSELL (1984), p. 335.

[80] *Arriba*, 22 de noviembre de 1955 y 7 de enero de 1956.

[81] Para los sucesos de 1956 y sus protagonistas véase especialmente Roberto MESA (1982); Pablo LIZCANO (1981), y José Luis ABELLÁN (2000), pp. 244 y ss.

[82] Javier TUSELL (1977), p. 286. Según Gregorio MORÁN (1998, pp. 514-515) las instrucciones del «vicesecretario de Educación Popular» eran las siguientes: «Ante la posible contingencia del fallecimiento de don José Ortega y Gasset, y en el supuesto

dio, nunca orden alguna fue menos cumplida. Basta leer los diarios del momento para comprobarlo. Como era de esperar, casi toda la prensa española se hizo eco de la noticia en primera página. Distintos periódicos buscaron alguna valoración rápida sobre la persona del fallecido. *Ya*, por ejemplo, recogió el día 20 de octubre la del ministro de Educación Ruiz Giménez; y otros, como *Pueblo o Alcázar,* lo hicieron a través de sus propias plumas. Toda la prensa se hizo igualmente eco del entierro, así como del mensaje de condolencia del Jefe del Estado y de la pretendida muerte «cristiana» del filósofo.

Dos diarios parecieron rivalizar, con todo, en dar el máximo realce a la noticia, *ABC* y *Arriba*. El día siguiente del óbito el primero publicaba en primera plana una mascarilla mortuoria del finado, para dedicarle a continuación las tres primeras páginas de huecograbado con sendos artículos de Gregorio Marañón y Emilio García Gómez. Hasta ocho páginas interiores se dedicaban al mismo tema, con artículos, ahora, de Zubiri, Sánchez Mazas, Laín Entralgo o P. Félix García. Al día siguiente, el 20 de octubre, dos páginas de huecograbado estaban dedicadas al entierro, mientras que en las páginas interiores se subrayaba lo de la «cristiana sepultura», se recogía el «homenaje de Pío Baroja», el «Adiós» de Edgar Neville y se informaba de las repercusiones internacionales de la noticia.

También *Arriba* dio noticia de la muerte del filósofo en primera plana con una foto de Ortega «vivo». Lo que acompañó con unas rápidas entrevistas en las páginas de huecograbado a Gregorio Marañón, Pío Baroja, Julián Marías, Fernando Vela y Azorín. Ya en las páginas de interior diversos artículos entre los que se encontraban los de Antonio Díaz-Cañabate y Luis Ponce de León, glosaban la figura del fallecido. Al día siguiente, el 20, coincidían en la portada de *Arriba* las imágenes de la visita de Franco al Monasterio de Montserrat y las del entierro de Ortega. En este último caso se subrayaba

---

de que así ocurra, este diario dará la noticia con una titulación máxima de dos columnas y la inclusión, si se quiere, de un solo artículo encomiástico, sin olvidar en él los errores políticos y religiosos del mismo, y, en cualquier caso, se eliminará siempre la denominación de "maestro"». Para José Luis ABELLÁN (2000, p. 215), que recoge la versión de Tusell, había sido la Dirección General de Prensa, a cuyo frente se encontraba Juan Aparicio, la que había emitido tales instrucciones. Para José ORTEGA SPOTTORNO (2002, p. 413) fue el «ministro de Propaganda, señor Arias Salgado, (quien) prohibió a los periodistas sacar en portada del día siguiente la imagen del difunto». Véase también Francisco LÓPEZ FRÍAS (1985), p. XXIII y Rockwell GRAY (1994), p. 359.

que los ministros Secretario General del Movimiento, de Educación Nacional y de Información y Turismo habían presidido el acto. En los días siguientes se sucedieron diversos artículos de opinión, noticias de homenajes a Ortega —por parte de la Academia de Ciencias Morales y Políticas o del SEU de Valencia, misa incluida, por ejemplo. No faltó quien, como *Las Provincias* de Valencia, recordó el célebre «Epílogo para ingleses» de la *Rebelión de las masas* en el que Ortega arremetía contra la opinión internacional filorrepublicana [83]; y, desde luego, *Arriba*, no se privó de reproducir el párrafo de dicho texto relativo al modo en que «los comunistas y sus afines» forzaban a escritores y profesores a firmar manifiestos durante la guerra civil [84].

Podría decirse, en resumen, que más que un intento de silenciar la muerte del filósofo, lo que se había producido era, una vez más, un intento de utilizarlo y apropiárselo. Lo que no quiere decir, claro es, que determinados sectores hicieran cuanto estuviera en su mano por difundir la falacia de la postrera «confesión» de Ortega; o que, pasado el momento emocional, no estuvieran dispuestos a proseguir contra el Ortega muerto la misma Cruzada que habían mantenido contra el Ortega vivo [85]. Pero se trataba, conviene subrayarlo, de ciertos sectores y no de la totalidad de un régimen cuya primera reacción fue en una dirección bien distinta. Tomar la parte por el todo puede ayudar a *adelantar* futuros, pero confunde más de cuanto clarifica.

Otra cosa era, como se ha visto reiteradamente, lo que sucedía entre los falangistas. Muchos de éstos seguían considerándose orteguianos y orteguianos dentro del régimen. Otros, desde luego, no lo tenían tan claro. Y otros lo tenían en un sentido completamente distinto: en el del antifranquismo. Los sucesos de febrero de 1956 harían saltar todas las ambigüedades. Muchos pasaron el Rubicón del antifranquismo y muchos de entre ellos llevarían a Ortega como el portaestandarte de su ruptura con el régimen. Era, como en el caso de Vicens, el otro símbolo de que el juego había terminado. De que el régimen no daba más juego. De que éste había terminado incluso para la Falange inquieta e inconformista.

---

[83] «Ortega y Gasset ante el drama sangrante de su patria», *Las Provincias,* 20 de octubre de 1955.

[84] *Arriba*, 19 de octubre de 1955.

[85] Cfr. José Luis ABELLÁN (2000), pp. 235 y ss. Véase también R. GRAY (1994), p. 329.

En el plano cultural y en el del proyecto político, el ultranacionalismo de raíz fascista había dado sus últimas bocanadas. Lo que quedó dentro del régimen, como un componente fundamental y siempre subordinado del mismo, fue la Falange fascistizada, la de la absoluta fidelidad a Franco, la de un nacionalismo de *statu quo*, centralista, pero sin imperio ni revolución, dispuesta a encajar cuanto se le impusiera en 1957 y 1962, y hasta en 1969, defensora de sus propios espacios en los momentos de reflujo, con voluntad de ampliarlos cuando fuera posible, con una probada capacidad de bloqueo siempre frente a toda alternativa evolucionista. También perdieron algunos del otro lado, como Calvo Serer que había ido demasiado lejos en su enfrentamiento con los «oportunistas revolucionarios» y «democratacristianos complacientes». Sin embargo, se salvó lo fundamental de su programa, lo que sería llevado a cabo por el ala técnico-administrativa de su *partido*, los tecnócratas del *Opus* y López Rodó [86]. Éstos solucionaron muchos de «los problemas de España» y contribuyeron decisivamente a la institucionalización del régimen con la LOE y el nombramiento de Juan Carlos I como sucesor de Franco en 1969. Demasiado tarde y demasiado mal para Calvo Serer, que evolucionaría al final hacia posiciones democráticas. Pero del programa «renovador» de Calvo Serer, otra cosa se había perdido por el camino, su propuesta regionalista. No deja de ser significativo que de todos lo contendientes de 1948-1953, sólo los más radicales de cada campo, Calvo Serer y Dionisio Ridruejo, terminaran en posiciones de franca, abierta y democrática ruptura con la dictadura de Franco.

El cierre político y cultural del régimen pilló, por así decirlo, con el pie cambiado a mucha gente: a los falangistas revolucionarios con voluntad de superación de todas las fracturas sociales y regionales de la sociedad española y a los nacionalcatólicos descentralizadores o regionalistas. Por un momento habían parecido posibles no uno sino dos *catalanismos* franquistas, el falangista y el reaccionario. Pero se trató, tal y como hemos visto, de un espejismo. Abrió expectativas, pero para cerrarlas brusca y brutalmente. Las consecuencias fueron las contrarias y con efectos irreversibles. Todo terminó en efecto ahí. No había lugar en el régimen para un nacionalcatolicismo regiona-

---

[86] Santos JULIÁ (1999), p. 177.

lista [87]. Ni siquiera había lugar, como tal vez lo había habido en 1942 y principios de los cincuenta, para un *catalanismo* dorsiano, del paradigma y la claridad mediterránea, todo lo retórico que se quiera pero abierto a la cultura. Si en algo no se parecía la España nacionalcatólica que salió del cierre cultural de 1953 en adelante era a esa otra utopía. Nacionalcatolicismo por nacionalcatolicismo, muchos catalanes habrían de optar por el suyo propio, alejado de una España sin proyecto, retrospectiva, sin capacidad de evolución. Una situación en cierto modo parecida a la del cambio de siglo anterior, cuando sectores importantes de la sociedad catalana se distanciaron de un proyecto español que les había defraudado. El *seny* y la *rauxa* podrían funcionar, ahora en las manos del Vicens Vives de *Noticia de Catalunya,* en una línea de renovación cultural e historiográfica y también de un nuevo catalanismo progresivamente democrático y antifranquista. Habiendo vislumbrado el más alto grado de nacionalización de las elites intelectuales soñada por todos los nacionalistas españolistas de signo antiliberal y antidemocrático, el propio régimen iba a presidir también el de mayor desnacionalización de las mismas de toda la historia contemporánea española.

Si esto pasaba por la línea nacionalcatólica, otro tanto sucedía por la falangista revolucionaria. Los falangistas españoles, como de hecho casi todos los nacionalistas desde Menéndez y Pelayo y Unamuno, habían reconocido *volens nolens* la pluralidad española: de sus lenguas y sus culturas, de sus costumbres y tradiciones. Más, desde luego, de cuanto hicieron otros sectores del régimen y más, incluso, de cuanto hoy se quiere reconocer por sectores importantes del mundo de la cultura y de la política [88]. Sin embargo, habían intentado

---

[87] Ciertamente, no desapareció por completo la retórica «revolucionaria» del falangismo oficial; o, por otro lado, pudo haber sombras de *catalanismo* falangista, en la figura, por ejemplo, de José María Fontana, o de *catalanismo* opusdeísta en la Barcelona de Porcioles. Pero eran ya eso, sombras. Para estos últimos véanse, por todos, Joan María THOMÀS (1997) y Martí MARÍN I CORBERA (2000). Para lo relativo a la Falange posterior al 56, para la oficial y la de las múltiples disidencias, José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000), pp. 490 en adelante; Íd. (1997), pp. 302 en adelante; también Sheelagh ELLWOOD (1984), pp. 155 y sucesivas.

[88] Sirva como muestra el reciente libro de José Ramón LODARES (2002), en el que parece desvanecerse todo cuanto ha habido en la España contemporánea de liberal, progresista, democrático, federal, republicano, socialista o comunista abierto a la idea de la pluralidad nacional española.

solucionar el problema por la vía del destino en lo universal, del imperio y de la revolución nacional y social. Caídas una por una estas expectativas, el gran proyecto nacionalista y nacionalizador, que pudo vivir sus momentos de gloria en 1940 y primeros meses de 1941 y renacer de otro modo en el período 1948-1953, había fracasado también definitivamente. Quedaba sólo, de toda la utopía falangista y también de la nacionalcatólica, un nacionalismo llevado a la hipóstasis de reafirmación de la unidad española eterna, metafísica, indestructible e irrevocable. Un nacionalismo centralista y uniformador que terminó por recurrir, carente de toda perspectiva, a todo aquello que tanto habían odiado, desde José Antonio Primo de Rivera, los fascistas españoles: la España cutre, gris, de la mediocridad, del tipismo casticista, del patriotismo acrítico y superficial, de *castañuela y pandereta*; la España apocada y diferente que no podía ser liberal y democrática porque los españoles *no sabían ser* liberales y demócratas[89].

Lo decía muy bien un joven del SEU, joseantoniano y orteguiano, inquieto y renovador, de sólida formación, que no tardaría en convertirse en uno de los principales teóricos del renaciente marxismo español, Manuel Sacristán. Lo decía todavía en vestes de falangista inquieto: «De un pueblo que hace cien años era patriota —con un patriotismo de mayor o menor calidad, eso no vamos a discutirlo— habéis hecho un pueblo nacionalista. Ahora que, salvo los fanáticos y paranoicos, os aburrís del nacionalismo, ¿qué vais a hacer con el pueblo español?»[90]. Sacristán, como muchos otros, llevaría su línea crítica hasta la ruptura con el régimen, con Falange, pasando a posiciones marxistas, comunistas. Otros iniciarían evoluciones similares hacia el área del socialismo[91]. Algunos de los otrora más destacados

---

[89] Como afirmaba Raimundo Fernández Cuesta en una entrevista concedida a la agencia Reuter, la contradicción no se planteaba entre el sistema falangista y el sistema democrático liberal en abstracto, sino entre el primero y la nefasta experiencia demoliberal española. El ejemplo con el que el secretario general del Movimiento remataba su argumentación era antológico: «Como ejemplo de las dos soluciones, si la del Movimiento Nacional o la liberal democrática, tiene más alto sentido de sus obligaciones en materia de cooperación internacional, baste decir que fue un Gobierno liberal quien declaró la guerra a los Estados Unidos en 1898. El Movimiento Nacional ha firmado, en cambio, un pacto de amistad y de ayuda mutua con este país, ahora el más importante del mundo». «Declaraciones periodísticas a la Reuter» (25 de octubre de 1953), en Raimundo FERNÁNDEZ-CUESTA (1955), pp. 25-29.

[90] *Laye*, 9 de octubre de 1951, p. 48. Citado en Jordi GRACIA (1996b), p. 105.

[91] Jordi GRACIA (1996b), pp. 107-108; Juan F. MARSAL (1979), pp. 43-51, y Barry JORDAN (1990), pp. 33-49.

representantes del ultranacionalismo fascista, como los Laín, Tovar o Maravall del mal llamado *falangismo liberal*, iniciaron una evolución que les aproximaría, ahora sí, a posiciones liberales y a un gradual distanciamiento del régimen que, sin embargo, Dionisio Ridruejo al margen, no condujo casi nunca a la adopción de posiciones abiertamente antifranquistas. Del mito de la gran nación todos se habían despedido.

Conclusiones

Por la vía del nacionalcatolicismo y por la vía fascista todo se había resuelto en un gran fiasco. Lo que vino después, en la línea apuntada por Sacristán, fue el hastío del nacionalismo. Sin embargo, no había nada de predeterminado en todo ello, como tampoco ese hastío del nacionalismo español y de sus mitos suponía el fin del nacionalismo [92]. Como sugeríamos en la introducción, los dos grandes problemas de la nacionalización española a lo largo del siglo XX, el que se plantea en la crisis finisecular, verdadera acta de nacimiento del nuevo nacionalismo, y el que se pregunta por el lugar del franquismo en el largo proceso de nacionalización y desnacionalización de los españoles, están profundamente interrelacionados. Como sugeríamos también entonces, la falta de atención al origen, desarrollo y crisis de los nacionalismos que convergen en el franquismo sólo podría dar lugar a enfoques teleológicos o, simplemente, compartimentados. Señalábamos igualmente, en fin, que dentro de esos proyectos nacionalistas había un gran ausente, el ultranacionalismo propiamente fascista, frecuentemente ignorado en beneficio del nacionalcatólico y confundido, más frecuentemente aún, con un nacionalismo franquista más o menos indiferenciado.

La primera conclusión de este libro estriba, precisamente, en la confirmación de dicha hipótesis. Esto es, la de la existencia de un nacionalismo fascista perfectamente equiparable en sus líneas fundamentales a cualquier otro ultranacionalismo fascista. Construido sobre la idea de la decadencia, degeneración y muerte de la patria, el ultranacionalismo falangista se erigió sobre el mito palingenésico

---

[92] Como apunta Javier Varela (1999, p. 375), para contraponerle de una forma un tanto simplificadora el resurgimiento de los mitos del nacionalismo periférico.

de la regeneración y resurgimiento ilimitado de esa misma patria. Percibido todo ello de forma agónica, el mito palingenésico exigía que la regeneración fuera en sí misma un proceso ilimitado, destinado a perpetuarse so pena de recaer en el proceso contrario. La metáfora de la flecha es desde este punto de vista tan pertinente como el propio mito del Ave Fénix dispuesta siempre a resurgir de sus cenizas. El «no parar hasta conquistar» de las primeras JONS, convenientemente rescatado a lo largo de 1940 y 1941, se manifestó claramente en la obsesión falangista en que la victoria en la guerra civil era sólo un primer paso en un proceso de resurgimiento a punto siempre de malograrse.

El mito de la revolución y la «voluntad de Imperio», esenciales también en sí mismos, constituían el complemento imprescindible del mito palingenésico. El eterno resurgir de la patria debía materializarse en aquella revolución pendiente y permanente, nacional y social que cimentara de una vez por todas la unidad profunda de todos los españoles. El Imperio era la ineludible proyección exterior de ese ansia de resurgimiento ilimitado. Revolución interior y poder en el exterior se complementaban, además, de dos formas distintas. El propio carácter mítico de la revolución exigía una continua movilización de la sociedad sobre objetivos frecuentemente difusos y autocelebrantes que sólo podrían adquirir una plasmación clara y concreta en el plano imperial. Viceversa, la lucha por el Imperio y en este sentido, por supuesto, la participación en la guerra europea en curso constituían el mejor instrumento para una movilización continuada de la sociedad que debería beneficiar necesariamente las aspiraciones totalitarias del partido único en detrimento de sus aliados conservadores. El populismo falangista encontraba en estas dinámicas las condiciones necesarias para su verificación: la movilización de las energías populares y la pretendida incorporación de las masas al Estado a través, y sólo a través, del partido requería la continuada fijación de nuevos objetivos interiores y exteriores. La polémica casi diaria con ignotos enemigos, aunque siempre políticamente conservadores y económicamente poderosos, permitía acentuar los contornos igualitaristas y populistas del revolucionarismo falangista.

Como se ha puesto de manifiesto reiteradamente, no había nada de extrañamente peculiar en la evolución del fascismo español. Sí que había, en cambio, una situación singular, aunque todas lo eran desde este punto de vista, en lo que se refiere a la correlación de fuerzas. Es decir, al lugar del ultranacionalismo falangista dentro del

sistema de poder del que formaba parte. El fascismo español, aun cuando había definido una ideología plenamente fascista a lo largo de los años republicanos, era en la primavera de 1936 un fascismo fracasado. Resurgió con la guerra civil, pero para quedar, con la unificación de 1937, políticamente subordinado. Cuantas veces intentó mejorar sus posiciones se estrelló contra las resistencias de unos sectores, como la Iglesia y el Ejército, mucho más poderosos. Es lo que sucedió en 1941-1942 y, de otro modo, en 1948-1953. En todos estos casos, además, hubo de pagar un alto precio en términos de renuncia a elementos sustanciales de su propio discurso fascista. Ni siquiera era esto sólo. Antes ya de la guerra civil o en sus primeros compases los dos grandes referentes del ultranacionalismo fascista, Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera parecieron despedirse de dicho nacionalismo. Con la unificación política de 1937, que fue también ideológica, el mismo discurso fascista acusó el impacto del otro nacionalismo, el nacionalcatólico, que sería en última instancia el hegemónico. El movimiento fascista español se hizo, por imposición, convencimiento y definición, católico. Un nuevo impulso en esta dirección se experimentó en 1941-1942 y mucho más aún después de 1945. Tan importante como esto, sin embargo, es constatar que el fascismo español se aplicó a sí mismo o, si se prefiere, experimentó en sí mismo el mito del Ave Fénix. Siempre fue capaz, hasta 1953, al menos, de recomponer su propio discurso, lo que da una idea cuanto menos de lo arraigado de algunos de sus elementos ideológicos fundamentales.

En efecto, irreversiblemente católico ya, el fascismo español reconstruyó su discurso integrando el componente católico. Sin embargo, no se hizo nacionalcatólico. Admitió que en la España victoriosa todos eran católicos y los falangistas tanto como el que más. Pero desarrolló dos estrategias complementarias para mantener a salvo su discurso fascista. Por una parte, como algunos falangistas dijeron incluso expresamente, *coloreó* de catolicismo las bases laicas, seculares y *paganas* de su propio nacionalismo. Si en el origen del mismo estaban la Revolución francesa, Herder, Hegel o, incluso, Sorel, siempre había a mano un San Agustín, un Menéndez y Pelayo o hasta alguna original lectura de las escrituras que permitiera fundamentarlo *católica y cristianamente*. Es lo que hicieron hombres como Francisco Javier Conde, Laín Entralgo o Antonio Tovar. Por otra parte, desarrollaron —Laín en esto especialmente— toda una interpretación del catolicismo militante en la que, si, de un lado, se abrían

resquicios para que Estado y partido pudiesen reivindicar su libertad de actuación, de otro, se concluía que la falangista era en última instancia la única forma posible, actual y verdadera de vivir el catolicismo. Es la misma operación que aplicarían respecto del tradicionalismo. Forzados a reconocer un componente tradicionalista, que estaba ya en el mismo nombre del partido y que siempre habían denostado, se erigieron en portavoces de una *auténtica tradición,* que no podría funcionar en ningún supuesto como vuelta a formas políticas del pasado, sino, en todo caso, como una demostración de que lo mejor de la tradición española había estado siempre en su capacidad de innovar y proyectarse hacia el futuro. Como el catolicismo, el *tradicionalismo* falangista se convirtió en una palanca para la construcción de un futuro fascista.

En este plano de disputa de terrenos compartidos, el «enemigo número uno» era siempre el otro nacionalismo, el nacionalcatólico de Acción Española[93]. Desde este punto de vista, los elementos fundamentales del debate se articularon, además de los ya señalados, en los planos de las distintas lecturas de la historia de España así como en el de los orígenes culturales de los respectivos nacionalismos. En el primer aspecto, ambos coincidían en la crítica de la modernidad ilustrada y liberal y ambos localizaban en el siglo XVI, en la España del imperio y la Contrarreforma, el cenit de su historia. Pero así como los nacionalcatólicos veían en aquella plenitud la confirmación sin más de la unidad esencial de lo español y lo católico, además de un modelo para el presente, los fascistas tendieron, por una parte, a reinventar un siglo XVI español cuyo catolicismo imperial se pobló de valores fascistas, totalitarios y populistas en la unidad de la fe, heroicos, guerreros y agresivos en su defensa, imperiales en su proyección, a tono con los tiempos en su momento. Por otra parte, intentaron dilatar la historia de España, *liberándola*, por así decirlo, de la fijación en el siglo XVI. La atención a la España prerromana, la incidencia en la centralidad del aporte romano y, más tarde, germánico eran claras muestras de ello. Hasta, en un segundo momento, lograron escapar del anatema del siglo XVIII y la Ilustración española, aunque sólo fuera porque era otra forma de soltar amarras respecto de las ataduras antimodernas, austriacistas y nacionalcatólicas que imponía la centralidad conferida a la Edad de Oro.

---

[93] Pedro LAÍN ENTRALGO (1989), p. 222.

Mucho tenía que ver con todo esto el tipo de crítica que unos y otros formulaban a la modernidad europea, lo que a su vez estaba profundamente relacionado con los orígenes culturales de ambos nacionalismos. Por supuesto, todos ellos defendían la modernidad católica española frente a la europea protestante, ilustrada, materialista y liberal. Pero así como en los nacionalcatólicos la condena de la *otra* modernidad era absoluta, radical y sin fisuras, en la fascista se abrían importantes resquicios. En lo relativo al plano de la modernidad técnica y científica, por supuesto, pero también en el del reconocimiento de lo que el liberalismo había aportado a la humanidad en el plano del desarrollo económico al menos. Por otra parte, su concepción palingenésica de la historia les predisponía a una relativización de las formas históricas de las épocas de apogeo y caída de las naciones. Su apuesta en este sentido por el futuro fascista les hacía connotar los procesos de ascenso como épocas de novedades en los ámbitos políticos y del pensamiento que beneficiaban a los pueblos que primero las asumían, lo que valía tanto para la España en su temprana unidad católica, la Inglaterra liberal, la Francia napoleónica o la Alemania hitleriana. Esto se podía expresar también tanto en la línea de Maravall de reconocer a las guerras la condición de *parteras* de la historia, como en la de Laín y sus tres revoluciones, la nacional-burguesa, la proletaria y la nacional-proletaria. Era, en última instancia, la diferencia que había entre una crítica a la modernidad que fijaba la utopía en la premodernidad y la crítica a la modernidad que se materializaba en un proyecto utópico que iba más allá de ella. No era lo mismo, desde luego, petrificar la verdad objetiva y eterna en el catolicismo por encima incluso de pueblos y naciones, que la apuesta por los valores heroicos, guerreros, trascendentes, y en este sentido antiburgueses, puestos al servicio de los pueblos y naciones.

Los puntos de referencia de unos eran Menéndez y Pelayo y Maeztu, los de los otros el noventayocho y Ortega. Ése fue desde luego, como se ha visto reiteradamente, el gran terreno de combate en las primeras décadas del franquismo. Sin embargo, no debe desconocerse el hecho de que por parte falangista no se trataba de ningún tipo de capricho o reminiscencia liberal. Se trataba ni más ni menos que de sus propios orígenes culturales. Unos orígenes que había que reivindicar so pena de perder hasta la última de sus señas de identidad. Esto es así, por supuesto, porque el proceso de construcción del nacionalismo falangista pasa histórica e irreversiblemente, como

se ha visto, por ahí. Aunque también porque ese ultranacionalismo falangista seguirá descansando hasta el final en algunos de los presupuestos que se fijaron en las primeras décadas del siglo XX. El mito palingénesico tiene sin ningún tipo de dudas en el noventayocho sus orígenes. Como lo tiene también, en la forma que señalara Laín, el mito de España. De ahí toman los fascistas españoles la idea del fracaso de España, así como la de la necesidad de fundamentar un patriotismo, crítico, místico y trascendente, en estratos más profundos de la nacionalidad como el idioma, el paisaje y el paisanaje castellanos. Como toman también la idea de que la nación verdadera y las fuentes de la energía nacional subyacen en las entrañas mismas de ese pueblo. El mismo castellanismo que reencontrarán en Ortega y Gasset, aunque acompañado en este caso de los conocidos elementos proyectivos y la nítida perspectiva europeísta.

El ultranacionalismo falangista no era, pues, un nacionalismo sin raíces sobrevenido exclusivamente a consecuencia de las influencias europeas. Era una de las respuestas posibles al gran problema de España que había descubierto el noventayocho y llevado a sus extremos decadentistas Ortega. La idea falangista de la decadencia parte de ahí, como parte la de que España debía volver a contar en Europa. Por supuesto, la respuesta fascista de los falangistas españoles a los problemas planteados con anterioridad era específica y no estaba *contenida* en los noventayochistas u Ortega. Pero ahí estaban sus orígenes culturales y ahí los materiales que iba a reordenar según sus propios supuestos ideológicos el ultranacionalismo fascista español. Un ultranacionalismo que era, por sus orígenes culturales, pero también como cualquier ultranacionalismo fascista, por definición, crítico. De ahí, de ambas partes, venía su virulenta polémica frente a todo patriotismo retórico o superficial. De ahí venía también su franco, nítido y no menos virulento anticasticismo. De ahí venía igualmente su europeísmo. Y de ahí venía, en fin, su modernidad, porque su crítica de la modernidad, por lo que tenía de fascista y por lo que debía a sus antecedentes culturales, al noventayocho y a Ortega, era la contraria de la del nacionalismo retrospectivo propio del nacionalcatolicismo.

Si, aunque sólo fuera por la existencia de estos referentes culturales, el fascismo español debía abrirse a una España de orígenes liberales mucho más amplia que la cerradamente católica del nacionalismo reaccionario, la misma ideología fascista exigía lo propio. El fascismo se presentaba siempre, en la forma en que vimos, como síntesis de contrarios, como un proyecto de construcción de la nación

que debía superar todas las fracturas políticas, sociales, religiosas y regionales. Un proyecto basado en la idea de una comunidad nacional armónica, entusiasta, jerarquizada y conquistadora en la que todos los connacionales podían integrarse[94]. Respetadas estas premisas todos los ciudadanos podían integrarse en ella cualquiera fuese su pasado. En el proyecto fascista, a la tarea de destrucción hasta la raíz de la democracia y de todas las organizaciones democráticas debía suceder necesariamente una oferta de integración de los vencidos en el nuevo orden[95]. No otras eran las propuestas de integración que desde las páginas de *Escorial*, por ejemplo, se hicieron a los representantes de la España vencida, con tal, claro es, que asumieran íntegramente su *españolidad* y aceptasen la hegemonía del partido único en una España por definición antiliberal. No eran propuestas liberales, producto de un talante liberal. Eran propuestas fascistas, producto de una ideología totalitaria que se definía precisamente en oposición al liberalismo. La feroz campaña contra este último que, como vimos, llevaban a cabo los mismos falangistas que abogaban por esta peculiar integración de los vencidos, constituye la mejor demostración de ello.

La superación falangista de las fracturas previas incluía también la de las regionales. En este sentido, los fascistas españoles, como antes Menéndez y Pelayo, Unamuno u Ortega, eran plenamente conscientes, incluso sorprendentemente conscientes, de la pluralidad española. También en este sentido la utopía fascista pudo parecer la mejor de las soluciones al gran problema de España. A todo cuanto decíamos más arriba acerca de las conclusiones lógicas del mito palingenésico y revolucionario en la aventura exterior y el Imperio, se añadía ahora el de la superación de las fracturas regionales. La «unidad de destino en lo universal» se convirtió así en la clave del arco de toda la construcción falangista. Debía mucho a Ortega y también a d'Ors y era, a su vez, la línea de escape frente a todo nacionalismo. Quizá no se haya reparado suficientemente en ello, pero si un elemento es común a todos los nacionalistas españoles del siglo XX, de Unamuno a Ortega, de d'Ors a Maeztu, es la negación de su propio nacionalismo. Una vez más, como en tantas otras cosas, los falangistas españoles llevaron este discurso al extremo: más ultranacionalistas

---

[94] Véase Philippe BURRIN (1996).
[95] *Ibid.*

que nadie, nadie se declaró tan virulentamente antinacionalista como ellos. Por supuesto, este *antinacionalismo* tenía enemigos bien definidos: el nacionalismo reaccionario, retórico y superficial de «andar por casa», sin ambición ni proyección universal alguna, era uno de ellos; y sobre todo lo eran el nacionalismo democrático y el nacionalismo *romántico* cuya peor plasmación, conjunta, querían ver reflejada en los nacionalismos *separatistas*. Contra ellos se erigió en gran parte, como se ha visto, la noción de unidad de destino en lo universal. No obstante, esta noción, tan proyectiva como antidemocrática, no hacía sino superponerse a sustratos más profundos del propio nacionalismo, aquellos que venían en gran parte del noventayocho y que habían permanecido también, más o menos explícitos en Ortega: la tierra y los muertos, la lengua, el paisaje y el paisanaje, castellanos por supuesto. José Antonio Primo de Rivera fue seguramente el más consciente de todos ellos de que, si se adoptaba una idea *romántica* de la nación, en España aparecían varias naciones. Lo dijo incluso, ingenuamente, de forma explícita. Y prefirió llamar nacionalismo de la *gaita* a este enfoque romántico, para reservar el de la *lira* a su unidad de destino en lo universal. Sin embargo, no consiguió evitar que en más de una ocasión la gaita asomase por debajo de la lira y mucho menos lo evitó la mayoría de sus epígonos. Era el esencialismo castellanista vergonzante al que hemos seguido en más de una ocasión.

En cualquier caso, el ultranacionalismo falangista de la lira, el anticastizo, proyectivo y europeísta, aunque antidemocrático y antiliberal, abierto a la idea de la pluralidad cultural de España, si bien contrario a la más mínima autonomía política, constituyó el núcleo del proyecto integrador falangista. O, por mejor decirlo, la respuesta fascista al gran problema de España, que para los hombres de Falange, como para los del noventayocho y Ortega, no era otra que el fracaso nacional y nacionalizador del siglo XIX español. En este sentido, el falangista constituyó posiblemente el proyecto más radical y potencialmente absoluto de nacionalización española del siglo XX. Sin embargo, se había construido a sí mismo sobre la base, una vez más, de llevar hasta el extremo tendencias precedentes; en este caso la más absoluta negación del liberalismo, de la España decimonónica y de los efectos nacionalizadores de esa España liberal.

En este sentido, podría parecer una ironía que se vea alguna suerte de continuidad de una tradición liberal en una serie de personajes, como Ridruejo, Laín, Tovar o Maravall, que desde el más puro y

radical de los fascismos se dedicaron a destruir, a arrasar podríamos decir, el siglo por antonomasia del liberalismo, el siglo XIX: El siglo inútil, el siglo inexistente, el siglo que se había mostrado incapaz de nacionalizar a los españoles. Los mismos autores —Laín en esto especialmente— que le habían dado la vuelta a la historia, pontificando sobre el *patriotismo*, extemporáneo, pero patriotismo, de los carlistas y la falta de patriotismo de los liberales, aparecen ahora como *liberales*. Es cierto, por otra parte, que tras el fracaso de todos sus proyectos políticos, en 1941-1942 y de nuevo en 1948-1953, muchos de estos personajes pudieron volver a conectar con algunos aspectos de la tradición liberal. Como cuando, en la forma que vimos, se inició un proceso de recuperación del antes denostado siglo XVIII, pero conviene no olvidar que la contrapartida era el reforzamiento del anatema contra el siglo del liberalismo, el XIX. Algo de recuperación hubo también en el *enlace* con el liberalismo doctrinario, pero de nuevo hay que recordar que esto se hacía desde la más clara y rotunda condena de la democracia liberal. En todo esto podía haber, ciertamente, algún tipo de puente con una supuesta tradición liberal, pero no debe olvidarse que se trataría en todo caso de un proceso de vuelta de los que más habían hecho por destruirla. Hay, en fin, algo más que una ironía en la pervivencia de este tipo de enfoques. Lo que hicieron muchos de estos falangistas fue, simplemente, poner la historia del revés. Debería ser, por tanto, objeto de reflexión el hecho de que sea un lugar común en nuestra historiografía señalar las deficiencias nacionalizadoras y de todo tipo de nuestro siglo liberal, se atribuya el calificativo de nacionalismo liberal tardío al no tan liberal y nada tardío neonacionalismo del noventayocho y se conceda la misma connotación liberal, con todas las reservas que se quiera, a los falangistas que más hicieron por destruir su imagen y borrar sus desarrollos en el siglo XX. Ni siquiera está claro que la sombra de este legado falangista, el anatema contra el siglo liberal, haya dejado de pesar sobre nosotros.

El legado del ultranacionalismo falangista es mucho más ambiguo y está mucho más por explorar de lo que habitualmente se supone. Como lo está también el del nacionalcatolicismo. Es absurdo pensar, en un plano historiográfico, que un régimen político presida la evolución de una sociedad durante casi cuarenta años sin que las tensiones profundas de esa sociedad se reproduzcan en su seno. Ahora bien, también lo es pretender que no existen legados y continuidades en el terreno del pensamiento y la interpretación, historiográfica inclu-

so, entre los que desde los distintos fundamentos ideológicos del régimen se enfrentaron a estos problemas y quienes, todos, lo han, lo hemos hecho o intentado, posteriormente. El reconocimiento de la pluralidad española fue a lo largo del franquismo un dato de fondo y, para lo que estábamos acostumbrados, absolutamente sorprendente. También lo fueron las respuestas. Una de ellas, la que aquí hemos estudiado preferentemente, apostaba en la línea de la revolución nacional y nacionalizadora pendiente, con fuertes aunque vergonzantes componentes esencialistas. Era, al mismo tiempo, moderna, anticasticista, europeísta y antinacionalista. Era la línea del *ultranacionalismo antinacionalista* que estaba, por eso, en buenas condiciones para abjurar de nuevo de *todo nacionalismo*, en nombre de la modernidad, el anticasticismo, el europeísmo y la universalidad, especialmente si eso significaba seguir apostando por la indestructible unidad de España y la denuncia de aquellos nacionalismos alternativos que se habían configurado como el gran enemigo a destruir. Pero media un abismo entre el hecho de señalar la existencia de estas constantes y proyectarlas anacrónicamente hacia los años cuarenta para advertir en ellas atisbos de modernidad y europeísmo como *síntoma* de liberalismo [96]. La otra línea, a la que hemos prestado una atención menor, abogaba, por el contrario, por una alternativa monárquica completada con una perspectiva regionalista —«austriacista», diríamos—, cuyos principales reproches al siglo XIX no eran los de la debilidad de su liberalismo, sino la de su fortaleza [97], no los de la insuficiente nacionalización de los españoles, sino los de sus excesos centralistas y revolucionarios. La prevención antiestatista, especialmente en todo lo relativo a la educación, era, como se ha visto, otra de sus características fundamentales.

---

[96] Cfr. Javier VARELA (1999), pp. 352 y ss., donde se descubren síntomas de evolución en Maravall por la vía de su anticasticismo o en el europeísmo y mayor modernidad de su madurez. Algo similar hace José María BENEYTO (1999, pp. 210-212) cuando descubre claves de la evolución de Laín a la altura de 1945 en su apuesta por ser el «más europeo de los pueblos». Pero anticasticismo, modernidad y europeísmo eran, y habían sido, desde el primer momento, las señas de identidad del ultranacionalismo falangista.

[97] Como recuerda oportunamente Pedro Ruiz al constatar que para el marqués de Lozoya las tesis que se habían apoderado de la «opinión media española» eran las liberales y no las tradicionalistas. Era la opinión de un hombre que sería de Acción Española que coincidiría en esta valoración con la que haría posteriormente otro historiador, José María Jover, éste sí, continuador de la tradición liberal. Pedro RUIZ TORRES (1999), pp. 18-19.

Una y otra línea constituían respuestas específicas, en clave antidemocrática, similares en algunos aspectos a otras que habían existido antes de la dictadura y que seguirían existiendo después de ella. Ambas contribuyeron a poner de manifiesto que *España tenía un problema.* Unos, para afirmar su existencia, otros, para negarla. Hace algo más de tres lustros uno de los mejores investigadores del franquismo, y muchos de nosotros lo habríamos suscrito entonces, señalaba que el debate de los años cincuenta acerca del *ser* de España tenía algo de incomprensible por lo obsoleto y periclitado [98]. Ese mismo estudioso ha podido participar, desde los mismos presupuestos, en un debate, el actual, que en muchos de sus aspectos fundamentales es el mismo [99]. No en vano la Real Academia de la Historia pudo editar un libro en 1997 cuyo título era precisamente, *España: reflexiones sobre el ser de España.* La misma Academia que en 2000 editaba otro volumen —*España como nación*— en cuyo epílogo Pedro Laín Entralgo mostraba su preocupación por las tendencias que podrían conducir a la «disgregación de España» [100]. Poco hay de extraño, en todo ello, porque España, podría decirse, ya no tiene problemas, pero sigue teniendo *un* problema. El problema nacional. Ése es, también, su legado, el de todos los nacionalismos franquistas.

---

[98] Javier TUSELL (1984), p. 313. Y añadía: «hoy, en cambio, difícilmente consideraríamos que España tiene una sustancia histórica inalterable a través de los siglos».

[99] Javier TUSELL (1999), donde se defiende un tratamiento abierto y plural del problema.

[100] *España: reflexiones sobre el ser de España* (1997); Real Academia de la Historia (2000), pp. 251-253.